



ROBERTO RIDOLFI

Maquiavelo

Renacimiento, S. A.

ROBERTO RIDOLFI

VIDA DE
NICOLAS
MAQUIAVELO

Traducción de Tarsicio Herrera



Editorial Renacimiento, S. A.
México

Traducción de la *Vita di Niccolo Machiavelli*,
de Roberto Ridolfi. Angelo Belardetti Editore, Roma.

Primera edición en español

©1961. Editorial Renacimiento, S. A.
Avenida de la Universidad, 767, México. D. F.

Queda hecho el registro y el depósito que
determinan las respectivas leyes en to-
dos los países de habla española.

Reservados todos los derechos.

Impreso en México

Printed in Mexico

Litógrafos Unidos, S. A. Marcos Carrillo, 159. México, D. F.

PREFACIO EDITORIAL

La ilustre pluma y el galano estilo de Roberto Ridolfi nos traza de mano maestra en este libro que ofrecemos al lector la silueta de una de las grandes figuras de la historia del pensamiento humano: Nicolás Maquiavelo, inteligencia privilegiada y espíritu sutil cuyas doctrinas han influido de manera decisiva en el desarrollo de las ideas políticas modernas.

Ridolfi nos ha ofrecido ya en nuestra colección de biografías la vida de Jerónimo Savonarola; el lector, que conoce la amenidad de su estilo, la seriedad de su investigación y su capacidad para la creación biográfica, no quedará defraudado con la lectura de esta Vida de Nicolás Maquiavelo, obra fundamental para el debido conocimiento del ilustre pensador florentino.

Esta es nuestra undécima biografía: la colección alcanza los doce volúmenes porque consta de dos la de Diego Rivera. Seguiremos adelante con paso firme: Lucrecia Borgia, Liszt, Cristina de Suecia . . . serán nuestros tres volúmenes próximos inmediatos. Estamos muy satisfechos por haber conseguido que nuestras biografías entren por los ojos del lector, debido a su presentación insuperable, y le lleguen al corazón a través de su cerebro, por la riqueza, la seriedad y la amenidad de su texto.

PROLOGO DEL AUTOR

Leemos en la Escritura que el hombre está hecho de tierra; pero todo hombre está hecho en realidad de su tierra, aquella en la que nació, en la que se han ido perdiendo a lo largo de los siglos los restos de los suyos. Los florentinos estamos formados de una greda rocosa y fina, suelta y rebelde al cultivo. Y puesto que parece que es más fácil entenderse entre hombres nacidos de la misma gleba y bajo el mismo cielo, he tenido el deseo de escribir este libro sobre aquel florentino quintaesenciado que fue Nicolás Maquiavelo.

En realidad, este deseo lo tenía yo desde hace tiempo, quizá desde que, siendo aún muy joven, me topé cierta vez con el desgarrado retrato que trazó De Sanctis en las admirables páginas que escribió sobre el gran Secretario: "Tiene mucha semejanza con Lorenzo de Médicis. Era de un carácter afable, y se complacía en solazarse entre las hermandades y los alegres corrillos . . ." El resto lo ha hecho un estudio prolongado, un gran amor, y los diabólicos alfilerazos de mi amigo Giovanni Papini.

¿Un nuevo libro sobre Maquiavelo? Sí, pero en él, no tendrán cabida las habituales disertaciones acerca del concepto de virtud y de fortuna, o bien acerca de la patria a la que amaba "más que a su propia alma". Parecerá un truco de introducción, pero lo cierto es que en medio de tan gran inundación de disertaciones sobre el Secretario florentino, no se había escrito todavía una vida de él, algo que fuera una verdadera y mera biografía. No lo son las monumentales y fundamentales obras de Villari y de Tommasini, en las que la trama biográfica desaparece o se pierde bajo enormes cantidades de material exegético, crítico e histórico; de manera que en una lectura corrida continuada no se logra seguirla (dado el caso de que sea posible una lectura continuada en estas obras) y en una consulta rápida es difícil de encontrar. Básteme decir que Villari comienza a hablar un poco acerca de Maquiavelo después de trescientas páginas, y que en otras partes de los tres enormes volúmenes se observan raros restos biográficos nadando en un vasto océano, a centenares de pági-

nas de distancia uno de otro. Por otra parte, en aquellas dos nutridísimas monografías se hacen desear frecuentemente no sólo un mejor orden y proporción, sino también una interpretación de las fuentes más perspicaces, principalmente en la de Tommasini. Otras biografías de menor importancia no aportan ninguna luz nueva con estudios originales.

Con escaso número de documentos nuevos y con un mejor uso de los que ya se conocían, este libro dice algo de nuevo acerca de Maquiavelo; en él aparece la cronología de sus obras retocada aquí y allí; aparecen algunas noticias importantes con las que se corrigen los habituales descuidos de los eruditos; se han desempolvado y rectificado algunas cuestiones. Me parecía que era necesario este trabajo de pulimiento y de restauración, que me ha llevado a algún descubrimiento, y he tratado de realizarlo lo mejor que he podido. Aquel que se complazca con las disertaciones a que he hecho referencia, puede hallar una gran variedad de ellas en otros libros: la cual variedad seguirá ampliándose al correr del tiempo.

En resumen: he intentado escribir lo que desde hace mucho tiempo había deseado leer; una narración llana y humana de la vida de este hombre, en la que fueran hablando sus acciones, sus mismas palabras. Añadiré que me hubieran parecido muy tristes estas páginas que tratan de un poeta, como fue Maquiavelo, no sólo en la política como alguien ha dicho maliciosamente, sino también en sus versos, aunque no hayan sido muy abundantes, si hubiera excluido de ellas, a causa de su rigor histórico, todo aliento de poesía.

Antes de entregar las últimas cuartillas de este que quizá será mi último libro, permítaseme una posdata que parecerá apologética, pero que sólo expresa una excusa. Comencé, en tiempos lejanos, a tratar los documentos como archivista, continué después como erudito y como filólogo, y posteriormente como historiador; al principio me contenté con publicar documentos nuevos (no hay cosa de que más orgulloso me sienta que de haber descubierto, reordenado y en parte publicado, entre otros, los últimos grandes inéditos de Francisco Guicciardini); después he puesto todo mi empeño en estudiar el contenido de ellos; y por último, me he dedicado a volver a analizar los que ya habían sido estudiados por otros, a fin de sacar más y mejor partido de ellos. Pero ahora, cuando a veces me siento tentado de leer hasta en los espacios en blanco, he pensado que iam tempus esset desinere artem (ya es tiempo de terminar la tarea).

CAPITULO I

LAS PRIMERAS LECCIONES Y LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS

Todavía transportaba el Arno los restos de la hoguera que había consumido los despojos de Savonarola, cuando ya una revolución, comenzada inmediatamente después de la captura del religioso, se había llevado a cabo sin ruido en la República de Florencia. Todos los magistrados que pertenecían a la secta de los *piagnoni* habían sido cesados en sus cargos para ser sustituidos por hombres de la facción opuesta. Los primeros en ser depuestos habían sido los Diez, los Ocho de la Guardia, y los Colegas de la Señoría; posteriormente los demás, hasta los últimos oficiales de Palacio habían tenido que ceder el puesto a aquellos que no se habían fijado en el religioso sino para contradecirlo y ofenderlo: y mientras más abiertamente lo habían hecho, eran mejor vistos.¹

Entre los *piagnoni* cesados en las cancellerías se contaba, además del humanista Ugolino Verino, autor del poema *De illustratione urbis Florentiae*, Alejandro Bracci, o Braccesi, jefe de la segunda cancellería, el cual, cuando fue enviado por la República a la corte de Roma, se había esforzado lo indecible por librar a su profeta de las iras del Papa, viéndose obligado en ocasiones a tratar de contemporizar con gran dificultad entre la Señoría, que pertenecía a los *arrabiati*, y los Diez, que eran de los *piagnoni*. Para ocupar el lugar de éste, buen versificador latino² y acostumbrado a plagiar versos, fue designado en el conciliábulo de los *Richiesti* un joven muy poco conocido: Niccolò di Bernardo Machiavelli.

Su familia no era del todo desconocida, si bien no se llegó nunca a contar entre las influyentes de la ciudad. Muy conocidos en Val di Pesa en donde tuvieron muchas posesiones, hayan sido o no compañeros de los antiguos señores de Montespertoli, los Maquiavelo se convirtieron con el tiempo en apreciada gente del pueblo; Villani, al enumerar las principales casas güelfas que salieron de Florencia

después de la gran derrota de 1260, los coloca entre las "casas notables de gente del pueblo" de la región del Oltrarno (del otro lado del Arno), junto con los Barbadori, los Canigiani y los Soderini. Muchos de sus miembros tuvieron cargos en la ciudad: doce *gonfalonieri* (alcaldes) y cincuenta y cuatro priores; pero sólo uno de ellos se hizo mencionar en los anales de la ciudad: su nombre era Jerónimo, y sufrió la tortura, el destierro, y finalmente la muerte en la cárcel por haberse declarado francamente contra el gobierno de los principales.³

Su decorosa posición de "hombres del pueblo acomodados" la sostenían más con las posesiones heredadas en Val di Pesa que con el comercio. Menos acomodado que sus demás parientes era por entonces *messer* Bernardo di Niccolò di Buoninsegna, el cual llegó a un infortunio tal, que fue considerado en la ciudad como un miembro espurio de la familia, lo que ha llevado a algunos a pensar, no sé yo con qué fundamento, en una ilegitimidad jurídica.⁴ Su condición mejoró un poco gracias a la herencia de Totto Maquiavelo, pero no obstante esta ayuda, no le hubiera sido posible sacar adelante a su familia si no se hubiera ayudado con su constante trabajo y con una estrechísima frugalidad. En su carácter de doctor en leyes, sabemos que ocupó el cargo de tesorero en la Marca,⁵ aunque no se sabe cuándo; en Florencia ejerció poco y con escasas ganancias su profesión, sin abandonar la administración de sus escasas posesiones como buen jefe de casa.

En un valioso *Libro de Recuerdos* que hasta ahora era desconocido⁶ se nos dice que era un tanto tacaño, quizá más por necesidad que por índole, meticuloso, reflexivo, y no vulgar; interesado en el dinero, pero también en los consuelos que da el estudio. *Messer* Bernardo no cuenta con dinero para disipar, y frecuentemente ni para gastar en una vida que debe ser más bien pobre que moderadamente acomodada: no obstante, de vez en cuando sabe reservarse algún florín para comprar libros. Es el único vicio que podemos atribuirle, mejor dicho, su sola pasión; casi todos los compra sueltos y después los manda empastar cuidadosamente con quien sabe hacerlo, y alguna vez también miniar; y cuando no tiene con qué comprarlos, los pide prestados: libros no sólo de leyes sino también de humanidades.⁷ Cuando comienza a escribir estos *Recuerdos*, hace apenas cuatro años que la imprenta ha sido introducida en Florencia y él se beneficia ávidamente de ella, sin parar mientes en los escrúpulos de los bibliófilos de su tiempo. Uno de los primeros impresores florentinos,

Nicolás della Magna, le da un ejemplar impreso de Livio para redactar el índice de los pasajes: en pago por el largo trabajo, que requerirá nueve meses de tiempo y doce cuadernos de papel, recibirá el ansiado libro.⁸

De este Bernardo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 Nicolás Maquiavelo,⁹ después de dos niñas cuyos gentiles nombres fueron Primavera y Margarita,¹⁰ y antes de otro hombrecito que recibió el nombre de Totto en memoria del tío que había sido también su bienhechor. Su madre fue Bartolomea de Nelli, y un panegirista de su mismo tronco le ha atribuido capítulos y versos piadosos que nosotros no tenemos la suerte de conocer;¹¹ pero esta noticia nos basta, a la luz de las teorías genéticas modernas acerca de la herencia materna, para hacernos suponer de dónde le venía a Nicolás aquella inclinación hacia la poesía que iluminó su vida. En cambio, de su padre, ya fuera por herencia o por imitación, el amor al estudio. Y los recuerdos de su padre nos dan a conocer también algo acerca de sus primeros estudios, de los cuales no se sabía nada.

El 6 de mayo de 1476, comenzó Nicolás a aprender el *Donatello*, es decir, los primeros elementos de la lengua latina, con un maestro Mateo: tenía siete años, y por consiguiente ello iba de acuerdo con los preceptos pedagógicos de la época. Al año siguiente estudió con otro maestro de gramática llamado Bautista da Poppi, en la iglesia de San Benito.¹² *Multa fecit tulitque puer . . .* Alternaba con las primeras preocupaciones del estudio las maravillosas aventuras en los bosques de San Andrés junto a la pobre casa de campo de su padre, o en los derruidos muros del castillo de Montebuiano, en Mugello, que rodeaban una quinta de los antepasados de su madre. En 1480 comenzó a estudiar también la aritmética,¹³ y *messer* Bernardo, que se vio atacado, pero escapó milagrosamente el año anterior de la peste que había segado en Florencia innumerables vidas y había acabado también con dos de sus compañeros, al anotar junto con sus cortos ingresos la correspondiente disminución de bocas que llenar, enumeraba entre las demás: "Nicolás de 11 años, Totto de 5; van a la escuela".¹⁴ En efecto, el año siguiente encontramos a los dos niños estudiando con el señor Pablo de Ronciglione; y mientras que Totto se enfrenta con *Donatello*, "Nicolás cursa los latines",¹⁵ es decir, que ya redactaba breves composiciones en la lengua de Roma. Con esto queda desmentido Giovio (¡aunque creo que ya estará acostumbrado a ello!), quien quería darnos a entender, por animosidad, que Nicolás había aprendido latín ya en edad de casarse.

En cambio, cada vez parece más fundada la afirmación de que nunca emprendió el estudio del griego.¹⁶ Ni su padre tenía intenciones de hacer de él un docto, ni el hijo de llegar a serlo: quizá además de las intenciones, faltaron también los recursos. Indudablemente los autores que leyó fueron los mismos en que se ejercitaban todos los jóvenes de entonces, aprendiendo también una buena parte de ellos de memoria; porque se presupone, y también se entiende, que aquella "continua lectura de la historia antigua", de la que Maquiavelo nos hablará en su madurez, haya comenzado desde su más tierna edad, a la manera de las grandes vocaciones. Justino, el primer historiador que se ponía en manos de los niños,¹⁷ no se encontraba entre los libros que poseía su padre; pero el buen Bernardo, habiéndolo pedido prestado, se lo entregó a Nicolás cuando éste tenía doce años y ya "cursaba los latines". En cambio, sí se encontraban las Décadas de Biondo y sobre todo las de Tito Livio. Estas, enriquecidas probablemente con una copia manuscrita del laborioso índice que hemos mencionado, fueron las que *messer* Bernardo mandó encuadernar en 1486; y fue precisamente nuestro Nicolás, que entonces tenía diecisiete años, el que fue a recoger en casa del encuadernador el apreciado libro, y entregó el pago por la encuadernación, estando su padre en la casa de campo, "tres botellas de vino rojo y una botella de vinagre".¹⁸ Cuando leemos estos recuerdos de su padre, comprendemos mejor las palabras que él escribirá un día: "Yo nací pobre, y aprendí primero a sufrir que a gozar".

Esta debió de ser, pues, la "continua lección de los sucesos antiguos" que nutrió a Maquiavelo exactamente hasta la mitad del camino de su vida. La otra mitad se vio ocupada más bien por una "amplia experiencia de las cosas modernas", entre las cuales lo seguiremos en los capítulos que siguen. Pero antes debemos dedicar nuestra atención a lo que tuvo ocasión de ver desde que abrió sus ojos rasgados sobre este mundo. El mismo anotará después que las cosas que se oyen y se ven en los primeros años "necesariamente... dejan impresión en la mente del joven", y ellas "lo harán regular la manera como debe proceder en todas las épocas de su vida";¹⁹ es probable que al escribir esta verdad universal haya estado pensando en sí mismo.

"Aunque ya era tarde", todavía tuvo tiempo Maquiavelo de llegar a compenetrarse de la antigua manera de vivir de Florencia por

medio de aquello que él mismo alcanzó a observar y por el recuerdo que de ella se había conservado. Aquel gobierno de los nobles que se inauguró en 1382 al tiempo que se iban degradando las artes menores, que se restableció en 1387, y se ordenó y reforzó de mejor manera en 1393 bajo la dirección de Maso degli Albizzi, había llevado a la República a la mayor prosperidad y grandeza que jamás hubiera visto. Honesta era, si no sobria y púdica como veía Dante, la ciudad comunal en tiempo de su Cacciaguida, la Florencia de Nicolás de Uzzano y de Maso degli Albizzi, es decir, antes de que los Médicis y los tiempos la corrompiesen. Se hallaba llena de riquezas, de negocios, de bellas artes, de hombres agudos e ingeniosos, y el saber y el bienestar se hallaban en ella más equilibradamente difundidos que en otra alguna. No se contaba con más lujos que con las murallas, públicas y privadas, profanas o sagradas: aunque estas últimas sólo fueran edificadas para colocar sobre ellas las armas de la familia, como después hará notar indignado Savonarola. Decía Cosme de Médicis el Viejo: "Yo conozco la índole de esta ciudad, y no pasarán cincuenta años sin que seamos arrojados de ella; no obstante, los edificios quedarán en pie". Este sobrio lujo se veía adornado con la belleza del arte y la elegancia de los libros. Las ceremonias públicas se llevaban a cabo con magnificencia, pero en la vida privada no se veía sino una desarrollada cultura y corrección, mayores que en cualquier otra parte de Italia.

Prevalecía no la bondad de las leyes, sino la fuerza de los jefes. Y aunque en la vida política eran muchos los elegidos para los cargos y pocos para el gobierno, aún la injusticia y la usurpación se llevaban a cabo allí con tales apariencias de justicia y con tales miramientos, con tal cuidado de no atropellar las debidas formas, que eran muy pocos los que se sentían ofendidos con ello. Estos difíciles manejos, en los que los hombres del gobierno iban haciéndose cada vez más diestros, eran realizados más que en Palacio, en los almacenes y en las escribanías de aquellos ciudadanos prominentes, que eran más grandes por su prudencia que por sus riquezas; escribanías y almacenes a los que no rehusaban volver después de los más elevados cargos, después de los más graves negocios del estado, asemejándose mucho en su austera sencillez "a aquellos antiguos romanos", con los que el buen biógrafo Vespasiano de Bisticci comparó a uno de ellos.²⁰ Y es cierto que en la Florencia del siglo xv, en la que un poeta moderno alabó la libertad romana revestida de gentileza, se justifica más que en cualquier otra parte de la tentación, en la

que tan frecuentemente caerá Maquiavelo, de comparar los hombres y los hechos de su ciudad con los de Roma.

Estos ciudadanos preeminentes de Florencia no tenían nada que los asemejase a los nobles de la república rival de Venecia: eran nobles de extracción popular, que respetaban sobremanera ciertas apariencias de soberanía popular; y el pueblo, que los veía como *primi inter pares* (primeros entre los iguales), se reconocía libre bajo su dominio, complaciéndose en la sabiduría de sus jefes, y siguiendo desde el mercado, desde los suburbios y desde las plazas públicas, el juego que se desarrollaba en Palacio, y lo consideraban tanto más hermoso cuanto más sutilmente era desarrollado. Satisfecho con esa soberanía nominal, a la manera de un soberano constitucional de nuestros días, dejaba el gobierno en manos de unos cuantos.

Los mismos Médicis, en los primeros cincuenta años de su predominio, se ciñeron a las fatigosas reglas de este juego, y mientras más cuidadosamente lo observaron, con más seguridad se mantuvieron en el poder. Fue así como se logró que las costumbres, la vida y la felicidad que se había gozado bajo el gobierno de los ciudadanos principales, subsistieran durante algún tiempo también bajo la señoría de uno solo, ya se llamase éste Cosme, Pedro o Lorenzo. Eran señores de hecho, no de derecho; no se hallaban provistos de más armas que de una asidua vigilancia, y no se sostenían con la fuerza, sino con el consentimiento de aquellos que eran sus conciudadanos, no sus súbditos. Los recursos de estos príncipes de extracción popular para mantenerse en el cargo, eran el de lograr hacer obtener las magistraturas a hombres adictos a su causa por medio de ingeniosos manejos, y el de regular por medio de entronques y de cargos el equilibrio de las riquezas y de los beneficios; pero eran quizá aún más importantes las artes para no despertar sospechas ni envidias, y el cultivo de los altos estudios para mantener en paz casi a cada uno de los ciudadanos.

Maquiavelo nació el mismo año en que murió Pedro de Médicis, quien había sucedido en aquel gobierno civil de su patria a Cosme, y debía a su vez heredarlo después de su muerte a sus hijos Lorenzo y Juliano. Sólo más tarde le permitirá la edad comprender la cruel venganza y el quebrantamiento de la promesa hecha a la rebelde Volterra (1472); en cambio, cuando sucedió el caso de los Pazzi, en 1478, ya estudiaba él los escritores latinos. Vio entonces cómo los celos y los rencores de algunos ciudadanos preeminentes eran disfrazados bajo el nombre de la libertad y se conjugaban con

las desmedidas ambiciones de los sobrinos de Sixto IV, pontífice pésimo, no sin el conocimiento y consentimiento del Papa mismo; se contaban también entre los conjurados el arzobispo de Pisa y el joven cardenal Riario, pariente de Sixto. El lugar y momento escogidos para consumar el crimen fueron: la catedral y la elevación de la Hostia, durante la misa. Murió Juliano, escapó Lorenzo, fue ahorcado el arzobispo y muchos de sus cómplices en las ventanas del Palacio al que vanamente aspiraron y sus cuerpos, así como los de la gente asesinada por las calles, quedaron durante varios días ofreciendo un lamentable espectáculo.

Después de las embarazadas condolencias por el asesinato de Juliano, vinieron las quejas de Sixto; no tanto por el arzobispo ahorcado, sino por el cardenal pariente suyo detenido. Por último, los florentinos lo dejaron en libertad: "lo cual hizo que el Papa los asaltara sin miramiento alguno con todas sus fuerzas y las del Rey (de Nápoles)", como anotará después Maquiavelo, tomando de tal suceso una enseñanza maquiavélica.²¹ Pero antes que con las armas temporales, Sixto había atacado con las espirituales, fulminando la excomunión contra Lorenzo y contra los magistrados, y el interdicto contra la ciudad; y vio Nicolás el poco caso que hicieron sus conciudadanos de dichas censuras, a causa de que tales armas se hallaban embotadas por el mal uso que se hacía de ellas y por el pésimo ejemplo de quien las utilizaba.

Pero aunque la guerra espiritual importó poco a los florentinos, la de los ejércitos los agotó, y finalmente los hizo perder el ánimo por la derrota que sufrieron en el Poggio Imperiale; la causa de ella fue la inaudita vileza de los mercenarios, que se conservó como memorable en la ciudad, e imborrable en la mente de Nicolás; el cual debió de haberla anotado mucho antes que en sus *Historias*, en su mente. No obstante Florencia, o mejor dicho la casa de los Médicis, logró salvarse gracias a la audaz decisión de Lorenzo quien, después de haber sabido soportar virilmente el peso de la enorme guerra, habiendo acudido a entregarse en manos del Rey de Nápoles, logró de él una honrosa paz; ésta fue al principio rechazada y después de mala gana aceptada por el Papa. A causa de estos sucesos (hará notar Nicolás, cuando ya adulto escribió acerca de ellos) la reputación de Lorenzo creció enormemente en Florencia, "ciudad ávida de noticias y que juzga las cosas por los hechos, no por las intenciones".²²

Y desde entonces los sucesos fueron prósperos para Lorenzo, cuya sagacidad política comenzaba ya a equilibrar las fuerzas en Italia.

Las otras guerras que estallaron en aquel tiempo no alcanzaron al territorio de la República; ni la de Lombardía, que fue precisamente la que acabó con la vida de Sixto, quien, como se llegó a decir exageradamente, murió con sólo oír el nombre de paz; ni la de los Baroni (1486), en la que los florentinos se aliaron con el Rey Fernando de Nápoles en contra del nuevo papa Inocencio VIII: de la cual Nicolás, que ya tenía diecisiete años, tuvo ocasión de sacar nuevo material de observación a causa de la lamentable actitud de los mercenarios, y de aprender de las acciones del Rey cómo un príncipe "sagaz" pueda "despreocuparse de su fama de cruel con tal de mantener a sus súbditos unidos",²³ dar y quebrantar su palabra de la manera que mejor le convenga. Sin embargo, este arte iba a enseñárselo mejor otro papa, sucesor de Inocencio, de la manera como anotará en su *Príncipe*: "Alejandro VI no dejó nunca de pensar en engañar a alguien, y siempre tuvo ocasión de hacerlo; y nunca hubo hombre que con más fuerza asegurara una cosa y con mayores juramentos la afirmara, y la observara menos; y a pesar de ello, sus engaños le resultaban a la medida de sus deseos".²⁴ Otras enseñanzas en tales materias se las proporcionarán en esos días las cortes de Italia y las habituales matanzas familiares que acontecían en la vecina Romaña (1488).

En esos días la libertad de Florencia, que se hallaba oprimida dentro del puño de Lorenzo, férreo debajo de su enguantada mano, se iba esfumando poco a poco. Las reformas decenales que habían acontecido en 1470-71, en el 80 y en el 90, habían ido estrechando el gobierno en un número cada vez más pequeño de hombres a él adictos, a fin de asegurarlo lo mejor posible para sí. Y junto con la libertad desaparecía aquella antigua manera de vivir que antes se ha dicho, que apenas sobrevivía en las añoranzas de quienes habían podido gozar al menos los restos de ella. La corrupción de las costumbres, comenzando por las políticas, que había sido acarreada por los tiempos e importada de otras cortes, fue también favorecida por Lorenzo como arte de gobierno. Y eran éstos precisamente los años en los que la generación de Maquiavelo alcanzaba la edad más propensa a cualquier desviación. Este, al escribir acerca de esta corrupción en la vida de Florencia, observaba también en sus contemporáneos una más libre y mayor mordacidad: "Aquel que mordía más diestramente a los demás, era más prudente y más estimado por un mayor número".²⁵ Y parece que también de esta observación sacó consecuencias y reguló su vida conforme a ella.



Lámina I. *Busto de Maquiavelo en terracota policromada (escuela florentina del s. XVI). Soprintendenza alle Gallerie. Firenze.*

Por entonces el lujo y el juego, la lujuria y la sodomía (el "vicio florentino") ganaron terreno y fueron acabando con el pudor. Como siempre sucede (y lo observó también Maquiavelo) la relajación de las costumbres se vio acompañada por una merma en la religiosidad. Los vicios de los seglares eran en parte causa y en mayor parte efecto de los sacerdotes y religiosos; y el peor ejemplo les venía desde Roma, sobre todo desde que Alejandro VI ascendió al papado. Y fue también entonces cuando, contra los unos y contra los otros, y contra la obra corruptora de Lorenzo, se elevó la terrible voz de Jerónimo Savonarola.

El gran religioso se había ya encontrado en Florencia de 1482 a 1487 sin despertar mucho rumor; pero cuando volvió a mediados del 1490, fortalecido con las asiduas predicaciones, meditaciones y oraciones, sintiéndose más seguro de su misión por voces y visiones, y más decidido por la opinión favorable que su nueva manera de predicar había despertado, se dedicó a atacar los vicios y a quienes en los puestos más elevados daban escandaloso ejemplo de ellos. No bastaron para hacerlo callar las amenazas ni los halagos de Lorenzo, cuyas recientes reformas atacó con ardor. Finalmente, habiendo muerto Lorenzo en 1492, habiendo sido arrasados por el paso de Carlos VIII, Pedro su hijo y las posesiones de los suyos, quedó Savonarola como dueño absoluto del terreno, convertido en un símbolo de veneración para un pueblo que veía en él a un profeta y un hombre de santa vida, y reconocía que le debía a él la salvación del saqueo francés y de la guerra civil, la libertad y el nuevo gobierno del pueblo que él había inspirado y promovido.

Este nuevo gobierno, por ser popular, debió de agrandar a Maquiavelo quien ya tenía veinticinco años, aunque no le gustara su fundador, religioso y forastero, ni su concepción del estado, que él ponía al servicio de la religión, es decir, de Dios, en tanto que Maquiavelo, al menos en sus libros, quería que la religión fuera un instrumento del estado, es decir del hombre. Pero aunque él ciertamente no fue nunca de los *Piagnoni* y más fácilmente nos lo imaginamos como miembro de los *Arrabbiati*,²⁶ lo cierto es que tampoco encontramos su nombre entre los de los más rabiosos miembros de esta secta. Además de la obra política del religioso debió de gustarle también la gran oposición que él promovió contra la corrupción de la Iglesia, contra los malos prelados de Roma y contra los religiosos relajados; y si, conforme a su carácter y el de los florentinos todos, hizo después burla del héroe caído, no bien volvió a más maduros

y serios pensamientos, tampoco ocultó la reverencia que le inspiraba.

Precisamente uno de los primeros escritos que con fecha cierta poseemos de Maquiavelo, y uno de los primeros documentos acerca de su vida, es una carta que él mandó a Ricardo Becchi el 9 de marzo de 1498 para informarlo acerca de dos predicaciones de Savonarola, que en aquellos días se había retirado, para "dar lugar a la ira del Papa", del púlpito de la Catedral al de San Marcos. Eran las dos primeras que pronunciaba en la iglesia de su convento, y de las últimas de su vida. El "profeta desarmado" iba ya a sucumbir bajo las armas espirituales del Papa y bajo el peso de las temporales de la Liga, bajo la prudencia de comerciantes y la olvidadiza mutabilidad de los florentinos. Quien lea hoy día la carta en que el gran religioso es juzgado como un simulador que "habla según los vientos que corren y va adaptando sus mentiras a las circunstancias",²⁷ conociendo la bondad de fray Jerónimo y la generosa idea que lo impulsaba a hablar, y que lo hará subir serenamente al patíbulo y a la hoguera, no podrá menos que entristecerse ante ella.

Pero sería erróneo tomar demasiado en serio a Maquiavelo cuando escribe, entre bromas y de veras, estas sus cartas familiares, en las que se dejaba llevar de su mordaz carácter florentino para diversión suya y de sus amigos. Y además él contaba por entonces veintinueve años, era amante de la vida ligera, y gustaba de todos los derroches y alegrías que eran el blanco de las predicaciones del religioso; y a un joven de este carácter no se le podía pedir más de que al mismo vicario de Cristo, Rodrigo Borgia, quien poco más de dos meses después iba a mandar a la hoguera, de acuerdo con los florentinos, a quien había soñado con reconquistar para Cristo a Roma y toda Italia sin más armas que las de su palabra. Esta hoguera fue la última enseñanza que recibió Maquiavelo de los hombres, antes de pasar de la vida privada a la pública.

Así pues, hemos narrado aquí brevemente las tristes enseñanzas que recibió de sus contemporáneos. Y si se considera que él llevó estas enseñanzas más allá que los demás, aunque sólo haya sido en sus escritos, ello ha de imputarse a la mayor facilidad que él tuvo de observar con agudeza los hombres y las cosas y de sacar de ello las consecuencias con el rigor de un silogismo, por encima de toda consideración humana y moral (de todo lo cual se deduce o su mala fe o, si se quiere, su confusión mental). Porque no es necesario creer que las consideraciones casi diría científicas, de la observación y del raciocinio, coincidieron necesariamente con sus sentimientos: casi

siempre aquéllas se sobrepusieron a éstos en sus doctrinas, y casi nunca en sus acciones, siempre unas y otros añadieron un contraste más a una alma que se hallaba llena de ellos.

Por lo demás, la índole misma de su pueblo se hallaba llena de contrastes, mereciendo con demasiada frecuencia, en su acepción vulgar, el título de extraño que dio Dante a uno de sus miembros. Retóricamente, podríamos comparar el carácter de esta gente de Florencia al del suelo que la engendró y llevó a la madurez, siempre variado y siempre igual a sí mismo, al mismo tiempo áspero y dulce: en donde la tierra está formada de duro pedrusco ablandado por el calor del sol, pero más aún por el trabajo de los hombres, que se ven obligados a un esfuerzo siempre arduo. De esa manera la índole de los florentinos guarda, bajo un exterior amable, un fondo amargo y áspero, y quizá también algún resto de crueldad por debajo de su cortesía; no siempre son jocosas y bien intencionadas aquellas agudas ironías ni aquellas burlas que los han hecho famosos.

Como prueba y símbolo de la alegre despreocupación de esta gente se ha repetido hasta el fastidio en todas las épocas el estribillo del *Triunfo de Baco y de Ariadna* de las fiestas de los Médicis, sin darse cuenta que también esta canción festiva conserva, bajo alegres apariencias, el mismo fondo triste y amargo:

*Quant'è bella giovinezza
che si fugge tuttavia!
Chi vuol esser lieto, sia:
di doman non c'è certezza.*

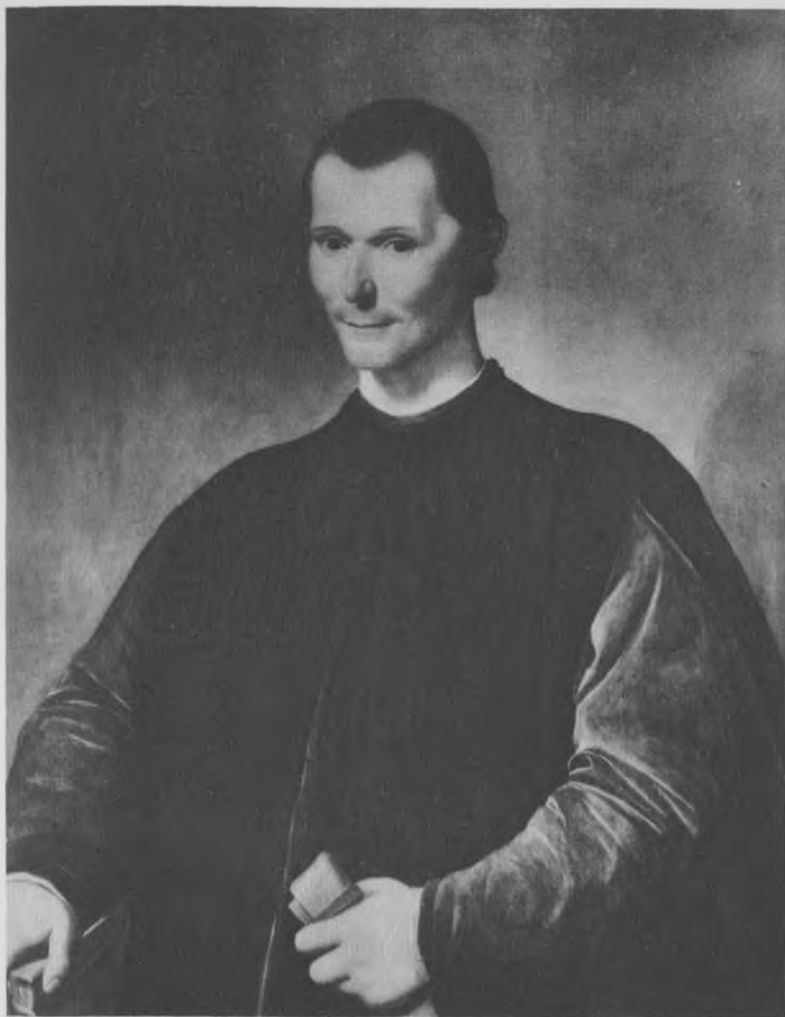
*(¡La juventud es muy bella,
sin embargo, presto pasa!
Gocémonos hoy en ella,
por si el mañana fracasa).*

Y no debemos olvidar, a fin de comprender bien la índole de esta ciudad, que junto con los más lascivos cantos de carnaval se cantaban, cambiando las palabras, con la misma música de aquéllos, frecuentemente con las mismas rimas, cantos religiosos en mayor número y más piadosos que los que se componían en otra alguna. Después de esto, a nadie debe maravillar, y menos debe tomar a burla, el hecho de que también Maquiavelo escribió, al lado de cantos del mencionado género y de una *Mandrágora*, una piadosa *Exhor-*

tación a la penitencia. Aquí la impiedad y la piedad se mezclaban de continuo, exactamente como en el *Morgante*, que es un personaje típicamente florentino, ya que aquí se van alternando las admirables páginas de la renovación de Savonarola con las de la paganizante época de Lorenzo y las que narran el predominio de los *Arrabbiati* y de los *Compagnacci* después de la condena del religioso, cuando uno de los señores se atrevió a exclamar públicamente: "Gracias a Dios, que ahora ya se podrá cometer sodomía".²⁸

También la vida política de Florencia llevó la huella de este carácter, guiado por ásperos contrastes, variado y mudable. El hecho de que precisamente en una ciudad así, que fue la que tuvo la peor organización entre todos los estados italianos, y en la que hemos visto que los jefes eran mejores que las leyes, hayan salido al mismo tiempo los tres mayores escritores políticos del siglo xvi, el primero y principal de los cuales fue el nuestro, puede parecer una singular coincidencia y por lo contrario es una consecuencia lógica. Porque detrás de la muy desacertada constitución heredada de las antiguas libertades comunales, que después fue reformada o caprichosamente remendada, adaptándola según los gustos que corrían a los rumores de sospecha o de desconfianza, intolerantes y mudables, se encontraba la depurada experiencia de una escuela política de la que salían hombres habituados a gobernar y a gobernarse en las condiciones más difíciles: administradores obstaculizados por las malas leyes; magistrados tan efímeros como las leyes; embajadores provistos de instrucciones ambiguas y limitadas, desprovistos de autoridad; hasta los "tiranos", como ya hemos visto, tenían que adaptarse a esta ciudad, mantenerse en su puesto en medio de continua zozobra, viéndose obligados a mantenerla tranquila día tras día, y gobernando no sólo con fino arte, sino también con artificios. El lema *Non sine labore* (todo requiere esfuerzo), adoptado por una antigua familia florentina, se adapta admirablemente, como a todo lo que ha nacido entre Fiésolo y el Arno, a aquella escuela del arte de gobernar que fue la Florencia del siglo xv. En esta escuela fue en la que se formó Nicolás Maquiavelo.

Quisiera ahora esbozar un pequeño retrato suyo, ahora que lo encontramos comenzando su trigésimo año de vida, pero me atemoriza la empresa de representar un ingenio tan difícil de ser comprendido y descrito, de la misma manera, diría yo, que la expresión que los artistas se han esforzado en captar en el rostro de este hombre: un ingenio que hace cuatro siglos y medio que se trata de com-



Nicolás Maquiavelo, según Santi di Tito. Foto Alinari.

prender, y aún no ha sido bien apreciado. Se le ha acusado frecuentemente de cinismo, y en realidad se trata sólo de "la fe de quien sinceramente cree en su propia lógica".²⁹ Y no es de admirar si a los que hacen anatomía de las almas se les oye hablar de dualismos al encontrarse delante del frío realismo de este gran idealista, del

pesimismo de este gran optimista: poseía él algo de aquella su política, que él representaba bajo la imagen del centauro, "bellísimo entre lo humano y lo animal".³⁰

Comenzaré, pues, transcribiendo estas palabras que acerca de él escribió Gino Capponi; las cuales, por contener tanto de verdad, debería yo más ampliamente parafrasear, pero que por ser muy hermosas, se deslucirían al ser parafraseadas: "De un ingenio elegante y fecundísimo, y libre en sus costumbres; de una admirable agudeza de pensamiento, pero sin que sus acciones correspondiesen a su pensamiento . . .; tenía de la política el concepto que tenía toda Italia: tendía a una finalidad elevada, trataba elevados conceptos; pero eran fuerzas ya gastadas, grandezas corrompidas, que yacían en la penuria de recursos y en la desesperación, tal como yacían las águilas romanas en el fango en los días de derrota. Tampoco se había apagado la religión en su pensamiento más que en el de Italia entera: la reverenciaba como una cosa elevada, y la amaba por ser italiana; pero después, por desprecio al mal gobierno que la ensombrecía, la atacaba con insultos, y la borraba de su corazón con los vicios. Tal fue Maquiavelo, y tal era Italia".³¹ Tal era Italia, pero no toda, si bien él fue la expresión y la imagen de su Florencia más que de ninguna otra parte de Italia; una imagen amplificadas, en la cual las virtudes y los vicios necesariamente adquieren proporciones mayores.

Por lo demás, no pueden atribuírsele otros vicios notables que la avidez de mujeres;³² avidez en la que desahogaba su exuberancia de vida y probablemente también de afectos. Aunque fue pobre, fue también muy liberal, muy amante de sus hijos, cuidadísimo de la limpieza de su ropa, amante de su patria y de la libertad. Pareció a sus contemporáneos más corrompido que los demás porque, por su misma grandeza, no se preocupó de esconder lo que los demás ocultaban; más aún, ocultaba lo que tenía de bueno y ostentaba lo que tenía de menos bueno. En efecto, él se complació en ser considerado peor de lo que era, a fin de sorprender a sus iguales y para demostrar que igualaba a sus mayores. Hablando acerca de algunas prohibiciones, hacía notar amargamente que si los hombres fueran buenos, "no serían buenos". Habiendo bebido hasta las heces el cáliz de las torpezas humanas, y habiendo visto a los buenos hallarse siempre sojuzgados por los malos, convirtió también esta observación en una norma, según su genio, y se complació en ser considerado entre éstos, no obstante que debía ser colocado más bien entre aquéllos.

Hemos leído en las palabras de Capponi que él amaba la religión y alimentaba elevados conceptos; casi no existe página suya, aunque sea triste, en la que no demuestre una sensitiva y apasionada alma de poeta; y no puede haber verdadera tristeza donde hay poesía. Pero al mirar en su derredor, la desesperación del bien y la inmanencia del mal lo abrumaban, su mente se rebelaba contra ellas. Y entonces se desahogaba en aquellas amargas sentencias, o bien en la risa; se escondía detrás de la risa; se reía de su conmoción, de haber observado y de haber creído en cosas buenas y elevadas; se reía de no haberse reído antes.

Algunos de estos rasgos de su espíritu se conservan también en un autorretrato que él mismo escribió en una octava. Se ignora la fecha en que lo escribió, por lo cual puede hallar cabida aquí:

*Io spero, e lo sperar cresce 'l tormento;
io piango, e il pianger ciba il lasso core;
io rido e il rider mio non passa drento,
io ardo e l'arsion mia non par di fore;
io temo ciò che io veggo e ciò che io sento;
ogni cosa mi dà nuovo dolore;
così sperando, piango rido e ardo,
e paura ho di ciò che io odo e guardo.³³*

*(Yo espero, y esta espera me atormenta;
lloro, y mi llanto colma el corazón;
río, y mi risa queda por de fuera;
ardo, mas no aparece al exterior;
temiendo lo que mire y lo que sienta,
cada cosa me da nuevo dolor;
así esperando, lloro, río, y ardo,
y frente a mi futuro me acobardo).*

Hijo del Humanismo, pero hijo pródigo sin regreso, difirió de los humanistas, todavía más que por sus estudios, por su ingenio.³⁴ Era amantísimo de la música, la cual cultivó "en el laúd" y "con el libro", y en cambio sólo una vez encontramos en sus escritos una alusión a las artes figurativas en aquella época de maravilloso renacimiento: fue cuando escribió que "esta provincia . . . ha nacido para resucitar las cosas muertas, tal como se ha visto en la poesía,

en la pintura y en la escultura"; él hubiera querido que resucitaran el valor y el orden antiguos.

En su persona era bien proporcionado, de mediana estatura, delgado de complexión, erguido en su actitud, y valiente en su gesto. Tenía el pelo negro, la piel blanca tendiendo al aceitunado; la cabeza pequeña, la cara huesosa, la frente despejada. Sus ojos vivísimos y su boca fina y apretada parecían conservar siempre una sonrisa burlona. De él se conservan varios retratos de buena factura,³⁵ pero solamente Leonardo, con el cual tuvo algún trato en sus días de prosperidad, hubiera podido trasladar fielmente con las líneas y los colores, aquella sonrisa fina y ambigua.

CAPITULO II

NICOLAS MAQUIAVELO, SECRETARIO.

El día en que el consejo de los *Richiesti* designó inesperadamente como segundo canciller al joven Nicolás Maquiavelo, era el 28 de mayo de 1498: apenas cinco días después del martirio del religioso.¹ Hasta ahora, los biógrafos no han pensado que fue precisamente la caída del "profeta desarmado" la que le franqueó el camino; y de esta manera la experiencia de las cosas modernas continuaba dándole provechosas enseñanzas. Además, a este respecto, no carece de significación el hecho de que en su elección, la cual había pasado el 15 de junio al Consejo de los Ochenta y puesta a votación en el Consejo Mayor según la ley, Nicolás tenía como competidor, junto con *messer* Francisco Gaddi,² profesor de elocuencia, y Andrés di Romolo, notario, a Francisco di ser Barone, el cual adquirió fama e infamia por haber falsificado los procesos del mártir.³ Y fue realmente un milagro el hecho de que en vez de dos ingenios mediocres, pero encanecidos en los negocios de las cancillerías, y de un malvado de marca mayor, pero benemérito de aquella revolución pacífica, fuera preferido, por esta vez, un joven de poca fama, de poquísima experiencia, pero de mucho ingenio. Fue así como el 19 de junio, fue electo Maquiavelo para encabezar la segunda cancillería.⁴

El cargo era importante, aunque no comparable en dignidad y autoridad con el primer canciller de la República, con el cual alguien por ignorancia lo ha confundido, y otros lo han igualado; y en grados inferiores al del nuevo secretario se encontraban hombres de edad madura, largamente ejercitados en las secretarías. Cuando contaba veintinueve años, durante los cuales su nombre no se había dado a conocer en la ciudad y no había causado ni siquiera un murmullo del que quedase algún eco, no digamos en las crónicas, pero ni en los documentos públicos o privados, salía Maquiavelo, como en un mito, ya adulto y armado del seno de su familia.

Ordinariamente para los cargos de la cancillería, aun para los de simple auxiliar, eran llamados doctores o notarios o letrados de algún renombre; y así continuó la costumbre todavía después de la reforma del 13 de febrero de 1498, en virtud de la cual cualquiera podía ser elegido.⁵ En efecto, no sólo los predecesores y los colegas, sino también los sucesores y los inferiores de Maquiavelo poseían dichas cualidades y condiciones; y además, muchos de ellos dejaron escritos que se mencionan en las historias de la literatura, o al menos en las páginas que corren en manos de los eruditos. En cambio, nuestro secretario, como se confirma por el tratamiento que se le da en las actas públicas en las que su nombre no se ve nunca acompañado del título de *messere* o de *sere*, no fue ni doctor ni notario; ni tampoco se conocen escritos en prosa o en verso que puedan ser atribuidos con seguridad a la primera mitad de su vida: con toda seguridad pertenecen a la segunda, posterior a su paso por la cancillería, no sólo sus obras mayores, sino también todas las menores de un cierto relieve. Cuando más, podría asignarse a su juventud algún canto de carnaval de los pocos que escribió,⁶ y alguna rima amorosa, pero únicamente a causa de que no hay ningún argumento en contra de semejante atribución; no por un fundamento más sólido.

Por otra parte, el hecho de que él, al menos en el reducido círculo de su familia y de sus parientes tuviera fama de literato, y quizá hasta una cierta autoridad, lo prueba una carta que él escribió el 2 de diciembre de 1497, por comisión y a nombre de toda la *Mac-lavellorum familia*, a Juan López, cardenal de Perusa, para defender el dominio de la rica Pieve di Fagna contra las demandas de los Pazzi; y es éste el primer escrito con fecha que de él se conserva.⁷ Además, parece singular que todos los Maquiavelo encomendaran al joven Nicolás este encargo, en tanto que aún vivía Bernardo su padre, jefe de la familia, doctor en leyes y no ignorante en letras. Dicho sea de paso que la carta no carece de destreza, y bajo la grandilocuencia del género, manifiesta ya el estilo conciso del gran escritor; y además, lo que más importa, dicha carta logró la ayuda de la Señoría, que fue también solicitada por el cardenal,⁸ para mantener a la familia en la posesión de la citada iglesia.⁹

Pero la reputación literaria que Nicolás tuvo entre sus Maquiavelo no nos da indicio alguno de que tuviese alguna entre sus conciudadanos. Al contrario. Han llegado hasta nosotros hasta los últimos nombres de los súbditos de la República Florentina que

lo eran también de la república literaria, y el hecho de no encontrar entre ellos su nombre, ni rastro alguno de escritos suyos hasta esta edad, nos da casi una absoluta certeza negativa. De la segunda mitad de su vida parece filtrarse la luz de una conjetura que podría iluminar la obscuridad de la primera. El fue amante, más que de las palabras, de las cosas, como se ha dicho, prefirió la vida a la literatura; a diferencia de tantos de sus contemporáneos y colegas, literatos hasta la médula, no fue un literato. Escribió sus obras después de que una "larga experiencia" hubo fecundado aquella "lectura continua" con que nutrió su juventud y que le había dado materia para establecer comparaciones: antes no le habría sido posible. Sin la experiencia, aquella lectura hubiera permanecido estéril, y sin aquella lección no hubiera salido a realizar experiencias.

Si ésta es quizá la llave que nos abre las puertas y nos da a conocer el secreto de su juventud callada, y nos permite entender mejor las obras de su virilidad, en cambio no nos abre ningún resquicio acerca del secreto de su elección a la cancillería. Este desaparecería si fuera posible probar lo que han escrito algunos eruditos del siglo pasado;¹⁰ a saber: que él sirvió en la cancillería desde 1494 ó 1495 como cooperador, o aun en un cargo más humilde. Pero por desgracia quien tal cosa afirmó, no se preocupó de probarla, o la acompañó con tan manifiestos errores, que hizo perder todo crédito a su afirmación;¹¹ y el historiador de la cancillería florentina que pretendió reforzarla con un documento interpretado erróneamente, cae en un equívoco realmente

*dego di riso e di compassione.*¹²

Por ello la sugestiva hipótesis de un noviciado, que tan satisfactoriamente nos explicaría el misterio de su elección, debe ser rechazada, hasta que no sobrevengan pruebas más seguras; con tanta mayor razón cuanto el mismo Maquiavelo la contradice cuando, en una famosa carta, enumera los años que ha pasado "estudiando el arte del estado";¹³ dentro de los cuales debió de incluir también todos los que pasó en la secretaría. Además, el historiador de la cancillería florentina¹⁴ adelanta la hipótesis de que en la elección de Nicolás haya intervenido también el espíritu de una deliberación del 30 de abril de 1498; según la letra de la cual los embajadores que fueran enviados fuera del dominio debían hacerse acompañar también por un joven, con el fin de que los jóvenes to-

maran práctica en el arte del gobierno. Pero nada podía influir esta orden ya de todos conocida, la cual (anota el cronista Parenti) "dio esperanzas a los jóvenes virtuosos"; en cambio, no parecería imposible el hecho de que Maquiavelo se hubiese añadido, aun antes de ella, al séquito de algún embajador, de la misma manera que lo hará su sucesor en la secretaría, Donato Gianotti.¹⁵

Después de tantas negativas, nos queda sólo la conjetura más verosímil: que este cargo, tan bajo con respecto a su ingenio, y tan alto con respecto a sus condiciones, lo haya obtenido gracias al favor de algún ciudadano influyente, o de manos de quien estuviera bien colocado en la cancillería y tuviera privanza con los Señores. Espontáneamente se presenta entonces a la mente el nombre de Marcelo Virgilio Adriani,¹⁶ primer secretario de la República, es decir, jefe de la primera cancillería, en la cual había sucedido a Scala el 13 de febrero del mismo año de 1498; y era (véase la coincidencia) precisamente el mismo que Gioivo¹⁷ afirma que fue maestro de Maquiavelo.

Es bien sabido que a este historiador le interesaba muy poco el decir la verdad, más aún, frecuentemente lo que le interesaba era no decirla, y que Maquiavelo recibió de él una buena porción de malevolencia y de calumnias; pero la noticia que ahora estamos considerando no podría ser falsa sino por defecto de información, así que no podemos rechazarla, ya que este autor tuvo relaciones muy estrechas con Florencia y con los florentinos,¹⁸ sobre todo antes de que a causa de las *Historiae sui temporis* (Historia de su tiempo) una gran parte de ellos le tomara aversión. Por lo demás, así lo han entendido los más notables biógrafos de Maquiavelo, rechazando los detalles inventados: se acepta, pues, que él se nutrió abundantemente con las doctrinas de Marcelo Virgilio; y con toda razón se rechaza la versión de que de él haya aprendido a conocer las bellezas de la lengua latina, cosa que tenía varias razones para ser rechazada, aun antes de ser desmentida por los recuerdos de *messer* Bernardo.

En cambio, se equivocaron los mismos biógrafos al afirmar que las relaciones entre Marcelo Virgilio y Maquiavelo no podían de ningún modo ser de maestro a discípulo, ni pasar más allá de una costumbre didascálica entre amigos de conocimientos desiguales. No es que yo quiera afirmar sin más ni más que Adriani fue en realidad su maestro; pero sí afirmo que los citados biógrafos lo negaron erróneamente a causa del fundamento por el cual lo negaron, o sea

el de la edad. En efecto, éstos oponen que Maquiavelo, siendo apenas cinco años menor que Adriani (en realidad los años eran nueve), no podía ser su discípulo:¹⁹ afirmación tonta, como puede verse; tanto más que si éste enseñaba en público en Florencia, como es sabido, no hay razón por qué Maquiavelo, que era nueve (y aunque fueran cinco) años más joven, no hubiera podido frecuentar sus lecciones.

En resumen, se trata sólo de una conjetura, cuyo único fundamento es el pasaje de Giovio; pero es una conjetura razonable, y si la aceptamos, tendríamos también la clave de su elección a la cancillería, que he venido indagando hasta aquí. En efecto, nadie mejor que Adriani, que se hallaba dentro del castillo y que más aún, era el castellano, podía tener la manera de hacer entrar en él a quien se supone era su discípulo, y nadie podía tener una mayor autoridad para proponerlo a la Señoría, quien no podía negarle alguna influencia en el consejo cuando se trató de escoger a su lugarteniente y a su más directo colaborador. Una vez que éste hubiese persuadido a la Señoría, y ésta a su vez al consejo de los *Richiesti* (que fue el partido vencido el 28 de mayo), no debe haber sido difícil el hacer pasar una elección de tal naturaleza al consejo de los Ochenta, aunque se contara *ex plurimis nominatis et scrutinatis* (entre muchos de reconocida fama y probidad), que quizá sólo habían sido incluidos por llenar el expediente, y menos aún en el consejo mayor; máxime que entre sus competidores en este último escrutinio el que ostentaba los mejores títulos era Gaddi, y después de él *ser* Ceccone: sospechoso aquél a la mayoría como hombre apasionado, y éste digno de desprecio aun para quienes despectivamente se habían servido de él.

Se comprende que Adriani hubiera podido favorecer la elección de Maquiavelo aunque hubiera tenido con él únicamente las relaciones de amistad que mencionan los biógrafos, y no las de maestro a discípulo que sugieren las palabras de Giovio. Pero no parecen encontrarse huellas de una verdadera amistad entre los dos hombres, durante el tiempo en que sirvieron juntos en Palacio. Aunque según las buenas tradiciones, el primer canciller llevó en brazos durante el bautismo al primogénito del jefe de la segunda cancillería, las cartas que aquél escribió a Maquiavelo no muestran señal alguna de intimidad y de confianza, de las que rebosan por el contrario sus carteos con otros de sus colegas en el cargo. Porque la realidad era que el uno amaba las cosas, y el otro las palabras; y el grave y adusto

Adriani no podía entenderse bien con su joven colega, libertino y mujeriego, quien con escándalo y deshonor de su toga palaciega, escribía y vivía en vulgar, es decir, como un hombre bien vivo.

Pues bien, ahora que, por fortuna o por ingenio, o por una y otra causa juntamente, Maquiavelo ha sido nombrado secretario, queda por decir en qué consistía dicha secretaría. En aquel tiempo, como es sabido, la República Florentina tenía un primero y un segundo cancilleres, de los cuales dependían respectivamente la primera y la segunda cancillería; si bien la autoridad o al menos la sombra de la primera se extendía también sobre la segunda. Al principio, la primera se ocupaba de los negocios y de la correspondencia externa, y la segunda de los negocios internos y de la guerra; pero con el tiempo variaron y se intercambiaron las atribuciones; una parte de ellas fue asignada a la secretaría de los Diez, cuando ésta comenzó a existir, con la cual además la segunda cancillería terminó no sólo por fundirse sino por confundirse. Y puesto que los Diez mantenían correspondencia con los embajadores que se hallaban fuera del territorio, así como los Señores, y por medio de ellos la primera cancillería, se ve cuánta confusión había en ese ambiente; hasta el grado de que se encuentran restos de cartas para el exterior (cada uno de los dos magistrados tenía sus minutarios y copistas distintos para correspondencia exterior e interior)²⁰ que habían sido comenzadas por la Señoría y continuadas por los Diez. De cualquier manera la división se refería más bien a los negocios y a los registros: los empleos y los empleados eran con frecuencia los mismos.

Bástenos, pues, saber que las dos cancillerías sobrellevaban por sí mismas todo el peso de los negocios internos, de las relaciones externas, de los asuntos de la guerra, y que, durante toda la breve duración de los cargos, ellas solas se entendían de todos los negocios. Fueron reformadas varias veces, la última en enero de 1498 después de la muerte del canciller Bartolomé Scala, y los cargos principales se hallaban distribuidos en ellas de la manera siguiente. En la primera cancillería: *messer* Marcelo Virgilio Adriani, primer canciller, con salario anual de 330 florines pequeños; cooperador, *ser* Antonio della Valle con 80 florines. En la segunda cancillería: Nicolás Maquiavelo, "secretario de la Señoría", con las funciones de jefe de la cancillería y el salario de 192 florines pequeños, equivalentes a un poco más de 128 florines grandes de oro en oro;²¹ cooperadores, *ser* Agustín Vespucci y *ser* Andrés di Romolo, con salario respectivo de 96 y 60 florines pequeños. Estos y otros

cooperadores, entre los que se cuenta *ser* Biagio Buonaccorsi, aparecen sirviendo ora en la secretaría de los Señores, ora en la de los Diez. La cual cancillería de los Diez poco después, por deliberación del 14 de julio fue encomendada a Maquiavelo;²² sin que este cargo le significase algún cambio de funciones, ni de salario, ni de cooperadores: sólo tenía, nominalmente, diez señores más.

No es de extrañar el ver en nuestros días variar de biógrafo a biógrafo y de escritor a escritor sus atribuciones y atributos, puesto que, además de ser una materia difícil y controvertida, en la realidad nunca se hallaron bien definidos ni siquiera en tiempos de Maquiavelo, y además fueron variando según las necesidades. Así pues, hubo quien confundió su cargo con el del primer canciller de la República, colocándolo en el mismo grado que a un Salutati, a un Bruni, a un Poggio, a un Scala; hubo quien por corregir este error, impulsado por la carrera, cayó en el opuesto de negar importancia y dignidad al puesto ocupado por Maquiavelo, y hasta la que se le reconoce en los registros oficiales de la segunda cancillería, *cuius caput est Nicolaus Maclavellus*, como se lee en uno de 1500;²³ o más explícitamente en uno de 1502, donde lleva el título textual de *secundus cancellarius*. Erró, pues, el historiador de la cancillería florentina cuando aceptó la opinión de un doctísimo historiador de la literatura italiana que había escrito que "Maquiavelo fue jefe de la segunda cancillería más de hecho que de derecho", negando que hubiera sido jefe "continuamente", ni aun de hecho.

Pero una vez más la voz común corrigió instintivamente tantos doctos errores que se habían escrito acerca de esta materia. En efecto, es históricamente exacto, hasta el grado de traducir literalmente algunas frases suyas, el título de "Secretario florentino" con el cual durante mucho tiempo se designó y se citó a Maquiavelo, y bajo el cual se publicaron sus obras cuando aquel gran hombre fue perseguido. Y el honor de semejante antonomasia no corresponderá a un Salutati ni a un Bruni, famosísimos cancilleres, que tantos honores recibieron en vida de parte de las ciudades y de las cortes italianas, sino a éste que vemos ahora tomar el segundo lugar en la cancillería, joven, oscuro, carente de todo excepto de valor y de ingenio; y ya desde ahora parece decir a su ciudad y a Italia entera su famoso "¡heme aquí!"

CAPITULO III

LAS PRIMERAS DELEGACIONES

En la época en que Maquiavelo asumió el cargo, la mayor preocupación que tenían los florentinos era la reconquista de Pisa; se puede decir que todo asunto externo o interno que pasaba por la cancillería llevaba el signo distintivo de aquella guerra. Desde que la ciudad se había rebelado, con la presencia y anuencia de Carlos VIII, sus esfuerzos se habían orientado primero a arrebatarla al Rey, que les había ocasionado tan gran pérdida; después, luego de una larga historia de engaños y de desengaños, de contemporizaciones y de traiciones, decidieron recuperarla con la fuerza de las armas. La empresa hubiera sido llevada a cabo fácilmente si no la hubieran hecho difícilísima ambiciones de extraños y la tenaz amistad que aquellos guardaban para con Francia, que los convertía en enemigos de los potentados de Italia que se habían aliado en contra de Carlos VIII. Los habían sostenido en esa amistad su tradicional inclinación, sus intereses comerciales y las predicaciones de Savonarola; el cual de esta manera había atraído sobre sí los rayos de quienes militaban bajo las banderas de la Alianza; además de las armas temporales, las espirituales. Y así el gobierno de Florencia había mantenido un reñido duelo contra la curia romana, que quería hacer pagar a Pisa con el distanciamiento de Francia y con la sangre del religioso.

Este duelo concluyó con la muerte de Savonarola. Ahora explicaré brevemente cuáles eran las relaciones de Florencia con los estados italianos más notables, y cuál era la política de éstos. Con la muerte de Carlos VIII, que acaeció el día anterior a la captura del religioso, no disminuía la amenaza de las armas francesas sobre la paz y los destinos de Italia. Así lo dio a entender muy pronto el nuevo soberano, Luis XII, al adoptar el título no sólo de rey de las Dos Sicilias como su antecesor, sino también el de duque de Milán, por una supuesta sucesión de su abuela; de manera que al otro lado de los Alpes todos tenían su atención puesta en él, unos con esperanza



Lámina II. Retrato de Catalina Sforza, por Marco Palmezzani, en la Pinacoteca Municipal de Forlì, Emilia (Italia). Foto Alinari.

y otros con temor. Habiéndose disuelto la Alianza en contra de Carlos, ya estaban meditando los potentados italianos la manera de comportarse con su sucesor. Entre los que le enviaron embajadores, los más fríos en sus relaciones fueron precisamente los florentinos, como si su nuevo gobierno quisiera alejarse de la política de acercamiento a Francia que había observado el gobierno erigido por el religioso, y después de tantas vanas promesas de Francia, buscara aliados más seguros y más cercanos.

Pero entre tanto el Papa, habiendo ganado, como ya hemos visto, la competencia que giraba en torno a la vista del religioso, y habiéndose librado del temor del Concilio y del de Carlos, buscaba ahora la manera de aumentar el poderío de su familia en Italia. Para ello necesitaba de la amistad y de la ayuda de Luis XII, y sabiendo que deseaba desligarse de su matrimonio para volverse a casar con su cuñada, viuda del difunto Rey, cosas ambas nada fáciles, planeaba "venderle las gracias espirituales para recibir en paga estados temporales".¹ Mostraba ahora buenas disposiciones para con los florentinos y se mostraba dispuesto a favorecerlos en la reconquista de Pisa, y aun en persuadir a los venecianos, quienes se oponían obstinadamente; si bien ahora el mismo Ludovico Sforza ya los estaba persuadiendo a ello.

Porque el Moro, por sospechas y celos de la vecina República de Venecia, temiendo que por el camino de Pisa se orientase a otro mayor, había cambiado de tal manera de parecer, que no sólo consentía en los intentos de los florentinos, sino que quería también ayudarles a lograrlos; especialmente desde que con la muerte del religioso y de su partido veía subir al poder a la parte en la que más confiaba. Probablemente influía grandemente en él la esperanza de que la República lograría aplacar la mala voluntad que tenía para con él el rey francés, o en caso necesario hacerle frente a él, y aun a los venecianos.

Habiendo ya tratado acerca de la dura hostilidad de éstos para la reconquista de Pisa, poco nos queda por decir acerca de las relaciones de los florentinos con los demás estados italianos. Las repúblicas colindantes de Génova y de Siena eran antiguas enemigas de la ciudad. También era enemiga, y vecina, Lucca; pero gracias a la intervención del Moro aparentaba neutralidad. En Romaña eran amigos Bentivoglio, señor de Bolonia, y Catalina Sforza, señora de Imola y Forli; Faenza estaba de parte de los venecianos.

Estas eran, pues, las disposiciones de Italia, la cual, no teniendo

por entonces ninguna otra perturbación, ponía su atención en la guerra que se había declarado en el condado de Pisa; de la cual será necesario también dar una breve reseña, puesto que se ha convertido en la cancillería, en el pan cotidiano de Maquiavelo. Los florentinos, después de una pequeña derrota sufrida en San Régulo en el mes de mayo, se habían retirado prontamente y nombrado capitán general a Pablo Vitelli, notabilísimo *condottiero*, pidiendo refuerzos a Sforza. Este, dejando ver claramente sus intenciones, les prodigó refuerzos, dinero, promesas, y pidió al Papa que hiciera lo mismo: pero éste quedó únicamente en promesas.

El nuevo capitán, habiendo recibido solemnemente el bastón el primero de junio, inmediatamente dio nuevo impulso a la guerra. Dominó o al menos hizo rendirse a Buti, Vicopisano y Librafatta, territorios fuertemente defendidos por los pisanos. Pero los venecianos, resueltos a ayudar a Pisa, ya fuera por favorecerlos o por divertirse, habiendo sido vano su intento de entrar en Garfagnana y de escasos resultados su asedio llevado a cabo en Romaña, en vista de que les negaban el paso los seneses y los perusinos, por Faenza llevaron la guerra al Casentino, en donde a fines de octubre ocuparon Bibbiena y algunos fuertes, constituyendo una amenaza al corazón del dominio florentino. Para defenderse de ella fue llamado Vitelli de Pisa; y ese invierno fue realmente triste para los venecianos, junto con los cuales se encontraban los desterrados Pedro y Juliano de Médicis, acorralados en aquellos ásperos parajes en medio de un fuerte ejército enemigo y de una naturaleza aún más fuerte y hostil.

Y así sucedió que los venecianos, cansados de consumirse en una guerra lejos de su tierra, y no sosteniéndolos como a los florentinos el ansia de conquista, aceptaron celebrar un acuerdo con el duque de Ferrara. Este publicó finalmente una sentencia que dejaba descontentas a ambas partes: daba a los florentinos un dominio incompleto sobre Pisa, pero capaz de que se sintieran ofendidos los venecianos que eran sus protectores; obligaba a los florentinos a pagar a los venecianos una enorme suma, que a éstos no parecía bastante precio para su vergüenza, y a aquéllos ni justa ni soportable. Pero la República de San Marcos que por entonces, habiendo formado una alianza con el rey de Francia para atacar al Moro, tenía en perspectiva una empresa más cercana y útil, aunque estaba descontenta con el fallo, retiró a sus tropas al llegar la fecha establecida. Así fue como los florentinos tuvieron que soportar por sí solos el

peso de la guerra con Pisa, abandonada por todos a su propio destino.

Si es fácil seguir el desarrollo de esta guerra por las cartas que Maquiavelo escribía de su propio puño en los minutaros, y por las que él dictaba u ordenaba a sus cooperadores, las cuales llenan los registros de la segunda cancillería y de los Diez, es en cambio muy difícil seguir en los mismos minutaros y registros la labor del Canciller; pues no debió de reducirse solamente a estas cartas escritas día tras día, aunque no eran pocas. Porque además, no es fácil distinguir qué es lo suyo y qué lo de los magistrados en cuyo nombre eran escritas: algunas veces él habrá puesto solamente la forma, otras los conceptos, y más pocas veces ni una ni otra cosa.²

Donde el ingenio de Maquiavelo resplandece con una luz totalmente personal, aun dentro de los secretos muros de la secretaría, es en las relaciones escritas para informar o aconsejar a los magistrados acerca de particulares cuestiones militares o políticas. Tal sucede en el *Discorso della guerra di Pisa* (Discurso acerca de la guerra de Pisa), escrito precisamente en este tiempo, y para ser más exactos en mayo,³ cuando los florentinos, habiéndose quitado la preocupación de los venecianos, volvieron con renovados bríos a la reconquista de la ciudad. Brillante, conciso, pleno de vigor, éste que es el primer escrito político de Maquiavelo que ha llegado hasta nosotros, muestra ya la garra del león: perspicaz al exponer los puntos de vista de los capitanes y los suyos propios, agudo en sus juicios, robusto en su estilo, no se hace difícil, al leerlo, comprender por qué la Señoría apreciaba cada día más a este su secretario.

Pero se solían encomendar otros encargos a los secretarios; a veces se les encomendaban comisiones y también legaciones, en los casos en que por ahorrar dinero, o por la índole de los asuntos o por obrar más rápidamente, no se quería enviar una embajada propiamente dicha. Igualmente, tampoco recibían el nombre de embajadores, ni de oradores, sino de "mandatarios";⁴ y no eran enviados para negociar paces o alianzas, sino para observar y referir, o tratar cosas que requerían una tramitación urgente y eran de mediana importancia, o para ir preparando el camino a los embajadores debidamente elegidos, o para acompañar, ayudar, aconsejar, y algunas veces vigilar a dichos embajadores.

La primera vez que correspondió a Maquiavelo una de estas comisiones fue por un asunto de poca importancia, y también a causa de la tan llevada y traída guerra de Pisa. Fue enviado a en-

trevistarse con Jacobo d'Appiano, señor de Piombino, que era uno de los *condottieri* y pedía aumento de paga y de mando. De qué manera se desarrollaron las cosas entre él y este principote, el cual, según un juicio que el mismo Maquiavelo escribió entre sus notas, "razonaba bien, concluía mal y ejecutaba peor",⁵ se puede colegir por los resultados: éstos fueron, respecto a la primera petición, que lo convenció de que debía satisfacerse con lo que tenía; respecto a la segunda, haberle dado buenas esperanzas.

El 12 de julio recibió una segunda comisión, de importancia un poco mayor, estando de por medio también esta vez la guerra de Pisa. Fue enviado a Catalina Sforza, condesa de Imola y de Forli y sobrina ilegítima del Moro, a negociar, con respecto a la conducta de Octaviano Riario, su joven hijo, que había estado sirviendo como soldado el año anterior con quince mil florines de paga, y al terminar el año no había querido comprometerse a servir el año siguiente, que había quedado a su elección. Pero después la condesa, viendo que se nublaba el horizonte para sí y para su tío, fingiendo no estar al tanto de nada, preguntó qué había que decidir acerca de tal conducta. Los florentinos, a fin de tener de su parte a la madre, querían contratar los servicios del hijo durante otro año, pero ofreciéndole sólo diez mil florines. Y querían que Maquiavelo tratase este asunto, que consiguiese quinientos buenos infantes al mando de buenos jefes y que comprase, si es que las había, municiones de artillería para enviarlas al campo de Pisa; pero más que nada querían conservar la amistad de la condesa que, hallándose en sus confines, podía significar una fortaleza en pro o en contra de su dominio.⁶

Partió el día 13 de Florencia, y se detuvo en Castrocaro desde donde envió una reseña a la Señoría acerca de algunas provisiones y de las facciones de aquella tierra;⁷ llegó a Forli el 16 y se presentó a la condesa. Delante del político grande, pero poco experimentado, se hallaba una mujer famosa por la belleza de su cuerpo y por la grandeza de su ánimo, endurecida en el gobierno de su pequeño y difícil estado; tierra de Romaña, tierra turbulenta. Cuando contaba apenas veintiséis años, más viril que un varón en las explañadas de su fortaleza, y más tierna que una dama en su alcoba, fue asesinado su primer marido y supo vengarlo con gran presencia de ánimo y conservar para sí y para sus hijos el Estado; fue asesinado también su segundo esposo, y también a él lo vengó valerosamente; ahora que contaba treinta y seis se encontraba viuda del ter-



Ludovico "el Moro", detalle de la "Pala Sforzesca". Pinacoteca de Brera, Milán. Foto Alinari.

cero, Juan de Médicis, y de él le había quedado un hijo que llevaba el mismo nombre de su padre, poseía la misma valentía de su madre, y la índole belicosa de sus abuelos, los Sforza. Y aquel Secretario florentino que se encontraba en las habitaciones adjuntas tratando un asunto de poca importancia, le iba a proponer un día que izara una bandera en torno de la cual se recogieran las últimas esperanzas de Italia.

Cuando el Secretario se halló delante de la gran dama, se encontraba junto con ella un emisario de su poderoso aliado,

no se sabe si para aconsejarla o para vigilarla o para mandarla. El Duque de Milán, abandonado por el Papa y de hecho también por los florentinos que habían ya olvidado el beneficio que recientemente habían recibido de él, sentía que se precipitaba desde los Alpes el alud de los franceses; y teniendo necesidad de soldados y de todos los pertrechos de guerra, era en aquel trato un duro competidor de Maquiavelo. Cuando éste expuso su comisión a la condesa, oyó una respuesta que declaraba cosas en que desde hacía tiempo debían los florentinos haber puesto su atención: "siempre le habían gustado las palabras de los florentinos, pero le habían disgustado los hechos".⁸ Replicaba también la condesa que desde Milán se le ofrecían mejores tratos, y que pronto le daría una respuesta: promesa que mantuvo con excesiva fidelidad, porque durante los siguientes días recibió más de una respuesta, cada una diversa de la otra, con la justificación de que "cuanto más se discuten los asuntos, se entienden mejor".⁹

La condesa, escribía Maquiavelo a Florencia, "se daba gran importancia"; tenía siempre junto a sí al funcionario de Milán y continuamente enviaba infantes a dicha ciudad; decía que no tenía municiones. Entre tanto, desde la cancillería Adriani le pedía soldados; y el cooperador Buonaccorsi, "el retrato de la condesa en un hermoso pliego".¹⁰ ¿El retrato? Para él era más que suficiente el tener delante de sí en carne y hueso a aquella sagaz mujer. Habiendo llegado finalmente a un acuerdo respecto a una paga de doce mil florines, al ir a firmar el acuerdo, recibió una vez más la petición de que los florentinos se comprometieran por escrito a defender su estado, en tanto que aquéllos no querían obligarse sino de palabra. Al notar este cambio, Maquiavelo no se abstuvo de quejarse "con palabras y gestos", y así se marchó inmediatamente *re infecta* (sin concluir nada).¹¹

En Florencia se mostraron satisfechos de él, y sus cartas fueron muy alabadas.¹² Probablemente habían comprendido cuál era la idea que las animaba, que a mi parecer consistía en esto: si a la condesa le agradaba el contemporizar, mucho más debía de agradar a los florentinos, ya que en contra de aquel que les disputaba los favores y las armas de la señora, tenían por aliados al tiempo y al rey de Francia. Maquiavelo, en tanto que la condesa creía burlarse de él, habrá pensado que aquélla no se daría tanta importancia cuando su tío se llegara a encontrar acorralado en medio de los venecianos y del poderoso ejército francés, que ya se había puesto en

movimiento. Y mientras hacía sus últimas caravanas a la hermosa dama, no habrá dejado ni por un momento su peculiar ambigua sonrisa.

Regresó el 1º de agosto a Florencia, y reanudó allí su trabajo habitual en la cancillería en la que, si hemos de dar crédito a las cartas que Buonaccorsi le escribía a Forli, se había hecho sentir su ausencia y el trabajo había aumentado considerablemente al activarse la guerra en el condado de Pisa. Se colocó el campo delante de la ciudad el mismo día del regreso de Maquiavelo, y el 6 de agosto los florentinos derribaron a cañonazos cuarenta brazas de muralla, y el día 10 tomaron la fortaleza de Stampace; esta posesión que abría la ciudad a los sitiadores, aterrorizó a los pisanos los cuales comenzaron a huir en masa, y ya estaban pensando en la elección de los parlamentarios para tratar la rendición. Pero Vitelli, no sabiendo en qué condiciones se encontrara el enemigo, y viendo que no se hallaba en orden para presentar batalla, retiró a sus soldados cuando ya había alcanzado la victoria y terminado la guerra; y los pisanos, viendo que pasaba todo aquel día y parte del siguiente sin que se presentaran los sitiadores, comenzaron a reanimarse. No obstante, por la brecha abierta en la muralla quedaba abierto a Vitelli el camino para recuperar la ocasión desperdiciada. Pero éste, exhortado inútilmente por la Señoría con cartas urgentes, entre las que se contaba una *exhortatoria pulcherrima*, que por hallarse en los registros de la segunda cancillería habría que atribuir a Maquiavelo aunque no sea de su propio puño,¹³ prefirió continuar esperando; hasta que la malaria, que estaba diezmado a sus hombres, lo obligó el 14 de septiembre a levantar el campo.

Estalló entonces la indignación en Florencia. Hacía ya bastante tiempo que la ciudad se sentía cansada, agobiada por los gastos. Desde el anterior mayo no había sido posible tratar en los consejos la elección de los nuevos Diez para el segundo semestre de aquel año de 1499: tal era el odio que se había acumulado sobre aquel cargo, al que se imputaba el desperdiciar el erario público en las cosas de la guerra, sin saberlas manejar. Por último la Señoría había tenido que tomar sobre sí también las atribuciones del puesto vacante: lo cual no variaba ni mucho ni poco las de Maquiavelo; porque aunque no se hallaban las personas de los Diez, se conservaban sus tareas, y sus secretarías más que nunca; ya que, como hemos dicho, eran casi la misma cosa con la segunda cancillería.

Pero también la prudente paciencia de Pablo Vitelli había

desagradado y continuaba desagradando a la impaciencia de los florentinos. Si anteriormente habían hablado mal sin fundamento, a raíz de lo sucedido en Stampace hasta un pueblo menos desconfiado lo hubiera tachado de incapacidad o de vileza, casi increíbles en un capitán tan renombrado; pero se trataba de Florencia, y se habló de traición. Y así sucedió que luego de las cartas exhortatorias vinieron las reprensivas, quizá también dictadas por Maquiavelo. Por último el cansancio y la desconfianza llegaron a tanto, que cuando Vitelli dio por fin muestras de reanimarse y decidió volver a colocar su campamento frente a Pisa, no encontró más que desconfianza. Por otra parte, la nueva Señoría, encabezada por Joaquín Guasconi, considerando que había que hacer algo, y que no se podía pedir a una ciudad fatigada un nuevo desembolso para continuar la guerra bajo un capitán que era juzgado traidor, resolvió destituirlo de su cargo.

El asunto fue tratado en Palacio en medio de un grandísimo secreto, pero por las cartas que nuestro secretario enviaba a sus delegados, se ve claramente que él también participó en las deliberaciones; y tampoco hay que olvidar que entre los señores se encontraba también un pariente suyo, otro Nicolás Maquiavelo, pero "di Alessandro".¹⁴ No obstante, sería temeraria la conjetura que atribuye a nuestro Maquiavelo la maquiavélica manera como se castigó a Pablo. Llamándolo a Cascina, los comisionados lo hicieron aprehender, en tanto que su hermano Vitellozzo, a quien le reservaban el recibir de una más experta mano la misma suerte, logró escapar en esta ocasión. Pero Pablo, llevado a Florencia, fue probado ferozmente con la tortura, y aunque por inocencia o por fortaleza de ánimo no confesó nada, fue decapitado.

Esta justicia despiadada, si es que se puede llamar así una injusticia evidente, agradó mucho a los florentinos; fue alabado por ella el alcalde y el que junto con él la había sugerido. Un resto de crueldad (ya lo dije antes) se escondía en el fondo del alma de este pueblo tan civilizado y gentil; gustaba además la grandeza del ejemplo, agradaba a esta República de hombres del pueblo el haber castigado ejemplarmente a un principote, que era además el capitán más famoso de Italia, de la misma manera que lo había hecho la aristocrática República de Venecia con Carmagnola; y agradaba, por último, como una obra de arte, la manera como se había procedido: porque aquellas cosas eran de las que, como se decía entonces, "aumentaban la reputación" de un Estado. Este fue tam-

bién, quizá, el parecer de Maquiavelo, pero sea cual haya sido su opinión, considerándose él la "lengua" de la República, según una tradición entre los cancilleres, tapó la boca a cierto secretario de Lucca a quien habían interceptado una carta en la que vituperaba el atroz procedimiento.¹⁵

A mí me parece que, en persona y en circunstancias tan diversas, el pueblo florentino respondía despiadadamente por la iniquidad cometida con Savonarola. Así pues, el hacha que cortó la cabeza a Pablo Vitelli, más que a hacer justicia, tendía a deshacer un nudo que tenía atada a la ciudad. Hecho esto, los asuntos de la guerra había que comenzarlos de nuevo. Pero ya para este tiempo el ejército francés, que había bajado a Italia, había logrado triunfos tan fáciles y rápidos que Ludovico Sforza no encontró mejor defensa que una rapidísima fuga, mientras que las ricas ciudades de la Lombardia caían una tras otra en manos de los invasores. Así se veía el Moro envuelto finalmente por aquel alud que él mismo había causado cuatro años antes, al llamar a los franceses a Italia. Aún no habían pasado veinte días desde la fuga del Duque y ya Milán y todo el ducado se hallaban en las manos del Rey. Entonces los florentinos, que hasta entonces habían estado tratando de complacer al Moro y a él, se apresuraron a dar muestras de público regocijo y a aliarse con el vencedor, con pactos tanto más deshonorosos cuanto más tardíos. Con los cuales, en resumen, se obligaba el Rey a mandar gente de sus ejércitos a la reconquista de Pisa; y los extenuados florentinos, a extraer una vez más de sus bolsillos una enorme cantidad de dinero.

Pero antes de ayudar a los florentinos en la empresa de Pisa, y con el dinero de ellos, el Rey ya se había dedicado a ayudar *gratis et amore* a César Borgia, quien de cardenal se había convertido en soldado y duque de Valentinois en la lucha contra Catalina Sforza: era el precio de la dispensa pontificia al divorcio real. Contando con los soldados de la Iglesia y con los auxiliares franceses, pero mucho más con la aprobación y las insignias del Rey, le fue fácil a Valentino (como de ahora en adelante será llamado) apoderarse primero de Imola y después de Forli; no fue suficiente para defenderlas el valor de la Condesa, "siendo ella la única que tenía un ánimo viril en medio de tantos defensores llenos de ánimo femenino".¹⁶ Para los florentinos, que la tenían de aliada, fue un descabro no pequeño;¹⁷ pero mucho mayor fue la molestia de haber adquirido aquel peligroso vecino.

La voracidad de los franceses no les daba punto de reposo, pidiendo al Rey el dinero que la República había recibido en préstamo del Duque desposeído; para las cuales diferencias decidió la Señoría enviar a Maquiavelo a Milán. En carta del 27 de enero había sido ya anunciado su viaje al gobernador Trivulzio y al obispo de Luchon, secretario del omnipotente cardenal de Ruan, y ya habían sido escritas sus credenciales de "mandatario" con fecha 5 de febrero¹⁸ cuando, precisamente ese día, llegaron noticias de que el cardenal Ascanio Sforza, hermano del Duque, había sido recibido alegremente por los milaneses y que ya venía el Duque mismo con un fuerte ejército de suizos y de alemanes. Entonces se desistió de la partida de Maquiavelo, para ver qué giro tomaban las cosas.

Pero el Moro, después de haber reconquistado con maravillosa rapidez casi todos sus estados, a causa del regreso del Rey y de la traición de sus mercenarios suizos, los volvió a perder con mucha mayor rapidez, y junto con sus estados perdió su libertad; "quedando encerrados en una estrecha cárcel los designios y las ambiciones que agitaban en su mente y que no se limitaban ni a los confines de Italia".¹⁹ Así pues, nada impedía ya a los florentinos para efectuar la deseada campaña contra Pisa; ni tampoco a los franceses para obtener de los florentinos los acuerdos y el dinero que quisieron. Vinieron los soldados suizos, antes famosos y ahora infames, los infantes gascones y los soldados del Rey, saliendo de Plasencia a principios de junio a las órdenes de Beaumont; pero antes quisieron imponer tasas al señor de Bolonia por cuenta de la República: razón por la cual Maquiavelo, aludiendo a la sierra roja del escudo de los Bentivoglio, escribirá que, al pasar,

Beumonte
*trasse alla Sega più di un mascellare.*²⁰

(*Beaumont - quitó a la Sierra más de un maxilar*).

En Florencia, entre tanto, buscaban la manera de proveerse de dinero para la empresa. Pero quizá la ciudad estaba más escasa aún de éste que de esperanzas; porque se juzgaba que a un ejército acompañado de una fama tan terrible, al que había sido fácil tomar en pocos días toda la Lombardía, le bastaría presentarse ante las murallas para vencer a discreción a aquella ciudad extenuada. Así pues, el 10 de junio mandaron a Beaumont, que entre tanto había

llegado a Lunigiana, a dos comisarios generales: Luca degli Albizzi y Juan Bautista Ridolfi, que se hallaba entonces en el grado supremo de la República, hombre sagaz y prudente que contra la opinión general, había disuadido de la empresa. A ellos fue añadido Maquiavelo, el cual tenía que multiplicarse, puesto que un día lo encontramos en el campo escribiendo las cartas de los enviados a los Diez, y el otro en el despacho escribiendo las cartas de los Diez a los enviados. Así, el 22 de junio se hallaba dictando en Florencia,²¹ en tanto que el 24 escribía de su propio puño una carta firmada por Albizzi *ex terribilibus Gallorum castris*.²² Efectivamente, muy pronto resultaron terribles, pero no para sus enemigos de Pisa, sino para los florentinos que se servían de ellos.

Acababa de experimentar el Moro muy a su costo, de qué enormidades eran capaces los mercenarios suizos contra el mismo que les pagaba. Con un ejército indisciplinado y facineroso encabezado por un capitán carente de capacidad y de autoridad,²³ a causa de alguna escasez de vituallas aumentada por la voracidad y malignidad de los soldados que las escondían o las echaban a perder,²⁴ los desórdenes se hicieron casi cotidianos. Enfermóse Ridolfi cuando estos desmanes se multiplicaban y por ello, como lo dijo a Beaumont, doliéndole los miembros y el corazón, regresó a Florencia; en donde tuvo oportunidad de mostrar verificadas las razones por las que él había decidido disuadir a sus conciudadanos de la aventura. Quedaron en el campo únicamente Albizzi y Maquiavelo para contener a aquellos indisciplinados.²⁵

En tanto que se consumían el tiempo y el dinero en preparar cómodamente la batalla, llegaron al campamento embajadores de Pisa para ofrecer la entrega de la ciudad, con la condición de que se diese entregarla a los florentinos. Pactos semejantes habían sido ofrecidos cuando el ejército se aproximaba; pero mientras que antes pedían una dilación de cuatro meses para la entrega, ahora, teniendo ante las murallas, se contentaban con uno. Beaumont se inclinaba a aceptar tal capitulación; pero ante la negativa absoluta del emisario florentino, que en esto no fue aprobado por Maquiavelo,²⁶ se comenzó el 30 de junio a batir las murallas. Derribarón una gran sección de ellas, pero las cosas quedaron como antes; porque aquellos "terribles" soldados no tuvieron suficiente valor para entrar por la brecha con la misma ferocidad que mostraban para asaltar a los portadores de las vituallas. Y así fue como, después de su gran fama de invencibles, anotó Maquiavelo,

*conobbesi il vero:
come i Franzesi possono esser vinti.*²⁷

*(surgió la verdad:
que los franceses pueden ser vencidos).*

La ineptitud demostrada frente a las murallas, en vez de disminuir la insolencia de los soldados, la aumentó, y crecieron día a día los tumultos y los desórdenes; hasta que, por indebidas pretensiones en los pagos, primero se marcharon los gascones, después, el 9 de julio, algunos suizos se amotinaron con la ayuda de todos los demás e hicieron prisionero al comisario. Se hallaba junto con él, en aquel tumulto infernal, Maquiavelo, quien animosamente trató de seguirlo; pero Albizzi "le encomendó que emprendiera el regreso y diera noticia de aquel suceso en Florencia".²⁸ Lo cual hizo éste inmediatamente por medio de una breve y excitada carta.²⁹ Pocas horas después pudo rescatarse el comisario pagando una suma de 1 300 ducados. Después de este último exceso se retiraron los suizos; y fue así como una empresa que había parecido tan fácil y breve terminó con deshonra del Rey, pero con perjuicio y mofa de los florentinos. En tanto que los pisanos revivían y organizaban algunas buenas facciones, los florentinos no tuvieron mejor cosa que hacer que enviar una delegación a Francia para dar una relación verídica de los hechos, para quejarse de ellos y para ver de qué manera se podía remediar el mal paso. Para esta legación fue escogido, junto con Francisco della Casa que había sucedido a Albizzi en el campamento de Pisa, el que tenía un mejor conocimiento del asunto por haberse hallado en el lugar de los sucesos: Nicolás Maquiavelo.

CAPITULO IV

LA PRIMERA DELEGACION EN FRANCIA

Cuando estaba por partir para la dichosa comisión en Pisa, el 10 de mayo, Nicolás había perdido a su padre;¹ su madre había muerto cuatro años antes, el 11 de octubre de 1496; sus hermanas se habían casado, una con Francisco Vernaccia, y otra con Bernardo Minerbetti. Quedaba solo, pues, con su hermano Totto, que había escogido o estaba por escoger la vida eclesiástica; de manera que debió de sentir casi palpablemente más grande el vacío que deja en todo hombre la muerte de su padre, más pesado el cerrojo que nos suele separar de una menos ardua etapa de nuestra vida. Porque *messer* Bernardo y Nicolás, además de quererse, se entendían a maravilla; el carácter jocoso y el compañerismo de ambos casi los hermanaba, y no era raro que se gastasen bromas mutuamente de palabra o por escrito, en prosa o en verso. Al repasar después de su muerte las cartas de su padre y los queridos libros que habían alimentado su avidez infantil, Nicolás se topó, entre otras cosas semejantes, un soneto que escrito por él a su *messer* Bernardo con ocasión de haber recibido de él, desde su casa de campo, el valioso regalo de una oca, como señal del interés que tenía por su atareado hijo que había permanecido en la ciudad contentándose (no se sabe si será cierto) con carne y fruta seca, o quizá con sólo "pan y agua":

*Costor vissuti sono un mese o piue
a noci, a fichi, a fave, a carne secca;
tal ch'ella fia malizia e non cilecca
el far si lunga stanza costà sue.*

*Come 'l bue fiesolan guarda e l' ingiue
Arno, assetato, e' mocci se ne lecca,
cosi fanno ei de l'uova ch'ha la trecca
e, col beccaio, del castrone e del bue.*

.....

*Al fin del giuoco poi,
messer Bernardo mio, voi comprerete
paperi ed oche e non ne mangerete.²*

*(Vivieron más de un mes de esta manera:
con nueces, higos, habas, carne seca;
por vivir por su cuenta nadie peca,
para ellos era broma muy ligera.*

*Como el buey que en el río beber quisiera,
no lo alcanza, y se queda relamiendo,
así hacen ellos: se contentan viendo
los filetes de res y de ternera.*

.....
*Lo contrario pasó a messer Bernardo:
fue por ocas, y luego de comprarlas
sólo pensó a su hijo regalarlas).*

¡Pobre messer Bernardo! Todavía después de muerto, tu gran hijo te dirigirá otra agudeza, con la afectuosa confianza de siempre. Cuando, allá por 1504, un padre de Santa Croce fue a darle aviso de que en la tumba de los Maquiavelo habían sido colocados abusivamente otros cadáveres, aconsejándole que los mandara quitar, Nicolás le respondió: "muy en contra de la opinión de dicho padre": "Bueno, dejémoslos, ya que mi padre era muy amigo de conversar, y mientras más sean los que lo acompañen, tanto más contento se encontrará".³ Y en esta ocurrencia no hay impiedad, sino más bien piedad para con otros difuntos pobres; no había irreverencia y tampoco indiferencia, sino una magnánima tolerancia, una liberalidad a la medida de su grandeza: liberalidad que demostrará también algunos años después al ratificar piadosamente y dar forma legal a una donación benéfica hecha de viva voz por su padre.⁴

Pero a la sazón los asuntos públicos no daban punto de reposo a Nicolás, dejándole poco tiempo para el dolor, la conmoción y los recuerdos; tanto menos le quedaba para poner algo de orden en los asuntos domésticos y para llegar con su hermano Totto a algún acuerdo respecto a la escasa herencia que les había dejado su padre. Precisamente el día de aquella muerte, la cancillería se hallaba sumida en ocupaciones a causa de la preparación de la empresa de Pisa, y poco después le tocó partir al frente con los comisarios; acababa de regresar y ya había recibido orden de partir para Francia.

Era la primera delegación que Maquiavelo debía desempeñar al otro lado de los Alpes, y fuera cual fuera, marcó una etapa memorable en su vida; más aún, se podría decir que la verdadera ganancia que él obtuvo en la aventura de Pisa no fueron los seis florines de oro que recibió "como remuneración por las fatigas que sobrellevó y los peligros que corrió",⁵ sino ésta. Hasta entonces no había salido casi de los confines de la Toscana sino a través de las páginas de sus libros, y ahora que partía salía de ella llevando en las alforjas y en la mente los *Comentarios de las Galias* de César, muy pocas veces las gentes extrañas y diversas se abrieron, exactamente como un libro, ante los ojos de un observador más ávido. Aquella Florencia suya había enseñado mucho y no poco tenía aún que enseñar a los pueblos del otro lado de los Alpes; pero algo tenían ya que enseñar a Florencia y a Italia entera, y especialmente al genio político de Maquiavelo, aquellas naciones que todavía llamábamos nosotros bárbaras, en tanto que ellas tenían una solidez mayor, eran más capaces de mandar a otros pueblos porque estaban más habituadas a obedecer, poseían armas propias y un solo jefe.

En vista de que la República florentina ya tenía en Francia como embajadores a Francisco Gualterotti y a Lorenzo Lenzi, uno de los cuales tenía órdenes de permanecer aun después de la llegada de Casa y de Maquiavelo, la de éstos recibía la designación de delegación extraordinaria; porque con el nombre de delegación se designa en la deliberación que se verificó el 18 de julio,⁶ no obstante que los dos enviados recibieron el nombre de "mandatarios". Entre ellos no existía ninguna diferencia de grado y de autoridad, a pesar de que Della Casa, siendo mayor por edad y condición, fuera nombrado antes en los documentos oficiales y firmara primero al pie de las cartas de la delegación, que, sin embargo, eran escritas todas por Maquiavelo. Este punto no lo han entendido bien los biógrafos y los historiadores de la literatura, quienes se engañan también a causa de la diferencia de salario, que era cada día de ocho liras de florines pequeños (es decir, un florín de oro y un tercio de entonces) para Casa, y de cuatro liras para Maquiavelo; el cual, a decir de Villari, "tenía un grado inferior".⁷ ¿Ameritaba por ello que se le pagase la mitad? La verdad era que el primero no recibía del Estado ningún otro emolumento, en tanto que la República sustraía avaramente parte del salario extraordinario de Maquiavelo, tal como está expresado claramente en su elección, *eius salarium ordinarium*, según la costumbre en la cancillería.

La Señoría tenía un gran interés en que sus excusas y sus quejas llegasen a la corte antes que las quejas y las acusaciones de los demás; de manera que las fatídicas exhortaciones a la rapidez que invariablemente encabezaban las instrucciones dadas a los embajadores, eran esta vez más imperiosas que nunca: "Partirán y viajarán con toda la rapidez que les sea posible, *etiam* cabalgando en postas mientras que lo soporten sus fuerzas . . ." ⁸ Partieron, pues, aquel 18 de julio, pero su viaje no fue todo lo rápido que se deseaba. Se detuvieron en Bolonia en donde tenían que conversar con Bentivoglio por comisión de la Señoría. En el camino que une a Parma con Plasencia encontraron a un millar de los suizos que habían desertado del campamento de Pisa; pero después del conocimiento que habían hecho de ellos, esto habrá sido para Maquiavelo una ocasión más para apresurarse que para detenerse, si es que no lo indujo a desviarse de su camino. De cualquier manera, a causa de no sé qué "desorden y accidente", los dos legados perdieron tiempo en el camino. ⁹

Llegaron a Lyon el 26 de julio, "agotados, pero de buen humor". ¹⁰ De los dos embajadores que se hallaban allí de ordinario, Gualterotti había ya regresado a Italia, y quedaba allí Lenzi, el cual les dio por escrito informaciones detalladas acerca de los humores de la corte y de la manera de tratar ante ella las comisiones recibidas. ¹¹ Hubiera debido acompañarlos a la presencia del Rey; pero como éste había salido de Lyon antes de que llegaran Maquiavelo y su compañero, Lenzi se negó a emprender otro viaje que lo alejase del camino de regreso: éste lo emprendió poco después, puesto que había llegado (como escribió a Florencia) alguien que "era capaz de hacerse cargo de la tarea más difícil". ¹²

Pero entre tanto el celo de los recién llegados se consumía en Lyon; porque en ésta, habiendo llegado en los caballos de las postas, desprovistos de todo, tuvieron que proveerse de caballos, de criados y de vestidos. La República no pecaba de generosa con sus embajadores. Maquiavelo y su compañero habían recibido a su partida un anticipo de ochenta florines cada uno, y en una semana habían consumido ya treinta por cabeza: ¡el salario de veintidós días! De manera que en aquellos primeros gastos que hicieron en Lyon terminaron con todo el dinero que habían recibido y con una gran parte de lo que habían llevado por su cuenta. Estaba claro que en tierra de Francia no iban a ganar peso. Por fin, el 30 de julio partieron en busca de la corte: lo cual no fue pequeño trabajo, ya que la gallar-



Lámina III. *Retrato de Vitellozzo Vitelli, por Luca Signorelli. Colección Berenson, Settignano, Florencia. Foto Alinari.*

día de los caballos que habían comprado se hallaba en proporción con la de las bolsas que los habían tenido que pagar; en tanto que el Rey caminaba rápidamente, y haciendo frecuentes desviaciones, según se lo sugería la peste que infestaba la nación. El 5 de agosto se hallaban en Saint-Pierre Le Moutier, y ya casi habían alcanzado a la corte, que se alojaba en Nevers; y entre tanto escribieron juntamente a la Señoría desde aquel pequeño poblado.¹³ A esta carta añadió Maquiavelo una suya, "en propiedad", para pedir un salario igual al de su compañero, ya que los gastos eran exactamente los mismos. Escribía abiertamente: "Si los gastos que yo hago os parecen excesivos, yo juzgo que, o están bien gastados para mí como para Francisco, o que los veinte ducados que me dais al mes los desperdicio; si esto último es lo que pensáis, ruego a V. S. me manden regresar".¹⁴

Al día siguiente, "superando todas las dificultades y temores de la enfermedad", los "mandatarios" alcanzaron a la corte en Nevers. No bien hubieron desmontado, se presentaron ante Roano, como de ahora en adelante denominaremos con Maquiavelo al omnipotente Jorge de Amboise, cardenal de Ruan. La primera acogida que les dispensaron el Cardenal y el Rey, ante el cual los acompañó éste inmediatamente, fue muy calurosa. Pero respecto a la narración de los desórdenes acaecidos en el campamento de Pisa, en lo que consistía lo esencial de su comisión, ni el Rey ni sus ministros mostraron gran interés, puesto que era asunto que perjudicaba su buen nombre y no les traía ningún provecho. Respondieron que también los florentinos tenían en parte culpa, que lo sentían mucho, pero que eran asuntos ya pasados, en tanto que ahora había que pensar en el presente y en el futuro, en continuar la empresa para reparar el honor del Rey y el perjuicio de la República. Esto fue lo que dijeron en francés o en latín curial, pero traducido en florentino vulgar quería decir sin duda mantener a los soldados del Rey a expensas de la ciudad misma.

Y era allí donde comenzaban los problemas para los enviados, ya que allí terminaba su misión: habían venido sólo para disculparse y para inculpar, y sabían que la República no tenía dinero para continuar la guerra, ni deseos de continuarla con semejantes soldados. Por ello respondieron diestramente que el Rey podía llevar a cabo por sí mismo la empresa de Pisa; y que una vez terminada, los florentinos lo resarcirían por los gastos afrontados. Pero el Rey y su coro de ministros se apresuraron a rechazar tal proposición; no

sin recordarles que era necesario que resolvieran de inmediato, porque entre tanto la paga de los voraces suizos, amotinados y desertores, seguía corriendo a cargo de los florentinos.¹⁵ Y con esta rúbrica venenosa la audiencia se cerró más fríamente de lo que había comenzado.

Al despedir a los emisarios florentinos, el Rey había dicho que esperaba escuchar de ellos una mejor respuesta en Montargis, en donde se hallaría tres días después, y en efecto, en Montargis se hallaban el 10 de agosto. Allí tuvieron de inmediato un altercado con Roano, que se repetirá invariablemente en las pláticas sucesivas; y casi toda esta delegación parecerá una disputa entre sordos, en la cual cada uno repetirá las mismas cosas hasta el fastidio, sin poner la menor atención en las razones del otro interlocutor. Tres cosas eran las que recriminaba principalmente el Rey a los florentinos: el no haber querido continuar la empresa de Pisa para recuperar el honor de él con el dinero de ellos, como tranquilamente hace notar Maquiavelo; el no querer reconocer la paga de los suizos que había corrido desde que éstos habían salido del campamento; y el no haber querido recibir en sus dominios, después de la experiencia hecha, más soldados del Rey. Y advertía Maquiavelo a la Señoría: "Y no crean V. S. que sea por falta de corrección en el decir o de buenos razonamientos, porque los hemos usado y ellos no los han entendido; les hemos recordado la fidelidad que esa ciudad ha guardado a la corona, y lo que se hizo en tiempos del otro Rey, y el dinero que se ha gastado, y los peligros que hemos arrosado, cuántas veces no se nos ha pagado sino con vanas esperanzas, todo lo que se ha hecho a últimas fechas, el enorme perjuicio que ha ocasionado a la ciudad el suceso más reciente, todo lo que Su Majestad se podría prometer de vosotros en mejores circunstancias, la seguridad que vuestra grandeza ofrecería al estado que Su Majestad tuviera en Italia, qué clase de fidelidad guardan los demás italianos: todo es inútil, porque ellos ven las cosas con distintos ojos, no piensan de la misma manera que quien haya estado en nuestro territorio, porque se hallan obcecados por su poderío y por la utilidad presente, y sólo estiman o a quien está armado, o a quien está preparado para dar".¹⁶

Entre el yunque de una república extenuada y que no quería salir de los límites de lo razonable, y el martillo de un rey que no se fijaba en razones sino sólo en su propia utilidad; entre una corte impaciente que esperaba una respuesta y una señoría que respondía

insultos o sencillamente no respondía; sin autoridad, con una comisión insuficiente y desagradable, aquella delegación se había convertido en un infierno para los dos emisarios y amenazaba en terminar con la ruina de su patria. En vano escribía Maquiavelo que enviasen nuevos embajadores "porque nuestro grado y cualidades, sin ninguna comisión del agrado de éstos, no están en condiciones de salvar a nuestra república de la ruina". Y añadía: "no ganarán mucho si es que no vienen con alguna proposición nueva".¹⁷ Aumentaban la incomodidad de los emisarios las estrecheces en que se encontraban, que les impedían despachar un hombre cuando tenían necesidad de algún encargo urgente.

Pero por fin el aumento en el salario, que había vuelto a solicitar,¹⁸ le fue concedido, en lo cual tuvieron también parte la presión hecha por su hermano Totto y la benevolencia que tenía para con él el *gonfaloniere*; y el mismo Totto fue quien le dio el primer anuncio de ello.¹⁹ Igualado así en apariencia con su compañero, en la realidad, teniendo en cuenta su salario ordinario, vino a quedar muy por encima de él. Por lo demás, lo tenía bien merecido. Era él el que escribía las magníficas cartas de la delegación, que, como ya se ha dicho, todas eran de su propio puño y letra. En Florencia agradaban grandemente; y su buen amigo Buonaccorsi, oyéndolo alabar un día, subrayó la nota al narrar la gran facilidad con la que las escribía.²⁰ En resumen, que su aumento de salario y las alabanzas que le tributaban en Florencia lo resarcían en parte del trato grosero que recibía en Francia. El resto lo hacían las cartas de sus amigos, sobre todo las de su querido Buonaccorsi, quien se pavoneaba de satisfacción cuando Nicolás le demostraba, al escribirle, que lo apreciaba más que a "todos los estradiotes de la cancillería".²¹ Pero también de parte de los demás "estradiotes" recibía cartas y postdatas cariñosas y festivas, en las que bondadosamente le deseaban "mil demonios" por la austeridad y la adusta seriedad en la que su lejanía había dejado a la cancillería.²²

Entre tanto la corte se había trasladado de Montargis a Melun, y nuestros emisarios con ella. Pero aunque cambiaban los lugares, las cosas quedaban para ellos como antes. No teniendo respuestas agradables que dar, tenían cuidado de ofrecer que las traerían los nuevos embajadores. Aunque éstos estaban todavía muy lejos de venir; porque en Florencia no se encontraba nadie que quisiese tomar ese cargo, y quizá no se lograba tampoco idear una comisión que satisficiera. Había sido elegido primero Francisco Pepi; después, en su

lugar, Lucas degli Albizzi; esta elección fue anunciada inmediatamente en la corte por nuestros emisarios, y pocos días después también ésta alegó no sé qué impedimentos: yo sí sé que los impedimentos alegados por él mismo en una carta privada a Maquiavelo eran la incomodidad y los gastos. Después de él fueron elegidos, y como él rehusaron, Bernardo Rucellai y Juan Ridolfi.²³

De manera que la situación de Maquiavelo y de su compañero se volvió así insufrible. El 3 de septiembre, no teniendo ya ni siquiera dinero para despachar por la posta cartas urgentes, amenazaron con partir *ex abrupto* sin licencia "para hallarse a merced de la fortuna mejor en Italia que en Francia".²⁴ Crece la ira y las amenazas de los franceses; Roano lanza amenazadoras palabras y parece que el Rey quiere romper abiertamente con Florencia. Escribe Maquiavelo que no querría "presenciar la disolución de una amistad que se ha mendigado y sostenido con tantos gastos y se ha mantenido con tantas esperanzas".²⁵ Y entre tanto continúan en Florencia respondiendo luciérnagas por linternas si no es que abiertamente ni luciérnagas ni linternas. En una carta del 20 de septiembre la Señoría anuncia cándidamente que no se ha podido encontrar un embajador "ni dar algún fundamento a su comisión"; probablemente por no haber podido todavía replegar los ánimos de tantos ciudadanos a admitir las pretensiones del Rey, ni tanto dinero para satisfacerlas. Más aún, se niega del todo a los emisarios la pequeña cantidad que tan insistentemente han pedido, aduciendo "la escasez de dinero".²⁶ Y eran sólo unas cuantas decenas de florines. A este grado se hallaba reducida la República florentina.

Sic rebus stantibus, Francisco della Cassa, alegando no sé qué indisposición, se marchó a París para curarse del alma y del cuerpo, en tanto que Maquiavelo, continuando su persecución de la corte errante, se trasladaba a Blois. Al quedarse solo, parece que su celo se duplica, hace acrobacias para contentar a Roano y al Rey. Reducido a una ridícula cantinela, sin tener asuntos que negociar, trata al menos de hacerse útil destilando los humores de la corte en aquellos juicios suyos agudos y sintéticos. En días anteriores había escrito que el Rey se mostraba muy circunspecto respecto a la empresa de Nápoles, "sobre todo después de haber visto hace poco por el ejemplo de Pisa que en donde hace falta la fuerza, no es suficiente la buena fama". Y también: "El secretario de Nápoles se encuentra aquí, y está tratando continuamente acerca del asunto; y cuando aquí se comienza a escuchar a uno que promete y da, es difícil creer que



*Retrato de Luis XII de Francia, de autor desconocido.
Foto Alinari.*

no le tomen la palabra".²⁷ Pero a últimas fechas habían venido a darle nueva materia de comentario los preparativos que de otra empresa que hacía Valentino en nombre y a expensas del Papa, algunos

decían que contra los Colonna, otros que contra los señores de la Romaña: Faenza, Rímini y Pesaro, o quizá contra Bolonia. Escribió Maquiavelo: "Todo se le concede al Pontífice, más porque esta Majestad no quiere contradecir abiertamente a un desenfrenado deseo que tiene, que porque desee que el Papa obtenga la victoria".²⁸

Muy pronto estuvo claro que los deseos de los Borgia se orientaban hacia la Romaña, aunque menos claro si la Romaña sería suficiente para saciarlos. La empresa despertó inmediatamente las sospechas de los florentinos, y las sospechas se convirtieron en temor cuando se vio al hijo del Papa tramar algo con los Médicis, y se le oyó jactarse abiertamente de que iba a volver a dar el poder a Piero. Y estas nubes de tempestad se presentaban sobre los confines de la República cuando la amistad de los franceses, que era la única que podía salvarla, estaba a punto de convertirse en una enemistad declarada. El 11 de octubre, en tanto que Maquiavelo repetía, por no tener algo mejor, su cantilena habitual del embajador que traería la respuesta acerca de la paga de los suizos, Roano le replicó ásperamente: *Dixisti, verum est; sed erimus mortui antequam oratores veniant. Sed conabimur ut alii prius moriantur.*²⁹ (Es cierto que ya lo has dicho; pero parece que vamos a morir antes de que lleguen esos embajadores. Pues nosotros vamos a procurar que otros sean los que mueran antes). Los florentinos estaban jugando con fuego.

Pero, apenas Valentino atacó a Rímini y Pesaro, las cuales se le entregaron inmediatamente, el temor volvió juiciosos a los florentinos en un momento, y en un momento también encontraron el embajador y el dinero. Así fue como Maquiavelo, habiendo pasado con la corte a Nantes, pudo finalmente anunciar que el embajador, Pier Francesco Tosinghi, había ya salido el 16 de octubre y traía una comisión satisfactoria. Era poco, pero fue suficiente para que lograra que el 4 de noviembre fueran despachadas cartas del Rey a su lugarteniente en Italia con la orden de dar a entender a Valentino que no se atreviese a intentar cosa alguna en perjuicio de los florentinos. Es precisamente de estos días y acerca de estos asuntos de las ambiciones de los Borgia una famosa respuesta suya al Cardenal, cuando habiéndole dicho éste que los italianos no sabían nada acerca de la guerra, respondió rápidamente Maquiavelo que los franceses no sabían nada del gobierno, porque si algo supieran, no hubieran dejado que la Iglesia llegara a tanto poderío.³⁰

Pero si al Secretario florentino no le faltó la audacia y la habilidad delante del omnipotente ministro, tampoco le había faltado la

prudencia de aconsejar casi en cada carta a sus magistrados que era prudente olvidar los resentimientos, las buenas razones y el buen derecho, delante a la fuerza del Rey, que era la única que los podía salvar ante un peligro tan grande. Y así finalmente se decidieron éstos a prometer la famosa paga de los suizos: diez mil inmediatamente, y lo demás poco a poco; y aunque al Rey no le agradó nada esta dilación, las diferencias habían llegado ya a términos tolerables, y Maquiavelo podía vivir en la corte días mejores.

Lo halagaba también la esperanza de volver pronto a ver su patria y a sus amigos; y quizá con mayor deseo aún aquella cancillería llena de asuntos y de buenos compañeros, que su casa en la que ya no habían quedado afectos para él. Durante su larga permanencia en tierras de Francia, había muerto también su hermana casada con Francisco Vernaccia; y este nuevo luto, añadido al todavía reciente de su padre que los negocios casi no le habían dejado el tiempo de llorar, lo había inducido a pedir una licencia para poner en orden sus asuntos que, como escribía, "habían quedado a los cuatro vientos, y sin orden alguno".³¹

Pero por debajo de todo esto había algo más que lo inducía a solicitar su regreso. Primero su amigo Biagio, como es probable, aunque se han perdido sus cartas, y después con toda seguridad su otro cooperador Agustín Vespucci, en una larga y amena carta *in grammatica*, le habían escrito acerca de quién sabe qué intrigas que, si tardaba demasiado en regresar, corrían riesgo de hacerle perder la cancillería.³² Puede haber sido cierto, puede no haberlo sido. Pero él era el alma y la vida de aquella segunda cancillería, que tan gran parte tenía ya en su alma y en su vida; según se deduce de todas las cartas concordes de sus cooperadores y también de esta última de Vespucci, durante las ausencias de su jefe se sentía casi físicamente su ausencia: hacía falta su persona y su palabra, que solía brotar agradable, ágil y jocosa, dando nuevos bríos a sus escribientes.

De Nantes, siguiendo en procesión a la corte, Maquiavelo se trasladó a Tours a donde llegó el 21 de noviembre. Desde ahí escribía para la República sus últimos oficios, y dictaba sus últimas advertencias acerca de las maquinaciones del Papa, "dignas de la santidad de nuestro señor", daba sus últimos consejos, insistiendo sobre el tantas veces repetido de hacerse amigos *de mammona iniquitatis* (por medio de la inicua riqueza), que era por lo demás el modo como hacía amigos él en la corte de Francia.³³ Por último,

mientras que el nuevo embajador venía en camino con toda tranquilidad, una carta del 12 de diciembre, que debe de haber recibido hacia Navidad, daba a Maquiavelo la ansiada licencia.³⁴ Habiéndose puesto en camino, por jornadas y sin agotarse demasiado, pero con mucha mayor solicitud que Tosinghi, el cual había ocupado para aquel viaje más de un mes y medio, se encaminó hacia Florencia; llegó a aquélla el 14 de enero de 1501.³⁵ Había estado fuera seis meses.

De aquella larga permanencia en tierras de Francia traía él algo que no hacía bulto en sus desprovistas alforjas, probablemente no traía ni un libro siquiera salido de una imprenta de Lyon o de París. La literatura francesa tenía aún poco que decir a un humanista italiano de aquel último año del siglo xv, y ni siquiera las baladas de Villon podían interesarle como nos interesan ahora. Quizá Maquiavelo no había ni siquiera aprendido a gustar las muchas delicadezas de la lengua francesa; aunque sin duda alguna sí la conoció medianamente. Porque es cierto que en la corte se la hablaba en aquel toscano latín que hace poco hemos leído; pero un hombre de su carácter, curioso y ágil, no pudo haber permanecido seis meses en un país sin entender y darse a entender: puesto que él tuvo siempre interés en conversar con los más humildes, en hacer preguntas, en informarse, no obstante que un plebeyo francés de entonces no se podía comparar con aquellos hombres del pueblo de su Florencia, cultos e ingeniosos. Por otra parte, aun en las cartas de la delegación, al referir entrevistas tenidas en la corte, se le escapó como por la fuerza de la costumbre alguna palabra francesa o afrancesada.³⁶

Esta adquisición de la lengua, aunque imperfecta, aunque nada aprovechó al literato (que por lo demás no era), algo ayudó sin duda al observador político; de cualquier manera fue un enriquecimiento de su espíritu, un valioso utensilio que traía de este viaje junto con el bagaje de sus observaciones, que llevaba anotadas quizá más en su mente que en el papel. Sus *Retratos de las cosas de Francia*, y hasta sus breves notas *De natura Gallorum*, que no obstante fueron colocadas por la demasiado rígida sistematización alemana en este período,³⁷ encontraron la materia, no la forma, en esta primera delegación en Francia. Los frutos de ella no maduraron inmediatamente: más que frutos hay que hablar de semillas, que junto con otras recogidas en diversas experiencias semejantes, saldrán a la luz algún día en el espíritu y en el pensamiento de Maquiavelo.

CAPITULO V

ENTRE LAS REBELIONES DE LOS SUBDITOS Y LAS CAMPAÑAS DE VALENTINO

Mantener a Pisa por la fuerza, y a Pistoia por medio de los partidos era una antigua regla de los florentinos; pero ahora habían llegado a un grado en el que la fuerza no había bastado para mantener a Pisa, y los partidos estaban a punto de hacerles perder a Pistoia. En los días de la delegación de Maquiavelo en Francia, en agosto de 1500, los odios de las seculares facciones que dividían a aquella ciudad, encontrando favorable la debilidad y la desunión del gobierno de Florencia, habían estallado furiosamente; los "Cancellieri", levantándose en armas, habían arrojado a los "Panciatici", incendiando, saqueando y matando: en el condado se hacía lo mismo, "casi a manera de una guerra ordenada, con ayuda de forasteros".¹ Tan gran desorden dañaba la reputación de la República, a la vez que era un peligro para ella, en tanto que a sus puertas mordía el freno la avidez de los Borgias; y dentro de ella, junto con el cansancio, la desconfianza y la escasez de recursos, se veía alimentada con ello la división de los ánimos, la que había alimentado a su vez la de los de Pistoia. En vista de que los "Panciatici" eran partidarios de los Médicis y los "Cancellieri" del estado regido por el pueblo, los ciudadanos principales de Florencia se inclinaban y se declaraban abiertamente en favor de una u otra facción. Y de la misma manera en otras ciudades, Juan Bentivoglio, señor de Bolonia, favorecía a los "Cancellieri"; y los Vitelli y los Orsini, que militaban bajo las banderas de César Borgia, estaban con los "Panciatici".

El mal, que primero no había sido previsto y después no fue atendido, se afistulaba; Pistoia, pero mucho más su sección campestre y montañosa, habían escapado casi totalmente del dominio de la República. Guerrillas rebeldes recorrían el condado; y en vista de que una de ellas llegó hasta Carmignano, fue enviado

a observar y a tomar providencias en calidad de "comisario con amplísima autoridad", Maquiavelo: era el 2 de febrero, apenas dos semanas después de su llegada de Francia. Pero en esta ocasión fueron pocas las horas que debió cabalgar, y no muchas más las que tuvo que pasar en el lugar para llevar a cabo su comisión.²

Los asuntos de Pistoia fueron remendados del modo que se pudo en abril, mes en que mandaron los florentinos emisarios con suficientes fuerzas para hacer entrar al orden a la ciudad;³ entre los cuales se encontraba el ya mencionado primo de nuestro secretario, el llamado Nicolás di Alessandro, que no llegó a hacer mérito alguno para merecer de la posteridad el perdón por haber llevado, en la misma época, el gran nombre de Nicolás Maquiavelo. Pero en tanto que los emisarios se ocupaban de poner remedio a esta herida, un peligro mucho mayor vino a afligir a la República.

Al llegar la primavera, encontró a Valentino a las puertas de Faenza, ciudad que había sido valientemente defendida por sus moradores y por los rigores del invierno; al cambiar la estación, habiéndose quedado solos para defenderla los ciudadanos, se vieron obligados a entrar en negociaciones con un asaltante tan poderoso. Este, después de dicha victoria, habiendo recibido de su padre el título de duque de Romaña, se dirigió de pronto contra Bolonia, con gran esperanza de tomarla. Pero fue detenido en los confines del territorio, no por la gente de Bentivoglio sino por una intimación del rey de Francia que tenía a Bentivoglio bajo su protección, y lleno de furor y de resentimiento, se vio obligado a obedecer. Entonces, pidiendo a los florentinos el paso para encaminarse a su empresa de Piombino, entró en el territorio de ellos sin esperar la respuesta; usó términos benignos mientras que los Apeninos le cerraron el paso, pero los volvió ásperos e insolentes apenas los hubo atravesado. Quería, sin más ni más, que hicieran una alianza con él, que se comprometieran en calidad de escolta a un oneroso tributo, y que cambiaran el gobierno por uno que fuera más del agrado de él; y para dar mayor énfasis a estas demandas avanzó con su ejército hasta Campi, casi frente a las murallas de la ciudad. Entre tanto, Pedro de Médicis aguardaba en los confines del territorio de Bolonia, Vitellozzo y los Orsini que estaban de su parte, se habían reunido ya con Valentino, quien, como escribía Maquiavelo *nomine publico* a los delegados de Pistoia, se venía encima amenazador, "favorecido por el cielo y la fortuna".⁴

Teniendo, pues, el enemigo a las puertas y aun dentro de

las puertas, porque no eran pocos los partidarios de los Médicis y los ciudadanos principales descontentos, hallándose débil y desunido, el gobierno florentino se vio obligado a admitir los pactos que con menor deshonra podía aceptar: la alianza y el tributo. Pero no se había secado todavía la tinta cuando la ciudad comenzaba a pensar en no observarlos, porque, habiendo llegado a Borgia en aquellos días una nueva intimación del Rey de que se guardara de perjudicar a los florentinos, se vio obligado a levantar el campamento el 17 de mayo; sin haber recibido ni un solo centavo, se puso en marcha con su gente para la campaña de Piombino, saqueando, violando y destruyendo cuanto encontraba a su paso.

El paso de Valentino había reducido los asuntos de Pistoia a peores términos que antes, de manera que se vieron los florentinos obligados a volver a empezar, y volvieron a enviar, el 23 de julio, a Maquiavelo; no permaneció allí más de dos o tres días.⁵ Poco antes había sido enviado a Cascina; poco después, el 18 de agosto, se dirigió a Siena para una comisión de la que nada se sabe, pero que ciertamente estaba relacionada con los movimientos del Duque, como la otra.⁶ Volverá otra vez a Pistoia en octubre, cuando se preparará el regreso de los "Panciatici" y de una breve paz en aquella infortunada ciudad.⁷ Así distribuía su tiempo entre estas comisiones a caballo y las continuas preocupaciones de la cancillería.

Estas eran, pues, las ocupaciones de Maquiavelo en este tiempo. Sin embargo, no eran las únicas, aunque son las que conocemos. Sin que nos hayamos percatado, el camino de su vida, a partir de la muerte de su padre, ha dado otro giro. Al regresar de su delegación a Francia a su casa vacía, había comenzado a pensar en tomar esposa. No sé si en el tiempo a que nos referimos en estas páginas Totto se hallara aún en casa con él; pero en el caso de que se encontrara, Nicolás pensaría entonces acerca de sí y de su hermano lo que un día escribirá en la comedia que es más característicamente suya: "ellos no tienen mujeres en su casa y viven como bestias".⁸ Así es que se casa con Marietta di Luigi Corsini:⁹ la dote y la familia de ella son proporcionadas a sus modestas riquezas y a su nobleza de hombre del pueblo. Este matrimonio se había realizado ya o estaba por realizarse en agosto de 1501, no obstante que no se encuentran rastros de él en los documentos sino un poco más tarde;¹⁰ para los biógrafos esto no implica un cambio tan notable, como probablemente tampoco lo implicó entonces para el biografiado. Nicolás, que se convertirá después en un padre cariñoso y que ciertamente tuvo

para con Marietta un profundo afecto, no era de un carácter que lo hiciera pasar el mayor tiempo posible con su esposa; pero aunque lo hubiera deseado, con tantos negocios como traía entre manos, no hubiera podido hacerlo.

En aquellos días, César Borgia guerreaba en Piombino y los franceses se apoderaban del reino de Nápoles con poca dificultad, habiéndoselo repartido antes a traición con los españoles: lo cual fue la mala semilla de tantas guerras posteriores y tanta infelicidad para Italia. Rendíase Piombino el 3 de septiembre de 1501 a las armas de Borgia, y los florentinos se veían cada vez más encerrados entre los ejércitos y las ambiciones de Borgia. Crecían sus sospechas al ver que aumentaban también los signos de la mala disposición del Papa, su padre, hacia la ciudad. Ya el 25 de agosto su cooperador Vespucci, que se hallaba en Roma en calidad de emisario, en ciertas mordaces cartas personales a Maquiavelo, en las que le hablaba acerca de aquella relajada corte del Papa,¹¹ había aludido a determinadas empresas que Borgia tenía en proyecto contra Camerino y Urbino; y no estaba claro hasta dónde llegaría. Esto los indujo a negociar una nueva confederación con el rey de Francia, la que lograron con mayor facilidad de lo que esperaban, el 16 de abril de 1502; porque el Rey había temido a últimas fechas que ellos se aliaran en contra de él con Maximiliano, rey de los romanos, quien mostraba intenciones de querer pasar a Italia.

Reanimados con este acuerdo, procedieron los florentinos a ir sobre Pisa y a enviar artillería. Pero muy pronto tuvieron que desistir de estos nuevos intentos de conquista y nuevamente pasar dificultades, tal como hasta allí había venido sucediendo, para conservar lo que tenían. Porque en la noche del 4 de junio se rebeló Arezzo, según lo había planeado allí Vitellozzo Vitelli; el cual, encontrándose desde los primeros días de mayo con los soldados de Valentino en los límites de la Valdichiana, se apresuró a introducirse en la ciudad rebelde con las pocas fuerzas de que por entonces disponía. No pudo el gobierno florentino llamar a tiempo a las tropas que tenía frente a Pisa; por lo cual los pisanos recobraron ánimos y no los perdieron tampoco los aretinos, que cada día veían engrosar sus filas con los soldados de Borgia. Y además había entrado allí ya Pedro de Médicis.

Más todavía que estos males externos, la debilidad interna, las sospechas y la ineptitud del gobierno popular, las sospechas y el descontento de los grandes ciudadanos habían llevado a la Republi-

ca al borde de la ruina. Las ricas comarcas de la Valdichiana se entregaban una tras otra al enemigo sin esperar el asalto: el monte de San Sabino, la ciudad de Cortona, Castiglione. De la misma manera se rindieron Anghiari y el Borgo San Sepolcro, éste último sin haber visto siquiera de lejos la artillería del enemigo: todo el territorio se entregaba a discreción. Concluía Landucci en su lenguaje popular: "y así parecía que los florentinos hubieran perdido hasta la vergüenza. Todo el mundo se reía de ellos".¹²

Tampoco Valentino daba muestras de temer la creciente ira del Rey, ya que juraba que él no se había mezclado en la rebelión de los aretinos y que Vitellozzo, "uno de los suyos", que sin embargo dictaba sus cartas desde Arezzo *ex pontificiis castris*, había estado obrando con una venganza personal. Mezclado en la rebelión, probablemente no; pero en la guerra con los florentinos, indudablemente. Por lo demás, todos sus actos eran una tupida red de engaños. La campaña de Arezzo había sido llevada a cabo con una parte de los soldados que había reunido para la campaña de Camerino; y él mismo se hallaba de hecho asediando a Camerino en tanto que "uno de los suyos" se hallaba ocupado en aquella provechosa diversión. En seguida, cuando todos pensaban que el Duque se hallaba completamente enfrascado en tal empresa, con increíble rapidez, "sin comer ni beber", se trasladó aquel mismo día a Urbino y con la misma rapidez se apoderó del pequeño Estado; sirviéndose antes de la astucia de vaciarlo de artillería y de soldados con el truco de solicitárselos amistosamente para que le ayudaran en la empresa de Camerino. Y en efecto, inmediatamente lleva a cabo ésta con el mejor de los éxitos; pero antes de ello, y antes de que las órdenes del rey de Francia vinieran a descomponerle una vez más los planes, quiso probar si tantos éxitos suyos y tantos descalabros de los florentinos le facilitaban el camino para una jugada de más alcance. Estando, pues, para salir a la campaña de Urbino, escribió a Florencia pidiendo que le enviaran a alguien con quien pudiera tratar asuntos de la mayor importancia.

A los florentinos les era urgente saber qué era lo que deseaba aquel que había encendido semejante incendio en su territorio, y que podía apagar aquel fuego de un soplo o extenderlo aún más; e importaba mucho vigilarlo y entretenerlo hasta que llegasen los refuerzos de los franceses. Por lo cual le enviaron inmediatamente al obispo de Volterra, Francisco Soderini; y lo hicieron acompañar, más que como canciller, como discreto sostén, por Maquiavelo.¹³

Salieron el 22 de junio a toda prisa, y cabalgando llegaron aquel mismo día a Ponticelli, desde donde escribieron a la Señoría; es decir, escribió, como de costumbre, Maquiavelo, y suscribió únicamente Soderini. Habían sabido en el camino, en Pontassieve, la noticia del fulminante asalto a Urbino y el engaño utilizado para lograrlo. La carta concluye maquiavélicamente: "De manera que tomen nota Vuestras Señorías de esta estratagema y de tanta rapidez unida a una notabilísima buena fortuna".¹⁴ Era una lección para el lento gobierno de Florencia, que se perdía en las disputas y se ahogaba en miramientos.

Llegaron a Urbino el día 24 de junio, en la tarde, y fueron recibidos dos horas después del crepúsculo. Después de las felicitaciones de los emisarios por la reciente victoria y de los agradecimientos un tanto burlones de Borgia, comenzó el torneo de acusaciones y excusas; las acusaciones se enumeraron a partir de la llegada del Duque *ad portas*, de los pactos que él hizo firmar y no observó, de las embajadas y de las cartas que entonces se le habían enviado: y aquí fue de un gran valor la presencia de Maquiavelo, que tenía al dedillo todo el hilo de los asuntos, y que había tratado u oído tratar todos aquellos asuntos, y había escrito todas aquellas cartas. La conclusión de Valentino fue amenazadora: "Este gobierno no me agrada, y no me puedo fiar de él; es necesario que lo cambiéis y tengáis cuidado de observar lo que me habéis prometido: de lo contrario vais a saber muy pronto que yo no quiero vivir de esta manera; y si no me queréis como amigo, vais a conocerme como enemigo". Se le respondió que la ciudad tenía el gobierno que le parecía mejor, y que si ésta estaba satisfecha de él, también lo podían estar sus amigos. Después de dos horas de discusiones, se decidió continuar tratando al día siguiente, después de que cada parte exhortó a la otra a reflexionar bien lo que decía. Y así se marcharon los dos emisarios grandemente disgustados, considerando que el modo de proceder de Valentino era "como si se hallara en casa ajena antes de que nadie se dé cuenta de que ha entrado"; tal como le aconteció al duque de Urbino, "de quien se supo primero la muerte que la enfermedad".¹⁵

Al día siguiente fueron visitados y aconsejados por los Orsini, los cuales se esforzaron por persuadirlos de que el rey de Francia había concedido un permiso oculto a Borgia para que atacara a los florentinos, con la condición de que lo hiciese rápidamente, en tanto que él les enviaba los refuerzos a que se había comprometido con estu-

diada lentitud. Los emisarios se dieron cuenta de que esto había sido un simple ardid del Duque que era más astuto que un zorro, pero no obstante el asunto los inquietó un tanto. Este los recibió a la noche siguiente y les repitió la misma cantinela de la víspera, dándoles además el breve plazo de cuatro días para responder. Con esto crecieron más sus inquietudes; y aunque al principio habían decidido regresar ambos, decidieron, para ganar tiempo, que Nicolás partiese solo, ya que él podía cabalgar más de prisa, y así podían robar un día a Valentino. Y en la misma carta en donde se narran estos sucesos, que fue enviada inmediatamente en un caballo a posta, se encuentra un retrato de éste, de mano de Maquiavelo: "Este señor es muy espléndido y magnífico, y para las armas es tan animoso que para él no hay cosa tan grande que no le parezca pequeña, y si se trata de ganar gloria y de agrandar sus dominios, no descansa nunca ni evita fatiga ni peligro alguno: llega a un lugar antes de que se sepa que ha partido de otro; se hace querer de sus soldados; y ha conseguido los mejores hombres de Italia entera: todo lo cual, junto con una fortuna que no lo abandona nunca, lo hacen victorioso y formidable".¹⁶ Cuando se lee al pie de este retrato la habitual firma del obispo Soderini, parece que se topa con un engaño o un error.

Tal como se escribió, así se hizo. Maquiavelo, después de haber hablado en la noche con Borgia, discutido largamente el asunto con Soderini y escrito aquella larga carta *ante lucem*, montó a caballo y partió volando para Florencia; mientras que el obispo se quedó a roer aquel hueso demasiado duro en Urbino: pero tanto la mente del que se iba como la del que se quedaba se hallaban obsesionadas con la misma imagen del terrible Duque.¹⁷

Sin embargo, pasaban entre tanto los días, aquellos últimos días que eran preciosos para el hijo del Papa, quien no obstante que decía no preocuparse mucho de las intimaciones de los heraldos del Rey, ni de los famosos soldados franceses que venían por el valle del Arno en auxilio de los florentinos, rápidamente se redujo con aparente descuido a pretensiones más modestas y correctas, contentándose con que se le cumplieran los anteriores pactos del tributo; los florentinos por su parte se los disputaban con avaricia tanto mayor cuanto más crecía su crédito ante el Rey y disminuía el de su adversario, hasta que finalmente Soderini recibió la orden de suspender las negociaciones y de regresar, dejando a Borgia "muy intrigado", y sin haberse comprometido a nada.

Así fue como los florentinos dieron jaque a su peligroso enemigo con la amenaza del Rey; éste estaba ya harto del padre y del hijo, estando por fin en condiciones de realizar lo que Maquiavelo había dicho en Nantes a su ministro. Aseguraba que quería venir personalmente a castigarlos, "diciendo públicamente que era una empresa tan piadosa y tan santa como no lo podía ser más la campaña contra los turcos".¹⁸ De manera que Valentino, que veía ya llegar sobre sí las armas y la indignación del Rey, ordenó a Vitellozzo que se retirara, cuando ya las huestes francesas a las órdenes de Imbault se aproximaban a Arezzo, y otras que venían de Asti, estaban a punto de partir de Parma hacia la Toscana. Los florentinos recuperaron rápidamente sus tierras, con excepción de Arezzo, en donde Imbault, que la había recibido por rendición de Vitellozzo, dejaba correr el tiempo. La recibieron cuando fue enviado allí expresamente por el Rey, monseñor de Lancres, con orden expresa de restituírsela. La tempestad había pasado, y fue una gran ventura para la República el haber tenido al frente a una buena Señoría, a cuya cabeza se encontraba, de nombre, un personaje insignificante, pero de hecho Alamanno Salviati; al cual debió la República, al igual que al emisario Antonio Giacomini, una gran parte de su salvación.

Nadie pensará que en medio de tanta actividad, Maquiavelo, *equitandi, evagandi ac cursitandi tam avidus* (tan amante de cabalgar, viajar y excursionar), como le escribirá unos días después su cooperador Vespucci,¹⁹ iba a permanecer tranquilo en su cancillería escribiendo cartas, no obstante que en aquellos días había más necesidad de cartas que nunca.²⁰ A Arezzo fue tres veces: la primera del 15 al 19 de agosto, aproximadamente, para acompañar, entretener y asistir a Lancres;²¹ las otras dos el 11 y el 17 de septiembre con varias comisiones para el mismo Lancres. Lo encontramos el 13 de septiembre en esta ciudad sin propósito alguno de partir muy pronto,²² de manera que se puede decir que entre su segundo y tercer viaje tuvo apenas tiempo de detenerse en Florencia.

Estas comisiones, como casi todas las que desempeñó dentro de los dominios de la República, no parecen haber sido de una gran importancia. Igualmente en estas últimas peripecias internas de la República, es decir, las facciones de Pistoia y la rebelión de Arezzo, Maquiavelo desarrolló lo más valioso de su labor en las oscuras tareas de la cancillería, en donde su continua presencia al lado de los efímeros magistrados podía tener alguna importancia, ya fuera por medio de discretas sugerencias, o bien en la redacción de las cartas.



*Detalle del retrato de César Borgia pintado por Giorgione
(colección Lochis: en la Galería Carrara. Bérgamo).*

Los biógrafos y comentaristas de sus obras están de acuerdo en afirmar que sin duda Maquiavelo usó de esta influencia para orientar los ánimos de los magistrados hacia un justo rigor para con las ciudades súbditas de Pistoia y Arezzo.²³ Que él haya deseado esta severidad, está fuera de duda; que la haya aconsejado se dice que es probable, aunque no haya elementos para probarlo; que ese con-

sejo, si fue dado, haya sido seguido del todo, lo niegan los hechos.

Pero nosotros no buscamos tanto los efectos de las experiencias de Maquiavelo en la política de Florencia, sino más bien en la maduración de su propio espíritu; si bien, como he observado al hablar de su delegación en Francia, hasta ahora se trata de simientes, más que de frutos: semillas que a su tiempo serán fecundadas por el ocio a la vez que por el dolor. Aun aquella debilidad orgánica del gobierno de Florencia, con la que tenía que contar para todo paso que daba en la cancillería, constituía para él una continua fuente de enseñanzas, máxime si comparaba por entonces las causas y los efectos con las causas y los efectos de la fuerza de Valentino.

No menor materia de observación y de estudio le daban las citadas rebeliones de los súbditos. Su escrito *De rebus pistoriensibus*²⁴ (acerca de los asuntos de Pistoia), no es sino una de las tantas relaciones de oficina que él debía o solía escribir para ilustración de los nuevos magistrados o de los emisarios; y además ésta es de las más áridas y escuetas. En cambio, cosa muy distinta es la memoria, quizá inconclusa, *acerca de la manera de tratar a los súbditos rebeldes de la Valdichiana*. Habiendo sido redactada un año después de la reconquista de la ciudad,²⁵ es considerada concordemente como el primer escrito político de Maquiavelo que tiene carácter retrospectivo.²⁶ Si bien ya había pasado la hora de los castigos, a mí no me parece meramente retrospectivo, puesto que en él se habla de la necesidad de asegurarse en el dominio de Arezzo mientras duraba el peligro externo de Valentino. Pero ciertamente es el primero que escribió sin requerirlo directamente las exigencias de la cancillería; el primero que tiene un sabor casi literario, que lo aleja más de sus anteriores relaciones de oficina; el primero en que la "continua lección de los sucesos antiguos" es aplicada por el Secretario florentino a las modernas, al proponer el que será uno de los principios fundamentales de su nueva ciencia: "el mundo se ha hallado habitado en cierta manera por hombres que han tenido siempre las mismas pasiones". Por estas razones este breve escrito que anuncia y contiene en síntesis una parte tan importante de la obra de Maquiavelo,²⁷ tiene una singular importancia, al margen y por encima de su contenido político. El núcleo de él es lo que habría que esperar de un Maquiavelo: a los pueblos rebeldes hay que beneficiarlos o arrasarlos, pues cualquier otro procedimiento intermedio es perjudicial. La virtud intermedia del dicho antiguo, por lo menos en política, no se había hecho para él.

CAPITULO VI

LA DELEGACION ANTE VALENTINO

Florenia había sabido siempre suplir las deficiencias de sus leyes con las virtudes de sus ciudadanos; pero en aquel tiempo sus mejores ciudadanos se mantenían alejados de los puestos públicos: desalentados, disgustados y atemorizados por las exigencias del pueblo, no querían ya servir al Estado ni por convicción ni por interés. La República se veía embarazada por los viejos moldes en los tiempos nuevos, en aquel nuevo juego de intereses y de fuerzas. La extraña costumbre de elegir a la Señoría por suertes y para un lapso brevísimo solía llevar al gobierno a hombres incapaces o inexpertos, y retirarlos de él antes de que hubieran adquirido un poco de práctica en los negocios. Las consecuencias de estos y de otros desórdenes se habían visto en las últimas tribulaciones de la República.

Habiendo escapado de tan gran peligro, todos estaban finalmente de acuerdo en que había que reformar el gobierno, pero no acerca de la manera de reformarlo. Nadie pensaba en suprimir el gran Consejo, fundamento y símbolo del nuevo Estado: ni siquiera quien mucho lo hubiera deseado. Se hablaba de introducir un gobierno más restringido, algo así como un consejo de ciudadanos prominentes en un gobierno popular, que tratara los asuntos más importantes de la República de una manera semejante a los *Pregati* de Venecia. Pero temiendo que el pueblo no llegaría nunca a adaptarse a este sistema, se decidió elegir entre tanto a un *gonfaloniere* vitalicio, el cual llevaría con más reflexión a la perfección de esta reforma.

También esta solución era un término medio; y la elección del primer "*gonfaloniere* perpetuo" se mantuvo de la misma manera en un plano intermedio entre los deseos de los principales y los de la gente del pueblo, eligiendo a un hombre de condición intermedia. Porque, habiéndose llevado a cabo la elección en el gran Consejo,

no triunfó quizá el más prudente, sino el más acepto al pueblo, entre otras razones porque se había empeñado más que otros en alcanzar su apoyo. Fue éste Pedro Soderini, buen ciudadano y de buena familia, magnífico candidato para tiempos tranquilos. Era apreciado grandemente por el pueblo a causa de que no había rechazado nunca ni un cargo de emisario ni de delegado; y el pueblo, "viendo que era utilizado más que los otros sin pensar que la razón era porque los demás de su clase rehuían los cargos, y así se consideraba que era un hombre de más valer que los demás".¹ Esta elección no podía ser grata a los principales, pero en fin de cuentas, fue favorable para la República.

Y también fue favorable para Maquiavelo. Siendo un laborioso y dedicado servidor del Estado, agradó desde el primer momento a Soderini, que era igualmente laborioso servidor del Estado; y le agradó también por su agudeza, habilidad y prontitud, cosas todas que eran muy necesarias para el *gonfaloniere*, que se hallaba escaso de ellas. Y además nuestro Nicolás, con los vicios que ostentaba y las virtudes que disimulaba, con su actitud valiente y burlona, con un ingenio que al primer encuentro chocaba a los mediocres haciéndolo parecer presuntuoso o extravagante, tenía cualidades que lo hacían poco acepto a la mayoría, pero mucho a los pocos que lo tratasen íntimamente por largo tiempo,² a causa de su carácter servicial, agradable e ingenioso. Más adelante lo veremos ganarse la amistad de hombres más exigentes y difíciles que Soderini.

Con éste, por haber sido utilizado frecuentemente en los cargos, Maquiavelo había tenido en épocas anteriores continuas relaciones de cancillería; sin contar el hecho de que, habiendo sido recientemente compañero de su hermano el obispo en la mencionada delegación de Urbino, ya se había ganado sus simpatías; y también este hecho fue una llave que le abrió el corazón del *gonfaloniere*. Es probable que le haya escrito inmediatamente una carta personal para felicitarlo, además de la que le escribió en nombre de los Diez; es seguro que escribió a su hermano el obispo, en latín, es decir muy ceremoniosamente: y él se apresuró a responderle, agradeciéndole la "elegantísima" carta, amistosa, para con su casa y para con su patria.³

A la sazón Valentino, que había acudido a toda prisa a justificarse con el Rey, regresaba glorioso y triunfante, trayendo de él no solamente el perdón, que se le había otorgado con facilidad muy francesa, sino también carta blanca para arrebatar Cittá di Castello a

Vitellozzo, que servía así de *vitello* (ternero) expiatorio, y también Bolonia a Bentivoglio, quien poco antes era uno de los protegidos del Rey. Este regreso de Borgia tenía atemorizados a los florentinos, pero aún más a los principotes que hasta entonces habían servido de instrumento para sus empresas; ellos eran, además de Vitelli, los Orsini, los Baglioni, Oliverotto da Fermo y Pandolfo Petrucci. Dándose cuenta de que le habían ayudado a cavar la fosa en la que los iba a sepultar, comenzaron a pensar en la manera de defenderse de él.

La comunión de los odios y de los temores hubiera debido unir a la República Florentina con los que habían sido sus enemigos de ayer; los cuales, en efecto, intentaron establecer alguna alianza por medio de Pandolfo Petrucci. Pero la República, teniendo como norma de conducta el no separarse en nada de los deseos de los franceses, decidió permanecer neutral hasta no conocerlos y vigilar entre tanto las actividades de Valentino. De manera que, cuando éste les manifestó su deseo de que se le enviara a Imola un embajador para tratar una alianza, la idea de la alianza no agradó más a los florentinos de lo que les agradaba el secularizado y pícaro hijo de Alejandro VI; pero sí les agradó la idea de entretenerlo y de vigilarlo muy de cerca. Para esto hacía falta alguien que comprometiese poco y comprendiese mucho: y fue enviado Maquiavelo.

Salió el 6 de octubre con la orden de cabalgar a gran velocidad;⁴ y no se le dijo en vano porque, cuando llegó a Scarperia, juzgando que sus caballos no caminaban todo lo rápido que él deseaba, se fue a toda velocidad hasta Imola en los de la posta,⁵ dejando atrás su equipaje y sus criados. Llegó al día siguiente, e inmediatamente se presentó al Duque⁶ y, después de haber sido cordialmente acogido, le expuso su comisión; lo importante de la cual consistía en comunicarle que los florentinos, invitados a participar en una asamblea propuesta por los Orsini, Baglioni, Vitelli y sus adeptos en Magione, habían rehusado, decididos a permanecer firmes en su amistad para con el rey de Francia y el Duque.

Este, luego de dar las gracias, se ingenió por arrojar sobre los que habían sido sus cómplices y eran ahora sus enemigos, toda la culpa de los destrozos, las rapiñas y las traiciones que había realizado junto con ellos en perjuicio de la República; mostró desprecio por aquella "reunión de fracasados" y muy poca preocupación por la rebelión del ducado de Urbino, que habían promovido y favorecido ellos: suponiendo que la perdiera, dijo, no había olvidado la

manera como la podía recuperar; hallándose en Italia el Rey y viendo el Papa, ellos dos le ponían "tanto fuego por debajo," que hacía falta un poco más de agua que ellos para extinguirlo"; quería por ello que, rechazando a los Orsini y a los Vitelli, que habían sido causa de enemistad entre él y la República, ésta hiciera una alianza con él. Pero respecto a los detalles de dicha alianza, aunque Maquiavelo trató de sondearlo lo más que le fue posible, el Duque mantuvo una continua reserva.⁷

Al día siguiente el Duque lo mandó llamar y comenzó a darse importancia a causa de ciertas cartas que le habían llegado de Francia anunciándole la ayuda del Rey; y Maquiavelo, conociendo qué clase de hombre era Valentino, tuvo buen cuidado de asegurar a los Diez de que dichas cartas eran auténticas porque él conocía bien la firma, ya que había estado en Francia. Refirió las nuevas proposiciones urgentes de alianza que le había hecho el Duque e hizo hincapié en el hecho de que le habían quedado pocas fuerzas a éste después de la defección de los *condottieri* (capitanes) y los soldados, quienes se habían llevado sus caballos y su artillería, pero que estaba reuniendo otras nuevas; refirió también las relaciones en que se hallaba con respecto a los demás potentados y con sus súbditos.⁸

Desde estas primeras cartas que envió a Florencia se mostraron allí contentos con él, y las alabanzas comenzaron a llover. Las primeras fueron las de Nicolás Valori; se lo había conquistado, de la manera que sabía hacerlo él, durante su estancia como delegado en Pistoia; y ahora que se contaba nada menos que entre los Señores, escribía al joven secretario que tenía la mejor voluntad para con él,⁹ pero, lo que es más importante, se lo demostraba con los hechos. No acaba de alabar sus cartas y sus acertadas opiniones; le escribía: "¡Quisiera Dios que todos los hombres se rigieran como vos, porque no se cometerían errores!"¹⁰ Había hablado en su favor ante el nuevo *gonfaloniere*, que iba a tomar posesión de su cargo el 1º de noviembre; y habiéndole obtenido una destinación de treinta ducados, inmediatamente le escribió que aunque los ducados eran pocos, él había suplido en público y en privado expresando alabanzas acerca de su destreza en tratar al Duque, y de sus cartas llenas de sensatez y de vigor.¹¹

Y no hace falta hablar de las alabanzas de Buonaccorsi quien, tan apasionado como siempre por su Nicolás, le demostraba un afecto cada vez mayor.¹² Una vez se decidió tímidamente a aventurar

una crítica: que en sus cartas redujera un poco sus comentarios, dejando para sí aquellos sus juicios tan terminantes y sintéticos.¹³ ¡Y eran éstos precisamente los que por esos mismos días le había alabado Valori! Pero el buen Biagio lo reprendía porque tenía temores, temía porque lo amaba, y más el amor que el buen juicio fue el que le hizo añadir ingenuamente: "Dios os bendiga y os haga grande".¹⁴

Para hacerse grande, al menos en el concepto de la posteridad, Nicolás trabajaba día tras día, observando y considerándolo atentamente todo, tratando de comprender a aquel pícaro príncipe. Tenía razón Liugi della Stufa, que le escribía desde Francia en donde era embajador: "El cambiar de aires y ver otras caras, y sobre todo de esta clase, suele aguzar el ingenio".¹⁵

Aquel príncipe le gustaba. Tenía el nombre de César y la fortuna igual a aquel nombre; sobre sus banderas se leía: *Aut Caesar aut nihil*. (O el César o nada). Había encendido su imaginación desde que, de conquista en conquista y de engaño en engaño había llegado hasta las puertas de su Florencia "favorecido por el cielo y por la fortuna"; lo había fascinado cuando lo había visto delante de sí ante la espléndida fortaleza de Montefeltro, todavía exaltado por la victoria. Y no le agrada menos ahora que los capitanes, los estados y la suerte se le rebelan; los enemigos destruyen el 17 de octubre las pocas fuerzas que le quedaban: está a punto de perder todo lo que ha usurpado. Y lo ve sostenerse firme, disimular, contemporizar, al mismo tiempo que pone todo su ingenio en mantener tranquilos a sus súbditos, en preparar sus fortalezas, en proveerse de todo lo necesario para la guerra; entre tanto, con el fin de ganarse a alguno, da oídos fácilmente a los jefes rebeldes que le comienzan a hacer tímidas propuestas de paz. Hace enormes gastos en correos que despacha continuamente a Francia, a Roma, a Milán y a Ferrara para concertar tratados, procurarse armas, ayuda o soldados. Maquiavelo compara los medios utilizados y los resultados obtenidos por éste, con los que acostumbra emplear su parsimoniosa república; a la que escribe cuando no había cumplido aún dos semanas en Imola: "Ha gastado desde que yo estoy aquí tanto dinero en caballos y emisarios, como no lo hace otra Señoría en dos años".¹⁶ Lo que no se le ocurre a Maquiavelo es que sus conciudadanos deben hacer los gastos de su propio peculio, en tanto que Valentino gasta el dinero de un Papa que nombra cardenales a cambio de una buena cantidad, y a la manera de terneros en establo (según imagen del embajador de Venecia) los engorda con beneficios para alimentarse de ellos.¹⁷

Ese príncipe, a pesar de todo, le agrada; no obstante que un florentino diez veces menos pícaro sólo le gustaría colgando de una horca. Le agrada como instrumento y símbolo de un estado fuerte; le agrada por su infatigable asiduidad en los negocios y en la guerra, por su audacia y su prudencia, por su reserva y su disimulo, por su madurez de juicio y su rapidez fulmínea en la ejecución; su fortuna lo deslumbra, y más aún su fe en la fortuna. Lo estudia, lo observa, escribe a Florencia sus palabras y guarda en su mente sus acciones; un día encarga a su fiel amigo Biagio que le envíe las *Vidas paralelas* de Plutarco: quizá un nuevo paralelo entre la experiencia actual y la lectura antigua comienza ya a tentar su imaginación.¹⁸

Tampoco al Duque, desde lo alto de su grandeza, de su soberbia de español y de romano, le desagradaba el humilde Secretario. Si ha sido una tontería el llegar a creer, como se ha creído y escrito, que en esta delegación Maquiavelo se inspiró en el maquiavelismo de Valentino, en cambio es cierto y claro que Valentino se complacía en el ingenio, los juicios ágiles y certeros de aquel florentino despreocupado, como se puede deducir de la insólita facilidad con que le concedía audiencias,¹⁹ de la gran extensión de ellas y de la clase de asuntos de que hablaban.

Y entre tanto, el Duque continuaba insistiendo en los acuerdos que quería concertar con la ciudad; y ésta, como de costumbre, era pródiga en palabras y avarísima en obras. La excusa consistía ahora en decir que esperaban el consentimiento del Rey, a quien habían escrito acerca del asunto. Pasaban las semanas y no aparecía la respuesta; el Duque continuaba insistiendo, pero de un modo más correcto, según su nueva manera de proceder, y con cierta magnánima despreocupación; lo que le interesaba en fin de cuentas era su famosa paga, es decir, los florines de oro. Frente a semejante esgrimita correspondía entonces a Maquiavelo luchar en favor de sus florentinos, y lo hacía desplegando toda su habilidad, con aquellas armas enmohecidas y despuntadas que le daban sus señores. Un día que se hablaba del marqués de Mantua, nuevamente contratado por la República, exclamó Valentino: "¿Y a mí por cuánto me contratarán esos señores?" Maquiavelo le respondió tranquilamente que en su opinión era la Señoría quien debía contratar y no ser contratado.²⁰

Cuando ya no sirvió el pretexto del Rey, se alegó que se quería conocer el parecer del Papa, y después otra vez que la República enviaba a Francia al obispo Soderini, y que todo dependía de lo que éste tratara. Valentino quería hacer presión, diciendo que ya

estaba a punto de concluir una alianza con los Orsini y Vitellozzo, después de lo cual no estarían muy tranquilos los florentinos. Es claro que Maquiavelo hubiera pagado de buen grado, si de él hubiera dependido, unos diez mil ducados por la venal amistad del Duque; pero en vista de que sus Señores tenían otra opinión, tuvo que decirle un día que un pago grande no se lo podían dar, y que uno pequeño no querían. Un ministro le propuso entonces que se podía suplir la paga con provisiones, pero él respondió que eso cambiaba el nombre, pero no la cara".²¹

Los florentinos tenían razón en no querer gastar ni un ducado en la amistad de Valentino, ya que dicha amistad, observándola bien, bajaba de precio de día en día. Pero la última decisión de la Señoría quitaba a Maquiavelo toda oportunidad de pactar con el Duque; así lo decía su fiel amigo Biagio, escribiéndole desde Florencia: "Nicolás, te han dado un chasco, porque tú creías que iban a poder llegar a un acuerdo que agradara a este señor . . ." ²² Esto lo impulsó a solicitar una licencia con más urgencia de lo que lo hubiera hecho hasta entonces. No le faltaban buenas razones para desear el regreso, además de las que alegaba en su carta a los Diez: que sus propiedades en Florencia no tenían nadie que las atendiera y se hallaban en mal estado; que hallándose fuera se agotaba, gastando en salvar su honra y la de la República más de lo que ganaba. Escribía con una vehemencia que indudablemente daba mal sabor de boca a sus avaros Señores: "Hubiera podido cobrar mis gastos y ahora mismo podría cobrarlos en la corte; no he querido hacerlo así ni antes ni ahora, pareciéndome más digno de la buena fama de Vuestras Señorías y mía al obrar así; así que piensen Sus Señorías cómo me sentiré al pedirles de limosna tres o cuatro ducados".²³

Entre las otras razones que no escribía, se contaban los arrebatos de su pobre Marietta, a la que, por tranquilizarla, había dicho que iba a estar fuera ocho días; y ahora, después de ocho semanas, hacía "mil locuras".²⁴ Para no estar sola se había ido a la casa de su cuñado Piero del Nero; donde, hallándose sin marido y sin dinero, "reniega y dice que es como si hubiera perdido al mismo tiempo su honra y su familia".²⁵ Pero además había otra cosa, de la que se sabe menos y que quizá lo preocupaba más. Se aproximaba el tiempo de su reelección y, sabiendo que el ausente siempre tiene la culpa de todo, temía que su ausencia lo fuera a hacer perder el puesto. Que el *gonfaloniere* lo quisiera y lo estimara singularmente era cosa que sus amigos no dejaban de demostrárselo, y se lo muestra-

ban las mismas cartas de él; y respecto a su reelección, Alamanno Salviati le escribía: "Vuestro comportamiento ha sido y es de tal categoría, que muy pronto no seréis vos quien roguéis a otros, sino otros os rogarán a vos"²⁶ No obstante, conocía demasiado a los hombres, en particular a los florentinos, para fiarse de otros sin ayudarse por sí mismo; y tampoco le gustaban ciertas noticias que le escribía Buonaccorsi: primero que el nuevo gobierno quería disminuir la paga de los secretarios, y después a los mismos secretarios.

Pero él era el alma de las dos cancellerías que regía. En su ausencia atendía la segunda cancelería de los Señores el canciller de la primera, Marcelo Virgilio, pero lo hacía de mala gana, según decían los cooperadores; y como también tenía el compromiso de dar sus lecciones, le escribía medio desesperado: "Tengo que hacer frente a mis tareas y además a las tuyas, y teniendo encima también las clases".²⁷ A los Diez los atendía su amigo Biagio, el cual le refería: "Yo me encargo en buena parte de esta oficina que está a tu mando, lo cual me tiene siempre atareado".²⁸ Le enviaba las novedades del trabajo y de sus compañeros de oficina, quienes tenían siempre alguna maldad o alguna preocupación entre manos: ora le contaban que *ser* Andrés di Romolo había estado jugando todo el día al ajedrez; ora que *ser* Antonio della Valle y *ser* Andrea habían reñido en el despacho por motivos de juego y que éste le había arrojado un zoclo que le había roto los riñones; y no hay que hablar de las obscenidades que menudeaban entre estas amenas charlas de la cancelería. Otras hablillas, más ingeniosas y agudas, le enviaba su otro cooperador, Agustín Vespucci, quien le contaba entre otras cosas, la que tuvo que soportar él cuando uno de sus colegas, groseramente, entró corriendo en la sala gritando: "¡Ea, haraganes, a escribir!" y como todos los demás se escaparon, él tuvo que estarse a copiar el dictado de aquel importuno.²⁹ A estas cartas que le traían un poco del ingenioso aire de Florencia a la árida corte de Borgia, Maquiavelo respondía a su vez con las suyas que "hacían a todos morir de risa".³⁰ Por desgracia todas se han perdido; y, a juzgar por sus otras cartas familiares, dicha pérdida es lamentable para la literatura italiana.

A últimas fechas se había añadido a todas las razones que lo hacían solicitar su licencia, también una indisposición. No sé yo si él le daba mayor importancia de la que tenía con el fin de reforzar los otros argumentos que hasta entonces no habían sido suficientes, pero lo cierto es que el 22 de noviembre escribía: "Hace dos días

que me atacó una violenta fiebre y aún me siento quebrantado";³¹ y el 6 de diciembre reforzaba: "Desde hace doce días me siento muy mal, y de seguir así, dudo de poder regresar a mi casa".³² En vano. Ni aun así le hubieran dado licencia de regresar. En realidad él tenía que haber seguido al Duque, quien estaba preparándose para partir con toda su gente, en perjuicio de alguien sin duda, pero nadie sabía de quién. Los florentinos querían tener los ojos bien abiertos sobre los pasos que daba, y si era posible, sobre las secretas intenciones de éste, y encargaban a Maquiavelo que lo vigilase; sin embargo, éste, cuando se le hacía demasiada presión se impacientaba: "Pido excusas a V. S., y les ruego consideren que las cosas no se adivinan, y comprendan que se trata aquí de un príncipe que no toma consejo de nadie; y que quien no quiera escribir caprichos o imaginaciones, tiene necesidad de observar bien las cosas, y en observar y comprobar se pasa el tiempo; y que yo me esfuerzo en aprovecharlo y en no malgastarlo".³³

En Florencia leían sus cartas y se quedaban perplejos; nadie podía adivinar a dónde se dirigiría el primer golpe de Valentino. Sólo una cosa era segura: que éste se había ingeniado tanto en contemporizar, que podía atacar a sus enemigos, y los enemigos no lo podían atacar a él. Esto era lo que Maquiavelo había predicho a sus magistrados incrédulos desde el principio, cuando éste se hallaba desprovisto y quebrantado. El 19 de noviembre, mientras conversaba familiarmente con el Duque, como lo hacía con frecuencia, pudo decirle con más orgullo que adulación que él siempre había contado con que iba a vencer y que si el primer día de su delegación hubiera escrito su parecer, "ello hubiera parecido una profecía". Le refirió también las razones que lo habían inducido a adivinar, la principal de las cuales era que "él se encontraba solo y estaba en tratos con muchos, y que le era así fácil romper tales cadenas".³⁴

En efecto, la paz estaba ya concertada, y no sólo con Bentivoglio, a quien el rey de Francia, cambiando de parecer, había de nuevo prohibido atacar, sino también con los incautos Orsini, que habían sido cautelosamente "desarmados"³⁵ por Valentino; a quienes los otros rebeldes se habían visto obligados a imitar. En realidad el temor del Rey y del Papa habían roto las cadenas que unían a los conjurados de la Magione, pero había contribuido aún más a romperlas la paciente disimulación del Duque; al cual le sería fácil después romper las que lo ataban con sus enemigos de ayer. Maquiavelo ya preveía que éste era el giro que iban a tomar las cosas, cuando

escribía a los Diez "acerca de los preparativos que hace este señor para la guerra al concluir estos tratados de paz", "sobre todo si se considera la fidelidad que tiene este señor a sus promesas".³⁶ Y al anunciar poco después a los mismos acerca de las "cartas muy cortes y muy zalameras" que escribía el Duque a Vitellozzo, añadía: "Su Señoría estudia muy bien cada paso que da; y no se sabe a qué fin trate de llegar, porque es difícil de comprender. Y si hemos de juzgar acerca de este asunto . . . no se puede sino pensar mal".³⁷ Muy pronto pareció profeta.

El 9 de diciembre partió Valentino con su gente hacia Cesena, y Maquiavelo lo siguió poco después; aunque no de buena gana, a causa de la debilidad de su cuerpo y de su bolsillo, que lo obligaron a amenazar a los Diez con "obedecer a la necesidad". Pero Soderini le escribió "me parece que lo más necesario por ahora es proveerte", y le envió 25 ducados; y habiendo curado así más de la mitad de sus males, le ordenó: "Tú deberás continuar observando los movimientos de éste y escribir frecuentemente, y cuando ya se haya visto qué intenciones tiene esta gente, no se te negará la licencia y se dará orden de que regreses, ya que hemos decidido mantener a alguien cerca de este ilustrísimo señor. Tú, por consiguiente, no dejes de vigilar, con el mismo cuidado que has tenido hasta ahora".³⁸ Continuó con su cuidado grandísimo, muy bien curado con la medicina del *gonfaloniere*.

Pero en Cesena no se veían más claras las cosas que en Imola. Algunos decían que intentaba pasar al reino de Nápoles, otros que a Rávena y a Cervia para dañar a los venecianos; en cambio, Maquiavelo estaba firme en su creencia de que el Duque quería "asegurarse de aquellos que le han hecho esta villanía y que han estado a un paso de acabar con sus dominios".³⁹ Entre tanto el Papa, en Roma, no sé yo si más como espectador o como instigador de las campañas de su hijo, se indignaba por aquella larga tardanza; y lo increpaba a grandes voces, de manera que lo pudieran oír los presentes: "¡Ah, hijo de puta, bastardo!"⁴⁰ La cólera, al igual que el vino, hacen decir la verdad.

El 26 de diciembre levantó su campamento Valentino con todo su ejército, excepto las lanzas francesas que habían partido súbitamente cuatro días antes multiplicando las conjeturas y las confusiones en la mente de quien quisiera avanzar pronósticos. Al retirarse, el Duque dejó en la plaza cortado en dos el cuerpo del poderoso y temido Ramiro Lorqua, el mismo que le había servido de instru-

mento para mantener en paz a las gentes de la Romaña; así, con aquel sangriento regalo de Navidad descargaba el odio de sus súbditos sobre su ministro y se cubría así con el nombre de príncipe justo, "que demuestra que sabe hacer y deshacer a los hombres que él maneja, según sus méritos".⁴¹ También este hecho memorable será anotado por Maquiavelo a fin de sacar de él lección y norma.

Era pues, el 26 de diciembre, y en aquellos últimos cinco días del año se sucedieron los hechos encadenados y rápidos como sobre un tablero de ajedrez. Los Orsini y Vitelli tomaron Senigallia por orden y en nombre del Duque; éste, habiendo enviado su ejército a Fano, parte rápidamente para esconder sus fuerzas, y con un orden admirable pasa de allí a Senigallia. Encontró en el camino a Vitellozzo, a Pablo Orsini y al duque de Gravina, y departiendo amablemente con ellos entró a la ciudad con parte de su gente; allí había llamado también a Oliverotto da Fermo, y a una señal suya, inmediatamente su guardia se arrojó sobre ellos y los hizo prisioneros. Hecho esto, Borgia ordenó a los suyos que despojaran a la gente de Orsini y de Vitelli.

Maquiavelo, que había recibido antes, en Fano, una oscura alusión del Duque a esta trampa,⁴² había venido inmediatamente en su seguimiento y se halló con este alboroto; en la confusión del cual escribió agitado a los Diez: "A pesar de que ya son las 23 horas, se dedican a saquear al territorio. Me encuentro en medio de dificultades grandísimas. No sé ni siquiera si me será posible enviar esta carta por no encontrar quien la lleve. En otra ocasión escribiré más detalles. Pero mi opinión es que mañana ya no estarán vivos".⁴³ En efecto, aquel día último del año fue el último de la vida de Vitellozzo y de Oliverotto. La muerte de los otros dos fue reservada para cuando el Papa se hubiese apoderado del cardenal Orsini y de los demás miembros de la familia. La acción era criminal, pero el golpe había sido magistral. La figura del Duque se agigantaba a los ojos del Secretario florentino.

Hacia las dos de la mañana lo hizo llamar y "con la expresión más tranquila del mundo" le expresó la satisfacción que sentía por el suceso. Añadió después palabras "juiciosas y llenas de afecto" para los florentinos, tratando de demostrar que ellos debían mostrarse agradecidos con él puesto que él había acabado con aquellos sus mortales enemigos, por cuyas cabezas hubieran pagado de buena gana doscientos mil ducados, "y sin embargo, no les hubiera resultado tan a satisfacción" como le había resultado a él.⁴⁴ Finalmente

pidió que enviaran gente a los confines para que partieran con él hacia Cittá di Castello y Perusa.

Escribió Maquiavelo a Florencia, pero en esos días fueron más rápidos los movimientos del Duque que los correos que llevaban las cartas de aquél.⁴⁵ El 1º de enero se encontraba ya en Corinaldo con todo su ejército, el 3 en Sassoferrato, y el 5 en Gualdo. Allí lo esperaban los embajadores de Cittá di Castello para ofrecerle su tierra, y al día siguiente llegaron los de Perusa y le ofrecieron igualmente la suya; dijeron que el pueblo se había levantado gritando "¡el duque, el duque!" y que Juan Pablo Baglioni con algunos restos de los Orsini y los Vitelli habían huido precipitadamente a Siena. Pero en Siena Pandolfo Petrucci no se sentía más seguro que ellos de las garras de Valentino:

*Sentì Perugia e Siena ancor la vampa
de l'idra; e ciaschedun di que' tiranni
fuggendo innanzi la sua furia scampa.*⁴⁶

*(Hasta Perusa y Siena llegó el fuego
de la hidra; y aterrados los tiranos
huyen temiendo sus furiosos luego).*

Así cantará, en horas más tranquilas, Maquiavelo; pero entre tanto seguía a la hidra sin detenerse. El día 8 estaba en Asís, el 10 en Torciano; allí el Duque, llamándolo consigo, habló largamente con él acerca de los asuntos de Siena, demostrando que no tenía interés en la ciudad: solamente quería arrojar de ella a Petrucci, y que los florentinos le ayudaran. El ejército estaba a punto de dirigirse a Chiusi, en el territorio de Siena, cuando supo Maquiavelo en Città della Pieve, en donde tuvo otra larga conversación con Valentino, que por fin los Diez le escribían acerca de su consejo dado a la República y reiterado en aquellos mismos días, habiendo elegido embajador delante del Duque a uno de sus principales ciudadanos: Jacobo Salviati. Y así el día 20, en tanto que Pandolfo huía delante de la hidra, dejó el campamento y emprendió el regreso a Florencia,⁴⁷ a donde llegó el día 23.⁴⁸

Sucedió, pues, que su delegación, que comenzó con ocasión del primer brote de la idea de venganza en la tenebrosa mente de Valentino, se había concluido en la trágica noche que selló con la sangre aquella venganza y aquel año de 1502. Y exactamente es

la historia de aquella venganza, desde su planeación hasta su epílogo, la que narra la breve composición, no de cancillería, sino de un carácter totalmente literario, que fue el único fruto precoz de ella, la famosísima *Descripción de la manera como el duque Valentino asesinó a Vitellozzo Vitelli*, etc.⁴⁹ Sin embargo, quien comparó esta composición con sus cartas de oficina, al encontrar divergencias que no existen y amplificando las que sí existen, se apresuró demasiado a mostrárnosla como una narración idealizada.⁵⁰ Quizá en cierto sentido, ni siquiera es cierto que Maquiavelo haya idealizado a Valentino: lo único cierto es que, admirando en él de una manera especial algunas cualidades y condiciones, a la manera de un pintor que toma algunos rasgos de la realidad para una figura ideal que va a realizar, las utilizará para una imagen abstracta de príncipe, y en vano las buscará en los otros príncipes de su tiempo.

Se ha escrito en muchas páginas de otros, y ya lo he mencionado en estas mías, que el Secretario florentino aprendió mucho en esta delegación en la escuela de Borgia. Esto es muy comprensible: encontrándose delante de acciones ciertamente grandes y memorables, que excitaron su fantasía, aprendió a derivar de ellas teorías científicas; pero no es cierto, como vulgarmente se entiende, que Maquiavelo sólo allí y sólo entonces haya concebido sus teorías.

CAPITULO VII

SU PRIMERA DELEGACION EN ROMA

Después de no haber hecho ninguna otra cosa durante todo el tiempo de su delegación en la Romaña, uno de los asuntos en los que más tiempo invirtió la pluma de Maquiavelo como canciller fue también el acuerdo con Valentino. Y donde él había fracasado, no tuvo mejor éxito su sucesor. No eran propicias a tal acuerdo ni la desconfianza de los florentinos, ni las variaciones en el juego de la política que corrían entre el Papa y el rey de Francia, ni las dudosas consecuencias de la guerra que se combatía en territorio napolitano entre españoles y franceses. El Papa, juzgando que ya le quedaba poco por ganar con el Rey, quien varias veces se había convertido en un obstáculo para sus codicias, y viendo que declinaba la suerte de las armas francesas, pensaba que ya era tiempo de pasarse al partido de los españoles con sus armas y sus apetitos. El Rey, por su parte, presintiendo algo de estas intenciones, ya estaba tramando otra alianza que contrapesara las fuerzas del Papa y de su digno hijo con las de Bentivoglio y las de la República de Florencia, de Lucca y de Siena. Entre tanto, el desposeído Petrucci comenzó a brotar de nuevo en Siena, a despecho y oprobio de los Borgia.

Por entonces, los florentinos, sintiéndose poco seguros de Valentino, y teniendo deseos de reavivar la guerra con Pisa, decidieron proveerse de soldados; pero antes debían pensar en el dinero. Cuando se trataba de promover votación en el consejo para nuevos impuestos, siempre eran noticias dolorosísimas para quien debía pagarlos; e igual sucedió esta vez. Varias y diversas fueron las proposiciones presentadas al *gonfaloniere*, contra el cual ya comenzaban a surgir los primeros descontentos, pero ninguna fue aprobada. Finalmente se aprobó un diezmo que había que imponer también a los eclesiásticos, si se llegaba a conseguir el permiso del Papa. En esa ocasión Maquiavelo escribió, no dijo, sus *Palabras acerca del abastecimiento de dinero*;¹ estaban destinadas a guiar las ideas de quien debía hablar



El papa Alejandro VI, detalle de la luneta "Cristo Resucitado", obra de Pinturicchio y sus discípulos (Vaticano). Foto Alinari.

en favor de la ley: es una oración pequeña llena de vigor que tenía como finalidad el mover a los florentinos a defender su propia libertad y a armarse con armas propias, porque "no siempre se puede disponer de las espadas ajenas, y por ello es conveniente tenerlas al

alcance de la mano y ceñírselas cuando el enemigo está aún lejano". En cada uno de estos primeros escritos vemos que se robustecen más sus alas.

Ya fuera por el interés del diezmo de los eclesiásticos o por otro motivo, a principios de abril se comenzó a hablar de un acuerdo con el Papa; y con el fin de que no recelara de ello Pandolfo Petrucci, que apenas acababa de regresar al nido, el 26 de abril de 1503, fue enviado a Siena Maquiavelo para informarlo de las condiciones de dicho pacto.² Esta comisión, a más de breve y expedita, fue inútil; porque no se llegó al pretendido acuerdo, más aún, los florentinos cambiaron totalmente de parecer. De manera que la ciudad no obtuvo de Borgia más ganancia que el capelo de cardenal para el obispo Soderini, no sé yo si para grangearse la benevolencia de su hermano que era el *gonfaloniere*, o para ganarse el favor de Francia en donde era embajador el Obispo, o por otras veinte mil razones que valían un ducado de oro cada una.

La causa principal de la ruptura entre los florentinos y el Papa fue la exclusión de parte de éste de las cláusulas en favor del rey de Francia. Porque mientras más derrotas y descalabros sufrían los franceses en el reino de Nápoles, más deseos sentía el anciano Pontífice de hacer pactos con los españoles vencedores. Sólo su artera prudencia lo detenía aún, porque quería esperar hasta poder hacerlo con absoluta seguridad. Primero existía la paz negociada entre los dos reyes, pero después, cuando Gonzalo, a pesar de los pactos, había derrotado nuevamente a los franceses en Apulia y en Calabria, lo había tenido suspenso el temor del ejército que aquéllos enviaban para devolver el ataque. Entre tanto él continuaba tratando con Francia y Valentino con los españoles; corría en Roma el proverbio de que, de ellos dos, el hijo no decía nunca lo que hacía, y el padre no hacía nunca lo que decía.³ Revolviendo estos planes grandes y tenebrosos, ambos parecían hallarse en la culminación de sus esperanzas. Pero el 18 de agosto, después de tres días de fiebre terciana, el Papa ya había muerto; y Valentino poco menos que muerto, ya que el mismo día se enfermó del mismo mal. Era así como llegaba el crepúsculo de la sangrienta estrella de los Borgia, de un golpe, en aquel sofocante atardecer romano.

El Duque, como más tarde dirá a Maquiavelo, se había preparado largo tiempo para la muerte de su padre: todo lo había pensado, todo lo había previsto, excepto el hecho de poder hallarse para entonces más muerto que vivo.⁴ No obstante, mientras sus estados se desmo-

ronaban como un castillo de naipes, y en Perugia, Città di Castello, Urbino, Camerino y Senigallia volvían los antiguos señores, reuniendo en su derredor a sus adictos, y reconciliándose con los Colonna a fin de que no se aliaran con los Orsini en perjuicio suyo, estudiaba la manera de defenderse del odio, de los ataques, del infortunio. Y aunque por interés en el cónclave lo halagaran, no obstante hallarse tan mal parado, desde Francia y desde España, más que a los lejanos españoles dedicaba su interés a los franceses, los cuales podían más fácilmente defenderlo o atacarlo con aquel ejército que, de camino para el territorio de Nápoles, se había detenido por unos días frente a las murallas de Roma para hacer sentir su peso sobre la elección del Papa. De manera que terminó por aliarse con el cardenal de Ruan, poniéndose así una vez más bajo la protección del Rey.

Por este acuerdo Roano pensó que se había conquistado el pontificado con los votos de los cardenales adictos a Valentino. Pero, por el contrario, éste, después de haber fracasado en su primera esperanza de servirse de las armas para elegir al Papa que quería, debió desistir también de la de lograrlo con los votos. Las dos facciones opuestas de cardenales, francesa y española, desesperando cada uno de la victoria, se plegaron de común acuerdo a la elección de Piccolomini; la cual, dada la ancianidad y enfermedades de éste, se comprendía que era sólo una tregua. En efecto, apenas veintiséis días después, moría también Pío III. Y había que volver a comenzar.

La noticia llegó a Florencia el 20 de octubre; el 21 se decidió enviar a Roma a Maquiavelo "hasta la elección del nuevo Pontífice".⁵ La misma decisión había sido tomada después de la muerte de Alejandro VI, el 28 de agosto, cuando volvía Nicolás quemado por el sol, tras haber encontrado a Sandricourt, quien con una gran parte del ejército francés pasaba de Fivizzano a Siena, y tras haber encontrado al cardenal Soderini que pasaba de Volterra a Roma para el cónclave.⁶ Entonces la partida del Secretario había sido suspendida y revocada, pero esta vez, después de la muerte de este otro Papa, la decisión se llevó a cabo, y la mañana del 24 de octubre partió.⁷

Llevaba cartas credenciales para los cardenales más autorizados y mejor vistos por la República, a los cuales debía expresar el deseo de que fuera elegido pronto un pontífice conforme a las necesidades de la Cristiandad y de Italia. Además de estas instrucciones

generales llevaba la particular de ratificar bajo ciertas condiciones el contrato para Juan Pablo Baglioni, hecho por el rey de Francia bajo el nombre de la República. Para éste y para cualquier otro asunto debía el emisario pedir la aprobación del cardenal Soderini. Se hallaba en Roma otro cardenal florentino, Juan de Médicis, pero quedaba tácitamente entendido que debía simular que ni siquiera se daba cuenta de su presencia.

Llegó el día 27. Acerca del encuentro de este hombre con los monumentos de la urbe debemos refrenar la fantasía. En sus escritos no encontramos ninguna alusión, ni siquiera indirecta o refleja a ello; y no obstante no nos podemos imaginar a Maquiavelo sin andar en busca de las memorables ruinas, así como iba en busca de las páginas de su Livio. Pero es probable que no lo haya hecho en los primeros días de su delegación, ya que no era por entonces ni agradable ni seguro caminar por la ciudad repleta de soldados. Habían acudido a ella más campesinos y ladrones que soldados, los adictos a los barones romanos resucitados; las plazas y los barrios se hallaban ocupados por los soldados de Valentino. Todo estaba lleno de sospechas y de tumultos.

Así fue como vio a Roma Maquiavelo cuando se apeó en ella, y así la mostró a sus señores en las primeras cartas de su delegación.⁸ Escribió acerca del contrato de Juan Pablo Baglioni, después de haber hablado de ello con el cardenal Soderini, y acerca de los pronósticos del cónclave. Y entonces aparece frente a él la sombra de Valentino: "El Duque se halla en Castello y abriga más esperanzas que nunca de realizar grandes proyectos".⁹ Pero poco trabajo le costó darse cuenta de que su esperanza la tenía toda colocada en los demás, él que no había hecho sino mal a todos. "El duque Valentino recibe grandes atenciones de quien desea ser Papa, respecto a los cardenales españoles que son sus favoritos, y muchos cardenales han ido a hablarle en Castello, de manera que se cree que el que sea elegido Papa estará obligado con él; y él vive con esta esperanza de ser favorecido por el nuevo Pontífice".¹⁰

Y cada día aumentaba la creencia de que éste sería el cardenal de San Pedro in Vincula, es decir, el cardenal Della Rovere. Esta creciente probabilidad se medía con las apuestas. El 28 de octubre, cuando Maquiavelo escribió su segunda carta, en los bancos se pagaba 32 por ciento sobre él; el día 30, ya se pagaba el 60 por ciento; el 31, antes de que los cardenales entraran al cónclave, se llegó a entrever que, además de Valentino, lo apoyaba también Roano,

que había fracasado en su propia candidatura, y se llegó así hasta el noventa por ciento. La enfermedad y el infortunio había hecho perder la cabeza a Valentino, pues creyendo en las promesas, se decidió a contribuir con los votos de los adeptos a los Borgia a la elección de quien por odio al nombre de Borgia había soportado diez años de destierro; pero frecuentemente, una extrema necesidad induce a extrañas decisiones y, como escribía nuestro emisario, los cardenales tenía necesidad de ser enriquecidos y el Duque de ser resucitado.¹¹

De manera que el impetuoso sobrino de Sixto IV entraba al cónclave sabiendo que era ya Papa; y antes de que se declarase abierta la deliberación, fue elegido inmediatamente y de un golpe, como era propio para él. Por noticias que le habían llegado, al escribir Maquiavelo esa misma noche a Florencia, pudo no solamente anunciar la elección de Della Rovere antes de que fuera publicada, sino también que el nuevo Pontífice tomaría el nombre de Julio II. A la mañana siguiente dio un más seguro y solemne aviso de ello con estas sencillas palabras, que alguno quizá no se esperaría de él: "Anuncio con el nombre de Dios a V. S. que esta mañana el cardenal de San Pedro in Vincula ha sido proclamado nuevo Pontífice: que Dios lo haga un pastor útil a la cristiandad".¹² Y nada más.

Pero en las grandes horas, cuando era necesario que las palabras del Secretario florentino tuvieran alas, sus cartas no surtían efecto. Le cortaba las alas su tacaña República que no lo autorizaba para despachar hombres a posta;¹³ tal como había sucedido con los hechos de Senigallia, el nombramiento del nuevo Papa se supo en Florencia por otros conductos varios días antes de que llegaran las cartas de su emisario, no obstante que éste había sido de los primeros en saberlo.

La ambigua sonrisa de Maquiavelo, que se había borrado durante algunos días delante del Vicario de Cristo, reaparece en la última de las cuatro cartas que escribió a los Diez aquel mismo día primero de noviembre, pasando ya de lo divino a los detalles humanos y muy de este mundo de dicha elección: "Será trabajo interesante el observar las promesas que ha hecho, ya que algunas de ellas son contradictorias; sin embargo, ahora él es el Papa, y pronto se verá cuáles son las que puede cumplir".¹⁴ Y tres días después, al hablar una vez más acerca de algunos "favores milagrosos" recibidos por Julio II en los preliminares a su elección, acentuaba: "la razón de estos favores ha sido que él ha prometido todo lo que

se le pedía, y esta es la razón por la que se cree que le va a ser muy difícil el cumplir tantas promesas".¹⁵ Se decía entre otras cosas, que a Valentino le había prometido la reintegración de todo el estado de Romaña, que después de haberle sido más fiel que todos los demás, ahora se encontraba dividido entre sus antiguos señores y las ambiciones de los venecianos; así como otras bagatelas, tales como Ostia, para su seguridad personal, y el título de *gonfaloniere* de la Iglesia. Pero el agudo florentino, juzgando imposible que el Papa hubiera olvidado su antiguo odio y su destierro, concluía burlescamente: "El Duque se deja llevar por aquella propensión suya a la confianza, y cree que las palabras de los demás van a ser más firmes que no lo han sido las suyas".¹⁶

Inmediatamente después de la proclamación del nuevo Pontífice, el emisario se había apresurado a asegurar a los Diez que la elección se consideraba muy favorable para los florentinos. Pero no tenían necesidad de este aviso, ya que la República se hallaba por entonces más temerosa que nunca de lo que acontecía en Romaña, donde, habiendo declinado Valentino, se hacía presente un vecino aún más desagradable y peligroso. Desde que la suerte del Duque pareció haber declinado, aquella provincia se había disuelto, volviendo una parte a la fidelidad a la Iglesia, y otra parte restituyendo en el poder a sus señores desposeídos; entre otros, los Ordelaffi habían regresado a Forlì con la ayuda de los florentinos. Y sin que éstos lo ignoraran tampoco, Faenza, después de haber perseverado más que las demás ciudades en su fidelidad a Valentino, había llamado finalmente a un bastardo de sus Manfredi; pero los venecianos, que habían obtenido ya a Rímìni y tomado por la fuerza o con acuerdos forzados muchas fortalezas, tomaron finalmente la ciudad y se adueñaron de ella. Valentino era un príncipe nuevo, que había brotado como un hongo venenoso a la sombra caduca de un papa; en cambio Venecia era una República tan antigua como su laguna, era poderosa y riquísima, era la hermana enemiga de Florencia: las relaciones entre las dos ciudades se hallaron siempre entrettejidas de celos y de sospechas. De allí derivaban las nuevas preocupaciones. Apenas llegó la noticia de la erección de Julio II cuando ya los Diez enviaban apremiantes cartas a Maquiavelo a fin de que se quejase ante él de estas usurpaciones de los venecianos.

Habiendo acudido el 5 de noviembre con nuevas credenciales a presentar sus respetos al Pontífice, volvió de nuevo al día siguiente con estas quejas. Habló también con alguno de los cardenales más

influyentes, "recordándoles que no se trataba de la libertad de Toscana, sino de la libertad de la Iglesia, y que el Papa podría llegar a convertirse en capellán de los venecianos si permitían que éstos aumentaran su poderío, y que a ellos correspondía tomar provisiones, ya que iban a ser sus herederos".¹⁷ Pasó también a ver en qué estado se hallaba Valentino, el cual comenzó a quejarse amargamente de los florentinos, diciendo que siempre habían sido sus enemigos. Esto no era sino la verdad; pero después añadió la amenaza de vengarse poniéndose en las manos de los venecianos: y se entretuvo mucho profiriendo palabras llenas de furor y de veneno. El emisario tenía un gran deseo de contestarle los ataques, pero se contuvo, y diciendo algunas excusas para calmarlo, se separó de él.¹⁸ Habían pasado ya la época de la delegación en Romaña y de aquellas cómodas, aunque maquiavélicas pláticas entre Maquiavelo y el Duque.

Pero cinco días después éste lo mandó llamar, mostrándose muy calmado, ya que tenía necesidad de él. Le habló largamente acerca de sus propios asuntos, diciéndole que el Papa lo favorecía y que era necesario que lo ayudaran también los florentinos respecto al peligro común de los venecianos. Es decir que, no pudiendo hacer más, continuaba ayudándose con las palabras. Maquiavelo se quedaba escuchando, y quizá aquel día fue cuando oyó de viva voz de él aquella justificación de su ruina que antes he dicho, es decir, que nunca había llegado a imaginarse que cuando muriera su padre se iba a hallar él también enfermo de muerte.¹⁹ Pero ahora ya estaba desengañado; lo observaba de muy distinta manera, como un anatomista estudia un cadáver: no, nadie lo iba a resucitar. Se reía en su interior de aquellas vanas esperanzas, comprendía que el Papa con-temporizaba con él porque no quería cumplir lo que le había prometido, ni tampoco negarse terminantemente. El Duque continuaba con la esperanza de ser elegido *gonfaloniere* de la Iglesia, y creía en el rey de Francia y en el Papa, que le pedía fuera a Romaña para quitárselo de encima. Después veía que todos le quebrantaban la fidelidad a la que nadie había faltado más veces que él, y se sorprendía de ello; sentía entonces que el terreno le faltaba bajo los pies y se hallaba estupefacto e indeciso.

Ha solicitado un salvoconducto a los florentinos y ahora ellos, sin refrenarse en su antiguo odio ni siquiera por el temor de los venecianos que los asedian, se lo niegan. Entonces manda de todas maneras a su gente hacia Toscana a las órdenes de su adicto don Miguel, y pasa a Ostia a embarcarse; pero antes llama a Maquiavelo

y descarga su disgusto sobre él por el salvoconducto que le han negado, amenazando con aliarse con Pisa y con los venecianos para arruinar a los florentinos.²⁰ Pero él mismo siente que sus amenazas suenan a mentira y se calma: un tiempo no decía lo que hacía, ahora dice lo que ya no puede hacer. El Secretario florentino sabe salir del paso hábilmente, y le da alguna buena esperanza a fin de que él y su gente se apresuren hacia su triste destino; después escribe a los Diez en qué condiciones vienen las fuerzas que se dirigen a Toscana, dando a entender que deja a su arbitrio el dejarlas pasar o fácilmente acabar con ellas. Poco después profetizará que "don Miguel y el resto de la gente que viene hacia Florencia no la pasarán muy bien".²¹

Parece que en Florencia había alguien a quien no le agradaban estas pláticas de Maquiavelo con el Duque y la larga referencia que de ellas hacía en sus cartas: al menos así le escribía su tímido amigo Buonaccorsi.²² Muy sin razón, porque si la ciudad detestaba a Valentino, esto era una razón más para vigilarlo y entretenerlo; y si el emisario lo entretenía, no podía dejar de hablar de ello. Menos cierto aún es el hecho de que Maquiavelo escribiera de ello "con entusiasmo", porque en estas cartas de Maquiavelo, de la misma manera que él dice de la suerte del Duque, los asuntos de éste "han sufrido mil peripecias: y cada vez más se han precipitado a la ruina".²³

Pero a partir de este momento fueron decididamente fatales para él. En Ostia fue alcanzado por dos cardenales que mandados por el Papa para obtener de él que les cediera las fortalezas de la Romaña que aún le eran fieles, con la promesa de restituírselas cuando ya contara con el apoyo de los venecianos. Habiéndose rehusado, el Papa lo hizo arrestar y llevar prisionero a Roma. Casi al mismo tiempo su gente, que había marchado sin salvoconducto, fue asaltada y despojada en el dominio de los florentinos; en cuyas manos cayó también don Miguel, el lugarteniente, el estrangulador, el instrumento de los crímenes del Duque.

El Papa, a quien había agradado el saber que se les había negado el salvoconducto, con mucho mayor gusto oyó de labios de Maquiavelo que habían sido derrotados los últimos restos de las fuerzas de los Borgia; y envió un breve a Florencia a fin de que el malvado pasara a su poder, "considerando que con la prisión de éste iba a tener ocasión de descubrir todas las iniquidades de robos, homicidios, sacrilegios y demás infinitos males que de once años a esta



Retrato de Julio II, obra de Rafael, en la Galería de los Oficios, Florencia. Foto Alinari.

parte se han llevado a cabo en Roma contra Dios y los hombres”.²⁴ Así Borgia bajaba cada día un nuevo escalón; los últimos los bajará en aquellos días arrastrándose de rodillas a los pies del duque de

Urbino a quien había traicionado y despojado, excusándose con increíble vileza y maldiciendo el alma de su padre:²⁵ ya no faltaban al alma de Alejandro VI más maldiciones que las de su hijo; en tanto que quizá nadie había orado por ella, o sólo un religioso dominico, al subir por orden suya a la horca y a la hoguera.

Sobre estas ruinas de su héroe, sonríe Maquiavelo: "Se ve que este Papa comienza a pagar sus deudas con una gran honradez; y no las deja a medias; pero no obstante todos bendicen sus manos".²⁶ Y dos días después, volviendo al asunto de Valentino: "Se ve que sus pecados lo han inducido poco a poco a la penitencia".²⁷ Y por último: "Así, poco a poco va resbalando este Duque a la sepultura".²⁸ Amén.

No ha faltado quien, escandalizándose mucho de este comportamiento, haya recriminado al Secretario florentino esta despiadada actitud para con el héroe caído. No lo han comprendido. A él le habían agradado solamente algunos aspectos del príncipe, en tanto que la fortuna hinchaba sus velas: un malvado de esta calaña, una vez caído, no mueve a compasión a nadie; y menos aún si cae, como éste, sin ningún rasgo de ingenio o de virtud. Así lo dirá después Maquiavelo en sus *Discursos*: "En cualquier acción se puede ganar gloria; porque ordinariamente se gana en la victoria, pero también en la derrota se puede alcanzar . . . haciendo pronto una acción virtuosa que borre la anterior".²⁹ Y Valentino no llevó a cabo acciones virtuosas en aquellos indecisos y miserables días romanos, cuando

*in altrui trovar credette
quella pietà che non conobbe mai.*

*(creyó encontrar en los otros
la compasión que él nunca conoció).*

Las cuales palabras, que se encuentran en el primer *Decennale*,³⁰ y otras semejantes allí y en otros lugares, demuestran que Maquiavelo, como hombre, se dio cuenta de las bajezas morales de Borgia, aunque como escritor de ciencia política no se preocupó de ellas. Aunque es cierto que a él, aun como escritor de ciencia política, algo debía enseñarle el triste fin de este desgraciado sujeto; y no solamente que no hay que fiarse de aquellos a quienes se ha traicionado o injuriado: porque esto debe de haber parecido a Maquiavelo un delito no menos imperdonable que los demás de Valentino.

Entre tanto, los últimos sucesos de Romaña, mientras que el duque de Romaña desaparecía de la escena, se había convertido mientras tanto en el mayor negocio que nuestro emisario tenía entre manos. Hacía todos los esfuerzos que podía para caldear en contra de los venecianos la frialdad del Papa. Hallándolo bien dispuesto en cuanto a las palabras, pero tardo y frío como un viento de tramontana para los hechos, cosa que no parecía conforme a su naturaleza, Maquiavelo comenzó a pensar que también a los venecianos habría hecho alguna promesa cuando se dedicaba a hacerlas a todos para conseguir adeptos a su papado; así que en ese caso sólo le quedaba esperar que las cumpliera como lo había hecho con las de Valentino. Pero, por otra parte, al observar con atención los dichos y los hechos del Papa, le parecían sinceros; de manera que terminaba por atribuir dicha moderación al hecho de que estaba recién elegido, sin armas y sin dinero, de manera que le convenía contemporizar hasta tanto que no se hubiera "acomodado en su trono". Concluía con su habitual agudeza: "Sólo se puede esperar en una cosa, y ello es en su carácter honrado y colérico".³¹ Y cuatro días después profetizaba acerca de los venecianos: "O seré una puerta que les abrirá todo Italia, o será la ruina para ellos".³² La segunda alternativa fue la que lo hizo profeta.

Ha pasado noviembre. Maquiavelo lleva en Roma más de un mes, y, cosa insólita en él que era tan inquieto, no pide licencia ni se queja. Sólo una vez, durante este tiempo, ha escrito para pedir dinero y pedir un aumento de salario a causa de los cuantiosos gastos que tenía; si no era posible el aumento, pedía que se le pagaran las postas. Protestando que no podía sobrellevar tal desorden, concluía: "y aunque yo pudiera, la gente de esta época se esfuerza por ir hacia adelante y no por volver atrás".³³ ¡No dejaba nunca nuestro secretario las palabras atrevidas! A uno de los Señores, que era de baja condición, que deseaba recibir personalmente algunas aclaraciones acerca de la política papal en Romaña, y se declaraba indignado por el retardo de la respuesta, le contestó Maquiavelo enérgicamente: "Hablaré en lengua vulgar, si es que en mi oficio he hablado con términos elevados, lo cual no he intentado hacer".³⁴ Y no fue menor su atrevimiento al contestar a una carta en que se le acusaba de pereza para escribir: "Me duele, después de tantas incomodidades y peligros, de tantos esfuerzos y gastos, que no compensan ni el salario que Vuestras Señorías me dan ni mi resistencia, el ser acusado de pereza".³⁵

Pero fuera de estas quejas, está claro que Maquiavelo se encuentra bien en Roma, no obstante que hay peste: de manera que no acierta Tommasini, quien con frecuencia se abandona a la imaginación y siempre es traicionado por ella, cuando califica de "incómoda" y de "poco agradable" esta estancia en Roma. Por lo contrario, le resulta tan agradable que cuando, a mediados de diciembre, los Diez le ordenan regresar, se hace oído de comerciante, y la excusa de su indisposición, que en otra ocasión le ha servido para solicitar su regreso, le sirve ahora para retardarlo.³⁶

Y sin embargo ahora podía tener más y mayores razones para regresar a su patria. En Roma hay peste y en Florencia se encuentra su joven esposa, a la que ha abandonado en vísperas de darle, después de una mujercita, su segundo hijo. Y no obstante que él, tan ligero y despreocupado, no vería gran diferencia entre la esposa y la peste, sin embargo debe de desear ver a este hijito recién nacido, y más si es varón. Ha sido bautizado el 9 de noviembre y se le ha puesto el mismo nombre de su abuelo, Bernardo; sus padrinos han sido, entre otros, el primer canciller de la República, Marcelo Virgilio, y el buen amigo Buonaccorsi.³⁷ El cual en sus cartas, después de las habituales noticias de la oficina,³⁸ quejándose de los caprichos de uno de los Señores, recriminándole por la excesiva frialdad en corresponder a su amistad, ahora no deja de hablarle de su hijo: "Nosotros haremos todo lo posible para que este pimpollo te llene de satisfacción, no lo dudes; pero parece una cría de cuervo, por lo negro que está".³⁹ También su mujer le escribió una delicada cartita acerca de este nuevo hijo, apenas le fue posible: "Se parece a vos, es blanco como la nieve, pero tiene la cabeza del color del terciopelo negro, y es velludo como vos, y como se os parece, lo encuentro más hermoso . . . ; abrió los ojos apenas nacido y puso en conmoción a toda la casa".⁴⁰

Pero, como si todo esto y la orden de los Diez no significara nada, Maquiavelo no se mueve. Frecuenta la casa del cardenal Soderini, con el cual ha renovado la antigua confianza, y se dedica a meterle en la cabeza un gran proyecto que tiene en favor de su patria. Entre tanto no acaba de escribir a los Diez las alabanzas del Cardenal, ni éste se queda atrás escribiendo a Florencia las alabanzas de Maquiavelo; al grado que en Palacio hay ya quien ve con malos ojos esta gran amistad: quienes más presionan son probablemente los enemigos del *gonfaloniere* que cada día se hacen más numerosos y más fuertes. También el Cardenal ha querido apadrinarle aquel hijito,⁴¹

y él ha sido quien lo ha incitado a resistir a la primera llamada de los Diez; ante los cuales, cuando Maquiavelo se decidirá a obedecer, se quejará mucho de que lo hayan obligado a separarse de su lado y les recomendará que lo estimen en lo que vale porque por prudencia y diligencia no hay nada mejor que desear.⁴²

Tras estas cartas, el 18 de diciembre se pone en camino nuestro emisario,⁴³ terminando con pena aquella permanencia que a un biógrafo le ha parecido "incómoda"; en tanto que su fantasía lo hubiera ayudado más si se hubiera representado a un Maquiavelo que anda de buena gana buscando las ruinas, los salones curiales atestados de embajadores, las abundantes posadas, y las hermosas mujeres de Roma.

CAPITULO VIII

SU SEGUNDA DELEGACION A FRANCIA EL PRIMER DECENNALE. LA MILICIA.

La guerra que se hacía en el lejano reino de Nápoles interesaba muy de cerca a los florentinos, puesto que se hallaban ligados a la suerte de los franceses; durante su delegación en Roma, Maquiavelo era incitado continuamente a dar noticias de ella. En aquellos días no hubo hechos de armas; pero poco después de su partida, el 28 de diciembre, la mejor disciplina, el valor de la infantería española, y la fortuna y valor de Gonzalo ocasionaron a los franceses una gran derrota en Garigliano; contra los vencidos se ensañaron no menos que los hombres, los rigores de la estación. Allí pereció también Pedro de Médicis, no combatiendo, sino ahogado en el río que estaba muy crecido; fin digno de una vida torpe e infeliz.

En Florencia el gobierno del pueblo hubiera manifestado público regocijo por aquella muerte, si el disgusto y el temor por la derrota de los franceses no lo hubieran ahogado. Quizá el rey Luis, habiendo perdido sus posesiones en el territorio de Nápoles, y derrotado por los españoles aún del otro lado de los Alpes, dudoso de las intenciones de los suizos y de Maximiliano, probablemente estaría demasiado ocupado en defenderse de los ataques que veía venir encima para poder defender también a sus aliados. Se temía que Gonzalo tuviera intenciones de arrojar a los franceses también de la Lombardía, y que su primer golpe caería en Toscana, en donde ya se había puesto en relaciones con Pisa, y tenía pensado pactar también con los de Siena y de Lucca. Y estando además los asuntos de la Romaña en el estado en que se hallaban, los florentinos se sentían aprisionados entre el martillo del Gran Capitán y el yunque de los venecianos.

Por ello es natural que hayan querido ver claro en aquel asunto, y saber cuáles fueran los movimientos y las intenciones del Rey. Le fue enviado, en aquel principio de 1504, Nicolás Valori, que se

hallaba entonces en Firenzuola; allí, antes de partir, recibió las instrucciones necesarias de labios de Maquiavelo, que le habían enviado expresamente.¹ Pero para el Secretario se tenía preparado un viaje muy distinto; porque no había llegado aún Valori a la corte cuando la República, recibiendo nuevas informaciones acerca de las intenciones de Gonzalo, y ninguna de las del Rey, decidió enviar a toda prisa también a Maquiavelo; el cual (dada la gran urgencia) se jactó de haber llegado a su destino en seis días.² Lo cual era una verdadera proeza.

Este envío parecerá extraño, ya que los florentinos tenían en la corte a aquel embajador que acababa de partir con instrucciones recientes; no hacía falta más que escribirle. Pero, además de que se tenía poca confianza en las cartas, Maquiavelo fue enviado esta vez también porque conocía muy bien el ambiente y todavía más por la fe que se tenía en sus juicios, especialmente el *gonfaloniere*. Esto se halla expresado con todas sus letras en las instrucciones que se le dieron el 19 de enero: "Este viaje tuyo servirá para que te enteres por ti mismo de los preparativos que se estén llevando a cabo y escribas acerca de ello *immediate*, añadiendo tus conjeturas y juicios".³ Parece como si no se fiaran mucho de los juicios del embajador.

Habiendo salido el 20 de enero, llegó el 22 a Milán. Habló, según se le había encargado, con el lugarteniente francés, que era Carlos de Amboise; le dijo que si los florentinos no recibían ayuda, se verían obligados, o a esperar el ataque, o a aliarse con quien quería atacarlos. Amboise respondió en términos generales que no creía en la venida de Gonzalo, pero que aun cuando viniera, el Rey no iba a abandonar a sus amigos; sin embargo, prometió escribir expresamente acerca de ello a la corte, que era exactamente lo que intentaba el emisario. Al despedirse de él, le dijo en voz alta: *Non de rien doutez*. (No le quepa a usted la menor duda). Y Maquiavelo refirió a los Diez estas palabras, pavoneándose un tanto de sus conocimientos de la lengua francesa.⁴

Salió de nuevo de Milán al día siguiente, y el 27 llegó a Lyon, donde se hallaba la corte;⁵ había cumplido así su promesa, descontando el tiempo que perdió en Milán. Apenas se hubo apeado, fue a verse con el embajador. Los dos Nicolás eran viejos amigos, y ya hemos dicho algo en estas páginas acerca de las afectuosas cartas que Valori solía escribir cariñosamente a Maquiavelo; la más afectuosa de ellas concluye con estas palabras: "Y puesto que yo no tengo hermanos, no os considero y deseo que no me consideréis sino

como hermano; y ésta os sirva a manera de contrato".⁶ De manera que los dos deben de haberse entendido bien; y Maquiavelo mostró una gran discreción a su lado. El embajador, que tenía inclinación por la literatura, escribía él mismo sus cartas y las firmaba él solo; pero Maquiavelo, que tenía una comisión por separado y la orden de expresar sus juicios, hubiera podido escribir por su cuenta. Por el contrario, en todo ese tiempo, no escribió más de dos cartas; en la primera de las cuales, la única importante, no hizo sino confirmar y ratificar todo lo que había escrito Valori.⁷ Quizá con el *gonfaloniere* haya tenido una correspondencia más asidua.

Al día siguiente, no habiendo conseguido audiencia con el Rey, que se hallaba indispuerto del cuerpo y del alma después de tantas contrariedades, los dos Nicolás se presentaron a Roano, y allí el que se consideraba el menor de los dos y es ahora el mayor, luego de exhibir sus credenciales, expuso las razones de su venida. Habló acerca de Gonzalo y de los venecianos, de las repúblicas vecinas y de Pisa: en medio de tantos peligros los florentinos no tenían más esperanza que el Rey; que él había sido enviado para saber qué clase de ayuda pensaba darles, confiando que fuera posible a la ciudad sentirse segura de ellos. "Y entonces comenzó a hablar vivamente, como era necesario", no sin añadir que, si los amigos no daban la ayuda necesaria, sería necesario pactar con los enemigos. El Cardenal "mostró gran disgusto al escucharlo y se veía muy alterado"; en su respuesta se quejó de que los florentinos hablaran así, en tiempos tan difíciles para Francia. Terció entonces Valori. "Y Nicolás Maquiavelo, con una gran habilidad . . . añadió que, si es que querían salvar a Toscana, cuidaran de salvar sus murallas, y que sus murallas del lado de Gonzalo son el Papa, Siena y Perusa". Contestando que del Papa y de Siena se sentía seguro y que Perusa era del Papa, el Cardenal cortó de golpe la discusión.⁸

Al día siguiente Valori y Maquiavelo oyeron palabras más favorables de boca del Cardenal. Habló de la tregua que se estaba preparando entre los dos reyes, el de Francia y el de España; dijo que en esa semana se decidiría si había paz o guerra, pero que en cualquiera de los casos, los florentinos podían vivir seguros. Maquiavelo contestó que diferiría su partida hasta tanto que pudiera anunciar a Florencia la certeza del acuerdo o de una eficaz ayuda.⁹ Por fin el día 30 obtuvieron la audiencia del Rey, al cual hablaron de la misma manera que a Roano, recibiendo igual respuesta. Iguales propuestas y respuestas se sucedieron entre los dos florentinos y otros perso-

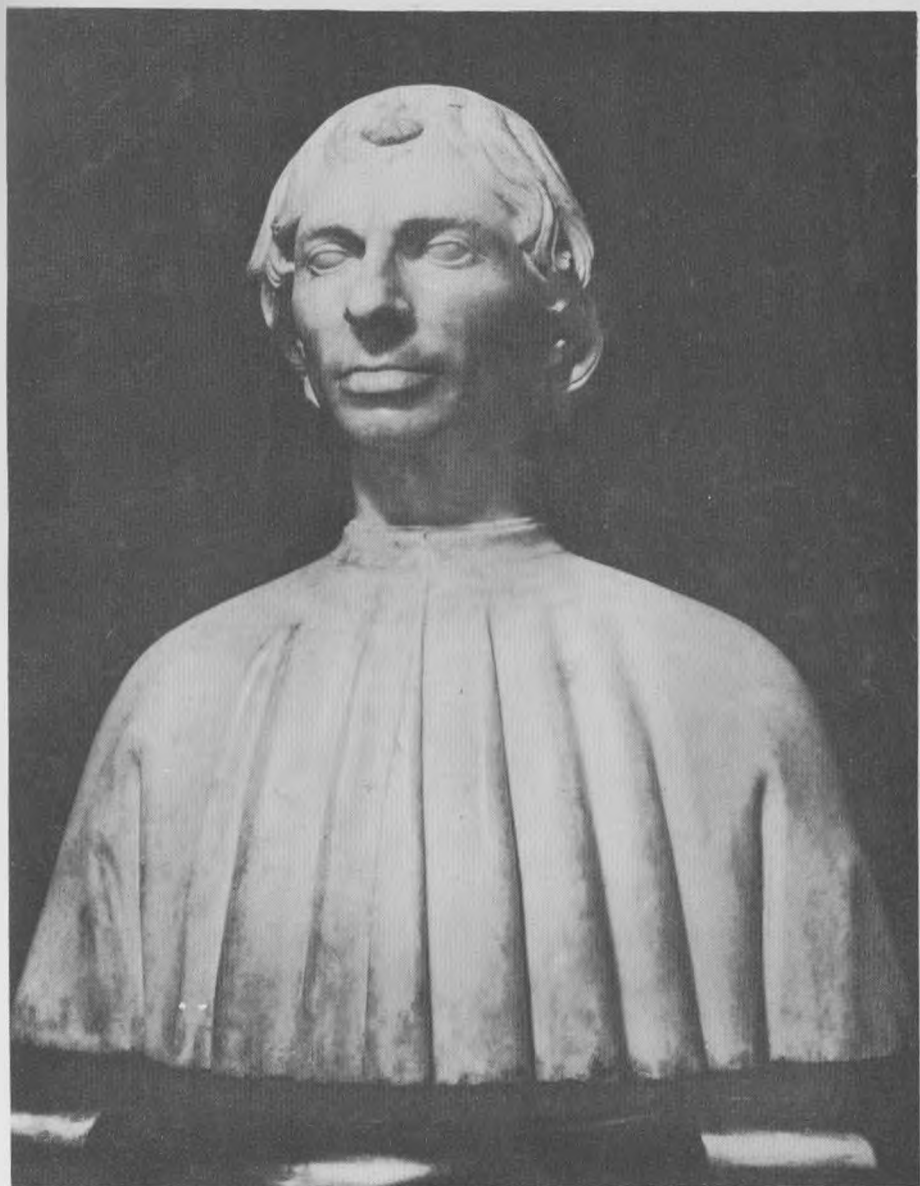


Lámina IV. *Supuesto busto de Maquiavelo, de autor anónimo, en el Museo Nacional, Florencia (s. XV). Foto Alinari.*

najes de la corte. Uno de ellos fue Robertet, otro Claudio de Seyssel, el traductor de Tucídides; ante el cual ponderó Valori la atención de los florentinos, que les habían enviado "a algunos de sus primeros secretarios y en las postas".¹⁰

Pero el hecho de haberles enviado a sus mejores secretarios resultó en fin de cuentas de poca utilidad, ya que el día 11 llegó la ratificación de la tregua, firmada para tres años con facultades dadas a ambas partes para determinar a sus adeptos; entre los cuales Francia nombró, como era de suponerse, a los florentinos. Maquiavelo, no obstante que se hallaba "constantemente con un pie en el estribo",¹¹ difirió aún su partida, por diversas causas, hasta el primero de marzo; después, en pequeñas jornadas y con toda holgura, emprendió el regreso.

No se sabe cuándo haya llegado a Florencia; lo que sí se sabe es que se detuvo allí muy poco tiempo, porque el 2 de abril fue enviado a Piombino. Debía conferenciar con el señor de dicha ciudad acerca de los sospechosos preparativos de guerra que se llevaban a cabo en el territorio de Siena; hacerle saber que los florentinos, teniendo interés en su conservación, se ofrecían a ayudarlo en el interés común; aconsejarle que continuara con su antigua amistad hacia ellos. Era muy cierto que a la República le interesaba mucho el evitar que otro se apoderara de aquel pequeño Estado; por consiguiente era sincera la comisión encomendada a Maquiavelo. Pero la finalidad principal de su viaje debió de ser la que se mencionaba en las últimas palabras de sus instrucciones, es decir, observar qué vientos corrían por aquellos lugares: "Durante tu permanencia en aquellos lugares observarás todas las cualidades del señor, la disposición de la gente, y qué tanta es la influencia de los de Siena y la nuestra".¹²

No obstante, la importancia de esta delegación, como pomposamente la llama Passerini, no era más grande que aquel señor y su estado; el Secretario la llevó a cabo en pocos días y regresó a su cancillería a escribir cartas. De un golpe había llegado la bonanza sobre Italia, a raíz de aquella tregua entre los dos reyes que se la disputaban. De parte de Romaña, los venecianos se contentaban con lo que ya habían tomado; y Julio II, belicoso sobrino de un Papa belicoso, no se habían aún "acomodado en el trono": si no hubiera sido por aquella fatigosa guerra de Pisa, que se había convertido ya en un prolongado asedio, podía parecer la paz de Octaviano.

Más que las cartas que escribía en su oficina, nos interesan ahora ciertos planes militares que Maquiavelo, después de haberlos me-

ditado largamente, comenzó a llevar a la práctica. Desde su adolescencia, las guerras no le habían enseñado más que la vileza, la indisciplina y la infidelidad de los mercenarios, y había visto arruinarse por ello a Florencia y a Italia toda. Habiendo adquirido después una experiencia aún mayor en la cancillería, en las cortes y en los tumultos del campamento, le había venido a la mente una idea que no lo abandonó ya nunca: arrojar de su patria aquella plaga, verificando el dicho de Petrarca

*che l'antico valore
negli italici cor non è ancor morto.*

*(que el antiguo valor
en los hijos de Italia no está muerto).*

Así había visto durante su delegación en la Romaña que todos los ciudadanos, sosteniendo "un hombre por casa", se hicieron soldados bajo el duro mando de don Miguel; de esa misma manera los pisanos se defendieron valientemente contra los mercenarios de Italia y de Francia.

Aunque no había desaparecido aún el recuerdo de las gloriosas milicias comunales, la idea de alistar ciudadanos y súbditos era no obstante una cosa totalmente desacostumbrada en Florencia, después de casi dos siglos, al grado que ya parecía extravagante e irrealizable. Y de entre las novedades enumeradas en la *Reforma santa y preciosa* del *piagnone* Domingo Cecchi,¹³ la de hacer instruir en las armas a los ciudadanos capaces de llevarlas no habrá parecido la menos extraña a los pocos que todavía leían aquella ingenua narración. Y no constituían excepción ni siquiera los "braceros" que se reclutaban en ese tiempo por los campos de la República para la guerra de Pisa y para otros usos, porque aquellos eran más bien trabajadores que soldados, y su empleo era totalmente ocasional. El Secretario florentino será, pues, el primero en hacer de la milicia nacional una teoría política, el primero que la lleve a la práctica con reclutamientos regulares y reglamentos estables, bajo el gobierno de un magistrado.

Sin embargo, una idea tan grandiosa y tan nueva, era dificilísima de introducir; pero la confianza en su idea dio ánimos a Maquiavelo, juntamente con el creciente favor que le demostraban el *gonfaloniere* y el Cardenal su hermano. Yo supongo que a éste le habló por pri-

mera vez de su proyecto durante su delegación en Roma; es seguro que en aquel tiempo trataron de dicho asunto y que la aprobación del Cardenal fue inmediata, entusiasta y decidida. Cuando regresó a Florencia y discutió el asunto con el *gonfaloniere* y alguno de los principales, se consideró casi imposible poder dominar las sospechas de los desconfiados florentinos. Quien siete años antes había criticado la medida de la Señoría de proveerse de una guardia armada, no iba a admitir que esta idea no era un recurso del *gonfaloniere* perpetuo para convertirse en perpetuo tirano.

En vista de tantas contradicciones, Maquiavelo escribió casi desesperado al Cardenal el 24 de mayo de 1504, quien cinco días después le respondió: "La excusa de la ordenanza no es válida *in re tam necessaria et salubri* (en un asunto tan necesario y provechoso); y no hay razón para sospechar *de vi, quae non paretur ad commodum privatum sed publicum* (. . . de una fuerza que se alista no para servicio privado sino público). No os desaniméis, porque un día quizá os llegue la gloria, si no otra cosa".¹⁴ En efecto, otra cosa no logró, pero la gloria un día la obtuvo. Y estas cariñosas palabras debieron de ser un bálsamo para el alma del Secretario florentino; la gran estima que le manifestaba el Cardenal lo hacía recobrar las esperanzas, en tanto que le complacía oírse llamar en la misma carta "compadre carísimo", y recibir la promesa de otras demostraciones de amistad además de aquel compadrazgo.

Así pues, Maquiavelo alternaba estos proyectos militares con las tareas de la cancillería, que eran también en su mayor parte militares. Los florentinos guerreaban en torno a Pisa, donde habían comenzado a destruir los sembrados, habían recuperado Librafatta y estaban tramando cortar a la ciudad todas las comunicaciones que la mantenían en vida. Y como todas las provisiones le venían únicamente del mar, remontando el Arno, se comenzó por montar una guardia en la desembocadura con unas pequeñas galeras, y después se pensó decididamente en dejar a los pisanos sin agua desviando el curso del río. El *gonfaloniere* se había metido en la cabeza esta empresa que los entendidos de Florencia y de fuera daban por segura; pero lo que sucedió fue que en aquellas excavaciones la República gastó siete mil ducados y nuestro Secretario gastó muchas plumas, todo sin resultado alguno.¹⁵ Se ha discutido mucho si éste lo aprobó o no. Tommasini lo niega, ya que ningún gran hombre puede cometer errores, especialmente a juicio de su biógrafo; yo no lo afirmaré sin mayores pruebas, si bien las relaciones de Maquia-

velo con Soderini, que era el alma de la empresa, me hacen concebir ciertas sospechas y el carácter mismo del proyecto, más ingenioso y audaz que práctico, resulta admirablemente conforme al genio de Maquiavelo.

Las últimas esperanzas de este plan de desviar el río se desvanecieron al llegar las primeras crecientes del otoño. Por aquel mismo tiempo comenzó a fluir una tenue vena poética de la mente de Maquiavelo, quien a fines de octubre incluyó en 550 versos "las fatigas de Italia de diez años y *las suyas* de quince días",¹⁶ a partir de la muerte de Carlos VIII. El *terminus a quo*, que fue el que sin duda le sugirió la composición, no fue casual; en cambio sí fue casual el *terminus ad quem*: los últimos sucesos de Valentino (que continúa siendo su príncipe fatal), quien al librarse de las garras de Julio, fue acogido benignamente por Gonzalo, para ser engañado después, cuando

*gli pose la soma
che meritava un ribellante a Cristo.*

*(le hizo sentir la pena
que merecía un traidor de su calaña).*

Ni en prosa ni en verso se volverá a ocupar Maquiavelo de él, que fue enviado prisionero a España y allá murió combatiendo: ¡al salir de Italia, para él realmente "se ha deslizado hacia la sepultura!" Así que esta narración de diez años de vida en Italia podía concluir como correspondía a un cantar de carácter popular: con el desgraciado fin de un hombre desgraciado.

Este primer *Decennale*¹⁷ nos dice muchas cosas, que a un biógrafo le conviene resumir en pocas palabras y en poco espacio. Antes que nada su gran conocimiento y gran amor por la *Comedia*, que se manifiestan aquí por vez primera, no tanto por la elección de la tercera rima (terceto), cuanto por los modismos, las formas y los hemistiquios de Dante.¹⁸ Nos enseña también que Maquiavelo era más poeta cuando escribía en prosa que en verso, y que si los versos no se prestan para discurrir, como lo hace en éstos, de historia y de política, menos aún su estilo, lleno de vigor, humorismo y realismo, se puede adaptar al ritmo de los versos; que no obstante, se encuentra más de un hermoso verso, pero que abundan más aquellos dichos agudos que agradaron hasta el grado de pasar a convertirse en pro-

verbios: por dichas humoradas, por algunas ideas vigorosas y por su amor a la patria, el poemita no es indigno de Maquiavelo, el cual se ha retratado en él con su fuego interior y su eterna sonrisa.

En el *Decennale*, donde bajo el exterior del verso se adivina el político, es también política la dedicatoria a Alamanno Salviati, el salvador de la República en tiempo de la rebelión de Arezzo. En efecto, la gran innovación soñada y planeada por Maquiavelo necesitaba contar con el apoyo de éste, no obstante que junto con Juan Bautista Ridolfi y otros principales se habían puesto al frente de la facción adversa a Soderini; las dificultades eran tan grandes, que ya para fines de octubre el mismo *gonfaloniere* no se mostraba más caluroso que aquellas brisas de otoño. Hasta el Cardenal, no obstante que había renovado el compadrazgo al bautizarle otro hijo que le había nacido exactamente nueve meses después de su regreso de Roma,¹⁹ se había desentendido totalmente de dicho asunto y pedía excusas para su hermano ante el compadre.²⁰

Pero el Secretario florentino no se desanima y suple la frialdad ajena con su propio fuego,

tanto che si consuma a dramma a dramma,

(que va extinguiéndose de drama en drama),

mientras que continúa exhortando a los florentinos, y antes que nada a su opositor Salviati, a secundar sus planes militares:

*ma sarebbe el cammin facile e corto
se voi el tempio riapriste a Marte.*

*(El camino será fácil y corto
si abris de nuevo el templo del dios Marte).*

Son los dos últimos versos del *Decennale*, con los que se concluye el pronóstico político que lo termina, como en un almanaque popular. Pero el pronóstico es de Maquiavelo; y vale la pena seguir al poeta mientras va enumerando las causas que lo hacían profetizar próximas guerras en los dulces campos de Italia:

*'l Papa vuole
guarir la Chiesa delle sue ferite.*

*L' Imperator con sua unica prole
vuol presentarsi al successor di Pietro.
Al Gallo il colpo ricevuto duole.*

*(pretende el Papa
curar los males todos de la Iglesia.
Con su hijo ahora el Emperador quiere
presentarse ante el sucesor de Pedro.
Al Gallo el golpe recibido hiere).*

Y también los florentinos, después de los venecianos, tenían allí su parte:

*Marco, pien di paura e pien di sete,
fra la pace e la guerra tutto pende;
e voi di Pisa troppa voglia avete . . .*

*(Marcos, con tanto miedo como sed,
entre la guerra y la paz está pendiente;
vuestro deseo de Pisa contened . . .).*

“Entre la guerra y la paz”, la República de San Marcos, acechada por el Papa, que quería “curar los males todos de la Iglesia”, llegaba a un caduco acuerdo con él; entre la paz y la guerra daba dinero a Bartolomé d’Alviano quien, dejando las banderas de Gonzalo, se aliaba con Petrucci, los Vitelli y Juan Pablo Baglioni, de nombre para la defensa de sus estados, de hecho para atacar los de los florentinos. Los cuales a su vez, por su deseo de Pisa, sufrieron el 27 de marzo de 1505 en el Puente de Cappellese una derrota no muy grande pero sí muy degradante.

Por entonces Maquiavelo hacía su trabajo acostumbrado en la cancillería, escribiendo cartas sobre cartas. Pero más que esta voluminosa correspondencia de oficina,²¹ nos interesan por ahora los escasos restos que se conservan de sus cartas familiares. Se cuenta entre éstas una de su hermano Totto, siempre interesado en los beneficios eclesiásticos,²² se encuentra otra muy cariñosa de Nicolás Valori, quien se queja, al igual que todos los corresponsales del nuestro, de no haber recibido respuesta a varias de sus cartas: al grado de que, habiéndose hecho él también padrino del último hijo de Maquiavelo, le daba la impresión de haber hecho una enemistad

con aquel compadrazgo. Hallándose ya cansado de su delegación en Francia, se recomendaba a quien tenía las llaves del corazón de Pedro Soderini para que lograra hacerlo volver. Consideraba que en la corte era necesario "un hombre de talento y de pocas demostraciones", y hubiera querido que así como su amigo había venido a su venida, así regresara a su regreso.²³

Pero Maquiavelo no fue a Francia. No fue más allá de Castiglione del Lago, donde radicaba el Señor de Perusa, Juan Pablo Baglioni, el cual, después de haber aceptado la continuación de su contrato, se había negado a cumplirlo con la excusa de que no quería defender un Estado ajeno cuando tenía que defender el suyo. El contrato de Baglioni era uno de los que más caros costaban a la República, y los florentinos, ya debilitados por la derrota sufrida en Cappellese, se hallaban a causa de esta imprevista defección en un cierto peligro; máxime si ésta había sido acordada junto con sus enemigos. Como sucedía siempre que era necesario ver claro en aguas turbias, se envió a Maquiavelo. Tenía instrucciones de sondear a Juan Pablo, no tanto para hacerlo cumplir con lo pactado, cuanto para saber si su negativa obedecía al deseo de mejores condiciones o a un motivo más escondido.²⁴

Partió, pues, y llegó el 11 de abril a Castiglione del Lago, donde habló con Baglioni más de tres horas, antes y después de comer. En este largo duelo, Maquiavelo "lo punzó por el frente y por los costados", haciéndole varias veces "subir los colores a la cara". En cierto momento, habiéndole dicho éste que había consultado el asunto con muchos doctores de Perusa, le replicó "que estos asuntos no son para que los juzguen los doctores, sino los señores; y que quien estima en algo su armadura y quiere verla honrada, no hay pérdida alguna que estime en tanto como la de la fidelidad a su palabra, y que le parecía que esta vez la estaba poniendo en juego": sería considerado por todos como "un caballo que ha tropezado". Y como aquél permanecía firme en sus resoluciones, como el que no tiene libertad para cambiar de parecer, Maquiavelo, a fuerza de fintas y de estocadas, le obligó a descubrirse dos veces, haciéndole decir palabras que, atadas con los rumores que había ido recogiendo en el lugar, le bastaron para asegurarse y anunciar a los Diez de que estaba encubriendo un tenebroso pacto entre Baglioni, los Orsini, Pandolfo y los Lucchesi. Sabía Juan Pablo a lo que se exponía, tanto que "desde hacía dos meses se hallaba como fuera de sí y no había reído de buena gana ni una sola vez", según refirieron al florentino

sus informadores. Y menos habrá reído después de que éste lo hubo amonestado "que pensara bien qué partido tomaba, pues este asunto pesaba más que toda Perusa".²⁵

Aumentan ahora las penas de los florentinos, que de pronto se habían quedado desprovistos de fuerzas y totalmente descubiertos ante sus enemigos; y aumenta también la odisea de Nicolás a caballo. Habiéndose excluido el proyecto demasiado vil y desacertado de contratar al mismo Alviano, defendiéndose así de aquel que era de temer los atacara, la ciudad intentó contratar al marqués de Mantua; y puesto que el acuerdo encontraba muchas dificultades, se envió a Maquiavelo con una instrucción aprobada el 4 de mayo: pero ni a él ni a otro alguno le fue posible llevar el trato a buen fin.²⁶ Apenas había regresado, cuando el *gonfaloniere* propuso enviarlo hasta Nápoles, con el fin de pactar con Gonzalo que estaba desembarcando infantes con destino a Pisa y se temía que indujera a Alviano a ir hacia allá. Pero se opusieron a ello aquellos ciudadanos principales que cada día aumentaban su oposición contra Soderini y contra quien gozaba de su confianza; de manera que fue enviado otro en su lugar.²⁷ En fin de cuentas no pudo librarse Maquiavelo de ir por lo menos hasta Siena; pero ahora eran cuarenta millas en vez de cuatrocientas, y debió quedar satisfecho con el cambio.

El asunto era el siguiente: Pandolfo Petrucci había advertido a los florentinos que Alviano, decidido a venir con su ejército a atacarlos, estaba ya en camino. Esto no sorprendía a nadie, porque se sabía que de aquella parte iba a llegar la borrasca, y muy pronto; lo que sorprendía era el hecho de que Pandolfo, ideador y partícipe de todas aquellas maquinaciones, se hubiera vuelto de pronto tan solícito del bien de la ciudad. La tarea del emisario consistía, pues, en ir a sondear el fondo de aquella conversión milagrosa, con el pretexto de agradecerse.²⁸

Llegó a Siena el 17 de julio, antes de que se abrieran las puertas de la ciudad, y habló con Pandolfo "apenas se hubo levantado". Pandolfo era un esgrimista más hábil que Juan Pablo Baglioni: muy pronto comprendió Maquiavelo que las miras de éste eran las de obligar a los florentinos a cederle en aquel peligro sus derechos sobre Montepulciano; pero era difícil llegar a comprender hasta qué punto se podía confiar en la ayuda que él ofrecía y en las noticias contradictorias que proporcionaba. Maquiavelo quiso darle a entender claramente con qué clase de gente estaba tratando. "Juzgué conveniente", escribió a los Diez, "a fin de que se diera cuenta de que

otros conocían sus intentos, tanto directos como indirectos, decirle que sus declaraciones me inspiraban tan poca confianza, que yo no sabía ya qué era lo que podía ser cierto"; y pasa a enumerar todas las contradicciones en que ha caído. Después de lo cual escribió a Florencia otras siete cartas en ocho días.²⁹ Por último, el 24



Gonzalo de Córdoba, "El Gran Capitán".

de julio, habiendo terminado con su paciencia y su dinero, solicitó licencia para regresar; pero para esa hora ya su buen amigo Buonaccorsi le había obtenido del *gonfaloniere* no sólo licencia sino también dinero.³⁰

Desde unos meses a esa parte las cancellerías y los corrillos se ocupaban primero de los tratos de Alviano, y después de los movi-

mientos del mismo. Tantos fueron los truenos, que llovió, pero la lluvia no estuvo proporcionada a los truenos. Habiendo llegado a San Vincenzo el 17 de agosto, le hizo frente el ejército florentino encabezado por Hércules Bentivoglio, que lo derrotó después de una larga contienda: casi todo su ejército fue apresado o despojado, perdió sus carruajes y sus banderas. Envalentonados los florentinos con aquella victoria, envanecido el *gonfaloniere* y reanimados Bentivoglio y el comisario Giacomini, quisieron lanzarse a tomar la ciudad de Pisa. Con gran rapidez, para evitar los refuerzos de Gonzalo y el tiempo de lluvias, se procedió a hacer los preparativos; y también Maquiavelo tuvo que cabalgar, ya que fue enviado al campamento.³¹ Pero el éxito de la empresa no fue proporcionado a las esperanzas concebidas. Llegó el ejército frente a las murallas el 6 de septiembre, abrió con su artillería en días siguientes dos grandes brechas, pero la infantería no tuvo suficiente valor para dar el asalto. De manera que tuvieron que abandonar el campamento, con poca reputación de los florentinos y gran infamia para las armas italianas.

El fracaso de aquellos mercenarios dio nuevo valor y nuevas razones a Maquiavelo para acariciar su gran idea; y al *gonfaloniere* y a sus amigos, oídos más listos para acogerla. Habiendo rechazado, pues, las incertidumbres y llegado el momento de determinar la manera de llevarlo a la práctica, se consideró necesario "para la reputación y estabilidad de un proyecto tan grandioso", que lo aprobara el Consejo; máxime que Soderini, que todavía recordaba las contradicciones y las sospechas que hacía poco había suscitado el proyecto, temiendo que aquellos ciudadanos preeminentes no darían su aprobación, prefería, según su costumbre, refugiarse en el consentimiento del pueblo. Pero después, "considerando que, por tratarse de una cosa nueva e insólita, el pueblo no la aprobaría sin ver antes qué resultados se podían obtener", comenzó, sin pedir aprobación y con la sola autoridad de la Señoría, a alistar hombres en las regiones más belicosas, como en el Mugello y en el Casentino.³²

Pero antes era necesario pensar en la manera de educar a aquella gente en la disciplina de las armas, y Maquiavelo, que era ahora el jefe de todo ese movimiento, halló la persona adecuada para sus fines. Aquel famoso don Miguel, lugarteniente y ejecutor de los crímenes de Valentino, a quien los florentinos habían apresado y enviado al Papa, había sido puesto en libertad por éste, quien muy fácilmente calmaba sus iras contra quien ya tenía en su poder. Bajo el mando de este "hombre cruelísimo, terrible y muy temido" había

visto Nicolás a los campesinos de la Romagna convertirse en soldados: aquel era el hombre que le convenía para convertir en soldados a los campesinos del Mugello y del Casentino.

Mirando más al fin que a los medios, fue fácil convencer al *gonfaloniere*; lo difícil era persuadir a los ciudadanos, ya que el nombre del jefe era infame, y odioso el recuerdo de Valentino: ¡hasta hubo quien sospechó que el buen Soderini quería imitar los procedimientos de Borgia! Maquiavelo sondeó diestramente las opiniones de Juan Bautista Ridolfi, de Pedro Guicciardini y de otros, y al hallarlos hostiles, sin consultar más, el *gonfaloniere* puso a votación el contrato de don Miguel en el consejo de los Ochenta, y lo ganó. Los opositores no tuvieron más remedio que enfurecerse y esperar.³³

Todavía estaba por verse si aquel ejército ganaba las batallas, pero Maquiavelo ya había ganado su gran batalla. Ya no se contenía, y no podía quedarse a esperar. El mismo fue a alistar soldados al Mugello; y el día primero del nuevo año de 1506 lo encontró feliz e impaciente dando principio a aquella nueva orden. No se preocupaba de los rigores de la estación, y el 2 de enero, al hablar a los Diez acerca de los hombres que había escogido y contratado la víspera, concluía de buen humor: "Me encomiendo a Vuestras Señorías y a estas tramontanas, que me han enseñado a andar a pie".³⁴

Las cartas en que le contestaban los Diez lo alababan y lo animaban, si bien no tenía por entonces necesidad de que lo animaran. Decididamente se dedicó a dominar la resistencia de los súbditos, que estaban deseando portar las armas, pero sospechaban que se les quisiera cargar algún impuesto; tuvo que contar con las enemistades entre un barrio y otro, entre una y otra facción. Regresa a Florencia durante algunos días y vuelve nuevamente a Mugello a inscribir y contratar soldados de infantería. El 27 de enero se halla en Pontassieve para alistar hombres; de allí pasa a Dicomano y a San Godenzo, y después de nuevo a Pontassieve para pasar revista de los nuevos infantes.³⁵

Aquellos soldados llevaban "chaqueta blanca, medias uniformes, de colores blanco y rojo, un gorro blanco y zapatillas, un peto de hierro y su lanza, algunos también escopetas",³⁶ y Maquiavelo los hacía "practicar y guardar disciplina a la manera de los suizos",³⁷ es decir, de los alemanes. La primera demostración se hizo en Florencia el 15 de febrero de 1506, día de carnaval, en la plaza de la Señoría. Los desconfiados y prudentísimos principales "se mani-

festaban terriblemente opuestos a ella”, pero al pueblo le agradó. Y el buen hombre del pueblo Landucci mostró ser más sabio que los sabios cuando, al verla, anotó en su *Diario*: “Hoy hemos presenciado la disposición más acertada que se haya dictado jamás en Florencia”.³⁸

CAPITULO IX

MAQUIAVELO Y LA HISTORIA DE FLORENCIA SU SEGUNDA DELEGACION ANTE JULIO II

En este momento, al ver a este hombre de oficina convertirse de pronto en un hombre de milicia, los historiadores y los biógrafos cantan a coro su patriotismo. Y no he de ser yo el primero que le niegue tal virtud: porque detrás del amor por su pequeña patria comunal y por su libertad, que le fue reconocido hasta por sus contemporáneos, no hay hoy día quien no vea en él más claramente que en cualquier otro italiano de su tiempo, extenderse la sombra todavía incierta y confusa del amor hacia una patria más grande.

Pero la ecuanimidad exige que se haga distinción, y que se considere que el fervor y los desvelos del Secretario florentino para con la Ordenanza eran ante todo el fervor y los desvelos para con una criatura predilecta de su ingenio, a fin de llevar a feliz realización un concepto ásperamente impugnado por sus adversarios; y no sólo se hallaba en juego allí su orgullo: aquella barca llevaba consigo a Maquiavelo y su fortuna. Y no hay que olvidar tampoco el ardor de su carácter apasionado, y que para él una teoría, una idea bien valían una bandera.

Y además, siendo un espíritu inquieto y ansioso de novedades, *equitandi, evagandi ac cursitandi tam avidus*, probablemente se sentía mejor alistando infantes que escribiendo cartas en la cancillería. Entre sus pequeñas satisfacciones de aquellos días, en los cuales todo tenía para él el sabor de la victoria, al regresar de las levas del Mugello y a punto de comenzar la del Casentino, se contó la impresión del *Decennale*. La había costeado su cooperador Agustín Vespucci, poniéndole al frente una dedicatoria a los florentinos que merece más atención de la que se le ha concedido hasta ahora.¹ En la cual, después de las alabanzas para la obra, se dice que ésta no es un pago sino un arra de lo que el autor les debía, "el cual está empeñado con mayor atención y fatiga en su realización". Aquí se

ve claro, y lo aclara aún más el contexto, que se habla de una más vasta obra histórica de Maquiavelo, no en términos vagos o hipotéticos, sino reales y actuales. Lo que estaba realizando era algo más que un firme propósito de continuar la tradición historiográfica de los cancilleres de Florencia: la obra ya estaba bastante adelantada en lo que se refería a la reunión de las fuentes. Y finalmente esto es lo que nos explica tantas copias y restos de documentos de oficina, que por lo general corresponden a aquel decenio, y en parte se conservan de mano misma de Maquiavelo o copiados por él, en parte por sus cooperadores: copias y restos realizados seguramente en aquel mismo tiempo, no cuando escribirá *post res perditas* (después de todo lo perdido) los anales de Florencia por encargo de un cardenal de la familia de los Médicis.² Y el buen Agustín acertaba en su profecía al decir que el autor destinaba el *Decennale* a sus contemporáneos, y las historias que después escribiría, a la posteridad.

Pero la posteridad debe estimar también aquel *Decennale*, por lo que Maquiavelo ha dejado de sí en él, por el interés que en él cifró y también por la pequeña satisfacción que le dio su primer escrito que se imprimía. Inmediatamente dio parte de ello a sus amigos y también a los grandes personajes que trataba en su camino a la oficina, recibiendo de ellos sinceras alabanzas. Entre otros, Hércules Bentivoglio, capitán general de los florentinos, le escribió el 25 de febrero de 1506, alabando en una larga carta la breve elegancia de la obra.³ Pero ninguna alabanza podría hacernos ver el favor y la gran acogida que obtuvo este librito mejor que una falsificación impresa apenas veinte días después de la impresión original.

Maquiavelo tuvo noticia de ella cuando se hallaba en el Casentino contratando y pasando revista a los infantes, habiendo llegado el 28 de febrero a Poppi.⁴ Inmediatamente dio aviso de ello a su cooperador y editor Vespucci; éste, habiendo hecho investigaciones, supo que la competencia se la había hecho el impresor Andrés Ghirlandi, de Pistoia, asociado por mitad con Antonio Tubini: dos nombres que son más conocidos a los modernos bibliógrafos que lo podían serlo para él. Habiendo conseguido una de aquellas copias, comunicó a Maquiavelo "la cantidad de torpezas que en ellas se encuentran": "todo se halla encimado, sin espacios, y en cuadernos pequeñísimos, sin una sola hoja blanca delante o detrás, con los tipos torcidos, y con varios errores".⁵

Blandiendo el cuerpo del delito, lleno de indignación y de celo por su bien y el honor de su amigo, Vespucci acude ante los Ocho

y protesta enérgicamente contra Ghirlandi, después ante el Vicario del Arzobispo para hacer lo propio con el padre Tubini; en ambos tribunales la victoria es absoluta: se promulga la prohibición de dichos impresos. El Vicario da una gran reprimenda a Tubini, manifestando su deseo de "castigar a este mal sacerdote y hacerle reconocer otros vicios que tiene".⁶ Pero todas estas cosas, y otras más, es mejor leerlas en la agradable carta del cooperador; de la cual puede sacar también algún provecho el bibliógrafo, y no sólo por lo que se puede conocer acerca de estas dos poco conocidas ediciones del *Decennale*, la original y la falsificada, sino también por algunos informes acerca de los dos impresores: a costa de quedarse con la curiosidad sobre los "demás vicios" de Antonio Tubini.

Así vengado, Maquiavelo continúa inscribiendo y ejercitando infantes en el Casentino, durante el invierno, en medio de aquellos montes cubiertos de nieve, teniendo su cuartel general en Poppi. Se halla inquieto y protesta porque no le envían a tiempo las armas para los nuevos soldados: nunca habían tenido que trabajar tanto los armeros y los coraceros en Florencia. El 5 de marzo escribe a los Diez que solicita se hagan pronto los envíos "porque yo ya no tengo más que hacer si no se me envían las armas, y estoy perdiendo el tiempo". Impacientado por aquella demora, renuncia por entonces a hacer la leva en Chiusi, que era un poblado muy grande, "y declara que dejará pasar las nevadas para manejarla".⁷

Abandonando, pues, las nieves, regresa a la cancillería a manejar allí los asuntos. Marzo había ya terminado, y se temía que también la paz de Italia, que se había realizado gracias a la paz firmada el pasado octubre entre España y Francia, fuera a terminar. El archiduque Felipe había ido a España a apoderarse de Castilla y a compartir el reino con Fernando de Aragón, quien pasará a Italia a tomar posesión del de Nápoles. De estos movimientos se hablaba y se temía; pero parecían peligros de guerra más cercanos, según las previsiones hechas por Maquiavelo en el *Decennale*, la venida del orgulloso y mudable Maximiliano, y los proyectos de Julio II, que quería

guarir la Chiesa delle sue ferite.

(curar los males todos de la Iglesia).

El que *in minoribus* "siempre había tenido proyectos vastos y desmesurados",⁸ desde que había llegado a tanta grandeza se veía como

apocado. Pero no había cambiado: únicamente que "se había acomodado en el trono", dedicándose a conseguir y acumular recursos.

Estos eran los asuntos que daban más material para escribir a las cancillerías en aquella primavera del año 1506; y hay que ver con qué agudeza habla acerca de ellos Maquiavelo en una extensa "biblia" que a mediados de junio escribió a Juan Ridolfi, comisario general de los asuntos de Pisa.⁹ Es bien sabido que las plumas siempre terminan por hacer trabajar a las armas, cuando, o hasta que, no sucede lo contrario. Las primeras armas que se pusieron en movimiento, como ya todos esperaban, fueron las del Papa. Y Maquiavelo tuvo que ir a observar aquellos movimientos más de cerca.

Julio II había dicho a los florentinos que quería "limpiar de tiranos" el estado de la Iglesia, y les había pedido a su capitán Marco Antonio Colonna, con su gente, para que lo sirviera en la campaña contra Bentivoglio. Esta petición resultaba molesta para la República por varias razones, de las cuales no era la única el tener que debilitar las fuerzas que asediaban a Pisa; puesta a discusión, prevaleció el parecer del *gonfaloniere*, apoyado por Juan Bautista Ridolfi, de no contrariar al Papa y condescender hasta donde fuera posible.¹⁰ Así pues, la comisión fue encomendada a Maquiavelo: éste estaba ya acostumbrado y resignado a delegaciones tendientes a contemporizar; su encargo consistía en llevar a Julio II una buena cantidad de hermosas palabras para "alabar aquella su buena y santa deliberación".¹¹

Partió la noche del 25 al 26 de agosto,¹² y el 27 encontró al Pontífice en Nepi, porque el día anterior había salido de Roma, con un gran séquito de cardenales, de cortesanos y de soldados. Se le concedió audiencia en Civita Castellana, la que aprovechó para recitar un bien preparado discursito;¹³ en él, después de presentarle sus respetos y felicitaciones, hizo el asunto de Colonna más difícil de lo que indicaba su comisión, pero al final la sacó y se la leyó. El Papa lo escuchó "atento y feliz"; después le contestó que por lo que acababa de escuchar le parecía que los florentinos temían tres cosas: que Francia no participara en la empresa; que él acudiría con poco entusiasmo; que en vez de arrojar a Bentivoglio, hiciera un pacto con él, o que aunque lo arrojara, lo dejara regresar.

Estos temores eran muy ciertos, y preocupaban a los florentinos mucho más que el de quedar indefensos; porque, respecto al primer punto, no podían alejarse de los deseos del Rey, que tenía bajo su protección a Bentivoglio; con respecto a los otros dos, no les iba a

GASTON FOXIVS



Lámina V. *Retrato de Gastón de Foix, de autor desconocido (s. XVI), en la Galería de los Oficios, Florencia. Foto Alinari.*

parecer bien declararse enemigos de un vecino, con el cual habían tenido hasta entonces buena amistad, si después por apatía o por clemencia lo dejaba el Papa en su nido. Pero el Papa calmó al emisario respecto a lo primero, mostrándole cartas firmadas por el Rey en las que éste lo animaba a la empresa y le prometía refuerzos; respecto a lo segundo, diciéndole que no podía demostrar mayor entusiasmo que yendo él personalmente, y que era lo que estaba haciendo; respecto a lo tercero, que Bentivoglio sería muy tonto si permanecía en Bolonia como ciudadano particular, y él no lo admitía de otra manera.

Esa misma tarde, cuando Maquiavelo se paseaba cerca del Papa, "que andaba observando esta fortaleza como una cosa rara", Su Santidad lo llamó y le repitió las cosas que le había dicho en la mañana. El emisario le contestó que los refuerzos de la República no serían los últimos, le enumeró todos los hombres armados de que disponía y aquellos de que dispondrían en seguida, "y que tenía en lista a gran cantidad de infantes". Dijo el Papa que no quería aceptar las ofertas que le habían hecho los venecianos, para no verse obligado a concederles lo que de la Iglesia tenían en su poder con tanta molestia suya y perjuicio de los florentinos. Las palabras del Papa daban lugar a dudar si no sería solicitado Colonna antes de que se pusieran en movimiento los refuerzos de los franceses; y esto no agradaba a los florentinos.¹⁴

Pero por el contrario, todo se desarrolló con calma, y Maquiavelo tuvo una vida muy pacífica detrás de aquella corte movable. Por el camino de Viterbo, Orvieto, Castel della Pieve y Castiglione del Lago, el Papa llegó cómodamente a Perugia, donde tenía que saldar la primera cuenta; y su deudor era Juan Pablo Baglioni. En realidad la cuenta parecía ya saldada, puesto que Juan Pablo, habiendo acudido al encuentro de su acreedor en Orvieto, se había entregado en sus manos, entregándole fortalezas, rehenes y todo lo que había querido pedirle. Pero a Maquiavelo le dio la impresión de que era el Papa el que se ponía en las manos de un malvado como Juan Pablo cuando, el 13 de septiembre, entró en Perugia; de manera que al escribir a los Diez, como lo hacía casi diariamente,¹⁵ al observar que Baglioni tenía a su disposición al Pontífice y a los cardenales, concluía: "Si éste no perjudica a quien ha venido a quitarle el poder, será a causa de su buen natural y de su humanidad. Pero yo no sé a qué término pueda llegar este asunto".¹⁶

El término al que llegó fue bueno. No ha faltado quien se haya

horrorizado de estas famosas palabras, aunque es fácil rebatirlo diciendo que Maquiavelo era un político, y estaba razonando friamente acerca de las relaciones políticas entre dos príncipes: pues tal era para él un papa que hacía profesión no de papa sino de príncipe; un príncipe que había venido a la cabeza de un ejército para quitar el dominio a otro. También Guicciardini, escribiendo con tranquilidad y maduro juicio, se maravillaba de que en aquella ocasión Juan Pablo "no hubiera hecho resonar por todo el mundo en un asunto tan grave la perfidia que había ya manchado su nombre con ocasiones mucho menores".¹⁷ Un parricida como él sólo pudo verse detenido por vileza, no por su conciencia ni por reverencia para quien no merecía reverencia alguna. Maquiavelo y Guicciardini no dicen que aquel Valentino en miniatura hubiera hecho bien en hacer prisionero al papa guerrero: dicen sólo que estaba en sus manos el hacerlo y que el Papa había sido imprudente al fiarse de él. Lo que no hizo entonces Juan Pablo con Julio lo harán, por una provocación menor, los Colonna con Clemente VII, y también entonces se burlará Maquiavelo, echándole en cara el haber "creído más en unos trazos hechos con tinta que en mil infantes".

Saboreó el Papa aquel primer triunfo, permaneciendo en Perugia hasta el 22 de septiembre: en casi un mes llevaba recorrido muy poco camino. Se detenía en espera de los refuerzos de los franceses, que atraerían también los de los florentinos. Pero el Rey, volviendo de nuevo sobre los propósitos y preparativos de Maximiliano para pasar a Italia, en lugar de soldados le enviaba consejos, lo que desagradaba mucho al temperamento ardiente e impaciente de Julio. Ya desde el 12 de septiembre, hablando con Maquiavelo como hacía frecuentemente, le había dicho que si Francia le hacía una mala jugada y la venida del emperador no era cierta y pronta, podía "ser fácil que él pospusiera el perjuicio de la Iglesia y el peligro ajeno a su propia vergüenza".¹⁸

Con esta decisión, seguido por su corte y por sus soldados se encaminó hacia Cesena por Gubbio y Urbino. Y Maquiavelo continuó tras él. Llegó por fin el aviso de que el Rey enviaba a sus soldados, lo cual "dio tan buen ánimo a este Pontífice que, pareciéndole que ya había tomado a Bolonia, comenzó a pensar en alguna otra empresa mayor".¹⁹ El 3 de octubre promovió una gran disputa con los embajadores de Bentivoglio diciéndoles, entre otras cosas, que disponía de "fuerzas capaces de hacer temblar a toda Italia, y no sólo a Bolonia".

En espera de las fuerzas francesas que ya venían en camino, hizo el 5 de octubre en Cesena una reseña completa de las que consigo llevaba. ¡Maquiavelo no podía faltar a aquella fiesta, ya que él también se hallaba empapado en proyectos militares! Observó con ojo experto y comunicó a los Diez sus impresiones con estas palabras: "Si Vuestras Señorías vieran estos infantes del duque de Urbino y los de Nanni, no se avergonzarían de los de sus ordenanzas, y no los tendrían en tan mal concepto".²⁰ Su amigo Buonaccorsi, escribiéndole, comentaba entonces jocosamente estas palabras pronunciadas *pro domo sua* (en su propio favor): "Les has dorado un poco la píldora a los Señores en lo que respecta a los infantes".²¹

Pero la barca de la ordenanza navegaba felizmente pese a estas prolongadas ausencias de su piloto, y el buen Biagio no dejaba de cuando en cuando de comunicarle alguna noticia del diario de a bordo.²² Por lo demás, sus cartas se hallaban atestadas de toda clase de noticias, que frecuentemente iban incluidas en las cartas mismas de la cancillería: noticias políticas en las que se hablaba del rey de Castilla, que había muerto no bien había comenzado a gustar la miel y la hiel del reino, o la eterna cantilena de Maximiliano que parecía echar suertes cada día sobre su venida; noticias de la ciudad y de la oficina, en donde se hablaba ya de hacer volver a Maquiavelo, ya que en la Corte "los negocios no acababan con él";²³ de manera que su lugarteniente ya se hacía ilusiones de que pronto se libraría de aquellos compromisos y podría vivir más en paz; le contaba también que Alamanno Salviati, un día que cenaba con algunos amigos, había tratado a Maquiavelo de pícaro,²⁴ incluyéndolo en su mismo odio para con el *gonfaloniere*. Este era su agradecimiento por la dedicatoria del *Decennale*.

La carta en que se habla de haber "dorado la píldora" lleva la fecha del 11 de octubre y en su gracioso sobre lleva esta dirección: "en Forli, o en donde diablos se encuentre". En Forli se encontraba, en efecto, desde el 9 de octubre; desde donde el Papa, para corroborar el interdicto ordenado el día 7 en Cesena, fulminó contra Bentivoglio una violenta bula. Pero temiendo que no bastaran las bulas para tomar a Bolonia, mientras que los soldados franceses se hallaban todavía lejanos, hizo llamar a Maquiavelo y le dijo que finalmente deseaba servirse de Marco Antonio Colonna y de su gente; los florentinos habían prometido que no serían los últimos en mandarles refuerzos, de manera que si no querían serlo, debían apresurarse: y le encargaba que despachara inmediatamente un hombre

a posta para hacerlo saber en Florencia. El emisario hizo la cuenta de los días que se necesitaban; y le "parecieron demasiados" al impetuoso Pontífice.²⁵

Pero cuando el 16 de octubre volvió ante él con la noticia de que Colonna había recibido ya orden de ponerse en camino, y junto con la orden el dinero para el tiempo que debía servir, la alegría de Julio no fue menos impetuosa: hallándose a la mesa, llamó a todos los circunstantes para que también ellos escucharan la carta de los Diez. Y ya que había decidido, para evitar los dominios de los venecianos, caminar por los de los florentinos, Maquiavelo le dijo que pronto montaría a caballo para ayudar al Papa, a su corte y a su gente a atravesar aquel modesto territorio.²⁶

Así lo hizo. Y el infatigable Secretario convertido en furriel, a veces se adelantaba y a veces acompañaba a la corte en Castrocaro, Modigliana, Marradi y Palazuolo. A los Diez les escribió muy pocas y breves cartas, más acerca de vituallas que de política, pero desde Palazuolo volvió a hablar de los negocios de Julio II: "Si tiene éxito con Bolonia, no perderá ni un momento para pasar a alguna empresa mayor; y se considera que quien ha planeado devorar toda Italia, o lo consigue ahora, o no lo conseguirá jamás".²⁷ Habiendo llegado el 20 a Imola, hallándose en la antecámara papal, los embajadores de Bolonia se quejaron "correctamente" con él del ejército que los florentinos enviaban para atacar a su señor; a lo cual él respondió, riendo, que ese mismo señor había enseñado a los florentinos a "dejarse llevar por la corriente", y que él podía quejarse no de los modales de los florentinos, sino de los que los florentinos habían aprendido de él a su propia costa.²⁸ Después de lo que Bentivoglio había hecho en tiempo de Valentino, el golpe era perfecto; el estilo, en su crudo humorismo, el de Maquiavelo.

Fue ésta la flecha del Parto. Varios días antes había sido elegido embajador ante el Papa Francisco Pepi, quien llegó a Imola el 26 de octubre. A él le corresponderá ver, luego de la salida de Bentivoglio, la rendición de la ciudad y la entrada solemne que hará en ella el Papa el 11 de noviembre. Maquiavelo, después de permanecer otros dos días en Imola después de la llegada del embajador, para Todos Santos se hallaba ya de regreso en Florencia.²⁹

Aquí, mientras espera el nacimiento de su hijo anual,³⁰ se dedica totalmente a los asuntos de su querida milicia. Y la galera, para continuar con la imagen de Buonaccorsi, en lugar de volcarse, continuó inmediatamente su viaje viento en popa. El 6 de diciembre

fueron elegidos los *Nueve oficiales de la ordenanza y milicia florentina*, que constituían la primera magistratura elegida en aquel tiempo para gobernar de una manera estable los negocios militares de un estado. Y cada asunto, grande o pequeño, era movido o impulsado por Maquiavelo; en esos días, tratándose de hacer aprobar la citada provisión de los *Nueve*, también preparada y redactada por él,³¹ escribió un *Discurso acerca de la preparación a las armas en los estados de Florencia*,³² lúcido y admirable, en el cual desciende a los más minuciosos detalles del nuevo orden, después de haber comenzado hablando en general: "Quien habla de hombres que mandan, . . . habla de justicia y de armas; vosotros no tenéis mucha justicia, y armas no tenéis ninguna".

El nuevo cargo de los *Nueve* no podía carecer de un canciller, y éste no podía dejar de serlo Maquiavelo,³³ aunque continuara siendo, como se comprende, jefe de la segunda cancillería y secretario de los Diez. Eran demasiados cargos para un solo salario, pero, comparados con los actuales tiempos, no se había progresado tanto que se pudiera hacer de otra manera. Por otra parte, si al Secretario florentino le agradaba el dinero, aunque sólo fuera para gastar todo lo que tenía, no le agradaban menos la reputación y las alabanzas; y tantas tuvo por esta labor, que se juzgó bien pagado. El más entusiasta de todos era siempre el cardenal Soderini, que le escribió desde Bolonia muy calurosamente: "No recordamos que de un tiempo a esta parte se haya llevado a cabo cosa alguna tan honrosa y segura en esta ciudad como la que vos habéis ideado", para defender su nueva libertad, "don divino y no humano".³⁴

Desde Bolonia, a donde había sido enviado recientemente, le escribía también Agustín Vespucci; el cual, además de felicitarlo, se ponía a su disposición ya que, siendo su cooperador en la cancillería de los Diez, quería serlo también en la de los Nueve. Le refería también ciertas hablillas, según las cuales, el embajador Pepi había solicitado licencia mientras que Maquiavelo regresaba a la corte.³⁵ No sabría yo decir si además de las hablillas había algo de cierto en esto; pero Maquiavelo se hallaba demasiado ocupado en poner orden en sus nuevas dependencias que apenas comenzaban a funcionar, para hacer caso de algo que fuera a distraerlo de la labor comenzada. Perseveró en ella con su habitual ardor, y del 14 de marzo al 17 de abril, durante treinta y cuatro días seguidos estuvo ocupado en inscribir y ejercitar infantes en Pieve Santo Stefano, Anghiari, Val di Chiana, Chianti, Poggibonsi, Colle, San Gimignano

y Pomarance.³⁶ En mayo volvió a San Gimignano, y quizá a las demás poblaciones aquí mencionadas, para pasar revista.³⁷

Por lo demás, el *gonfaloniere* estaba de su parte más que nunca, y no hubiera sido difícil al Secretario lograr de él todo lo que se requería; aunque a disponerlo en su favor le ayudaba el Cardenal su hermano, que nunca había escatimado a su "compadre" esta clase de servicios, y en una carta del 4 de marzo de 1507 los prometía todavía en más abundancia.

En la cual carta acertaba el Cardenal al decir: "No debe de ser poca la satisfacción que sentís por el hecho de que por vuestra mano se haya' dado principio a una empresa tan digna" *pro salute et dignitate patriae* (en bien de la incolumidad y dignidad de la patria). Y como Maquiavelo le había enviado su *Discurso acerca de la preparación a las armas en los estados de Florencia*,³⁸ añadía después: "Todo lo que habéis escrito puede ser aprobado por el crítico más exigente; y si en esto no habéis puesto todo vuestro esfuerzo, como decís vos y nosotros creemos, imaginaos de qué gran valor serán las obras en las que pongáis toda la fuerza de vuestro ingenio". Y aquí acertaba aún mejor.

CAPITULO X

LA DELEGACION A ALEMANIA GUERRA Y RECONQUISTA DE PISA

Bajo el gobierno del *gonfaloniere* Soderini, en tiempos más prósperos, Florencia había vuelto a florecer, gustando de aquella felicidad que dan a los pueblos los jefes buenos, prudentes y salidos del pueblo mismo. Habiendo encontrado la ciudad en quiebra, había puesto toda su atención en administrar con enorme diligencia todo lo referente al dinero, como buen mayordomo, desplegando en ello toda la habilidad que empleaba en sus negocios particulares; y así fue como después de cuatro años puso en orden las finanzas, resucitó el crédito del Estado y llenó las deficiencias. El pueblo se confiaba en él, porque él se confiaba totalmente en el pueblo; en cambio crecían las sospechas y el odio que le profesaba una parte de los principales. Aquellos ciudadanos preeminentes, entre los que sobresalían Alamanno Salviati y Juan Bautista Ridolfi,¹ consideraban que no les daba su debido lugar en las deliberaciones; lo cual era muy cierto, porque el *gonfaloniere*, viendo que en los pequeños círculos lo hacían menos las intrigas y la altivez de éstos, prefería deliberar con sus colegas de la Señoría, o con los Ochenta, en donde predominaban hombres de menor relieve, que estaban más dispuestos a ceder a la autoridad de su cargo y al mayor conocimiento de los negocios que tenía, puesto que se ejercitaba en ellos continuamente. De manera que las sospechas y el despecho de aquellos ciudadanos aumentaban, al grado que llegaron a oponerse a todo proyecto que de él viniera, con tal de molestarlo y avergonzarlo; por su parte Soderini, cuando ellos se oponían a algún proyecto, se refugiaba en las otras partes que con más facilidad lo apoyaban, y a base de perseverancia, lograba salirse con la suya.

Maquiavelo, que quedaba incluido, como hemos dicho, en aquel odio al *gonfaloniere*, era llamado su títere:² gracioso epíteto que nos recuerda el otro de "pícaro" que graciosamente le había dado antes

Alamanno Salviati. Y no es para sorprender a nadie el hecho de que en esta batalla le haya tocado más de un golpe al escudero: en el transcurso de unas cuantas páginas hemos ya enumerado más de uno, y pronto le tocará algún otro.

Julio II se había calmado un breve tiempo, pero la tranquilidad de Italia había sido turbada en aquellos albores de 1507 por los sucesos de Génova, que se había sublevado, pero inmediatamente fue dominada por el rey de Francia; luego por las entrevistas de éste con el rey de Aragón, que nada bueno hacían esperar. Cuando por fin salieron de Italia los dos reyes, comenzaron a aumentar los temores de la venida de Maximiliano; el cual, agitando en la Dieta de Constanza el fantasma del Sacro Imperio y el honor del nombre alemán, había logrado que se le prometiera una enorme cantidad de soldados y de dinero para pasar a Italia, arrojar al rey de Francia de la Lombardía y recibir en Roma la corona imperial.

La reputación de Maximiliano se hallaba en un grado ínfimo y era casi ridícula entre los florentinos, los cuales, demasiado lejanos en territorio y en espíritu para poder apreciar sus cualidades de príncipe caballeroso, bueno y magnífico, sólo conocían sus empresas fracasadas, sólo veían su inútil debatirse en medio de grandes proyectos y de una continua escasez de recursos. Pero al saber recientemente las promesas que se le habían hecho en la Dieta, comenzaron a temer que el orgullo alemán hubiera fundido de pronto aquellos miembros divididos y que la adquisición de semejante poderío estuviera a punto de dar a Maximiliano la fuerza y la constancia necesarias.

Se consideró oportuno por ello enviar junto a él a un hombre que vigilara sus preparativos y sus movimientos, y tratara de calcular cuánto podía costar su amistad a la ciudad, en caso de que fuera a pasar por Italia. El asunto tenía gran importancia, ya que se hallaba en juego también la amistad con Francia; y el *gonfaloniere*, que quería enviar a alguien en quien pudiera confiar, hizo elegir a Maquiavelo. "Cuando éste se estaba preparando para partir", comenzaron a gritar sus habituales enemigos "que había que mandar a otro, puesto que en Florencia había muchos jóvenes de valía que podían ir, y era conveniente que se ejercitaran"; de manera que Soderini, a fin de no estar siempre con la lanza en ristre, juzgó conveniente rendirse. Se modificó, pues, la elección, y el 27 de junio fue enviado Francisco Vettori con una comisión general, "para observar y escribir, no para tratar y acordar".³



El emperador Maximiliano, según Alberto Durero.

Indudablemente que él golpe fue más bien dirigido contra el *gonfaloniere* que contra el Secretario; pero muy pronto escribieron a Maquiavelo para consolarlo y condolerse los emisarios Felipe de Casavecchia y Alejandro Nasi; el primero, desde Fivizzano, lo animaba a tener "paciencia respecto al triunfo de Alemania", y a no dar importancia a quien se gloriaba de habérselo impedido;

el segundo, desde Cascina, se congratulaba con su "Maquiavelo gentil y afortunado" tanto por haber curado de no sé qué enfermedad, como por haberse librado de la comisión ante el Emperador, juzgando que era más provechoso para él y para la ciudad el que permaneciera en Florencia en vez de ir a Alemania.⁴

Pero fue precisamente por los asuntos de Alemania por los que tuvo que viajar Maquiavelo el 9 de agosto. Puesto que el Papa mandaba como delegado ante Maximiliano al cardenal Carvajal, y éste debía pasar por Florencia, los Diez comisionaron a su Secretario para que fuera a ver qué séquito traía y qué tratamiento le daban los de Siena. Partió; fue a Siena y después, para ganar tiempo, a San Quirico d'Orcia; escribió a los Diez tres cartas en las que les informaba acerca de la cantidad de animales y de personas, y como buen florentino, quiso hablar por extenso acerca de la cantidad de los artesanos, "la mayor parte de los cuales parecían haberse escapado de las *stinche*".⁵ También anotó las noticias que había podido pescar aquí y allá: que el delegado tenía instrucciones de disuadir a Maximiliano de venir si no era desarmado; que el astuto Pandolfo no creía en aquella venida. Después, con toda calma, el Secretario emprendió el regreso.

Al removerse las noticias acerca del paso del Emperador, también se agitaron los ánimos y las disputas de los ciudadanos. El *gonfaloniere*, totalmente inclinado hacia los franceses, según la antigua tendencia del pueblo florentino, no quería oír hablar de enviar una solemne embajada a Alemania, como querían los habituales opositores, entre los cuales Alamanno hacía honor a su nombre. Como consecuencia de estas disputas, para dar mayor claridad a las instrucciones de Francisco Vettori, se decidió enviarle nuevas instrucciones acerca del tributo que se podía ofrecer a Maximiliano, quien después de la primera descarga de quinientos mil ducados había disminuido mucho sus pretensiones.

Pero el *gonfaloniere* tenía poca confianza en Vettori, y pretextando que el asunto era de la mayor importancia y se debía enviar a quien pudiera referir de viva voz su encargo en caso de que no pudiera llevar a salvo las cartas, logró que se enviara a su Maquiavelo,⁶ el cual por entonces andaba preocupado buscando un sucesor para el facineroso don Miguel en el gobierno de su milicia.⁷ El mismo pretexto que le había servido para enviarlo a Francia a acompañar a Valori le daba ahora este pequeño desquite sobre sus enemigos. La comisión en resumen consistía en lo siguiente: ofrecer hasta cin-

cuenta mil ducados, comenzando por treinta, bajo ciertas condiciones de pago, y pedir la restitución y la conservación de todo el dominio sin ninguna limitación de autoridad.

Fue un triste viaje en una triste estación. Partió el 17 de diciembre, y caminando lo más rápido que pudo por pésimos caminos, se dirigió a Lombardía, donde encontró ya vientos de guerra. Los franceses montaban guardia y el emisario fue minuciosamente revisado, así que, por temor a una revisión aún más minuciosa, destruyó las instrucciones y las cartas que llevaba consigo.⁸ El día de Navidad se encontraba en Ginebra, de donde envió una breve carta a los Diez,⁹ de allí pasó a Bolzano, donde se hallaba la corte y Vettori con ella, a donde llegó el 11 de enero de 1508. El se excusaba por tan larga duración del viaje a causa de la enorme distancia, la incomodidad de la estación y de los caminos, el cansancio de los caballos y la escasez de dinero, ya que había dejado a lo largo del camino los ciento diez ducados que se le habían dado antes de partir.¹⁰ Afirmaba que en la gran desviación que había tenido que hacer no había perdido más de tres días, pero no los desperdició si es que le dieron ocasión de indagar en cuatro veces que tuvo que alojarse en tierra de los suizos "acerca de su modo de ser", especialmente con respecto a las armas, y hablar de ello muy por menor a los Diez en su primera carta enviada desde Bolzano; narró también lo que había indagado por el camino con respecto a la campaña del Emperador, desplegando continuamente con todos, de los grandes hasta los ínfimos, su insaciable curiosidad. En Constanza habló en la Catedral con dos milaneses, fue a buscar al célebre músico Ysaach, que tenía a su mujer en Florencia, y fue a cenar y a conversar con el embajador del duque de Saboya, el cual le dijo: "Tú quieres saber en dos horas lo que yo en muchos meses no he llegado a averiguar".¹¹

Así pues, habiendo llegado a Bolzano y referido a Vettori lo que se contenía en la comisión que había destruido, solicitó casi inmediatamente audiencia con el Emperador: los italianos, siempre propensos a exagerar en los títulos llamaban así desde hacía ya bastante tiempo al rey de los romanos. Cuando se halló delante de él, le ofreció treinta mil ducados en tres pagos; como esta oferta fuera rechazada por insuficiente, la elevó a cuarenta. Entonces Maximiliano comenzó a mostrarse satisfecho y contestó que al día siguiente le daría la respuesta. En seguida, llamando aparte a un cortesano, "le preguntó quién era el Secretario que había venido".¹²

Pero pasó el día siguiente, y otros diez días, y el Rey no enviaba respuesta alguna; finalmente, el 24 de enero fue llamado Vettori a presencia de Maximiliano para oír la protesta de que aquel dinero era muy poco y que no lo aceptaba: por lo pronto solicitaba inmediatamente un préstamo de veinticinco mil ducados, reservándose el tratar la cantidad del tributo con los embajadores de Florencia cuando su real persona hubiese llegado al Po. Era un desembolso seguro a cambio de una ventaja insegura; Vettori lo rechazó y solicitó a Florencia nuevas instrucciones. Pero si siempre era difícil entenderse con los Señores de Florencia cuando se trataba de hacerlos pagar, esta vez la tarea del embajador se había vuelto más difícil a causa de la enorme distancia, que con frecuencia era cómoda para los Diez a fin de salir del paso y contemporizar: más que nunca aquello parecía un diálogo entre sordos.

Las cartas de esta delegación se hallan casi todas y por entero escritas por Maquiavelo. Vettori no hacía más que firmarlas, y únicamente él, añadiendo cuando más unos cuantos renglones de su propio puño; en vista de que él también era un escritor de calidad,¹³ no se sabe si dejaba la pluma a su compañero por pereza, o por el gusto de servirse de un canciller, o por estar persuadido de que éste sabía salir del paso mejor que él. Es seguro que los dos florentinos se consultaban acerca de la manera de proceder y de lo que habían de escribir; ello resulta bien claro por las cartas de la delegación. En una ocasión escribe Vettori: "Ambas cosas las habíamos discutido Nicolás y yo";¹⁴ y en otra ocasión confiesa que sin su compañero (¡y qué compañero!) "habría visto menos".¹⁵ Todavía más, aun precaviéndome de fáciles errores de perspectiva, me arriesgaría a conjeturar que, dada su agudeza, edad y experiencia mayor, la parte más importante de aquellas decisiones la haya tomado el que poseía el grado menor. En otras ocasiones tuvo Nicolás, si no el nombre, las funciones de embajador, pero esta vez ni siquiera las funciones; no obstante, por su mismo carácter, acostumbraba ayudar un poco a todos, y estas cartas, en las que se encuentran párrafos que se reconocerían como de Maquiavelo aunque fueran de mano de Vettori, demuestran que él ponía en ellas bastante más que la escritura.

Pero a causa de que en esta colaboración no es posible distinguir qué es lo que corresponde a cada uno, esta delegación tiene de por sí muy poca importancia para quien escribe acerca de Maquiavelo. Tiene importancia sólo por su encuentro con el mundo alemán; y

no obstante que fue un encuentro pasajero, y fue muy difícil a causa de las dificultades de idioma, así como por la mayor diversidad de costumbres y de carácter, fue otra ventana abierta en su espíritu.

Si a Francia había ido con César, a Alemania iba con Tácito:¹⁶ no podía ser de otra manera en un hombre de su tiempo y de su formación. De una nación que a un florentino nacido en el siglo xv debía de parecer totalmente bárbara, aun en su desmesurada grandeza, no vio sino una parte de Suiza y del Tirol, que se parecían más en su tosquedad de regiones alpinas al retrato que hace Tácito de ella; no conoció, ni le hubiera sido de gran utilidad, puesto que él hablaba en términos políticos y militares, lo que había de riqueza y de cultura en las grandes ciudades del norte. No obstante, en su *Relación de las cosas de Alemania*,¹⁷ escrita inmediatamente después de su regreso a Florencia, al lado de los errores, omisiones y prejuicios propios de las condiciones en que lo ideó, brillan intuiciones maravillosas; y estos resplandores son los que hay que buscar en Maquiavelo, más que ciertas verdades particulares. Esta *Relación* fue reelaborada después en su *Retrato de las cosas de Alemania*,¹⁸ en el que no añadió más que mejor estilo y orden; no obstante, después de su partida mandaba revisar de nuevo los libros de Alemania, no sé en busca de qué.¹⁹

Se ha proclamado la superioridad de las relaciones venecianas sobre las del florentino. Lo que hay de cierto es que los embajadores venecianos presentaban con mayor abundancia y diligencia las formas exteriores, en tanto que Maquiavelo iba de un golpe al fondo de las cosas. Así, observando y especulando desde su estrecho punto de observación del Tirol, era capaz en realidad de ver en dos días lo que el embajador del duque de Saboya no había logrado ver en dos meses, y adivinar la eterna oposición entre la fuerza de aquel pueblo y su debilidad política: como un anuncio de su trágica dificultad para encontrar su equilibrio y su camino.

Las consecuencias de aquellas desastrosas condiciones políticas las soportaba el pobre Maximiliano, quien no lograba reunir ni siquiera una parte de los soldados y del dinero que se le había prometido en la Dieta; pero algo les tocaba sufrir también a nuestros dos florentinos, quienes se encontraban aprisionados entre la parsimonia de su República y aquel emperador que se hallaba "embarcado y con poca galleta"; entre las inciertas comisiones de los Diez y las mucho mayores incertezas del Emperador. De Florencia

escribían que admitieran hasta cincuenta o sesenta mil ducados, si consideraban que Maximiliano los aceptaba; pero Vettori no sabía si los iba a aceptar, tampoco lo sabía Maquiavelo, y ni siquiera Maximiliano.

Este no había terminado de decidirse a la empresa por la llegada de nuevos soldados, cuando ya se desanimaban por otros tantos que se iban. Un ministro dijo que todos podían engañar al Emperador, pero sólo una vez, mientras no se diera cuenta él, y a ello observó Maquiavelo burlescamente que eran tantos los asuntos y las personas que traía entre manos, que muy bien podía ser engañado diariamente aunque se diera cuenta de ello. Por ello no era de extrañar el hecho de que en aquella corte los vientos cambiaran día tras día; y que éstos soplaran ora fríos, ora calurosos para la empresa de Italia. Y venía a desorientar más al florentino, habituado a la locuacidad de los franceses, el misterio casi ridículo de que allí se rodeaba casi todo lo que se planeaba.

Todos aquellos secretos, añadidos a la magnitud de la nación, y a la dificultad de comunicarse con su patria, hacían que Maquiavelo y Vettori "se sintieran como en una isla abandonada".²⁰ De Trento, a donde todos los embajadores habían seguido a la persona del Emperador, los dos florentinos fueron enviados con los demás a Bolzano y después a Merano, para disimular, según les decían, los movimientos militares. Sin embargo, el primero de estos movimientos fue "más bien digno de un pequeño capitán que de un rey",²¹ después del cual los venecianos lo dejaron mal parado en el Cadore.

Maximiliano convocó entonces a una dieta en Ulm para pedir refuerzos, y en vista de que Vettori se enfermó, se decidió que iría Maquiavelo solo.²² Pero por desgracia no le tocó ir; y después de un viaje de Bolzano a Trento donde se hallaba la corte, continuó su sociedad con Vettori, que no tiene gran importancia para la posteridad. No obstante, ellos se entendían bien entre sí; y aquella delegación fue el comienzo de una amistad que durará toda la vida del Secretario florentino;²³ y aunque no le traerá otro beneficio, le dará ocasión de escribir una de sus más memorables páginas. Y en aquellos días la presencia de Maquiavelo era preciosa para Vettori; cuando su compañero solicitó licencia a los Diez desde el día de su llegada, escribía de su propio puño en el sentido opuesto: "Ruego a Vuestras Señorías que le permitan estar aquí mientras no se solucionen los problemas, porque su presencia se hace necesaria".²⁴ Después, el 13 de marzo, ambos se trasladaron a Innsbruck; de allí

tuvieron que regresar a Bolzano y después a Trento para escuchar las últimas peticiones del Emperador: sesenta mil ducados en tres pagos a breve plazo. Volvían a comenzar las tareas epistolares de Maquiavelo para obtener de los Diez una comisión segura y terminante, y sobre ella el dinero. El 30 de mayo escribía: "Dicho sea con el debido respeto, Vuestras Señorías han hilado esta tela tan delgada, que resulta imposible tejerla"; y más adelante: "Ya antes he escrito que no se puede decidir nada que no se pueda defender por la fuerza de cada uno, porque Alemania puede, y sólo le falta decirse; y no se puede saber qué sucederá si nos negamos, porque hasta ahora los alemanes se han detenido en las palabras". Y por último: "Sería necesario decidirse por alguno de los dos partidos. . . , y después de ver de cuál de los dos hay menos peligro, entrar en él y quedar firmes en la decisión en el nombre de Dios, porque estamos propensos a engañarnos si queremos medir estas cosas grandes con nuestros pequeños medios".²⁵

Pero una vez más los hechos dieron la razón a quien en Florencia había tomado, como ellos decían "al tiempo por aliado". Porque el Emperador, después de haber sido derrotado ferozmente otra vez por los venecianos, y dejado en sus manos Gorizia, Trieste con todo Friuli y finalmente Fiume, hizo una tregua con ellos; cuyas conclusiones fueron que cada quien conservara lo que le había tocado: la tierra los venecianos, y él los perjuicios y la vergüenza. Y así la campaña en Italia, la coronación en Roma, y el castigo de los franceses y la restauración de la autoridad imperial, volvían a tener la inconsistencia de los sueños. Y los florentinos no acostumbraban considerar las sombras como cosas sólidas: tanto menos a pagar por ellas más de lo que pesaban.

El 10 de junio, mientras que Vettori se disponía a alcanzar a la corte, Maquiavelo, hastiado ya de los alemanes y enfermo de mal de piedra (cálculo), diciendo que quería volver a su patria para curarse, salió de Trento.²⁶ Caminando más rápidamente que a la ida, el día 14 ya estaba en Bolonia, y el 16 en Florencia.²⁷

Más que mal de piedra, su enfermedad sería mal de patria, si es que pudo cabalgar con tanta rapidez, y poco después de su regreso soportar la dura vida del campo. Porque la República estaba decidida a acabar con la empresa de Pisa, y el múltiple secretario, después de ir a reclutar infantes para sus batallones en San Miniato y en Pescia, pasó con ellos a Pontedera y de allí, el 21 de agosto, al frente de la ciudad asediada.²⁸

Después de que el rey de Francia y después el de Aragón se decidieron generosamente a defender a los pobres pisanos, aunque sólo para poderlos poner a precio y obtener de ellos hasta ciento cincuenta mil ducados, los florentinos se afirmaron cada vez más en sus intenciones de asedio. Había llegado el momento de poner a prueba la nueva milicia y servirse de ella. Era una fiesta para Maquiavelo, pero al mismo tiempo una gran preocupación. En octubre primero, y después en noviembre y diciembre, fue a hacer levas y a pasar revista en San Miniato y en Valdinievole, en el vicariato de Chianti y en el valle de Cecina.²⁹

A fines de enero de 1509 ya se hallaba alistando infantes en la Mulina de Cuosa; y a mediados de febrero vemos que ya ha reclutado un millar de ellos en la desembocadura del Fiumemorto a fin de impedir toda ayuda externa a la ciudad debilitada. Por medio de puentes, empalizadas y terraplenes, el Arno y todos aquellos canales quedaron obstruidos; y Maquiavelo fue el que se encargó de la disciplina, de las facciones y de los trabajos; de todo. Por la estrechez de tiempo no escribía sino cartas breves,³⁰ y puesto que eran leídas en el consejo de los Ochenta, Buonaccorsi le encargaba, aunque en vano, que les enviara alguna de las que él sabía y solía.³¹ Y los Diez escribían a su secretario, "que iba y venía vigilando a todo el ejército";³² "Hemos dejado bajo tu absoluta responsabilidad todo este asunto".³³

Pero en vista de que él solo no podía encargarse de todo ese asunto, "ya que el único responsable que se hallaba en el campo era Nicolás Maquiavelo",³⁴ fueron enviados como emisarios Alamanno Salviati y Antonio de Filicaia. Ya antes de que éstos llegaran el 4 de marzo había ido a Lucca por iniciativa personal para recordar a aquella República el acuerdo firmado de no ayudar a los asediados;³⁵ y cuando llegaron los emisarios, fue enviado por los Diez ante el señor de Piombino quien había notificado que los pisanos le habían pedido se hiciera mediador en un acuerdo. Debía ir a juzgar si el asunto tenía fundamento o era sólo una astucia para aprovecharse de "la complicidad del tiempo"; entre tanto, ya comenzaban por toda Italia grandes movimientos de guerra, de los cuales todavía esperaba algo quien no tenía ya esperanza alguna. En cambio a los florentinos, que ya tenían el platillo servido, no les convenían esta vez los titubeos.

Partió, pues; y el 14 de marzo estaba ya en presencia de Appiano y de los delegados de Pisa. Estos habían dicho primero palabras generales, pero cuando añadieron que no concluirían nada sin la



Lámina VI. *Retrato de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, de autor desconocido (s. XVI), en el Palacio Riccardi, Florencia. Foto Alinari.*

presencia de sus señores, el diálogo se volvió áspero de pronto; oigámoslo de boca del mismo Maquiavelo: "A la primera parte yo respondí lo que juzgué oportuno; y a la segunda dije que no respondía nada porque ellos tampoco habían dicho nada, de manera que si querían que algo les respondiera, que ellos me dijeran algo. Me respondieron que ya habían dicho bastante al pedir seguridades respecto a su vida, su honor y sus propiedades. Les respondí que debían especificar qué clase de seguridades eran las que pedían si querían que yo les respondiera; y que si estas peticiones eran razonables y dignas, les serían concedidas, ya que Vuestras Señorías quieren de ellos obediencia, y no van a atentar ni contra su vida, ni contra su honor, ni contra sus propiedades".³⁶ Aquí terminaron las pláticas, no sin que antes se ingeniara Maquiavelo por sembrar cizaña entre los delegados. Luego de referir todo esto a los Diez, primero por carta desde Piombino, y después de viva voz en Florencia, regresó a compartir con sus infantes la vida del campo.

El 16 de abril, habiendo sabido que los Diez querían que se trasladara a Cascina, donde se hallaba el emisario Nicolás Capponi, quien se encargaba de todo lo referente a las provisiones del ejército, escribió: "Sé bien que dicha permanencia sería menos peligrosa y menos fatigosa, pero si yo rechazara el peligro y la fatiga, no hubiera salido de Florencia. De manera que ruego a Vuestras Señorías que me permitan quedarme en estos campos y encargarme junto con los emisarios de todo lo que se vaya ofreciendo, ya que así puedo ser útil en algo; en cambio allá, no serviría para nada y me moriría de aburrimiento".³⁷ Aquí es donde hay que hablar realmente del patriotismo de Maquiavelo. ¡Y cuánto más nos agrada este su carácter entusiasta, cuando aparece de pronto por debajo del otro, inmutable y burlón!

Así pues, "iba y venía vigilando a todo el ejército"; pasaba continuamente de uno a otro de los tres campamentos en que se hallaban distribuidos los batallones de la ordenanza. Los infantes reconocían más su autoridad que la de los comisarios generales, lo cual hizo que un día Salviati, indignado, prorrumpiera en palabras muy semejantes a aquellas con las que le había dado las gracias anteriormente; cuando Maquiavelo se lo reprochó por carta, le respondió también epistolarmente negando la injuria y justificando su cólera por la falta de respeto a su autoridad de comisario: "Aunque ellos quieren obedecer en todo lo que vos ordenéis, no es posible encontraros en todas partes para poder dar órdenes. Yo estoy de acuerdo

en que os aprecien y estimen, ya que están continuamente cerca de vos, y es conveniente que os tengan obediencia para que todo se lleve a cabo en orden".³⁸

A mediados de mayo dejó Maquiavelo el campo durante dos o tres días, y fue a Pistoia para atender con más cuidado a las provisiones.³⁹ Pero la guerra ya había terminado. El 20 de mayo ya se encontraba junto con los comisarios que trataban con los emisarios de Pisa la rendición de la ciudad; y son de su propio puño algunas cartas en que se da noticias de ello a los Diez.⁴⁰ Cuando fue una embajada de los vencidos a Florencia, él, que en todo aparecía, la acompañó; cuando se llegó a un acuerdo y se determinaron sus capítulos, su nombre fue escrito bajo el del primer secretario, Marcelo Virgilio en el acta de entrega de la ciudad,⁴¹ el 4 de junio. El día 8, después de una guerra que había durado quince años, los comisarios de Florencia entraban en la ciudad; Maquiavelo se hallaba con ellos, y también sus batallones.

En medio de la alegría de aquel triunfo que hizo enloquecer a Florencia, no sabría decir cuántos hayan sido los que recordaran al modesto secretario para felicitarlo y rendirle las alabanzas que había merecido; pero no faltó alguien que lo recordó. Agustín Vespucci le escribió aquel mismo día: "*Prosit vobis* el haber estado presente en un acontecimiento tan glorioso, *et non minima portio rei* (de cuyo mérito os corresponde una gran parte)". Y más abajo: "Me atrevería a decir que vos, con vuestros batallones *tam bonam novastis opera, ita ut, non cunctando sed accelerando, restitueritis rem florentinam*. (Habéis realizado una hazaña inolvidable al devolver a Florencia lo que le pertenecía, pero no a base de paciencia, sino de rapidez). No sé ni lo que me digo. Os juro que es tanta la alegría que tengo, que os escribiría todo un discurso en el estilo de Cicerón".⁴² Y también Felipe de Casavecchia: "Mil felicitaciones os doy por la importantísima adquisición de esta noble ciudad, que realmente se puede decir que se debe a vuestra persona, al menos en una gran parte". Y después añade: "No creo que vuestra filosofía sea de las que pueden comprender los cortos, y puesto que son muy pocos los sensatos, vos comprenderéis . . . Cada día me convenzo más de que sois el más grande profeta que hayan tenido jamás los hebreos u otra nación alguna. Nicolás, Nicolás, en verdad os digo que no puedo decir todo lo que quisiera".⁴³

No le tocó a Maquiavelo ver grabado su nombre en el mármol para perpetua memoria de aquella entrada, como a Salviati (quien

poco después murió en Pisa de malaria), o como a Filicaia y a Capponi. Se contentó con estas alabanzas escritas en simple papel; y en este caso el tiempo, que suele obrar al contrario, ha convertido en simple y llana verdad lo que entonces era quizás exageración y adulación.

CAPITULO XI

COMISION A MANTUA Y A VERONA TERCERA DELEGACION A FRANCIA

Mientras que tan tranquilamente se extinguía aquella hoguera de la guerra de Pisa, otro incendio mucho más grande ardía en Italia. Habiéndose firmado en Cambray la alianza entre el rey de Francia y Maximiliano para atacar a Venecia, a la que se sumó no sin cierta repugnancia Julio II y después el rey de Aragón, en la primavera de este año de 1509 todos estaban en contra del León de San Marcos. En Lombardía los venecianos, derrotados el 14 de mayo en las riberas del Ada, perdieron muy pronto Bérgamo y Brescia; en Romaña, luego de perder el 24 a Faenza e inmediatamente después a Rávena, cediendo a las dobles armas del Papa, le entregaron a discreción Rímini y Cervia. Arrastradas por los escombros de la victoria francesa, se entregaron también Verona, Vicenza y Padua, de las cuales, no por virtud suya, sino de los capítulos firmados en Cambray, hizo tomar posesión el Emperador.

Cuando ya todo estuvo hecho, éste bajaba de sus montañas con un enorme ejército reunido a expensas del rey de Francia y del Papa. Pero su venida, tardía, irresoluta y ridícula, no produjo más efecto que el de hacerle perder en parte lo que las armas de sus aliados le habían conquistado. Porque Mantua regresó inmediatamente a poder de los venecianos, y Maximiliano, después de asediarla con muchísimos soldados y una pasmosa cantidad de artillería, tuvo que retirarse con la habitual vergüenza. Se refugió primero en Verona, y de allí, después de solicitar inútilmente la ayuda de los franceses, y proponer a los venecianos una tregua que los vencidos negaron al vencedor, emprendió el regreso a tierras más dignas de confianza.

Pero antes de dejar Verona, se había puesto de acuerdo con los florentinos respecto al famoso tributo: le pagarían cuarenta mil florines en cuatro pagos. Era una suma menor de la que un día había podido obtener de Vettori, y ahora ni siquiera se la hubieran dado

sin la intervención de los franceses; ¡pero no obstante era una de las pocas ganancias que obtenía con su venida a Italia! El primer pago se le entregó inmediatamente, en octubre, habiendo él acogido a los embajadores con estas palabras: "Aquí no se puede vivir sin dinero"; para el segundo, que debía ser entregado en Mantua a mediados de noviembre, fue enviado Maquiavelo.

Salió, pues, el 10 de noviembre con otros dos jinetes que llevaban diez mil florines en oro.¹ Llegó a Mantua el día 15, casi junto con la noticia de que se había rebelado Vicenza, echando fuera de la ciudad a la guarnición imperial. Pero además del encargo monetario le había sido dado también el de vigilar los movimientos guerreros.² Así pues, después de deshacerse del dinero, el día 21 se encaminó a Verona, hacia donde se dirigía la borrasca que ya se percibía en el aire; si hubiera llegado un día después, ya hubiera encontrado bloqueados los caminos. Y como él suponía que allí iba a estallar la guerra, allí decidió esperar al Emperador.³

En su primera carta, después de referir las condiciones en que ha encontrado la ciudad, en la que el pueblo, a diferencia de los nobles, continuaba fiel a San Marcos, concluía: "Por una parte se cree que los de Verona tengan un gran deseo de asemejarse a los de Vicenza, por otro parece razonable que las fortalezas y los franceses que ya se hallan cerca, los vayan a contener; sin embargo, los pueblos alguna vez tienen deseos de concederse un capricho sin pensar en lo que puede seguirse de ahí". Añadió información acerca de las fuerzas del Emperador y de las de los venecianos, acampadas a cinco millas; y describió la colocación y las murallas de la ciudad.⁴

Pero el peligro del próximo choque parecía desvanecerse, no obstante que en alguna de sus cartas a Buonaccorsi hubiera mostrado antes alguna preocupación por la trampa en la que se había ido a meter.⁵ Pero pasaban los días y no sucedía nada. Los venecianos se retiraron de Verona; el Emperador se hallaba muy retirado esperando los refuerzos inútilmente pedidos al Rey, a quien le parecía que ya lo había ayudado bastante; el león de San Marcos recobraba el aliento después del mortal ataque. Y Maquiavelo escribía: "Si estos reyes continúan defendiéndose el uno del otro y no emprenden esta guerra fuerte y breve, podría suceder que todas estas tierras regresen más rápidamente de lo que se marcharon".⁶ Y el primero de diciembre: "De estos dos reyes, uno puede hacer la guerra y no quiere hacerla, y el otro quisiera grandemente hacerla, pero no puede".⁷ Está claro que este último era el pobre Maximiliano.

En Verona, Maquiavelo se encontraba sin nada qué hacer; “pero para dar señales de vida” se dedicaba “a idear discursos fastidiosos para los Diez”.⁸ Ideaba también no sé qué “cuentecillo”,⁹ que envió después a Luis Guicciardini, que desde Mantua lo instaba para que escribiera algo;¹⁰ se ha llegado a pensar que se tratara del segundo *Decennale*,¹¹ que termina precisamente en aquel año de 1509. Quizá sí, quizá no. No faltan, además de esta singular coincidencia del *terminus ad quem*, los argumentos en favor del sí; tales como algunos versos que parecen formados con palabras de sus cartas de ese tiempo. Tampoco faltan los argumentos para el no; tales como un tratamiento de “anciano” dado a Giacomini en el hermoso y sentido elogio que hace de este gran ciudadano, que en 1509 no debía de tener más de cincuenta y tres años.¹² La cual consideración aconsejaría trasladar la composición de este poemita más allá de 1514: en el cual, o en el siguiente año es mucho más verosímil que el autor se hubiera decidido a escribir la historia del decenio que va de 1505 a 1514; sin contar que para entonces Maquiavelo hubiera podido menos impropriamente llamar anciano a Giacomini, y decir de sí mismo, *post res perditas* (después de todo lo que perdió), que “se hallaba fuera de sí por el dolor”.¹³

Sea como fuere, lo cierto es que por entonces se encontraba ocioso, y el ocio suscitaba, también en él, los caprichos; entre los cuales yo deseo incluir una carta escrita al mismo Luis Guicciardini. Este, que siempre tuvo el prurito de la literatura, le había narrado algunas de sus aventuras amorosas y descrito ciertas bellezas; entonces se le ocurrió a Maquiavelo escribirle algo opuesto, que resultó con cierto parecido a la parodia que del famoso soneto de Bembo hará después otro florentino igualmente extravagante. Y se pone a contar a su amigo un hecho que le sucedió “por la carestía del matrimonio”, engañado por una vieja rufiana y por la oscuridad. Cómo haya sucedido el hecho, no viene al caso referir aquí por menor; baste decir que sucedió. Y una vez que se hubo librado de aquella hambre, quiso servirse de una linterna para ver de qué calidad era la mercancía que había suplido la citada carestía. ¡Horror! Era una vieja sucia y decrépita; y no hay ninguna descripción de este género intentada por los literatos del pasado que supere a la de Maquiavelo, quien no obstante sabe introducir dentro de su horrible cuadro algún rasgo de aquella simpatía tan característica de su estilo (“... su boca parecía la de Lorenzo de Médicis, pero estaba torcida hacia un lado, y de ahí fluía un poco de baba . . .”). A la vista de tal monstruo le

dio un vuelco el estómago, y poco falta para que al lector no le suceda lo mismo.¹⁴ El nudo de la narración puede ser cierto; pero los detalles son demasiado exagerados para ser verosímiles, demasiado veristas (si se me permite el juego de palabras) para ser verdaderos.

Pero después de tres semanas el Secretario florentino se cansa ya de estos ocios y caprichos. El primero de diciembre escribe a los Diez: "Si el Emperador se detiene en Trento, probablemente vaya yo allá";¹⁵ pero después, habiendo recibido noticias en el sentido contrario, supo que aquél se encaminaba a Innsbruck para pasar después a Augsburgo para la Dieta, el 11 regresa a Mantua y al día siguiente escribe solicitando licencia, "ya que el ir a Augusta para conocer las deliberaciones de la Dieta no es muy necesario . . . , y además a él no le agrada como a los demás príncipes tener junto a sí representantes [hombres] de otras potencias".¹⁶ La licencia le fue concedida el día 17, y debió de llegar a su poder el 21 o 22. Pero se ve que no salió sino después de Navidad, y que cabalgó con toda tranquilidad, ya que no llegó a Florencia antes del 2 de enero.¹⁷

No sé yo cuál haya sido la causa de tanta lentitud, ni si en Mantua o en Bolonia quiso resarcirse de la carestía padecida en Verona. Lo cierto es que su regreso no fue grato. Al venir en camino recibe de Buonaccorsi una carta escrita el 27 de diciembre, dirigida *ubi sit* (a donde se encuentre); en ella se le dice con palabras llenas de agitación que un encapuchado, acompañado de dos testigos, había presentado al secretario de los conservadores de la Ley un informe en que se decía que Maquiavelo, "por haber nacido de padre, etc.", no podía ejercer el cargo que tenía. Añade Buonaccorsi que, aunque la ley está de parte de su amigo, "una gran cantidad de personas que se ha levantado exagerando este asunto le ha dado un aspecto demasiado peligroso y hace falta una gran ayuda y tratarlo con extremo cuidado". Continuando en este tono, la carta sigue exagerando lo peligroso de la situación, el número y furor de los adversarios, y la escasez de los recursos".¹⁸

Es muy fácil de comprender en qué consistía esta supuesta incapacidad de Nicolás para ejercer su cargo por causa de su padre; aunque Tommasini, excitado por aquel *etcétera*, que a él le parece inmediatamente "prudente y obsequioso" sin fijarse que esta y todas las demás cartas del buen cooperador se hallan llenas de *etcéteras* que no tienen nada de prudentes ni obsequiosos, se haya puesto a fantasear acerca de una ilegitimidad de Bernardo. En cambio, está claro, y lo sabemos por otras fuentes, que Bernardo era *a specchio*,¹⁹

es decir, deudor insolvente al gobierno; y esta condición, no la ilegitimidad de su padre, era la que excluía de los cargos también al hijo.²⁰ Le hubiera bastado a Tommasini considerar que otros colegas se hallaban en la misma condición de Maquiavelo; y si los ciudadanos *a specchio* eran algunos millares, en cambio, no parece verosímil que la cancillería pudiera hallarse llena de hijos de padres ilegítimos.

Escribía Buonaccorsi que ya había estado tratando de poner remedio a tales males; pero el más eficaz sería que difiriera su regreso algunos días, y era esto lo que le suplicaba. La carta debió de recibirla Maquiavelo más adelante de Bolonia, hacia el 29 de diciembre; así pues, parece que sí se detuvo un poco por el camino, siguiendo el consejo, pero no más de uno o dos días: el tiempo necesario para recibir informes más detallados. El espanto del cooperador le debió parecer excesivo desde el primer momento. Sabía que era desconfiado y excitable, y solía burlarse de él con eso;²¹ sabía que tenía muchos enemigos, pero también amigos poderosos, comenzando por el mismo *gonfaloniere*. Y no creo yo que sus mismos enemigos pensarán que Soderini fuera a permitir que le quitaran a su "títtere"; aquel informe fue uno de tantos manejos con los que se pretendía molestar más al *gonfaloniere* que al modesto Secretario.

El cual tenía otras molestias que quizá eran más gravosas. Por sus cartas familiares se tiene noticia de un pleito que por entonces llevaban en Roma contra él.²² Las conjeturas son aquí inútiles e inciertas; pero creo que no me equivoco con mucho (que por lo demás no tendría mayor importancia) al suponer que se haya tratado de algunos beneficios eclesiásticos relacionados en alguna manera con la transacción llevada a cabo entre él y su hermano Tutto, quien precisamente en esos días, el 5 de enero de 1510, pasaba de clérigo a sacerdote.²³ Con dicha transacción, por decisión de Francisco Nelli y Pedro del Nero, Tutto había renunciado en favor de su hermano a la mitad que le correspondía de los bienes paternos,²⁴ que consistían principalmente en la casa que tenía en Florencia y en la granja de Sant'Andrea in Percussina.

No se sabe cómo haya terminado el pleito de Roma; el informe de Florencia, se deduce de los hechos, ya que Maquiavelo continuó siendo secretario de la Señoría, de los Diez y de los Nueve. Por orden de los Diez estuvo del 12 al 23 de marzo en Monte San Sabino, arreglando unas diferencias que habían surgido entre los hombres de Gargonza, en el territorio florentino, y entre los de Armaiolo, en



Retrato de Piero Soderini (de autor anónimo). Foto Alinari.

el de Siena;²⁵ y por orden de los Nueve, del 25 de mayo al 3 de junio, fue a contratar y pasar revista a los infantes de los municipios de San Miniato y de Valdinievole.²⁶ Hacía pocos días que había regresado cuando por tercera vez tuvo que partir para Francia.

Ya nadie contaba con Julio II. Después de haber saldado con los venecianos sus cuentas nuevas y viejas, no quiso seguir procediendo en contra de la gloriosa República; esto molestó en extremo a Maximiliano, cuyas cuentas quedaban en cambio pendientes y sin facilidad de cobro, igualmente al rey de Francia, que tenía tantas razones para acabar con la República de Venecia como el Papa para conservarla: porque uno quería domar al León de San Marcos para tener más fácil acceso a Italia, y el otro pensaba servirse de él para arrojar de ella a los franceses. Entre tanto trataba de enemistar a los demás potentados contra ellos, mientras contrataba suizos y se preparaba para atacar a Ferrara, no obstante la protección de Francia. Entre desprecios y sospechas, el odio del Papa y el resentimiento del Rey crecían día tras día, lo cual hacía temer muchas desgracias; máxime habiendo muerto en mayo anterior el Cardenal de Ruan, que siempre se había interpuesto entre su señor espiritual y su señor temporal.

La situación de los florentinos era difícil, ya que querían permanecer leales a Francia y no podían enemistarse con Julio; porque, decía Soderini, "si no tiene gran utilidad tener por amigo al Papa, es muy perjudicial tenerlo por enemigo". Por ello, cuando se retiró el embajador que tenían en la corte de Francia, enviaron en su lugar a Maquiavelo para que justificara la cautela de Florencia en sus relaciones con el fogoso Pontífice. Junto con aquella comisión pública recibió una privada del *gonfaloniere*; el cual, además de insistir sobre la comisión que le habían dado los Diez, quería dar seguridades al Rey en tan críticas circunstancias de su fidelidad personal y de la del cardenal su hermano.²⁷ Este, por su parte, al informarse del viaje de Maquiavelo, se apresuró a enviarle desde Roma una carta para recomendarle, tal como ya lo había hecho el *gonfaloniere*, la paz entre el Papa y el Rey.²⁸

Llegado a Lyon el 7 de julio,²⁹ no sin antes haber encontrado en el camino al embajador que ya regresaba (el cual era su bueno y grande amigo Alejandro Nasi), Maquiavelo volvió a partir dos días después, y el 17 llegó a Blois, donde se hallaba la corte. Robertet le dijo inmediatamente que llegaba muy a tiempo porque el Rey ya estaba pensando en enviar un hombre a posta a Florencia, receloso de la partida del embajador en los momentos en que más tirantes eran sus relaciones con Roma. Y más todavía porque la República, cediendo a las peticiones del Papa, había dejado el paso a Marco Antonio Colonna, el cual, quebrantando sus compro-

misos, iba a intentar un golpe de mano sobre Génova. Tampoco esta vez faltaron las palabras a nuestro florentino.

Pero el Rey, que lo recibió poco después, dejando a un lado las palabras, pasó inmediatamente a los hechos, pidiendo que la República declarara "sin tardar un instante más" qué haría en caso de que el Papa lo molestara. No le sirvió al emisario el replicar que los florentinos tenían firmados pactos con Su Majestad, y que nunca los quebrantarían. "Contestó que creía estar seguro de ello, pero que quería una certeza aún más completa", y le aconsejó que escribiera esto a sus Señores inmediatamente, y que le entregara la carta a Robertet para que la enviara con las postas reales.³⁰

Así lo hizo Maquiavelo, y mientras esperaba la respuesta, que por lo demás ya conoce conociendo a los florentinos, va a visitar a los señores de la corte. Por todas partes las campanas tocan a muerto para el Pontífice: "Negarle la obediencia, promover contra él un concilio, y arruinarlo en sus estados temporales y espirituales son sólo algunos de los males que lo amenazan".³¹ Pero en la corte se halla también el nuncio del Papa, "un señor verdaderamente probo y con mucha prudencia y práctica en los negocios del Estado"; lo va a visitar y lo encuentra afligido "y muy sorprendido de que tan bruscamente hayan surgido tantas amenazas de guerra".³² También se encuentra en la corte el agente del cardenal Soderini, de nombre Juan Girolami, quien día tras día le comunica los proyectos de su amo; muy pronto entra con él en ciertas negociaciones a fin de que los florentinos se constituyan intermediarios pacificadores en medio de estas perturbaciones que traen tantas amenazas para Italia, para Florencia y también para los intereses particulares del propio Cardenal.³³

El 8 de agosto, mientras cabalgaban por ciertos parajes en que el Rey andaba de cacería, el Secretario florentino y Robertet hablaron largamente "acerca de todos los asuntos de Italia". El resumen que Maquiavelo dio a los Diez de aquella charla fue el siguiente: "Créanme Vuestras Señorías como le creen al Evangelio que si entre el Papa y esta Majestad hay una guerra, no podrán dejar de declararse en favor de alguna de las dos partes"; y ya que esto implicaba ciertos peligros, juzgaba prudente "no correrlo sin tener algo que ganar". Cuando Robertet le hubo preguntado si los florentinos quedarían satisfechos con el ducado de Urbino, Maquiavelo había eludido la respuesta; pero sugería a sus señores que aquel era el tiempo de pensar en Lucca. No obstante, no había dejado de ilus-

trar los peligros que significaban para Francia el emprender una guerra con el Papa, "pormenorizándole todo lo que de ahí se seguiría"; "porque si la hacían por sí solos, ya veía que era bastante difícil; y si la hacían acompañados, necesariamente tenían que compartir Italia con algún compañero, contra el cual tendrían que hacer después una nueva guerra, mucho más peligrosa que la que hubieran hecho contra el Papa". Como conclusión había persuadido a Robertet, y casi se había persuadido a sí mismo, de que podría cambiar aquellos cerebros franceses "que de gobierno no entendían nada": "Y habría esperanzas de hacerles entrar en la cabeza todas estas razones si se hallara presente por aquí más de un italiano con cierta autoridad que se dedicara a ello".³⁴ Pero italianos como él no había en Francia, y quizá ni siquiera en Italia.

Entre tanto, las cosas continuaban en su curso fatal. A la urgente demanda del Rey a los florentinos para que se declararan en su favor, los florentinos respondieron que estaban siempre dispuestos a observar los pactos que habían firmado, pero que no le podían ofrecer ninguna ayuda segura. Maquiavelo llevó esta respuesta al Rey, "quien se mostró muy satisfecho de ella"; pero, como si no la hubieran conocido, se le llamó en seguida al Consejo y se le pidió que la República ayudara con su gente a Chaumont, en caso de que el Papa, "movido por el diabólico espíritu que se le ha metido", intentara algo en contra de Génova. Habiendo replicado que así la ciudad se echaba encima de un golpe las cóleras y las fuerzas de Julio, aquellos señores del Consejo "casi todos a coro" exclamaron que se iba a tratar de reprimir un asalto por pocos días, ya que el Rey se preparaba a organizar en Italia *coelum novum et terram novam* (un cielo nuevo y una tierra nueva). De manera que no le quedó más que hacer, aun sabiendo también esta vez de antemano cuál sería la respuesta, que referir a los Diez las protestas del Rey; y eso fue exactamente lo que hizo, concluyendo nuevamente: "Estos sin remedio quieren complicaros en esta guerra; sin embargo, hay que pensar qué es lo que se puede ganar ahora que estamos en peligro de perder".³⁵

Pasan los días, continúan los asiduos informes del emisario; pero las cosas no cambian. El Rey continúa de mala gana encaminándose hacia aquella guerra contra el Papa, y sin retroceder un solo paso. Dice: "¿Y qué queréis que yo haga? No puedo dejar que el Papa acabe conmigo". Tiene pensado contemporizar durante todo el próximo invierno, y mientras contemporiza reúne el concilio galicano contra

Julio; el cual, en cambio, reúne soldados, lleva la guerra contra Ferrara, y toma a Módena por capitulación. Pero los soldados suizos que lo sirven son detenidos y dispersados en los pasos de la Lombardia; y en la corte de Francia se lanzan soberbias palabras acerca de la guerra que harán en la primavera. "Más aún: no será una guerra, sino un largo viaje hasta Roma". Maquiavelo anota que sería cosa de desear, "con el fin de que a estos padres les toque también en este mundo algún bocado amargo".³⁶ Se ve que para el otro mundo tenía respecto a ellos buenas esperanzas.

En aquellos días Francia se hallaba afectada por aquella especie de gripa que llamaban *coqueluche*, y también Maquiavelo tuvo que pagar el escote. El día 24 escribe, pidiendo disculpas: "Hace cinco días que no hablo con nadie, porque he tenido que permanecer en casa impedido por la tos"; la cual, aún después de que lo dejó, "le ha dejado una indisposición de estómago tal, que no consiente ninguna comida".³⁷ Además, se ha quedado, como de costumbre, sin dinero, y ello aumenta su disgusto. Pide a Dios que se lo envíen, repitiendo a sus Señorías lo que ya les ha escrito unos días antes, "si no quieren que me vea obligado a vender los caballos y regresar a pie".³⁸

La enfermedad le hace sentir la nostalgia de la patria y quizá también los cuidados de su amada esposa, que era suplida no sé hasta qué grado por una cierta Jeanne, lo que se le echará en cara después más o menos maliciosamente.³⁹ Siente que el regreso está ya próximo, puesto que el nuevo embajador, Roberto Acciaoli, ya ha emprendido el viaje, si bien con toda calma. Francisco Vettori le escribe: "He rogado a Roberto que os haga regresar pronto, porque al menos, al perderlo a él, os recuperaremos a vos . . . , en quien Felipe (Casavecchia) y yo pensamos todos los días".⁴⁰ Este Francisco, después de la delegación en Alemania se ha vuelto tan amigo suyo, que le firma las cartas con su solo nombre de bautismo; y naturalmente, se ha convertido también él en su compadre. No sabría yo decir cuál fue el hijo que ocasionó este compadrazgo: pudo ser uno que le nació al principio de este año de 1510, y que morirá en febrero de 1511.⁴¹ Ya no es posible estar al tanto de los hijos y de los compadres de Maquiavelo.

Pero entre tanto sus hijos y su mujer están muy bien, y cuando una vez se quejó con sus compañeros de la cancillería porque no le habían dado noticias de ellos, Buonaccorsi le respondió breve y graciosamente: "Tu esposa está aquí, y está viva; todos sus hijos están

con ella; no se ha visto humo en la casa, y la vendimia de Percusino será muy escasa".⁴² ¡Porque ahora a las preocupaciones políticas y militares del secretario de la Señoría, de los Diez, de los Nueve, y actualmente emisario de la República ante el Rey cristianísimo, se añaden las rurales de su nada extensa propiedad de Sant'Andrea! Las cosechas, la tristeza de las estaciones, las preocupaciones que tienen siempre entre manos aquellos campesinos, en parte le disgustan, en parte le complacen, y en parte se vanagloria de ellos fingiendo desprecio para con sus compañeros de oficio.

¡Pero ahora tiene otras preocupaciones además de sus campesinos! Ahora se halla en la corte de Francia y tiene en sus manos las desgracias de su República, pobre vasija de barro estrechada en medio de dos grandes tinas de bronce. Y en esta delegación hace honor a su buena fama. Va a visitar a Robertet, el cual, al igual que el Rey, ha sido atacado también por la *coqueluche* y se ha recluso en su casa enfermo, y discurre con él con habilidad y firmeza. Le dice que si la guerra continúa, el Rey debe guardar "un gran respeto" para la ciudad, la cual haría ya mucho por él defendiéndose por sí misma sin pedirle ayuda; y que por consiguiente, cuando esté en el Consejo "si quiere que los florentinos hagan o digan algo", haría falta "que tales peticiones y planes fueran bien pensados y digeridos".⁴³

Los franceses parecen quedar satisfechos con aquellas razones, pero después vuelven a lo mismo; sobre todo Chaumont, quien no teniendo junto a sí los consejos de Maquiavelo y sí, en cambio, el peso de la guerra de Italia, apremia e insiste para lograr refuerzos. Pero Maquiavelo, volviendo a presentarse ante el Consejo, vuelve a hablar por extenso, explicando sus razones: que los florentinos estaban dispuestos a observar el acuerdo, pero que no le parecía prudente que ellos, encerrados en medio de los estados de la Iglesia, despacharan a su gente, quedando desarmados en medio de las armas enemigas; los cuales soldados dentro de su propio territorio servirían al Papa "como un freno mejor colocado allí que en ninguna otra parte". El Consejo no sólo escucha atentamente, sino que también alaba las palabras del Secretario.⁴⁴ Por fin, han quedado todos persuadidos.

Pero también han contribuido a persuadirles las amenazas de Julio, quien ya habla claramente de querer modificar el gobierno de Florencia porque es demasiado favorable a Francia.⁴⁵ El terrible Papa no ha dejado hablar a los embajadores florentinos cuando, alcanzándolo en Montefiascone durante un viaje que hacía a Bolonia,

le han propuesto la mediación de la República entre la Iglesia y el Rey, ofreciéndole palabras de paz cuando iba a la guerra. Lleno de cólera, los ha amenazado con censuras, saqueos de los bienes florentinos y otras cosas peores. Y los malparados embajadores consideran que han salido con bien, porque a un emisario del duque de Saboya, que había ido a hacerle el mismo ofrecimiento, le había tocado la cárcel y la tortura; y poco antes, en Ostia, había amenazado con mandar arrojar al mar al embajador de Ferrara que era nada menos que el divino cantor del *Orlando*.

En el paroxismo de su cólera, el colérico Papa había hablado de "librar a Italia de la esclavitud de los franceses".⁴⁶ Estas palabras fueron registradas por Maquiavelo sin comentario alguno, no obstante que él mismo escribirá contra este "bárbaro dominio" su famosa exhortación. Villari y algunos otros se sorprenden de que el escritor de esta página, después de haber alabado a un Valentino, no hubiera mostrado jamás inclinación alguna hacia el magnánimo Julio.⁴⁷ No obstante, no hay razón para tal extrañeza; ya que éste fue el destructor de la libertad de Florencia y el causante de la prolongada desgracia que consumirá a Maquiavelo en tanto que escribe aquella y todas sus más memorables páginas. No le agradaba: primero, porque no podía formar a base de cóleras y de impulsos su modelo de príncipe; además, porque a él no le agradaba el gobierno de los eclesiásticos, que había perjudicado por igual a la religión de Cristo y a su propia religión, el Estado; y finalmente porque, como florentino, detestaba la grandeza temporal de la Iglesia. Por lo demás, aun aquel famoso grito contra los bárbaros sonaba extraño en boca de Julio, quien tanto había contribuido a introducirlos en Italia, y que había sido realmente un "fatal instrumento de las desgracias de Italia".⁴⁸

Así pues, no fue por agradar a los franceses, los cuales no le agradaban en absoluto, por lo que, cuando le leyeron las cartas del Rey a Chaumont, conformes a los puntos de vista que él había expuesto ante el Consejo, instigó a Robertet a "hacer frente y presentar batalla a aquel Papa, si querían salir con bien". Y después refería a los Diez: "Me respondió que estaban seguros de que hacía falta dar al Papa un fuerte descalabro; y al decirme esto, sonriendo me dio una palmada en la espalda, como diciendo: y muy pronto lo haremos".⁴⁹

Pero su delegación ya se encontraba hacia su término. En Tours, a donde se había trasladado con la corte a principios de septiembre,

llegaban ya las cartas dirigidas al nuevo embajador, porque los Diez, acostumbrados a la rapidez y diligencia de su Secretario, creían que ya había llegado o estaba por llegar. En realidad, el 31 de agosto se hallaba todavía en Lyon, y el emisario continuaba recibiendo las cartas y contestando a ellas. No llegó sino hasta mediados de septiembre; pero Maquiavelo se detuvo todavía algunos días con él para ponerlo al tanto de los negocios. No se sabe exactamente en qué fecha haya salido de Tours, y cuándo de Lyon, lo único que se sabe es que el 19 de octubre llegó a Florencia:⁵⁰ y el 13 de noviembre ya se ponía en camino para cumplir un nuevo encargo. El cual fue tan fatigoso que muy bien hubiera podido decir de él, más que por su continuo cabalgar, lo que a propósito de sus fatigas de aquellos años cantará Ariosto:

e di poeta cavallar mi feo.

(no soy poeta ya, sino jinete).

CAPITULO XII

LA HORA DUODECIMA

Maquiavelo volvía de Francia con dos conclusiones: que la guerra entre el Papa y el Rey sería de grandes proporciones, y que los florentinos se verían implicados en ella a su pesar; por ello no es de extrañar que sus primeros planes hayan sido militares. Aunque conservaba su idea fundamental de que las batallas se ganan con la infantería, sabía que también la caballería es importante en ellas; y en vista de que la milicia que él había organizado carecía de esta última, se dedicó a persuadir al *gonfaloniere* y a los Diez de que se debía hacer una nueva ordenanza para ello. No pensaba en soldados pesados, sino en una caballería ligera, armada con ballestas y escopetas, que era la que se podía alistar en el condado de Toscana.

Habiendo recorrido ya parte del camino, no le fue tan difícil recorrer este otro tramo: fue tan sencillo, que el 7 de noviembre de 1510 los Diez enviaron a su secretario "a organizar una leva de caballos ligeros";¹ habiendo decidido, antes de darles una destinación, proceder por medio de pruebas como se había hecho con la infantería. Se decidió organizar las primeras levas en la Valdichiana; y Maquiavelo fue allá dos veces, la primera del 13 al 29 de noviembre, y la segunda del 3 al 19 de diciembre. Al comienzo de su segunda comisión recibió el encargo de pasar hasta Siena, para deshacerse de la tregua que estaba por expirar entre aquella República y la florentina.²

Habiendo terminado así el año bajo el signo de Marte, las preocupaciones militares de Maquiavelo se multiplicaron en el nuevo año de 1511. El 5 de enero va por seis días a Pisa, teniendo órdenes de visitar la ciudadela con Juliano de San Gallo para informar acerca de ella; el 14, a Arezzo para hacer lo mismo con aquella fortaleza, y el 15 de febrero al Poggio Imperiale, que constituye la defensa de los florentinos para el lado de Siena. ¡De secretario ha pasado a ser el técnico militar de la República! Y el 14 de marzo, para todo el

mes, vuelve a ir a Valdichiana para alistar cien caballos ligeros, "dando diez ducados de oro por cada jinete que esté listo con su caballo para todo el mes de abril". Vuelve el día 21; lleva a Florencia los cien caballos ligeros solicitados y hace la primera demostración el domingo *in albis*.³ Así se va perfeccionando cada vez más la ordenanza: es una cosa hermosa y digna de todo aprecio, pero siendo del todo nueva, requiere un largo tiempo de tranquilidad para establecerse.

En cambio, la República libre de Florencia se había ido acercando a la hora duodécima. Bajo el gobierno de Soderini, que era un buen piloto para la bonanza, la navegación se volvía difícil ahora que las aguas, agitadas por los ímpetus de Julio II, se revolvían tempestuosas. Aquellos amagos del exterior daban en el interior nuevos ánimos y fuerzas a los enemigos del *gonfaloniere* y a los amigos de los Médicis, que en los últimos años habrán aumentado su fidelidad y su número. Porque la muerte de Pedro había dado a la casa tantos adeptos cuantos le había restado su vida, a causa de su comportamiento en el gobierno y en el destierro; y a este aumento no habían contribuido menos la corrección y la liberalidad de los hermanos que vivían, el cardenal Juan y el gentil Juliano. Especialmente el primero había colmado de favores, de cortesías y de toda clase de ayudas a los florentinos que radicaban en Roma o que por ella pasaban, y estos modales, divulgados en Florencia en comparación con los del cardenal Soderini, el cual era "avarísimo y muy concentrado en sí mismo",⁴ habían conquistado para él y para su familia un ambiente enormemente favorable.

Estos sucesos desagradaban profundamente al *gonfaloniere*, pero no hacía nada para remediarlos. Sólo cuando el cardenal Juan, a fin de favorecer cada vez más esta nueva benevolencia, quiso casar en Florencia con el cebo de una sustanciosa dote a Clarice, hija de Pedro, con Felipe Strozzi, uno de los primeros jóvenes de la ciudad, se indignó grandemente por ello y puso manos a la obra de castigar a Felipe; y puso tanto empeño en este asunto, que se dice que ordenó a Maquiavelo escribir la acusación que iba a presentar secretamente a los Ocho, según la ley, acusación que estaba "redactada con mucha habilidad y mucho orden".⁵ Pero, siendo muy grande el poder de los Strozzi, el castigo fue muy pequeño.

Esta disputa siguió en todo su apogeo a principios de 1508; a fines de 1510 fue descubierta, por la lealtad o la astucia del mismo Felipe, la conjuración de Prinzivalle della Stufa, quien se jactó de



El rey de Aragón, Fernando "el Católico".

haber recibido de boca del cardenal de Médicis, si no es que del mismo Papa, el encargo de asesinar al *gonfaloniere*. De esta manera se le daba a Soderini la ocasión de tomar alguna medida, y el 3 de enero de 1511 los Ocho lanzaron un bando por el que se declaraba rebelde a todo el que penetrara en la casa del cardenal de Médicis, o de su hermano, o que sólo se pusiera a conversar con ellos.

Entre tanto, las armas francesas obtenían triunfos en los campos de la Romaña. A principios de 1511 Julio II había tomado la Mirandola, hazaña no tan memorable por la importancia del lugar como por las muestras de arrojo dadas por el anciano Papa con mayor honor suyo que del hábito pontiñcal; pero poco después sufrió una derrota en el territorio de Ferrara y el 21 de mayo perdió Bolonia, que era la principal ciudad de la Iglesia después de Roma. Hasta las armas espirituales, en las que por su mismo carácter debía confiar más y considerarse invencible con ellas, se volvían contra él. En las calles de las ciudades mismas de la Iglesia se fijaban manifiestos en los que se le intimaba la convocación del Concilio para el 1º de septiembre en la ciudad de Pisa, citándolo para que acudiera personalmente. Habiéndose refugiado en Rávena y después en Rímimi, lleno de dolor y de achaques, por primera vez su ánimo indómito pareció doblegarse a pensamientos pacíficos.

La guerra iba a terminar con la total derrota del Papa, con sólo que el Rey aprovechara la ocasión que le daba su victoria, pero, por el contrario, deteniéndose por reverencia o por prudencia, retiró a su ejército, declarándose dispuesto a humillarse ante la Sede apostólica, como si fuera el ofensor, no el ofendido, el vencido, no el vencedor. Esta blandura del Rey endureció el ánimo del Pontífice, el cual, a causa también de las instigaciones y de las esperanzas que ya le daba el rey de Aragón, celoso de las victorias francesas, volvió muy pronto a su antigua altivez. Comenzó su contraataque con las armas espirituales que, aun habiendo perdido a sus ejércitos, tenía siempre al alcance de la mano, y comenzó por intimar para el próximo mes de mayo el Concilio universal en la ciudad de Roma. Con él pensaba haber disuelto el que habían proclamado sus adversarios, y ganado la guerra por esa parte.

Pero, al llegarse el plazo indicado, los procuradores de los cardenales cismáticos publicaron en Pisa ciertas actas referentes a la apertura de su concilio. Con este motivo, el Papa se mostró muy ofendido, y amenazó con arruinar a los negociantes florentinos y poner en interdicto a la ciudad. En Florencia estaban más atemorizados por la primera amenaza, y estaban muy disgustados, ya que de mala gana habían concedido a la importunidad del Rey la base de Pisa cuando Julio se hallaba malparado, el Emperador interesado en las cosas del Concilio, y el clero francés y alemán dispuestos a concurrir; en cambio ahora, después de tantas derrotas y de una enfermedad que había hecho darlo ya por muerto, veían a Julio re-

sucitado en el cuerpo y en el ánimo, al Emperador despreocupado según su carácter y sus múltiples preocupaciones, y aquel conciliábulo inaugurándose con poca reputación por tres tristes procuradores.

De esa manera los florentinos se sintieron a la deriva, como un blanco fácil para las iras del Papa. De manera que, ordenando a los procuradores que no siguieran adelante hasta que llegaran los cardenales, decidieron enviar un hombre de su bando a persuadir a los cardenales de que no vinieran, y a la corte de Francia a persuadir al Rey de mantener lejana aquella peste de su dominio. Fue enviado Maquiavelo, porque el hombre debía ser hábil y digno de confianza, pero más que todo muy ágil y rápido. No había tiempo que perder.

El Secretario no se había quedado ocioso hasta entonces, como estas últimas páginas podrían haber hecho pensar. El 5 de mayo había ido ante Luciano Grimaldi, señor de Mónaco, para arreglar ciertas represalias y para estipular un tratado; aunque ulteriores instrucciones recibidas cuando ya iba en camino, le ordenaron desistir de él: porque a la República le había parecido deshonrosa cualquier clase de cooperación con ciertos planes que tenía el otro contrayente y que oían a piratería. De manera que el acta firmada en Mónaco tuvo muy poca importancia para la República,⁶ y en la vida de Maquiavelo (fuera de la breve satisfacción de verse llamado "embajador") sólo la tuvo por el largo tiempo que le ocupó y por el fatigoso camino. Hallándose ya de regreso el 5 de junio, tuvo bastante que hacer con respecto a la nueva alianza con Siena: un negocio propuesto por Petrucci en su propio provecho, con la mediación del Papa y a expensas de los sieneses, que pagaron el acuerdo con la restitución de Montepulciano.⁷ Después, del 24 de agosto al 7 de septiembre, había ido a la parte superior del Valle del Arno, a Valdichiana y al Casentino a escoger otros cien hombres a caballo para una nueva ordenanza.⁸ Apenas había regresado, cuando emprendió el viaje a Francia por cuarta vez.

Habiendo partido el 10 de septiembre,⁹ llegó el 12 a Borgo San Donnino, entre Parma y Plasencia, donde se hallaban cuatro de los seis cardenales rebeldes: Carvajal, San Maló, Cosenza y Sanseverino. Habiendo hablado primero a Carvajal, que tenía el primer lugar, llegaron después Cosenza y Sanseverino, y por último fueron todos juntos a ver a San Maló, de manera que el Secretario tuvo que repetir tres veces las mismas cosas: la indignación del Papa, el peligro de los florentinos, y la súplica de que sus señorías no continuaran el viaje a Florencia; y esto "lo podían hacer sin perjuicio alguno del

concilio, ya que no estaban preparadas aún las cosas necesarias, y no estaban en orden las armas espirituales ni las temporales". Después de dos larguísimas deliberaciones entre ellos, durante las cuales Maquiavelo tuvo que esperar fuera de la puerta, la respuesta de los cardenales fue que no irían a Florencia, pero que diez o doce días después se encaminarían a Pisa por Pontremoli. Sin embargo, el Secretario tuvo la impresión de que sus palabras habían disminuido el escaso entusiasmo que tenían por hacer aquel viaje.¹⁰

Siguió su camino hasta Milán y expuso su comisión al Virrey, la cual consistía en notificarle los peligros que corrían los florentinos sin hablarle nada de lo que iban a decir al Rey acerca del concilio, y el día 15 por la tarde emprendió el camino hacia Francia;¹¹ y cabalgó con tanta rapidez, que el día 22 ya estaba en Blois, donde se hallaba la corte. Todavía se encontraba por allá como representante de los florentinos Roberto Acciaioli, el embajador que lo había suplido el año anterior; y junto con él se presentó al Rey al día siguiente: ese mismo día el Papa fulminaba el interdicto contra Florencia. Los dos florentinos, "después de los primeros homenajes presentados por Maquiavelo", leyeron al Rey un memorándum que acababan de redactar, en el que "habían resumido todas las razones que podían persuadir a su Majestad", reducidas a tres puntos principales.

La primera razón era de impulsarlo a la paz y a suprimir el concilio por medio de algún acuerdo razonable; para el cual los florentinos se ofrecían como mediadores; pero el Rey, aunque se mostraba deseoso de paz ("¡Plugiera a Dios —les dijo— que la pudiera lograr por medio de vosotros!"), repuso que el concilio había sido convocado para obligar al Papa al acuerdo: de manera que suprimirlo sería librarlo de estas ataduras. La segunda fue la de trasladar el concilio de Pisa a alguna otra ciudad; pero el Rey respondió pronta y resueltamente que también esto era imposible porque, habiéndose ya convocado en aquellas tierras, el cambiarlo acarrearía muchos trastornos. La tercera, finalmente, a la que se redujeron cuando vieron que las otras dos quedaban refutadas, fue la de diferir por dos o tres meses las sesiones del concilio para dar tiempo a la República de asegurarse: esto fue lo que dijeron, pero era la política habitual de los florentinos de "tomar el tiempo como aliado", en espera de que la muerte del Papa o algún otro accidente los librara de aquel peligro. Fue esta razón la que por fin lo convenció en parte. Se ordenaron cartas para los cardenales indicándoles que esperaran hasta Todos Santos.¹²

Esta alianza con el tiempo fue lo único que favoreció a los florentinos. No implicaba grandes ventajas, pero era mejor que nada, y de ella debieron de haber quedado muy agradecidos a su Secretario que la había comprado a cambio de un viaje tan incómodo. Para reponerse del cual, antes de comenzar con las fatigas del regreso, se detuvo en la corte quizá unas tres semanas sin tener allí ningún otro asunto. Durante este tiempo escribió a los Diez únicamente una breve carta personal;¹³ de la extensa relación de los asuntos tratados con el Rey se hallan dos originales, ambos firmados por Acciaiuoli, uno, autógrafo de Maquiavelo y el duplicado de mano de algún secretario; pero aunque sólo se conservara el duplicado, el estilo hubiera manifestado al autor. A mediados de octubre, habiendo obtenido la licencia de los Diez,¹⁴ se puso en camino para regresar a Florencia, a donde llegó el 2 de noviembre. Esta vez poco faltó para que no le permitieran ni siquiera apearse, porque aquel mismo día se le dio una nueva comisión.¹⁵ A la mañana siguiente, muy temprano, ya iba cabalgando camino de Pisa.

Allá habían ido finalmente en esos días los cardenales cismáticos, para verificar el 5 de noviembre la primera sesión de su conciliábulo. Privados de su grado por el Papa, vistos con malos ojos por el pueblo, y sin contar con la obediencia del clero, estaban allí poco tranquilos y nada seguros, bajo la guardia del señor de Lautrech y de cincuenta arqueros franceses, porque al último momento se les había negado una escolta mayor. Pero los florentinos estaban inconformes aún con aquellos pocos, y no menos con la escolta que con los escoltados; a ello se debía la gran prisa con la que enviaban a Maquiavelo, con la comisión de poner al lado de los cincuenta franceses trescientos infantes de sus batallones y de persuadir a los preladados a trasladar a otra parte sus personas, sus disputas y sus ambiciones.

Hacía pocas horas que había partido cuando los Diez, habiendo sabido por los emisarios Rosso Ridolfi y Antonio Portinari que las cosas se sucedían con tranquilidad, le enviaron inmediatamente una carta para avisarle que podía prescindir de los infantes.¹⁶ Se encaminó, pues, directamente a Pisa y allí, después de haber estado presente en la primera sesión del conciliábulo, se presentó al cardenal Carvajal. Mostró el asunto a su manera. Con el pretexto de excusar a la Señoría, dijo que en Pisa había una gran carestía y dificultad para todo. Respondió el Cardenal que ciertamente no había abundancia ni comodidad, pero que ellos no se quejaban; aunque, si

quería decir que podía ser bueno cambiar de lugar, había que pensarlo con calma. Al ver Maquiavelo que éste había descubierto su verdadera intención, pasó a demostrarle que les habría sido muy útil trasladarse a Francia o a Alemania, "donde los pueblos son más inclinados a obedecer que los de la Toscana", etc. Se le respondió que hablaría con los otros y que había que escribir a Francia y al Emperador; entonces Maquiavelo siguió adelante, y le recordó audazmente ciertas palabras que le habían dicho el Cardenal y sus compañeros en San Donnino: que después de dos o tres sesiones podían trasladarse a otra parte. Se le respondió maquinalmente que se pensaría en ello. Para hacerlo pensar todavía más, el Secretario le dio a entender que no debían esperar ayuda o simpatía de parte de la Señoría, que respecto a hacer entrar al orden al clero de Pisa desobediente, "se arreglaran ellos mismos".¹⁷

Esta antifona cantada por Maquiavelo, la hostilidad del clero, pero quizá aún más los tumultos del pueblo, persuadieron a los cardenales, que entre tanto habían tenido el día 7 otra sesión, a levantar su campamento y llevar a Milán aquel concilio más fantástico que real. Maquiavelo regresó a Florencia el día 11, y el 12 partieron los cardenales. Mas no por ello se aplacó la ira del Papa para con la ciudad, porque ya estaba decidido a no descansar hasta ver depuesto a Soderini. El 1º de diciembre suspendió el interdicto, el 15 lo volvió a declarar, sin que esto preocupara mayormente al pueblo. Aquellas armas ya habían perdido su fuerza, y el Papa lo comprendía, por lo cual ya había preparado otras entre tanto. Había firmado y publicado desde el 3 de octubre una alianza con el rey de Aragón, lo cual era un golpe decisivo a su favor, aunque no era sino el comienzo de una serie de dificultades que lo convertían una vez más en "fatal instrumento de los males de Italia". Mejor que los interdictos, la terrible infantería española, azote de la francesa como ésta lo había sido de la italiana, lo ayudaría para recuperar a Bolonia. Y en seguida debía pasar a doblegar a los florentinos.

En Florencia todos se dieron cuenta del peligro, pero no todos lo lamentaron, y ninguno se aprestó para una viril defensa. No lo lamentaron los ciudadanos preeminentes enemigos del *gonfaloniere*, que no eran todos amigos de los Médicis; sí se alegraron en cambio los amigos de los Médicis, que eran todos enemigos del *gonfaloniere*. Y aun aquellos que no eran ni amigos de los Médicis ni enemigos del *gonfaloniere*, eran totalmente opuestos a gastar y hubieran querido permanecer neutrales, no considerando, como observa



Lámina VII. *Lorenzo de Médicis (detalle)*, por Miguel Angel, en la *Capilla de los Médicis, Florencia*. Foto Alinari.

sagazmente Francisco Guicciardini, que la neutralidad sólo conviene a los fuertes.

Maquiavelo encontraba que estos sucesos y estos humores habían madurado durante su delegación en Francia, y de todos ellos no se podían derivar sino males. Después, cuando regresó de Pisa, encontró que un rayo que había caído sobre la torre de Palacio la segunda noche después de su partida, al pasar por la cancillería había destruido las tres flores de lis que estaban colocadas sobre la puerta: cosa que fue interpretada inmediatamente como un siniestro augurio para el rey de Francia y para el gobierno de Florencia. Maquiavelo, como muchos grandes hombres, creía en los signos celestes, y lo tomó como un triste presagio.¹⁸ El 22 de noviembre, en presencia de sus compañeros de oficina, redactó su primer testamento.¹⁹ Poco después, el *gonfaloniere* hizo lo mismo.

Los florentinos, embarazados por sus divisiones, por su avaricia y por su afán de temporizar, no hacían nada. Durante los primeros días de 1512 enviaron al rey de Aragón a un joven que había salido de aquella prodigiosa fuente de ingenios que era su ciudad: Francisco Guicciardini. Podía ser esto un camino hacia la salvación, pero, como de costumbre, sus conciudadanos "no le dieron ninguna comisión que pudiera aliviar en algún tanto la mala voluntad de los confederados".²⁰ Las instrucciones las escribió y las entregó el Secretario, de manera que los dos grandes políticos se debieron de hallar frente a frente; pero fue Soderini y su facción quienes las dictaron. De manera que esta delegación "desagradó grandemente al rey de Francia" y no hizo cambiar en nada la mala disposición de los confederados. Cada día más, Florencia desagradaba a Dios y a sus enemigos.

Maquiavelo hacía entre tanto lo que podía y lo que lo dejaban hacer; era muy poco para la República y muy poco para su ingenio. Después de su regreso de Pisa, el 2 de diciembre, fue a inscribir y a preparar infantes en la Romaña florentina; el 19 de febrero preparó una solemne demostración de los jinetes de la ordenanza en la plaza de los Señores;²¹ el 30 de marzo, cosechó los frutos de sus fatigas ecuestres cuando fue aprobada la provisión, por él preparada y dictada, de la milicia a caballo.²² A principios de mayo continuaba atendiendo a la infantería, el 6 se hallaba en Pisa reorganizando la guardia de la ciudadela; y todavía seguía trabajando en la parte inferior del valle del Arno en los asuntos de la infantería, cuando recibió orden de dirigirse a Siena para condolerse de la muerte de

Pandolfo Petrucci.²³ De allí regresó a Pisa, a donde llegó el 6 de junio; y no llegó a Florencia sino después del día 15 de dicho mes, ocupado como estaba en la ordenanza de la caballería.²⁴

Y entre tanto los sucesos se desencadenaban. Mientras la República se entretenía en estas providencias que podían serle útiles para alguna guerra lejana, ya tenía encima la que le arrojaba Julio II. Y Francia, al día siguiente de su gran jornada de Rávena, habiendo perdido en el cielo de las batallas el brillante meteoro de Gastón de Foix, acosada por los suizos, y abandonada por el Emperador, después de tan gigantesca victoria iba perdiendo en un abrir y cerrar de ojos la guerra y la Lombardía. Bajo aquel mismo impulso de la fortuna, Plasencia, Parma, todas las tierras de la Romaña y finalmente Bolonia volvieron a propiedad de la Iglesia. Julio II triunfaba; Florencia quedaba sola frente al terrible anciano.

Por orden del Papa, vino Lorenzo Pucci a solicitar que la ciudad se sumara a la alianza contra los franceses, contribuyendo a los gastos de la guerra. Se ofreció pagar cierta cantidad de dinero, pero se contemporizó acerca de la adhesión a la alianza; lo cual era la manera habitual de negarla. Poco después, los confederados, reunidos en la dieta de Mantua, decidieron asaltar a Florencia para hacerla cambiar de gobierno. Entonces los soldados españoles, al mando de Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles, entraron en Toscana. Los acompañaba, como delegado pontificio, el cardenal de Médicis, quien últimamente se había librado de los franceses que lo habían hecho prisionero en la jornada de Rávena, y ahora contaba con el favor del Papa y de la fortuna.

Fue ya demasiado tarde cuando la ciudad despertó de su letargo. Precipitadamente organizó por todo su dominio un ejército improvisado con aquellas milicias de la ordenanza todavía imberbes; contaba con pocos soldados, y con ningún capitán valiente. Maquiavelo en julio se había visto obligado en parte a escoltar, en parte a hacer frente a un contingente de soldados armados por el Papa a los que la República no había osado negar el paso no obstante que iban a engrosar las filas del enemigo,²⁵ y en julio había estado alistando infantes en Mugello, donde ya se percibían vientos de guerra;²⁶ y ahora es enviado con manifiesto peligro al encuentro del enemigo. Tiene orden de alistar mil infantes para resistir con ellos en Firenzuola; pero mientras está dando cumplimiento a la orden, una carta de los Diez, con fecha del 24 de agosto, lo vuelve a llamar a toda prisa;²⁷ los españoles, que han venido por el camino de Stale, se

encuentran ya en Barberino. Los capitanes de los florentinos habían querido que todo el grueso de sus fuerzas acampara junto a las murallas de la ciudad: ¡al sonar la hora duodécima, este era el lugar de Maquiavelo!

Allí le llega una carta de Buonaccorsi, en la que se le pide de parte del *gonfaloniere* "que tome alguna medida", ya que los españoles han llegado hasta Campi, y aquella cercanía de los enemigos "no le gusta nada y lo tiene muy sorprendido".²⁸ ¿Pues qué estaría creyendo, que habían atravesado los Apeninos por hacer ejercicio? El pobre hombre no sabía ya a qué santo encomendarse y esperaba que el fértil ingenio de su Secretario pudiera hacer el milagro. No obstante, cuando oyó la petición del Virrey de que dejara el gobierno y de que los Médicis regresaran a Florencia como ciudadanos particulares, valerosamente respondió que aquel cargo le podía ser quitado únicamente por el pueblo que se lo había dado. Y el pueblo, con el mismo valor, rechazó la petición.

Entonces el Virrey se adelantó hasta Prato, defendida por tres mil hombres. Fue rechazado el primer asalto y el enemigo se encontró desprovisto y hambriento, por lo cual el *gonfaloniere* hubiera podido comprar en esa ocasión un acuerdo más favorable a cambio de cien cargas de pan: dice Maquiavelo que "los prudentes" (probablemente también él) le aconsejaban que así lo hiciera.²⁹ Pero él, volviéndose de pronto demasiado audaz, como hacen los tímidos, se rehusó. Ante un segundo asalto, no resistieron ni las murallas de Prato ni el valor de los infantes de la ordenanza: no habían visto nunca al enemigo antes de entonces, y habían tenido que enfrentarse a aquella terrible infantería española que se sentía victoriosa no obstante haber sido derrotada en Rávena.³⁰ Prato fue saqueada cruelmente; ante la vista del delegado del Papa, se cometieron innumerables asesinatos, sacrilegios y estupros.

Para entonces, todos en Florencia se hallaban presa del espanto; no obstante, el *gonfaloniere*, según dice Maquiavelo que se encontraba a su lado, todavía tenía confianza "en ciertas consideraciones falsas que él se hacía".³¹ Pero lo sacaron de ellas el día 31 cuatro jóvenes nobles, entre los que se encontraba Pablo Vettori, hermano de Francisco, los cuales le expusieron de tal manera las cosas, que éste mandó inmediatamente a Maquiavelo por Francisco Vettori.³² Este lo encontró "solo y despavorido", dispuesto a salir inmediatamente de Palacio, si se le daban seguridades. Francisco lo llevó a su casa y esa misma noche lo acompañó hasta Siena. Esta que fue

más bien una fuga que una deposición, cuando las cosas de la ciudad y del *gonfaloniere* no se hallaban aún sin posibilidades de defensa, dio pábulo, quizá ya desde entonces, a los sarcasmos de Maquiavelo.

Sin la presencia de Soderini, se planea, propone y se obtiene fácilmente el acuerdo, los Médicis vuelven a Florencia como ciudadanos particulares, y es reformado el gobierno: el nuevo *gonfaloniere* deberá ser elegido no para toda la vida, sino para un plazo determinado: catorce meses, y será elegido en el gran Consejo. Es nombrado Juan Bautista Ridolfi, "jefe de los principales de la ciudad, prudente, animoso, adornado con ilustres parientes y venerable por su aspecto, será ciertamente un óptimo piloto para aquella barca casi desmantelada en un mar tan agitado".³³

Pero, ya fuera porque el mar estuviera demasiado agitado y la barca demasiado desmantelada, o que, como se llegó a escribir, su parentesco con los Médicis lo hubiera desorientado y corrompido, no perseveró en la firmeza y el rigor que había demostrado al principio de su gobierno.³⁴ En casa de los Médicis, el cardenal teje su intriga; el 16 de septiembre Juliano y otros conjurados entran en Palacio con las armas ocultas, a una señal convenida la plaza se llena de soldados y de gente, y el Palacio es ocupado en un momento. "¡Por los Médicis!" Muy pronto la violencia se impone y el temor hace que la libertad se acabe con el recurso habitual del parlamento: como si las palabras del religioso al pueblo florentino hubieran sido escritas sobre la arena, y no sobre el mármol mismo de la sala grande:

*e sappi che chi vuol far parlamento
vuol torti dalle mani il reggimento.*

*(sabed que quien os pide parlamento
tiene de gobernaros el intento).*

Este parlamento fue proclamado en plena plaza según el antiguo abuso, y sus miembros fueron elegidos entre los más serviles seguidores de los Médicis, destruyendo así, paso a paso los cargos y las libertades populares. Para comenzar, el 18 de septiembre fueron cesados los Nueve de la milicia, destruyendo en seguida la milicia de Maquiavelo. Soderini fue desterrado, y anulado el Gran Consejo. El *gonfaloniere* Ridolfi "no quiso permanecer más de dos meses",³⁵ y renunció al cargo o más bien, fue obligado a renunciar; la ciudad

volvió a quedar como en los tiempos de Lorenzo y de Pedro, y no se hacía allí sino lo que deseaba el cardenal de Médicis.

En medio de semejante alboroto no había quien se acordara de



*Grabado popular en pro del regreso de los Médicis.
Colección del Marqués de Ridolfi, Florencia.*

Maquiavelo, y también parece que yo lo había olvidado en estas páginas. No se sabe cuál haya sido su situación bajo el gobierno de Ridolfi; no hay señales de su actividad en los documentos públicos

y privados, y los biógrafos no se han ocupado de suplir con deducciones lo que no dicen los documentos. Pero está bien claro que el severo jefe de los principales, antiguo *piagnone*, adversario de Soderini, no podía abrigar benevolencia ni inclinación hacia el hombre de pueblo y de modales poco refinados, que había sido el "títere" del *gonfaloniere* depuesto. Y quizá no me engaño mucho al imaginarme al Secretario olvidado y despreciado, relegado a un rincón de la cancellería. Pasa el tiempo rumiando "la infinita cantidad de disgustos que me han sobrevenido",³⁶ y despachando el poco trabajo que le encomiendan. Todo ha cambiado a su alrededor, todos cambian de actitud para con él; la autoridad que en un tiempo tenía en Palacio, superior a su grado, lo coloca ahora en un grado inferior.

Pero dentro de él se esconde siempre el poeta, que se hace fácilmente ilusiones, y quizá a veces se imagina que se podrá mantener en aquel cargo que constituye su medio de vida; más aún, su vida misma. Pueden cambiar los magistrados, pero él es un hombre de letras, que pone su pluma y su ingenio al servicio de quien gobierne; así lo hacen los artistas, los soldados, y los poetas. Es un servidor del Estado, no de una facción; ha servido fielmente a la República bajo el gobierno popular, y la servirá fielmente bajo el gobierno de los Médicis. Por ello, aunque no se cuenta entre los que viven de adular y cortejar, ni entre los que, como escribirá días después, "quieren quedar bien con el pueblo y con los Médicis", tampoco hace mala cara a sus nuevos señores. Al escribir una relación de los últimos sucesos a una misteriosa "madonna" amiga de los Médicis, habla de ellos con obsequioso respeto.³⁷ Pero en un *Recuerdo de la familia de Médicis*³⁸ declara francamente que es torpe cosa el dedicarse a rebuscar y a vituperar las culpas de Soderini para adular a los actuales amos. Y el 29 de septiembre, habiendo sido elegidos cinco oficiales para localizar y recuperar los bienes confiscados a los Médicis en 1494, todavía más franca y libremente escribe al Cardenal aconsejándole una prudente política de magnanimidad;³⁹ consejo que hubiera sido bien recibido, al menos de palabra, por un Lorenzo el Magnífico.

En cambio, el Cardenal no dio muestras de apreciarlo ni de palabra ni de hecho. Y el Secretario, si se ilusionaba creyendo que todavía estaba en el tiempo en que la habilidad y el estilo de sus escritos le proporcionaban alabanzas y favores, debió desengañarse muy pronto. Los Médicis conservaron en su puesto al amorfo primer canceller Marcelo Virgilio, pero no podían perdonar a quien

tanto había trabajado y escrito contra ellos, al "títere" de Soderini, ni olvidar la poca consideración que éste había tenido para sus parientes, según era su obligación, en las cortes de Roma y de Francia. Y además, tenían que mantener a sus servidores.

Y así fue como el 7 de noviembre una deliberación de la Señoría "cesaba, privaba y removía totalmente" a Nicolás Maquiavelo del cargo de canciller de la segunda cancillería y de las funciones de secretario de los Diez.⁴⁰ La misma suerte tocó a su buen cooperador Biagio Buonaccorsi. La remoción de un canciller en sí, es una cosa de muy poca importancia: entre los cronistas de la Florencia de entonces, que no son pocos, ni siquiera se menciona. Pero hoy día la desgracia de Maquiavelo nos parece de más importancia que la ruina de la libertad florentina.

CAPITULO XIII

“DOLOROSO MAQUIAVELO”

En los escritos del Secretario son pocas y amargas las palabras que aluden a su dolor por la pérdida del cargo; pero ninguna hay tan desgarradora como aquel lacónico *post res perditas* (después de todo lo perdido) que anotó para indicar el tiempo posterior a su cesación,¹ como si quisiera reunir en tales palabras su propia ruina y la de la república libre, sus desgracias personales y las de su patria. El golpe había sido rudo, la injusticia brutal después de haber servido al estado con tanta fidelidad y celo, le angustiaba la perspectiva del futuro, y se le hacían insoportables aquellos primeros días de ociosidad a él que era tan laborioso. Acostumbrado a pasar los días enteros en las salas del Palacio, su casa debía de parecerle más estrecha y más pobre ahora que debía permanecer encerrado en ella; fuera de ella, lo exasperaba la vileza de unos y el cambio de actitud de otros. Muchos de los que antes tenían en gran aprecio al secretario de la República, ahora lo esquivaban o lo veían con malos ojos.

Y aquello no era sino el principio de su desgracia: apenas había comenzado a deslizarse por la pendiente. La privación de su cargo, en sí misma, hubiera podido significar únicamente que sus nuevos señores querían a una persona que fuera más de su confianza o más acepta para todos: gobernar con los cancilleres era un antiguo recurso de los Médicis. Pero muy al contrario, iba a significar burla, castigo, venganza; y a aclarar la letra vino la explicación. El 10 de noviembre la Señoría lo condenaba a ser confinado durante un año dentro del dominio, obligándolo a pagar una fianza de mil florines de oro:² una cantidad enorme que tres amigos, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, pagaron por él. Fue otra aguda espada en el corazón de Maquiavelo.

Y después de los golpes de espada, vinieron los golpes de alfiler. El 17 de noviembre (¡crueldad involuntaria de estos breves interva-

los!) otra decisión de la Señoría le prohibía poner el pie durante doce meses en aquel palacio en que había trabajado tanto durante catorce años.³ ¡Y hubiera sido mejor para él si no hubiera tenido que volver a entrar en él por las razones que poco después lo obligaron a ello! A últimas fechas había tenido que manejar enormes cantidades de dinero para pagar los sueldos de sus batallones, y varias veces fue llamado a rendir cuentas de estas cantidades, teniéndosele que conceder licencia cada vez para atravesar el umbral prohibido.⁴ Y no debió de haber sido pequeño tormento el haber tenido que hallarse frente a los que un tiempo habían sido sus cooperadores y ahora eran sus jueces, revisando aquellas cuentas que lo atormentaban, máxime siendo un poeta; el ver sentado en su lugar a su sucesor, Nicolás Michelozzi, antiguo secretario de los Médicis que por cuenta de ellos servía y espiaba a la Señoría; el observar la ambigua actitud y escuchar las evasivas palabras de Marcelo Virgilio. Y esto se prolongó hasta el 10 de diciembre. Esa Navidad fue muy triste para Nicolás y los suyos, en su humilde casa al otro lado del Arno.

Una breve carta de Pedro Soderini que recibió en aquellos días debió también renovarle la herida y causarle, junto con cierta complacencia, también cierto despecho. El desterrado escribía desde Ragusa, donde había encontrado refugio al abrigo de las garras de Julio II. En cambio, su antiguo secretario no se hallaba al seguro, más aún, estaba más expuesto a las venganzas que nunca: las acciones indecisas de éste lo habían reducido a aquel estado, y su imprudencia lo perjudicaba aún más, porque era muy peligroso el recibir dicha carta, no obstante que estaba escrita por otra mano y con otra firma, y más peligroso aún era el responder; no obstante, respondió.

En su respuesta se asocian la sospecha con el despecho, haciendo que aquellos "caprichos", como Maquiavelo mismo los tituló, resultaran aún más caprichosos y confusos. Son muy importantes (mucho más de lo que se ha creído hasta ahora) para la germinación de ciertos conceptos maquiavélicos que se hallan ahora a punto de brotar, ya que en dichos "caprichos" va disertando largamente con un sentencioso mal humor.⁵ Pero ni la sospecha ni el despecho alcanzan a ocultar una afectuosa confianza, la cual, si no se debe en gran parte a la desventura que los había puesto en el mismo grado, nos da no poca luz respecto a las relaciones de los dos hombres *ante res perditas*: "Vuestra carta ha sido breve, pero

yo, releyéndola, la he hecho larga. Me ha sido muy grata, porque me ha dado ocasión de hacer lo que no me había decidido a hacer y que vos me pedís que no haga;⁶ y esta frase es la única que yo he encontrado desacertada. Me sorprendería de ella, si no fuera porque mi experiencia me ha mostrado tantas y tan variadas cosas, que me veo obligado a no sorprenderme ya de nada o a confesar que no he gustado, en mis lecturas y en la práctica, las acciones de los hombres y su manera de proceder. Os conozco a vos y conozco también la brújula de vuestra navegación; y aunque podía maldecirla, yo no la maldigo, viendo a qué puertos os ha conducido⁷ y con qué esperanzas os puede nutrir”.

¡No constituían una comida sustanciosa aquellas esperanzas! El fogoso Pontífice ya había declarado su enorme disgusto contra el cardenal de Médicis, a quien había mandado para arrojar a Soderini, pero no para convertirse en tirano;⁸ había declarado igualmente su propósito terminante de volver a modificar el gobierno de Florencia;⁹ todos los ciudadanos se mostraban descontentos, y en el mismo grado en que aumentaban las sospechas del nuevo gobierno.¹⁰ No obstante, si estos alimentos podían quizá ser digeribles para Soderini, no lo eran para Maquiavelo. Por este mismo motivo, otros quisieron probar entonces otros más sustanciosos.

Entre los descontentos se contaban Agustín Capponi y Pedro Pablo Boscoli. Una papeleta que se le cayó a uno de ellos, y en la que se hallaban anotados dieciocho o veinte nombres, fue llevada a los Ocho; los cuales, considerando que todas eran personas sospechosas, quisieron aclarar el asunto. Fueron apasionados inmediatamente Capponi y Boscoli, quienes confesaron que habían intentado asesinar al Cardenal, o según otros, a Juliano. Era una de tantas conjuraciones, de las que se producían en ese tiempo, que tenían más sabor de libros que de puñales, pero en ésta, la inspiración clásica resultaba aún más inofensiva a causa de una cándida simplicidad; en Pedro Pablo, gentil y estudioso, y fiel a la memoria del religioso, Bruto luchaba con Cristo.¹¹ En la papeleta fatal habían anotado a algunos amigos suyos de quienes creían o sospechaban que fueran enemigos de los Médicis; de entre ellos, sólo a Nicolás Valori y a Juan Folchi habían declarado sus proyectos, no habiendo encontrado en ellos sino indiferencia. Por consiguiente, el proyecto no tenía ni fundamento sólido ni partidarios; pero los Ocho no se detuvieron a pensar en ello y ordenaron aprehender a todas las personas mencionadas en la papeleta. El séptimo nombre era el de Maquiavelo.

Bargello fue enviado a aprehenderlo, y no lo encontró en casa. Quizá, advertido por algún amigo que todavía le hubiera quedado en el Palacio, había pensado al principio en esconderse; quizá, como parece más verosímil, se hallaba ausente sin saber nada. Entonces se proclamó un bando en el sentido de que "cualquiera que supiera o escondiera, o supiera quién tenía o escondía a Nicolás de *messer* Bernardo Maquiavelo", estaba obligado a denunciarlo en el término de una hora bajo pena de confiscación de bienes.¹² El mismo se presentó inmediatamente y fue encarcelado con los demás. En su contra no existían más pruebas que algún trato tenido con Boscoli, la amistad con Valori y con Folchi,¹³ si no contamos algunos de sus comentarios con los que debe de haber pagado a los Médicis por el mal trato recibido de ellos durante los últimos meses.¹⁴ Pero no tenía importancia lo que no hubiera hecho, en comparación con lo que los demás acusados podían llegar a declarar bajo el tormento. Ordinariamente cuatro azotes eran suficientes para agotar cualquier cuerpo y cualquier ánimo; pero si no bastaban, se continuaba aunque los miembros se hubieran dislocado, y las carnes se hubieran rasgado. Nicolás recibió seis. Los soportó con increíble valor y firmeza.

Encerrado en su cárcel y en sus pensamientos, el Secretario florentino no se puede reconocer, ni comprender, ni siquiera poner en pie en aquel oscuro calabozo en que lo habían arrojado, inocente y sin saber siquiera de qué se le acusaba. El dolor de los miembros desgarrados por la tortura, y apretados por las esposas y los grilletes, le multiplica el dolor del alma y es a su vez aumentado por él. Piensa en su futuro y el de los suyos, es consciente de su ingenio, y su corazón no soporta la idea de verlo arruinado hasta este grado por tan adversa fortuna. Respecto a lo que le espera, no puede asegurarse más que desgracias. Sabe que el nuevo gobierno está lleno de sospechas y que debe mantenerse con el rigor. Sabe que ha soportado virilmente el tormento, pero no sabe si los demás lo habrán acusado en falso. Sabe que su hermano Totto ha despachado inmediatamente un propio cabalgando a Roma¹⁵ (¡un lujo que la Señoría le había negado casi siempre en sus delegaciones!) para dar a conocer y recomendar su caso a Francisco Vettori, embajador ante el Papa, pero sabe también que éste está "muy ocupado en sus propios asuntos"; y que aunque quisiera, no podría hacer gran cosa.

Antes del alba del 23 de febrero¹⁶ lo despiertan los cantos fúnebres que acompañaban a Capponi y a Boscoli al último suplicio.

Nuestro Secretario no es muy piadoso, y quizá el despecho para con quienes inconsideradamente le han llevado con sus torpes planes a aquella ruina no le dejan lugar para algún pensamiento de piedad cristiana. De pronto, la desesperación le inspira una nueva esperanza. Ha oído proclamar muy alto el humanismo, la gentileza y la magnanimidad de Juliano, quien hace gala de modales corteses, trata con los ingenios y con los poetas, y él mismo tiene ciertos tratos con las musas. Así que decide escribirle, y consigue el permiso y los medios para ello. Pero él es un hombre más apto para sonetos que para quejumbrosas súplicas: siempre se ha defendido con la risa, siempre se ha escondido detrás de su risa; y ahora, con los miembros adoloridos, cara a cara con la muerte, encuentra de nuevo su famosa risa burlona. Y escribe:

*Io ho, Giuliano, in gamba, un paio di geti
e sei tratti di fune in sulle spalle;
l'altre miserie mie non vo' contalle,
poichè così si trattano i poeti.*

*Menon pidocchi queste parieti
grossi e paffuti che paion farfalle,
nè fu mai tanto puzzo in Roncisvalle
o in Sardigna fra quegli arboreti,
quanto nel mio sì delicato ostello.
Con un romor che proprio par che'n terra
fumini Giove e tutto Mongibello,
l'un s'incatena è l'altro si disferra,
combatton toppe, chiavi e chivistelli;
un altro grida: —Troppo alto da terra!—*

*Quel che mi fa più guerra
è che dormendo, presso all'aurora,
io cominciai a sentir: Pro eis ora.*

*Or vadano in buon'ora,
purchè la tua pietà ver me si volga
che al padre ed al bisavo el nome tolga.¹⁷*

Traducción versificada:

*Estoy, Juliano, atado con cadenas;
sobre la espalda llevo seis azotes;
mis otras penas tú ya las conoces,*

*pues propias de poetas son las penas.
 ¡Si conocieras mi morada grata!,
 no hedía tanto el ambiente en Roncesvalles,
 ni de Cerdeña en los extensos valles
 como aquí hiede el aire a herrumbre y rata.*

*Cada preso, soñando, se desata
 y agita sus cadenas con tal gana,
 que las iras de Júpiter retrata.*

*Pero la mente en esto se devana:
 que entre mis sueños, cerca de la aurora
 de lejos escuché: pro eis ora.*

*Mi petición te llegue en buena hora;
 tu compasión sobre mi mal derrama
 y borra de tu padre triste fama.*

Es sabido que un soneto llama a otro, y ese otro se lo envió en pareja con éste, o algunos días después. Fingía en él que una musa había venido a visitarlo en la cárcel, preguntándole quién era, que solicitaba una ayuda de tal naturaleza; pero cuando él le había dicho su nombre, la musa lo había refutado, diciéndole:

*Niccolò non se, ma il Dazzo,
 poichè hai legato le gambe e i talloni
 e ci stai 'ncatenato come un pazzo.¹⁸*

*(Tú no eres Nicolás, tu nombre es Dazzo,
 y estás tan firmemente encadenado,
 que no puedes pensar, ni dar un paso).*

Andrés Dazzi, el aludido, era un discípulo del primer canciller Marcelo Virgilio, y trataba de mantenerse a flote en las aguas bastante estancadas de las letras florentinas. La burla no carecía de sabor, y no debió desagradar al ingenioso Juliano.

El 7 de marzo terminaron los procesos, fueron condenados Valori y Folchi a ser encerrados por dos años dentro de la fortaleza de Volterra, otros a leves penas de confinación, otros a una fianza; y así Nicolás pudo respirar, siendo su problema por ahora el de encontrar el dinero para comprar la libertad. No diría yo que la haya debido a sus sonetos, pero de hecho él mismo reconocerá después que debe su liberación a Juliano y a Pablo Vettori;¹⁹ probablemente, éste,

habiendo recomendado a Juliano tanto los sonetos como el poeta, pudo librarlo de un castigo más duro.

Entre tanto, el 21 de febrero, había muerto Julio II, el 22, poco antes de que cayeran las cabezas de Capponi y de Boscoli, el cardenal de Médicis partía con destino a Roma. Entró el 6 de marzo al cónclave, y el 11 salía de él como Papa con el nombre de León X. La noticia, que prodigiosamente llegó a Florencia el mismo día, hizo que todos se convirtieran de pronto en partidarios de los Médicis, pensando cada quien en el honor y la utilidad que podía esperar, tanto en público como en privado, de un papa que era su conciudadano, y espléndido tanto en sus gastos como en sus regalos, Florencia estaba loca de contento. Durante cinco días seguidos se hicieron hogueras en las plazas, en las calles, delante de todas las casas, mientras hubo leña que quemar; en seguida se quemaron los entarimados, los techos de madera, los toneles y los muebles: parecía que toda la ciudad estaba en llamas. Era tiempo de cuaresma, pero se hicieron carros alegóricos y triunfales como en carnaval, y cada noche se quemaba uno delante de la casa de los Médicis triunfantes; el último fue uno que representaba la paz, y éste no fue incendiado, para significar que con el nuevo Papa habían terminado las guerras.²⁰ Fueron abiertas las cárceles, y los que habían sido condenados por causa de la conjuración fueron liberados del todo, y se les perdonaron todas las multas y destierros. Poco después fueron perdonados también los Soderini.

Así, "en medio de la alegría universal de esta ciudad", Maquiavelo salió de aquella fétida prisión a respirar las dulces brisas de Florencia, que ya anunciaban la primavera. Sentía como si hubiera renacido después de una enfermedad larga y grave; como si hubiera escapado de la muerte, saboreaba golosamente la vida; después de veintidós días de grilletes y esposas, gozaba mejor de la libertad; después de haber caído hasta el fondo de aquel oscuro precipicio, iba a intentar ahora la escalada de la cima. Para comenzar era necesario ganarse a aquellos "señores de Médicis", mostrándoles quién era, y pasar de sus sospechas a su gracia. A estos días corresponde, no obstante las opiniones en contrario de los biógrafos y de los historiadores de la literatura, su *Canto de los espíritus bienaventurados*,²¹ escrito casi seguramente para aquel triunfo de la paz que acabamos de mencionar; y no puede sorprender el hecho de que apenas salido de la cárcel hubiera sentido deseos de poetizar si aun dentro de la cárcel había escrito poesías y sátiras. Es el me-



Detalle del mausoleo de Juliano de Médicis, duque de Nemours, obra de Miguel Angel, en la Capilla de los Médicis, iglesia de San Lorenzo, Florencia. Foto Alinari.

nos propio de los cantos que llevan el nombre de carnavalescos, y el más piadoso de ellos; ya que no hace más que lamentarse de las largas guerras que habían ensangrentado a la cristiandad durante el reinado del difunto vicario de Cristo.

*e mostrare a chi erra
 si come al Signor nostro al tutto piace -
 che si ponghin giù l'arme e stieno in pace;*

*(y mostrar a quien yerra
 que a nuestro Señor nada agrada más
 que se olviden las armas y haya paz);*

así como mostrar la ira y la indignación de Dios

*poichè vede il suo regno
 mancare a poco a poco, e la sua gregge,
 se pel nuovo pastor non si corregge.*

*(porque ve que su reino
 poco a poco decae, y que su grey
 nuevo pastor merece y nueva ley).*

Para hacer que el "nuevo pastor" lo recordara, buscó también otros medios. El 13 de marzo, escribiendo a Francisco Vettori para darle las gracias de lo que *no* había hecho en su favor en medio de tanto peligro, después de haberle recomendado a su hermano, que hubiera querido verse inscrito en la lista de los familiares del Papa, añadía: "Recordadme, si es posible, a nuestro Señor, a fin de que me comience a utilizar él mismo, o alguno de sus parientes; porque yo creo que estoy en condiciones de haceros honor a vos y serme útil a mí mismo".²² Vettori, pidiéndole dispensa por haber tenido que ayudar a Pisa, habiendo tenido que esperar hasta la elección del Papa para pedir su perdón, cuando ya Maquiavelo estaba libre, no supo decirle más que palabras amistosas, dándole ánimos "para que sobrellevaara aquella persecución, como había sabido hacer con las otras que le habían sido promovidas", y que tuviera la seguridad "de que no iba a tener que permanecer siempre humillado".²³

Aunque no le dejen nada positivo, estas afectuosas expresiones reaniman a Maquiavelo y le reavivan las esperanzas. El 18 de marzo, en su respuesta al amigo, su mente y su pluma se orientan hacia los sucesos más recientes: "Y en cuanto a tener confianza en la fortuna, quiero que tengas esta satisfacción con ocasión de mis penas: que las he soportado con tanta entereza que yo mismo estoy contento de ello y me considero mejor de lo que creía. Y si estos

señores tuvieran a bien no dejarme abandonado, se lo agradeceré infinitamente y creo que sabré servirlos de tal manera, que estarán contentos de haberse valido de mí. Pero en el caso de que no me acepten, yo continuaré viviendo en las condiciones en que nací, porque yo he nacido pobre y he aprendido antes a sufrir que a gozar". Todo el que lea estas palabras, al igual que el que aquí las transcribe, lo tendrá en un gran concepto; y no menos por aquel ardiente deseo de aferrarse a la vida, "contemporizando en medio de esta universal felicidad, gozando de este resto de vida, sintiéndose como si estuviera soñando".²⁴

Pasando de un sueño a otro, mientras espera la ayuda de su amigo embajador ante el Papa, decide ayudarse por sí mismo encomendándose ante Juliano. Fue probablemente en estos días cuando le envió una jaula con tordos criados en su pajarera de Sant'Andrea (¡y eran los últimos de la estación!), acompañándolos con otro soneto; pero era causa del regalo, no como de ordinario, el regalo causa del soneto:

*Io vi mando, Giuliano, alquanti tordi
non perchè questo don sia buono o bello
ma perchè un po' del pover Machiavello
Vostra Magnificenzia si ricordi.*

*(Aquí os envío, Juliano, algunos tordos,
no porque aqueste don sea bueno o bello;
sino para que al pobre Maquiavelo
vuestra Magnificencia lo recuerde).*

Y decía a continuación que, si entre los que lo rodeaban había algún mordaz calumniador, le diera a morder aquellos pájaros, para que se olvidara de morder a otro. No importa que estén flacos,

*ch'io son maghero anch'io, come lor sanno,
e spiccon pur di me di buon bucconi.*²⁵

*(que también, como saben, yo estoy flaco,
y, no obstante, me toman por bocado).*

No se sabe de cierto si llegó a recibir de parte de Juliano algunas palabras de aliento, o hasta gracias o favores.²⁶ La fuente de las gra-

cias, más aún, el pozo de la sátira de Ariosto, se encontraba en Roma, pero no daba agua para el "pobre Maquiavelo", no obstante que se encontraba en Roma aquel que tan amigo suyo se declaraba y que parecía tener tanta facilidad para obtener algo; ¿quién mejor que el embajador de los florentinos ante el Pontífice florentino iba a tener abierta la puerta para la benevolencia del Papa? Y no obstante, el 30 de marzo le escribió éste que tenía la impresión de recibir poco favor del Papa; y que no había podido obtener aquella gracia ni siquiera para Totto, no obstante ser tan formal y digno de confianza.²⁷ Quizá había en realidad intentado conseguir éste y otros favores para Maquiavelo y había obtenido una respuesta de tal naturaleza que no había querido referirla a su amigo; o quizá, según su carácter, ni siquiera se había tomado tal molestia, viendo o imaginando la mala disposición del Papa.

Esta carta dejaba al infeliz Maquiavelo por los suelos y le cerraba abiertamente el último resquicio de esperanza. Respondió a Vettori que le había sorprendido más la manera que la respuesta misma, porque había tenido muchas reservas en la forma con que le presentaba la amarga noticia. Y que ya no se preocupara más ni de él ni de su hermano Totto. Y añade: "De una vez para siempre os advierto que no hace falta que os toméis ninguna molestia de cualquiera de las cosas que yo os pida, puesto que yo no me disgustaré de no obtenerlas".²⁸ ¡Y él decía que no se disgustaría! ¡Y qué superior, aun en valor moral, aparece a nuestra vista Maquiavelo en comparación con su corresponsal de este carteo!

Pero si del trato epistolar con su amigo, que con tantas esperanzas había comenzado, no logrará obtener beneficios más sustanciosos, a uno sin embargo, no quiere renunciar: al de tratar de los problemas políticos con él, a pesar de que aquél, viendo que las cosas sucedían exactamente al contrario, estas disertaciones le resulten fastidiosas, según le decía en alguna carta. Escribía Maquiavelo: "No me puedo quedar sin llenarte la cabeza con mis ilusiones, porque la fortuna ha hecho que yo, no sabiendo hablar ni del arte de la seda, ni del arte de la lana, ni de las ganancias y de las pérdidas, me corresponda a mí hablar de los asuntos del Estado: porque para mí es necesario hablar de esto, o tener que cruzarme de brazos". Y firma tristemente la carta: Nicolás Maquiavelo, *quondam Secretarius* (ex-Secretario).²⁹

Cuando no habla a su amigo Vettori acerca de los asuntos del Estado, le refiere las alegres aventuras de sus amigos de Floren-

cia y se burla amistosamente de los amigos comunes. Pero, de pronto, interrumpe aquellas bromas con los versos de Petrarca:

*Però se alcuna volta io rido o canto,
facciol perchè non ho se non quest'una
via da celare il mio angoscioso pianto;*³⁰

*(Pero si alguna vez yo río o canto,
lo hago porque no tengo otra ninguna
manera de ocultar mi amargo llanto);*

y así reaparece su trágico rostro infeliz debajo de aquella máscara cómica. Lo fatiga aquella forzada ociosidad, a él que sabe soportar tan tremendas fatigas, lo mismo que su talento despreciado, la necesidad que toca a las puertas de su casa en la que tiene muchas bocas que llenar, y las deudas confiadamente contraídas en tiempos mejores con motivo de la transacción con Totto. Y, casi a pesar suyo, vuelve a hablar de sus habituales y únicas esperanzas. En días pasados le había escrito: "Si yo pudiera desanidar, y salir de este territorio, tendría deseos de ir yo mismo a preguntar si el Papa está en casa". En Roma había vuelto a obtener el favor del cardenal Soderini, su antiguo protector y apologista, el cual "alternaba amistosamente con el Pontífice", y Maquiavelo se preguntaba si sería conveniente escribirle a fin de que lo recomendara con León, o si era mejor que tal encargo lo hiciera de viva voz Vettori, o bien, si ni una ni otra cosa.³¹ Vettori le aconsejó exactamente esto último, porque el favor que gozaba el Cardenal era más de palabras que de hechos; y una recomendación suya hubiera traído al tapete el recuerdo de las antiguas relaciones entre los Soderini y el Secretario, siendo más perjudicial que ventajoso.³²

Era un consejo acertado, pero Maquiavelo ya no podía estar en su casa: quería "desanidar". Y ahora, el 16 de abril, al escribir que Juliano iba a venir a Roma, recuerda a su amigo: "Naturalmente, vos sabréis encontrar la manera de hacerme algún favor . . . ; no puedo yo creer que, si maneáis mi caso con un poco de destreza, no lleguen a utilizarme para algún trabajo, si no por cuenta de Florencia, al menos por cuenta de Roma y del pontificado, en el cual caso podría yo ser menos sospechoso . . . ; y yo creo que, si la santidad de nuestro señor comenzara a servirse de mí, puedo hacer algo que redunde en provecho mío y de todos mis amigos. No os escribo

esto porque tenga demasiado interés en que se resuelva mi asunto, ni porque yo quiera que sufráis por mí ni un grave trabajo, ni un gasto, ni una molestia, sino a fin de que estéis informado de mi manera de pensar”³³

Pero, por las razones que hemos mencionado, estas preocupaciones inquietaban a Vettori, quien en sus respuestas saltaba lo más pronto que podía a otros asuntos. En tales condiciones, era mejor complacer a su infortunado amigo comentándole los complicados problemas de la política: con ellos llenaba las páginas, dejando así poco espacio para los asuntos menos desagradables, y su corresponsal ponía tanto interés en aquéllos, que olvidaba su desgracia y sus necesidades. Además, continuaba por entonces aquella enorme lucha entre los príncipes cristianos y, en fin de cuentas, también a él le gustaba aventurar profecías acerca de su futuro, y acosar a Maquiavelo para que lanzara aquellos juicios agudos que en toda ocasión encontraba.

Muchos eran los asuntos sobre los que se podían hacer comentarios. El rey de Francia, habiendo sido batido del otro lado de los Alpes por ingleses y españoles, y arrojado de este lado sin poder conservar más que unas cuantas fortalezas, teniendo además como enemigo al Emperador, a los suizos y a los venecianos, se hallaba a punto de ser arrollado por el enorme alud que le había arrojado encima la ira de Julio, cuando se supo que acababa de firmar una tregua con el rey de España. Fue un suceso de enorme trascendencia, y casi increíble: era desatarle las manos para que pudiera asestar sus golpes de este lado de los montes. Poco después fue estipulada una alianza entre los venecianos y los franceses, los cuales quedaban así en condiciones de volver a penetrar en Italia para reconquistar el ducado de Milán, que había sido puesto por los confederados bajo el dominio nominal de Maximiliano Sforza; pero de hecho los suizos eran los que dominaban en él, ya que sus soldados eran los que lo ocupaban.

Vettori, considerando al rey de España un viejo zorro y viendo que aquella tregua no le era beneficiosa, creía que no le habrían faltado razones para hacerla y que debía de ocultar debajo alguna gran maquinación.³⁴ Dándole vueltas al asunto, una mañana, después de haber permanecido “dos horas más de lo acostumbrado en la cama” sin lograr hallar solución a estos pensamientos, resolvió recurrir al juicio de su amigo, “porque había descubierto que en estas cosas (le escribía) era el más perspicaz de los hombres con quienes había

tratado".³⁵ Pedir esto a Maquiavelo era como invitarlo a un festín; reconocerle aquella excelencia de la que los demás no sabían o no querían darse cuenta era como resucitarlo: ¡y bien sabe Dios lo necesaria que era por entonces su resurrección! En aquellos días, después de haber tenido que recorrer muy a su pesar una vez más las escaleras de Palacio para volver con aquellas viles y odiosas cuentas,³⁶ habiéndole helado en el corazón las esperanzas, la frialdad de su amigo, y no pudiendo ya soportar los gastos y la ociosidad de la ciudad, se había retirado a su pobre quinta de Sant'Andrea. Había jurado que no se volvería a ocupar de asuntos políticos y ni siquiera a hablar de ellos;³⁷ pero eran juramentos de marinero, y bastó la carta de su amigo el embajador para sentirse en un momento el mismo de siempre. Y confesaba: "Cuando estaba leyendo tu carta, lo cual hice varias veces, olvidé del todo mi miserable condición".³⁸

En una respuesta de admirable agudeza que envió el 29 de abril a su amigo, explicó las razones que habían inducido al rey de España a conceder la tregua y las consecuencias que de ella podían derivarse, muy diversas de las que había imaginado Vettori, el cual también era perspicaz. Este quedó muy complacido con estos comentarios, pero quizá los juzgó más ingeniosos que verdaderos, como parecían a la mayoría, y algunas veces eran, las cosas de Maquiavelo. Pero tres meses después, luego que hubo pasado otra vez el rey de Francia a Italia, y que hubo reconquistado y vuelto a perder con la mayor facilidad el ducado de Milán, buscó aquella carta, la releó, y llenó de admiración y elogios³⁹ a aquel vidente que lograba adivinar las intenciones y las futuras acciones de los príncipes, a pesar de la poca información que recibía, por hallarse ignorante de las noticias y de las conversaciones, "retirado en su pequeña quinta y alejado de todo rostro humano".⁴⁰

CAPITULO XIV

SUS "OCIOS" EN SANT'ANDREA: LOS "DISCURSOS" Y "EL PRINCIPE".

Sant'Andrea in Percussina es un caserío colocado junto a la antigua ruta postal romana;¹ a siete millas de Florencia y dos antes de San Casciano. Lo forman una pequeña iglesia parroquial, una casa que sirve como mesón, y junto a ésta una casa de señores, como se decía entonces, pero que más propiamente se debía decir una casa de pobres; una pequeña torrecilla rodeada de varias casuchas, y otras del otro lado del camino que se usaban como lugar para extraer aceite, como horno, como refugio y como establo; y un caserío habitado por los labradores del campo contiguo: estas casas, estas casuchas y este terreno, llamado precisamente *Borgo*, o *Strada*, y con otro nombre *Poggio*, junto con las tierras de Montepulciano y de Fontalle, son el pequeño reino del Secretario florentino, que se ha convertido en hombre de campo y en jefe de casa. La casa de señores es llamada comúnmente el *Albergaccio*, a causa de la que se halla junto a ella; y la misma palabra nos dice ya bastante respecto a la calidad de la una y de la otra. Para el lado poniente, a mano derecha del camino que lleva a San Casciano, sus propiedades no son sino unas cuantas parcelas: unas pobladas de olivos y otras de bosque, todas descienden hacia el lado oriente, del pequeño poblado al torrente del Greve, que aparece al fondo del valle, tan escaso de agua en la mejor estación, que no muestra más que un esqueleto de blancos guijarros.

Aquí ha venido a encerrarse *post res perditas* Nicolás Maquiavelo, "habiendo jurado no volver a pensar ni a tratar asuntos de política"; después de la oscura cárcel que había soportado, esta era su otra prisión, fértil y llena de sol. Es la tierra que ha visto correr su infancia, la tierra querida de sus antepasados, pero al principio se encuentra en ella con muy poca alegría y con cierto despecho: le parece buena para retirarse a descansar en la dulzura de sus últimos

ocios, en el crepúsculo de la vida, pero no en pleno mediodía, en el vigor de sus años. Las cosas sencillas del campo le parecen indignas de su ingenio: los hombres se dan cuenta con dificultad de que sus grandes empresas resultan pequeñas y deleznable frente a la grandeza de la Naturaleza.

Pero él es también un poeta; y también es hermosa esta tierra toscana, sobria y variada, dulce y áspera al mismo tiempo, ¡indecisa como su propia alma entre la risa y el llanto!, y quien vuelve a ella después de haberla perdido por largo tiempo, como él, encuentra allí una ayuda para hallar de nuevo ciertas partes de sí mismo que ya había perdido; y esta labor no la realizan solamente el sol y los vientos, los amaneceres y los crepúsculos; bastan las cosas más humildes, una sencilla concha del río, el perfume de una flor, el sabor de alguna hierba, un canto de pájaro para reavivar sus sentidos adormecidos. El contacto físico con la tierra materna, con su olor a hierbas y a raíces, es capaz de renovar en todo hombre el mito de Anteo.

Y esto es lo que le sucede a Maquiavelo. Después de tantas penas y dolores, se tranquiliza en medio de aquella paz: su infelicidad misma pierde el sabor de amargura para convertirse en un fermento vital, al igual que aquel continuo ocio. Su espíritu, rebosante de ideas que nadie había expresado antes que él, florece como florecen a su alrededor los árboles y las plantas después del prolongado letargo invernal. También las cartas de Vettori le han servido de estímulo, haciéndole volver el pensamiento a cuestiones de política. Después de la famosa carta del 29 de abril acerca de la tregua, que señaló el final del "juramento", y después de una pausa que duró todo el mes de mayo y la mayor parte de junio, la correspondencia volvía a comenzar.²

El 12 de julio su amigo el embajador le proponía un nuevo tema, aunque la materia general era siempre la misma: "Desearía hallarme a vuestro lado para ver si entre los dos podemos arreglar el mundo, y si no todo el mundo, por lo menos la parte que más de cerca nos toca; el cual me parece muy difícil de arreglar en nuestra fantasía; de manera que al llegar el momento, creería que es imposible". Después de hacerle esta introducción, y de hablarle de las condiciones e intenciones de los potentados, concluía pidiendo al antiguo secretario que le "arreglara con la pluma una paz".³ Así siguen los dos amigos su correspondencia durante los meses de julio y de agosto, imaginándose cada uno una paz a su manera. Maquia-

velo hubiera querido que el Papa, que todavía permanecía neutral, más por indecisión o astucia que por su presunta bondad, se pusiera de parte del rey de Francia y que éste recuperara el ducado de Milán.⁴

Pero el 20 de agosto Vettori, que pensaba de otra manera, después de haber puesto al tanto al desterrado de las noticias del mundo, ponía en orden de batalla los argumentos que le parecían favorables a su propia paz, en contra de la de Maquiavelo.⁵ Este, en broma, le contestó el día 26 que esta carta lo había dejado perplejo en un principio por el orden y la multitud de las razones; pero que después, al estudiarla más detenidamente, le había sucedido "como a la zorra cuando vio al león, que la primera vez estuvo a punto de morirse del susto, la segunda se detuvo a mirarlo desde atrás de un matorral, y la tercera le habló". Así que al contestar a su amigo, le reprochaba el error de hacer "de este rey de Francia una nada y del rey de Inglaterra una enormidad".⁶ Y una vez más, acertaba; aunque, siguiendo su idea de una nación armada con armas propias y olvidando lo que Aristóteles escribe acerca de las repúblicas divididas, se desorientaba a causa de su odio a los suizos, así como Vettori por el de los turcos.

Ya fuera que no le gustara la fábula de la zorra o que le faltara materia para contestar, en tanto que los príncipes, continuando su triste juego a expensas de los pueblos, seguían haciendo planes día tras día, Vettori no respondió a esta carta y durante algunos meses no volvió a dar señales de vida. Y por su parte, Maquiavelo tampoco hizo nada para provocarlo a contestar. Una materia distinta de estos caprichos ocupa ahora su tiempo y su mente: finalmente ha encontrado su camino, "un camino que todavía nadie ha pisado",⁷ y ya se ha adentrado por él.

Durante muchos años, quizá desde el tiempo de su delegación ante Valentino, ha ocupado sus breves y escasos *otia inter negotia* (descansos en medio del trabajo) anotando alguna memorable experiencia de las acciones humanas para compararla con las de los hombres de la antigüedad. Así, a base de experiencias y de intuiciones, su genio lo ha conducido a gustar "aquel sabor que la historia tiene en sí",⁸ y a deducir de ella los principios y las reglas generales de una ciencia nueva, ya que antes nadie había pensado en cosa semejante: ésta tiene por fundamento la afirmación de que la naturaleza humana no cambia con el pasar del tiempo, en sus ambiciones y en sus vicios, en sus debilidades y en sus virtudes:⁹ una teoría que cier-



Lámina VIII. *Retrato de León X, por Rafael.* Foto Alinari.

tamente requiere correcciones, como sucede con casi todas las propuestas por los innovadores a través de los siglos, pero que tiene en sí una parte de verdad y abre camino hacia observaciones verdaderas aun en aquellos aspectos que contienen errores.

Es probable, y casi diría yo tangible, que las primeras proposiciones de esta doctrina nacieron bajo forma de apostillas a las *Décadas* de Livio, cada vez que, al releer y comparar su "continua lección" con una "prolongada experiencia", descubría en ellas "aquel sabor que tienen en sí"; las cuales apostillas fueron anotadas quizá al margen de aquel mismo ejemplar que dio el impresor Nicolás de la Magna a *messer* Bernardo, que había comenzado a saborear sobre el escritorio de su padre.¹⁰ Cuando sobrevino la desgracia, "retirado en su pequeña quinta y alejado de todo rostro humano", la ociosidad, la infelicidad y la necesidad lo hicieron buscar aquellos papeles; y lo que no se hallaba aun en ellos, lo buscó dentro de sí, que ya rebosaba de ideas originales acerca de la política. Fue así como a manera de comentarios a las *Décadas* de Livio, comenzó a escribir un tratado sobre las repúblicas; a pesar de que, habiendo nacido en forma de comentario, el libro conservará hasta el final la forma de glosa.

En esta gran obra trabajará durante muchos años, y no llegará a abandonarla nunca del todo; pero se nota que una parte la llevó a término en el primer impulso de aquella ociosidad. Nos lo imaginamos dedicado a su labor con el entusiasmo de los descubridores, aumentando su fervor y su alegría cuando un nuevo ejemplo, antiguo o moderno, se le presenta para confirmar las teorías que se ha formado, o las verdades que va descubriendo. La grandeza y la novedad de la empresa lo exaltan indeciblemente, casi lo llenan de temor, haciéndole presentir para sí los peligros y el infeliz destino de quien se aventura a "buscar mares y tierras desconocidos".¹¹

Pero mientras presta toda su atención en este libro, que no tiene más unidad que la de sus nuevas doctrinas y la lógica de su pensamiento, de la misma informe materia con que está trabajando le viene a la mente otro muy concreto, exacto como una ánfora, recto y agudo como una espada. Por su edad, por su patria, por su estirpe y por su condición, él se inclinó siempre con todo su entusiasmo hacia el estado popular, y esta inclinación la ha alimentado abundantemente con los hechos de la Roma republicana, la única que él ama. Pero, contra la inclinación de su corazón, su inteligencia previsoramente le anuncia que Italia se encamina hacia los principados; por consiguiente,

hay que tratar de los principados. Precisamente en aquellos días, al llegar en la redacción de sus *Discursos* acerca de Tito Livio a aquel capítulo en el que demuestra que "un pueblo corrompido, al obtener su libertad, con grandísima dificultad puede mantenerse libre", volviendo su mirada de la antigua Roma a las ciudades italianas de su tiempo, ha observado "que aquéllas se hallan totalmente corrompidas".¹² Sólo un "príncipe nuevo" podría resucitar ya aquellos miembros corrompidos; sólo en aquel príncipe podría Lázaro encontrar finalmente "un redentor". Diez años antes, la empresa casi fue llevada a cabo por Valentino con la ayuda de la fortuna y de un Papa; con la desaparición de los Borgia, Julio II siguió demostrando de cuántas cosas era capaz la Iglesia con respecto a Italia, y ahora había llegado al gobierno de la Iglesia un florentino, que reunía en su poder las fuerzas del estado florentino con las de la Iglesia; y tiene un hermano y un sobrino, ambos jóvenes, ambiciosos de mando, y también "favorecidos por el cielo y por la fortuna".

Así ha germinado en la mente del desterrado de Sant'Andrea el libro de *Principatibus*, el *Príncipe*, con la intención de dedicarlo a quien parece tener todas las condiciones del esperado "príncipe nuevo", excepto una: la virtud. Por ello en su libro, dejando a un lado los principados hereditarios, tampoco se preocupará de aquellos a los que se llegue por medio de la virtud, para detenerse en cambio tratando acerca de los que se consiguen por la fortuna. Este era el caso de Valentino y del Papa Alejandro, que viene a repetirse en Juliano y en el papa León; quizás de ellos dependa la fortuna de Italia, y ciertamente la suya. ¡Italia! un nombre que hasta entonces sólo era apreciado por los poetas: para hacer de él un concepto político, hacía falta un político que fuera a la vez también un poeta.

El modelo del príncipe que quiere mostrar a Juliano, aunque tiene "cierto sabor de historia", no es el aprobado por los preceptos divinos y humanos, de manera que "todos comprenderán . . . hasta qué punto será digno de aprobación",¹³ pero es el que, según las circunstancias de la época, puede llevar al fin deseado. Ha tomado como suyo el empeño de llevar a este redentor a una redención difícil, de combatir contra la maldad y los malvados, de usurpar a los usurpadores. Así como un capitán no razona más que en términos militares y un hombre de ciencia en términos científicos, él no se detiene en consideraciones morales ajenas al desarrollo de sus teoremas: sólo una lógica férrea es la que lo gobierna. Al discurrir acerca del triunfo del Estado, solamente el Estado tiene importancia



Retrato de Juliano de Médicis, por Alejandro Allori. Foto Alinari.

para él, de manera que llega a indicar que la misma religión quede sometida al Estado; si su intención fuera la de disertar, como el religioso, en torno a un triunfo de la religión en el corazón de los hombres, la misma inexorable lógica lo llevaría por el camino opuesto. Es justa una guerra si es necesaria; es piadoso un príncipe que con su crueldad evita a los pueblos crueldades mucho mayores; son dig-

nas las acciones, sean cuales fueren, que conducen a un fin laudable: éste las redimirá, como la famosa exhortación final redimirá el libro todo de sus máximas impías y crueles:

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, tenga un redentor. Y no lograría yo expresar con qué agradecimiento sería recibido en todas las provincias que han padecido las incursiones de los extranjeros; ni cuán grande es su sed de venganza, cuán obstinada su fe, y cuán abundantes son sus lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarian? ¿Qué pueblo le negaría la obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría su obediencia? ¡Todos estamos ya hastiados de este bárbaro dominio! Tome, pues vuestra ilustre casa este asunto por su cuenta, con aquella decisión y con aquella esperanza con la que se toman las empresas justas; a fin de que, bajo sus banderas esta patria se vea ennoblecida y, bajo sus auspicios, se verifique aquel dicho de Petrarca:

Virtù contro a furore
prenderà l'arme; e fia el combatter corto:
chè l'antico valore
nell'italici cor non è ancor morto.¹⁴

(Virtud contra furor
combatirá, y el triunfo será cierto:
el antiguo valor
en los hijos de Italia aún no está muerto).

De esta manera los nuevos teoremas políticos de Maquiavelo, entrelazados en una trama soñadora, ascienden en el impulso lírico final al cielo de la poesía. Nadie le hará la injuria de dudar si él veía las diferencias que existían entre los Médicis y los Borgia; pero, fueran las que fueran, no podían impedirle aquel gran sueño de redención de Italia, y tampoco aquel otro, igualmente humano, de *su propia* redención.

Pasando de un sueño a otro, la obra le ha fluido completa, en un tiempo muy breve; y no creo que haya existido hombre alguno, en el fondo de su infelicidad, tan feliz como Maquiavelo en aquellas veladas en que, a la luz de un velón, iba sacando de la masa informe de sus viejas glosas y de sus nuevas doctrinas, el concepto preciso del *Príncipe*, a grandes golpes de cincel.

En su prisión, no tenía ninguna otra cosa de qué preocuparse. Iba a Florencia por algún asunto o a traer libros. No había escrito a Vettori; fue su amigo el que, finalmente, el 23 de noviembre, rompió el prolongado silencio. El destino de Maquiavelo hizo que todas

sus obras maestras nacieran a causa de la malevolencia, la indiferencia o el egoísmo de los hombres. A los Médicis, que lo privaron de su cargo, lo confinaron, y lo dejaron durante tanto tiempo en el abandono y la miseria, debió el *Príncipe*, los *Discursos* y tantas otras de sus páginas eternas; las cuales (como muy acertadamente se ha dicho) "como en Dante no se puede concebir la *Commedia* sin el destierro, así en Maquiavelo no se pueden concebir . . . sin el destierro de la política".¹⁵ Igualmente, debe mucho a Vettori, el cual, no ayudándolo como hubiera podido hacerlo, lo dejó abandonado en una infelicidad fecunda; y además, al escribirle aquellas sus cartas ociosas, dio ocasión a sus respuestas, algunas de las cuales son bellísimas entre las risas y los suspiros. Pero además, con la del 23 de noviembre que acabamos de mencionar, le dio, además de la ocasión, hasta la pauta para escribir la carta más famosa de toda la literatura italiana.

Con su habitual despreocupación, su amigo embajador le había descrito su cómoda e inútil vida en Roma;¹⁶ en una respuesta del 10 de diciembre, Maquiavelo le refiere en cambio la suya.¹⁷ En los meses anteriores ha cazado tordos con su propia mano: se levantaba antes del amanecer, se vestía, y salía llevando consigo una cantidad de jaulas, pareciendo "Geta cuando regresaba del puerto con los libros de Anfitrión". Así había pasado todo el mes de noviembre (según debe entenderse conforme a una corrección que yo he hecho al texto),¹⁸ después, habiendo terminado la estación de los tordos y faltándole este entretenimiento, "habiendo quedado un poco malhumorado", su vida se desarrolla de la manera que yo no me atrevería a narrar con palabras diversas de las del gran escritor:

Yo me levanto en la mañana cuando sale el sol, y voy inmediatamente a un bosque de mi propiedad que estoy haciendo cortar, en el que permanezco dos horas revisando la tarea del día anterior y pasando el tiempo con aquellos taladores que tienen siempre alguna preocupación que contarme, ya sea suya o de sus vecinos . . . Al irme del bosque, voy a una fuente, y de allí a un paraje en donde tengo guardado un libro, ya sea Dante o Petrarca, o alguno de los poetas menores, como Tibulo, Ovidio u otros semejantes; leo algo de aquellas sus amorosas pasiones y de sus amores; recuerdo los mitos, y me quedo gozando un buen rato con estos pensamientos. Me detengo después a la puerta de la hostería: hablo con los que pasan, les pregunto las novedades de sus pueblos, y así me informo de diversas cosas, y observo la variedad de gustos e ilusiones de los hombres. Así se llega la hora de la comida, y allí mismo como con mis amigos los alimentos que puedo conseguir en este caserío con mis escasos recursos. Apenas he comido, regreso a la hostería; allí encuentro al dueño, y ordinariamente a un carnicero, un molinero, y dos fun-

didores. Con ellos me entretengo todo el resto del día jugando, y a lo largo del juego se originan mil disputas y enormes andanadas de palabras injuriosas; la mayor parte de las veces se pelea por algunos centavos y nuestros gritos no es raro que se oigan hasta San Casciano. Así, en compañía de estos grandísimos avaros, se me desenmohece el cerebro, y desahogo mi disgusto por la mala fortuna que padezco, alegrándome de que así me haga sufrir, para ver si alguna vez se avergüenza de ello.

Cuando anochece, regreso a mi casa y entro en mi saloncito; a la entrada me despojo de estas ropas de campo, cubiertas de fango y de polvo, y me pongo vestiduras regias y curiales; y así vestido convenientemente, entro en las antiguas cortes de los hombres de la antigüedad, donde, acogido con cordialidad, me alimento con aquella comida que *solum* a mí me pertenece y para la que he nacido; donde yo no me avergüenzo de hablar con ellos y de interrogarlos acerca de la razón de sus acciones; y ellos con gran afabilidad me responden; y durante cuatro horas no siento la menor preocupación; olvido todo cuidado, no temo a la pobreza, y no me atemoriza la muerte: me siento totalmente trasladado al lado de ellos. Y en vista de que Dante dice que no existe la ciencia si no se conserva lo que se ha entendido, yo he ido anotando aquello que he ido atesorando a lo largo de mi conversación con ellos, y he compuesto un opúsculo de *Principatibus* . . .

De manera que de esta mezcla de felicidad e infelicidad, de sueño y de realidad, de vileza y de grandeza, fiel reflejo del carácter de su autor, habían nacido los *Discursos* y el *Príncipe*; y del *Príncipe* habla Maquiavelo a su amigo en esa misma carta del 10 de diciembre con palabras en las que se confunden la complacencia, el cariño y la expectación. Le dice que pregunte acerca de él a Felipe Casavecchia, que lo ha leído, aunque todavía lo va a aumentar y a repulir: aumentar y repulir sí, pero no modificarlo totalmente como han pretendido aquellos críticos que han creído en una doble redacción.¹⁹ Le habla también de su propósito de dedicar el libro a Juliano, y de su incertidumbre entre enviárselo a Juliano o no; porque se presenta la duda elocuente contra el enviárselo "de que Juliano se limite a leerlo", y contra el no enviárselo, la pobreza que lo agobia y el temor de lo que puede llegar a suceder si sigue en tan extrema pobreza. Sigue diciendo: "Estaría dispuesto a comenzar a servir a estos señores, aunque fuera necesario comenzar acarreando piedras; porque si no hago lo posible por merecer su favor, lo lamentaría siempre; y por este pequeño trabajo, una vez que lo leyera, se daría cuenta de que los quince años que he pasado estudiando el arte del gobierno, no los he pasado durmiendo o jugando; y todos estarían contentos de servirse de uno que se halla lleno de experiencia a expensas de los demás. Y respecto a mi fidelidad, no podrían dudar de ella, porque, como yo siempre la he observado, no habría razón para que comen-



Felipe de Nerli y Francisco Vettori, por G. Vasari.

zara a quebrantarla ahora; porque quien ha sido fiel durante los cuarenta y tres años que yo tengo, no podría cambiar de naturaleza; y el testimonio de mi fidelidad y honradez es mi misma pobreza”.

Vettori ni siquiera contestó al principio a esta maravillosa carta; y Maquiavelo tuvo que escribirle otra para refrescarle la memoria, así como para hablarle de los ambiciosos proyectos de su amigo Donato,²⁰ para obtener de él respuesta. La recibió, con fecha del 24 de diciembre, y no contenía más que la hojarasca habitual, que al pobre Secretario ciertamente divertía, pero un poco menos ahora que se hallaba de por medio el hambre y la fama. Respecto a lo que le interesaba, “puesto que no tenía entre manos ningún negocio que le produjera algunas monedas”, su amigo el embajador le decía

solamente que en Roma no acertaba a encontrar algún lugar para él, mientras no salieran del limbo ciertos remotos proyectos acerca de una delegación a Francia de Julio de Médicis, el bastardo de Juliano el viejo que había sido creado nuevamente cardenal por el Papa; allá el ex-Secretario, por su conocimiento de la lengua y del país, hubiera sido de gran utilidad. Con respecto al *Príncipe*, la fría conclusión es la siguiente: "cuando me enviéis ese tratado, os diré si me parece conveniente que vengáis a presentarlo".²¹

Maquiavelo no pierde las esperanzas. Continúa puliendo el libro, pero siempre alternando las vestiduras curiales con el basto sayal del campo.²² Entre tanto sigue la corriente a su amigo, y lo entretiene contestándole despreocupadamente sus despreocupadas cartas. Se quejaba cómicamente de Casavecchia y de Brancacci, que habían sido sus huéspedes, porque lo habían exhortado a reformar su casa y a llevar una vida más ordenada, y le aconsejaba que los tuviera a raya, para que echaran de menos el carnaval que habían perdido.²³ Este consejo obtuvo un efecto tan inmediato, que su amigo debió felicitarlo por él, y reconocer que tenía "buen juicio tanto en las cosas pequeñas como en las grandes".²⁴ Pero entre tanto Maquiavelo, que no tenía dificultad en entretenerse en las cosas pequeñas, pero que aspiraba a las grandes, y había comenzado a pasar en limpio su libro, apenas hubo escrito algunos capítulos, se apresuró a enviarlos a Vettori, el cual, en medio de las habituales charlas y de ciertas noticias de sus amoríos, le daba esta respuesta: "He visto ya los capítulos de vuestra obra y me agradan sobremanera; pero no quiero expresar un juicio definitivo hasta no tener el resto".²⁵

El tranquilo y precavido embajador creyó quizá que con aquel "sobremanera" había ya dicho bastante; pero este juicio debió de parecer a Maquiavelo, que todavía se hallaba en la plenitud del entusiasmo, además de indeciso, frío. Pero el hecho no tenía mayor importancia. Por esos días se trasladó con su familia a la ciudad,²⁶ quizá para pasar con menos incomodidades el resto del verano, quizá para ayudarse un poco más de lo que le ayudaba Vettori, dando a conocer su obra entre sus amigos. Habiendo salido a su quinta con las manos vacías y casi desesperado, regresaba de ella después de ocho meses lleno de esperanzas. Traía de su salita de estudio del *Albergaccio* algunos cuadernos en los que se incluía nada menos que una parte de los *Discursos* y del *Príncipe*, que todavía no entraban en contacto con la malevolencia y la indiferencia de los hombres.

CAPITULO XV

AMORES Y DOLORES

Sin embargo, Florencia ya no era para Maquiavelo la misma de otros tiempos; y su ociosidad en la ciudad no le pareció mejor que la de su quinta. Siendo un buen amigo y amante de la conversación, no debían de desagradarle rostros y conversaciones más humanos que los del hostelero, del carnicero y de los fundidores de Sant'Andrea; en las plazas, en las que entraban en juego el ingenio, la mordacidad y la sutileza de los florentinos, estaba en condiciones de ganarse día tras día los primeros honores, y era éste también un modo de ejercitar y agudizar su ingenio. Pero esta clase de entretenimientos no le bastaban para llenar su tiempo. Al llegar el anochecer, se encontraba en medio de aquella multitud de charlatanes ociosos, más solo que en la soledad del *Albergaccio*, poblada por voces inmortales.

Frecuentaba el almacén de Donato del Corno, que estaba siempre a caza de guapos mozos, y la casa de la Riccia, una cortesana "honesta", aunque no demasiado. Su fama de hombre prudente le concedía un lugar junto al fogón de aquel negociante que quería dejar de ser un plebeyo y algún beso "aunque sólo fuera de escapada" robado a la hermosa mujer. Ese lugar y esos besos él los pagaba con bien pensados consejos; los cuales, a la postre, resultaban mal (¡igual en la vida que en la política!), y entonces el uno lo llamaba haragán de su almacén, y la otra haragán de su casa.¹ ¡Pobre Maquiavelo!

También en este tiempo su correspondencia con Vettori se halla escaso de documentos, no solamente en su biografía, sino también en su vida. De entre sus antiguos amigos, éste era uno de los pocos que eran aceptos al nuevo régimen, el cual lo tenía como embajador en Roma desde hacía ya dos años: y de él esperaba los favores y los cargos; la llegada de cada una de sus cartas era pues, un acontecimiento importante en casa de Maquiavelo, pero más que nunca

en estos últimos días del invierno. Desde el 23 de noviembre su amigo lo había invitado a acompañarlo en aquella reposada vida en Roma, donde no le prometía "más ocupación que andar visitando la ciudad, para regresar después a casa a bromear y a reír". Amante de su comodidad y de su libertad, Vettori no vivía como embajador; visitaba a muy pocos; porque eran muy pocos los que le agradaban, y en medio de la gran afluencia de hombres que llegaban allá de todas partes de Europa, no había encontrado uno solo (le decía) que estuviera a la altura de Maquiavelo.² Cumplimiento que parece tanto más raro por venir de un hombre tan apático y difícil de complacer.

Pero Maquiavelo, aunque agradecía la invitación, dudaba si aceptarla. Lo detenía el pensamiento de los Soderini. En vista de las relaciones que habían existido entre ellos, no le parecía digno de él permanecer en Roma sin ir a visitarlos; pero si lo hacía, tenía miedo de que a su regreso, en vez de apearse en su casa, lo obligaran a apearse en el juzgado.³ Vettori le dio seguridades,⁴ pero él no se movió. Aunque lo tentaba enormemente la cómoda vida que se le prometía, no quería ir a Roma sino con el *Príncipe* para poder presentarlo; tenía deseos de ser llamado por aquellos "señores Médicis", como lo había escrito en la famosa carta del 10 de diciembre, partir de su quinta y decir: "¡Heme aquí!"

Pero el tiempo pasaba y cada nueva carta de Vettori era una nueva desilusión para él. Le contaba sus aventuras, sus amoríos, la liviandad de sus censores, Casa y Brancacci. Maquiavelo, en parte porque la materia no le disgustaba del todo, y en parte para no dejar morir su correspondencia, le seguía la corriente. Recordaba a su amigo que quien es considerado prudente de día nunca será juzgado torpe de noche,⁵ lo incitaba a despreocuparse de sus amoríos,⁶ y le refería las charlas de las plazas de Florencia. El 25 de febrero de 1514, le refirió una pesada broma que le había jugado el habitual Brancacci al habitual Casavecchia, cuando llegaron a Florencia para el Carnaval; y unos cuantos toques más le hubieran bastado para hacer de esta carta, llena de frescura y viveza, una de las narraciones más graciosas, aunque también de las más obscenas, de la literatura italiana.⁷

De pronto pasa a otra materia, y de la charla burlesca salta a la charla política. En efecto, "después de mil años", vuelve a su antigua afición con una fantasía sobre el rey de España, que siempre ha sido "el primer motor de las confusiones entre los cristianos".⁸ Pero

después acaba pidiéndole una recomendación para los administradores del Montepío, porque se halla amenazado con cuarenta florines de impuestos, y apenas tenía noventa de entradas. Vettori responde a estas charlas con otras y, ¡gran milagro!, recomienda a su amigo, aunque encontrando también la manera de recomendarse a sí mismo. Escribe a los funcionarios acerca de Maquiavelo que "es pobre y bueno, y dígame lo que se quiera, esta es la verdad; y yo puedo dar testimonio de ello... Tiene encima un enorme impuesto, una escasa entrada, carece de dinero y está cargado de hijos".⁹

Así era Vettori: buen compañero, amable y servicial con los amigos cuando el servicio no le había de costar más de una carta. Pero si era necesario mostrarse importuno, insistir ante quien se hacía el sordo, ir contra la corriente, o arriesgarse a perder un átomo del favor que gozaba por favorecer a quien todo lo había perdido, ya no era asunto para él. Tenía suficiente ingenio para estimar a Maquiavelo, pero no suficiente corazón para ayudarlo aunque le costara alguna molestia. De manera que, luego que recibió y leyó el resto del *Príncipe*, probablemente examinó una vez más el terreno y no lo halló dispuesto, de manera que no volvió a hablar a su amigo acerca del libro ni de su venida a Roma, ya que aquél no tenía interés en ir sin el libro. Y continuaba llenando sus cartas con charlas ligeras, feliz de que las respuestas conservaran el mismo estilo. Por último, Nicolás, que era el que se sentía incómodo en ese carteo, al ver que las cosas ya iban para largo, se vio obligado a solicitar una respuesta terminante: esta respuesta llegó muy pronto, y aunque Nicolás la esperaba ya,¹⁰ no dejó de hacerle una enorme impresión.¹¹

La conmoción fue al principio tan grande, que ni siquiera respondió; aunque después afirmó que había escrito la respuesta, pero la había olvidado en la quinta, a la que entre tanto había regresado con toda su gente.¹² Respondió el 10 de junio, con mayor brevedad de lo que acostumbraba, con un dejo de amargura.

Por consiguiente, yo permaneceré entre estos avaros de pueblo, ya que aquí no hallaré a nadie que se acuerde de mi humillación, o que crea que yo pueda ser útil para alguna cosa. Pero será imposible que yo pueda permanecer mucho tiempo así, porque no lo soporto, de manera que, si Dios no se me muestra más favorable, un día me verá obligado a irme de mi casa y a colocarme como repetidor o secretario con algún modesto señor, si no puedo hacer nada mejor, o irme a alguna tierra desierta a enseñar a leer a los niños, dejando aquí a mi gente, imaginándose que yo

he muerto; estarán mucho mejor sin mí, porque yo no hago más que constituir una carga para ellos, puesto que yo gasto mucho, y no puedo vivir sin gastar. No os escribo esto porque quiera que os toméis por mí alguna molestia, sino sólo para desahogarme y no tener que volver a escribiros acerca de este asunto que os resultará ya odioso.

Después de esto, la correspondencia disminuyó. Durante más de un mes y medio Vettori no respondió a aquel desahogo, viendo a su amigo "enormemente afligido", y no pudiendo consolarlo como hubiera sido su deseo.¹³ Cuando finalmente le volvió a escribir, el 27 de julio, toda su carta se vio ocupada por las ambiciones venales del negociante Donato del Corno: acerca de las nobles ambiciones de Maquiavelo y del pan que pedía con tan digna firmeza, no dijo más de doce palabras. Pero una ayuda, muy diversa de la que esperaba, le salió al paso: venía con las flechas del amor.

En efecto, en una carta a Vettori, fechada el 3 de agosto, que debía aludir a la del 27 de julio, pero no lo hace, ya no habla del asunto de Donato, ni siquiera de su propia desgracia; sino sólo de la felicidad que le proporcionaba aquel amor. Ya no eran los amoríos con la Riccia, sino que era una pasión en la que Maquiavelo ponía toda su ardiente naturaleza, casi diría y el mismo entusiasmo con el que había escrito poco antes el libro del *Príncipe*.

Estando en la casa de campo, he encontrado a una criatura tan gentil, tan delicada, tan noble en su carácter y en su porte, que no podría yo alabarla ni amarla lo suficiente . . . Básteme decir que, estando ya cercano a los cincuenta años, no me molesta el calor del sol, ni me cansa la aspereza de los caminos, ni me espanta la oscuridad de la noche. Todo me parece fácil; y no tengo dificultad en acomodarme a cualquier carácter, aunque sea diverso o hasta contrario al mío. Y aunque me parece que me he buscado dificultades, no obstante siento dentro de mí una dulzura tan grande, tanto por la belleza de la que tal dulzura me proporciona, como porque me ha librado de todas mis preocupaciones, que no podría librarme de ella por más que quisiera. Y así he dejado los pensamientos de las cosas grandes y graves; ya no me agrada leer los sucesos antiguos, ni discutir acerca de los modernos: todos mis pensamientos se han vuelto dulces . . .¹⁴

Por consiguiente, el objeto de tan gran cariño era una vecina de su quinta; pero no tan vecina que para visitarla no tuviera que afrontar ásperos caminos bajo el sol abrasador y en la oscuridad de la noche. Sus amigos conocían bien los impulsos de sus enamoramientos y la pasión que en ellos ponía:¹⁵ además, éste le había sobrevenido después de innumerables sufrimientos y dolores, cuando

ya su vida comenzaba a declinar. ¡Adiós, vestiduras curiales, adiós, sombras augustas disputando por las noches en su escritorio del *Albergaccio*! A los cuarenta y cinco años, Maquiavelo ya no escribe acerca de política, ni del "sabor de la historia", sino versos de amor: *Avea tentato il giovinetto arciere . . .*¹⁶ (Quiso una vez el infantil arquero . . .).

No se puede ni siquiera sospechar que su amor fuera uno de los usuales amores literarios; la literatura le desagradó siempre en todo, pero en especial, a mi parecer, en el amor. Y, en efecto, no se sabe que en este tiempo tuviera entre manos alguna obra, lo que en parte se ve confirmado con la sinceridad de aquella carta, que a su vez se ve confirmada por su misma índole: tampoco encontramos en ese tiempo ninguna de las adiciones hechas a los *Discursos* que pueden llevar una fecha determinada; y por lo que respecta al *Príncipe*, está demostrado que nunca volvió a trabajar en él.¹⁷ Pero por lo demás, este enamoramiento no fue del todo un mal para él, o si lo fue, no lo dañó del todo; porque lo distrajo de su angustiada desesperación y, aunque fuera por medio de otras preocupaciones, le hizo olvidar crueles torturas. Además, un gran amor es siempre un enriquecimiento del espíritu humano; y si éste de Maquiavelo no constituyó, como suele suceder, un estímulo para obrar, no se puede excluir que, con el tiempo, haya tenido algún efecto en este sentido: a la manera de aquellas crecidas que al retirarse dejan en los campos un limo fecundo.

En estos días, también la correspondencia con Vettori escasea; y no únicamente porque no se haya conservado.¹⁸ Pero en diciembre, mientras el Secretario se encontraba en su quinta templando los rigores del invierno con aquellos amorosos ardores, una carta de su amigo embajador vino a reavivar también su pasión por la política, que ya parecía extinguirse. Había prometido, cuando le había referido este enamoramiento, que ya no volvería a tratar de ella, puesto que "siempre le había acarreado muchos perjuicios"; pero tampoco esta vez tuvo dificultad en quebrantar su promesa. ¿Cómo iba a resistirse? Su amigo le proponía una pregunta, dándole claramente a entender que la respuesta la había de leer el Papa; y añadía: "Sé que vuestro ingenio es de tal naturaleza que, aunque ya hace dos años que os alejasteis de estos asuntos, no creo que hayáis perdido vuestra habilidad para manejarlos".¹⁹

La pregunta era ésta. En vista de que el Papa quería mantener a la Iglesia dentro de aquella dignidad espiritual y temporal en la

que la había hallado, y suponiendo que el rey de Francia quisiera desplegar sus fuerzas para reconquistar el estado de Milán, teniendo de su parte a los venecianos, y contra él al Emperador y al rey de España y a los suizos, se preguntaba qué debía hacer el Papa: qué ventajas y qué peligros tenía aliándose con Francia, cuáles con España, y cuáles permaneciendo neutral. El pago por esa respuesta, en opinión de Vettori, podía ser el favor del Papa. Y el deseo de triunfar no era atenuado en Maquiavelo por sus deseos amorosos, no obstante que en una carta latina a su amigo, escrita con el fin de recomendarle a un sujeto de nombre Nicolás Tafani y que se cruzó en el camino con la que incluía las preguntas del Papa, volvía a hablar de sus tormentos.²⁰

Así que pone manos a la obra, y el día 10 responde con una larguísima carta coherente con sus doctrinas y fiel a sus inclinaciones. Excluye la neutralidad, reconoce que hay mayores posibilidades de victoria del lado francés, considera que una victoria del rey de Francia es "menos temible y más soportable" que la de sus enemigos, y una derrota en común con él menos dura, aconseja al Papa que se una con Francia. Los hechos demostrarán que el consejo era acertado.²¹

Después de enviar esta respuesta, volvía a comenzar la espera para Maquiavelo, y la correspondencia con Vettori se reavivaba inmediatamente. En dos días, salieron dos cartas de Sant'Andrea a Roma; además de la ya citada para recomendar a Tafani, o más bien, a la hermana de éste, que quería resolver su caso conyugal por haber sido abandonada por su marido; y nadie me quitará de la cabeza que ésta fuera exactamente la mujer de los sueños de nuestro Secretario. *Qua nihil est in hoc nostro rure suavius* (la que más estimo en esta comarca), son palabras de su carta de recomendación que se refieren a la familia Tafani; ¡pero se comprende que es una especie de sinécdoque, en la cual el todo está puesto en lugar de la parte! Maquiavelo debía estimar sobre todo a un miembro de aquella familia. De las dos cartas que he mencionado, y que fueron enviadas en dos días consecutivos, una servía para pedir cierta cantidad de estambre azul para un par de calcetines; y hacía bien su amigo en escribirle que no le quería preguntar a quién estaba destinado, ¡porque además, no era difícil adivinarlo!

El día 15 de diciembre llegó una carta de Vettori que renovaba las esperanzas de Maquiavelo, ya que su amigo, habiendo leído la respuesta a sus preguntas y habiendo quedado conforme con ella, no

tenía ya inconveniente en decirle abiertamente que la comisión se la había dado el omnipotente cardenal de Médicis.²² La ansiedad e impaciencia del Secretario aumentaban con el pasar del tiempo; no pudiendo aguardar más, el 20 de diciembre, bajo pretexto de querer explicarse mejor acerca de la neutralidad y de lo que el Papa podía temer de parte del vencedor, mandó una adición nada breve a su larguísima carta del día 10;²³ y ese mismo día escribió a su amigo otra carta personal, para contestar a la suya del día 15, mostrándose más confiado que nunca en que los Médicis lo utilizaran "en algún asunto de Florencia o de fuera".²⁴ Entonces, con esta ocasión, llegó la respuesta: una y otra carta han sido vistas por el Papa, por el cardenal de Médicis y por Bibbiena, "y todos han quedado maravillados de vuestro ingenio, y han alabado vuestra discreción". Pero añade inmediatamente Vettori, con toda candidez, que no ha obtenido más que palabras, "porque soy incapaz de ayudar a un amigo".²⁵

¡Y era así como, finalmente, lo decía! Trataba de compensar un poco al pobre Secretario con el estambre azul para su amada, no queriendo defraudarlo "en cien años" (escribía) al menos en este pequeño objeto que le había pedido. No sé hasta qué punto haya podido el pequeño obsequio atenuarle el tremendo golpe; pero, por fortuna, ya se le habían endurecido los huesos. Y poco después, volvían a florecer de nuevo las esperanzas.

Pablo Vettori, que se hallaba por entonces en Roma, había hablado bastante de Maquiavelo y de la manera de ayudarlo ante su hermano el embajador.²⁶ A su regreso a Florencia en los últimos días de diciembre, puso en ello todo su empeño, y siendo menos reservado, menos egoísta y más hábil cortesano que su hermano, logró en poco tiempo mejores resultados. En medio de aquella cantidad de proyectos que giraban entonces en la mente del papa León a fin de satisfacer las diversas ambiciones de los suyos, parecía por entonces que a Juliano se le destinaba a la Señoría de Parma, Plasencia, Módena y Reggio,²⁷ Pablo, siendo hombre de toda la confianza y estimación de Juliano, tendría en ese gobierno una gran participación, y Maquiavelo, beneficiado con tales amistades, tendría su parte correspondiente.

El último de enero de 1515, una carta que escribió a Francisco Vettori nos lo muestra resucitado, y valiente como un gallito; le envía los versos que ha escrito para su amada, le habla de su amor, de sus llantos, de sus risas. Pero de pronto, con uno de sus cambios súbitos, escribe:

Quien viera nuestras cartas, estimado compadre, y viera la diversidad de ellas, se sorprendería mucho, porque le parecería, ahora que somos hombres serios, ocupados en asuntos importantes, que en nuestros pechos no podría tener cabida ningún pensamiento que no tuviera en sí dignidad y grandeza. Pero, al dar la vuelta a la página, le parecería que nosotros mismos somos ligeros, inconstantes, lascivos, y que perdemos el tiempo en tonterías. Este modo de proceder, aunque a alguno le parezca inconveniente, a mí me parece laudable, porque nosotros imitamos así a la Naturaleza que es variada; y no se puede reprender a nadie porque la imite. Y aunque esta variedad la solemos manifestar en diversas cartas, esta vez yo quiero mostrarla en una sola, como podréis ver si leéis la otra cara de este pliego. Preparaos.

Y en el otro lado, pasa a hablar de los consejos que ha dado a Juliano por boca de Pablo sobre la manera de regir su nuevo estado.²⁸

De manera que la cosa ya parecía hecha. Pero aun en los detalles más mínimos, Florencia proponía y Roma disponía. Al tener noticia de estos propósitos, Pedro Ardinghelli, secretario del Papa, escribió a Juliano: "El cardenal de Médicis me preguntó ayer muy en confianza si yo sabía que Vuestra Excelencia hubiera tomado a su servicio a Nicolás Maquiavelo, y al responderle yo que no tenía noticia de ello ni lo creía así, Su Señoría reverendísima me dijo estas formales palabras: "Aunque yo no lo creo, *tamen* (no obstante), ya que de Florencia se nos ha avisado así, yo le recuerdo que eso no le conviene a él ni a nosotros. Esto debe haber sido tramado por Pablo Vettori; . . . escribidle de mi parte que yo le aconsejo que no se enrede con Nicolás".²⁹ ¡Si en este caso no hablara la ruda elocuencia de los documentos, sería muy difícil convencer a alguien de un odio tan implacable!

Quizá Nicolás no se dio cuenta nunca, ni siquiera por conducto secreto de Pablo, de este veto formal venido desde Roma, que lo hubiera pasmado y hecho desesperar del todo; aunque muy pronto tuvo que darse cuenta de sus consecuencias. En este tiempo, tenemos poca información acerca de él, y semejante penuria de noticias no se deberá a una pérdida accidental de documentos:³⁰ porque poco habla y poco da a hablar de sí quien, desconfiando de toda ayuda humana, se encierra en sí mismo y en una apartada aldea, olvidado por todos los que él también tiene intención de olvidar; de cualquier manera, esta penuria nos dice bien claro, a la manera de un símbolo, la triste fortuna de Maquiavelo en este punto de su vida.

Se conserva una correspondencia suya con su sobrino Juan

LE PRINCE
DE NICOLAS MA-
CHIAVELLE SECRE-
TAIRE ET CITOIEN DE FLORENCE.

Traduit d'Italien en François Par
G V I L L A V M E C A P P E L.



A P A R I S
Chez Charles Estienne Imprimeur du Roy.

1 6 5 3.
A V E C P R I V I L E G E.

Vernaccia, que se dedicaba a la mercadería en Turquía. Algunas de estas cartas, sencillas y sin pretensiones, referentes a sus intereses domésticos, han sido dejadas a un lado hasta este momento cuando el biógrafo tenía entre manos, al igual que su personaje, asuntos de mayor importancia; las noticias principales que ellas contienen son:³¹ en junio de 1513 ha estado a punto de perder la vida después de haber perdido también el empleo; Dios y su inocencia lo han salvado; y en agosto de 1513, Marietta dio a luz una niña, que murió tres días después; están bien de salud, pero mal de todo lo demás. Pero ahora este carteo se vuelve insustituible de pronto, por la falta de todo otro documento, y más aún porque el pobre Secretario, víctima de la desventura, parece refugiarse cada vez más en los afectos familiares. Hay algo más: con hombres como Vettori, a quienes él consideraban iguales a sí mismo en talento, aunque superiores por nobleza, grado y fortuna, acostumbraba cubrirse con su máscara habitual, a veces burlona, a veces retadora, o cínica, y a veces revestirse con sus vestiduras curiales; en cambio, con su sobrino mostraba siempre al desnudo, sin ninguna vergüenza, todas sus desgracias. Le escribía el 18 de agosto de 1515: "Si no te he escrito antes, no quiero que acuses por ello ni a mí ni a otros, sino solamente a los tiempos que corren; los cuales han sido y siguen siendo de tal carácter, que me han hecho olvidarme de mí mismo".³² Y algunos meses después, el 19 de noviembre: "La fortuna no me ha dejado más que a mis parientes y amigos".³³

Mientras escribía estas palabras, Florencia estaba en ascuas por los grandes preparativos que se hacían para recibir al Papa. Grandes acontecimientos habían alterado nuevamente las cosas de Italia. Poco después de que Maquiavelo hubo enviado a Roma aquellos preciosos consejos, moría el rey Luis y subía al trono de Francia el belicoso y joven Francisco I, decidido a recuperar Milán y el honor de Francia. Llegada que hubo la hora de las resoluciones, crecían los titubeos de León; como Maquiavelo había previsto desde el principio, "por miras de utilidad o de temor, o de lo uno y lo otro al mismo tiempo",³⁴ descartó el Papa la solución que le había propuesto su gran conciudadano; y después de descartar la neutralidad, se decidió por la peor de las alternativas que se le presentaban y renovó su alianza con el rey de España. Luego que hubo pasado a Italia Francisco I, y derrotado a los suizos en Marignano, el Papa se encontró del lado del vencido, si bien por su doblez, hábilmente secundada por su sobrino Lorenzo de Médicis, capitán de la Iglesia, y por Francisco

Vettori, emisario de los florentinos, los soldados del Papa no habían intervenido en la lucha. Después de dicha victoria, León tuvo que convencerse de que Maquiavelo había estado en lo justo. Y decidió ir a Bolonia a salir al encuentro al vencedor, pasando antes por Florencia.

Regía el Estado de Florencia Lorenzo de Médicis. Juliano, que lo superaba por la edad y por un más estrecho apego al Papa, aunque no por la ambición, había sido hecho a un lado a causa de su poca inclinación hacia los asuntos de Florencia, y después por la enfermedad que, en término de ocho meses, lo sacó de este mundo en marzo de 1516. Lorenzo se había hecho elegir desde mayo de 1515 capitán general de los florentinos, y habiendo fracasado en su primer intento de apoderarse de Piombino, dirigía ahora sus ojos hacia Siena y Lucca. León le encomendaba la campaña de Urbino, la cual estuvo tomada en pocos días, en junio de 1516; el 8 de octubre se convertía en duque de dicha ciudad por investidura del Papa. Hacía ya tiempo que se venían diciendo grandes cosas acerca de este joven príncipe "astuto como Valentino, o muy poco inferior a él";³⁵ y a raíz de aquella victoria se dijeron mayores aún.

Por ello no es de extrañar el hecho de que Maquiavelo, que había trazado dos años antes un hermoso retrato de Lorenzo,³⁶ haya visto de pronto en él, mejor que en el inactivo Juliano, la imagen de su príncipe nuevo: en Urbino ya ha acabado con la peste de los usurpadores Borgia, y ya se habla de que planea nuevas conquistas. De manera que dirige a él sus nuevas ilusiones, a él le dedica su libro del *Príncipe*, animándolo a la empresa de Italia con aquella hermosa dedicatoria; en la cual vuelve a solicitar, con su habitual dignidad, lo que sabe que le corresponde, un cargo adecuado a su ingenio: "Y si Vuestra Magnificencia dirige alguna vez su mirada del apogeo de su grandeza a este humilde sitio, comprenderá cuán injustamente tengo que soportar una grande y continua adversidad".³⁷

Junto a Lorenzo se halla ahora continuamente, más como amigo que como consejero, Francisco Vettori; y aunque "no es hombre que sepa ayudar a sus amigos", se puede creer que haya llegado hasta presentar un libro a quien le dispensaba tanta estimación y confianza. Aunque se ha disputado si la presentación se llevó a cabo o no, la alternativa no cambia la suerte de Maquiavelo. O no pudo presentar el libro, y fue grande su desilusión, o pudo hacerlo, y la acogida fue tal, que le ocasionó una desilusión no menor. Si se quiere dar crédito a una anécdota que se atribuye a él mismo, él llevó el

anterior a septiembre de 1515, ni posterior, pese a los argumentos que se han presentado en contrario, al de 1516.³⁹ Entre estas dos fechas, el 15 de febrero había escrito a su sobrino Juan Vernaccia: "He quedado como un inútil tanto para mí mismo, como para mis parientes y amigos, porque así lo ha querido mi dolorosa suerte".⁴⁰ En octubre de 1516, con tal de hacer algo, aceptaba no sé qué humilde encargo para llevar a Livorno (Liorna):⁴¹ habiendo llegado a ésa el día 10, todavía se hallaba ahí el día 15.⁴² De ahí en adelante no volvemos a tener noticias de él hasta el 8 de junio de 1517, cuando vuelve a escribir a Vernaccia: "Viéndome obligado a permanecer en mi quinta por las adversidades que he sufrido y continúo sufriendo, llevo a pasar hasta un mes sin acordarme ni siquiera de mí mismo".⁴³

CAPITULO XVI

LOS "OCIOS" LITERARIOS: EL ASNO, LA MANDRAGORA, BELFAGOR.

Viéndose excluido de la política, después de los trabajos de los últimos años y los desengaños de los últimos meses, después de que el implacable rencor del Papa y la torpe indiferencia del Duque han puesto sobre su condena un sello que parece definitivo, Maquiavelo comienza a buscar por otros caminos aliento para su espíritu, desahogo para su ingenio. Sus mismos ocios, como sus escritos, toman un aspecto que llamaríamos más literario si no los viéramos abrasados por la desgracia. Hemos aprendido a medir las preocupaciones interiores de este hombre por sus risas burlonas y suspiros; y ahora, sus páginas se ven llenas de pronto de risas y de suspiros.

Las páginas son, al principio, las del *Asno*: el dorado fue añadido después al título, y fuera de propósito, por cierto.¹ Este pequeño poema en tercera rima, en el que la imitación de Dante presenta aquí y allá un sabor caricaturesco, aunque ha sido maltratado y casi olvidado por la mayor parte de los biógrafos, no puede ser olvidado aquí. Es feliz la idea del autor de convertirse en bestia para poder atacar a bestias más reales, son felices también algunos fragmentos, no obstante que muchos otros tienen demasiado de prosaicos, como sucede frecuentemente con los versos de este gran prosista; pero el contenido autobiográfico, que es el que aquí buscamos, es realmente inapreciable: el poemita recibe más valor de parte de su autor, que el autor de parte del poema.

Las intenciones mordaces se ven claras desde los primeros versos. Protesta en la invocación que no quiere molestar a Apolo para pedirle su ayuda,

*si perche questa grazia non s'impetra
in questi tempi, si perch'io son certo
che al suon di un raglio non bisogna cetra,*

*(tanto porque esta gracia no se impetra
en este tiempo, como porque creo
que puede rebuznarse sin la lira),*

e inmediatamente declara que no busca (como había buscado con el *Príncipe*), “paga, premio o estima”, ni se preocupa si lo muerde (¡como le había tocado con el *Príncipe!*)² “algún detractor, ya sea a la luz del día o a hurtadillas”, porque, añade:

*morsi o mazzate io non istimo tanto
quanto io soleva, sendo divenuto,
della natura di colui che canto.*

*(mordidas, golpes no me apenan tanto
como solían, pues heme convertido
en algo semejante a aquel que canto).*

Conforme a esta naturaleza, no escatimaré los golpes ni coces,³ después de que, estando acostumbrado a darlos, había permanecido durante tanto tiempo “como un hombre tranquilo, bondadoso y paciente”; él que tanto ha recorrido los caminos del mundo para observar a los hombres, no se arredrará ahora para juzgarlos dando a cada uno su merecido:

*E l'asin nostro, che per tante scale
di questo nostro mondo ha mosso i passi
per lo ingegno veder d'ogni mortale.*

.....
non lo terrebbe il ciel che non raggiassi.⁴

*(Y nuestro asno, que pese a sus males,
mucho tiempo corrió por esos mundos
para el ingenio ver de los mortales,
no puede contener ya sus rebuznos).*

Por desgracia las promesas del primer capítulo no llegan a cumplirse, porque el poemita queda trunco en lo más interesante, antes de que se realice la primera metamorfosis, que tanto interés prometía; pero no antes de que Nicolás haya podido llorar otra vez su duro destino:

*Tra la gente moderna e tra l'antica
 alcun mai non sostenne
 più ingratitudin, nè maggior fatica;*⁵

*(Entre la gente antigua y la moderna
 nadie habrá soportado
 tamaña ingratitud tras la faena);*

ni antes de haber llenado todo un capítulo filosofando y teorizando acerca de los estados y su decadencia, ni más ni menos que en un capítulo de los *Discursos*, aunque aquí con menos habilidad y eficacia.⁶

Naturalmente, en un poemita de imitación dantesca no podía faltar la Beatriz, aunque sólo fuera una Beatriz guardiana de fieras, incluso de las menos fieras y menos nobles, una Beatriz que yace poco castamente con su poeta; y no es del todo improbable que haya querido figurar en ella a la mujer que amaba por ese tiempo. Ella lo recoge cuando lo encuentra perdido en el oscuro valle de su desventura, lo consuela y lo reanima, aunque no podrá impedir que se transforme en asno, por breve tiempo y para su propio bien. Son demasiadas las cosas que ignoramos acerca de este amor, comenzando por la duración; por consiguiente, no podemos saber si también puede haber tenido alguna influencia sobre la nueva actividad del escritor: ¿en este caso, su amada le habría ocasionado por lo menos esta metamorfosis!

. Maquiavelo dejó trunco el *Asno* después de algunos capítulos flojos y desganados, quizá porque con el tiempo se dio cuenta de que aquel poema no podía quebrantar la crueldad que lo mantenía alejado de las actividades de la política, ni tampoco consolarlo con alguna íntima felicidad. Pero al principio, donde también a nosotros nos agrada, le agradó; y le agradó también aquella idea, que tenía nítida en la mente, del desenlace final: tanto es así, que de buena gana hablaba de él a sus amigos, y quizá ya hasta les leía algunos fragmentos.⁷

Pero también sus amistades y sus lecturas parecen ahora más literarias. En una carta dirigida a Roma al poeta Luis Alamanni, el 17 de diciembre de 1517, escrita para recomendar al acostumbrado Donato del Corno, que aún no había obtenido la suspirada curul entre los Señores y tampoco la restitución de quinientos florines que había prestado desde 1512 a Juliano de Médicis, sale de pronto con

estas palabras: "He estado leyendo en esos días el *Orlando furioso* de Ariosto; y no me cabe duda de que el poema es hermoso en todas sus partes, y en muchas de ellas es admirable. Si lo llegáis a encontrar, recomendadme con él, y decidle que lo único de que yo me duelo es de que, habiéndose acordado de tantos poetas, me haya dejado a mí abandonado, y que haya hecho conmigo en su *Orlando*, lo que yo no he de hacerle en mi *Asno*.⁸

Aquí hace sonreír la comparación que hace de estos dos poemas separados entre sí por distancias astronómicas; y un poco menos la sentida queja del Secretario porque Ariosto no lo había recordado junto con tantos otros poetas muy mediocres. Dijo groseramente un crítico habitualmente muy cortés, que Maquiavelo había confundido al decir aquellas palabras, las cualidades que tenía con las que hubiera deseado tener;⁹ yo diría más bien que él confundió la poesía que sentía dentro de sí, y que le había brotado en la prosa del *Príncipe*, con la otra escasa, y poco valiosa, que había puesto en sus versos; de la cual Ariosto no podía haber conocido más que el primer *Decennale*, o cuando mucho algún capítulo que circulara manuscrito.

Un Maquiavelo literato, más aún, realmente académico: ¿esta sí que sería sin ninguna mala intención para con los literatos, una transformación más pasmosa que la que cantó en el *Asno*? Y sin embargo, precisamente en este tiempo, poco más o menos, acostumbraba frecuentar las geniales reuniones de los Orti Oricellari, a los que quiso bautizar, no sé yo con cuánta propiedad, como academia, más aún, como una continuación de la Academia Platónica.¹⁰ Allí, en torno del lecho de Cosimino Rucellai, a quien la enfermedad del cuerpo le excitaba la avidez y la curiosidad del espíritu, se reunían los jóvenes más ingeniosos de Florencia y cuantos hombres de letras, de armas o de toga se hallaran de paso por la ciudad. Entre los más asiduos se contaban Luis Alamanni, los dos Jacobos de Diaceto, Diacettino, Jacobo Nardi, Felipe de Nerli, Bautista della Palla, Antón Francisco Albizi; y se hallaba siempre presente Zanobi Buon-delmonti, en cuya casa, además de la corte de Roma a principios del papado de Julio II, debe de haber adquirido el Secretario florentino aquella confianza con Ariosto que ahora había demostrado en su carta a Alamanni.¹¹

Por dicha carta sabemos que se reunían amigablemente, de la misma manera que en los Orti, muchos de los que los frecuentaban. Aquella estación no se prestaba para tomar el fresco bajo la hospitalaria sombra de los grandes árboles; y contando con amigos en



Lámina X. Edición holandesa de los "Discursos" de Maquiavelo.

Roma, tales como Alamanni y Nerli, Maquiavelo les rogaba que se acordaran de ellos, que habían quedado abandonados, "pobres, infelices, muertos de frío". Pero añadía que, "para dar señales de vida", se reunían a veces Zanobi Buondelmonti, Bautista della Palla y él para tratar de un viaje que pensaban hacer a Flandes; y se entusiasaban tanto con aquellos proyectos de viaje, que les parecía que ya iban en camino, y ya habían gozado más de la mitad de las satisfacciones que iban a gozar en él. También habían pensado hacer "un modelo en pequeño" de tan gran viaje, yendo en carnaval hasta Venecia, pero tenían duda de si debían anticiparse y "dar una vuelta" por Roma para llevarse a sus amigos, o esperar que regresaran para irse con ellos directamente.

Quizá eran sólo fantasías; pero sí que fue realidad un viaje que hizo Nicolás hasta Génova en la Cuaresma, enviado por cuenta de algunos grandes comerciantes florentinos para salvar lo que se pudiera en una quiebra que había sobrevenido. El 3 de marzo de 1518 se estaba ya preparando para partir,¹² y el día 26 ya escribía desde Génova a quien lo había enviado; el 8 de abril ya estaba recibiendo minuciosas instrucciones acerca de aquella fastidiosa materia; y todavía no se comienza a hablar del regreso.¹³ De manera que para ganarse algunos florines, o quizá únicamente para pagarse los gastos, pero más todavía para moverse, "para dar señales de vida", el antiguo Secretario ha comenzado a cabalgar de nuevo, y ha aceptado y continuará aceptando los encargos que se le hacen como embajador, no ya por cuenta de la República a otras repúblicas y príncipes, sino como comerciante ante otros comerciantes.

Ya no puede pensar en conquistarse la benevolencia y los favores de aquellos señores de Médicis, máxime del degenerado Lorenzo. Vettori se encuentra en Francia, y regresará de allí con Lorenzo, y tanto más cortesano, como éste menos ciudadano. De manera que ya se ha calmado, aunque todavía siente el dolor de las quemaduras recién recibidas. Habiendo perdido toda esperanza en el aprecio y el favor de los príncipes, ha encontrado refugio en el aprecio y en la liberalidad de ciudadanos particulares: Rucellai, Buondelmonti y Lorenzo Strozzi. No sabemos en qué haya consistido esta liberalidad, y no nos agradan las conjeturas cuando no tenemos en qué fundarlas; pero bástenos decir que Maquiavelo la reconoció y que un frecuentador de los Orti habló de "cierto emolumento" que se le había dado.¹⁴ Quizá fue la manera discreta de pagar alguna pequeña deuda, quizá pequeñas compensaciones en premio a pequeños servicios

hechos en favor de las ambiciones literarias de Strozzi o de los intereses mercantiles de otros: y aquellas ayudas vinieron acompañadas de estimación, distinciones y gentilezas que para él no valían menos, y quizá hasta un poco más que el dinero. Así, "en medio de grandes muestras de aprecio, entre las que se contaba la ayuda económica", de parte de aquellos nobles amigos, había encontrado finalmente quien se interesara en él, y quien "tuviera una gran estima de todas sus obras".¹⁵

Si estos favores eran un consuelo para él, las cultas conversaciones de los Orti debían servirle también de alimento y de estímulo. Quizá desde hacía ya tiempo había comenzado a leer allí, con maravillosa aprobación, aquellos *Discursos acerca de la primera Década de Tito Livio* que hemos visto brotar de sus antiguas raíces desde los primeros ocios de Sant'Andrea. Había trabajado después en la obra quizá en la primera mitad de 1514, y ciertamente en el 1516, después que pasaron los primeros furores de su enamoramiento, y también el 1517.¹⁶ Este retorno a una obra antigua no puede llamarse un regreso de las letras a la política; quizás especiosamente, habría que añadir que aquellos tratados republicanos, leídos cuando triunfaba el principado de los Médicis, tenían un sabor más literario que político. Porque en los Orti no se hablaba de política, ni siquiera teórica, ya que sus asistentes, mientras vivía León, eran partidarios decididos de los Médicis, dígame lo que se quiera. De entre todos éstos, probablemente el menos adicto a los Médicis era Maquiavelo.

Así es que iba pasando el tiempo bajo la hospitalaria sombra de aquellos añosos árboles, leyendo sus *Discursos* a aquellos jóvenes de talento que los estimaban más que a "una pareja de perros"; y habiéndolos reunido en un solo volumen a petición de ellos, como lo testimonia Felipe de Nerli respecto al número uno, decidió dedicarlos a quien más había hecho por él: Cosme Rucellai y Zanobi Buondelmonti.¹⁷ La dedicatoria que colocó al frente de ellos es quizá el máximo documento que poseemos con respecto a lo que pensaba en este tiempo y es sorprendente que los biógrafos no lo hayan interpretado correctamente hasta ahora: constituye una indignada reprimenda dirigida contra quien había despreciado por tanto tiempo su ingenio, no dando ningún aprecio al libro del *Príncipe*. Casi parece que se alcanza a leer entre líneas el nombre del mismo Lorenzo en aquel lugar en que el autor declara que no ha querido dedicar este libro a un príncipe, sino a ciudadanos particulares, "que por sus valiosísimas cualidades merecerían serlo"; no a quien había

Collegij Parisiensis Societatis 1539.

DISCORSI DI NICOLO MACHIAVELLI
CITTADINO, ET SEGRETARIO
FIORENTINO, SOPRA LA PRI
MA DECA DI TITO LIVIO,
A ZANOBI BVONDEL-
MONTI, ET A COSI-
MO RVCELLAI.



Con Gratie, & Privilegi di .N.S. Clemente
VII. & altri Prencipi, che intra il termino di .X.
Anni non si stampino, ne Stampati si uendano:
sotto le pene, che in essi si contengono.
M. D. XXXI.

Portada de la primera edición de los "Discursos" de Maquiavelo

podido llenarlo de cargos, de honores y de riquezas (¡sin haberlo hecho!), sino a quien, pudiendo, hubiera querido hacerlo; a quien sabía, no a quien regía un Estado sin saber.¹⁸ Después de haber leído esta dedicatoria, parece cobrar realidad la anécdota del libro pospuesto a la pareja de perros.

Este período de la vida de Maquiavelo sería uno de los más oscuros, *post res perditas*, si no estuviera bordado de obras maestras. Consideraciones nuevas, que se han escapado a los biógrafos y a los historiadores de la literatura, nos hacen asignar con toda certeza a este tiempo, es decir a 1518,¹⁹ la comedia titulada primero *Messer Nicia*, o *Comedia de Calímaco y Lucrecia*, y después, con el nombre que tuvo más aceptación, *Mandrágora*.²⁰ La cual constituye un documento que realmente no nos deja añorar, ni siquiera a los biógrafos, los documentos de archivo, ya que no es menos rica en noticias.

El bellissimo prólogo de la comedia²¹ se halla escrito con el mismo tinte amargo de la dedicatoria a los *Discursos*:

*E se questa materia non è degna,
per esser più leggieri,
d'un uom che voglia parer saggio e grave,
scusatelo con questo, che s'ingegna
con questi van pensieri
fare el suo tristo tempo più suave,
perch'altrove non have
dove voltare il viso;
chè gli è stato interciso
mostrar con altre imprese altre virtue,
non sendo premio alle fatiche sue.*²²

*(Pero si esta materia creéis indigna,
por ser de menor monto,
de un hombre que pretende ser severo,
dispensadlo por ello, pues su intento
ocupando así el tiempo
es hacerse el vivir más llevadero.
Ya no tiene sendero
do volver la mirada,
pues le ha sido quitada
la facultad de demostrar su ingenio
y de pedir por su fatiga el premio).*

Hace poco ha cantado en el *Asno*,

*de le fatiche sue senza ristoro,*²³

(tantas fatigas sin ningún descanso),

y aquí vuelve "con voz distinta y con distinto estilo", a su inconso-
lable disgusto; en el *Asno* había ya amenazado con volver a su an-
tiguuo arte de morder a los demás, y lo mismo repite ahora en la
Mandrágora, echando en cara a los príncipes y a quien cree supe-
rarlo con su grado, su nobleza o sus riquezas, su altivo desprecio:

*Pur se credessi alcun, dicendo male,
tenerlo pe' capegli
e sbigottirlo o ritirarlo in parte,
io lo ammonisco, e dico a questo tale
che sa dir male anch'egli,
e come questa fu la sua prim'arte;
e come in ogni parte
del mondo ove el si suona,
non istima persona,
ancor che facci el sergieri a colui
che può portar miglior mantel di lui.*

*(Pero si alguien opina, hablando mal,
que lo va a contener
y que el temor de su intención lo aparte,
yo lo amonesto y digo a un hombre tal
que él también obra igual
y que ésta ha sido su primera arte;
y como en cualquier parte
del mundo en que el sí suena,
no estimo gente buena
a quien se afana siempre en complacer
al señor que lo va a favorecer).*

Pero si el prólogo, en el que se siente ya aletear la certeza de la
obra maestra, es un documento biográfico, es decir autobiográfico,
mayor, a lo largo de la comedia se encuentra a Maquiavelo mismo,
que unas veces se ríe de los males de la patria y de la religión, y

otras de sus propios males porque, como dirá la prosa de un gran poeta moderno, es terrible la potencia de la risa,²⁴ y ésta es el arma preferida de Maquiavelo. Se sirve de la risa para defenderse, al igual que para salvarse de la vergüenza de llorar, como ya había cantado en el Asno:

*Ma perchè il pianto a l'uom fa sempre brutto,
si debbe al volto della sua fortuna
voltare il viso di lacrime asciutto.*²⁵

*(Mas ya que el llanto a un hombre no conviene,
débese dar la cara a la fortuna
sin que parezca que de llorar viene).*

Me atrevería yo a decir que, conociendo a Maquiavelo, las amarguras y los prolongados sufrimientos que padeció, exasperados con la cruel desilusión del *Príncipe*, no podían terminar más que en una *Mandrágora*: una risa burlona que lleva dentro de sí también una intensa pasión. Se presentan espontáneamente a nuestro espíritu y a estas páginas nuestras, a manera de estribillo, los breves versos en los que este hombre supo encerrarse a sí mismo:

*Io rido e il rider mio non passa dentro,
Io ardo e l'arsion mia non par di fore.*

*(Río, y mi risa no penetra dentro,
Ardo, y mi ardor no se percibe fuera).*

Ha habido quien ha logrado descubrir en esta maravillosa comedia no sé qué fines morales y sociales; y quien, por el contrario, le haya negado cualquier otra finalidad ajena a la de hacer reír:

*pure, se non ridete,
io son contento di pagarvi il vino.*²⁶

*(pues, aunque no riáis,
yo estoy contento con pagar el vino).*

Yo creo que Maquiavelo, al escribirla no pensó ni en hacer precisamente una farsa, ni tampoco una sátira, sino que solamente

siguió los dictados del incontenible espíritu creador que sentía en su pecho, y que unas veces causaban risa, y otras llanto. Pero si alguna finalidad tuvo, no se puede decir que haya sido escrita solamente para hacer reír una comedia que hace pensar todavía más. Y no es muy difícil reconocer en ella, tanto por las ideas como por el aliento poético y humano, al autor del *Príncipe* más bien que al de los *Discursos*; no obstante que fray Timoteo, con sus cínicas reflexiones y con aquella "cara de malhechor", parezca la personificación artística de los conceptos desarrollados teóricamente en los *Discursos* en el capítulo duodécimo del primer libro: "De la importancia que tiene el respetar la religión y cómo Italia, por haberla maltratado mediante la Iglesia romana, se halla arruinada."

Son los relámpagos que acompañan a una tragedia, si bien permanecen lejanos, los cuales hielan en la boca la risa de la farsa cómica, mientras no aparece otra vez una sonrisa o una risotada para disipar los suspiros: exactamente igual que en algunas cartas del florentino, y que en su vida de todos los días. Y aquellas agudezas tan ingeniosas que pone en boca del bobo Nicia, y aquellos rasgos que se dirían autobiográficos: "El que no posee en estas tierras buenas propiedades, no encuentra entre sus semejantes ni un perro que le ladre".²⁷ El biógrafo no debe pasar más allá de sus límites, aunque aquí resultan un poco difíciles de localizar; pero, como acabo de decir, en la *Mandrágora* ha puesto Maquiavelo demasiados elementos de su propia vida, aun en partes en las que no salen a la superficie como en este caso, para que el biógrafo pueda quedarse sin mencionarlos al menos.

Y tampoco se sale de sus límites al anotar que en todas las partes de la comedia parece filtrarse la felicidad del autor mientras la componía, testificada, a mi parecer, también por la predilección en que siempre la tuvo; es la felicidad que acompaña a la creación de las obras maestras: la misma felicidad que hemos encontrado en las páginas del *Príncipe*. Habiendo dicho esto, queda explicado todo: la novedad de la forma, casi totalmente diversa de los modelos antiguos, el carácter marcadamente moderno y humano de los personajes, el más plautiano de los cuales, el parásito Ligurio, parece un florentino de Mercato, todo lo cual es sorprendente en un hombre que por tantas razones se hallaba ligado a la época precedente: el genio, la poesía, han roto todas las ligaduras y han realizado todas las transformaciones.

Puede ser que la *Mandrágora* haya sido leída en los Orti antes

de ser representada.²⁸ Se siente uno tentado a fantasear acerca de una representación que se hubiera llevado a cabo durante los grandes festejos que ofreció Florencia con ocasión del regreso del afrancesado Lorenzo con su esposa francesa (7 de septiembre de 1518), si se admite que para entonces estuviera ya concluida la comedia y aprendida por los actores: porque una vez admitido esto, ni siquiera la desconfianza y el rencor que pudiera abrigar Maquiavelo contra los Médicis harían inverosímil la conjetura. En cambio, en la primavera y en el carnaval de 1519 se hicieron pocas fiestas en Florencia, por lo menos abiertamente, a causa de la grave enfermedad y de la muerte del Duque, acaecida el 4 de mayo cuando tenía apenas veintisiete años de edad. Habiéndose hecho aborrecer de la ciudad por sus modales, y la ciudad de él porque no la podía manejar a su antojo, a últimas fechas no se confiaba ya más que de Felipe Strozzi y de Francisco Vettori, el cual, no obstante hallarse tan encumbrado, nunca hizo nada por Maquiavelo; estimaba también a cierto ciudadano de escasas cualidades, bueno para charlar y comer, "y por estas cualidades de comer y charlar, el Papa le había asignado doscientos escudos anuales de sueldo".²⁹ Y en cambio, a Maquiavelo, que además de comer y charlar sabía también hacer otras cosas, ni él ni su sobrino le habían dado jamás nada.

De manera que esta muerte de Lorenzo, quien en fin de cuentas había desilusionado a todos, no hizo que Nicolás se pusiera de luto. Pero aquel mismo año, otra muerte fue para él como una puñalada: la de Cosme Rucellai.³⁰ Continuaron las reuniones de los Orti, que habían pasado a poder de los tíos paternos Palla y Juan, el primero también literato de renombre, el segundo sólo de hecho; pero la pérdida fue grave para las reuniones y para Nicolás, ya que aquéllas habían perdido a quien les daba vida, y éste al generoso mecenas, quien, a más de lo indispensable, proporcionaba a Nicolás estímulos y aprecio, los cuales no eran los menos necesarios para él.

Junto con las obras literarias que aquí hemos venido mencionando por razón del tiempo, hemos de recordar en relación con la materia otras de fecha muy incierta, pero que podrían quizá ser todas aproximadamente de este período. No hablaré acerca de las rimas que corren dispersas, como de una larga y hermosa *Serenata*, que Foscolo se jactaba de saber de memoria y que, tampoco cronológicamente se hallaría fuera de lugar aquí, cerca de su enamoramiento;³¹ en cambio, debo hablar del *Diálogo acerca de nuestra lengua* y de la novela que originalmente se tituló *El demonio que se*

F. A. V.
O. L.
A.

1

Leggesi in un libro memorato di un
~~fortissime cose: come già si ha per
 istruzione di alcune persone, come sup:
 l'anno 1544, e per un altro libro di
 un altro, ma è da notare: che si mar. f. 10 ^{correggi}
 fatto nelle sue orazioni, vide in ciò
 che dice: Come ancora si videro an-
 che degli miseri mortali et nella af-
 grava delio morivano all'infirmità
 tutti o la maggior parte d'ordinario
 no y altro et y hanno y foroghe et
 sepsi a tutta l'istoria di questo do-
 et minor et indamante si sono an
 gli altri y fanno y quisi in l'antua
 no maniglia quindissima et non
 postnas. note q'he caluini et altro
 al soxo firmate d'auano et per uno
 et ist'ist'ac ogni giorno si videro: et
 in un'ac d'uno fatto ab'ist'ac con~~

Página autógrafa del "Belfagor" de Maquiavelo

casó, y hoy día *Novela de Belfagor*, porque una biografía de Maquiavelo no puede dejar de mencionarlas, aunque no se les pueda asignar un lugar seguro en su vida.

Más aún, ni siquiera puede probarse tangiblemente que este *Diálogo* sea de Maquiavelo, aunque los críticos e historiadores de la

literatura están hoy de acuerdo en atribuírselo; e igualmente yo, no obstante ciertas divergencias de estilo y ciertas discordancias de pensamiento, equilibradas con no pocas concordancias, me inclino más a dejárselo que a quitárselo.³² Solamente él podía decir en ese tiempo cosas tan novedosas en una disputa tan antigua; decir, por ejemplo, que los neologismos son necesarios a toda lengua "cada vez que se introduce en una ciudad una nueva doctrina o nueva arte": "Se llama lengua propia de una patria, aquella que adapta para su uso los vocablos que ha tomado de otras, y que tiene un carácter tan marcado que no se desordena con los vocablos que ha aceptado, sino que los desordena a ellos".³³ Este es Maquiavelo.

Así, con una originalidad y una agudeza no comunes a los demás lingüistas, continúa disertando concisamente acerca de una materia que por entonces se tenía en un gran aprecio, especialmente desde que había sido descubierto el *De vulgari eloquentia*, es decir, acerca del lenguaje "curial" y de la lengua florentina; discute acerca de ello nada menos que con Dante, y teniendo la ventaja de ser al mismo tiempo opositor y juez, se adjudica fácilmente la victoria. Es bien sabido que en las discusiones "nadie pide autorización para atacar", y no creo que se puedan añadir a las razones contrarias a la atribución de este diálogo al Secretario florentino, ciertas palabras despectivas dirigidas al poeta que llevaba bajo el brazo en los bosques de Sant'Andrea, que imitó en los *Decennali* y en el *Asno* y que, en mayor abundancia que cualquier otro contemporáneo suyo, citó, frecuentemente de memoria, en sus cartas familiares.

Y por último, la novela es la única que Maquiavelo puso por escrito,³⁴ de entre las muchas que inventó y que con donaire narraba en las cenas y en las plazas; pero es suficiente para demostrarnos, y por otra parte nos lo han demostrado también algunas de sus cartas, hasta qué punto logró sobresalir en este género literario, que parecía hecho expresamente para él. Si la *Mandrágora* pareció a un docto una novela escenificada,³⁵ otro creyó que esta novela estaba basada en una trama escénica.³⁶ Quizá son verdaderas ambas suposiciones, y merecerían alguna consideración, si la materia de este discurso no se hallara totalmente fuera de los límites que corresponden a estas páginas, y que aquí están claramente delimitados.

Pero sí debo anotar una cosa. Pocos han sido los escritores de la literatura italiana, aun entre los más eminentes, que hayan logrado sobresalir en más de un género literario; en cambio, Maquiavelo dominó, o por lo menos dejó una profunda huella, en casi todos

los géneros en los que decidió aventurar su genio. Siendo un escritor político e histórico incomparable, escribió una sola novela, pero de singular excelencia; una sola comedia concedió espontáneamente a su inspiración, no a la importunidad de sus amigos, ni a la urgencia de la ocasión, basándose en los habituales modelos latinos: y resultó la mejor de todo el teatro italiano, en el que se había ejercitado mediocrementemente un Ariosto, la mejor que un escritor moderno hubiera escrito hasta entonces, quizá la mejor que se haya escrito en todos los tiempos.

CAPITULO XVII

LA "VIDA DE CASTRUCCIO" Y EL "ARTE DE LA GUERRA". HISTORIAS PAGADAS CON FLORINES PEQUEÑOS.

La muerte de Lorenzo de Médicis fue tan propicia en Florencia para la casa de los Médicis como lo había sido la de Pedro su padre. La infusión de la sangre de los Orsini, el nuevo ducado, la nueva unión con la casa real de Francia, la negativa influencia materna, y los pésimos consejos de los cortesanos habían ido llevando a la ruina al último legítimo retoño del gran Laurel de aquella civilización florentina que los florentinos apreciaban más que la misma libertad, ya que alguna vez parecieron renunciar de buen grado a ésta, y nunca a aquélla. Habiéndose encerrado con unos cuantos hombres de su confianza, como ya hemos dicho, vivió sus últimos días señorialmente y no sin pensar en constituirse en todo un señor, de lo que sólo lo contenía el respeto al papa León, al cual, como a un verdadero hijo del Magnífico, le desagradaban profundamente esas costumbres; y no hace falta decir si desagradarían a ciudadanos como Jacobo Salviati, Lanfredini y demás, que sabían ser al mismo tiempo partidarios de los Médicis y de la República. El mismo cardenal Julio, su tío, le había manifestado su desaprobarción.

Pero todavía no estaba sepultado Lorenzo, cuando el Cardenal, llegando a toda prisa a Florencia para mantener el orden en la ciudad, ya la había conquistado. Restituyó la autoridad o al menos la dignidad a los magistrados; dio o simuló dar oído a los que preferían procedimientos más liberales; demostró benevolencia en sus acciones y gran paciencia en sus audiencias, y distribuyó los cargos atendiendo a los méritos y no a la importunidad de quien se los pedía. Muy cuidadosos del dinero público no menos que del suyo propio, los florentinos, que eran muy sensibles a este aspecto, le quedaron infinitamente agradecidos por la primera de estas cuali-

dades, aunque no por la segunda. Al contrario del papa León, detestaba a los charlatanes, a los jugadores y a los bufones; "era investigador curioso de las cualidades de los hombres . . . , y de buen grado ocupaba sus tiempos libres en compañía de los hombres de ciencia y doctos en cualquier profesión".¹

Siendo éstas las condiciones del gobierno de Florencia, y éste el hombre que lo dirigía en nombre del Papa, un ingenio como el de Maquiavelo no podía quedar olvidado y postrado como en tiempos del fatuo Lorenzo. Como ya hemos dicho, más que la amistad con Soderini, más que los servicios prestados a la República libre, lo que León no podía perdonar al Secretario era la mala cara que les había hecho tanto a él como a su hermano Juliano, por deber de su oficio, cuando se habían encontrado en las cortes de Roma y de Francia: pero Julio, que era un bastardo y había vivido a la sombra cuando la planta de los Médicis todavía estaba en botón, no había sido objeto de estos desprecios. De manera que, mientras permaneció en Roma, su ánimo reflejó el rencor de León, por cuya comisión expresa lo hemos visto oponerse a él ante Juliano. Pero ahora que ha llegado al gobierno de Florencia, con libertad de obrar por propia iniciativa al menos en los asuntos de poca importancia, cuando Lorenzo Strozzi, más servicial que Vettori, y algún otro amigo de los Orti, se lo presentaron alrededor del 10 de marzo de 1520, acabó por acogerlo benignamente. Felipe Strozzi, al tener noticia de aquella visita, escribió a su hermano: "Me agrada enormemente que hayáis llevado a Maquiavelo a casa de los Médicis, porque apenas logre un poco de confianza de parte de estos señores, es persona que va a ascender".²

No había persona de ingenio que dudara de su talento, y estas palabras de Strozzi son una confirmación más de lo dicho. Lo que le había impedido ascender, además de algunas características que lo desprestigiaban, como su falta de gravedad, cierta extravagancia en sus opiniones, y la maledicencia que mostraba en su poesía, había sido aquella hostilidad de los señores. Pero ahora, finalmente se había deshecho el hielo: quizá le encargarían algunas piedras que acarrear. No se sabe nada acerca de ciertas cosas que trató con el Cardenal, pero deduciendo de ciertos documentos un poco posteriores y de posteriores consecuencias, podemos conjeturar que éste lo haya interrogado acerca de las obras "que tenía todavía en la fragua" y de la manera de ayudarlo en ellas; quizá la manera fue encontrada precisamente ese día, y le sugirieron aquellos viejos

proyectos historiográficos que abrigaba el Secretario desde los tiempos del primer *Decennale*.³

Pero la obra a la que se dedicaba Maquiavelo en ese tiempo, dedicada a Lorenzo Strozzi en agradecimiento por el reciente beneficio, eran los siete libros del *Arte de la Guerra*,⁴ que él, por aquella costumbre que tenía de titular en latín sus libros en italiano, llamó desde un principio *De re militari*. La ciencia militar no era para él sino una parte de la política; y él estaba convencido de que el haber separado la vida militar de la civil había sido el principio de las desgracias de Italia. Y este nuevo libro no es otra cosa que el necesario complemento del *Príncipe* y de los *Discursos*, con coherencia admirable de pensamiento y de sentimiento, se haya redactado a manera de diálogos que se fingen sucedidos en los Orti, encabezados por Fabricio Colonna en 1516, cuyos interlocutores son además Luis Alamanni, Zanobi Buondelmonti, Bautista della Palla y, el primero de ellos, Cosme Rucellai, llorado en aquellas páginas con íntimo afecto.

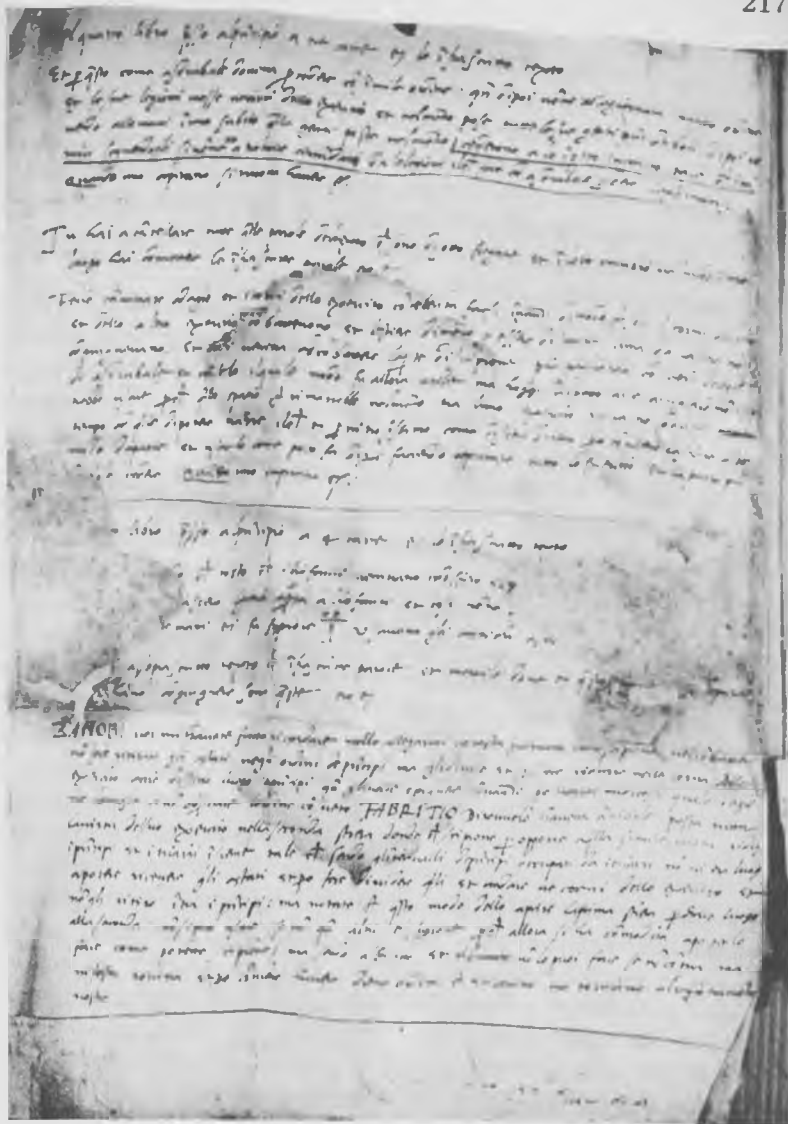
Tomando de estas páginas, como de costumbre, lo que más nos interesa, hay que hacer notar en primer término, que también en el *Arte de la Guerra* reúne Maquiavelo la "continua lección" de los escritores antiguos,⁵ con la "prolongada experiencia" de las cosas modernas. Durante la guerra de Pisa, las delegaciones ante Valentino y Julio II, y en Francia, en Suiza y Alemania, había dirigido su mirada, y orientado su insaciable curiosidad hacia las cosas de la guerra, hacia las cuales se había sentido siempre inclinado; se había servido de las observaciones que había hecho, para introducir su ordenanza, la cual, a su vez, había también aumentado sus experiencias. Y este hombre de estudio, al pretender enseñar a los hombres de guerra su propio arte, no teme protestar audazmente (y no debían de ser pocos los príncipes que se lo merecían); "que no creía erróneo el ocupar con sus palabras un grado que muchos, con mayor presunción, han usurpado con sus obras".⁶

Pero era tal su condición, que a dondequiera que dirigiera su ingenio, al lado de errores a los que lo llevaban ora sus prejuicios, ora su apasionamiento, era capaz de realizar innovaciones e intuiciones maravillosas. A veces la luz refleja de las antiguas épocas lo deslumbraba más que iluminarlo, y quizá esto le impidió entrever el espantoso porvenir de las armas de fuego; porque todavía no podía haberlo observado cuando escribió su libro, ya que no habían sido probadas de una manera notable más que en la batalla de

Marignano, de la cual quizá ni siquiera llegó a tener suficiente información. Esto no ha impedido que el libro llegara a ser considerado más recientemente como "un portento no sólo para aquella época, sino aun considerado absolutamente",⁷ por lo que respecta a la parte inmutable de la ciencia. Y todavía hoy tiene valor un magistral juicio de Villari: Maquiavelo fue el que supo echar por primera vez los fundamentos de la táctica moderna "y lo hizo con una audacia intelectual en nada inferior a la que lo había hecho fundar la ciencia del Estado".⁸

Pero el lugar en que estas páginas militares se ligan más fuertemente a los *Discursos* y al *Príncipe*, y a una gran parte de sus pasadas fatigas, en donde el biógrafo encuentra junto con la agudeza del ingenio, el entusiasmo del alma, es en el concepto fundamental de que el Estado debe armarse con armas propias, y que los soldados deben ser honestos, "llenos de temor de Dios", buenos ciudadanos dispuestos a morir por la patria y no mercenarios que tienen necesidad de la violencia, la rapiña y el engaño.⁹ Y aquí el autor, por boca de Fabricio Colonna (¡el cual probablemente pensaba de manera totalmente opuesta!) pasa a cantar las alabanzas de la ordenanza florentina, su propia ordenanza, ahora que finalmente tiene la oportunidad de defenderla. Y a la objeción de que "muchos hombres de talento la han siempre despreciado", responde: "Precaveos de que el defecto no sea vuestro más bien que suyo". Estas palabras se encuentran casi al principio del primer libro y, con ligeras variantes, al fin del último. Y estas últimas páginas no parecen indignas por su ardor y por su eficacia, de las últimas del *Príncipe*; en ellas el viejo Colonna da ánimos a sus jóvenes oyentes para que resuciten el antiguo valor en los corazones italianos, "porque esta provincia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, la pintura y la escultura".¹⁰

Mientras se dedica a este libro, aumentan las utilidades económicas que le proporcionan nuevos favores de los Médicis. El 26 de abril, su amigo y estimado compañero de los Orti, Bautista della Palla, que tiene gran acogida en la corte por su antigua adhesión y por cierto regalo de preciosísimas pieles, le manda desde Roma una cantidad de buenas noticias. Ha hablado con el Papa acerca de sus reuniones en los Orti, asunto que interesaba a las aficiones del Papa, le ha contado la gran estimación que todos tenían por el ingenio de Maquiavelo; y le ha hablado bien de la *Mandrágora*, que ya estaba lista para ser representada en la presencia de Su Santidad. Y León



Notas autógrafas al "Arte de la Guerra" de Maquiavelo

dispuesto así en favor de Maquiavelo, ha logrado obtener la orden de decir al cardenal de Médicis que demuestre la buena voluntad que tiene para con Maquiavelo, con "algún libro que escribir, o cosa semejante". Pero no terminan aquí las alegrías que esta carta

proporciona a Maquiavelo: habiendo mandado él hace tiempo los cumplidos de *messer Nicia* para su Calandro (personajes de comedias que ambos habían escrito), recibe de él en respuesta "palabras halagadoras"; el cardenal Salviati le envía afectuosos saludos; y por último, para poner un pedazo de asado junto con tanto humo, se le dice que Donato del Corno recibirá sus famosos 500 ducados, y que una parte le corresponderá también al amigo que tanto se ha empeñado en recuperarlos para él.¹¹

No cabe duda: mucho más que "algún libro que escribir", cosa que hubiera ansiado cualquier literato más que otra en el mundo, ya que le podía permitir dedicarse tranquilamente a los estudios, o quizá a no hacer nada, le hubieran agradado al Secretario florentino el cargo y las preocupaciones de otros tiempos; pero para los Médicis, que no se fiaban demasiado de él, era ésta una escapatoria feliz. La alusión que a ello se hace en la carta de Bautista della Palla, parecería confirmar que ya se había hablado de ello, como lo he supuesto, desde aquella primera visita al Cardenal; ciertamente se había hablado de ello entre los "amigos del medio día", como solían llamarse entre sí los asistentes a los Orti.¹²

Pero, entre tanto, el pobre hombre debía vivir de algo; y mientras esperaba algún encargo, el cual llegará para él en el abundante otoño, fue enviado a Lucca con la comisión de ocuparse de la cuantiosa quiebra de Miguel Guinigi, con la que algunos mercaderes florentinos, entre los que se contaban los Salviati, parientes del Papa, habían sido seriamente perjudicados. Hacía falta hacer prevalecer aquellos créditos, y que las deudas mercantiles fueran preferidas a las del juego, examinar las actividades del fracasado *et similia* (y demás).¹³ Existía el precedente de Génova: y habían tomado a Maquiavelo por un leguleyo o un arreglador de quiebras.

Partió el 9 de julio. Eran intereses privados, y eran ciudadanos particulares los que lo enviaban, pero la cuantía del crédito y la calidad de los acreedores eran tales, que la República no podía desentenderse del asunto, y el mismo Cardenal fue el que le había encomendado la comisión y lo había provisto de cartas de recomendación para los ancianos de Lucca; el día 7 ya había escrito la Señoría acerca de ello.¹⁴ Mientras el Secretario se encontraba así ocupado con este asunto, le vino a las manos otro con la gente de Lucca: primero por ciertas cuestiones de la Casa de Moneda, y después por algunos estudiantes alborotadores de la escuela de Pisa, que se habían refugiado allá. Hubo mucho carteo y trato acerca de

estos minuciosos y fastidiosos asuntos; se conserva una carta del Cardenal a Maquiavelo referente a los estudiantes, con fórmulas afectuosas que, más que del corazón, salieron del formulario,¹⁵ y otra de la Señoría de Florencia a los ancianos, que comienza: "Nuestros conciudadanos y mercaderes . . . mandaron allá hace dos meses a un hombre de nombre Nicolás Maquiavelo . . ." ¹⁶ ¡No se muestra muy ceremoniosa la Señoría con su antiguo Secretario, al que en otras ocasiones se ha llamado "noble y respetable", ahora que se ve reducido a tratar con aquellos ancianos de Santa Zita acerca de un mercader desfalcado!

Pero él, con su carácter tan personal, se acomodaba pacientemente a todo; con su ingenio, de todo tomaba ocasión para realizar algo digno de él. En el lugar en que se hallaba, no podía ser que un teórico en política, un observador de su clase, no aprovechara la ocasión para estudiar el gobierno de aquella República y escribir una relación acerca de ello; era lo menos que podía hacer, y lo hizo.¹⁷ Pero, entre tratar y esperar, pasaban los meses, y en aquellos largos días en Lucca escribió también, y de un solo tirón, la *Vida de Castruccio Castracani*.¹⁸ ¡Constituyó un enorme escándalo para los pedantes de épocas posteriores que quisieron considerarla y juzgarla como una obra histórica, dedicándose a la caza de todas las inexactitudes históricas, o por mejor decir ficciones, de un escritor político y más aún, literato! Pero tampoco los hábiles críticos modernos, después de haberse cerciorado finalmente de su naturaleza, han llegado a entender con precisión su origen.

Porque está claro que, estando ya para entonces Maquiavelo considerado como historiógrafo de la República florentina, esta hermosa prosa llena de vigor debía constituir para sus favorecedores una muestra, y para él un ensayo de estilo histórico. No son fantasías, sino un documento que habla: él la envió a sus amigos como un "modelo de historia", y así la juzgaron sus amigos.¹⁹ El ensayo resultó magnífico, la muestra alcanzó su finalidad. Al haber leído en una impresión del siglo xv,²⁰ o en un manuscrito, la *Castrucci Antelminelli vita* de Nicolás Tegrini, sacó de ella esta fantasía, dándole un sabor de suceso antiguo basándose en los modelos de Diodoro Sículo y de Diógenes Laercio.²¹ Así se explica todo. Y no hubiera sido verdaderamente Maquiavelo, si bajo estos clásicos ropajes, no hubiera encerrado sus más queridos conceptos políticos y militares, e idealizado una vez más a su príncipe nuevo. También en esta sobreposición de la política y de la poesía sobre la historia, este

opúsculo habrá de ser precisamente el "modelo en pequeño" de las historias mayores.

La *Vida de Castruccio* quedó terminada antes de que expirara agosto; el día 29 la envió a Zanobi Buondelmonti y a Luis Alamanni, a los cuales estaba dedicada: el 6 de septiembre Zanobi, en su respuesta, le escribió su propio parecer y el de los otros "amigos del mediodía". El, Luis, Diacetino, Guidetti y Antón Francisco de los Albizi, habiéndola leído y examinado todos juntos, la juzgaban "cosa buena y bien expresada"; en detalle, habían observado algunas cuantas cosas de poca importancia, "las cuales, aunque están bien, se pueden mejorar", como pasaba con los dicerios finales, que les parecían demasiados, por lo que les hubiera gustado quitar algunos (¡se habían dado cuenta!) aunque otras veces los habían admitido. Las demás observaciones eran casi todas referentes a la lengua y al estilo; y así eran también las de Jacobo Nardi, Bautista della Palla y otros, que habían leído el opúsculo, y todos los alababan.²²

El buen éxito de este "modelo de historia", como lo llama precisamente Zanobi en esta misma carta, había hecho aumentar en los amigos el deseo de que Maquiavelo pasara del "modelo en pequeño" a la obra definitiva. Le escribía: "Todos están de acuerdo en que os debéis dedicar con toda diligencia a escribir esta historia, y yo lo deseo más que todos ellos . . ." ²³ Le pedía en seguida que regresara porque todos ellos lo esperaban para sus reuniones ordinarias; y con respecto a algo extraordinario, le hablaba "de aquel proyecto que tenemos entre manos": que era precisamente aquel intento que tenían de hacer que se le encomendara escribir la historia de Florencia.

Con los vivos deseos de aquellos ciudadanos que hablaban de aquel proyecto continuamente al Cardenal, de por sí ya bien dispuesto, se podía decir que el asunto estaba ya hecho, o casi. Con el fin de aceptar estos favores, entre el 8 y el 10 de septiembre emprendió Maquiavelo el regreso, dejando aquel negocio de Lucca aún no resuelto, pero finalmente encaminado a una resolución satisfactoria.²⁴ A su llegada probablemente encontró ya firme el propósito de llevarlo a la Escuela pública de Florencia, que dirigía el mismo cardenal de Médicis y del que era proveedor su cuñado Francisco del Nero. Quedaban todavía por determinar las condiciones particulares, y el mismo futuro historiador escribió por su propia mano a del Nero:

La sustancia del contrato ha de ser ésta. Será contratado por tal cantidad de años, etc., con salario por año, etc., quedando obligado a escribir los anales o na-

rraciones verídicas de las cosas sucedidas en el Estado y ciudad de Florencia, a partir de la época que le parezca, y en la lengua que elija, sea latina, sea toscana.²⁵

Pero en cambio, la sustancia del contrato fue esta otra, determinada por los oficiales del Estado el 8 de noviembre: Nicolás Maquiavelo era contratado para servir en su oficina durante dos años a partir del 1º de noviembre, un año de fijo y otro a beneplácito de ellos, en todo lo que se les ofreciera *et inter alia ad componendum annalia et cronacas florentinas, et alia faciendum*,²⁶ (y entre otras cosas para escribir los anales y crónicas de Florencia, y hacer otras cosas), con el salario de cien florines "de estudio". Era esta una moneda convencional, "no palpable", que valía sólo cuatro libras; en tanto que al florín grande de oro que circulaba corrientemente se le atribuía entonces un valor aproximado de siete liras. El florín "de estudio", es decir, conforme a la munificencia que casi siempre han desplegado los gobiernos en favor de los estudios y de los investigadores, era una moneda devaluada hasta llegar a equipararse al florín pequeño.²⁷ De manera que el salario de su contrato se reducía aproximadamente a cincuenta y siete florines, que eran apenas un poco más de la mitad de los que ganaba de ordinario en sus buenos tiempos de canciller de la Señoría. Pero aun así, le servían bastante bien. Finalmente tenía

dove voltare il viso.

(do volver la mirada).

Pero él apreciaba sobre todo el honor que el contrato significaba. En tiempos pasados habían sido historiógrafos de la República florentina Leonardo Aretino, Poggio, Scala, hombres todos de gran valía, todos primeros cancilleres de la Señoría, y casi le parecía que se había convertido también él en canciller, o que había encontrado la manera de volver a serlo; finalmente se le abrió un resquicio, y a través de él entreveía algo. Una comisión que recibió del Cardenal pareció abrírselo un poco más. Para comenzar a utilizarlo *ad alia faciendum*, como lo especificaba el contrato, le había encargado un *Discurso acerca de las cosas de Florencia después de la muerte de Lorenzo*,²⁸ que había que presentar al Papa, el cual andaba buscando por entonces consejos acerca de la manera de poner en orden el Estado de Florencia, que había quedado en dos personas eclesiásticas, él y el Cardenal, sin herederos legítimos.

Maquiavelo no debía de guardar un buen recuerdo del otro consejo que le había pedido el papa León por la boca del Cardenal y la pluma de Vettori; pero este otro le era solicitado directamente a él, a quien pagaba la República; y además, ahora se trataba del gobierno de Florencia, asunto del que ansiaba tratar. Precisamente porque se hallaba de por medio Florencia, en su *Discurso* procuró más bien el bien de su patria que la aprobación del Pontífice. Pero, como de costumbre, sus proposiciones se hallaban demasiado alejadas de la opinión común; como, por ejemplo, aquellas que, fuera del *gonfaloniere*, designado para toda la vida o para un largo tiempo, modificaban todo el orden del gobierno: la cual extravagancia hacía quizá aparecer más artificiosas e inaceptables, ciertas proposiciones que en realidad no eran malas. Además, en aquel *Discurso* había cosas mejores y peores, según el punto de vista desde el que se las viera; porque aconsejaba dar absoluta libertad a Florencia después de la vida del Papa y del Cardenal: magnánimo consejo que quizá por entonces podía no desagradar a León, el cual, al dejar su casa sin descendientes legítimos, se encontraba en las mejores condiciones para dar realización a tan generosos pensamientos. Pero, en cambio, debía de desagradar muchísimo a sus parientes y a sus servidores más allegados, los cuales se verían así despojados de todo honor y beneficio, y expuestos a las venganzas de un estado popular.

Un docto historiador de la literatura ha escrito que tan nobles conceptos "elevan mucho a nuestros ojos al autor del *Príncipe*".²⁹ Yo diría más bien que lo mantienen a la misma altura ideal. No solamente los elevados conceptos, sino también la poética solemnidad del *Príncipe* se reconocen en las siguientes palabras con las cuales está por concluirse el *Discurso*:

Yo creo que el mayor honor que pueden recibir los hombres es aquel que voluntariamente les da su patria, y creo que el mayor bien que se puede realizar y el más grato a Dios es el que se hace a la patria. Fuera de ello, ningún hombre es exaltado en sus acciones como lo son aquellos que han reformado las repúblicas y los reinos con sus leyes e instituciones; éstos son los primeros en recibir alabanzas, después de aquellos que han sido dioses . . . Así pues, no puede recibir un hombre mayor don del cielo, ni puede serle mostrado un camino más glorioso que éste; y después de tantas satisfacciones que ha dado Dios a vuestra casa y a la persona de Vuestra Santidad, ésta ha sido la mayor, pues le ha dado poder y manera de hacerse inmortal y de superar con mucho de esta manera la gloria de vuestros padres y de todos vuestros antepasados . . ." ³⁰

Este *Discurso* fue enviado a Roma durante la ausencia del Cardenal, que había salido de Florencia el 6 de noviembre de aquel año

de 1520 en tanto que se iban fraguando los tortuosos proyectos de León con respecto a las cosas de Italia; donde, al quedar vacante el imperio por la muerte de Maximiliano y pasar a manos de Carlos de España, el equilibrio de las fuerzas quedaba roto. Entre tanto, si no el *Discurso*, sí sus obras más recientes y la expectación de las historias futuras habían aumentado la reputación de Maquiavelo y lo hacían cada vez más parecer "una persona que va a ascender". Desde Roma, otro futuro historiador, su amigo Felipe de Nerli, dejando a un lado sus ásperas galanterías, le escribía con una consideración inusitada el 17 de noviembre, haciéndole saber que esperaba con ansias la *Vida de Castruccio* y el libro *De re militari*. Este era solicitado también por el cardenal de Médicis, y Nerli se quejaba de Zanobi Buondelmonti que se lo había prometido: "Me hará quedar como mentiroso —escribía— ante monseñor reverendísimo, si no se lo envió: de manera que os ruego que, ya seáis vos o él, hagáis que se me envíe".³¹

Como si esto no fuera suficiente, Lucrecia Salviati, habiendo recibido una *Vida* de Alejandro compuesta por uno de los literatos de la corte, y quedando descontenta de ella después de la lectura de la de Quinto Rufo que Nerli le estaba escribiendo, había concebido la idea de dársela a corregir a Maquiavelo: ¡en buena se metía! Se comprende que éste no hizo nada, con la complicidad de Nerli, que se atribuyó la culpa de todo. Con la muerte de la pequeña condesa de Ridolfi en 1515 y de Magdalena Cybo en 1519, *madonna* Lucrecia era la última querida hermana del Papa que sobrevivía al exterminio que en el término de cuatro años había hecho la muerte en aquella familia, que tan alegre y llena de grandes esperanzas se hallaba cuando León fue elevado al pontificado.³²

De manera que Maquiavelo se contenta con el modesto bien presente, y espera algo mejor para el futuro; finalmente también sus cartas a su sobrino Vernaccia nos lo muestran más sereno.³³ Y no creo que haya logrado turbar su tranquilidad la carta que le escribió el 13 de abril de 1521 Pedro Soderini, el cual, después de haberle propuesto inútilmente tiempo atrás el cargo de canciller en la pequeña república adriática de Ragusa,³⁴ volvía a la carga con otra proposición. Próspero Colonna buscaba un secretario, y el *quondam gonfaloniere* le había propuesto al *quondam* secretario de la República florentina. El gran señor y capitán romano, conociendo por la fama a quien había honrado a su primo Fabricio en el *Arte de la Guerra*, se había apresurado a aceptar la propuesta y a encargar

a Soderini de arreglar el trato. La provisión era magnífica: doscientos ducados de oro, y además los gastos. El *gonfaloniere* le aconsejaba que, si la propuesta le convenía, no hablara del asunto con nadie, montara inmediatamente a caballo y se reuniera con Colonna antes de que se tuviera noticia en Florencia de su partida. Y lo animaba a aceptar aquella excelente proposición, juzgándola "mucho mejor que tener que permanecer allí escribiendo historias que os pagan en florines pequeños".³⁵

¡Doscientos ducados de oro y además los gastos! *Messer* Marcelo Virgilio, primer secretario de la República, no ganaba ni la mitad; y él, contratado para escribir historias, apenas ganaba la cuarta o quinta parte de esa cantidad. Pero se puede tener la absoluta seguridad de que ni siquiera se puso a considerarlo. Aceptar hubiera equivalido a abandonar un cargo público y honorable, para ir a servir en la corte de un señor extranjero: y le sabía mejor un florín gozado en libertad en Florencia que cinco como cortesano; sería quebrantar el compromiso contraído con la Escuela pública y con sus queridos amigos de los Orti, defraudar la confianza que habían puesto en él; decir adiós a su Florencia, al *Albergaccio* detestado y amado al mismo tiempo, y cortar todas las ataduras que tenía con aquellos "señores Médicis", precisamente cuando por fin se hallaba "a punto de ascender", cuando aquel *ad alia faciendum* del contrato le hacía esperar alguna participación en los negocios de la República, alguna comisión, quizá alguna embajada. La proposición de Colonna era abundante, pero no la hubiera aceptado ni siquiera en tiempos de mayor escasez.

CAPITULO XVIII

LA DELEGACION ANTE "LA REPUBLICA DE LAS SANDALIAS"

En un día de mayo de aquel año de 1521, Maquiavelo, dejando atrás las cumbres de los Apeninos, iba cabalgando por el camino que conduce a Bolonia. Llevaba en las alforjas una comisión de los Ocho *di Pratica*, que era el cargo que había sucedido a los Diez de tiempos de la República, escrita en la misma oficina que había sido suya por tantos años, y firmada por el que lo había sustituido en aquel lugar, Nicolás Michelozzi.¹ Pero por fin era enviado una vez más, con muchas cartas del gobierno florentino, fuera de los confines de la República, fuera de la Toscana. De manera que la patria se había acordado finalmente de él, del agudo observador, del previsor político; ¿iba quizá una vez más ante el rey de Francia, o ante el Emperador?

¡Pobre Maquiavelo! Iba solo al Capítulo general de los frailes menores, que se celebraba en Carpi. Allí debía solicitar a nombre de la Señoría y del cardenal de Médicis, que era con más propiedad el señor de Florencia, que los conventos franciscanos del dominio florentino quedaran independientes de los demás de la Toscana. En resumen: que el Cardenal con el consentimiento del Papa, el cual lo había provisto de breves especiales, quería hacer con los franciscanos de los conventos florentinos lo que Savonarola había hecho con los dominicos, y que había servido de pretexto al papa Alejandro para sentenciar al religioso. Era una comisión singular para un político, singularísima para un Maquiavelo. La grandeza, el genio, las costumbres del hombre, y las opiniones del autor de la *Mandrágora*, añaden efectividad a la *vis comica* de esta elección.

Y ni siquiera le había pasado por la cabeza la idea de rechazarla. Había pedido a aquellos señores de Médicis que comenzaran a utilizarlo, aunque fuera "para acarrear algunas piedras", y ahora le daban algo para acarrear. Una vez más se sentía contento de que su

mala suerte lo maltratara de aquel modo, para ver si así llegaba a avergonzarse de ello; y ahora iba camino a un capítulo de frailes menores. Por lo demás, la comisión hacía más injusticia a quien se la había dado que a él mismo; y él, como la vez anterior que se vio oprimido por una injusticia, ocultaba su amargura con las burlas y la risa, aumentando así su valor moral.

Iba, pues, Maquiavelo descendiendo en la dulce estación las últimas estribaciones de los Apeninos, mientras que a sus pies se abría la fértil llanura. El camino ya era familiar para él, y lo había recorrido otras veces con otras esperanzas. Reconocía ora un paraje, ora otro, recordando con ellos sus pensamientos de aquellos tiempos y de aquellos viajes bastante más honrosos: algún caserío en el que se haya hospedado alguna noche al ir a Alemania a ver al Emperador; las frescas aguas cayendo de roca en roca de lo alto del monte, por las que suspiraba al ir por tercera vez a la corte de Francia en el caluroso verano de 1510. En cambio ahora va a Carpi a tratar con frailes, y lleva en las alforjas, instrucciones y credenciales para a república de las sandalias.

Carpi, antigua ciudad de los Pío, se halla a doce millas de Módena, y en esta ciudad, por la que debía pasar Maquiavelo, era gobernador por entonces otro florentino, Francisco Guicciardini. Los dos grandes políticos habían tenido antes algún trato entre sí; en 1509 Nicolás, al escribir desde Verona a Luis Guicciardini, le encomendaba un amistoso encargo ante su hermano Francisco. Ciertamente tuvieron algún contacto cuando Nicolás era secretario en Palacio y Francisco embajador en España; además, éste se había quejado de que aquél lo hubiera informado "apasionadamente" acerca de la batalla de Rávena.² A su regreso de dicha delegación a fines de 1513 Guicciardini había sido empleado inmediatamente en honrosos y productivos gobiernos en los estados de la Iglesia, en tanto que Maquiavelo, confinado en su quinta, quedaba en aquella ociosidad que le debía dar tanta infelicidad y tanta gloria. Así que, antes de entonces, les había faltado el tiempo, el lugar y las ocasiones para un trato más cercano.

Y yo diría también que faltó una afinidad de genio entre estos dos hombres, una verdadera amistad, hasta que las tempestades de Italia no los reunieron en la misma barca. El primero era aristocrático, fríamente egoísta, grave, y educado; en tanto que el segundo era hombre del pueblo, cálidamente apasionado y generoso, ligero y libre en sus costumbres: éste, teórico e idealista, aquél, práctico y

realista. Ambos encerraban dentro de sí su verdadera grandeza, pero Guicciardini la mantenía dentro de la fortaleza de una altiva reserva, en tanto que Maquiavelo la guardaba sin decoro ni vergüenza dentro de aquel traje de trabajo cubierto de lodo; y por ello no debe extrañar que le hayan faltado en vida la reputación y la autoridad que el otro tuvo en abundancia. Este fue el motivo, además de la mala fortuna que suele caracterizar a los poetas y a los innovadores, que ocasionó el distanciamiento que hubo entre él y sus contemporáneos; en tanto que Guicciardini superó a todos, aun a sus sucesores, con su fría grandeza.

Pero la distancia entre la fortuna de éste y el infortunio de aquél fue tan grande, que no pudo existir emulación entre ellos: la emulación comenzó a partir de la muerte de ambos. En la época a la que se refieren estas páginas, Maquiavelo había compuesto y publicado en aquella ociosidad fecunda, ya fuera impresas o manuscritas, todas sus obras más famosas, y estaba escribiendo las *Historias*: Guicciardini, en cambio, ocupado en los negocios de los gobiernos, poco había escrito, y nada había publicado. Este hombre comprendió bien el pensamiento de Maquiavelo, pero no lo siguió; sintió la fascinación de su ingenio, al grado de que en la correspondencia que mantuvo con él parece habersele pegado algo de aquel calor, y las cartas que le escribió se cuentan entre las mejores y más humanas de su epistolario, pero nunca se complació en las ideas de los poetas, y en política le parecieron peligrosas. Ciertas palabras que escribió a su amigo durante esta comisión a Carpi aclaran totalmente la razón del distanciamiento que existió, como acabo de decir, entre Maquiavelo y todos los hombres de su tiempo: "él había sido *ut plurimum* (casi siempre) de una opinión demasiado alejada de la común y siempre propenso a inventar novedades". En las cuales palabras se encuentra quizá un punto de ironía, que sin embargo, se convierte en una alabanza para aquel a quien van dirigidas.

Versa vice, Maquiavelo amaba sinceramente a Guicciardini y se lo dirá una vez en uno de sus impulsos. Cuando éste no lo seguía en sus "extravagancias" de poeta y de innovador, se quejaba amargamente de ello, aunque sin guardarle rencor: según su genio, admiraba en él las cualidades y más aún la fortuna; honraba a aquél a quien los "señores de Médicis" utilizaban para tan grandes negocios, al florentino que daba lustre a su patria; amaba al político con el que podía conversar llanamente acerca de asuntos de gobierno, al hombre que en honor a él salía de su coraza de dureza y frialdad.

De manera que tenía pensado detenerse en Módena a la ida a Carpi y después al regreso. Tenía intención de hablar largamente con él acerca de Florencia y de los últimos sucesos de Italia; juntos hablarían de la extravagante idea de enviarlo a él a esta comisión. Serían las mejores horas de su viaje, y sólo por ellas valía la pena haber salido de su encierro de San Casciano y de haber recorrido tantas millas a caballo que ya comenzaban a causarle molestia. Habiendo salido de Florencia el 11 o 12 de mayo, se detuvo en Módena una noche y un día. El día 16 ya se hallaba en Carpi como lo deseaban los Ocho, y antes de que llamaran a vísperas, como le había añadido un fray Hilarión,³ porque ahora todos le daban órdenes. Desde allá continuó su diálogo y sus bromas con su amigo.

Para darle nueva ocupación apareció otra comisión, más singular aún. Los cónsules del Arte de la Lana le habían escrito con fecha 14 de mayo a fin de que pidiera a aquellos religiosos que un predicador de gran fama, de nombre fray Juan Gualberto de Florencia, y de sobrenombre el *Aquilón*, fuera enviado a predicar la próxima cuaresma en la catedral; la cual comisión, enviada dos o tres días después que Maquiavelo, yendo más rápidamente por las postas, había llegado a Carpi casi al mismo tiempo que él.⁴ Guicciardini, al tener noticia de ello quizá por una carta de su mismo amigo, continuó aumentando las bromas que le había hecho de viva voz. Le escribía el día 17 que haberle encomendado a él la elección de un predicador había sido una decisión acertada, de la misma manera que si a Pacchierotto, torpe glotón muy conocido en Florencia,⁵ "se le diera el encargo de encontrar una esposa hermosa y galante para un amigo", y añadía: "Creo que estaréis satisfecho de lo que se dice de vos, ya que habiendo vivido de manera muy diversa, consideran que habéis mejorado, pero no por esfuerzo propio, sino porque ya chocheáis". Y concluía con el consejo de despachar pronto aquellos asuntos a fin de que los frailes no le pegaran la hipocresía, y el aire de Carpi, según su tradicional influjo, lo hiciera volverse mentiroso. Y si por desgracia era alojado en casa de algún vecino del lugar, su mal se convertiría en incurable.⁶

En efecto, Maquiavelo se hallaba alojado en casa de un hombre llamado Gismondo Santi, canciller de Alberto Pío, señor de la ciudad. Y muy pronto tuvo la ocurrencia de burlarse de su huésped y de los religiosos haciendo que Guicciardini le enviara frecuentemente hombres por las postas, con el fin de que lo consideraran hombre de grandes negocios y multiplicaran las atenciones y los buenos bo-

cados para él: "Os he de decir que a la llegada de este emisario con su carta y con la inclinación que me hizo hasta postrarse en tierra, y con decir que había sido enviado por las postas y a toda prisa, todos quedaron admirados de tantas reverencias y de tantos rumores y todos se arremolinaron a su alrededor para preguntarle las novedades; y yo, para aumentar mi reputación, dije que se esperaba al Emperador en Trento y que los suizos habían convocado a nuevas reuniones generales, y que aunque el rey de Francia tenía intención de ir a encararse con aquel rey, sus consejeros no se lo aconsejaban; y así todos estaban con la boca abierta y con los birretes en la mano, y ahora que estoy escribiendo tengo a mi derredor todo un grupo, y todos al verme escribir tan largamente se quedan maravillados y me miran como embrujados; y yo, para sorprenderlos más aún, me detengo de vez en cuando mirando muy abstraído lo que estoy escribiendo, y todos quedan suspensos; y si supieran lo que estoy escribiendo, más me admirarían".⁷

En la misma carta del 17 de mayo había comenzado bromeando largamente acerca del asunto de la elección del predicador; y respecto al de la separación, había tenido que quedar pendiente en espera de las elecciones de los frailes, lo que le daba material para seguir con sus bromas: "Yo me he quedado aquí ocioso porque no puedo llevar a cabo mi comisión hasta que no hayan elegido al general y a los definidores, y entre tanto estoy pensando la manera cómo podría meter entre ellos tanto escándalo que acabaran a golpes de sandalia, ya sea aquí o en otro lado, y si no pierdo la cabeza, creo que lo lograré, y el consejo y la ayuda de V. S. me servirá de gran ayuda". Y con respecto al aire de Carpi, responde sin ningún miramiento a Guicciardini que no tenía nada que aprender, porque a la fecha se hallaba ya doctorado en mentiras, "porque de un tiempo a esta parte no digo nunca lo que creo, ni creo nunca lo que digo, y cuando alguna vez digo la verdad, la escondo en medio de tantas mentiras, que resulta difícil encontrarla". Una vez más se jactaba de los vicios que no tenía.⁸

Guicciardini, entusiasmado con las agudezas de su amigo, le seguía la partida, y el día 18 le mandó dos cartas:⁹ "No teniendo, queridísimo Maquiavelo, ni tiempo ni cerebro para aconsejaros, y no obstante que estoy acostumbrado a hacerlo aun contra la opinión del ducado, no quiero, sin embargo, dejar de ayudaros a fin de que, al menos con la reputación, podáis llevar a feliz término vuestras arduas empresas. Por ello os envío por las postas a un ballestero,¹⁰ a quien

he ordenado que haga el viaje con suma rapidez por tratarse de cosa importantísima, de manera que a estas horas habrá llegado con la camisa hasta los muslos; y no me cabe la menor duda de que, con su gran prisa, y con lo que va a decir a los presentes, todos creerán que sois un gran personaje y que vuestro negocio es muy diverso del de los religiosos. Y a fin de que el volumen del rollo convenza más a vuestro huésped, os he incluido ciertos avisos que han llegado de Zurich, de los cuales os podréis valer ora mostrándolos, ora teniéndolos en la mano, según los juzguéis más oportuno". Y contestaba Maquiavelo: "Estoy en condiciones de deciros que el humo ha subido ya hasta el cielo, porque entre el apresuramiento del portador y el gran volumen de las cartas, no ha quedado hombre alguno en esta casa ni en los alrededores que no se haya sorprendido; y para no parecer ingrato a *messer* Gismondo, le he mostrado aquellos capítulos referentes a los suizos y al Rey. Quedó con la impresión de que se trataba de cosas de enorme importancia. Le hablé también de la enfermedad de César y de los estados que pensaba comprar en Francia, y éste se quedó boquiabierto. Mas con todo yo temo que sospeche algo de mis engaños, porque yo sigo viviendo en su casa, y no ve la razón de que se escriban cartas tan largas a estos desiertos de Arabia donde no hay sino frailes; y no creo que tenga de mí la impresión de un hombre extraño, como vos le habéis escrito, porque yo permanezco en casa, durmiendo, leyendo o sentado por ahí; de manera que quizá esté ya sospechando que vos queréis burlaros de él y de mí. No obstante, sigue mordiendo el anzuelo, y yo le hablo con pocas y mal compuestas palabras, para extenderme luego hablando del diluvio que está por venir o del turco que debe pasar, y de que sería necesario llevar a cabo la Cruzada en estos tiempos y demás noticias de las plazas, de manera que me parece que está ansiando hablar personalmente con vos para tener las ideas más claras o para pedir os información acerca de todo ello, ya que vos le habéis ocasionado las molestias de mi venida, y yo estoy perturbando todo el orden de su casa y lo obligo a quedarse acompañándome. Yo creo que él me soporta porque espera que el juego dure poco, y por ello sigue haciéndome buena cara y abundantes comidas, y yo devoro por seis canes y tres lobos y digo a la hora de comer: esta mañana he ganado dos julios; y a la hora de cenar: esta tarde he ganado cuatro".¹¹ Y así los dos florentinos pasaban el tiempo alimentándose con estas burlas, aunque Maquiavelo no sólo de burlas.

Guicciardini es el primero en volver a la seriedad y a resucitar,



Francisco Guicciardini

en su segunda carta del día 18, la casi trágica certeza que se encerraba en esta farsa de un Maquiavelo embajador ante los religiosos para conseguir un predicador: "Cuando yo leo vuestros títulos de emisario de la República ante los frailes,¹² y considero con cuántos

reyes, duques y príncipes habéis negociado otras veces, me viene a la mente la figura de Lisandro, a quien después de tantas victorias y trofeos se le dio el encargo de distribuir la carne a aquellos mismos soldados que tan gloriosamente había capitaneado, y me digo: mira que con sólo que cambien los rostros de los hombres y su color externo, las cosas mismas cambian, y esto se reproduce en todas las épocas; pero el hecho de que las cosas cambien de nombre y de figura hace que sólo los prudentes las reconozcan, pero con todo, la historia es buena y útil, porque nos pone ante los ojos y nos hace volver a conocer y volver a ver lo que no habíamos conocido ni visto a lo largo de nuestra vida. De donde se deriva un silogismo digno de los frailes con los que os halláis: que hay que apreciar en mucho a quien os ha dado el encargo de escribir los anales de Florencia, y exhortaros a vos a ejecutar con diligencia la tarea que se os ha encomendado. Para el cual efecto creo que esta delegación no os será del todo inútil, ya que en estos tres días de ociosidad habréis recorrido observando toda la república de las sandalias y os serviréis de dicho modelo para alguna finalidad, comparándolo e igualándolo a alguna de vuestras formas".¹³ En ciertos momentos parece que alude a los *Discursos* y al *Príncipe*.

Pero inmediatamente después vuelve a la broma habitual: "No he creído que os convenga perder tiempo o abandonar la fortuna ahora que se muestra favorable; sin embargo, he continuado la costumbre de despacharos el propio, que os servirá por lo menos para haceros comer en la mañana y en la tarde alguna torta de más". Pero ahora la broma estaba a punto de terminar, y por lo demás, también la comisión; según se puede ver por la carta que escribió Maquiavelo el día 19 para informar a su amigo el gobernador acerca de las sospechas de su huésped y poner término a la broma:

Ahora sí se impone andar muy atento con éste, porque acaba de beber como mil demonios. Y me parece que se ha dado cuenta de que le estáis jugando una mala pasada, porque cuando vio llegar al enviado, dijo: ¡Toma!, debe tratarse de algún asunto de importancia; los emisarios son cada vez más frecuentes. Después, habiendo leído la carta, dijo: Yo creo que el gobernador se está burlando de vos y de mí . . . De manera que yo tengo un miedo cervical, y estoy temiendo que vaya a coger una escoba y a mandarme al mesón; así que os ruego que mañana no hagáis lo de los demás días, a fin de que esta broma no se convierta en cautiverio, quitándoseme todo lo que he tenido de bueno hasta ahora: espléndidas comidas, lechos gloriosos y demás, en que me he estado complaciendo ya desde hace tres días.

Esta mañana he comenzado a tratar el asunto de la separación, espero llegar



Lámina XI. Retrato del cardenal Julio de Médicis (Clemente VII), por Sebastián del Piombo, en el Museo Nacional, Nápoles. Foto Alinari.

hoy a algún acuerdo, y poder enviarlo mañana . . . Respecto a las historias que escribo, no creo haber perdido nada con esta venida a la república de las sándalias, porque me he dado cuenta de muchas de sus constituciones que están muy bien pensadas, así que creo que me servirán para alguno de mis trabajos . . .¹⁴

Este último párrafo referente a lo que ha observado en las constituciones y en las costumbres de los frailes nos retrata a Maquiavelo de cuerpo entero, desplegando en todo y en todos su insaciable curiosidad. Pero fuera de esto, de las espléndidas comidas y de los gloriosos lechos, creo que obtuvo poco provecho con esta comisión. Con respecto al predicador, en efecto, había traído a cuento y en tono de broma la historia antigua para ablandar la dureza de aquel dichoso *Aquilón*, y favorecer a los florentinos con las predicaciones de un hombre de tanto valer y santidad; porque, escribe Maquiavelo, dejando por un momento sus irreverentes bromas, "al ver el gran crédito que obtiene un cualquiera cuando se oculta debajo del hábito de la religión, se puede conjeturar fácilmente cuán grande será el fruto que obtenga un bueno que con toda verdad y sin simulación siga las huellas de San Francisco".¹⁵ Pero el *Aquilón* se hacía difícil de convencer, y el singular embajador refería: "Y me dice que está muy descontento de las costumbres de Florencia, y que la vez que estuvo predicando allí había proclamado una consigna, de que las ramerías debían andar por Florencia con un velo amarillo, en tanto que ahora recibe noticias de que andan como les parece mejor y nadie les viene a mano; lo cual le apenaba mucho. Sin embargo, yo lo consolé, diciéndole que no se maravillara, porque así sucedía siempre en las grandes ciudades, que no conservaban la misma manera de proceder, y que hoy hacen una cosa y mañana la contraria; y le hablé entonces de Roma y de Atenas, de manera que se consoló totalmente y casi me prometió que iría".¹⁶ Pero al día siguiente volvió a mostrarse indeciso y los superiores salieron a decirle que ya lo habían prometido para otra parte, de manera que no se sabe en fin de cuentas qué haya resultado de todo ello, y no creo que la historia tenga gran interés en saberlo.

Igualmente respecto al asunto de la separación, que, como ya se ha dicho, se comenzó a tratar el día 19 y fue despachado el 20, parece que las artes de Maquiavelo hayan fracasado frente a los muchos vericuetos de las cavilaciones de los frailes. Al hablar después con cada uno de los asesores por separado, "usó términos más vivos y punzantes que los que había dirigido a todos juntos".

Les mostró las uñas de su política, fortalecidas con la voluntad del Papa, dándoles a entender finalmente, cuando le decían que el asunto era de la mayor gravedad entre los que se habían tratado en la Orden desde hacía doscientos años, que "la sabiduría de los hombres consiste en saber regalar aquello que no se puede conservar ni vender".¹⁷

Sapienti pauca. (A buen entendedor, pocas palabras). Dicho esto, no le restaba sino esperar a que aquellos frailes reflexionaran bien en el alcance de sus palabras; quizá ayudando a esta meditación con el estímulo de nuevas cartas del Cardenal y de los Ocho. Y cuando fray Hilarión le aconsejó que montara inmediatamente a caballo con rumbo a Florencia para obtener dichas cartas,¹⁸ Maquiavelo, que ya estaba harto de Carpi, juzgó una buena ocasión para librarse del compromiso y tomar el pelo esta vez a quien lo había enviado. Y así, cuando llegó a Módena, en vez de continuar el camino para estar en Florencia el día 22 como pretendía éste, escribió una larga y clara relación de todo ello al Cardenal; y añadiendo que no le era posible cabalgar de prisa "por cierta indisposición *suya*",¹⁹ se libró de ella mandando a uno de aquellos veloces ballesteros del gobernador y él se quedó en Módena para gozar por algunos días de la conversación de Guicciardini, a despecho de los Ocho, del Cardenal y de los frailes menores. Después regresó a Florencia con toda comodidad.

Tal fue la comisión a Carpi, que me parece un símbolo de toda la vida de Maquiavelo. El cual obtuvo en ella una ganancia diversa de las espléndidas comidas y los gloriosos lechos, porque si no obtuvo ninguna estimación ante quien se le había torpemente encomendado, la obtuvo en cambio en la estimación de la posteridad, por haber sabido, como siempre, hacer buena cara y con sus amenazas sacar partido hasta de esta adversidad de la fortuna.

CAPITULO XIX

NICOLAS MAQUIAVELO, HISTORIADOR.

Maquiavelo se encuentra en su casa de campo escribiendo sus *Historias*. Entre él y la vida que anhela se interponen una vez más aquellos bosques, aquellos olivares, y el olvido indiferente de los hombres. De día hace su vida habitual, la que ha referido a Vettori. Si ya no hay tordos para atrapar, sigue habiendo papafigos para cazar con la red, están los bosques y la hostería; así se consuela un poco de aquel abandono, lamentando las sabrosas pláticas que ha tenido en Módena con Guicciardini y el grato olor de los negocios que había aspirado durante algunos días en compañía de su amigo el gobernador. Después, al oscurecer, su soledad se vuelve a poblar con las sombras de los hombres célebres, y se pasa el tiempo conversando con ellos. Pero ahora se trata de hombres modernos, hombres de Florencia: ya no eran aquellos antiguos romanos que tenían cosas más importantes que referirle y a quienes escuchaba con mayor reverencia. Ahora que se ha convertido en historiógrafo de la República por comisión de un cardenal de la familia de los Médicis, no se siente ya tan libre como cuando seguía libremente su inspiración; y además, siendo escritor de política y filósofo de la historia más bien que historiador, se sentía más en su ambiente cuando se dedicaba a derivar normas de ciencia política de la historia, que cuando la escribía, aunque para él, escribir historia será reducirla a las normas de la ciencia política.

Los titubeos y las preocupaciones habían comenzado desde el principio. Los referentes a la lengua que había de escoger, latina o vulgar, duraron muy poco; y quizá cuando pidió que en el contrato se le dejara carta blanca a este respecto, había ya hecho interiormente su elección. Una historia escrita por él debía ser, no una cosa muerta, envuelta en formas anticuadas, sino viva, escrita en la viva lengua del pueblo cuyas acciones narra. Vinieron después las dudas acerca del término en que había de comenzar. Había pensado

primero en comenzar a partir del año de 1434, en que, con el regreso de Cosme, la casa de Médicis había comenzado a dominar en Florencia;¹ la historia de Leonardo Aretino no había terminado mucho más atrás de aquel punto, y Poggio no había llegado mucho más adelante de él. Lo animaba a este fin la conciencia de hacer una obra más grata a quien gobernaba, y al mismo tiempo más útil para sí mismo; la proximidad de los tiempos, propicia para las investigaciones; el tener al alcance de la mano la documentación que había reunido para los anales que proyectaba desde la feliz época de su Cancillería; y la oportunidad de no volver a andar por el camino que ya habían recorrido sus predecesores. Pero, por otro lado, lo disuadían, el temor de ser tachado de adulador, la consideración de que los otros escritores se habían ocupado muy poco o nada de los sucesos internos de la ciudad, y por último la persuasión de que su obra, tan novedosa y diversa, no podía continuar los historias de sus predecesores y depender de ellas, porque todo ello le quitaría importancia. De manera que decide remontarse hasta los orígenes de la ciudad, compendiando sus sucesos internos hasta 1434 y anteponiéndoles en el primer libro, a manera de introducción, un cuadro de la historia italiana que, a partir de la desintegración del Imperio Romano, venga a reunirse con el término antes mencionado; y así su narración resultará en general más amplia y completa.

Así pues, se pone al trabajo. Desde las primeras palabras de la introducción lo vemos bromear acerca de los famosos volúmenes de Leonardo y de Poggio, "dos historiadores excelentísimos". Da a la historia nuevas formas, unidad y dignidad nueva; tomando un camino diverso de sus antecesores, abandona las costumbres y las tradiciones de la escuela humanística, los confusos anales y las crónicas populares, echando los fundamentos de la historiografía moderna. Al igual que en el *Príncipe* y en los *Discursos*, toma un camino que no había sido recorrido antes por nadie.

Pero él escribe la historia, más que como historiador, como político, y para dar su aportación a la ciencia de la política. Por ello no presta su atención en aquella minuciosa investigación científica de los hechos que hará famosa por muchos otros valores la más verídica historia de Guicciardini; su intención es sacar de los hechos enseñanzas, normas, doctrinas, y a veces no tendrá escrúpulo en acomodar los hechos a las doctrinas. Y así es mejor; porque no es la historia sucinta la que hay que buscar en sus páginas.

Florenxia e Italia entera habían tenido ya diligentes analistas, tendrán más auténticos historiadores, hombres que con toda paciencia extraerán la verdad de fuentes y documentos más discordes que los relojes de Carlos V; pero no habían tenido aún ni volverían a tener un Maquiavelo.

El sabe a dónde quiere llegar, y camina derecho hacia su meta. Y ni siquiera se preocupa de cotejar sus escasas fuentes, Biondo, Villani y Bruni primero, Poggio, Marchionne di Coppo Stefani y Cavalcanti después, escogiendo y siguiendo unas veces ésta y otras aquélla: cosa que no importa mayormente para su fin. A él le basta seguir a una sola según el caso, y al referir los hechos de aquélla, transforma lo que toca, poniendo orden en una materia enredada y confusa, encontrando la conexión de los hechos, aclarándolos con mirada casi de adivino, y dando nueva vida a todo con la fuerza y el esplendor del estilo. Cuando las personas o los hechos dejan indiferente en él al hombre o al político, su narración se vuelve somnolenta, y se desarrolla a tropezones, el mismo estilo pierde calidad y llega a asemejarse al del que le sirve de guía; pero el estilo y el pensamiento se elevarán a una gran altura con unos cuantos golpes de ala cada vez que puede vislumbrar bajo los restos de un Teodorico, o hasta de un Gualterio de Brienne, su mito del príncipe nuevo.²

Con esta manera de escribir la historia, poco trabajo le costaba la búsqueda del material: las fuentes las tenía todas a su disposición allí mismo en el *Albergaccio*. Sabemos que el libro de Biondo se encontraba en casa de Maquiavelo desde 1485; el de Bruni y el de Poggio (estos dos últimos en las traducciones florentinas de Acciaiuoli y de Jacobo Bracciolini), se hallaban impresos por entonces en ediciones recientes y muy divulgadas, y no podían faltar entre los libros de un bibliófilo como su padre. Y, si acaso faltaba entre éstos algún texto de Villani, no habrá sido difícil en aquel tiempo encontrar en Florenxia alguno que comprar o pedir prestado; en cambio, aun en aquel tiempo, deben de haber sido menos comunes los manuscritos de Stefani y de Cavalcanti. Pero, aunque no los necesitaba casi para nada, dedicó alguna diligencia para buscar otras fuentes. Ciertamente pidió prestado, leyó y apostilló de su propio puño un código de la *Crónica florentina* de Pedro Minerbetti, delante del cual escribió el jocoso poseedor el acostumbrado terceto de advertencia, tan usado en ese tiempo, pero acomodándolo al objeto y al mutuario:

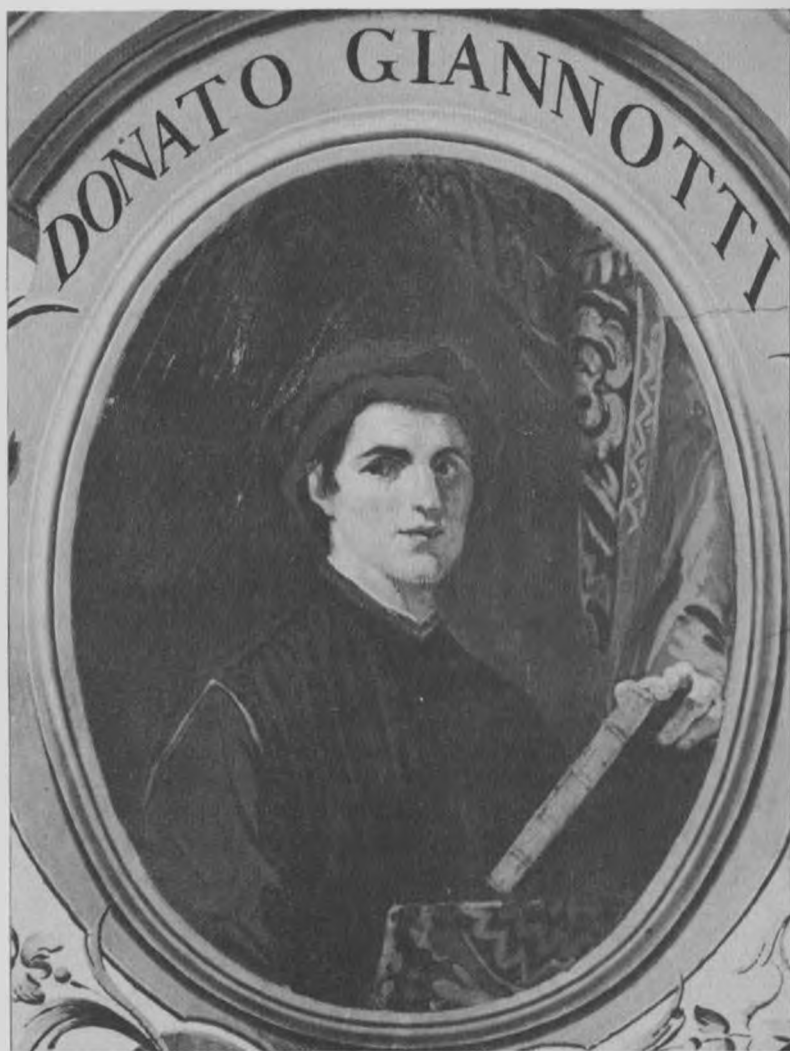
*O Machiavel, che meco ti trastulli,
guarda co' la lucerna non m'azzuffi,
rendimi presto e guarda da' fanciulli.*³

*(Maquiavelo, conmigo te entretienes,
mas cuida que el candil no me encadile
ni me maltrate la legión que tienes).*

De vez en cuando, la necesidad de libros, o el deseo de mujeres y de conversaciones más humanas, le atraían a la ciudad. En agosto de 1521 debe de haber hecho otros viajes, o quizá una breve permanencia, cuando se terminaba de imprimir en la casa de los Giunti el *Arte de la Guerra*, amorosamente corregido por él, como se puede ver en la fe de erratas:⁴ era la primera de sus obras mayores que veía la luz en la imprenta, y no se habrá privado del placer de acariciar con sus manos y con sus ojos los cuadernillos todavía con la tinta fresca, y de dar parte de ello a sus amigos de los Orti.

Estos, no estaban totalmente dispersos por la muerte de Cosme Rucellai; y en aquellas interesantes reuniones olvidaba Maquiavelo las triviales disputas de San Casciano, y se sentía renacer. Allí encontraba a sus viejos amigos que querían saber de él cómo iba el trabajo de las *Historias*, y entre ellos se hallaba un joven de familia del pueblo, pero muy educado y de magnífico ingenio: Donato Giannotti. Hasta entonces era poco lo que se conocía de su producción; entre otras cosas, algunos dísticos latinos impresos en el *Lauretum* en que se honraba a Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, en los que incitaba al "príncipe nuevo" a las virtudes militares.⁵ Pero se dedicaba asiduamente al estudio de los escritores griegos y latinos, y había logrado tan merecido renombre, que acababa de ser elegido maestro de elocuencia y lengua griega en la Escuela pública de Pisa. Por su modestia y por su índole buena y sociable, Maquiavelo le había cobrado estimación, y le dedicaba un singular afecto; como si presintiera que aquel joven, no mucho después, llegaría a ocupar su antiguo puesto en la secretaría de los Diez, tomando a su cargo y perfeccionando su sueño de la milicia de ciudadanos, y que, por último, ocuparía el tercer lugar, después de él y de Guicciardini, entre los escritores de política de su tiempo.⁶

Entre tanto, Maquiavelo confiaba todas sus esperanzas a Giannotti (aunque no sólo a él); le leía algunos párrafos de sus *Historias* a me-



Donato Giannotti, retrato, quizás imaginario, de autor anónimo.

dida que los iba componiendo, y se desahogaba con él. Y la plática volvía siempre a recaer en el doloroso punto de la sinceridad, cuando debía referirse a los Médicis que se la habían encomendado. En resumen, lo que él le decía era esto: "Donato, yo no puedo escribir esta Historia a partir de cuando Cosme tomó el gobierno hasta la

muerte de Lorenzo como la escribiría si me hallara libre bajo todos los aspectos. Referiré las cosas como sucedieron, sin omitir ninguna, y sólo dejaré de mencionar las causas universales de los sucesos. Diré, por ejemplo, todo lo que sucedió cuando Cosme subió al gobierno; pero no diré de qué manera o con qué medios haya llegado a esa altura. Y quien quiera saber también eso, ponga toda su atención en lo que yo haré decir a sus adversarios, porque lo que yo no quiera decir como mío propio, lo haré decir a sus adversarios".⁷

Estas palabras, o algunas semejantes, que Giannotti da testimonio de haber oído varias veces de viva voz de Maquiavelo, fueron dichas indudablemente cuando la composición de las *Historias* no había llegado aún a aquel fatal año de 1434, o cuando más con alguno de aquellos fragmentos con los que el escritor acostumbraba adelantarse como a manera de una prueba de la redacción definitiva. Pero ahora nos resulta muy difícil determinar la cronología del desarrollo de la obra. O yo me engaño, o Maquiavelo, que en la primera redacción de sus obras procedía con rapidez, en contraste con la labor amorosa de pulimento, procedió en la composición de este libro con mayor lentitud que en sus demás obras; quizá porque las investigaciones lo detenían, aunque no tenía demasiada preocupación por ellas, según ya hemos visto, o quizá porque la inspiración no era ahora tan abundante. En efecto, habiendo ocupado para la composición de sus obras mayores, exactamente los "ocios" que se prolongaron a través de todo el último cuarto de su geométrica vida, durante el cual puso por escrito todo lo que había aprendido en su "continua lección" (primera mitad, 29 años) y en su "larga experiencia" (penúltimo cuarto, 14 años y medio), los siete años del último octavo los ocupó casi enteramente en las *Historias*, en tanto que en los siete años del penúltimo había escrito, nada menos que el *Príncipe*, la *Mandrágora*, la *Vida de Castruccio*, los *Discursos* y el *Arte de la Guerra*.

Hasta se podría observar que, viéndolos desde el punto de vista de nuestra época y de los pocos documentos que se han conservado de entonces, los años en que Maquiavelo escribió las *Historias*, especialmente estos primeros, parecen más recogidos y apartados, como si hubiera dedicado toda su atención a su obra. Porque, en efecto, a estos años corresponde una singular laguna en su biografía y en su epistolario; una laguna que, al menos simbólicamente, representa para nosotros el recogimiento y la soledad del escritor, completamente posesionado de la grandeza y de la dificultad de su

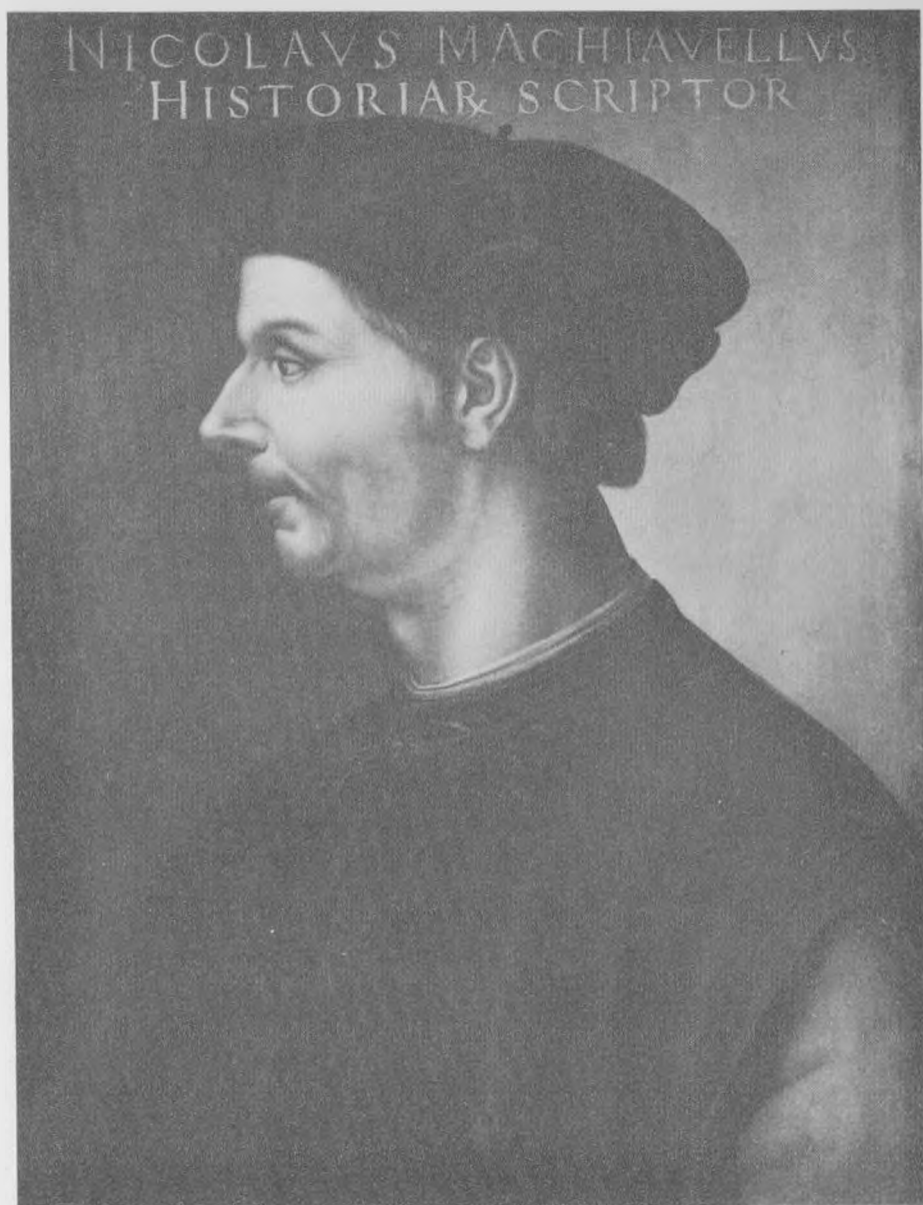


Lámina XII. *Retrato de Maquiavelo, de autor desconocido (s. XVI), en la Galería Doria, Roma.*

obra; aunque el biógrafo sabe muy bien que no es lícito fantasear acerca de una escasez de noticias, que puede depender mucho más sencillamente de una accidental escasez de documentos.

Pero a pesar de hallarse doblemente sumergido en la soledad de los campos y de su estudio, Maquiavelo no pierde el hilo de los acontecimientos que se desarrollan bajo sus ávidas miradas de la enredadísima maraña de la política italiana. Recibe noticias de todo ello cuando se encuentra en la ciudad (y se sabe que se hallaba allí para las fiestas de Navidad de 1521)⁸ en las plazas y en los Orti, él que un tiempo era el encargado de distribuir sus credenciales a los embajadores; y cuando se encuentra en su casa de campo las va recibiendo mientras está sentado delante de la hostería, colocado al paso de la avenida romana, por la cual pasaba tan gran parte de la vida de Europa, o se las mandan sus amigos, quizá alguna vez el mismo Guicciardini, el cual se halla en medio de aquellos acontecimientos no como espectador (dichoso de él), sino como actor.

En aquel tiempo el papa León, gran jugador también en la política, arriesgaba su gran golpe. Habiendo quedado sin aparentes ambiciones domésticas que saciar después de que la fortuna, como escribe Vettori, le había hecho morir a su sobrino, no se sabe bien si intentaba solamente hacer más grande el dominio de la Iglesia, o tenía en la mente alguna empresa de carácter nacional; se llegó también a decir que quería formar un Estado para su primo Julio despojándolo de la púrpura cardenalicia. El hecho fue que, después de haber llevado durante los últimos años un sutilísimo doble juego con el rey Francisco de Francia y el rey Carlos de España, tratando con uno sin que el otro lo supiera, dando después su apoyo a Francisco en la sucesión a la corona imperial; cuando finalmente ésta fue ceñida por Carlos, con un súbito cambio y contra la opinión de todos, se pasó al bando de éste.

Habiendo estrechado un acuerdo con éste el 8 de mayo de 1521, y ratificado el 29 (Maquiavelo ya estaba para entonces de regreso de Carpi), se llegó a las armas; el delegado ante los afortunadísimos ejércitos del Papa y del Emperador era el cardenal de Médicis, y el comisario general Guicciardini. Y una vez más la fortuna sonrió a León. Habiendo sido derrotados en Vauri, sobre el Ada, por los españoles, en la cual ocasión Juan de Médicis el joven hijo de Catalina Sforza, había realizado proezas, los franceses perdieron inmediatamente después Milán. León pudo gozar al principio la ale-

gría de tan gran victoria, pero no sus posteriores frutos, porque se lo impidió una súbita muerte el 1º de diciembre: esta era la burla que le reservaba la fortuna, después de habersele mostrado tan favorable.

Al quedar disuelta la alianza por la muerte del Papa, con el dinero del cual, o sea de la Iglesia, se hacía la guerra, los ejércitos del Emperador se desmembraron. La ciudad de Parma, nuevamente conquistada por la Iglesia junto con Plasencia, fue sin embargo bien defendida por Guicciardini contra los reanimados franceses. El cardenal de Médicis, que había quedado en Lombardía sin ocupación, fue a Roma para el cónclave; donde, aunque no logró promover su elección, logró impedir la del cardenal Soderini, quien abiertamente ambicionaba el papado; y así vinieron a añadirse nuevos resentimientos a los antiguos. Al ser elegido el 9 de enero de 1522 Adriano VI, el piadoso y adusto flamenco que hacía con su predecesor y con la corte romana el más extraño contraste, mientras la Urbe despavorida se despoblaba, el cardenal de Médicis regresó a regir el arzobispado y la República de Florencia.

Maquiavelo debe de haber sentido como una pérdida la muerte de León, aunque hubiera podido decir de él lo que Berni cantará del cardenal Bibbiena:

*che non gli fece mai nè ben nè male,*⁹

(que no le hizo jamás ni bien ni mal),

o más bien mal que bien. Pero quizá el papa León, bienhechor de tantos poetastros y literatos de escasa valía, sin saberlo y sin que nadie por entonces se diera cuenta, también hizo bien al gran Secretario florentino, y esto de dos maneras: encendiendo con sus mudables ambiciones las ilusiones y la ardiente fantasía de aquél; y olvidándolo en una ociosidad desesperada y fecunda. De manera que las letras, que tanto deben a los Médicis por haber sido siempre ayudadas por ellos, mucho más les deben por no haber ayudado a Maquiavelo.

Y sin embargo, éste perdió algo con la muerte de León, al igual que todos los florentinos; por lo menos la esperanza de que algo bueno pudiera llegarles, de una u otra forma, de parte de Roma. Si del cónclave hubiera salido electo Soderini, las esperanzas se hubieran convertido en certezas para el Secretario; porque el *gonfaloniere* depuesto hubiera olvidado más fácilmente la reciente ne-

cesaria indiferencia de él que sus antiguos servicios. En cambio ahora, los Soderini, incluso Pedro, se esforzaban en causar molestias al gobierno de los Médicis; y su antiguo protegido debía exponerse al peligro, con la esperanza de alcanzar la protección de los Médicis. El ambicioso cardenal, de acuerdo con el rey de Francia, estaba preparando en el condado de Siena un ejército al mando de Renzo de Ceri para modificar el gobierno florentino de una manera más rápida y completamente distinta de la que intentaba introducir el cardenal Julio de Médicis.

En efecto, en aquel tiempo, habiendo quedado como único señor de la ciudad, la que gobernaba con bastante comprensión, tratando públicamente con antiguos *piagnoni* y partidarios de la libertad, Médicis se dedicó a pedir pareceres una vez más acerca de la reforma del Estado; lo cual no era sino una manera hábil de examinar los ánimos y de descubrir cuáles eran los humores que corrían por ciertos cerebros de Florencia. Quizá, habiendo quedado truncada aquella rama de su familia sin descendientes legítimos, su intención fue sincera en un principio; pero después, mal aconsejado por sus propios afectos o por las ambiciones de sus partidarios, o exacerbado por los odios de los adversarios, se decidió a engrandecer a dos bastardos de los Médicis: Hipólito, hijo de Juliano, y Alejandro, que se dijo y se dice fue engendrado por el mismo cardenal Julio, aunque por entonces pasaba como hijo de Lorenzo, duque de Urbino.

Pero entre tanto, con aquellas investigaciones, el Cardenal había despertado las ambiciones y excitado las fantasías, y ya no iba a ser fácil detenerlas. Se le presentaban muchas formas de gobierno, y él, arrastrado por su propio juego, pedía parecer a todos. Pidió también el suyo a Maquiavelo, quien desempolvó con pocas variantes la proposición que había hecho a León X, pero dándole directamente, ya que el asunto parecía cosa hecha, la forma de provisión o bando.¹⁰ También presentó la suya Alejandro de Pazzi,¹¹ en la que se decía que la proposición de Maquiavelo era "insólita y extravagante": pero ya para entonces estaría acostumbrado a escuchar éste y otros juicios semejantes. En efecto, en los detalles parecía un tanto artificiosa y poco práctica; pero la sustancia no tenía nada de extravagante, ya que en resumen proponía el retorno al estado popular, dirigido por los Médicis mientras durara la vida del Cardenal, y después sin ninguna limitación.

Y esto decía también en sustancia el bando que se dijo mandó escribir el Cardenal para publicarlo en las calendas de mayo;¹² pero

yo no estoy tan seguro de que las cosas hubieran llegado a tanto. El hecho fue que el 1º de mayo nadie se movió. El día 11, Alejandro de Pazzi publicó una cuidada oración latina en la que exaltaba al Cardenal por haber restituido la libertad a la ciudad; y cuando el autor trató de presentársela personalmente, fue recibido por Schomberg, su hombre de confianza, quien le dijo: "Me agrada mucho vuestra oración, pero no su argumento".¹³ Para dar razones, o pretextos para aumentar los planes de reforma, había intervenido primero la expedición de Renzo de Ceri; después, cuando aquélla fracasó por las providencias tomadas por el gobierno florentino y la falta de ellas en el que la promovía, apareció entonces una conjuración que de ella dependía. El día de Corpus Domini (19 de junio) pensaban asesinar al cardenal de Médicis: lo cual era también una manera expedita para reformar el gobierno.

Encabezaban dicha conjuración los dos más grandes amigos de Maquiavelo, Zanobi Buondelmonti y el poeta Luis Alamanni; tomaban parte en ella otro Luis del mismo nombre, Diacettino y Brucioli, miembros todos del círculo literario que frecuentaban los Orti. El pobre Nicolás tenía motivos para entristecerse, ya que era del dominio público que había sido miembro de la otra conspiración contra los Médicis. Peor aún, su nombre lo iba a dar Buondelmonti a uno de los cómplices, entre los muchos de los ciudadanos a quienes pensaba pedir que participaran en la conjuración. No supo decir después el cómplice cuando fue interrogado, si lo había buscado o no; pero declaró, muy acertadamente, que lo había desaconsejado a Zanobi, diciéndole que siendo Maquiavelo pobre y reconocido como poco amigo de los Médicis, no hubiera podido hacer nada de lo que hacía falta sin despertar sospechas.¹⁴

Por fortuna, en aquellos primeros procesos no se habló de esta intención de Buondelmonti; porque, éste, avisado a tiempo, huyó, y junto con él Luis Alamanni, el poeta. Fueron apresados únicamente el otro Luis Alamanni y Diacettino, los cuales, interrogados y confesos, fueron decapitados el 6 de junio. Y cuando el otro cómplice que acabo de mencionar, llamado Nicolás Martelli, contumaz como Brucioli, como Bautista della Palla y otros conjurados, cayó en 1524 en manos del gobierno de los Médicis y confesó aquellas ocultas intenciones de Buondelmonti, ya corría el año de 1526, y había pasado mucha agua bajo los puentes del Arno.

Igualmente, mucha había pasado bajo los puentes del Tiber. Donde entre tanto el cardenal Soderini, después de haber gozado

de una gran estimación de parte del papa Adriano y con gran despecho del cardenal de Médicis, había sido encerrado en el castillo de Sant'Angelo, a causa de siniestras informaciones traidoramente inventadas por éste. Su hermano Pedro había muerto el 13 de junio de 1522, pocos días después del descubrimiento de la conjuración. La memoria de este buen ciudadano fue condenada públicamente por sentencia de los magistrados a las órdenes de los Médicis; y quedó vacío en la iglesia del Carmine el sepulcro que le había edificado Benito de Rovezzano; y su verdadero epitafio fue para las generaciones posteriores el que le escribió Maquiavelo con amable ironía:

*La notte che morì Pier Soderini
l'alma n'andò de l'Inferno a la bocca;
e Pluto le gridò: Anima sciocca,
che Inferno? va' nel Limbo tra' bambini.*¹⁵

*(La noche que murió Pedro Soderini
se presentó a la puerta del Infierno;
y gritóle Plutón: Ingenuo espíritu,
el Limbo es tu lugar, cual niño tierno).*

Se han escrito demasiadas páginas acerca de estos cuatro versos. Otros espíritus ingenuos se escandalizaron fraternalmente; y hasta hubo quien, para evitar a Maquiavelo la responsabilidad, negó contra toda evidencia que fueran obra suya.¹⁶ Pero si a alguno desagrada ver al ex secretario burlándose del *gonfaloniere* que siempre había demostrado que lo estimaba y quería favorecerlo, ello no es una buena razón para falsificar la verdad y la verdadera índole de Maquiavelo, propenso a las burlas, y que no era famoso por su compasión hacia los héroes caídos, especialmente cuando éstos fueron o malvados como Valentino, o un tanto débiles y dulces como Soderini. En resumen: que el famoso epigrama no es más que una de aquellas famosas y sagaces agudezas que ningún florentino ha dejado escapar en ninguna circunstancia, no importa de quién se trate; y las agudezas no deben ser piadosas o generosas, sino sutiles. Se trata de una broma reducida a los límites de las palabras, en que la burla constituye un fin en sí misma, y como decía el mismo Maquiavelo acerca de su risa, "no pasa al interior". Más acertado que estos modernos que tomaron en serio una broma, es el comentario que en el

siglo XVI hizo Juliano de Ricci, cuando observaba que su tío hablaba en este epitafio en broma y por burla, "como poeta".¹⁷

No tenemos documentos que nos digan cuál haya sido el ánimo de Maquiavelo durante los procesos y después de las ejecuciones que siguieron a la conjuración; pero es fácil imaginárselo, y lo podemos hacer mejor de lo que nos lo puedan referir los documentos. Precisamente en esos días viene a juntarse a los demás, el dolor de la muerte de su hermano Totto, eclesiástico bueno y abnegado, que contaba con la estimación general; para asistirlo en sus últimos momentos vino a Florencia.¹⁸ Pero, no pudiendo ir él personalmente, se contenta con dar instrucciones, ¡y con cuánta preocupación! a quien va en su lugar.¹⁹ Pero estas escapadas a la ciudad le parecen ahora penosas e inútiles, mientras que otras veces le parecían tan dichosas. Habiendo terminado las queridas reuniones de los Orti, que eran de las pocas cosas agradables que habían quedado en su vida, apenado por sus amigos muertos y fugitivos, atemorizado por su inseguridad, se vuelve más agreste que nunca en aquella agreste morada, que una vez le sirvió de destierro y ahora le sirve de refugio. No sólo lo libra este refugio de los peligros de la política, sino también de los de la peste, que ya comienza a hacer cundir por Florencia los primeros horrores y los primeros estragos: el 27 de noviembre hace su segundo y último testamento.²⁰

En este tiempo se esparció por la ciudad la noticia de la captura de Buondelmonti y de Alamanni, que fueron apresados mientras volvían a pasar de Francia a Italia.²¹ El hecho no implica peligro para los desterrados, que serán después puestos en libertad, pero toda cosa que le recuerda los Orti le renueva los temores y los dolores.²² Vuelve a sentir sobre sus carnes la tortura, y en su alma la cárcel que ha padecido bajo la imputación de haber conjurado contra el otro cardenal de Médicis; va pasando revista tristemente a aquellos últimos años que han pasado, a aquel período de su vida "colocado en medio de dos conjuraciones", precisamente como el principio del octavo libro de sus *Historias*, al que iba a llegar a fines de aquel año, o a principios de 1523. Para colmarle la amarga copa, este mismo año aparece el famoso e infame plagio de Agustín Nifo: una ridícula falsificación del *Príncipe*.²³

Entre tanto, al aumentar el contagio de la peste, que durará hasta principios de agosto, Florencia se despoblaba y los ciudadanos se esparcían por los poblados. Pero no por ello se detenía la historia. Continuaba en Lombardía la guerra entre españoles y franceses;

éstos, después de haber perdido Milán, regresaban allí con nuevas fuerzas y nuevos bríos a las órdenes del almirante Bonnivet, para hacer frente a los dos Carlos que servían a Carlos V: Lannoy, virrey de Nápoles, y Borbón, rebelde y traidor del rey de Francia. En este tiempo (el 14 de septiembre de 1523) murió el papa Adriano, en medio de la alegría de los romanos, que se apresuraron a dar las gracias a su médico por medio de coronas y escritos en los que lo saludaban como el salvador de la urbe. Del prolongado cónclave, en que las arduas luchas entre los cardenales viejos y los jóvenes, encabezados éstos por Julio de Médicis y aquéllos por Pompeyo Colonna, hicieron recordar a los literatos las clásicas luchas entre otro Julio y otro Pompeyo, el primero resultó finalmente Papa con el nombre de Clemente VII (el 18 de noviembre). Las conjuraciones traían buena suerte a los cardenales de la casa Médicis.

Habiendo pasado ya los temores, esta elección iba a encender de nuevo las esperanzas de Maquiavelo, siempre propenso a semejantes llamaradas. Su primera idea fue la de presentarse ante el nuevo Pontífice con la obra que le había encomendado siendo cardenal, para recoger el premio por ella. De manera que la obra en la que había venido trabajando hasta entonces con toda calma, y más bien con cierta pereza, se convertía de pronto en un tesoro entre sus manos. Creo que por entonces había llegado bastante adelante con el octavo libro, cuando, estando por tratar de las acciones de Lorenzo, tío del pontífice y verdadero fundador del principado de los Médicis, por la cercanía de la época y la calidad de los acontecimientos, la materia comenzaba a volverse delicada.

El 30 de agosto de 1524, en una respuesta a Guicciardini, que le había dado no sé qué encargos para su finca campestre de Poppiano, después de haberse quejado de que aquel año no había encontrado papafigos (¡una distracción y muchos bocados de menos!), con uno de sus súbitos cambios, seguía con estas palabras: "Me he dedicado, y en ello continúo, a escribir las *Historias* en mi casa de campo, y os pagaría diez monedas, porque es todo lo que puedo daros, porque os hallarais a mi lado y yo os pudiera mostrar en qué punto me encuentro, porque como tengo que llegar a ciertos pasajes delicados, tendría necesidad de saber de vos si es que soy demasiado violento al exaltar o al suprimir algunas cosas; pero yo me iré esforzando e ingeniando con la intención de decir la verdad, pero tratando de no ofender a nadie".²⁴

La muerte de Lorenzo de Médicis le servía magníficamente para

concluir aquel libro octavo y toda aquella parte de la obra que ahora pensaba presentar al Papa. Habiéndola terminado poco después, se dedicó a pulirla toda. Todas las correcciones las hacía, no para decorar el estilo, como acostumbraban por entonces los literatos, sino para desnudarlo; no para añadir flores, sino vigor.²⁵ Trabajaba con el fervor entusiasta de sus grandes horas, cuando lo impulsaba una ilusión. Después, levantando la cabeza de aquellas páginas que acababa de escribir, se ponía a reflexionar en las noticias que le proporcionaban sus amigos, o que iba conociendo a la puerta de la hostería. Seguía con interés las peripecias de la guerra entre los dos grandes rivales en la llanura lombarda, y en la dulce Provenza; lo hacía contener la respiración el peligroso juego del papa Clemente, que estaba pasándose del bando del Emperador al de los franceses, como si quisiera continuar las jugadas de León X, sin contar ni con su ingenio ni con su fortuna. Pensando en estas cosas, Maquiavelo detenía frecuentemente su pluma. Y, para consolarlo de los papafigos, ya comenzaban a chillar los primeros tordos bajo las umbrosas encinas de su bosquecillo, en los fríos amaneceres otoñales.

CAPITULO XX

NICOLAS MAQUIAVELO, HISTORIADOR Y COMICO.

Pero ahora hay algo nuevo, que le alegra un tanto la vida, le estimula las ilusiones y el ingenio, y lo aleja un poco de aquella diaria rutina. ¡Y es algo más que los tordos! Se ha rejuvenecido, va con más frecuencia a la ciudad, y se detiene allí más de buena gana. Los Orti han quedado cerrados para siempre, pero ahora se le abre otro huerto: el de Jacobo Fornaciaio, fuera de la puerta de San Frediano.¹ Allí no hay afluencia de literatos ni de filósofos, ni se dejan escuchar doctas conversaciones; pero en compensación, se hacen banquetes y los manjares son reales, no intelectuales. Fornaciaio es un plebeyo rico, pero su casa no es esquivada por los nobles; porque, especialmente en Florencia, los prejuicios disminuyen cuando hay buenos bocadillos. Los cuales, además de las bromas de Carpi, serían por sí solos un atractivo para el goloso Maquiavelo.² Y además, allí encuentra a Bárbara.

Es ésta una joven cantarina, toda gracia. Maquiavelo busca su compañía, y sus amigos se han dado cuenta de ello desde hace tiempo. La primera alusión a ello se encuentra en una carta que Vettori, habiendo ido con una gran representación a rendir homenaje al nuevo Papa, escribió a Francisco del Nero el 5 de febrero de 1524: "Recuérdame con Nicolás Maquiavelo y dile que yo creo que es mucho mejor cenar de vez en cuando con la Bárbara a expensas de Fornaciaio, que tener que estar aquí a la hora de la cena esperando frente a una puerta, la cual todavía después de mucho esperar, no se ha abierto".³

Y en realidad Maquiavelo ha quedado prendado más de lo que se imaginaban sus amigos, y hasta él mismo. Bárbara sería quizá una mujer fácil, pero a él, pobre "príncipe nuevo" fracasado, le proporcionaba durante algunas horas cierta ilusión de conquista y de dominio: era un poeta y sabía hacer surgir las ilusiones; era un infeliz, y había aprendido el arte de prolongarlas y de nutrirse con

ellas. Un pequeño amor, ora alentador, ora doloroso, como puede serlo a los cincuenta y seis años; una pequeña hoguera, ora ardiente, ora a punto de extinguirse a causa de la diversa índole de él y de la calidad de la mujer. Esta, aunque aquel amante entrado en años no era rico sino en ingenio, se mostraba cariñosa con él, aunque también a veces amorosamente se burlaba de él. Le complacía su buen humor, le lisonjeaba su ingenio: la grandeza a veces aleja, pero otras aun en las cosas pequeñas se trasluce y atrae. Por lo demás, debe de haber existido entre los dos algo que no era vulgar, cuando en 1544 podía pedir Bárbara a Lorenzo Ridolfi "por el amor que guardó para con la querida memoria de Nicolás Maquiavelo" que la ayudase en ciertos litigios en que estaba enredada, a pesar de que habían pasado diecisiete años después de la muerte de éste.⁴

El corazón humano es una maraña, pero no es tan difícil de entender. Nicolás amaba a su buena Marietta, la cariñosa esposa, la laboriosa ama de casa, la madre de sus queridos hijos. Pero estas cosas, que no siempre bastaban a todo hijo de vecino, mal podían bastar a un Maquiavelo. Aquella casa de campo, aquellos bosques y aquella pajarera le eran aún más queridos, y sin embargo, no le bastaban. Su querida y modesta Marietta era también algo parecido a aquella casa de campo, a aquellos bosques y a aquella pajarera.

Por ello frecuentaba lo más que podía las cenas de Fornaciaio, para poder encontrar a Bárbara. En aquellas cenas y en aquella compañía nació, sin duda alguna, la *Clizia*. La compañía de la *Cazzuola* había hecho representar hacía poco la *Mandrágora* en casa de Bernardino de Giordano que estaba junto a Monteloro; en la cual Andrea del Sarto y Aristóteles de San Gallo habían pintado los escenarios.⁵ Fornaciaio tuvo deseos de emular esta magnificencia con otra fiesta que quería hacer el 13 de enero de 1525 para celebrar cierto acontecimiento;⁶ pero cuando se habló de repetir la *Mandrágora*, Maquiavelo, ya fuera que se le hubiera excitado o no, con el fin de complacer a su dadivoso huésped, quizá para complacer a Bárbara, ofreció presentar una comedia nueva.

Se puso inmediatamente al trabajo, porque el día de la fiesta se aproximaba y el tiempo apremiaba. Habiéndose comprometido sin haber escrito un solo renglón, ni tener una idea de lo que debía escribir, no le quedaba esta vez más que beber, como lo hacían todos, en la fuente de los cómicos antiguos. De manera que tomó por modelo la *Casina* (el Casino) de Plauto, y creo que la elección no fue hecha al azar. Estando acostumbrado a burlarse de todo y de todos,

comenzando por sí mismo, decidió burlarse en aquella comedia de sus propios amores.⁷ Porque, aunque él no tenía la edad de Estalínon, que él convirtió en el florentino Nicómaco (jironía del nombre! en el cual dos sílabas corresponden a su nombre y dos a su apellido), en algunas cartas y en algunos versos dirigidos a Bárbara, se complacía en bromear con cierta melancolía a propósito de este tardo enamoramiento suyo:

*Nè doler mi poss'io
di voi, ma di me stesso,
poich'i'veggo e confesso
come tanta beltade
ama più verde etade.⁸*

*(Yo no puedo quejarme
de vos, más de mí mismo,
pues comprendo y estimo
que tan grande beldad
busca más tierna edad).*

Los cuales versos reaparecen con diverso metro, pero con palabras muy semejantes en una canción de la comedia:

*Si che, o vecchi amorosi, el meglio fora
lasciar l'impresa a' giovanetti ardenti.⁹*

*(Enamorados viejos, mejor fuera
dejar la empresa a ardientes jovencuelos).*

Esta génesis de la obra, en la que nunca habían pensado los demás biógrafos ni los historiadores de la literatura, explica fácilmente la gran diferencia de valor artístico que se encuentra entre la *Mandrágora* y la *Clizia*, hasta ahora inexplicable: aquélla había brotado de una fresca inspiración; ésta, en cambio, fue compuesta de una manera reflexiva, quizá compitiendo con el calendario, con ocasión de la fiesta que proyectaba Fornaciaio. Caen así también las hipótesis de un díptico ideado con intenciones moralizantes.¹⁰

Este fue el origen de *Clizia*. Fue realizada a toda prisa, (ya me lo imagino) en muy poco tiempo, unas veces traduciendo directamente de Plauto, otras imitándolo libremente según el uso de la épo-

ca, y otras inventando y renovando; pero lo que tiene de realmente nuevo y fresco es el estilo, son las agudezas florentinas que superan a veces a las del cómico antiguo, aunque no sostienen la comparación con las de *Mandrágora*: una nueva prueba de que fue escrita de prisa, dejando muy poco lugar a la inspiración. Quizá Maquiavelo dejó a un lado la *Historia* por algunas semanas; tal vez trabajó en ambas obras al mismo tiempo, continuando la comedia cuando estaba fastidiado de la historia, y casi para refrescarse.

Llegó la noche de la representación. Fornaciaio había ordenado un espléndido convite, "al cual asistieron todos los principales de la ciudad y los más sobresalientes en el gobierno de entonces",¹¹ comenzando por el joven Hipólito de Médicis, que desde hacía unos meses había sido enviado por el Papa a ocupar el primer puesto en la República; pero además de ellos, fueron invitados ciudadanos de la clase media, y por último, el pueblo bajo. Siguió después la representación de la comedia, "cuya fama había despertado en todos el deseo de verla";¹² en esta ocasión, la perspectiva y los escenarios fueron pintados por Bastiano da San Gallo, y el resultado del conjunto fue, tal y como nos lo cuenta Vasari, "muy del agrado de todos".¹³

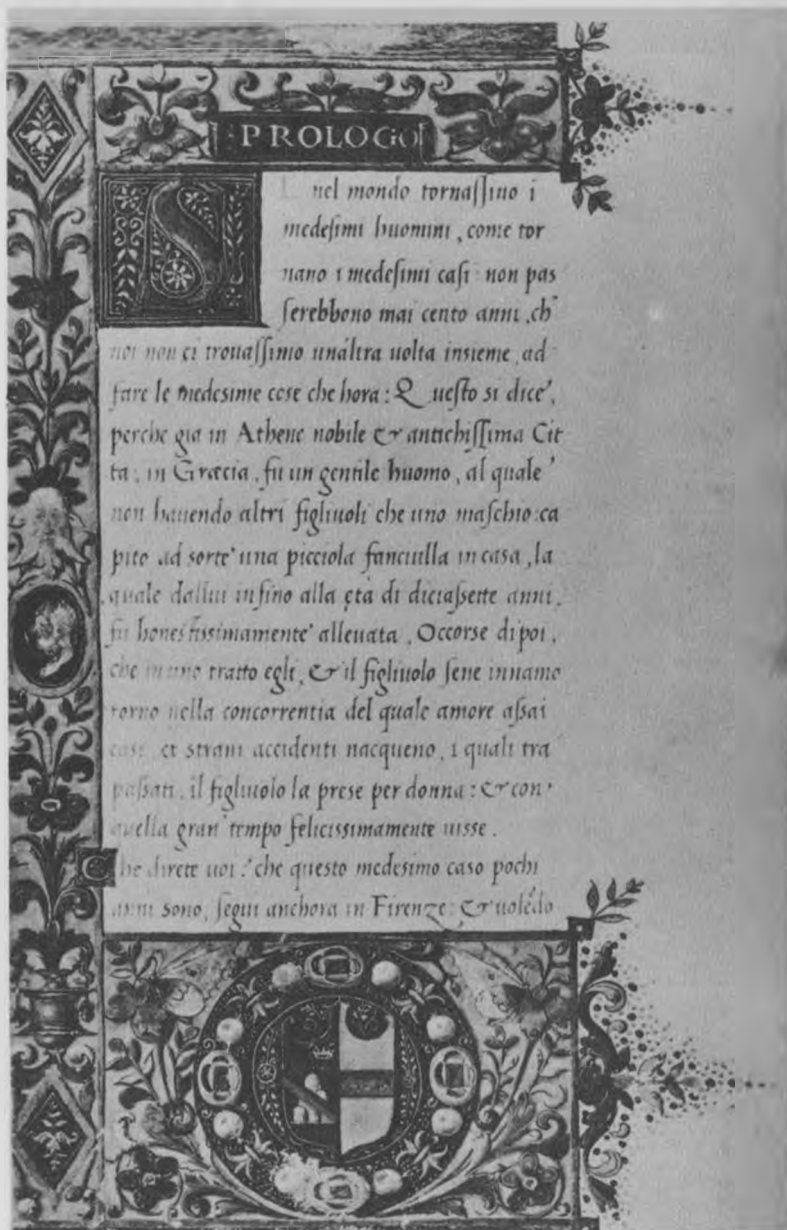
La fiesta despertó grandes comentarios, y los despertó la comedia favorecida por la suntuosidad de la fiesta; y los rumores corrieron hasta fuera de Florencia, si bien no hay que tomar al pie de la letra las amplificaciones de Felipe de Nerli, que escribió a Maquiavelo el 22 de febrero de 1525 desde Módena, donde era gobernador: "La fama de vuestra comedia ha volado por todas partes, y no creáis que yo lo haya sabido por cartas de los amigos, sino que lo he oído de boca de los caminantes que por todo el camino van pregonando las gloriosas pompas y el magnífico espectáculo¹⁴ dado en la puerta de San Frediano. Estoy seguro de que es tan grande la magnificencia de la realidad, que por ello no ha podido permanecer dentro de los límites de la Toscana y atravesará también más allá de las montañas . . ." ¹⁵ Hubo quien por prurito moralizante, o por hipocresía, o por hastío, se escandalizó de *Clizia* y de su autor, entre los cuales se cuenta precisamente el mismo Nerli que, pocos días después de haber escrito esta exagerada felicitación, se quejó acremente con Francisco del Nero por el comportamiento de Maquiavelo, achacándole el frecuentar a Bárbara y el haber hecho "una comedia que incluye atrevidos incidentes". Concluía su filípica exhortando a Del Nero a poner remedio a la situación, aunque "sin mencionárselo a

él para nada"; y siendo éste el cuñado de Nicolás, era una manera demasiado hipócrita de acarrearle dificultades.¹⁶

Por esos días Maquiavelo, habiendo terminado de pulir sus *Historias*, y teniendo deseos de ir a presentarla, había recomendado a su amigo Vettori, que regresaba a Roma poco después de la representación de *Clizia*, observara los humores que hubiera por la ciudad. Pero el Papa, que sin embargo debía de estar ocupado por aquellos días en pensamientos muy diversos, apenas vio a Vettori, *motu proprio* (espontáneamente), le preguntó por Maquiavelo y si ya había terminado el libro. Respondióle Vettori que la obra había llegado hasta la época de la muerte de Lorenzo, que él ya había leído una parte y le parecía satisfactoria, y habiendo añadido que el autor ya hubiera ido a presentarla para entonces si él mismo no lo hubiera disuadido a causa de los tiempos que corrían; entonces el Papa le contestó con estas palabras: "¡Pues ya debía haber venido! Y yo supongo que sus libros tendrán aceptación y serán leídos con gusto".¹⁷

Pero Vettori, ya fuera por desconfianza o por apatía, de la misma manera que en los tiempos del papa León, se apresuró a enfriar las esperanzas de Maquiavelo; y al referirle el 8 de marzo las palabras del Papa, quitó todo su vigor al texto con el comentario, diciéndole que no se decidía a aconsejarle si era conveniente que trajera el libro o no, "porque los tiempos no son propicios para lecturas y favores"; y añadía: "yo no quisiera que tomarais confianza para venir y después os encontrarais con las manos vacías; lo cual podría suceder, dado el estado de ánimo en que se encuentra el Papa". Y esto mismo escribía poco después a Francisco del Nero.¹⁸

Era cierto que los tiempos no eran propicios para lecturas y favores. Pocos días antes, el 24 de febrero, el ejército imperial había derrotado en Pavía al del rey de Francia, con el cual el Papa había finalmente firmado ciertos pactos que a los ojos de los imperiales tenían sabor de confederación; el Rey mismo había sido hecho prisionero. Italia se hallaba bajo la amenaza de la enorme potencia de los españoles; Clemente se encontraba carente de dinero y desprovisto de fuerzas, a discreción del vencedor. Entonces se apresuró a tratar una alianza con él, que fue firmada el primero de abril, continuando así la ondulante política que en León era astucia y en él timidez e irresolución. En fuerza de esta capitulación, el Papa y el Emperador se obligaban juntamente a defender el ducado de Milán, que regía Francisco Sforza "bajo la sombra del César"; y el Emperador a defender las tierras de la Iglesia (incluso Reggio, que, según



Página del código de la comedia "Clizia" regalado por Maquiavelo a Lorenzo Ridolfi. Biblioteca de Colcester.

el pacto, haría que se la restituyera el duque de Ferrara), el Estado de los florentinos y el predominio que en él tenía la Casa de Médicis. Según la misma capitulación, los florentinos debían *more solito* (de la manera acostumbrada) sufragar los gastos de todo, es decir, de la protección que se diera no sólo al estado eclesiástico, sino también al predominio de los Médicis, pagando al César cien mil ducados. Así las cosas, no es de admirar que con motivo de esta confederación se hayan hecho en Florencia muchas fiestas con muy poco regocijo.

E igualmente duró muy poco la alegría del Papa por un acuerdo que hubiera debido tranquilizarlo a expensas de la tranquilidad de toda Italia. Habiéndole ratificado el César la capitulación que había hecho en su nombre el Virrey, no llegaba, sin embargo, la ratificación de los capítulos adjuntos, entre los que se contaba el referente a Reggio; y continuamente se observaban indicios de la mala disposición que el Emperador le tenía. En medio de estas preocupaciones, el Papa decidió enviar como emisario suyo ante la corte de Madrid, donde se hallaba por ese tiempo el eje de la política europea, al cardenal Salviati su sobrino. Entonces se habló de enviar con él a Nicolás de Maquiavelo.

Este había demostrado ser muy adicto al Cardenal, que había sido el primero en recibir en Roma su *Arte de la Guerra*¹⁹ impreso; y el Cardenal le había dado muestras de estimar su ingenio más que el de otro alguno en ese tiempo. Pero quien hacía y deshacía en la corte de monseñor era su padre Jacobo, gran anciano y gran ciudadano; y no siempre bastaba la púrpura para librarle de las reprimendas de su padre. De manera que fue Jacobo el que, al escribir a su hijo el 3 de mayo, le propuso el nombre de Maquiavelo,²⁰ y el día 13 insistía: "Para el cargo de secretario con el que puedas tratar todas tus dudas, Nicolás Maquiavelo me agradaría más que ningún otro. He hablado de ello con nuestro señor y ha quedado indeciso; trataré de hacerlo decidir".²¹

¡No andaba desacertado el gran anciano! y nótese que con respecto a las costumbres era rigidísimo, al mismo tiempo que un áspero censor de la corte de su hijo;²² y esto nos demuestra que la fama de Nicolás no era a este respecto tan mala como algunos han imaginado, o que Jacobo sabía atenerse más bien a los hechos que a las hablillas. Pero el Papa acabó por terminar negativamente su irresolución; la cual no se sabe si hay que imputar a sus ideas políticas, o a sus costumbres, o al deseo de servirse de él para algún otro



Lámina XIII. *Martirio de Savonarola.* Foto Alinari.

negocio. Lo único que se sabe es que el 17 de mayo Jacobo escribía a su hijo: "Por ahora hay que prescindir de Nicolás Maquiavelo, porque he visto que no acaba de decidir el Papa la cuestión";²³ y el 24: "de manera que no hablaremos más de Nicolás Maquiavelo".²⁴ ¡Es de lamentar! Con tal secretario, la delegación hubiera tenido mucha mayor importancia; ¿y quién puede imaginarse lo que hubiera aprovechado a Maquiavelo aquella nueva experiencia?

Habiendo declinado estos proyectos ibéricos, de los cuales quizá no recibió informes sino ya cuando las cosas estaban hechas, o mejor dicho, deshechas, Maquiavelo se dispuso finalmente a encaminarse a Roma para presentar al Papa sus *Historias*. Partió en los últimos días de aquel mes de mayo.²⁵ No nos queda recuerdo de la acogida que le haya hecho el Papa; pero se sabe que fue entusiasta por un donativo de ciento veinte ducados de oro que Clemente mandó se le pagara el 9 de junio de su caja particular.²⁶ Lo que sí se sabe es que llevó a Roma no sólo su libro, sino también una idea; con la cual, y con su habitual ardor, logró entusiasmar por algunos días aquel frío temperamento del Papa.²⁷ Este pedía a todos medicinas para los males de su política, que ya estaba enfistulada, hallándose del todo irresoluto a discreción de un vencedor resolutísimo, desprovisto de soldados por avaricia, y carente de dinero por no haber querido decidirse a vender dignidades y beneficios como lo había hecho León; en resumen: que no acababa de decidirse, por no volverse un mal Papa, a ser un buen príncipe temporal.

Pero Maquiavelo ya tenía listo el remedio: la ordenanza, la milicia nacional; ¡esta era su gran idea, su antigua bandera! El Sumo Pontífice y sus consejeros, Salviati, Sadoletto, y hasta el adusto Schomberg quedaron persuadidos y conquistados por él. ¡Armar a los súbditos de la Romaña! Así pues, fue enviado Maquiavelo con un caluroso breve del Papa redactado por Sadoletto ante el presidente de la Romaña, su amigo Francisco Guicciardini que residía por entonces en Faenza. El breve decía en resumen: para perturbaciones extraordinarias, extraordinarios remedios; así que el Presidente escuchara con atención lo que le iba a exponer Nicolás Maquiavelo y refiriera inmediatamente su parecer. *Res magna est* (la cosa es grande), continuaba textualmente, "y de ella depende la salvación tanto del estado de la Iglesia como de toda Italia y casi de toda la Cristiandad".²⁸ Faltaba ahora ver si tanto entusiasmo, añadido al que el portador pusiera por su cuenta, lograba calentar la frialdad del Presidente o si iba ser helado por ésta.

Guicciardini fue avisado anticipadamente acerca de la venida de Maquiavelo y de las razones de su viaje por su agente César Colombo, a quien él mantenía en la corte de Roma. Al responderle el 16 de junio, propuso inmediatamente la pregunta que se le presentó primero a su mente lúcida y práctica: "Preguntad de mi parte qué fin se propone el Papa con esto; porque si lo propone como un remedio para los peligros presentes, es una provisión que ya no hay tiempo de llevar a cabo".²⁹ Maquiavelo miraba a lo lejos, y Guicciardini cerca; el Papa, como de ordinario, no acabaría de decidirse a ver ni lejos ni cerca.

Poco después del aviso llegó Maquiavelo a Faenza, habiendo partido de Roma el 10 u 11 de junio, ardiendo en nuevo entusiasmo; sin esperar a que maduraran ciertas semillas que él había sembrado para ver si podía obtener un aumento en su provisión por las *Historias*.³⁰ El día 21 escribía Guicciardini a su agente que el enviado del Papa había llegado y le había expuesto su comisión. En esta primera carta no pudo negar la grandeza y la nobleza de la idea, "la cual, si fuera posible llevar a cabo, no hay duda de que sería una de las empresas más útiles y dignas de alabanza de cuantas Su Beatitud ha realizado". Pero al pasar a la realización práctica, se apresuró a templar con su cauto y frío realismo el generoso idealismo de su amigo. Así que, haciendo a un lado el bien que de ello se seguiría, "porque es evidentísimo", y después de advertir que a él "no le resultaba difícil ni peligroso el poner las armas en manos del pueblo", si el pueblo fuera de distinto carácter, pasaba a enumerar las razones que se oponían a ello: los inveterados odios privados y políticos que dividían aquella provincia; la falta de inclinación de aquellos súbditos hacia la Iglesia, en tanto que el plan de Maquiavelo tenía por presupuesto el amor de los pueblos; el hecho de que los gastos no se podrían cubrir, como proyectaba el Papa, con el dinero de aquellas agotadas comunidades. Y protestaba que no describía aquellas dificultades para disuadir a Su Santidad, sino únicamente a fin de que pudiera considerarlas, y una vez consideradas, o desistir o afrontarlas "con todos aquellos medios que amerita una empresa que ha parecido a Su Santidad capaz de traerle algún día mayor gloria y grandeza".³¹

Estas mismas razones, con ligeras variantes en las palabras, volviólas a escribir Guicciardini a su agente el 23 de junio en una carta muy bien redactada, con el fin de que se mostrara al Papa. Y en una instrucción que enviaba aparte, le añadía: "Observad particular-

mente lo más que podáis sus gestos y sus palabras, y dadme noticia de todo ello".³² Lo mismo haría después con Schomberg y con Salviati. Maquiavelo escribió otra carta (que hoy está perdida) a Sadoletto al día siguiente *pro domo sua* (defendiendo su causa), la cual también fue mostrada al Pontífice.³³ En ella se reflejaba el sonido de la otra campana.

Hecho esto, comenzaron las habituales irresoluciones y tergiversaciones de Clemente, ridiculizadas en el famoso soneto de Berni.³⁴ Y comenzó en Faenza la espera de Guicciardini y de Maquiavelo, ansiosa por motivos opuestos. No sabemos hasta qué punto haya quedado persuadido éste con las argumentaciones prácticas de su amigo, pero en este caso deben de haberle parecido verdaderas, y sin duda alguna, capaces de hacerle perder la partida ante aquel tímido Papa. Entre tanto él, que ya estaba más que acostumbrado a las contrariedades y a la incomprensión, se consolaba con las pláticas, con las espléndidas comidas y los gloriosos lechos que le proporcionaba su amigo el presidente.

El día 8 de julio, no habiendo sabido nada acerca de las deliberaciones papales, Guicciardini recordaba a su agente que estaba en espera de una respuesta.³⁵ Y el día 12 insistía, solicitando "la resolución para Maquiavelo; ya que como no la hemos recibido todavía hasta la fecha, la habéis de pedir a Sadoletto, porque él ya no tiene qué hacer aquí".³⁶ Pero Sadoletto ya había escrito a Maquiavelo desde el día 6 cuando había mostrado al Papa su carta y la de Guicciardini; la respuesta había sido "que todavía hacía falta tiempo para pensarlo mejor". Y habiéndole preguntado de nuevo otro día, nuevamente le había respondido que había que pensarlo, y que entre tanto Maquiavelo esperara en Faenza.³⁷

Efectivamente, esperó ahí hasta el día 26, y después, juzgando que ya había esperado bastante, regresó a Florencia "para arreglar ciertos asuntos personales"; así lo notificó Guicciardini a Colombo, ordenándole dar noticia de ello al Papa y añadir que no tenía ninguna importancia que él se encontrara ahí o en otra parte, "porque en cualquier momento que reciba una orden de Su Santidad, estará en breve tiempo en el lugar deseado".³⁸ Efectivamente, Maquiavelo había comprendido la resolución, es decir, la final irresolución del Papa, antes que el Papa mismo.

Todos los biógrafos hablan de su gran amargura por la nueva desilusión sufrida.³⁹ Es muy posible que haya sentido esta desilusión en el fondo del alma, pero no se ha conservado ni una sola palabra

suya referente a ello. Por lo demás, como he dicho, ni siquiera sabemos si él estaba de acuerdo aunque fuera sólo en parte con las dificultades particulares que le había expuesto el talento práctico de Guicciardini. Además, y esto debía de darle ánimos, éste no negaba la bondad de la idea, sino sólo la oportunidad de aplicarla en aquel tiempo a los súbditos de un estado como el de la Iglesia, especialmente en aquella provincia.

Y además, aunque haya tenido amarguras, él sabía la manera de ahogarlas. Y no hablo de los honestos y cordiales entretenimientos que le ofrecía Guicciardini, quien no fue del todo frío con él como pretenden los biógrafos; más aún, después de esta prolongada permanencia en Faenza, quizá bajo el mismo techo del presidente,⁴⁰ las relaciones entre los dos hombres se volvieron más calurosas y estrechas, tanto que el tranquilo presidente se rebeló en una carta ante el título de ilustre que le había dado su amigo, amenazándolo con pagarle en la misma moneda.⁴¹ Hablo más bien de otros entretenimientos no sé qué tan honestos que le ofrecía cierta "honesta cortesana". Por ello le escribía Guicciardini el 2 de julio, bromeando: "Después de vuestra partida, la Maliscotta ha hablado de vos muy cariñosamente, alabando vuestra cortesía y vuestras diversiones; por lo cual me regocijo mucho, ya que deseo para vos todo lo más agradable".⁴² Sobre la misma cuerda, Maquiavelo le contestaba en una carta del 3 de agosto: "He recibido vuestra carta, en la que me hacéis saber el favor que me dispensaba la Maliscotta: de lo cual yo me glorio más de que de cualquiera otra cosa en el mundo".⁴³

Y ahora vuelven a menudear las cartas entre los dos grandes políticos. Durante su permanencia en Faenza, Maquiavelo había prometido a su amigo visitar una posesión que había comprado sin conocerla, por medio de procurador, así como otra que pensaba comprar, y darle razón de ellas. Las visitó, y el 3 de agosto rindió su informe, demostrando que poseía ya bastante experiencia en asuntos del campo, después de haber vivido en San Casciano: "*Rem omnem a Finochieto ordiar.* (Comenzaré hablando de la quinta de Finocchieto). Y lo primero que os he de decir es esto, que en tres millas a la redonda no hay cosa que agrade: el desierto de Arabia es exactamente así. La casa no se puede llamar mala, pero yo no la llamaría buena, porque carece de las comodidades que se requieren; las habitaciones son pequeñas y las ventanas están altas; el fondo de una torre es exactamente así. Tiene trazado por delante

un pequeño prado; todas las salidas van hacia abajo, excepto una que tiene aproximadamente cien brazas de llano; y además de esto, se halla enterrada de tal manera entre los montes, que la vista más amplia no pasa de una media milla . . ." Le aconseja que la venda, pero antes, ya sea que la venda o que la conserve, le haga algunas mejoras: "Estas mejoras os servirán para una de dos cosas: la primera, que si la queréis vender, quien la venga a ver verá algo que le agrade y quizá le vengan deseos de hablar de compra; porque, si la conserváis así . . ., yo no creo posible que la podáis vender si no es a uno que no la venga a ver, como hicisteis vos. Y si la queréis conservar, estas mejoras os permitirán almacenar en ella más vinos, ya que aquí son buenos; y os servirán para no moriros de dolor cuando vengáis a verla . . ."44

En esta descripción campea una burla que irritó y quizá ofendió al huraño Guicciardini; el cual le hizo la réplica al contestarle, poniéndose a moralizar burlescamente, haciendo hablar en primera persona a la misma quinta de Finocchieto: ésta, o más bien su ninfa rústica, atribuía el juicio condenatorio de Maquiavelo a la costumbre que él tenía de tratar con mujeres fáciles, que se esmeraban en complacer a cualquiera, y no podía apreciar la austera honestidad de quien sólo quería complacer a su amo. No debía detenerse en las apariencias, sino más bien buscar la sustancia: "y de esto —continuaba— ya debía haberte advertido tu Bárbara, la cual, a pesar de que su nombre denota crueldad y fiereza, ha reunido en sí, y en esto cito un dicho tuyo, tanta gentileza y tanta piedad, que alcanzarían para toda una ciudad".45

La Bárbara; este era su modo de olvidar el olvido en que lo tenían los hombres, las indecisiones del Papa, y el infortunio y la vergüenza que no le daban punto de reposo. Porque la Bárbara y su amargo amor eran ahora más que nunca el pasatiempo que Maquiavelo tenía en la ciudad. Ya era proverbial entre sus amigos; tanto que, cuando, en aquel mes de agosto, los miembros del ayuntamiento declararon finalmente que ya era hábil para los cargos públicos (¿quién sabe si se le volvería a ver en Palacio, no ya como secretario, sino como prior o *gonfaloniere*?), Felipe de Nerli, el de siempre, le escribió maliciosamente que tanta benevolencia se hallaba precedida de favores que le venían "desde Berbería".46

Por lo demás, parecía que la fortuna comenzaba a hacer las paces con él. En ese tiempo la semilla que él había sembrado durante su

viaje a Roma a fin de obtener un aumento en su provisión por las *Historias*, había germinado, y estaba próxima a dar sus frutos. Ya desde fines del pasado julio, Francisco del Nero le escribía que Felipe Strozzi había recibido buenas esperanzas de parte del Papa:⁴⁷ en efecto, poco después, los oficiales de la Escuela pública recibirán la orden de que "cuando se le daban a Maquiavelo cien florines de estudio, ahora se le han de dar cien ducados de oro",⁴⁸ es decir, cien florines reales y no imaginarios. Con eso, su provisión quedaba duplicada.⁴⁹

El 19 de agosto, los proveedores de Levante lo enviaron a Venecia con motivo de no sé qué vejaciones hechas a ciertos mercaderes florentinos por un veneciano.⁵⁰ Era una pobre comisión, pero todo le resultaba bueno y grato con tal de olvidar su abandono, viendo y escuchando "a diversas clases de hombres". Era también una buena ocasión para detenerse, de paso, en casa de su amigo el Presidente, volver a ver a sus amigos, como le había escrito, y hablar con ellos acerca de aquella política italiana cada vez más desesperada. Mientras tanto, le enviaba la receta de ciertas píldoras digestivas y purgantes, que lo habían "resucitado", o por lo menos ayudado a digerir muchos bocados amargos.⁵¹

Así que partió, y trató los asuntos que se le habían encomendado; y también habló de política con el Nuncio papal en Venecia, el obispo Luis Canossa, para quien llevaba una recomendación de su amigo Vettori.⁵² No sé yo qué otras cosas haya hecho: se llegó a decir que ganó un premio en la lotería; pero ciertamente no habrán sido los dos o tres mil ducados de que hablaba, con las pesadas bromas que acostumbraba, Felipe de Nerli. Empezó el regreso el 16 de septiembre; ⁵³y si es que se detuvo algunos días en casa de su amigo el Presidente, no regresó a Florencia sino hacia el fin del mes. Y una vez en ésta, continuó aquel asiduo carteo.

Ahora se habla acerca de *Mandrágora*. Ya en su carta del 12 de agosto, hoy perdida, Guicciardini, a quien su amigo debe de haber llevado o enviado algún ejemplar impreso de la comedia, se la había alabado grandemente, manifestándole su propósito de hacerla representar en Faenza. A lo que le contestaba Maquiavelo: "Me complace saber que *messer* Nicia os agrada, y si la queréis hacer representar en este carnaval, nosotros iremos a ayudaros".⁵⁴ Con fecha probablemente del 13 de octubre, Guicciardini le volvía a escribir para pedir explicación, siendo un florentino, de ciertas agudezas y proverbios florentinos de la comedia; a cuya carta respondía Maquiavelo

con otra que es todo un tesoro: "En realidad, yo he tenido que hojear, como fray Timoteo, muchos libros para encontrar el fundamento de este rastrillo; y finalmente he encontrado en Burchiello un texto que sirve muy bien para mi propósito, en un soneto en que dice:

*Temendo che lo Imperio non passasse
si mandò imbasciator un paiol d'accia . . .
Ma l'erpice di Fiesole vi trasse . . .*

*(Atendiendo al provecho del Imperio,
se nombró embajador a una caldera . . .
Pero el rastrillo protestó muy serio . . .)*

Este soneto me parece muy misterioso, y creo, para quien lo considere bien, que hace alusión a nuestros tiempos. Sólo se halla esta diferencia, que entonces se envió una palada de madejas, y ahora estas madejas se han convertido en macarrones, de manera que tengo la impresión de que los tiempos cambian, pero nosotros somos siempre los mismos . . . Burchiello habla del rastrillo de Fiéssole como de lo más antiguo que existe en Toscana, porque los fiesolanos, según dice Livio en su segunda *Década*, fueron los primeros que utilizaron este instrumento. Y una vez que un campesino aplanaba la tierra, un sapo que no estaba acostumbrado a ver tanta actividad, mientras se hallaba en suspenso tratando de ver la razón, sintió que le caía encima el rastrillo, el cual le raspó tan fuertemente la espalda, que tuvo que protegérsela con las patas por dos veces, y no soportando más el peligro de una nueva rozadura, le gritó: *¡Ya no vuelvas!* Lo cual dio ocasión al proverbio que dice, cuando se quiere que alguien no regrese: *Como le dijo el sapo al rastrillo.*⁵⁶

Aquí hay que notar la burlona erudición (¡hasta especificar la segunda *Década* de Livio!), el agudo tono de presunción, y la ironía con que alude a la política papal para con el Emperador; aludiendo con la palada de macarrones a aquel cardenal Salviati que no había podido llevar a tan competente secretario en su delegación: en la cual, anota Guicciardini en su *Historia*, no fue ni más activo ni más constante de lo que había sido su amo⁵⁶; es decir, el papa Clemente. El epistolario de Maquiavelo, como se ha escrito recientemente, es una obra maestra en todas sus partes;⁵⁷ pero en estas últimas cartas a Guicciardini, para usar una expresión de su *messer Nicia*, sentimos que se nos vuelve más fino entre las manos.

En una carta que le escribió poco después del 20 de octubre, después de haberle hablado largamente con respecto a que consiguiera una más abundante dote para sus hijas a expensas del Papa, de pronto, continúa con estas palabras: "Morone fue aprisionado y el ducado de Milán ha sido vendido; y de la misma manera que éste ha estado esperando el capelo, lo harán todos los demás príncipes; no queda otro remedio. *Sic datum desuper*. (Así nos lo ha mandado el cielo).

*Veggio d'Alagna tornar lo fiordaliso
e nel Vicario suo, etc.*

*(La flor de lis regresa de Alemania
y en su Vicario, etc.).*

Nosti versus, caetera per te ipsum lege. (Tú conoces los versos a que aludo, el resto léelo por ti mismo). Organízanos siquiera una vez un alegre carnaval, y dispón un buen alojamiento para Bárbara, recomiéndame a Maliscotta, y avísame cuán avanzada va la preparación de la comedia, y para cuándo se piensa representar. Yo ya he recibido aquel aumento hasta cien ducados por las *Historias*. Ahora he comenzado a escribir de nuevo y me desahogo acusando a los príncipes, que han cometido tantos errores hasta conducirnos a este término".⁵⁸

Sic datum desuper. La tragedia estaba ya en su quinto acto, y era la de Italia. Y toda su *vis tragica* se halla concentrada en esta breve prosa, con sus bruscos pasos del "juicio particular" al apocalíptico juicio universal de una política en ruinas: de la alucinante profecía milagrosamente intuida con un verso de Dante:

nel Vicario suo Cristo esser catto,

(y Cristo está cautivo en su Vicario),

hasta la despreocupación carnavalesca. Aquí se encierra todo entero Maquiavelo, y aquí es él más que nunca el símbolo de su época y de Italia. Hacía bien él en firmarse en aquella carta, entre broma y de veras, después de aquellas palabras: *historiador histórico, cómico y trágico*.

CAPITULO XXI

NICOLAS MAQUIAVELO, HISTORIADOR, COMICO Y TRAGICO.

Nunca escribió tragedias, y quizá nunca pensó en ellas, excepto ésta a la que dedicaba su atención al volver a la historia. Pero tenía en la mente suficientes pensamientos trágicos para dar a aquella acusación que hacía a los príncipes, que no habían querido escuchar su invocación final del *Príncipe*, resplandores de drama. Ya había trazado con vigorosos rasgos un cuadro que, partiendo de las "inundaciones externas" que habían seguido a la muerte del Magnífico y continuando a través de una maraña de engaños y errores, con escorzos miguelangelescos, se encaminaba hacia el fatal desenlace profetizado en aquella última carta.

"Morone fue apresado y el ducado de Milán ha sido vendido". Esta que a él le pareció desde un principio una de las últimas escenas del último acto de la tragedia que estaba escribiendo, concluía y resumía de hecho una triste política comenzada después de la batalla de Pavía por los potentados italianos. El papa Clemente, sintiéndose presa del Emperador, había vuelto nuevamente su atención hacia la concertación de una alianza que arrojara a los españoles de Italia, comenzando por el estado de Milán, en el que Francisco Sforza, a fuerza de conservarse según lo pactado, "a la sombra del César", se había convertido en una sombra de duque. Para volver más fácil la empresa, según se acostumbraba en la política de aquel tiempo, se había tomado el camino más tortuoso y difícil: el de atraer a su propio partido y dar el mando de los ejércitos aliados al marqués de Pescara, italiano de nacimiento, español de origen y enemigo del nombre italiano, capitán de aquellos ejércitos españoles contra los cuales se proyectaba hacerlo combatir. El inventor de la intriga había sido aquel maestro de intrigas que fue Jerónimo Morone, el secretario del duque de Milán.

Pescara había dado oído a tales propuestas aunque informando de

ello inmediatamente al Emperador, lo cual constituía una manera excelente de asegurarse, quedando en libertad de traicionar al final al que le fuera más conveniente. Y no era él el único que obraba de esa manera: él con Morone y con el Emperador, Sforza con el Emperador y con el Rey, y el Papa con uno y otro de los grandes rivales; éste, mientras hacía proposiciones al capitán imperial, por otro lado escribía al César poniéndole en guardia contra sus capitanes: todos jugaban doble juego. Ya hacía tiempo que se decía que Pescara y Morone eran traidores (es decir, que éste traicionaba a sus amigos, y aquél la fidelidad jurada a sus enemigos), cuando finalmente Morone fue apresado y los españoles, habiendo tenido ocasión de apoderarse totalmente del ducado, tuvieron cada vez más a su disposición la Italia entera. Entonces Clemente, hallándose más débil que antes y más sospechoso ante el César, sentía mayores deseos de aliarse con Francia, pero sabía que no podía encontrar apoyo de aquella parte mientras no se lograba la total liberación del Rey; y ésta encontraba grandes dificultades a causa de las irrealizables pretensiones de Carlos. Se hallaba por todo esto medio desesperado, cuando sobrevino de pronto la muerte del marqués de Pescara, con lo cual se consoló, pensando que había logrado bastante con la pérdida del más peligroso de los capitanes enemigos. Y así se ilusionaba con estas esperanzas: figura dramática, en su perpetua incertidumbre, digna en realidad, más que de los apasionados insultos de Berni,¹ de una musa trágica:

*Può far il Ciel però, papa Chimenti,
cioè papa castron, papa balordo,
che tu sia diventato cieco e sordo
et abbi persi tutti i sentimenti?*

*(¿Mas, puede suceder, papa Clemente,
esto es, papa poltrón y papa lerdo,
que ya te hayas quedado ciego y sordo
y hayas perdido el seso enteramente?)*

Y no faltó el comentario de Maquiavelo ante semejante negligencia: "Creyendo que tiene tiempo, da tiempo al enemigo". Después de lo cual, pasando a considerar el ánimo y las disposiciones de sus paisanos florentinos en aquellos días decisivos, debía concluir desconsoladamente que no se llegaría a ver de aquella parte, ni de

la de otros potentados de Italia, "ninguna cosa honrosa y valiente que les permita vivir o morir con honor".² Esto escribía a Guicciardini el 19 de diciembre de 1525, en una carta que, por lo demás, se hallaba dedicada al "juicio particular", exhortándolo de nuevo, como ya lo había hecho después de su permanencia en Faenza, a dar un noble matrimonio a sus hijas a expensas del Papa. Y en esta ocasión, ayudándose una vez más con su Dante, alegaba a su amigo el ejemplo de Romeo:

*Quattro figlie ebbe e ciascuna regina . . .*³

(Cuatro hijas tuvo, y todas fueron reinas . . .)

Pero Guicciardini, que no era poeta y, al contrario de Maquiavelo, tenía poco trato con los poetas, al responderle el día 26 a su carta del 19, confesó que había "hecho buscar un Dante por toda la Romaña a fin de encontrar la fábula o novela de Romeo", y finalmente lo único que había hallado había sido el texto sin comentario. Concluía, mezclando la admiración y la desconfianza hacia su bromista amigo: "Yo creo que se trata de alguna de aquellas cosas de que vos traéis llena la cabeza". Romeo. ¿quién era éste? Ni tampoco *de rebus publicis* (respecto a la política) sabía el Presidente nada útil por el momento, había perdido la orientación, y al ver que todos se oponían a tomar aquel magnífico partido que, sin agradarle, era el único que le parecía posible tomar: "Nunca he visto a nadie, decía, que al ver aproximarse el mal tiempo, no tratara de protegerse de alguna manera, excepto nosotros que queremos esperar en medio del camino sin protección alguna. Sin embargo . . . así no podremos decir que nos haya sido quitada la Señoría, sino que *turpiter elapsa sit de manibus*"⁴ (se nos ha escapado tontamente de entre las manos).

De manera que era mejor por entonces pensar en la representación de la *Mandrágora*, que en efecto, era lo primero de que trataba Guicciardini en aquella larga carta, "porque por lo menos es una cosa —escribía— que está en nuestro poder, de manera que no se desperdicia el tiempo al pensar en ella; y el esparcimiento es más necesario que nunca en medio de tantas turbulencias". Los actores ya estaban preparados; pero no se hallaban satisfechos con el "argumento", es decir, con aquel bellissimo prólogo, satírico y amargo.⁵ Lo habían compuesto a su manera, pero Guicciardini proponía a su amigo que escribiera otro, más adaptado a la mediocridad de los

oyentes, en el que se vieran retratados más bien ellos que él. Quería hacer esta representación en los últimos días del carnaval, que aquel año terminaba el 13 de febrero, y el autor debía asistir a toda costa; así que lo invitaba a ir hacia fines de enero y detenerse allí hasta la cuaresma. Para ese tiempo ya estarían listos los alojamientos para todos, es decir, también para Bárbara, que debía cantar las canciones al principio de los actos.⁶ Concluía preguntando a su amigo su resolución, pero "con toda seriedad, porque estas cosas no se pueden descuidar".⁷ Y se ve claramente que él obraba seriamente por una hermosa edición de la comedia, que había hecho imprimir bajo su propio cuidado, como todo hace suponer, en casa de su tipógrafo Jerónimo Soncino;⁸ el cual, habituado como estaba a hacer imprimir para el grave Presidente algunas prosas bastante menos amenas, tales como bandos *et similia*, se habrá quedado pasmado.

Comedia y tragedia, que al mezclarse de una manera continua y singular dan una extraña fascinación a esta correspondencia, ocupan también la respuesta de Maquiavelo, escrita el 3 de enero. Respecto a la comedia, no daba por segura la ida de Bárbara, "porque tiene algunos amantes que podrían impedirlo; pero, ingeniándose, quizá se pueda tranquilizarlos". ¡Pobre Nicolás! No obstante, su deseo era ir, y de ello daban testimonio cinco nuevas canciones que había compuesto expresamente, letra y música, para cantarse entre los actos; el texto de estas canciones iba adjunto a la carta.⁹ Respecto a la tragedia, era de opinión que si el Emperador pensaba hacerse *dominus rerum* (amo de la situación), no iba a liberar nunca al Rey; porque si lo retenía, podía mantener tanto al Papa como a Francia en la esperanza de un acuerdo, sin llegar a terminar las negociaciones, "y como ve que los italianos están a punto de unirse con Francia, disminuye los tratos con ella, y así ésta no llega a ninguna conclusión, y él sale ganando".¹⁰

Hacia unos días que habían llegado noticias de una alianza entre Italia, es decir el Papa, y los venecianos y Francia; y parecía que la ocasión era bastante buena. Pero al último momento circulaban otras noticias; el Emperador y el Rey habían llegado a un acuerdo, en el que éste daba a cambio de la libertad la Borgoña, una buena cantidad de dinero, todos los intereses que tenía en Italia y en otras partes, y dos hijos como rehenes; recibiendo por toda compensación, si es que se podía llamar compensación, a la hermana del vencedor como esposa. Maquiavelo juzgaba que Carlos había firmado este acuerdo para que Francia rompiera la alianza con el Papa; y que

una vez que ésta se rompiera, también él rompería el acuerdo.¹¹

Estos rumores discordantes, acerca de la alianza con el Papa y del acuerdo con el Emperador, se convirtieron semanas después, con pocas variantes, en hechos consumados. Pero Guicciardini, que tenía informes acerca de la alianza recibidos por conductos más directos, ciertamente habrá sonreído al leer estas noticias que le daba su amigo en un estilo de voz callejera. Quizá, pensando en un gran secreto que guardaba, aquella sonrisa habrá sido muy poco diferente de la que no sin cierta sospecha veía en los labios de Maquiavelo. Y éste era su secreto. A mediados de noviembre, el Papa le había dado a entender que de buena gana se hubiera servido de él en Roma para un asunto de importancia; y, después de cautelosas indagaciones acerca de su "juicio particular", finalmente aceptó esta propuesta. Hasta el 4 de diciembre no tuvo ocasión de saber en qué lo quería ocupar el Papa, y aun entonces sólo lo supo por conjeturas; pero después, al tener noticias ciertas de la alianza que quería firmar Clemente con Francia, y adivinar que se le querían encomendar primero los tratados y después la guerra, su habitual apatía se inflamó súbitamente con generosos impulsos. Lo oímos quejarse, ahora que ya ha adquirido suficiente certidumbre, de haber cavilado tanto acerca de su "juicio particular", "porque la mayor satisfacción que puedo yo tener en el servicio de Su Santidad es el trabajar por librarlo del yugo".¹²

Guardó el secreto, según era su obligación. Pero cuando escribía a Maquiavelo acerca de la comedia que quería hacer representar en el carnaval, invitándolo a él y a su Bárbara, no todo era disimulo. Porque no solamente ignoraba cuándo iba a ser llamado, sino que varias veces, por los vaivenes de la política del Emperador y las indecisiones del Papa, dudó de que las cosas se llegaran a realizar; tanto que el 3 de enero todo se hallaba aún pendiente y Guicciardini daba casi la cosa como pasada.¹³ Pero después, habiendo recibido el día 6 la orden de partir, salió el día 20 y pasó a Florencia, en donde se detuvo cuatro días. Allí, estando obligado a mantener ocultas las razones de su viaje, las habrá ocultado a su amigo. Pero con todo el secreto, una cosa estaba bien clara: que aquella representación de la *Mandrágora* en Faenza ya no se llevaría a cabo, o se llevaría a cabo sin Guicciardini, y por consiguiente, también sin Maquiavelo.

Sin embargo, éste se consoló con los inauditos triunfos que su comedia obtuvo durante aquel carnaval en Venecia. Allí había sido

representada a petición de los florentinos residentes en Venecia, cuando una compañía de nobles venecianos hizo representar en competencia, aquella misma noche, los *Menecmi* de Plauto en lengua vulgar; pero aunque la representación fue realizada con habilísimos actores y con gran derroche de decoraciones y trajes, "sin embargo fue considerada como una cosa muerta" en comparación con la comedia del florentino. De manera que aquellos mismos caballeros y actores venecianos, al tener noticia del favor mucho mayor obtenido por la *Mandrágora*, pidieron instantemente que los florentinos la volvieran a representar en el mismo salón en que ellos habían representado su comedia; lo que se llevó a cabo con gran satisfacción de los espectadores, y con grandísima alabanza del autor y de los actores.¹⁴ Y no era aquella la primera ocasión en que esta comedia había triunfado en Venecia, porque, como refiere Sanuto, cuando fue representada en el carnaval de 1523, no había sido posible llegar al final de la obra por la muchedumbre de los espectadores;¹⁵ pero esta comparación con el escritor antiguo, en una época en que los antiguos eran por axioma los mejores, fue la que marcó el máximo triunfo de la musa cómica de Maquiavelo.

Pero él, cómico, historiador y trágico, no se dedica ahora a escribir comedias, sino historia. Había comenzado de nuevo a escribirla no sin ciertos trágicos presentimientos, tal como entre lo trágico y lo cómico hemos leído en su carteo con Guicciardini que "había puesto todo su interés en ello".¹⁶ Se dedica ahora a asimilar y resumir los fragmentos de cartas que había ido transcribiendo en su oficina, cuando, *ante res perditas*, pensaba continuar la tradición historiográfica de los cancilleres florentinos:¹⁷ en aquellos papeles, que ya tienen veinte años, se halla en parte el argumento del drama. Algunos personajes se hallan ágilmente esbozados. Este es Alejandro VI: "Papa malvado, con la cabeza llena de proyectos, saquea a Milán y a Florencia: y el tiempo le es favorable". Este es el Moro: "Ludovico Sforza, conforme a su débil carácter, primero abraza esperanzas, después temores, y unas veces se somete a uno, otras a otro".¹⁸

De manera que la política de estos hombres, tacaña y torpe por querer ser demasiado astuta y sutil, es la causa de todos los males que aquejan a Italia día tras día mientras que Maquiavelo escribe; así que toda su actividad la dedica a esta materia, ora escuchando las noticias que llegan de todas partes del mundo, ora examinando las consecuencias de aquellos lejanos principios. Ya había sido firmado el acuerdo entre el Emperador y el Rey; y cuando se tuvo noticia



Clemente VII, por Fray Sebastián del Piombo. Foto Alinari.

de él en Italia, el 20 de febrero, inmediatamente comenzaron las hablillas acerca de si el Emperador lo observaba, dando libertad al Rey, y de si el Rey, una vez libre, observaría los pactos que había jurado.

Maquiavelo, al escribir largamente a su amigo acerca del asunto, "con la cabeza hecha una maraña", juzga que todas las razones que se puedan alegar para justificarlo "no librarían al Emperador de ser tenido por tonto, en caso de que el Rey quisiera ser prudente" no observando tan ignominiosos pactos. Pero, muy a pesar de su de-

cantado pesimismo, cree que los observará en atención a sus hijos que ha entregado como rehenes, a su deseo de descansar después de tantas contrariedades, y al odio que tiene al nombre italiano a causa de la política poco honrada del Papa y de los venecianos. Sólo una cosa considera segura en medio de tanta incertidumbre: que de cualquier manera se va a desencadenar de nuevo la guerra, y muy pronto, sobre los ensangrentados campos de Italia. Por ello, no quedando a los italianos otro recurso que el de armarse con buenas armas y con generosos pensamientos, propone una solución: "Yo os digo una cosa que os parecerá alocada, os propondré una solución que os parecerá temeraria o ridícula; no obstanté, estos tiempos requieren decisiones audaces, inusitadas y extrañas . . . Hace pocos días se empezó a decir en Florencia que el señor Juan de Médicis había comenzado a alistar un ejército de aventureros para hacer la guerra a quien le pareciera mejor. Esta voz popular me hizo pensar que el pueblo estaba diciendo lo que se debía hacer. Yo creo que todos están de acuerdo en afirmar que entre los italianos no hay jefe a quien sigan más de buena gana los soldados, ni a quien los españoles más teman o estimen. Todos consideran aún hoy al señor Juan como un hombre audaz, impetuoso, de grandes arrestos, y seguidor de nobles causas; de manera que se puede hacerlo organizar un ejército, darle refuerzos secretamente, hasta reunir bajo su mando el mayor número posible de jinetes y de infantes". No causaría gran perjuicio el que los españoles se dieran cuenta de que esto estaba bien planeado: dudarían entonces si en esto se ocultaba debajo la mano del Papa o la del Rey, y quizás con este motivo romperían su acuerdo con él. Aquí se reconoce a Maquiavelo todo entero, en el bien y en el mal. Pero no menos propio de él es el crudo paso de una idea tan elevada a las palabras que van a continuación: "La Bárbara se encuentra aquí; yo os la encomiendo para todo aquello en lo que podáis complacerla, porque me interesa mucho más ella que el Emperador".¹⁹

Cuando llegaban a Roma estas cartas de Maquiavelo, el que las recibía, ya fuera Guicciardini, Felipe Strozzi, u otro cualquiera, inmediatamente daba parte de ellas a sus amigos, y se leían al Papa. Así sucedió con una que escribió a Strozzi el día 10, en que trata de nuevo acerca del acuerdo entre el Emperador y el Rey, y de sus dudas acerca de la fidelidad a los tratados.²⁰ El Pontífice "la escuchó con mucha atención, hizo hincapié en ciertos pasajes, y observó que no se le había escapado ninguno de los puntos que podían inte-



Lámina XIV. *Retrato de Francisco I de Francia por Jean Clouet, en el Louvre, París. Foto Alinari.*

resar a quien reflexionara acerca de estos asuntos sin tener más detallados informes, y se mostró muy complacido".²¹ Pero cuando Guicciardini, a su vez, le mostró la del 15 de marzo que él había recibido,²² le desagradó aquella propuesta de alistar un ejército de voluntarios al mando de Juan de Médicis, corriendo todos los gastos por cuenta del Papa. Se objetó que los españoles comprenderían fácilmente quién se ocultaba tras aquella bandera, lo cual no desagradaba en absoluto a Maquiavelo; pero Clemente no quiso oír hablar más del asunto, quizá por celos de Juan, o tal vez sólo por parecerle demasiado audaz un proyecto superior a su alcance.

Finalmente, hubo que suspender todas las falsas suposiciones y afrontar la realidad, cuando cundió la noticia de que el Rey había sido puesto en libertad; y muy pronto se vio claramente también que no observaría lo pactado. Entonces Maquiavelo, viendo que el Emperador no tenía otro remedio para "no ser tachado de torpe", que el escrito por él en la carta del 15 de marzo "porque todas las decisiones equivocadas que el Emperador toma no le perjudican, y todas las acertadas que ha tomado el Rey no lo dañan", se desahoga en el epigrama en el que hace decir a Argos que todos los ojos que tiene se los ha ido quitando a los príncipes cristianos,

*e quivi avvien che il matto
Carlo, re dei romani, e il Vicerè,
per non vedere, hanno lasciato il Re.*²³

*(sucede así que el torpe
Carlos, rey de romanos, y el Virrey,
por no ver, abandonan al Rey).*

Por consiguiente, habría guerra, y ahora no era suficiente reír: hacía falta pensar en atacar y defenderse. Para defenderse, por principio de cuentas el Papa florentino y su florentino ministro pensaron en Florencia, tan vulnerable en su parte sur, al otro lado del Arno. Había sido enviado allá para tomar providencias el conde Pedro de Navarra, célebre ingeniero militar; pero como él era un fugitivo español, se quiso poner a su lado a Maquiavelo, teórico del arte de la guerra y florentino. Y éste, siempre ágil y activo, habiéndole escrito Guicciardini por orden del Papa el 4 de abril, luego de consultar esa misma tarde el asunto con el cardenal de Cortona, se hallaba al día siguiente frente a las murallas tratando con Navarra con el fin

de realizar una obra sólida.²⁴ El proyecto fue enviado a Roma con la relación escrita por Maquiavelo, que ha sido alabada recientemente por los historiadores del arte militar.²⁵

Pero antes debió de ser alabada por Clemente VII y por sus consejeros, ya que su autor fue llamado inmediatamente a Roma, donde logró entusiasmar al Papa y hasta al mismo Guicciardini.²⁶ Empezó el regreso el 26 o 27 de abril, con las órdenes necesarias para los preparativos que habían de realizarse y con la cabeza "llena de baluartes".²⁷ Por esos días se creó en Florencia el nuevo cargo de los *Procuradores de las murallas*, que había sido propuesto por Maquiavelo mismo en los días que estuvo en Roma; él recibió el título de proveedor y canciller del mismo, con la ayuda de su hijo Bernardo.²⁸

Y así lo tenemos una vez más en Palacio, una vez más canciller, escribiendo cartas *nomine publico* (en nombre del gobierno). Ni siquiera sabemos si tenía algún salario, o si bastaba para todo el de las *Historias*.²⁹ Pero ya hacía muchos años que soñaba con obtener un cargo en la República, un oficio cualquiera: y si el oficio no hubiera sido de mucha importancia, él mismo lo hubiera hecho importante, con sus trabajos, con sus escritos, o con su fantasía si era necesario. Aquel nuevo cargo era una cosa de poca importancia, pero la tarea que le correspondía era enorme: ¡la defensa de la patria! Era otra roca que le mandaban acarrear, e inmediatamente se puso a la obra para lograr convertirla en un baluarte contra el enemigo. Desde el principio tuvo ocupación escribiendo al papa Clemente para quitarle de la cabeza la idea de encerrar dentro de las murallas de Florencia la colina de San Miniato; y a este respecto escribirá a Guicciardini otras tres cartas en un mismo día, el 2 de junio.³⁰ Y finalmente se salió con la suya.

Pero aunque tenía la cabeza llena de baluartes, su pensamiento y su pluma volvían, como cuando no pensaba más que en fantasías, a los asuntos de Italia. Y entonces escribe a Guicciardini, que se hallaba tan cerca del Papa: "Ya me imagino al Emperador que, al ver que el Rey falta a sus promesas, pasa a hacer grandes ofrecimientos al Papa; todos ellos deben hallar vuestros oídos cerrados . . . Vosotros sabéis cuántas ocasiones se han desperdiciado; no perdáis ésta ni volváis a dejaros engañar". Y del corazón de que había salido la conclusión del *Príncipe* salió en aquella misma carta la fatídica invocación: *Liberate diuturna cura Italiam*.³¹ (¡Librad a Italia de su prolongado tormento!)

Mientras escribía esta exhortación, ese mismo día 17 de mayo se

estipulaba en Cognac la alianza entre el rey de Francia, el Papa, los florentinos y los venecianos. Inmediatamente se declaró la guerra para tomar a los españoles por sorpresa, no esperando a que llegaran los refuerzos que el Rey se había comprometido a enviar; los cuales, en efecto, fueron tardíos y escasos; los venecianos enviaron a sus soldados al mando del duque de Urbino, y el Papa a los suyos a las órdenes de Guido Rangoni y de Juan de Médicis; Vitello Vitelli era capitán de los soldados florentinos; y el lugarteniente general. "con facultades plenisimas y casi absolutas", Francisco Guicciardini. A fines de junio aquel grueso ejército se presentó frente a Lodi, la cual se entregó pactando; y en seguida se acampó frente a Milán, con grandísimas esperanzas de tomarla, a causa de las malas condiciones en que se encontraba la ciudad. Pero después de haber permanecido allí un día y una noche, el duque de Urbino hizo retirar ignominiosamente a su gente, sin avisar antes al lugarteniente, quien en tal ocasión le dirigió ásperas palabras. Aquella retirada demasiado prudente del Duque y aquella disputa iban a ser sólo las primeras de una lamentable serie.

En tanto que se escapaban así los días más propicios para una rápida victoria, todos creerían (y de hecho así lo han creído los biógrafos) que Maquiavelo permaneció en Florencia diseñando baluartes y escribiendo las cartas de su oficio. Por el contrario, siempre en la brecha, él se hallaba desde aquellos primeros movimientos en el campamento de los "felicísimos" ejércitos de la Alianza; así había que llamarlos oficialmente, aunque en realidad fueran infelicísimos. No se han encontrado comisiones o patentes que le hayan sido dadas por los Ocho *di pratica*, y no se sabe de seguro si fue enviado allá por el cardenal de Cortona, o si se hallaba a las órdenes de su amigo el lugarteniente, quien efectivamente, lo utilizará y lo enviará para los asuntos de la guerra que se irán ofreciendo, a diversos lugares con instrucciones propias. Se observa el hecho de que el registro de los Procuradores de las murallas, de que él se encargaba, se interrumpe el 8 de junio; y que un fragmento de carta escrita por él y hasta ahora olvidado, lleva la fecha del 15 de julio "en el campo",³² aunque, como muestra el contexto, ya se encontraba allí desde hacía mucho tiempo.

El campamento se hallaba entonces en Marignano, y pocos días después, el 22 de julio, fue trasladado a la Abadía de Casaretto, frente a Milán. Durante aquellos largos días, mientras que tan enorme ejército se halla mirando, sin hacer nada, las hermosas

torres de la capital lombarda, Maquiavelo unas veces anda por los campamentos escuchando las charlas y anotando pensamientos militares, y otras comparte su tiempo entre Guicciardini y Juan de Médicis, el cual "es el hombre de más vigor y valentía que se halla en este campamento, y es temido por amigos y enemigos". Es éste un soldado tosco, pero gusta de la conversación de hombres ingeniosos y agradables como el Aretino, y no puede desagradarle Maquiavelo que, aunque es un poco menos deslenguado y bromista, es además el autor de un célebre libro acerca del arte de la guerra, que es para Juan el único arte. Si la charla es ligera, Nicolás es el que lleva la plática; si el asunto se vuelve militar, igualmente lleva la delantera a Juan; y hay que escuchar con qué fluidez habla de estos asuntos.

Pero un día el gran capitán lo desafió a ordenar treinta mil infantes de aquella hábil manera que había enseñado en el *Arte de la Guerra*. Así fue cazado el cazador. Durante dos horas gritó órdenes y contraórdenes, se acaloró, lanzó imprecaciones, pero no logró ponerlos en orden. Sudaban aquellos pobres infantes; sudaba también Maquiavelo, pero frío. Finalmente el señor Juan dijo, sonriendo: "Yo voy a terminar con este fastidio, para que podamos todos irnos a comer". Y en un santiamén, con la ayuda de los tambores, puso en orden e hizo realizar varias evoluciones a sus infantes. Fue una efectiva y cruel venganza del práctico contra el teórico; pero en seguida, durante la comida, Nicolás tomó su desquite, narrando, como sólo él sabía hacerlo, una graciosa y picante historieta. Se hallaba escuchándola, también como comensal del señor Juan, Mateo Bandello, quien entendía tanto de comidas como de agudas historias: éste, dominico y sobrino de un famoso general de dicha Orden, sólo nos conservó la obscena trama, pero por desgracia no las agudezas y el estilo del narrador.³³

Y entre tanto, la guerra seguía detenida en aquella desolada llanura lombarda. Maquiavelo, en aquellos "desiertos de Arabia", debía de sentir nostalgia de las hermosas colinas florentinas y de las alegres reuniones de amigos. Pensaba también en Bárbara, se quejaba de que no le escribía, y preguntaba a Fornaciaio por cartas suyas. Entonces Fornaciaio, servicialmente, iba corriendo con Bárbara a decirle "una carga de insultos"; a escuchar sus excusas, porque había estado fuera de Florencia; y también a oír sus protestas de afecto para con el amigo lejano, sus promesas de escribirle cada semana, y sus esperanzas de verlo muy pronto otra vez en Florencia,



Retrato de Juan de Médicis, por Gian Paolo Olmo, atribuido antaño a Tiziano. Foto Alinari.

porque cuando él se hallaba allí “le parecía estar dormida con los ojos de él”.³⁴

También las cartas que cambiaba con sus amigos ocupaban su tiempo y lo trasladaban imaginariamente a Florencia. Vettori le escribía aquellas sus largas cartas, atestadas de noticias y de sustancia al igual que su *Sumario de la historia de Italia*, en las cuales unas veces le hacía un resumen de los exagerados favores que le había

hecho la fortuna al César, otras le hablaba acerca de los infortunios del Papa y de Italia entera: cuando éste había intentado realizar una campaña para modificar el gobierno de Siena, había visto a su ejército, que constaba de cinco mil infantes y de unos cien jinetes, rechazado por cuatrocientos seneses.³⁵ Leer estas cartas llenas de ingeniosas consideraciones y responder ingeniosamente a ellas era una de las ocupaciones que más agradaban a Maquiavelo durante aquellos largos días ociosos del campamento. Sus respuestas eran esperadas con gusto en Florencia, por la abundancia de observaciones que incluía acerca de la calidad de los ejércitos y de los capitanes, por la agudeza de sus juicios acerca de los sucesos militares y políticos, y por la gracia del estilo. Vettori, apenas las recibía (y recibió una el 31 de julio, y no menos de tres de entonces al 24 de agosto, si bien todas se hallan perdidas), las daba a leer a Hipólito de Médicis o las enviaba a Felipe Strozzi, en Roma, para que las leyera al Papa, "juzgando que ello podría ser útil a la causa"; y todos las leían, releían, consideraban, y expresaban su aprobación;³⁶ solamente una propuesta de conducir la guerra al reino de Nápoles, no agradó al tímido Clemente. Pero estos ancianos y encumbrados amigos no hacían olvidar a Maquiavelo sus amigos jóvenes; entre los que se encuentra ahora aquel Bartolomé Cavalcanti,³⁷ que será muy pronto súbdito distinguido de las dos repúblicas a las que sirvió, la florentina y la literaria.

Por aquel tiempo, una parte de los ejércitos aliados asediaban a Cremona; pero el asedio se prolongaba tanto, que Guicciardini envió a aquélla a Maquiavelo, "hombre de mucha suficiencia",³⁸ provisto de toda clase de credenciales e instrucciones. Debía observar en qué condiciones se hallaban realmente las cosas y qué esperanzas se veían; si consideraba que eran pocas con respecto a una pronta victoria, debía hacer todo lo posible por convencer al proveedor véneto Pesaro de que debía abandonar aquella campaña y pasar a la de Génova.³⁹ Fue, vio, consultó; y no solamente con Pesaro, sino también con el duque de Urbino, tan vivo y arrogante en estas disputas como tímido y tardo frente a los enemigos; estuvo dando frecuentes informes al lugarteniente por carta; en fin, desplegó la actividad que le era peculiar, como siempre.⁴⁰ Regresó al campamento de Milán la tarde del 14 de septiembre, trayendo la convicción de los capitanes y la suya propia de una pronta victoria.

Efectivamente, la ciudad capituló el día 23, difiriéndose la entrega hasta el fin del mes; pero mientras que en el campo de los aliados

se hacían fiestas por esta feliz victoria, llegó otra infelicísima desde Roma a cambiar las alegrías en amarguras y en luto. Clemente se había dejado seducir, haciendo honor a su fama, por una engañosa tregua que le habían ofrecido los Colonna de acuerdo con don Hugo de Moncada, capitán y agente imperial que se jactaba de ser discípulo de Valentino, y se había decidido a despedir los pocos soldados que le quedaban. Fue asaltado en la noche del 19 de septiembre por los de los Colonna, y apenas había tenido tiempo de escapar para refugiarse en el Castillo del Sant'Angelo, en tanto que los Barrios (*Borghi*), el palacio apostólico y la basílica de San Pedro sufrían un despiadado saqueo. La profecía de Maquiavelo, cuando vio "a Cristo cautivo en su vicario", se había cumplido maravillosamente. Pero, no obstante toda su fuerza dramática, no era éste sino el primer ensayo de la escena final del drama.

CAPITULO XXII

“SESENTA AÑOS”

¡Ave, rex Iudeorum!, et dabant ei alapas (¡Salve, rey de los judíos!, y le daban de bofetadas); se dice que esto exclamó Clemente VII, con amarga sonrisa, ante el diabólico don Hugo y los capitanes españoles cuando, arrodillados, enigmáticos e implacables, le pedían la absolución por el sacrilego ultraje. Pero fuera de esta agudeza muy florentina, no tenía el papa Médicis ninguna otra manera de tomar desquite sobre sus vencedores. Así pues, se vio forzado a aceptar una tregua de cuatro meses, que le obligaba a retirar a su gente de la Lombardía, perdonar a los Colonna, y a entregar a Felipe Strozzi como rehén por la observancia de lo anterior; se decía que este hombre, además de ser pariente del Pontífice, valía un millón de ducados. Habiendo firmado estos pactos, mientras tuviera intención de observarlos, la guerra había terminado para él. Y también la vida militar de Maquiavelo.

Guicciardini estuvo a punto de estallar al tener noticia de semejante ruina, comprada a costa de tal ineptitud; pero, aunque protestaba que no había ninguna obligación de observar un pacto que había sido firmado bajo coacción, después de haber contemporizado en diversas formas, se vio obligado finalmente a retirar a su gente a Plasencia, a donde se dirigió él mismo el 9 de octubre. Maquiavelo hizo el viaje con él; pero antes, hacia el día 7, escribió una larga carta a su joven amigo Bartolomé Cavalcanti, y en parte a sí mismo para poner punto final al asunto: una carta tal, que Villari la tomó por una relación de oficina. En efecto, allí va refiriendo con maravillosa lucidez los errores cometidos en la campaña por los capitanes y por el Papa, hasta haber quedado al fin “tan poco protegido en Roma, que pudo dejarse apresar como un niño”.¹ Por consiguiente, ¡al “limbo de los niños” también el papa Clemente! Ya hacía tiempo que debe de haberlo mandado allá para sus adentros.

En Plasencia, en tiempo de tregua, Maquiavelo no tenía nada que hacer. Entre tanto, habían ido a Roma los soldados de los florentinos que estaban al mando de Vitelli, primero para proteger tardíamente la persona del Papa, y después, cuando éste se decidió a castigar a los Colonna a pesar del acuerdo, para entrar a sangre y fuego en los feudos de aquella familia, después de que había sido ya privado de la dignidad cardenalicia Pompeyo, autor principalísimo del sacrilego ataque. Estando a punto de regresar a Florencia, escribió Maquiavelo a Jacobo Salviati que de buena gana hubiera ido con aquellos soldados,² manifiestamente como comisario papal; lo cual nos induciría a pensar que este mismo sería el cargo que tenía cuando se hallaba con el ejército que asediaba a Milán. Cuando César Colombo, a quien Guicciardini había escrito para recomendarle su amigo, habló de él al Papa, éste le respondió: "Escríbele que venga, pues yo estoy completamente de acuerdo con ello"; y lo mismo dijo a Salviati.³

Pero Maquiavelo no fue directamente a Florencia, donde le esperaba esta aprobación del Papa. Teniendo entre manos cierta comisión de Guicciardini, quien lo enviaba "en servicio del Papa",⁴ se detuvo en el Barrio de San Donnino, a donde quizá había ido a tratar ciertos asuntos referentes a los infantes españoles que salían de Cremona según lo pactado, y después a Módena. Aquí se detuvo dos días y se dedicó, como buen amigo, a hablar bien del lugarteniente con dos personas que habían sido víctimas de sus cóleras. Uno era el conde Guido Rangoni, que también había regresado hacía pocos días del campamento; y el otro era el gobernador Felipe de Nerli, que había sufrido buenas reprimendas; cuando éste comenzó a decir: "¿Pero es posible que yo no haya hecho jamás alguna cosa bien hecha?", Nicolás se apresuró a responderle sonriendo con cómica compunción: "Señor Gobernador, no os sorprendáis de ello, porque no es defecto vuestro sino de este año, ya que en él no ha habido persona alguna que haya hecho nada como se debe. El Emperador no puede haberse portado peor, puesto que no ha enviado en este tiempo ninguna ayuda a los suyos, no obstante que fácilmente lo podía hacer; los españoles han podido alguna vez hacer terrible burla de nosotros, y no han sabido hacerlo; el Papa ha creído más en unos trazos hechos con tinta que en mil infantes que le bastaban para tenerlo al seguro; únicamente los locos se han portado bien, y no puede extrañarnos el hecho de que en tiempos de locuras, los locos sean los únicos que se hallen en su propio ambien-

te. De esta manera, señor gobernador mío, hubiera sido más mala señal el haber hecho algo bien que el haberlo hecho mal”.⁵ Viendo convertirse así la tragedia en comedia, Nerli no tuvo más remedio que reírse de buena gana. En ese momento llegó Rangoni, y preguntó: “¿Se halla más disgustado el lugarteniente?” Pero Nicolás le contestó rápidamente: “No, porque ya no tiene a su lado a nadie que lo haga enojar”. Y todos los disgustos terminaron en alegría.

Quizá la alegría se le escapó a Maquiavelo cuando, al llegar finalmente a Florencia, y encontrar la carta atrasada de Salviati con el beneplácito del Papa para su nueva comisión, ya se disponía a partir cuando le llegó otra que le ordenaba no partir: se había detenido él demasiado, y ante la urgencia de despachar a Vitelli, había sido necesario elegir otro en su lugar. Y no le quedó más que el consuelo que le sugería inmediatamente después Guicciardini: que no había perdido mucho, ya que era muy poca satisfacción la de ocuparse de “aquellas minucias de los Colonna”.⁶

Y además, habiendo sido deshecho el hielo, y contando ya con la módica gracia del Papa y de quien en su nombre regía a Florencia, ya no le faltarán a Maquiavelo aquellas modestas comisiones, en las que había grandes incomodidades y poca ganancia de dinero y honores. Tenía necesidad de lo uno y de lo otro; no obstante, continuaba dándose por satisfecho con lo que le daban. Y ya no volverá a la tragedia de las *Historias*, porque se halla totalmente ocupado en aquella que ya se aproximaba al desenlace final. En ésta continuaba representando papeles secundarios, siendo mandado el 30 de noviembre por los Ocho *di Pratica* ante Guicciardini, que se hallaba entonces en Módena.

Entre tanto los lanceros alemanes de Frundsberg, de los cuales hacía tiempo que se hablaba, sin que los venecianos lograran estorbarles el paso de los montes, habían llegado a los pasos del Po, donde el duque de Urbino no daba esperanzas de constituir un obstáculo mayor. Todas las esperanzas se hallaban concentradas en los pocos infantes y en el valor de Juan de Médicis; cuando éste, el 25 de noviembre, mientras combatía según su costumbre más como soldado que como capitán, fue alcanzado en una costilla por una bala de falconete. Guicciardini inmediatamente consideró que este golpe era mortal, y no sólo para Juan. Habiendo caído así la última defensa, mientras el valiente soldado combatía ya solo, y con todo su valor, con el tormento que le daban su mal y los médicos, los lanceros atravesaron el Po, dirigiendo sus picas hacia el corazón

de Italia. Pasaron el 28 de noviembre; y el 30 moría Juan de Médicis.

Así pues, Maquiavelo se ponía en camino aquel mismo día, con una instrucción que decía muy poco y en la que se protestaba que se dejaba en libertad de obrar a un emisario "de semejante probidad";⁷ pero entre líneas se leía con bastante claridad que el gobierno florentino no sabía a qué santo encomendarse. Nicolás debía ir a referir al lugarteniente las condiciones y el ánimo de la ciudad, que aquél conocía mejor que él. Debía manifestarle que el pueblo florentino habría preferido más bien un acuerdo que cualquier otro pensamiento más generoso, pero por lo demás, "debe dejar negociar a Su Señoría como lo juzgue más oportuno" y "según se lo dicten los tiempos". ¡Vaya comisión!

Cabalgando día y noche, por las estribaciones del Apenino azotadas por el viento, en la estación más fría, a pesar de que el cabalgar de prisa le causara ya fastidio y mucho perjuicio, llegó a Módena la mañana del 2 de diciembre a temprana hora⁸ y, habiendo hablado inmediatamente con el lugarteniente, refirió aquel mismo día las noticias y las opiniones que había reunido, en una carta a los Ocho. En ella parece que trate a toda costa de escribir solamente las palabras que ha oído a Guicciardini, sin añadir de su cuenta ni una consideración ni un juicio: cosa que en él es totalmente insólita y singular. Decía en resumen que los florentinos no podían recibir más ayuda, en caso de que los enemigos vinieran a atacarlos, que seis o siete mil infantes de la Iglesia; y en cuanto al acuerdo, no había que tratarlo en el campo, sino en Roma o en Florencia. Al calce de esta cansada carta se lee esta cansada posdata: "V. S. habrán tenido noticia de la muerte del señor Juan, la cual ha causado pesar a todos;" la noticia era inútil por tardía, pero un pensamiento que ocupa tan gran parte del pensamiento difícilmente puede ser callado.

Al día siguiente mandó otra carta a los Ocho, en la cual añade poco de nuevo: el duque de Ferrara se inclinaba cada vez más a tomar el partido del Emperador; los lanceros parecían tener intenciones de volverse hacia Parma: también él se disponía, por todo ello, a emprender el regreso al día siguiente. Esto escribía el día 3; pero en realidad se detuvo allí hasta el 5, y después, cabalgando con toda calma, por jornadas, "para no fatigarse sin necesidad"⁹, emprendió el regreso. Aquel hombre estaba totalmente transformado.

Sin embargo, el 3 de febrero, en lo más crudo del invierno, que

aquel año había venido con nieve y lluvia, volvió a montar a caballo, porque los Ocho lo volvían a enviar ante Guicciardini. En vista de que los españoles, después de salir de Milán, habían atravesado también ellos el Po, yendo en seguimiento de los lanceros alemanes, quienes a su vez habían pasado del lado sur de la Trebia, quedaba claro que las hordas del Emperador seguían su camino, con miras a caer sobre Florencia, y en seguida sobre Roma para consumir su venganza. Y como todas las esperanzas de los florentinos se cifraban en la escasa infantería papal y en el florentino que tenía el cargo de lugarteniente del Papa, Maquiavelo debía exponer a éste de viva voz el parecer y los deseos de la ciudad. Ya se hallaba envejecido y cansado del cuerpo, quizá también del alma; sin embargo, partió. Pero como lo había hecho al ir al campamento situado frente a Milán, cerró, y esta vez para siempre, el cuaderno en que escribía las escasas cartas de su oficina.¹⁰ Los de la *Historia* no los había vuelto a abrir.

En este viaje cabalgó más despacio, de lo que se excusó ante los magistrados alegando "los obstáculos que ponen los enemigos";¹¹ y no llegó a Parma antes del día 7, donde Guicciardini, que había sido advertido de su llegada por el cardenal de Cortona varios días antes de que los Ocho decidieran su partida,¹² lo esperaba con ansia; hasta llegó a avisarle que apresurara el paso.¹³ Al lugarteniente no le interesaba tanto recibir de él informes acerca de los deseos de la ciudad, los que conocía a la perfección, ni informarlo acerca de los refuerzos que se podían esperar de parte de la Alianza; sino que quería contar con el apoyo del emisario de la República "para mandar decir al duque (de Urbino) y al marqués (de Saluzzo) todo lo que hiciera falta" para animarlos a enviar mayores refuerzos. En efecto, ese mismo día acompañó a Maquiavelo ante el Duque, quien demostró a su manera "la necesidad de refuerzos eficientes y rápidos". El contemporizador, firme en su propósito, arguyó que Saluzzo con la vanguardia era el que debía entrar en Toscana, y él debía permanecer con el grueso del ejército a espaldas del enemigo; pero estuvo de acuerdo en volverlos a recibir al día siguiente y "planear todo con la pluma en la mano".¹⁴

Así lo refirió Maquiavelo al escribir a los Ocho aquel mismo día; y así se hizo. La conclusión firmada fue ésta: que si los enemigos se encaminaban a Toscana pasando por Pontremoli, todas las fuerzas de los franceses, de los venecianos y de la Iglesia lo precederían; pero que si se dirigían hacia Bolonia, únicamente entraría en Tos-

cana el marqués de Saluzzo, y el Duque entraría después de todos: no fue posible moverlo de allí.¹⁵ El 11 de febrero, en una nueva carta a los Ocho, después de haberles informado acerca de la inseguridad respecto a los movimientos del enemigo, concluía: "Yo no he partido todavía, porque deseaba ver qué curso tomaban estas aguas; para que, si tomaban el antes dicho, pudiera sentirme seguro al regresar, sabiendo que todo iba por buen camino: por consiguiente, permaneceré aquí otros tres o cuatro días . . ."¹⁶

En cambio, se detuvo casi tres meses; lo que no nos debe sorprender, ya que aquellas aguas se estancaron por largo tiempo en la llanura de la Emilia. Siguiendo a las tropas de la Iglesia, acampadas frente a los enemigos, de Parma, desde donde mandó el día 14 una carta a los Ocho,¹⁷ se dirigió a Bolonia por Scandiano y Sassuolo. Llegó a ésta el día 27 y allí se detuvo durante más de un mes, en tanto que los lanceros y los españoles, impedidos primero por la escasez de víveres y de dinero, y después por la inclemencia de la estación, se habían quedado estancados en la gran llanura cubierta de agua y de nieve. Al igual que Guicciardini, Maquiavelo no encontraba otra materia para escribir sus cartas, que estos combates que los enemigos sostenían con el hambre y con la intemperie, ya que el duque de Urbino, que en tales condiciones los hubiera derrotado fácilmente, no se atrevía a combatirlos.

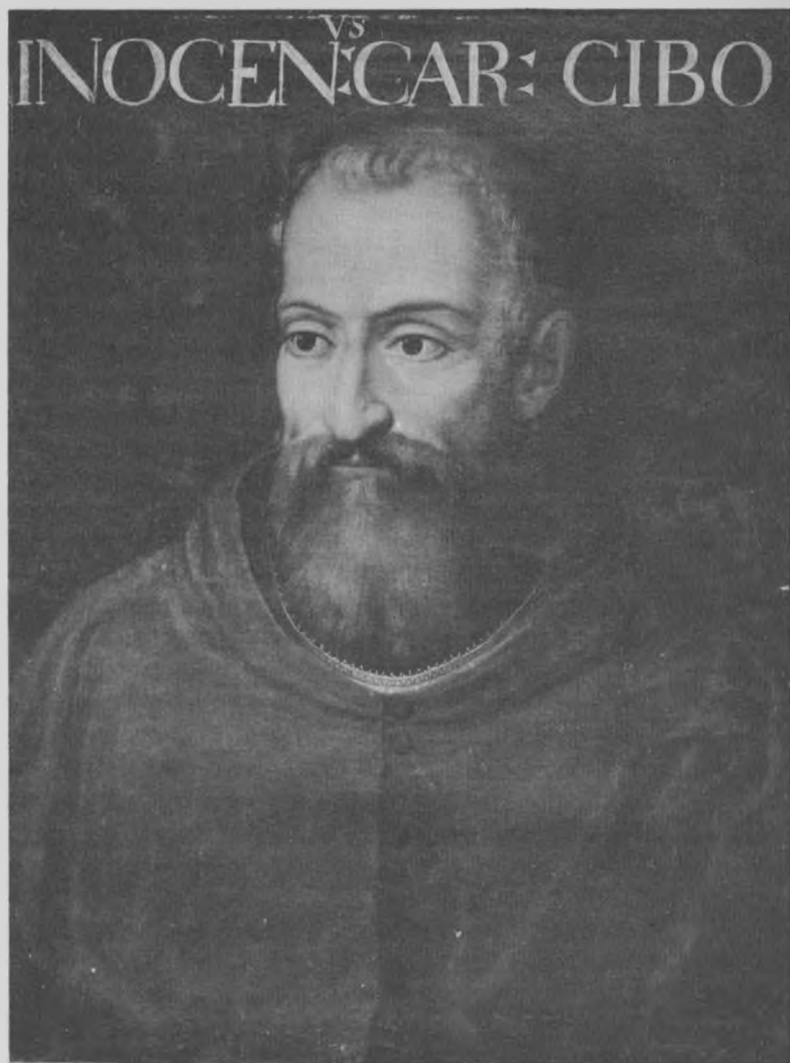
En Bolonia, no obstante que la nieve "tiene una braza de alto en todas las secciones de la ciudad", Maquiavelo la pasa bastante bien. Se halla allí como delegado del Papa, su primo Inocencio Cybo, quien lleva una vida espléndida y frecuenta a los literatos, teniendo más influencia en él la descendencia del Magnífico que la parsimonia propia de la Liguria.¹⁸ El Cardenal muy pronto le ha cobrado estimación, y esta afectuosa benevolencia lo ha resucitado mejor que sus famosas píldoras. ¡Pobre Nicolás! Ahora ya sabemos de qué mal padece. Consciente de su propia valía, no puede resignarse a aquel prolongado desprecio que le hacen los hombres y la fortuna; siendo pisoteado y olvidado, él mide su grandeza con la mediocridad de quien le escatima la estimación; se siente digno de cosas mayores y se ve relegado continuamente a los oficios más humildes. Ni siquiera sus libros, que marcaban una ruta que nadie había seguido hasta entonces, han bastado para terminar con la crueldad que le deja fuera del aprecio de los hombres: mucho había esperado de ellos, pero ahora ya desespera. En esta enfermedad, que hace tiempo lo atormenta, la benevolencia del cardenal constituye una singular me-

dicina, y él la toma con la avidez de los enfermos. De manera que esta medicina y las espléndidas comidas del cardenal lo van reanimando en la abundante Bolonia.

O yo me engaño, o las cartas que escribió durante esta estancia en Bolonia llevan el sello de esta efímera mejoría. Todas indican un humor alegre, vuelven a aparecer en ellas los agudos juicios y el jocosos estilo de otros tiempos; en tanto que los auxilios humanos y celestiales hacen esperar algo mejor: "Si el duque de Ferrara tuviera un poco de sensatez y este tiempo durara otros dos días, le sería posible terminar esta guerra sin levantarse de su asiento".¹⁹ El tiempo duró, pero la sensatez no la tuvo el Duque, quien, a pesar de ser italiano, se aproximó aún más al Emperador en perjuicio de Italia. Y, lo que es peor, no tuvo mayor sensatez el Papa: el cual precisamente en esos días dio otro de sus pasos característicos, concluyendo con los enemigos una tregua que lo mantuvo entretenido y distraído en diversas cosas; en tanto que el tumultuoso ejército imperial, que había quedado todo bajo el mando de Borbón después de la muerte de Frundsberg, continuaba su camino.

El día último de marzo, teniendo que moverse de Bolonia los soldados de la Iglesia para ir a hacer frente a los enemigos. Maquiavelo fue a Imola para disponerles el alojamiento.²⁰ Desde allí escribió a los Ocho que no dejaran que Borbón les exigiera impuestos, ya que éste comenzaba a exigir enormes sumas de dinero por detener a su gente. "¿Qué acuerdo podéis esperar de aquellos enemigos que, cuando todavía tienen por delante los Alpes y vosotros tenéis vuestros soldados en pie de guerra, os piden cien mil florines dentro de tres días y ciento cincuenta mil dentro de diez? Cuando ellos obran así lo primero que se preguntarán será con respecto a lo que os ha movido, porque sin duda (¡y ojalá no fuera así!) la única esperanza que los sostiene es la del botín que podrán obtener de vosotros, y no hay otro remedio para librarse de estos males que desilusionarlos; y si se ha de obrar así, será mejor desilusionarlos teniendo de por medio los Alpes que vuestras solas murallas".²¹

Ya no se trataba de la redención de Italia, de un proyecto político que tenía también una parte de sueño: ahora se despertaba en él un amor más tangible, se trataba de su misma tierra, Florencia, a la que aquellos crueles españoles y aquellos lanceros amenazaban muy de cerca. Además, de los montes se contaban aquellos muros sagrados; y dentro de ellos, su familia, sus hijitos. Se contaba Bernardo, el primogénito, y los más pequeños, los más queridos, aquellos que



*Retrato del cardenal Inocencio Cybo, de autor desconocido (s. XVI)
Galería de los Oficios, Florencia. Foto Alinari.*

no estando todavía en edad de desilusionarlo le proporcionaban todavía la manera de ilusionarse: Guido, Pedro, Baccina y Totto, el último de sus hijos, todavía de brazos.²²

A Bernardo lo había colocado en la oficina de los Procuradores de las murallas, aunque con pocas esperanzas de que siguiera sus pasos, ya que no tenía ni ingenio, ni estudio, ni amor al estudio. Por lo menos le tocaría encargarse, cuando se hiciera hombre, de los asuntos de la casa de campo para quitarle a él la preocupación cuando se hallara lejano y teniendo entre manos muchos asuntos diversos de los montones de leña: pero a últimas fechas le había escrito dos veces sin obtener respuesta. De parte del segundo, Luis, había sufrido varios disgustos a causa de su índole violenta, que se manifestaba hasta en las cartas que escribía a su padre, y ya lo había hecho tener qué ver con los Ocho de la Guardia; ahora, por segunda vez, se hallaba en Levante, en donde se dedicaba al tráfico de mercaderías.²³ Guido y Pedro,²⁴ todavía niños, se dedicaban a los estudios; pero probablemente era a Guido a quien él amaba más, porque era muy delicado de salud y de carácter tranquilo y estudioso: quizá él sería el único de los muchos hermanos que llegara a comprender con el tiempo quién era su padre. Y su corazón infeliz y agotado se enternecía con este pensamiento.

Y es precisamente al pequeño Guido a quien escribe el 2 de abril después de haber escrito a Palacio acerca de los Alpes y de las murallas:²⁵ "Si Dios nos presta vida a ti y a mí, espero llegar a hacerte un hombre de bien, si es que tú quieres tener conciencia de tus deberes". Y aquel niño grande platica a su pequeño niño acerca de la nueva amistad que ha entablado con el cardenal Cybo, "tan grande, que a mí mismo me sorprende". Y así los honores que le acaba de dispensar el Cardenal le proporcionan materia para estimular con más afectuosa seriedad a su querido hijo: "Porque así ya no tienes excusa por tu mal o por las dificultades del aprendizaje de la literatura y de la música, ya que ves cuán grande honor se me dispensa a causa de los escasos conocimientos que yo tengo. Por consiguiente, hijo mío, si quieres darme satisfacción a mí, y hacerte bien y conseguir honores para ti mismo, dedícate a aprender, porque si tú te ayudas, todos los demás te ayudarán".

Pero también con aquel querido hijo, después de los asuntos serios, es necesario que hagan su aparición los jocosos. Le da ocasión para bromear un potrillo que era muy querido para el niño. "Con el potrillo, que se ha mostrado muy alocado, hay que obrar al

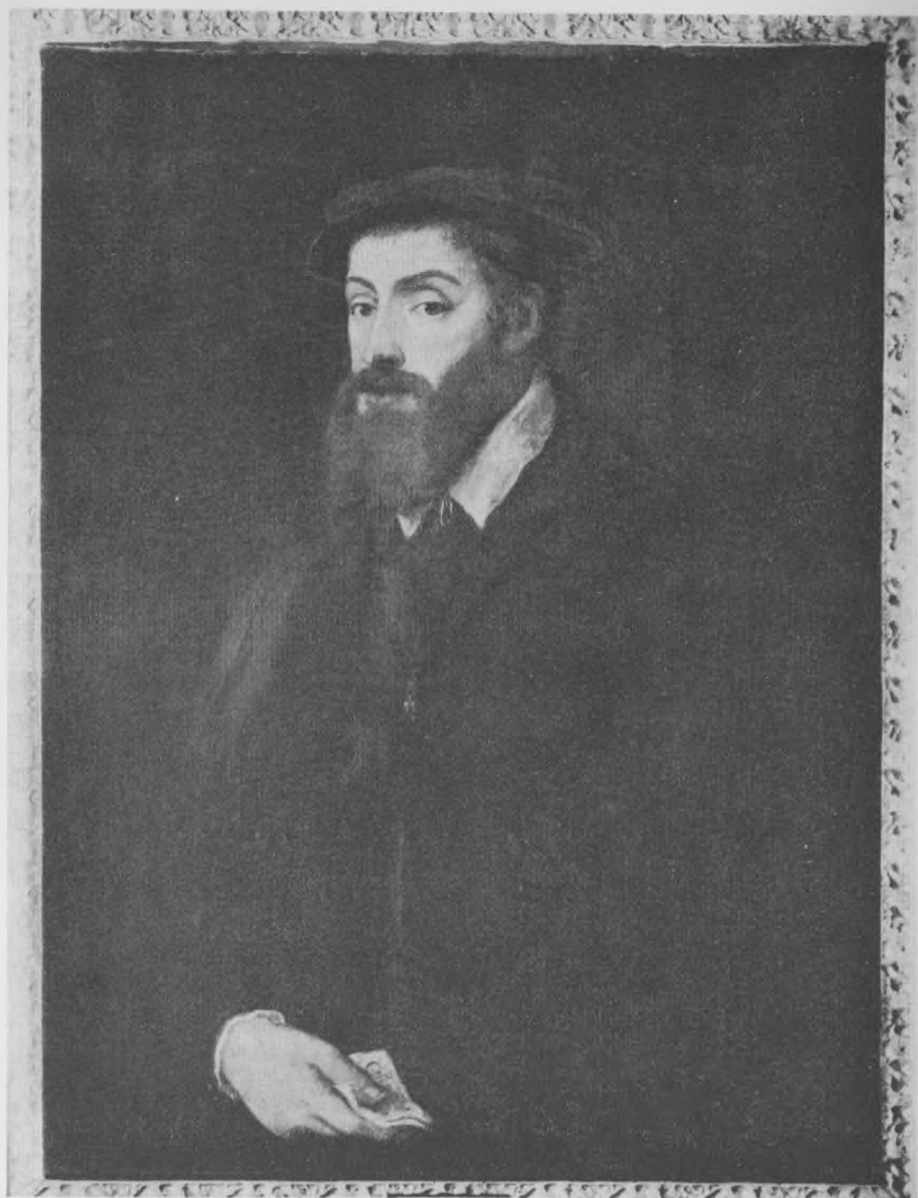


Lámina XV. *Retrato de Carlos I de España y V de Alemania, por Tiziano, en el Museo Nacional, Nápoles. Foto Alinari.*

contrario de los demás locos: porque a los demás locos hay que amarlos, y yo deseo que tú lo desates. Dáselo a Evangelio, y dile que lo lleve a Montepulciano y allí le quite las bridas y el cabestro, dejándolo irse a donde quiera a ganarse la vida y a quitarse lo bronco. El pueblo es grande, y la bestia es pequeña . . ." Aquí parece que el buen padre trate de despertar la fantasía del niño representándole aquel potrillo, tan pequeñito, vagando feliz en busca de aventuras en la vastedad de los bosques de Montepulciano; y se presenta a la mente la idea de que también con sus hijos debió Nicolás de ser un incomparable cuentista. Y después, de pronto, su pensamiento vuelve a los peligros presentes y le parece una eternidad el tiempo que falta para volver a su casa: "Salúdame a la señora Marietta, y dile que estoy por partir de aquí de un día para otro, y que así he estado, no habiendo tenido nunca tantos deseos de regresar a Florencia como ahora: pero no me ha sido posible. Sólo le dirás para consolarla, que tenga la seguridad de que yo estaré por ahí antes de que sobrevengan contrariedades. Besa a Baccina, a Pedro y a Totto si es que se encuentran con ustedes, y me alegraría mucho saber que ya hubiera sanado de los ojos. Vivid felices y gastad lo menos que podáis . . . Cristo os guarde a todos". Así escribía a aquel hijito el que tuvo fama de hombre malvado, cínico, y negador de la Divinidad.

Y aquella promesa de hallarse de nuevo con los suyos antes de que sobrevinieran contrariedades no era vana. Porque efectivamente, el lugarteniente, otro gran florentino, había decidido esto ya hacía tiempo con él en las largas veladas: ayudarían a los territorios de la Romaña mientras ello fuera factible, pero después, "con los soldados italianos que se encuentren y con el dinero que haya quedado, pasarán . . . a salvar a Florencia a toda costa". Para lograr esto, de lo que escribía Maquiavelo a Vettori el 5 de abril,²⁶ era necesario adelantarse al enemigo en tierras de Toscana; aunque el Duque con-temporizador llegara en último término como quería.

Pero más que todo, había que combatir las irresoluciones del Papa, bastante más peligrosas que la resolución de los enemigos, y que la escasa y dudosa decisión de los venecianos. Clemente, hallándose sin dinero para seguir la guerra, y titubeando aún en utilizar los recursos de Simón el mago, que reservaba para más tarde, cuando obtendrá sólo la infamia sin la utilidad, se encerraba cada día más en aquellas pueriles esperanzas de tregua; poco le había enseñado la experiencia que acababa de hacer. El Virrey español,

que había sido el autor de la tregua comprometiendo en ella el nombre del César, escribía a Borbón, capitán de los ejércitos de aquél, que se detuviera; y el Papa tenía sus esperanzas puestas en ello. Borbón continuaba su marcha como si nada hubiera sucedido, y el Virrey le enviaba emisarios, y después se ponía en camino él mismo para detenerlo; y Clemente descansaba en aquellas esperanzas. Pero entre tanto, Borbón continuaba avanzando, y los aliados, viendo que el Papa estaba a punto de faltar a la palabra que les había dado, cada vez más faltaban ellos también.

En vano escribía Guicciardini a Roma y a Florencia acerca de los peligros que implicaba el mencionado acuerdo si los imperiales no lo cumplían como todo hacía temer; en vano Maquiavelo cumplía el mismo oficio con los Ocho y con su amigo Vettori que tan gran parte tenía en el gobierno de Florencia. La carta del 5 de abril, de la que he referido algunas palabras en párrafos anteriores, le escribió desde Forli, a donde había llegado con Guicciardini,²⁷ y con los pocos soldados del Papa que habían quedado con ellos. Los demás los habían ido dejando por el camino, para defender las ciudades que habían ido abandonando. "Se ha comenzado a desmembrar este ejército desde Parma, y hemos continuado en ese plan hasta aquí en Forli", escribía el 11 de abril a los Ocho en una carta que terminaba con estas palabras: "Las cosas han llegado a tal grado, que es necesario o reforzar la guerra, o firmar la paz".²⁸

La paz, pero una paz estable (insistía dos días después continuando el diálogo con su otro interlocutor, Vettori), no un acuerdo "dudoso y confuso como éste, que se firme en Roma y no se observe en Lombardía". Desde Florencia tenían cuidado de contestar que el acuerdo era casi seguro; pero, por favor, era necesario buscar una certidumbre mayor; porque si, por el contrario, se iba a desencadenar la guerra, los sesenta mil ducados que se debían pagar a Borbón como primera garantía del acuerdo, era mejor gastarlos en pagar a los soldados. "De otro modo, si se mantiene un acuerdo confuso, que os obligue a proveer al acuerdo y a la guerra, y no se provee ni a lo uno ni a lo otro, resultará en perjuicio nuestro y en beneficio de nuestros enemigos; los cuales atienden a la guerra, al avanzar contra nosotros; y a vosotros os dejan debatiéndoos entre la guerra y los acuerdos".²⁹

Las mismas cosas, a veces casi con las mismas palabras, escribía en esos mismos días Francisco Guicciardini a Roma y a Florencia. La vida del campamento, que habían compartido durante tantos

meses, y la comunidad de sentimientos, habían allanado los obstáculos que separaban a los dos grandes políticos. Y, habiendo desaparecido las diferencias entre el aristócrata y el hombre del pueblo, entre el práctico y el teórico, entre la prosa y la poesía; Guicciardini estima más a Maquiavelo,³⁰ y Maquiavelo ama más a Guicciardini. El día 16, hablando de nuevo acerca del acuerdo, cuando el Virrey español había llegado a Florencia para determinarlo y hacerlo cumplir a Borbón, quien, sin embargo, continuaba avanzando por el camino de Galeata, *messer* Francisco escribía a los Ocho: "No ha habido nunca un asunto más intrincado y peligroso que éste . . . Ante estas dificultades, y juzgando que el punto más peligroso de todo esto es el hecho de que tengamos a los enemigos en Toscana y nos hallemos desarmados, he decidido según mi escaso entender, ya que en esto no recibo ninguna instrucción en otro sentido, encaminar hacia Florencia todas las fuerzas de que me sea posible disponer . . ."³¹

Esta resolución había sido deseada, y quizá favorecida por Maquiavelo. Y el gran apasionado, al escribir ese mismo día en el mismo tenor que Guicciardini, prorrumpe de improviso en estas palabras: "Yo amo a *messer* Francisco Guicciardini, y amo a mi patria más que a mi propia alma; y yo os digo por aquella experiencia que me han dado sesenta años de vida, que no creo que se hayan tratado nunca asuntos más difíciles que éstos, ahora que la paz es necesaria y la guerra no se puede abandonar; y estando a merced de un príncipe que a duras penas puede realizar su tarea frente a la sola paz o frente a la sola guerra".³² Dicho príncipe, se comprende, era aquel pobre Clemente, que no había resuelto aún, en medio de tantas irresoluciones, si iba a ser príncipe o papa.

"¡Sesenta años!" Todavía no contaba tantos, pero quizá no se jactaba de ellos sólo por dar mayor autoridad a sus palabras, o para redondear el número y la frase: ya sentía que pesaban sobre sus espaldas, y junto con ellos todas las fatigas que había sobrellevado, todas las desilusiones que había sufrido, y todas las pequeñas miserias que suelen abrumar indeciblemente a los poetas y a todos los grandes hombres.

CAPITULO XXIII

EL FINAL

Un hombre que frisa en los sesenta años, con la cabeza inclinada, con el rostro marcado por los sufrimientos de la mente y del alma, un pobre rostro de hombre cansado e infeliz, tal es precisamente el que nos muestra aquel busto florentino de terracota coloreada, en el que se quiere reconocer a Nicolás Maquiavelo:¹ velado por el cansancio y la amargura, aparece un patético resto de aguda y astuta sonrisa, que es lo más característico de nuestro personaje. Si aquel retrato es suyo, ninguna página de escritor podrá narrar nunca mejor la tragedia de Maquiavelo; si no es suyo, no me lo imagino de otra manera en este punto de su vida y de mi libro.

Y al leer su epistolario, no se pueden considerar sus últimas cartas sin volver a ver en la mente esta dolorosa imagen que forma impresionante contraste con las otras que nos lo representan en el vigor de los años y de las ilusiones. El hombre que con los grilletes de la cárcel, con los miembros lacerados por la tortura, bromeaba y sonreía burlescamente, aquel que con la misma sonrisa sufrió durante toda su vida el olvido injusto de los príncipes y la indiferencia de los ciudadanos, dicho hombre ha dejado de pronto de reír, es decir, de defenderse. No se le vuelve a oír tampoco una sola palabra acerca de Bárbara. Su *Exhortación a la Penitencia*² puede ser, o no, de este tiempo que siguió a su regreso del campamento frente a Milán, pero tanto en su rostro como en sus cartas nos parece que se lee por igual el supremo conocimiento que se contiene en los versos de Petrarca con los que la concluyó:

*cognoscer chiaramente
che quanto piace al mondo è breve sogno.*

*(conocer claramente
que cuanto agrada al mundo es breve sueño).*

Por entonces sólo había para él una cosa importante: aquella maldita guerra; y los enemigos continuaban avanzando. Avanzaban igualmente los aliados. Por órdenes del lugarteniente, los soldados de la Alianza ya se aglomeraban para defender la ciudad de Florencia. Llegaron primero las del conde Guido Rangoni; llegaron los infantes que estuvieron a las órdenes de Juan de Médicis, y en seguida los infantes y los jinetes del conde de Caiazzo. Y por último también el tardío duque de Urbino, que se había despertado después de que los florentinos le habían restituido San Leo, se encaminó hacia allá a grandes jornadas. El día 8 se encaminó Maquiavelo con Guicciardini y con los soldados franceses del marqués de Saluzzo, a Brisighella. Desde allí volvió a escribir a Vettori,³ y allí debió de recibir una cartita que le había escrito a Forlì su pequeño Guido, quien le hablaba de los progresos que había hecho en el estudio, prometiéndole para su regreso que le recitaría de memoria todo el primer libro de Ovidio, *Metamorphoseos*.⁴

Aun juzgando sólo por las cartas de las que tenemos noticias (porque ciertamente de muchas de ellas se ha perdido hasta la noticia), se ve que Nicolás escribía a sus seres queridos con una insólita asiduidad en aquellos días de zozobra. Además de las dos dirigidas a Bernardo mencionadas en la carta de Guido, éste alude a otra escrita a Marietta y en parte responde a una suya del día 17. Con la cercanía de los ejércitos, se aproximaba también la hora de la gran aventura. Se despertaban los afectos, al igual que mil diversos pensamientos para poner al seguro la familia, las propiedades y las cosechas. Las casas de campo dispersas, los poblados indefensos han sido en todo tiempo la primera presa de los soldados, y el *Alberguccio* se hallaba junto al camino real. Así que había que transportar parte de las cosechas a la ciudad, en donde serían muy útiles en caso de asedio; sin contar con que, gracias a los bandos de la Señoría, se ahorraban los impuestos.⁵ Hacía falta trasladar también a la ciudad los mejores muebles y utensilios, y llevar todo lo demás al pueblo amurallado de San Casciano.⁶

Nicolás se había preocupado de estas y otras providencias semejantes, como buen amo, encomendándolas mucho en sus cartas a los suyos. Estos estaban finalmente más tranquilos, y el pequeño Guido le escribía: "Ya no nos preocupamos de Lanzichenec, porque nos habéis prometido que estaréis con nosotros".⁷ En efecto, el día 22 estaba en Florencia, un día antes que Guicciardini.⁸

Encontró la ciudad envuelta en pésimos humores y casi en rebe-

lión, y habiendo aumentado el odio de todos para con la casa de los Médicis, contra los que se hallaban disgustados hasta sus partidarios. El inepto y fracasado gobierno del cardenal de Cortona, soportado apenas en tiempos fáciles y tranquilos, se había vuelto insoportable a un pueblo que había sido desollado vivo para pagar la guerra. Guicciardini hizo inmediatamente este pronóstico: "Aun en el caso de que se defienda la ciudad, no se podrá defender el estado".⁹ Y otro día recalca: "El pobre Cortona . . . quiere hacer todo y no sabe hacer nada . . ." ¹⁰ Hacía poco había enviado Clemente al cardenal Ridolfi su primo, arzobispo de la ciudad, para que lo apoyara; pero como por amistad o por parentesco se hallaba ligado con aquellos ciudadanos prominentes que hostilizaban al gobierno, su llegada ocasionó efectos contrarios a la intención del Papa.¹¹ A últimas fechas había llegado también el cardenal Cybo quien, como extranjero, no tenía autoridad ni simpatía entre el pueblo; así pues, las cosas iban de mal en peor para los Médicis. La primera refriega se verificó cuatro días después de la llegada de Maquiavelo. Los alrededores de la ciudad se hallaban atestados de soldados; eran soldados amigos, pero se portaban peor que los enemigos, robando, incendiando, violando mujeres. Los florentinos no estaban dispuestos a permitir que tales defensores entraran en la ciudad, y los jóvenes más animosos estaban solicitando las armas. El de Cortona se resistía, temiendo que fueran a volverse contra él; pero, ante los consejos de Ridolfi y de los ciudadanos principales, finalmente dispuso que les fueran entregadas el 26 de abril.

De manera que aquel día la plaza de los Señores se hallaba llena de jóvenes impacientes, cuando la prepotencia de un soldado hizo levantarse un leve rumor. Entre tanto los cardenales Cortona, Ridolfi y Cybo habían montado a caballo junto con el joven Hipólito para ir a encontrar al duque de Urbino, y alguien hizo correr la voz de que los Médicis se escapaban. Inmediatamente se ve correr jóvenes de todas partes, viéndose el Palacio lleno en un momento; allí acuden también ciudadanos de mayor grado y edad y hasta muchos partidarios de los Médicis: quieren aquel estado, pero no aquel gobierno. El mismo *gonfaloniere* Luis Guicciardini, hermano de Francisco, presentándose en la puerta, llama por su nombre a algunos de los ciudadanos más encumbrados y los invita a entrar, dando señales de consentir, pero de no haber comprendido qué es lo que se desea. Pero dentro, los jóvenes impacientes exigen a la Señoría con amenazas y con golpes que proclame rebeldes a los Médicis, que resta-

blezca el gobierno de la ciudad como estaba en tiempos de Soderini, y que haga sonar la campana más grande a fin de que el pueblo se levante en armas.

Mientras que estas cosas se deliberan y se exigen en Palacio, los cardenales, habiendo tenido noticia del suceso, corren a toda prisa a Florencia, y se encaminan a la plaza; se hallan con ellos los capitanes de la Alianza y buen número de soldados. Los de dentro se defienden con piedras, y los de fuera tienen artillería; si el Palacio fuera tomado por la fuerza, los más escogidos ciudadanos de Florencia perecerían a filo de espada, y quizá la ciudad sería saqueada. Entonces el cardenal Ridolfi y *messer* Francisco Guicciardini, movidos por su amor a la patria, ruegan a Federico de Bozzolo que acuda al Palacio a tratar el acuerdo.¹² El intento no da resultado en el primer momento, y vuelve con el lugarteniente, logrando concluir los tratados con un perdón general; los cuales tratados son firmados después por los cardenales y por el duque de Urbino.

Nadie dice dónde se haya encontrado Maquiavelo durante esta efímera revolución, que los historiadores de Florencia llaman "el tumulto del viernes"; pero lo deducimos por el hecho de que por ahora se halla ligado doblemente con Guicciardini, tanto por la amistad, como porque las funciones que en estos últimos tiempos tenía junto al lugarteniente y los soldados del Papa, no estaban bien definidas. Guicciardini había ido aquella mañana a buena hora a encontrar al duque de Urbino, precediendo a los cardenales, y yo tengo por seguro que Maquiavelo lo acompañaba. En este caso, al regresar a Florencia junto con su *messer* Francisco, él se habrá encontrado con el cuerpo en la plaza en medio de los asaltantes y con el alma en Palacio entre los defensores; allá dentro se encontraban todos sus amigos, comenzando por Francisco Vettori y por Bartolomé Cavalcanti; allá dentro, se hallaba la República libre de Florencia.

Entre tanto Borbón se había aproximado a la ciudad, atravesando el valle del Arno. Pero dándose cuenta de que Florencia era un hueso demasiado duro para él, ya que se hallaba fuertemente defendida por sus murallas y por sus soldados, desde Montevarchi emprendió súbitamente el camino de Roma, deshaciéndose hasta de la artillería ligera para hacer más rápidamente el viaje.

Muy tarde se decidió a seguirlos el duque de Urbino; los soldados de la Iglesia lo precedían por una jornada. Para acompañar a éstos, Francisco Guicciardini partió de Florencia el 2 de mayo; y parece que se hallaba con él, ya inseparable, Maquiavelo. Iban ellos "con

todo aquel orden y comodidad con los que van los soldados cuando se dirigen a socorrer a quien puede esperar"; porque ninguno podía ni remotamente imaginar que una ciudad como Roma no se pudiera defender dos o tres días, que eran los que les llevaba de ventaja Borbón, de una chusma de soldados sin buenos capitanes, sin orden y sin artillería. Solamente el conde Rangoni, "tomando consigo un contingente de 5 000 infantes y 1 000 caballos ligeros, se decidió a ir prontamente a Roma".

Pero Borbón, que hacía el viaje a la desesperada, llegó antes que él; esto fue la tarde del 4 de mayo. Encontró la urbe absolutamente desprovista de defensores. Habiendo puesto en orden a su gente al día siguiente, la mañana del día 6 presentó la batalla entre la gran puerta del Borgo y la de Santo Spirito. El murió al primer asalto a causa de un arcabuzazo, del cual se gloriaba Benvenuto Cellini, pagando así a la victoria el tributo por su traición; y entonces aquellas hordas endemoniadas, no teniendo ya más mira que la avidez del robo y del estupro, combatieron ferozmente durante dos horas. No contando con artillería de ataque, destruyeron con las manos las débiles defensas, y al final dominaron a los pocos hombres que se habían alistado para la defensa. El Papa apenas tuvo tiempo para refugiarse en su Castillo, en tanto que los católicos españoles, compitiendo con los lanceros luteranos, se dedicaban sin que nadie se lo impidiera, a profanar la ciudad que un día había dominado al mundo con los césares y ahora lo dominaba con Cristo. Sólo mencionamos aquí los atropellos de las personas y cosas sagradas, los escarnios, los robos y los estupros, para no dejar incompleto el apocalíptico final de la tragedia que había sido ya prevista por Maquiavelo. Por segunda vez en pocos meses "Cristo está cautivo en su vicario"; y esta vez con impiedad más prolongada y cruel.

La ruina de Roma y del papa Médicis llevó consigo, como era forzoso, la ruina del Estado florentino de los Médicis. Allí la noticia, terrible para todo corazón cristiano e italiano, no llegó antes del día 11; y causó tan gran estupor a todos los florentinos, que de pronto no pensaron en aprovecharse de ella. Un plebiscito que se proclamó el día 16 en Palacio decidía que se restableciera el Gran Consejo propuesto por Savonarola y que los dos Médicis más jóvenes quedaran como ciudadanos particulares. Así parecía que iban a quedar resueltas las cosas. Pero los florentinos no se sentían seguros teniendo a los aguiluchos en el nido. Inmediatamente comenzaron las quejas y las sospechas, las hablillas y los rumores, hasta que



Lámina XVI. *Busto de Maquiavelo en terracota, de autor desconocido (s. XVI), Florencia. Foto Alinari.*

los Médicis, luego de haber sido exhortados a partir por su propia seguridad y por la tranquilidad de la ciudad, emprendieron el camino del destierro el día 17, en medio de una multitud ni obsequiosa ni maldiciente, mostrándose conformes en seguir la voluntad del pueblo. El Papa, al tener noticia de esta retirada, en medio de la desgracia en que había caído, mostró que se hallaba de acuerdo; por lo cual Maquiavelo le hará una broma en estos sus últimos días, diciendo que regalaba lo que ya no era suyo. Clemente VII, que le había hecho menos favores que Soderini y se había dejado engañar con mucha mayor simpleza, no podía esperar más benignas ironías.

Pero entre tanto Maquiavelo seguía viajando y trabajando a fin de ayudar en lo que fuera posible a los asuntos del Papa. Habiendo ido junto con Guicciardini hasta Orvieto, según creo yo, desde allí el lugarteniente, "al tener noticia de los crudelísimos sucesos de Roma", lo envió a Civitavecchia, donde se decía se hallaba refugiado el Papa y donde, aunque aquel aviso no hubiera sido verdadero, se hallaba Andrés Doria con sus naves, que en aquellas necesidades eran de una gran utilidad. Así pues, en Civitavecchia, desde donde escribió a Guicciardini para informarlo acerca de lo que había tratado con Doria,¹³ fue donde debió de tener noticia del cambio de gobierno en Florencia. Siendo republicano de corazón y desempeñando no obstante los oficios de emisario del gobierno de los Médicis, ahora que su patria volvía a convertirse en República libre, se hallaba una vez más del lado de quien perdía. Inmediatamente se dispuso para regresar.¹⁴

Mientras se aproximaba a Florencia con pocos compañeros y muchas reflexiones, por entre los campos y los poblados que hacían fiesta, en aquel nuevo florecer de la naturaleza y de la libertad, se le oía suspirar varias veces.¹⁵ Lo abrumaba el dolor de que, al haberse comprometido con el Papa y con aquellos "señores Médicis" a quienes él siempre había tenido poco afecto, ello le impediría ahora, si la suerte no lo favorecía, servir al nuevo gobierno, conforme a su genio, con todo su corazón.

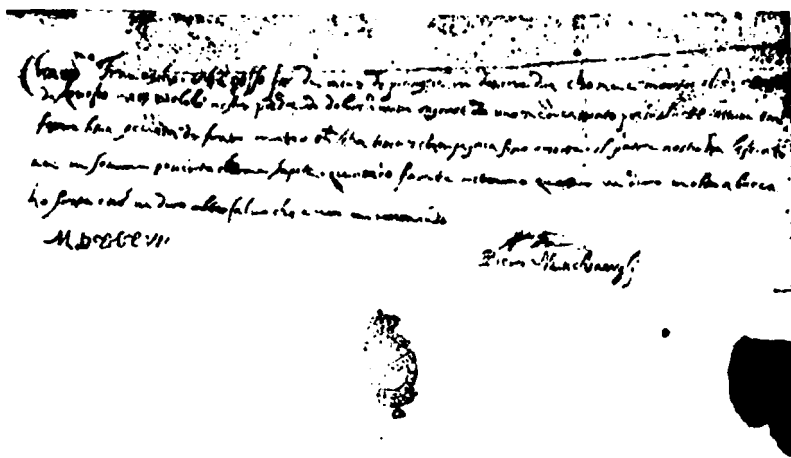
Lo angustiaba asimismo la preocupación de sí y de los suyos, lo espantaba la odiada ociosidad, y el tener que sufrir una estrechísima pobreza. Quizá repetía para sí aquellas palabras que había puesto en boca de su *messer* Nicia: "En estas tierras el que no tiene propiedades, no encuentra entre sus conocidos ni un perro que le ladre".¹⁶ El cambio de 1512 lo había sorprendido todavía joven, en el vigor de las fuerzas y de las esperanzas; éste del 27 ya lo encontraba

anciano, cansado, desilusionado. En aquella ocasión, con tal de ser utilizado, se hubiera conformado con "comenzar acarreando piedras"; ahora ya no hubiera podido hacerlo. Quizá ya ni siquiera lo tentaba el recuerdo de sus veladas solitarias en el *Albergaccio*, poblado de nombres ilustres; sentía como si aquellas páginas eternas le fueran arrancadas todas del corazón. Ya no tenía a quién decirle "¡heme aquí!", ni redentor alguno a quien invocar en medio de tanta ruina de Italia.

Realmente pocas eran las esperanzas que podía abrigar de que, al ser destituidos los Médicis, se le restituyera a él lo que los Médicis le habían quitado: su querido oficio en la segunda Cancillería. Conocía bien las inclinaciones de la ciudad y sabía que el nuevo gobierno estaba formado totalmente por *piagnoni*, a quienes no podía agrandar un Maquiavelo. No obstante, hizo algunos intentos de conseguirlo con la ayuda de los amigos, principalmente de Zanobi Buon-delmonti y de Luis Alamanni,¹⁷ según refiere un florentino contemporáneo, de quien no sería razonable dudar. Esto era lo que había quedado al anciano poeta: a ratos todavía podía soñar.

Y sucedió, dada la sensibilidad del espíritu humano, que sintióse herido de muerte una vez más cuando, el 10 de junio fue nombrado para el citado cargo aquel Francisco Tarugi que era desde hacía dos años primer secretario de los *Ocho di Pratica*¹⁸ que acababan de ser suprimidos. El gobierno de los Médicis no lo había querido mantener en el cargo que le había dado el gobierno republicano; y el gobierno republicano, en lugar de volver a llamar a su antiguo secretario, confirmaba ahora en su cargo a un secretario elegido por el gobierno de los Médicis. El primero había preferido un Nicolás Michelozzi a un Maquiavelo; el segundo prefería un Francisco Tarugi.

Y mientras en el colmo de la alegría por la libertad recuperada se veía a los ciudadanos abrazarse por las calles, y a la ciudad rebo-sando tal felicidad "que no había nadie a quien no le pareciera . . . haber casi resucitado",¹⁹ este gran ciudadano, el más grande después de Dante y Miguel Angel, era mirado con malos ojos y esquivado casi por todos. Se le hubiera perdonado fácilmente el haber aceptado algún humilde encargo de los Médicis; pero no se le perdonaba aquella grandeza que lo hacía tan diverso de los demás aun en sus costumbres, atrevido en sus palabras, y descarado en sus vicios. "Todo el mundo lo odiaba a causa del *Príncipe*; a los ricos les parecía que aquel *Príncipe* había sido un documento para enseñar al Duque "a despojarlos a ellos de todas sus propiedades, y a los po-



*Carta de Pedro Maquiavelo a su tío Francisco Nelli,
en la que le comunica la muerte de su padre.*

bres de toda su libertad; a los *piagnoni* les parecía que era un hereje, a los buenos un deshonesto, a los malvados más malvado o más audaz que ellos: de manera que todos lo odiaban".²⁰ Así escribía Busini, escritor de mala lengua y peores intenciones, pero que al menos en estas palabras fue un fiel reflejo de la malevolencia y maledicencia de sus conciudadanos.

Suspiraba Maquiavelo; después recordaba quién era, y mezclaba a sus suspiros algunas fatigadas bromas a propósito de la simpleza del Papa.²¹ Pero para él todo había terminado. Los ajetreos de los últimos meses, cuando, avanzado en años y en desengaños, bajo el azote del sol, de la lluvia y de la nieve, perseguía a caballo, de la Romaña a Roma, las últimas ilusiones suyas y de toda Italia, habían agotado las energías que le quedaban. Después de las recientes amarguras, la mala disposición de su ánimo agravó, como suele suceder, la de su cuerpo; y no podía esperar otra cosa de su naturaleza apasionada, oculta debajo de la risa burlona y el aspecto desafiante.

Habiendo caído enfermo después de la elección de Tarugi, tomó el día 20 la habitual medicina, aquellas famosas píldoras a las que recurría en todos sus malestares; y que no tenían, ¡pobre del gran Nicolás!, mayor virtud curativa que los remedios que él dictaba a los príncipes y a los capitanes de su época. En efecto, no le trajeron

ningún beneficio, al contrario, fue atacado en breve por crudelísimos dolores intestinales y pronto se puso muy grave, al grado de creerse que ya no había esperanzas.²² Se hallaban a su alrededor los pocos, pero buenos amigos que le habían quedado: Francisco del Nero, el gentil Zanobi Buondelmonti, el poeta Luis Alamanni, Jacobo Nardi, buen literato y mejor ciudadano, y Felipe Strozzi, a quien la participación que acababa de tener en la liberación de su patria le proporcionaba nuevo favor y nuevo odio, además de los que le daban su nobleza y sus riquezas.

El enfermo yacía postrado por los dolores del ánimo y por los que le atormentaban las entrañas, interrumpidos a veces por extrañas dulzuras. Pensaba en sus hijos, en su patria, en *messer* Francisco Guicciardini, el cual podría todavía tener la felicidad de continuar tratando asuntos de Estado, aunque ellos fueran infelicitísimos. Pensaba en su estudio del *Albergaccio* y en el de Palacio, en el que otro escribía las cartas de la República, tan insípidas y sosas junto a las suyas; en los bosques de San Casciano y en su pajarera, a la que regresarían los tordos en las dulces nieblas del otoño. Quizá pensaba en todas estas cosas, grandes y pequeñas; así como en las mujeres y en la vida que ya rechazaban aquella avidez que él desplegabá. A ratos el pensamiento de la muerte le parecía insoportable, a ratos le servía de refugio y descanso. Pero, aun en tanta debilidad e infelicidad él seguía siendo siempre "Maquia". Quiso demostrarlo a sus amigos y burlarse junto con ellos de aquella perversidad de su fortuna, rebelarse ante tamaña desgracia, quizá ante la zozobra que lo invadía. Y entonces, dominando su angustia, comenzó a bromear y a chancear, como si quisiera emular en su intrepidez en el lecho de muerte a Juan de Médicis, su último héroe.

Y comenzó a narrarles, con la misma agudeza de sus buenos tiempos, cierto sueño que decía haber tenido; si bien todo era inventado. Les contó que había visto un corto grupo de pobres, harapientos, macilentos y demacrados; al preguntar quiénes eran, había oído responder que eran los Bienaventurados del Paraíso, de quienes se lee en la Escritura: *Beati pauperes quoniam ipsorum est regnum caelorum*. (Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos). Cuando éstos hubieron desaparecido, se le había presentado una multitud de personajes de noble aspecto, con vestiduras regias y curiales, conversando gravemente acerca de asuntos de Estado; entre los que reconoció a Platón, a Plutarco, a Tácito y a otros hombres famosos de la antigüedad. Habiendo preguntado quiénes

eran estos recién llegados, se le dijo que eran los condenados del Infierno; porque está escrito: *Sapientia huius saeculi inimica est Dei*. (La sabiduría de este mundo es enemiga de Dios). Cuando éstos desaparecieron, se le preguntó con quiénes deseaba estar. Respondió que prefería ir al Infierno con aquellos grandes hombres a conversar sobre asuntos de Estado más bien que al Paraíso con los harapientos que había visto antes. Este fue el último cuento de aquel grande y casi totalmente inédito cuentista. Pero lo que no es cierto es que en seguida, después de haber narrado "este tan celebrado sueño", Maquiavelo haya muerto "con grandes muestras de disgusto, maldiciendo".²³ Partieron los amigos, y quedóse solo con los suyos, se recogió en sí mismo, disponiéndose serenamente para el gran viaje. y "dejó que fray Mateo lo absolviera de sus pecados", quedando éste a su cabecera hasta sus últimos momentos.²⁴ Murió el 21 de junio, y el 22 fue sepultado en Santa Croce.²⁵

Como en la vida, así en la muerte. En aquellas atrevidas expresiones de la víspera y en aquel cambio súbito a la seriedad, se halla encerrado todo Maquiavelo:

*Io rido e il rider mio non passa drento,
Io ardo e l'arsion mia non par di fore.*

*(Río, y mi risa no penetra dentro,
Ardo, y mi ardor no se percibe fuera).*

Aquel que, al anochecer, se despojaba de sus ropas de campo cubiertas de polvo y se revestía con dignidad, a la hora de la muerte iba igualmente a vestir sus ropas curiales; como en sus famosas cartas a Guicciardini, después de las palabras frívolas o burlonas iba a pasar a las serias; como en la conclusión del *Príncipe*, así en la conclusión de su vida debía invocar finalmente "a un redentor".

CAPITULO XXIV

EL PROFETA DESARMADO

La muerte, que suele dar finalmente a los hombres la justa fama y paz, no trajo a Maquiavelo al principio más que guerra e infamia. La desventura, después de haber hecho presa sobre una parte tan grande de su vida, se cebó como una hoguera sobre sus cenizas indefensas. Habiendo cambiado muy pronto el escenario de los tiempos, pero no la calidad de los hombres, el Secretario florentino fue "hecho blanco de todas las imputaciones, por haber sido maestro y por haber sido infeliz";¹ sus páginas inmortales, impresas con gracia y privilegio de un papa, fueron condenadas y prohibidas por otro.²

El maquiavelismo, padre e hijo al mismo tiempo del antimachiavelismo, nació, creció y fue bautizado en tierra de Francia,³ por odio a quien un día había dicho que los franceses no entendían nada de política. Así se convirtió en signo de injuria y vituperio a aquel nombre del que se llegó a decir que era superior a cualquier elogio: sobre él se acuñaron sustantivos, adjetivos y verbos; y en torno a él se formó una leyenda con sabor de maquinación.

Pocas veces una injusta infamia se ha ensañado durante tan largo tiempo sobre un hombre. Aun cuando, al llegar finalmente el tiempo de su reivindicación, Maquiavelo resurgió con el resurgimiento de su nación como un hombre apasionado y generoso, mientras que hasta entonces había sido considerado como un gran escritor, pero frío e inhumano, hubo necesidad de quebrantar los prejuicios con el otro prejuicio de que se dan los cetros a los tiranos para destruir sus laureles. Hasta su primer gran biógrafo, Pascual Villari, no pudo quitarse de encima aquel oscuro e inveterado fardo de la culpa, y siempre se sintió a disgusto al escribir acerca de él. Nota agudamente Pistelli que él "admira a su protagonista pero no lo ama, a pesar de que hace todo lo posible por encontrar siempre una excusa para él".⁴ En cambio, yo sí lo amo, y no siento la necesidad

de excusarlo, sino más bien de entenderlo, y de aproximarse a él en aquellos múltiples trabajos que tan humanamente soportó.

Ya no hay hoy día hombre que ose repetir con Capponi⁵ que él tenía "un talento malvado". No cabe duda que aquella "crueldad de sus desesperadas sentencias" debía tener para él un sabor demasiado acre en el gran edificio de la calle San Sebastiano, en el que también yo pasé mis primeros años y respirando en ese ambiente: ¡y que el gran Gino (Capponi) perdona a este degenerado sobrino! Quizá en aquel tiempo y dentro de aquellos muros no se podía juzgar de otra manera; hoy sabemos mejor qué pensar de todo ello, a pesar de que ni siquiera los filósofos se han puesto de acuerdo acerca de la filosofía de Maquiavelo: el cual, como alguno de ellos ha terminado por admitir, ciertamente no fue un filósofo.

Fue, y como tal quedará, un político, un artista, y un poeta, que junto con el raciocinio científico poseyó los súbitos y variados impulsos de los poetas y de los artistas; y aunque no se puede poner en duda la fundamental coherencia y lógica de su pensamiento, es necesario tener en cuenta aquellos impulsos⁶ y aquella índole suya tan variada y llena de contrastes, para poder comprender lo que se ha llegado a llamar el enigma de Maquiavelo.⁷ Después de haber tratado de describir esta índole con palabras mías en las páginas anteriores de este libro, será mejor describirlo con las palabras que utilizó el mismo Secretario para otro gran florentino: "Se veía que en él se encerraban dos personas diversas, atadas con ataduras casi imposibles".⁸

Hemos aprendido muy bien a considerar aquellas "desesperadas sentencias" como duras y puras proposiciones científicas, dolorosamente separadas de toda consideración extrínseca, dictadas bajo el signo de una necesidad férrea⁹ por las necesidades intrínsecas del estado. Pero sabemos que frecuentemente Maquiavelo escribía *Estado* y pensaba *Patria*; y sabemos además que, aunque muchas páginas de los *Discursos* y del *Príncipe* parecerían favorecer la conclusión de que "la patria es el límite y el presupuesto de la moralidad de Maquiavelo",¹⁰ se le debe reconocer a éste un concepto de la moralidad que va más allá de dicho límite,¹¹ y admitir que en su obra se encuentran "señales manifiestas de austeridad y de dolorosa conciencia moral".¹²

"De alta montaña" ha sido calificada su ética;¹³ y esta imagen, que aunque no es hermosa, es expresiva, podría servir también para su religión.¹⁴ Y a mí me parece muy natural que, al hablar acerca de

ella, haya querido someterla al Estado, haciendo de ella casi un *instrumentum regni* (instrumento de gobierno); como se ha escrito, "toda forma de actividad humana, al entrar en acción, se sirve de todas las demás".¹⁵ Pero era difícil que en los años de sangre y fuego de la Contrarreforma, quien considerara aisladamente ciertas máximas separadas del edificio del pensamiento de Maquiavelo, no las reuniera con sus famosas invectivas contra la corrupción de la Iglesia Romana que había traído la ruina de la religión y de toda Italia, y había "desarmado al Cielo", así como con las demasiadas bromas acerca de la escasa asiduidad del Secretario florentino a las prácticas del culto *et similia*¹⁶ (y otras cosas semejantes), amplificadas por quien "se calumniaba hasta a sí mismo".¹⁷

Se hizo un fardo con todo esto, y pasó a aumentar el ya formidable de los equívocos y de los escándalos suscitados por la atrevida ética de Maquiavelo; y así se fue formando y solidificando con los siglos un cúmulo estratificado de prejuicios bajo el cual quedó profundamente sepultada la conciencia religiosa y cristiana del Secretario florentino. ¡Y tanto pesan los prejuicios, máxime cuando están petrificados por el tiempo, que hasta las piadosas y tristes páginas de su *Exhortación a la penitencia*, que con mucha razón han sido llamadas el culmen del pensamiento cristiano de Maquiavelo, han llegado a ser juzgadas aun por los más sagaces investigadores modernos, defensores de su religiosidad, como una carcajada burlesca!¹⁸

Así como no bastaron las reverentes palabras que escribió el Secretario en su madurez acerca de "tan gran hombre" (Savonarola), para hacer olvidar las irreverencias y las burlas que había tenido contra el religioso,¹⁹ igualmente durante mucho tiempo no pudieron remover los prejuicios inveterados, ni la predilección que sentía para con los pueblos que habían conservado la pureza original de la religión cristiana, ni la admiración que profesaba a quienes seguían "el ejemplo de la vida de Cristo", a los religiosos que "seguían las huellas de San Francisco", y a los soldados "llenos de temor de Dios".²⁰

Y no bastaron, porque no había quien comprendiera su "cristianismo sustancial"²¹ y la íntima religiosidad de su conciencia, que se desprende de toda su obra; no le sirvió de nada el haber escrito: "Así como donde hay religión se presupone todo bien, así donde aquélla falta se presupone lo contrario";²² y otras sentencias semejantes, las que en sus escritos son tan abundantes, que llegó a haber quien

compilara para edificación de los fieles, en el siglo pasado, una colección de *Máximas religiosas extraídas fielmente de las obras de Nicolás Maquiavelo*.²³ Este curioso florilegio, exactamente igual que ciertas páginas de algunos apologistas modernos, nos hace pensar en un jinete que, al saltar a la silla con demasiado impulso, cae del lado contrario. Y los apologistas no son menos perjudiciales que los más feroces impugnadores.

Se recuerdan, al ver todo esto, los temores que experimentaba Maquiavelo cuando iba a tomar un camino "por el que nadie había transitado antes", y aquellas palabras de Felipe Casavecchia, escritas medio en broma, medio en serio, cuando descubría en el Secretario "al mayor profeta que hubieran tenido jamás los hebreos y cualquier otra nación".²⁴ Era un profeta, pero un profeta desarmado él también, por lo cual tenía que verse sujeto a la misma suerte a la que había condenado a sus semejantes; no obstante que sólo fueron quemados sus libros y su efigie. Y necesariamente había de resurgir de la hoguera *post fata* (después de sufrir su destino) para tomar su desquite, con aquellas armas que están en manos de los profetas y los hacen invencibles.

SIGLAS Y CITAS ABREVIADAS

(Estas abreviaturas indican algunas de las obras más frecuentemente citadas. Las indicaciones completas de todas las demás obras que han sido citadas en las notas se encontrarán fácilmente con la ayuda del índice de los nombres).

A. H. I. = *Archivo Histórico Italiano*, Florencia, 1842 sigs.

Alderisio = Félix Alderisio, *Maquiavelo. El Arte del Estado en su acción y en sus escritos*. Segunda edición. Bolonia, C. Zuffi, 1950.

Gerber = Adolfo Gerber, *Niccolò Machiavelli, Die Handschriften, Ausgaben und Uebersetzungen seiner Werke*, etc., Gotha, Perthes, 1912-1913 (1^{rs} facsímiles, Munich, Riffarth y C., 1914). 3 partes, y un cuadernillo de facsímiles.

Guicciardini, Obras Inéditas = Francisco Guicciardini, *Obras Inéditas*, anotadas por José Canestrini y publicadas bajo el cuidado de los condes Pedro y Luis Guicciardini, Florencia, 1857-1867. Diez volúmenes. (Se cita solamente esta antigua y nada ejemplar edición sólo para las cartas posteriores a 1521; de las demás obras de Guicciardini serán citadas en su oportunidad obras más recientes y correctas).

— *Cartas fam.* = Nicolás Maquiavelo, *Cartas familiares*, publicadas bajo el cuidado de Eduardo Alvisi, Florencia, Sansoni, 1883.

— *Cartas L.* = Maquiavelo, *Cartas* (a cargo de José Lesca), Florencia, Renacimiento del Libro, 1929. (Edición que contiene algunas correcciones, pero que carece de casi todas las cartas dirigidas a M., de las de M. que fueron descubiertas después de la edición anterior y también, por púdica omisión, de la tan famosa del 25 de febrero de 1514).

— *Historia de Florencia* = Maquiavelo, *Historia de Florencia*. Texto crítico con introducción y notas a cargo de P. Carli, Florencia, Sansoni, 1927, dos volúmenes.

Opera MC. = Nicolás Maquiavelo. *Todas las obras históricas*

- y literarias, a cargo de Guido Mazzoni y Mario Casella, Florencia, G. Barbera, 1929.
- *Opera P.* = Nicolás Maquiavelo, *Sus Obras*, a cargo de P. Fanfani y L. Passerini (del vol. II en adelante, de L. Passerini y G. Milanesi), Florencia, Tip. Cenniniana, 1873-1877. Seis vols. (Edición que ha quedado incompleta).
- *Opera U.* = Nicolás Maquiavelo, *Obras completas*, nuevamente reunidas conforme a las mejores ediciones y a los manuscritos originales y enriquecidas con anotaciones de un compilador del Archivo Histórico Italiano. Volumen único. Florencia, Usigli, 1857.
- P. H. A. T.** = *Periódico Histórico de los Archivos Toscanos*, Florencia, 1857-1863.
- P. H. L. I.** = *Periódico Histórico de la Literatura Italiana*, Turín, 1883 sigs.
- Ridolfi, Opúsculos** = Roberto Ridolfi, *Opúsculos de historia de la literatura y de erudición: Savonarola, Maquiavelo, Guicciardini, Giannotti*. Florencia, Bibliópolis (L. S. Olschki), 1942.
- Russo** = Luis Russo, *Maquiavelo*. Tercera edición aumentada. Bari, Laterza, 1949.
- *Escritos inéditos* = Nicolás Maquiavelo, *Escritos inéditos referentes a la historia y a la milicia* y anotados por José Canestrini. Florencia, Barbera, Bianchi y C., 1857.
- Toffanin** = José Toffanin, *El siglo XVI* (en "Historia literaria de Italia"), Milán, Vallardi, 1929.
- Tommasini** = Orestes Tommasini, *La vida y los escritos de Niccolò Machiavelli*, Roma, Loescher, 1883-1911. Dos volúmenes (el segundo en dos partes).
- Villari**¹ = Pascual Villari, *Nicolás Maquiavelo y sus tiempos*, con las aportaciones proporcionadas por nuevos documentos. Florencia, Sucs. Le Monnier, 1877-1882. 3 vols.
- Villari**² = Segunda edición revisada y corregida por el autor. Milán, Hoepli, 1895-1897. 3 vols.
- Villari**⁴ = Cuarta edición póstuma a cargo de Miguel Scherillo. Milán, Hoepli, 1927, 2 vols.
- A. E. F.** — Archivo del Estado en Florencia.
- A. E. R.** — Archivo del Estado en Roma.
- B. L. F.** — Biblioteca Mediceo-Laurenziana de Florencia.
- B. N. F.** — Biblioteca Nacional de Florencia.
- B. R. F.** — Biblioteca Riccardiana de Florencia.
- M. B.** — Museo Británico de Londres.

NOTAS

Por regla general, no hago mención en estas notas de las obras que considero han quedado absorbidas por otras que aquí cito. Se podrá encontrar una amplia bibliografía acerca de Maquiavelo, que incluye 2 143 números, de los años 1740 a 1935, en A. NORSI, *El principio de la fuerza en el pensamiento político de M.*, seguido de una *Aportación bibliográfica*. Milán, Hoepli, 1936.

NOTAS AL CAPITULO I

¹ R. Ridolfi, *Vida de Jerónimo Savonarola*, pp. 277 y sig., y 318.

² B. Agnoletti, *Alejandro Braccesi*, etc., Florencia, Seeber, 1901; cfr. R. Ridolfi, *op cit.*, pp. 206, 221 y sig., y 355. Los *Carmina* de Bracci fueron magistralmente editados en fecha reciente por A. Perosa, Florencia, "Bibliopolis" (L. S. Olschki), 1944.

³ P. Litta, *Familias célebres italianas*. Familia Maquiavelo; Villari, vol. I^a, p. 277 sig.

⁴ Tommasini, basándose en ciertos ataques que hacían a Nicolás sus enemigos políticos, sostiene que Bernardo era hijo de padre ilegítimo; pero a mí me parece más probable que tales ataques se hayan debido a que su padre era a *specchio*, es decir, deudor insolvente del gobierno. Es cierto que Cerretani escribe en sus *Recuerdos*: "Nicolás Maquiavelo, canciller, hijo de un bastardo de los Maquiavelo" (cfr. Tommasini, II, 959); pero es necesario observar que estas palabras son dichas con mala intención por odio a Soderini y a su "ítere", y que la palabra *un* está tachada: por consiguiente podría interpretarse como un desprecio hacia aquella rama decaída y, según él, degenerada de la familia. El asunto queda muy, muy confuso, ya que hay pruebas de la legitimidad de Bernardo (Tommasini, I, 482); cuando más, debería tratarse, pues, de una sospecha (permitaseme el juego de palabras) de ilegitimidad . . . natural. Todo esto lo hago notar por escrúpulo de historiador; no por limpiar a Maquiavelo de la deshonra, que no lo sería, de un padre espurio.

⁵ G. Baldelli, *Elogio de N. M.*, Londra (Florencia), 1784; de todas maneras, es seguro que Bernardo era doctor, como lo demuestra el tratamiento de *messere*

que se le da en los documentos públicos, y que en esa época era usado muy rigurosamente; que ejerciera, pero poco y con pocas ganancias, la profesión, como añado en el texto, se sabe por el *Libro de recuerdos* que cito aquí en seguida. Es solamente una suposición, claro está, pero podría ser que las palabras que pone Nicolás en labios de *messer Nicia*, que es también doctor en leyes, en la tercera escena del segundo acto de la *Mandrágora*, las haya escuchado a menudo de su padre bromista.

⁶ *Libro de recuerdos de Bernardo Maquiavelo*, bajo el cuidado de C. Olschki, Florencia, Le Monnier, 1954. Estos recuerdos abarcan desde el 30 de septiembre de 1474 hasta el 19 de agosto de 1487. Nada habían sabido hasta aquí los biógrafos acerca de los primeros estudios y la familia de Nicolás; y yo tampoco había podido encontrar más que lo poco que se puede descubrir en los registros públicos y que a ellos se les había escapado. Mucho debemos, pues, a César Olschki por haber descubierto y editado con impecable diligencia el precioso librito de Bernardo. Pero es mucho mayor aún la deuda que yo he contraído personalmente con él por la gentileza con que se sirvió poner a mi disposición las pruebas de imprenta de su libro.

⁷ Entre los libros que había comprado, o que de cualquier manera poseía, encontramos las *Décadas* de Tito Livio, Macrobio, Prisciano, *Donato Acciaoli sopra l'Etica di Aristotele*, y las *Décadas* de Biondo; entre los que tenía prestados, las *Filípicas*, *De officiis*, *De oratore*, la *Etica* de Aristóteles, la *Cosmografía* de Ptolomeo, un Plinio en lengua vulgar, Justino, la *Italia ilustrada* de Biondo y la Biblia. ¿Entre tantos libros, no había una Biblia en casa de Maquiavelo?

⁸ *Libro de Recuerdos* cit., pp. 14, 222, 223; la encuadernación del Livio no resultó según lo había acordado con el encuadernador ("con el lomo engrosado, parte en cuero, y con dos cerrojos"), y el meticoloso *messer Bernardo* lo anota así disgustado.

⁹ Archivo de la Obra de Santa María del Fiore, *Libros de Bautismos*, distribuidos por años: "El día 4 de dicho (mayo de 1469) Nicolás Pedro Miguel de m. Bernardo Maquiavelo, p. de S. Trinidad, nació el día 3 a las 4 horas, y fue bautizado el día 4".

¹⁰ No se sabe por qué. Litta (aunque el compilador de la *Familia Maquiavelo* fue el genealogista L. Passerini) rebautiza a las hijas de Bernardo con los nombres de Primerana y Ginebra, y lo siguen en esto Villari, vol. I,⁴ p. 280, Tommasini, vol. I, p. 195 y así todos los demás. Los verdaderos nombres se saben no solamente por el *Libro de Recuerdos* cit., sino también por los registros del A. E. F., catastro, Gonfalone Nicchio, 1470, donde se menciona también a Nicolás. *Tanto nomini . . .*, pero ningún biógrafo se ha ocupado de consultar esta fuente, ni tampoco el catastro de 1480, en el que se encuentra una noticia biográfica de Nicolás que ha tenido alguna importancia, especialmente antes de que fuera descubierto el *Libro de Recuerdos* cit. En efecto, en el catastro de 1470, c. 80, al mencionar las bocas que se hallaban a su cargo, se lee:

Bernardo,	38 años
Bartolomea, esposa,	29 „
Primavera, hija,	5 „
Margarita, hija,	2 „
Nicolás, hijo,	4 meses

En el texto del catastro de 1480, c. 128, se añade a estas bocas Totto, "de 5 años". Por las cuales noticias se pueden deducir las edades de cada uno de los miembros de la familia, que hasta ahora eran desconocidas. Totto, a quien G. Amico, *La vida de Nicolás Maquiavelo: Comentarios histórico-críticos*, Florencia, 1875, atribuía la edad de Matusalén, ha sido considerado hasta ahora como el primogénito de Bernardo. Villari (I,⁴ 280) afirma que nació en 1463; y aún más recientemente G. Lesca, *Cartas inéditas de Maquiavelo*, en *Revista Histórica de los Archivos Toscanos*, vol. III (1931), p. 1 sigs., dijo que era "seis años mayor que Nicolás". Como se ve, era menor que él otros tantos, puesto que nació en el año 1475.

¹¹ *Discursos de Arquitectura del Senador Juan Bautista Nelli*. Con la vida del mismo (compuesta por J. B. C. Nelli). Florencia, 1753, p. 8. Las laudes de Bartolomea Nelli se conservaban entonces en la biblioteca de la familia, y estaban dedicadas precisamente a su hijo Nicolás.

¹² *Libro de Recuerdos* cit., pp. 31 y 70.

¹³ *Libro de Recuerdos* cit., p. 103.

¹⁴ A. E. F., *Catastro*. Registro de 1480 cit.

¹⁵ *Libro de Recuerdos* cit., p. 138. Villari colocó la traducción de un fragmento de la *Historia persecutionis vandalicae* de Víctor Uticensis, publicado en apéndice por Villari, vol. I,⁴ p. 543 y sigs., que sin embargo Gerber, I, p. 8, asigna, y creo que con razón, aproximadamente a 1516.

¹⁶ Esta cuestión fue largamente discutida entre Triantafyllis que lo afirmaba y Villari, vol. I,⁴ p. 284 sigs., que lo negaba. *Ibid.*, se puede hallar también un poco de bibliografía.

¹⁷ Por ejemplo, Lorenzo el Magnífico estudiaba a Justino a la edad de 12 años. Cfr. G. Pieraccini, *La stirpe de los Médicis de Cafaggiolo*, Florencia, Vallecchi, 1924-25, vol. I, p. 95.

¹⁸ *Libro de Recuerdos* cit., p. 222 sig.

¹⁹ Maquiavelo, *Discursos*, lib. III, cap. 46; *Opera MC.*, p. 259 sigs.

²⁰ Vespasiano da Bisticci, *Vida de messer Lorenzo Ridolfi*, en A. E. F., vol. I., par. I, p. 315 sigs.

²¹ *Historia de Florencia*, vol. II, p. 184.

²² *Historia de Florencia*, vol. I, p. 198 sig.

²³ Maquiavelo, *Príncipe*, I, 17.

²⁴ Maquiavelo, *Príncipe*, I, 18.

²⁵ Maquiavelo, *Historia de Florencia*, vol. II, p. 156.

²⁶ F. Ercole, *De Carlos VIII a Carlos V*, Florencia, Vallecchi, 1932, p. 136, afirma que M. "no fue nunca ni *Piagnone* ni *Arrabbiato*", pero por la segunda parte de esta afirmación no tendría yo valor para poner una mano en el fuego. Y ni siquiera en el agua hirviente.

²⁷ *Cartas fam.*, p. 4 sigs.; *Cartas L.*, p. 3, en el que está equivocado el nombre del destinatario (para cuya identificación cfr. R. Ridolfi, *op. cit.*, p. 443, nota núm. 26).

²⁸ Ridolfi, *Vida de Jerónimo Savonarola*, p. 317.

²⁹ H. Spirito, *Maquiavelo y Guicciardini*. Segunda edición, Roma. Ediciones Leonardo, 1945, p. 57.

³⁰ B. Croce, *Ética y Política*. Bari, Laterza, 1945, p. 250 sigs.

³¹ G. Capponi, *Historia de la República de Florencia*. Segunda edición revisada por el autor. Florencia, Barbera, 1876, vol. III, p. 190 sig.

³² Nadie, que yo sepa, llegó a sospechar nunca de que M. incurriera en el vicio de aquel tiempo y lugar, "el vicio florentino". Algunas dudas al respecto podrían derivarse de su cancioncilla *Se avessi l'arco e l'ale/giovinetto giulio* (Si tuviera arco y alas/agraciado mancebo), por ciertas palabras de una carta a Francisco Vettori (en la que, fingiéndose burlescamente espantado por una de las famosas predicaciones de fray Francisco de Montepulciano, escribe: "Esta mañana iba yo a acudir a la casa de la Riccia, y no fui, pero no sé si hubiera dejado de ir con el Riccio, en caso de haberlo visto"), y finalmente por una genérica afirmación del chismoso y maldiciente Busini (*Cartas a B. Varchi*, etc., Florencia, Le Monnier, 1860, p. 84) de que él fue "deshonestísimo en su vejez". Pero por otra parte, en sus obras vemos que ataca la sodomía; muchos documentos nos lo muestran totalmente inclinado hacia las mujeres y otros nos testifican que Jacobo Salviati, enemigo acérrimo de dicho vicio (cfr. *Busini, op. cit.*, p. 89 sig.), deseaba intensamente que Nicolás fuera el secretario de su hijo el cardenal, a quien precisamente por esos mismos días (mayo de 1525) reprendía duramente por tolerar en su corte a gente que se complacía, si no en otra cosa, en hablar de sodomías: sobre lo cual volveré cuando llegue en mi narración a esta época. Así pues, es necesario concluir, sin excluir ciertamente la posibilidad de alguna curiosidad o experiencia aislada, que M. se haya visto totalmente libre de ese vicio, siendo en eso el único entre sus amigos (entre los cuales, en cambio, sobresalía Donato del Corno y quizá Juliano Brancacci). Tanto más que, considerando bien la muy genérica expresión de Busini, la cual al menos en cierta parte comprende también el vicio de la gula, parece que se debe referir más bien a sus amores soniles con Bárbara, que en aquellos años le fueron recriminados también por otros contemporáneos. Después, la cancioncilla puede haberla escrito a instancias de algún amigo (quizá precisamente de aquel Donato del Corno, que lo favorecía en buena parte), como ya otras veces lo había hecho de buena gana: ¡más aún, "a instancias de Bárbara", hasta llegó a escribir en nombre de una mujer, para divertir y burlar a un joven enamorado! Y las palabras de la carta a Vettori, que parecen el indicio más grave, mani-

fiestamente no pueden bastar por sí solas para cubrir de infamia a un hombre a quien tantas veces hemos sorprendido en el acto descarado de jactarse ante los amigos, de vicios que manifiestamente no tenía. Igualmente en este caso no le debe de haber desagradado el ostentar que se hallaba envuelto en aquel torbellino que arrastraba a tantos a su alrededor, con mayor razón cuando lo tentaba e inducía a ello el juego de palabras.

³³ *Opera MC.*, p. 868.

³⁴ Acerca de M. y el Humanismo, tema obligado e inagotable, véase, entre otros, *Humanismo y ciencia política*. Actas del Congreso Internacional de Estudios Humanísticos (1949), Roma, Marzorati, 1951, *passim* (extensamente). Se trata por lo general, de lucubraciones de poco valor.

³⁵ Acerca de la iconografía de M. trata F. Rossi, *Los retratos de Maquiavelo*, en *Illustrazione Toscana*, V, (1927), fasc. 4, p. 17 sigs.; cfr. A. Lensi, *La donazione Loeser in Palazzo Vecchio*, Florencia, 1934, p. 41; M. Mansfield, *Sobre un retrato inédito de N. M.*, en *Rivista di Arte*, vol. XI, p. 129, p. 361 sigs. La fama de Maquiavelo hizo nacer a muchos posteriores, el deseo de reconocerlo en retratos que ciertamente no son suyos, tales como el hermosísimo busto de mármol de Pollaiuolo en el Bargello, fechado en 1495; del cual existe un ejemplar en estuco pintado en el Museo de Berlín fechado en 1490; ese año debía de tener Nicolás veintiún años, en tanto que el busto representa a un hombre que anda en los treinta; sin contar con que algunos rasgos son demasiado discordantes de los que se pueden deducir por otras fuentes iconográficas. La misma discordancia, o mucho mayor, se encuentra en el retrato ilustrado por Mansfield, op. cit.; la tradición de que en él esté representado M., no se basa en otra autoridad que la de hallarse descrito como tal en un inventario probablemente del siglo pasado, el cual inventario por lo demás, no lo ha encontrado ningún investigador. Francamente parece demasiado poco. Para encontrar la verdadera imagen de M., hay que tener en cuenta el retrato que se dice fue hecho sobre la mascarilla tomada del cadáver mismo. Alguien ha objetado (cfr. H. E. Kinck, *Machiavelli, seine Geschichte und seine Zeit* [Traducción del noruego], Basel, Benno Schwabe et Co., Verlag, 1938: en esta obra el gran escritor noruego suple algunas veces con su adivinación de poeta y con sus cualidades literarias lo que le falta de erudición: ¡pero no sé si se le pueda creer cuando adivina en M. ojos azules!) que siendo aún muy pequeña la fama de M. no parece probable que se hubiera pensado en tomar su mascarilla; pero nosotros sabemos por Busini que junto al cadáver de M. se hallaban hombres de gran ingenio y admiradores suyos, tales como Alamanni y Buondelmonti, y no es improbable que ellos hayan querido conservar para sí y para la posteridad las facciones de su amigo, para tomar de ellas, según una costumbre que sabemos por Vasari se hallaba muy difundida y era practicada comúnmente en la Florencia de aquel tiempo, retratos póstumos. En efecto, parece que de esta mascarilla se deriva el conocido busto en terracota policromada de la colección Loeser, donada al Palazzo Vecchio (Lám. I), y, probablemente a través de él, el retrato pintado por Santi di Tito que se halla también

en el Palazzo Vecchio (pág. 21), además de los dos atribuidos a Bronzino; el cual busto, como justamente anota Rossi, "lo podemos considerar como la mejor imagen de Maquiavelo que haya llegado hasta nosotros". Existe además otro busto de terracota policromada que parece representar a Maquiavelo en los últimos años de su vida, de una hechura más deficiente (Lám. XVI); se conservaba en la Colombaria de Florencia, y fue destruido junto con la sede de la academia, en 1944, por obra de las minas alemanas; se conserva en Londres una copia, en una colección privada: será descrito al principio del penúltimo capítulo de este libro. En lo que no estoy de acuerdo con Rossi es en lo que respecta a la incisión de la llamada "Testina" (cabecita), cuya fecha impresa en el frente (1550) es falsa, como los bibliógrafos saben, y ha sido retrasada arbitrariamente más de medio siglo (cfr. Gerber, II, p. 92): cuando más, se trata de una cita de la edición de la que fue copiada la obra (*Príncipe*, Venecia, 1540). Tampoco concuerdo con las dudas que expresa acerca de la identidad del retrato que se conserva en la Galería Doria, derivado fidelísimamente del busto de Loeser, cuyo prominente valor iconográfico reconoce el mismo Rossi (pero su duda se explica porque dicho busto no era conocido de perfil: véase Lám. XII). La autenticidad de éste y de los demás retratos que se suponen derivados de la mascarilla mortuoria se puede conjeturar fácilmente basándose en una tradición familiar ininterrumpida de los descendientes de Maquiavelo, testificada también por el infeliz obispo Scipione de Ricci, *Memorias*, Florencia, Le Monnier, 1865, vol. II, p. 134 sig. El habla del "busto tomado de la mascarilla", que había llegado hasta él "por título hereditario" junto con los "retratos en pintura".

Acerca de las peripecias de algunos de estos retratos y en general acerca de la iconografía de M., da noticias más abundantes, pero, según su costumbre, un tanto confusas y discordantes, Tommasini, vol. I, pp. 64-70, II, 958. El historiador del maquiavelismo se aventura también en un sugestivo *excursus* de antimachiavelismo iconográfico. Hace notar cómo J. B. Porta, en su famoso y afortunado libro *De humana phisiognomia*, Vico Equense, 1586, p. 96 (aunque Tommasini cita la traducción italiana editada en Nápoles en 1610) pone en comparación con una cabeza de mono y con una de gato dos cabezas humanas, la primera de las cuales tiene especialmente en las mejillas, en la boca y en la barbilla cierta semejanza con la de M. según el retrato de Santi di Tito. En efecto, el texto que acompaña a la figura la compara "con los gatos y los monos . . . llenos de astucia y que se esconden para atacar, siendo malignos y peligrosos". Pero aunque queramos aceptar todo esto, lo que sí es demasiado exclusivo de Tommasini es el "silogismo fisionómico" que el biógrafo pone a continuación; es decir, que la identificación de M. en el retrato de Santi di Tito se debe a su semejanza con la figurilla de Porta, así como a la identificación antimachiavelica de las cualidades de M. con las que se describen en el texto que va al pie de ellas. Cuando más, parecería más verosímil el razonamiento de Tommasini invertido, es decir, que Porta, en pleno maquiavelismo, haya dado a su figura algunos rasgos de la efigie de Maquiavelo.

NOTAS AL CAPITULO II

¹ Carta de Bartolomé de Dicomano, 29 de mayo de 1498, en D. Marzi. *La cancellería de la República Florentina*, Rocca S. Casciano, Cappelli, 1910. p. 288.

² Acerca de él véase D. Marzi, op. cit., p. 265 sig.

³ R. Ridolfi, op. cit., p. 279 sigs.

⁴ Las deliberaciones relativas a la elección de Maquiavelo fueron publicadas en *Opera P.*, vol I, p. LXIX; véase en cambio Villari, vol. I^a, p. 288 n.

⁵ Este decreto daba facultades a los recién elegidos para escribir y actuar como notarios públicos, aunque no lo fueran; innovación que es muy de notar. Cfr. Marzi, op. cit., 280, sig.

⁶ Casi todos han colocado sus cantos de carnaval en su juventud a causa del prejuicio de que forzosamente habían de referirse a la edad y a la persona de Lorenzo de Médicis. Veremos más adelante los que deben colocarse en tiempos muy posteriores.

⁷ Maquiavelo, *Cartas fam.* p. I, sigs. El fragmento latino publicado en seguida de esta carta, y que lleva la fecha del 1º de diciembre (¿de 1497?), si fuera de M., es inseguro que se refiera al mismo asunto; ciertamente no está dirigido al mismo destinatario, el cardenal López, como afirmó por primera vez Juliano de Ricci (Tommasini, vol. II, p. 618) y repitió después Villari (vol. I^a, p. 281 sigs.). En efecto, el tono de la carta es diverso; y no es el estilo ni el tratamiento que hubiera usado M. con un cardenal. La información biográfica más importante que se puede obtener de este fragmento latino es la de que M. había sanado por entonces de una enfermedad.

⁸ F. Nitti, *Maquiavelo en su vida y en sus obras*, Nápoles, 1876, vol. I, p. 39.

⁹ E. Repetti, *Diccionario geográfico-histórico-físico de la Toscana*, Florencia, 1835.

¹⁰ Cfr. D. Marzi, op. cit. p. 287.

¹¹ Se trata de Passerini, quien afirma que M. entró en la cancellería "alrededor de 1494, bajo la dirección de Marcelo Virgilio Adriani en la segunda cancellería", no obstante que coloca su elección como canciller en el 1498: *Opera P.*, pp. XII, XLIX.

¹² D. Marzi, op. cit., p. 287, luego de citar las terminantes pero no documentadas afirmaciones de Rüdiger, Reumont, y Passerini, y partiendo del honesto pero por desgracia débil presupuesto de que "tales investigaciones no podrían haber inventado sin más ni más esta noticia", se dedicó a buscar el documento en el que estos grandes hombres se debían haber documentado, según su parecer; y creyó encontrarlo en una conocida carta de ser Agustín Vespucci a Maquiavelo del 20 de octubre de 1500; en la cual el cooperador de la cancellería, después de haber hablado de los propósitos expresados por Valentino referentes a volver a colocar a Pedro de Médicis en Florencia, concluye: *Avertat Dominus iam a nobis mala, quorum quinquennium pars magna fuimus.* (Dígnese el Señor alejar de nosotros

los males, que hemos ocasionado en los últimos cinco años). Donde, como hasta un niño lo puede entender, aquella primera persona del plural se refiere a todos los florentinos, que con sus errores habían llevado a la ciudad a aquel punto. No así el buen Marzi; él entendió que él, Agustín Vespucci, y Maquiavelo, en su calidad de empleados de la cancillería, no digo con el humilde grado de cooperadores, ya que los nombres de los cooperadores nos son conocidos, sino en algún cargo aún más insignificante, ¡fueron en gran parte los causantes de los males que aquejaban a la ciudad! Ergo, Maquiavelo estaba empleado en la cancillería desde hacía cinco años. ¡Me guardo los comentarios! Pero lo mejor del caso es que Villari (I.⁴ 288 n.) refiere este gracioso razonamiento sin escandalizarse.

¹³ Carta a Francisco Vettori, 10 de diciembre de 1513, *Opera MC.*, p. 884: "quince años que yo me he dedicado a estudiar el arte del estado".

¹⁴ D. Marzi, op. cit., p. 289.

¹⁵ Ridolfi, *Opúsculos*, pp. 69 sig., 78-82.

¹⁶ Con este nombre es conocido y citado comúnmente, aunque en realidad él se llamaba Marcelo Virgilio de Adriano Berti. Para información referente a él véase Villari, vol. I.⁴, 289 sigs.; Marzi, op. cit., p. 281 sig.; W. Rüdiger, *M. V. Adrianus* etc., Halle a. Saale, 1897.

¹⁷ *Elogia clarorum virorum*, Venecia, Tramezzino, 1546, c. 55v: "*Constat, eum, sicuti ipse nobis fatebatur, a Marcello Virgilio, cuius et notarius et assecla publici muneris fuit, graecae atque latinae linguae flores accepisse quos scriptis suis insereret*". (Es cosa sabida que, como él mismo me ha dicho, Marcelo Virgilio, a quien sirvió como notario en su cargo público, fue quien le enseñó las bellezas de la literatura griega y latina para que las insertara en sus escritos). Se comprende que aunque es difícil rechazar la parte sustancial de la noticia, es decir, que Adriani haya sido su maestro, en cambio en cuanto a los detalles, no es pequeña la parte que corresponde a la invención nada favorable de Giovio.

¹⁸ Cuando más, lo que cabe es sólo una duda: que la noticia proceda, más que de una información, de una errada interpretación de Giovio. Más en particular, puede ser que éste, habiendo sabido que M. se hallaba a las órdenes de Adriani en la cancillería, se haya visto inducido a conclusiones erróneas. ¡Pero respecto a haber sabido la noticia de la boca del mismo M., créalo el que quiera!

¹⁹ Villari, vol. I.⁴, p. 289.

²⁰ También los Ocho *di Pratica*, que tomaron el lugar de los Diez en el período de la dominación de los Médicis, tenían una cancillería interna y una externa; véase a este respecto la proclama del 22 de enero de 1488, en Marzi, p. 610 sigs. Yo soy de opinión que no tenía tanta importancia la división entre la cancillería de los Señores y la de los Diez como la que había entre asuntos externos e internos, en cada uno de los cuales departamentos los secretarios servían según las necesidades a uno o al otro magistrado, sin importar de quién dependían. Por lo demás, la calidad de los correspondientes y la materia de las cartas era lo que determinaba la distribución de los negocios entre la Señoría y los Diez.

²¹ G. F. Pagnini, *Acerca de la décima*, etc., Lucca 1765-1766, vol. I, p. 121 sigs. y cuadro I; cfr. R. Ridolfi, *Opúsculos*, p. 167 sig. El valor del florín pequeño, en continua devaluación con respecto al del florín grande de oro, era computado por entonces oficialmente en cuatro liras, contra seis liras, que era el valor del florín grande de oro.

²² Para toda esta materia he resumido la difusa disertación que ha hecho respecto a ella Marzi, op. cit., pp. 278-306 y *passim* (en diversos otros lugares). Porque, si el asunto es confuso, este autor no solamente no logra aclararlo, sino que ni siquiera logra aclararse la mente a sí mismo. Ni me he detenido tampoco a refutar una por una todas sus inexactitudes. También encontramos sirviendo en la secretaría de los Diez a Antonio della Valle, Agustín Vespucci y a Lucas Fecini (Tommasini II, 667).

²³ Y en un registro de 1502 se lee: *dictante . . . seu iubente Nicolao Maclavello, a secretis in secunda cancelleria primario* (bajo dictado . . . y orden de Nicolás Maquiavelo, primer secretario de la segunda cancellería).

NOTAS AL CAPITULO III

¹ Guicciardini, *Historia de Italia*, a cargo de A. Gherardi, Florencia, Sansoni, 1919, vol. I, p. 246.

² Tommasini, vol. I, p. 671 sigs., publica una lista de los registros que contienen cartas de Maquiavelo. Muchas noticias y consideraciones, que por lo demás no tienen nada de peregrinas, acerca de las cartas de oficina de Maquiavelo se pueden ver en el prefacio de Canestrini a los *Escritos inéditos*.

³ *Opera P.*, vol. VI, p. 284 sigs. Este texto puede ser fechado con tanta precisión gracias a algunas referencias contenidas en el texto. En efecto, se habla allí del "muy reciente" abandono de los pisanos de parte de los venecianos (abril de 1498) y de la indiferencia que había mostrado para con ellos el duque de Milán, del cual ya no se volvía a hablar después de agosto. Además, el *Discurso* está dedicado al magistrado de los Diez, que quedó vacante después del 31 de mayo, no habiendo sido posible elegir a los nuevos Diez que tenían que gobernar durante el segundo semestre del año. Esto nos permite asignar con toda tranquilidad el escrito a mayo de 1498.

⁴ Corren muchas inexactitudes respecto a las delegaciones, o más bien comisiones, del secretario de la República; la mayoría las ha llamado embajadas, aunque en realidad no lo fueron, y así se le da gratuitamente a M. el título de embajador. Pero, por otra parte, tampoco es cierto lo que leemos en Toffanin, p. 379, acerca de M.: "Su carrera fue modestísima: y nunca llegó a lograr ser enviado como embajador". Y en otra parte: "La República nunca lo promovió a embajador" (p. 386). En circunstancias ordinarias no podía ser embajador, por el mismo hecho de que era secretario. Por consiguiente, es exacta, aunque nada tiene de extraordinaria, la

afirmación de F. Ercole, op. cit., p. 140: "En el extranjero fue siempre el secretario, nunca el embajador".

⁵ *Opera P.*, vol. II, p. 127. La instrucción de esta comisión, que fue *infra dominium* porque el Appiano se hallaba entonces en el campo de Pontedera, fue publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 2 sigs.

⁶ Instrucción y credenciales en *Opera P.*, vol. III, p. 8 sigs.

⁷ Carta del 16 de julio en *Opera P.*, vol. III, p. 12 sigs.

⁸ Carta del 17 de julio en *Opera P.*, vol. III, p. 15 sigs.

⁹ Carta del 24 de julio, en *Opera P.*, vol. III, p. 30 sig.

¹⁰ Carta del 19 de julio, en *Cartas fam.*, p. 21 sigs., llena de detalladas noticias acerca de la segunda cancillería; entre otras cosas, de ella se deduce que había alguien que socavaba el terreno a M. en su ausencia.

¹¹ Carta del 24 de julio cit.

¹² Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo cit., y otra del mismo al mismo, con fecha del 27 de julio, publicada en *Cartas fam.*, p. 23 sigs.

¹³ Carta de los Diez a Pablo Vitelli el 20 de agosto de 1499, publicada por Villari, vol. I², p. 558 sig. Un nutrido grupo de cartas de este tiempo, casi todas escritas de puño y letra de M., referentes a la guerra de Pisa, fue publicado por Canevini en *Escritos inéditos*, pp. 63-132.

¹⁴ Cambi, *Historia*, en *Delicias de los eruditos toscanos*, vol. XXI, p. 148.

¹⁵ *Opera MC.*, p. 787 sigs. Se conserva el original autógrafo en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, I, 49. Villari, que al principio había negado que fuera autógrafo (vol. I², p. 338), después (vol. I², gr. 311), cediendo en este punto, pero no retrocediendo en su preconcepción, negó que el estilo fuera el de Maquiavelo; y no consideró que el estilo se adaptaba al género del texto. Cfr. Tommasini, vol. I, p. 157 sigs. Es probable que la carta del canciller de Lucca, dirigida a cierto Jacobo Corbino, canónigo en Pisa, haya sido encontrada entre los papeles de *messer* Francisco de Lucca, que murió precisamente en los días en que fue decapitado Vitelli, cuyas pertenencias ordenaba Maquiavelo en una carta del 4 de octubre fueran recogidas para ser entregadas a su heredero. Por ello creo que este escrito de M. (en el que Marzi, op. cit., p. 291, quiso ver continuada la tradición de las "invectivas" de los cancilleres) puede fijarse fundamentalmente alrededor del día 5 de octubre.

¹⁶ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. I, p. 313.

¹⁷ La Condesa, que había sido recibida para su custodia poco después de la comisión de M. (cfr. *Opera P.*, vol. III, p. 33), escribió a los florentinos una carta fechada el 16 de octubre de 1499 (*Escritos inéditos*, p. 250 sigs.) para rogarles que la incluyeran en la alianza del rey de Francia como su confederada.

¹⁸ Las cartas y las credenciales fueron publicadas en *Opera P.*, vol. III, pp. 33-36. Al margen de las credenciales del 5 de febrero está anotado en el registro: *vacat*.

¹⁹ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. I, p. 321.

²⁰ *Opera MC.*, p. 805.

²¹ Su carta *ex Palatio* (desde Palacio), publicada por R. Ridolfi, *Los archivos de las familias florentinas*, Florencia, Olshcki, 1934, vol. I, p. 23 sigs.

²² Tommasini, vol. I, p. 204.

²³ Así era juzgado Beaumont por los mismos franceses; Desjardins, *Negociaciones*, etc., París, 1859, vol. II, p. 36; cfr. Tommasini, vol. I, p. 201.

²⁴ Además de las cartas de Albizzi a la Señoría publicadas en *Opera P.*, p. 51 sigs., hay que ver las que escribía a los demás comisarios florentinos y especialmente a J. B. Bartolini, que han sido registradas y en parte publicadas por entero por R. Ridolfi, *Los Archivos*, etc. cit., p. 16 sigs.

²⁵ Para la historia de esta desaventurada empresa se ha de tener presente ante todo una narración contemporánea y de primera mano, salida de la Cancillería de los Diez, que se conserva mutilada en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, I, 83, I, y publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 42 sigs.; se cree que fue escrita por Buonaccorsi para uso de su oficina, a juzgar por una famosa apostilla de Maquiavelo, que en cierto lugar escribió al margen: *Mentiris, Blasi*. (Mientes, Blas). Es también de Buonaccorsi la más extensa narración que dedicó más tarde al hijo de Albizzi, titulada *Empresa realizada por los Señores florentinos el año de 1500* etc., y publicada en A. H. I., vol. IV, párr. II (1853), p. 401 sigs. Finalmente, se ha de tener presente la otra narración contenida en el *Diario* de Buonaccorsi y la que nos ofrece Nardi en su más tardía *Historia* etc.

²⁶ En efecto, en sus *Discursos acerca de la primera Década de Tito Livio*, I, 28, Maquiavelo reprendió el haber rechazado tales proposiciones de los pisanos.

²⁷ *Decennali*, en *Opera M. C.*, p. 805.

²⁸ Buonaccorsi, *Empresa* etc. cit., dice que este encargo fue dado por Albizzi a uno que lo seguía; pero que éste haya sido precisamente Maquiavelo se demuestra por una carta que él escribió en aquella misma hora a Florencia, citada en la nota siguiente, y por la que envió al comisario Bartolini.

²⁹ Publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 54.

NOTAS AL CAPITULO IV

¹ A. E. F., *Grascia*, 5, c. 288t. Villari y Tommasini, coincidiendo en el error, traen el 19 de mayo. — Según el registro arriba mencionado, la madre de M. fue sepultada el 12 de octubre de 1496.

² Soneto "A messer Bernardo su padre, en la quinta de San Casciano". *Opera M. C.*, p. 870: donde sin embargo, los versos 15-17 deben leerse más correctamente de la manera siguiente:

Dite a quel mio fratello
che venga a trionfar con esso noi
l' oca che avemmo giovedì da voi.

(Y decid a mi hermano
que venga acá a gozar junto con nos
la oca que el jueves nos enviasteis vos).

³ *Priorista de Juliano de' Ricci*, cit. por Tommasini, p. 900 n.

⁴ Memorias de sor Brigida del Paraíso, cód. Riccardi 2397, c. 13: "Nos había prometido *messer* Bernardo Maquiavelo un retablo de altar pintado, que a su muerte nos fue entregado, por amor de Dios. Y Nicolás su hijo, viendo que no se nos había escriturado la donación, nos la firmó este día 21 de abril de 1507, a fin de que no se nos molestara por ello en adelante. Notario *Ser* Clemente Bernardi. Por lo cual se mandará decir una misa por su alma y por la de quien lo pintó".

⁵ La destinación fue publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LX. Sin embargo, la fecha de dicha destinación debe ser corregida; fue el 28 de agosto de 1501.

⁶ Publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 90.

⁷ Villari, vol. I^o, p. 325; peor aún Tommasini, vol. I, p. 208, "no . . . con atribución más elevada que la de un canciller; y al lado de Casa, emisario": y así se confundió redondamente, refiriendo a Casa, en vez de la República, el *secretarium suum* que se lee en la instrucción. La medida del salario inicial se halla indicada en la deliberación citada en la nota precedente.

⁸ La instrucción y las patentes llevan la fecha del 17 de julio, es decir, que son anteriores a la elección formal; se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. III, p. 91 sigs.

⁹ Cartas de Casa y de Maquiavelo, Lyon, 28 y 29 de julio, en *Opera P.*, vol. III, p. 106 sigs.

¹⁰ Cartas de Lenzi a la Señoría, Lyon, 26 de julio, en *Opera P.*, vol. III, p. 102.

¹¹ La instrucción de Lenzi se halla publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 96 sigs.

¹² Carta de Lenzi cit.

¹³ *Opera P.*, vol. III, p. 124 sigs.

¹⁴ *Opera P.*, vol. III, p. 125 sigs.

¹⁵ Carta del 7 de agosto, en *Opera P.*, vol. III, pp. 134-140.

¹⁶ Carta del 27 de agosto en *Opera P.*, vol. III, p. 160 sigs. He dicho que estas cosas las escribía M. porque, aunque en la firma de la carta y de todas las anteriores precede el nombre del otro, es suya la mano y el estilo: y bastarían para demostrarlo las palabras que he referido.

¹⁷ Carta del 27 de agosto cit.

¹⁸ Carta de Maquiavelo desde Montargis, 14 de agosto, en *Opera P.*, vol. III, p. 143 sigs.

¹⁹ Carta de Totto Maquiavelo, del 27 de agosto, publicada en *Cartas fam.*, p. 35 sigs. Con respecto a la actividad que se había desplegado para obtener el aumento a M. ya lo había informado Biagio Buonaccorsi en una carta del 23 de agosto, publicada en *Cartas fam.* p. 31 sigs. — El aumento fue computado a partir del 28 de agosto, según se deduce de la destinación relativa referida por Tommasini, vol. I, p. 208 n.

²⁰ Carta de Biagio Buonaccorsi, 23 de agosto, cit.

²¹ Carta cit.

²² *Cartas fam.*, p. 34 cit.

²³ Carta de Lucas degli Albizzi a Maquiavelo, 24 de septiembre, en *Cartas fam.*, p. 37 sigs.

²⁴ Carta del 3 de septiembre, en *Opera P.*, vol. III, p. 167 sigs.

²⁵ Carta cit.

²⁶ Carta de la Señoría, fechada el 20 de septiembre, en *Opera P.*, vol. III, p. 181 sigs.

²⁷ *Opera P.*, vol. III, p. 195.

²⁸ Carta del 2 de octubre, en *Opera P.*, vol. III, p. 193 sigs.

²⁹ Blois, 11 de octubre; *Opera P.*, vol. III, p. 201 sigs.

³⁰ Esta respuesta es referida por Maquiavelo en el *Príncipe*. cap. III. Villari supuso que aquellas palabras entre Maquiavelo y Roano hubieran tenido lugar en la conferencia que tuvieron en Tours el 21 de noviembre, referido por M. en una carta escrita a los Diez ese mismo día. Pero en el *Príncipe* está anotado expresamente que fue "en Nantes con Roano, cuando Valentino . . . ocupaba la Romaña"; y no hay lugar para dudar de que M., al escribir después de doce años aquellas palabras, debía tener la memoria visual del lugar en que había tenido dicho altercado. Por otra parte, en su carta de Nantes del 4 de noviembre refiere M. dos conversaciones que tuvo allí con el cardenal, la segunda de las cuales fue el día 2 de noviembre, y la una y la otra se refirieron por entero precisamente a la citada campaña de Valentino.

³¹ Carta desde Nantes, 25 de octubre, en *Opera P.*, vol. III, p. 216 sigs.

³² Carta de Agustín Vespucci a Maquiavelo, del 20 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 38 sigs.

³³ Desde Melun, el 26 de agosto, en *Opera P.*, vol. III, p. 154 sigs., a propósito del embajador de Lucca, que era bien visto en la corte, hacía notar que "todo nacía de saberse conquistar *amicos de mammona iniquitatis*, en tanto que V. S. creen que sólo la razón es la que los va a ayudar".

³⁴ *Opera P.*, vol. III, p. 246.

³⁵ Véase la destinación, citada aquí arriba en la nota 19.

³⁶ En su carta del 4 de noviembre desde Nantes refiere un *rien* (nada) que le respondió el cardenal Roano (*Opera P.*, III, 219); otras veces da desinencias italianas a palabras francesas, como en su carta del 27 de agosto desde Melun, cuando refiere que respecto a la proposición que había hecho al Rey de realizar por sí mismo la empresa de Pisa, "dice Su Majestad que eso es una *mocheria* (*moquerie*, tomada de pelo)" (*Opera P.*, III, 360).

³⁷ Gerber, I, p. 21, coloca el pequeño escrito *De natura Gallorum* "durante o inmediatamente después de su delegación de Francia", pero no se da cuenta de que algunas palabras se refieren a un suceso de 1503 ("han mandado a Siena a solicitar Montepulciano y no han sido obedecidos").

NOTAS AL CAPITULO V

¹ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 8.

² De esta comisión no nos queda más que la patente que le expidió la Señoría, publicada en *Opera P.*, vol. III, p. 249 sigs., y la destinación de dos florines que se le dieron para dicho viaje, en *Opera P.*, vol. I, p. LX.

³ Muchos documentos (quizá demasiados para que puedan ser incluidos en las obras de Maquiavelo) referentes a estos asuntos de Pistoia están publicados en *Opera P.*, vol. III, pp. 250-351; son cartas.

⁴ Cartas de la Señoría a los delegados de Pistoia, 16 de mayo de 1501, en *Opera P.*, vol. III, p. 313 sigs.

⁵ De esta comisión poseemos las credenciales fechadas el 14 de julio y una carta de la Señoría a M. del día siguiente, en *Opera P.*, vol. III, p. 330 sigs. Tenemos además la destinación de "5 florines grandes en oro, los que se le dan por haber ido a Cascina, Pistoia y Siena, por orden de sus Señorías, invirtiendo diez días en dicho viaje" (*Opera P.*, vol. I, p. LXL).

⁶ Las credenciales de Pandolfo Petrucci están publicadas en *Opera P.*, vol. III, p. 358; para la paga relativa a esta comisión, véase la nota precedente. — La fecha aproximada del viaje a Cascina se puede deducir en parte del orden en que se halla citada en la mencionada paga, y en parte por la del viaje a Pisa de Vitellozzo, que parece la ocasión más probable de esta comisión de M., por las sospechas que despertó en la ciudad. Cfr. Buonaccorsi, *Diario*, cit. p. 44.

⁷ Según se deduce de la paga de 10 florines que se le entregaron el 30 de octubre, publicada en *Opera P.*, vol. I, p. XLI, Maquiavelo fue dos veces a Pistoia en octubre, "primero por estafeta y después el 18 del presente con Nicolás Valori, permaneciendo allá ocho días". — En *Opera P.*, vol. III, p. 332 sigs., se encuentran algunas cartas de la comisaría de Valori. — Maquiavelo regresó a Florencia la mañana del 26, como se deduce por la carta de la Señoría a Valori, *ibid.*, p. 345 sigs. Y después del regreso de M. a Florencia, este Valori le escribió una carta muy cariñosa, publicada en *Cartas fam.*, p. 50 sigs.

⁸ *Mandrágora*, acto V, escena quinta.

⁹ L. Passerini, *Genealogía e historia de la familia Corsini*, Florencia, 1858, p. 24.

¹⁰ En efecto, la primera alusión segura a su matrimonio se encuentra sólo en una carta de Agustín Vespucci a Maquiavelo, con fecha del 13 de octubre de 1502 (*Cartas fam.*, p. 54 sigs.): *Uxor tua* etc. (Tu esposa . . .). Pero ya en una carta del mismo Vespucci del 25 de agosto de 1501 (*Cartas fam.*, p. 45 sigs.) se lee esta burlesca expresión que nos haría pensar que M. ya se había casado o estaba a punto de casarse: "Y cuando la santidad del Papa llegue hasta ello, vos y cualquier otro que quisiera alguna dispensa, ya sea para tomar o para dejar a su mujer, lo logrará fácilmente . . ." En efecto, veremos que a principio de diciembre de 1503, cuando nació su primer varoncito, Marietta tenía ya una niña, desconocida a los anteriores biógrafos de M., la cual debe haberle nacido en 1502. Por consiguiente, el matri-

monio de Nicolás debería colocarse alrededor del otoño de 1501, exactamente como lo sugieren la cit. carta de Vespucci y las consideraciones biográficas a que aludo en el texto. Véase más adelante, cap. VII, nota 40.

¹¹ Carta del 25 de agosto de 1501, publicada en *Cartas fam.*, p. 45 sigs.

¹² Landucci, *Diario de Florencia de 1450 a 1516* etc., publicado por I. del Badia, Florencia, Sansoni, 1883, p. 245.

¹³ La orden de partida y las credenciales referentes a esta delegación de Soderini, en las cuales no se encuentra una sola palabra acerca de M., se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. IV, p. 3 sigs.

¹⁴ *Opera P.*, vol. IV, p. 4 sigs.

¹⁵ Carta del 26 de junio de 1502, *ante lucem* (antes del amanecer), a los Diez (no a la Señoría, como se lee en la edición), firmada por Soderini, pero toda de mano de Maquiavelo, en *Opera P.*, vol. IV, pp. 8-15.

¹⁶ Carta del 26 de junio cit.

¹⁷ Carta del 26 de junio cit. Y en la carta del mismo día, escrita más tarde por Soderini solo (*Opera P.*, vol. IV, p. 17), se lee: "Esta mañana ha partido Nicolás, a fin de que Vuestras Señorías se den cuenta, tanto por carta como de viva voz, de todo lo que hemos sabido nosotros, y puedan así resolver mejor al escuchar a Nicolás, que ha estado presente a todo". No es aquí el lugar de referir la impresión que hizo Valentino sobre M.; y respecto a la que hizo sobre Soderini lo dicen las sucesivas cartas de esta delegación, publicadas en *Opera P.*, vol. IV, pp. 17-63. Y en su escrito *Acerca de la manera de tratar* etc. citado más adelante, se lee "acerca de las alabanzas de gran hombre" prodigadas precisamente por Soderini al famoso duque.

¹⁸ Guicciardini, *Historia de Italia*, edi. cit., vol. II, p. 36.

¹⁹ Carta de Vespucci a Maquiavelo, 13 de octubre de 1502, en *Cartas fam.*, p. 54 sigs.

²⁰ Entre las que escribió, merece recordarse una que escribió al emisario Pedro Soderini, a Arezzo, el 8 de septiembre; pero en realidad existen dos cartas suyas con la misma fecha, ambas escritas por Maquiavelo de manera muy semejante, una a nombre de los Señores, citada por Villari, vol. I, p. 383, y la otra de los Diez publicada en *Escritos inéditos*, p. 28 sigs. En la que escribió para la Señoría, M. ordenaba a Soderini que tomara en Arezzo y enviara hacia Florencia a todos los hombres "que tú consideres, o por talento o por valentía, o por bestialidad, o por riqueza, que puedan sernos útiles; y deberás tratar de mandar mejor veinte más (*en la carta a los Diez*: treinta) que uno menos, sin tener consideración ni al número de ellos ni a que se pueda quedar desamparada la tierra".

²¹ Las pocas cartas misivas y responsivas referentes a esta comisión de Maquiavelo en Arezzo se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. III, p. 360-364. Muchas de las cartas escritas en la cancillería, de mano misma de M., a los emisarios Antonio Giacomini, Pedro Soderini y Juan Ridolfi, a los capitanes franceses y a otros, fueron publicadas en *Escritos inéditos*, pp. 3-57.

²² Esto se deduce de las cartas de los Diez al delegado Andrés de Pazzi, del 13 y 17 de septiembre, en *Opera P.*, vol. III, p. 363.

²³ Passerini afirma terminantemente que M., "fue el autor de aquellas severas providencias, demasiado severas si se quiere, pero las únicas que pudieron devolver la paz durante algún tiempo" a la ciudad de Pistoia; *Opera P.*, vol. III, p. 248. Y no son menos terminantes las afirmaciones semejantes de Tommasini, vol. I, p. 214 sig., 216. Respecto a la rebelión de Arezzo, puede consultarse a Villari,² vol. I, p. 287.

²⁴ Esta relación fue publicada por primera vez en *Opera P.*, vol. III, 352-355. No es sino un resumen de los tumultos de Pistoia a partir de agosto de 1500 hasta marzo de 1502 y de las medidas tomadas para poner remedio a ellos. Fue escrita entre el 17 y el 25 de abril de 1502, probablemente por instrucciones de los Diez recién nombrados. Esta relación de las cosas pasadas debía ser completada, respecto a las medidas que se iban a tomar para el futuro, con un *Sumario de la ciudad* y un *Sumario del condado*, publicados en *Opera P.*, vol. III, p. 355 sigs.

²⁵ Publicado en *Opera P.*, vol. III, p. 365 sigs. La fecha de este escrito, asignada por Passerini en 1502, debe colocarse con seguridad entre el 1º de junio y el 18 de agosto de 1503; ya que el mismo autor nos refiere el año con la expresión "en Arezzo, el año pasado"; el *terminus non ante quem* (término después del cual), es el título de cardenal que da a Francisco Soderini, cuya elevación fue sabida en Florencia precisamente el 1º de junio; el *terminus non post quem* (término antes del cual), es la muerte de Alejandro VI, de quien se habla en el discurso como todavía vivo. La misma materia de este discurso fue repetida por M. en sus *Discursos acerca de la primera Década de Tito Livio*, libro II, cap. 23. Según la opinión de Toffanin, p. 379, este notabilísimo escrito fue "enviado a los Diez"; pero M., al usar el número del todo, podía dirigirse más razonablemente a la Señoría, o aun a todos los florentinos; o también aquel "vos que habéis soportado antes a Roma" podía ser dirigido al *gonfaloniere* perpetuo Pedro Soderini, cuyo hermano es recordado y citado en dicho escrito.

²⁶ Tommasini, vol. I, p. 235; Flamini, *El Siglo XVI*, en la "Historia Literaria de Italia", Milán, Vallardi (1902), P. II; cfr. Villari, vol. I,² p. 384 sigs.

²⁷ Toffanin, con gran audacia, lo define decididamente "un vago mas no indigno anticipo del *Príncipe*".

NOTAS AL CAPITULO VI

¹ Guicciardini, *Historia de Florencia*, bajo el cuidado de R. Palmarocchi, Bari, Laterza, 1931 ("Escritores de Italia", *Obras de F. G.*), vol. VI, p. 251.

² Dice también Villari (I,⁴ p. 359) que Maquiavelo era capaz de "ganarse a todos aquellos con que entraba en contacto directo", y está acertado; el mal está en que con estas palabras quiere él glosar y parafrasear el juicio de Cerretani, nada

favorable a M., "hombre que se prestaba bien para servir a los deseos de unos cuantos"; lo cual significa una cosa muy distinta.

³ Carta de Francisco Soderini a Maquiavelo, 29 de septiembre de 1502, en *Cartas fam.*, p. 52.

⁴ La elección, las instrucciones y las credenciales referentes a esta delegación están publicadas en *Opera P.*, vol. IV, p. 64 sigs. Los pagos de su salario, que fue también esta vez de 2 florines pequeños al día, en *Opera P.*, vol. I, p. LXI. Villari (I,⁴ 359) afirma que parece que M. "aceptó esta delegación con gran pena y partió de muy mala gana", y también en alguna otra parte vuelve a hablar de este disgusto; en realidad, yo no he podido verlo confirmado. Quizá el ilustre investigador se fundaba sobre el presupuesto, que yo he refutado, del reciente matrimonio de M.

⁵ Villari, vol. I,⁴ p. 362: "si mise in vettura"! Y está claro que no le dio el significado corriente en tiempos de M., de "montó a caballo", sino el de "subió a un carruaje".

⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, del 7 de octubre detenida hasta el 8, en *Opera P.*, vol. IV, p. 67 sigs.

⁷ Carta cit.

⁸ Carta del 9 de octubre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 72 sigs. En su carta del 13 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 174 sigs., M. envió una detalladísima información de todas las fuerzas del duque, con los nombres de las compañías.

⁹ Carta de Nicolás Valori del 11 de octubre de 1502, publicada sin fecha en *Cartas fam.*, p. 53 sigs. En cambio, en el original sí se encuentra la fecha, en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo* III, 12. En la carta del 31 de octubre (*Cartas fam.*, p. 77 sigs.) le decía que, no teniendo hermanos, lo quería a él como hermano, añadiendo: "y ésta os valga en lugar de contrato".

¹⁰ Carta del 23 de octubre, *Cartas fam.*, p. 71 sigs.

¹¹ Carta de Nicolás Valori del 31 de octubre cit.

¹² Carta de Biagio Buonaccorsi a Maquiavelo del 17 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 58 sigs.

¹³ Carta del mismo al mismo, 28 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 73 sig.

¹⁴ Carta del 28 de oct. cit.

¹⁵ *Opera P.*, vol. IV, p. 132 sigs.

¹⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, 20 de octubre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 107 sigs. Y no era ésta la única lección que había impartido audazmente a sus Señores. Son notables por su precocidad las palabras con que señalaba desde entonces el ejemplo de la milicia campesina de Vitellozzo cuando derrotó en Fossombrone a los espléndidamente pagados mercenarios de Valentino: "Lo cual he comunicado alegremente a VV. SS. a fin de que vean que . . . quien se halla bien armado y con armas propias, logra los mismos efectos adondequiera que se dirija".

¹⁷ A. Giustinian, *Despachos*, a cargo de P. Villari, Florencia, Le Monnier, 1876, vol. II, p. 94.

¹⁸ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 21 de octubre, publicada en *Cartas fam.*, p. 65: "Hemos hecho buscar las *Vidas* de Plutarco, y no hemos encontrado que nadie las venda en Florencia. Tened paciencia, porque hará falta escribir a Venecia". Inmediatamente debe de haber sido servido en aquel gran emporio librero. Porque las *Vidas*, que habían sido poco impresas durante el siglo xv en sus traducciones latinas de Guarino y de otros, y nunca hasta entonces en Florencia, en cambio en Venecia habían sido impresas por Bartolomeo Zanni en 1496; y otra edición había aparecido en Brescia apenas tres años antes, impresa por Jacobo Britannico.

¹⁹ El hecho de que Valentino se negaba tenazmente a conceder audiencias, especialmente a aquellos que sólo le llevaban palabras, como eran las de Maquiavelo, lo repite éste en varias de sus cartas de estos días. Acerca de Valentino véase el reciente y copiosísimo libro de G. Sacerdote, *César Borgia* etc. Milán, Rizzoli, 1950.

²⁰ Carta de Maquiavelo a los Diez, del día 8 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 157.

²¹ Maquiavelo a los Diez, 20 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 188.

²² Carta del 15 de noviembre, publicada en *Cartas fam.*, p. 88 sigs.

²³ Carta de Maquiavelo a los Diez, 18 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 233 sigs.

²⁴ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 18 de noviembre, en *Cartas fam.*, p. 58 sigs.

²⁵ Buonaccorsi a Maquiavelo, 21 de diciembre, *Cartas fam.*, p. 96 sigs.

²⁶ Carta de Alamanno Salviati a Maquiavelo, 24 de diciembre, en Villari, vol. I, p. 608 n. Véase la carta de Buonaccorsi a M., 4 de noviembre, en *Cartas fam.*, p. 82 sigs.: "Se aproxima a grandes pasos el tiempo de las nuevas elecciones", etc.

²⁷ Carta de Marcelo Virgilio a Maquiavelo, 7 de noviembre, publicada en *Cartas fam.*, p. 84 sigs.

²⁸ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 21 de diciembre, cit. En la carta que le escribió el 3 de noviembre (*Cartas fam.*, p. 80 sigs.), al informarle acerca de las modificaciones que habían sobrevenido en Palacio desde que Soderini había asumido el mando, se lee: "Nuestra cancillería servirá por ahora a los Diez y la sala para nosotros". Yo supongo que "la sala" significa, al menos en parte, las oficinas de la segunda cancillería.

²⁹ Carta *ex cancelleria*, die XIII, octobris 1502, *rapim et cum strepitu* (desde la Cancillería, el día 13 de octubre del año 1502, a toda prisa), en *Cartas fam.*, p. 54 sigs.

³⁰ Carta de Bartolomé Ruffini "en la caucillería" a Maquiavelo, 21 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 69 sigs.

³¹ *Opera P.*, vol. IV, p. 195 sigs.

³² *Opera P.*, vol. IV, p. 214 sigs.

³³ Carta de Maquiavelo a los Diez, 13 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 177 sigs.

³⁴ Maquiavelo a los Diez, 20 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 188 sigs.

³⁵ La palabra es de Maquiavelo, en una carta del 20 de nov. cit.

³⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, 20 de noviembre cit.

³⁷ Maquiavelo a los Diez, 28 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 201 sigs.

³⁸ Carta del *gonfaloniere* Soderini a Maquiavelo, 21 de diciembre, publicada en *Cartas fam.*, p. 96.

³⁹ Maquiavelo a los Diez, 14 de diciembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 229 sigs.

⁴⁰ A. Giustinian, *Despachos*, ed. cit., vol. I, p. 283 sigs.: carta del 23 de diciembre de 1502.

⁴¹ Carta de Maquiavelo a los Diez, 26 de diciembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 249 sigs. Cfr. *Príncipe*, cap. VII. En el Museo Británico, Egerton ms. 23 se conserva la carta autógrafa del 20 de diciembre de 1503, publicada en *Opera P.*, vol. IV, p. 241 sigs.

⁴² Valentino, hablando con Maquiavelo inmediatamente después de la captura de los capitanes, le recordó que él "ya le había hablado con anticipación de aquello, aunque sin descubrirle todo". Esto se halla referido en la carta de Maquiavelo a los Diez, del 1º de enero de 1503, en *Opera P.*, vol. IV, p. 258 sigs.

⁴³ Carta de Maquiavelo a los Diez, 31 de diciembre de 1502, en *Opera P.*, vol. IV, p. 253 sigs.

⁴⁴ Carta del 1º de enero cit. Las últimas palabras, referidas entre comillas, fueron dichas aquel día sólo en substancia; formalmente las escribió M. en su carta del 8 de enero, *Opera P.*, vol. IV, p. 271 sigs.

⁴⁵ Las cartas que Maquiavelo escribió a los Diez en aquellos memorables días, con grandes trabajos y no pocos gastos por las dificultades que había para encontrar correo en medio de tanta confusión, en parte se perdieron, y en parte llegaron con mucho retraso; de manera que en Florencia ya hasta se dudaba de que viviera. Véase la carta de los Diez del 9 de enero, en *Opera P.*, vol. IV, p. 273 sigs., y la de Buonaccorsi del 8 de enero publicada en *Cartas fam.*, p. 99 sigs.

⁴⁶ *Decennali*, en *Opera MC.*, p. 808.

⁴⁷ Las cartas escritas por Maquiavelo desde los lugares citados en este párrafo se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. IV, pp. 271-286.

⁴⁸ Se deduce de la nota escrita al calce de la elección de Maquiavelo, publicada en *Opera P.*, vol. IV, p. 64.

⁴⁹ *Opera MC.*, p. 743.

⁵⁰ Esto ha sido afirmado sobre todo por Villari y repetido en parte por todos, fundándose en algunas divergencias con la carta fragmentaria publicada en *Opera P.*, vol. IV, p. 254 sigs. y en otros documentos. Las cuales divergencias considero inútil examinar aquí, puesto que ya lo ha hecho, aunque de una manera no del todo satisfactoria, A. Medin, *El duque Valentino en la mente de N. M.*, en *Revista Europea-Revista Internacional*, vol. XXXII (1883), fasc. V; de todas maneras baste

considerar que éstas versan casi todas sobre puntos análogamente controvertidos entre los demás historiadores contemporáneos. Algunas observaciones de Villari se deben simplemente a falta de preparación, como aquella con que comienza, referente a las "calumnias" levantadas por los florentinos contra Valentino (*Descripción*, loc. cit.), en que está claro que aquella palabra se encuentra usada en la acepción tan frecuente en tiempo de Maquiavelo de *cargos*, *acusaciones*. Gerber, I, p. 38, fundándose en aquellas investigaciones que llevó a cabo acerca de la escritura y la grafía de M., coloca la *Descripción* hasta doce años después del suceso (¡todavía después del *Príncipe!*): afirmación tan extravagante, que exigiría una demostración basada en pruebas muy diversas. Y aunque se pudiera comprobar que el autógrafo que él examinó haya sido escrito cuando él afirma, nadie podría probar que no había sido transcrito de otro anterior: lo que se podría también objetar en otras ocasiones contra el método usado por el docto alemán.

NOTAS AL CAPITULO VII

¹ *Palabras que se deben decir acerca del abastecimiento del dinero, luego de una breve introducción y excusa*, en *Opera MC.*, p. 788 sigs. Tommasini (I, 269), quien muy de vez en cuando acierta en algo, considera que el discurso haya sido dicho realmente por Maquiavelo; cita, mal entendiéndolo, un pasaje de Giannotti para demostrar que un secretario (aunque en ninguno de los casos hubiera sido Maquiavelo, sino, a mi entender, el canciller de las Reformas) solía presentar y leer las leyes; presentar y leer sí, no comentar. En cambio Villari, con mejor acuerdo, niega que M. haya pronunciado estas palabras y sostiene que fueron escritas por orden y para el servicio del *gonfaloniere*, o bien que fueran un simple ejercicio literario, como muchos que escribió Guicciardini. Guicciardini sí, Maquiavelo no. Más de una razón me induce a creer que no se trata de un ejercicio literario, comenzando por el título; porque si hubiera tenido tiempo y deseo de ejercitarse, lo hubiera hecho también en aquella "pequeña introducción y excusa". Por otra parte, no me atrevería a afirmar que esta invectiva fuera dirigida contra Soderini; y esto lo noto al fijarme en los términos que usa cuando las *palabras* aluden a su elección, que me parece no hubieran sonado bien en la boca del *gonfaloniere*. El autógrafo de las *Palabras* se conserva en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, I, 77.

² La deliberación de los Diez y la instrucción para esta comisión de Maquiavelo están publicadas en *Opera P.*, vol. IV, p. 295 sigs.

³ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 79.

⁴ Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. VII: "Y él mismo me dijo, en los días en que acababa de ser elegido Julio II, que había estado pensando en todo lo que podría suceder a la muerte de su padre, y a todo le había encontrado remedio, pero que nunca imaginó que, cuando tal muerte sobreviniera, estaría él moribundo"

⁵ Cartas credenciales de los Diez al cardenal Soderini, en *Opera P.*, vol. IV, p. 302. En cambio, la deliberación de los Diez, en *Opera P.*, vol. I, p. LXII (donde está puesto equivocadamente el XI de octubre por el XXI: cfr. vol. IV, p. 299) dice: "apud summum pontificem quando fuerit creatus" (ante el sumo pontífice, cuando éste sea elegido).

⁶ La paga por este viaje se halla publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXI sig.; para la deliberación de los Diez en que se elegía a M. para ir a Roma después de la muerte de Alejandro VI, véase *Opera P.*, vol. IV, p. 298. Un garrafal equívoco de Passerini (*Opera P.*, vol. IV, 297 sig.) indujo a éste a afirmar una inexistente delegación de M. a Roma en mayo de 1503. Cfr. Villari, I,² 449.

⁷ La instrucción, con fecha del 23, se halla publicada en *Opera P.*, vol. IV, p. 299 sigs. Entre las cartas credenciales que llevaba consigo había también una para el cardenal Della Rovere, que fue quien resultó elegido. En la primera carta de los Diez a M., fechada el 24, se lee: "Esta mañana, *inmediatamente* después de tu partida . . ."

⁸ Maquiavelo escribió su primera carta el 27, apenas llegó, pero se ha perdido y sólo se tiene noticia de ella por una del día 28, *Opera P.*, vol. IV, p. 306 sigs.

⁹ Carta del 28 de octubre cit.

¹⁰ Carta de los Diez del 30 de octubre, *Opera P.*, vol. IV, p. 312.

¹¹ Maquiavelo a los Diez, *hora octava noctis inter ultimum diem octobris et primum novembris* (a las ocho de la noche entre el día último de octubre y el primero de noviembre), en *Opera P.*, vol. IV, p. 316 sigs.

¹² *Opera P.*, vol. IV, p. 318.

¹³ Carta de Maquiavelo a los Diez citada aquí arriba en la nota 11: "Este asunto y muchos otros que se han venido presentando, merecerían ser despachados a posta, però yo no tengo órdenes de VV. SS. en ese sentido, ni voy a entrar en semejantes gastos, sin dichas órdenes". Los Diez, al igual que otras veces, hicieron oídos de mercader.

¹⁴ Carta del 1º de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 319 sigs.

¹⁵ Carta del 4 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 326 sigs.

¹⁶ Carta del 4 de noviembre cit.

¹⁷ Maquiavelo a los Diez (6 de noviembre), *Opera P.*, vol. IV, p. 333 sigs. En esta carta falta la fecha, que se deduce de sus siguientes cartas del 7 y del 10.

¹⁸ Carta del 6 de noviembre cit.

¹⁹ Véase antes la nota 4.

²⁰ Carta de Maquiavelo a los Diez, 18 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 373 sigs.; cfr. la carta del 29 de noviembre, loc. cit., p. 422 sigs.

²¹ Carta del 18 de noviembre cit.

²² Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 15 de noviembre, publicada en *Cartas fam.*, p. 104 sigs.

²³ Carta de Maquiavelo a los Diez, 30 de noviembre, en *Opera P.*, vol. IV, p. 424 sigs.

- ²⁴ Maquiavelo a los Diez, 1 de diciembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 428 sigs.
- ²⁵ Extracto de una carta enviada desde Roma, 5 de diciembre, inserto en una del 23 de diciembre de 1503, publicada por F. Ugolini, *Historia de los condes y de los duques de Urbino*, Florencia, 1859, vol. II, p. 523 sigs.
- ²⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, 26 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 411 sigs.
- ²⁷ Carta del mismo a los mismos, 28 de noviembre. *Opera P.*, vol. IV, p. 416 sigs.
- ²⁸ El mismo a los mismos, 3 de diciembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 437 sigs.
- ²⁹ Maquiavelo, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, III, 47.
- ³⁰ *Opera MC.*, p. 809.
- ³¹ Cartas del 11 y del 20 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, pp. 346 sigs., 383 sigs.
- ³² Carta del 24 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, 404 sigs.
- ³³ Carta del 22 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 398.
- ³⁴ La carta (*Cartas fam.*, p. 112 sigs.) está sin fecha y sin nombre del destinatario, aunque no hay ninguna duda de que éste era uno llamado Angiolo Tucci, librero, que se hallaba hospedado con los Priors durante los meses de noviembre y diciembre. Cfr. la carta de Buonaccorsi del 4 de diciembre. en *Cartas fam.*, p. 109 sigs. Allí está titulada prudentemente "A uno de los Señores"; por ello sorprende que Lesca (*Cartas L.*, pp. 14 sigs., 250), siguiendo a Villari, la haya impreso bajo el título de "A Pedro Soderini".
- ³⁵ Carta del 25 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 408.
- ³⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, 12 de noviembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 453 sigs. La indisposición a que se refiere era de tos y catarro, aunque sin fiebre.
- ³⁷ La primera noticia fue dada al nuestro por Bautista Maquiavelo, con una carta del 9 de noviembre, publicada en *Cartas fam.*, p. 103 sigs. Buonaccorsi le escribió también sobre el mismo asunto el 12 de noviembre: carta publicada en *Cartas fam.*, p. 106 sigs., posponiéndola inexplicablemente a la del 15 de noviembre del mismo Buonaccorsi y a una de Soderini, fechada el 17 de noviembre.
- ³⁸ Carta del 2 de noviembre, en *Cartas fam.*, p. 101 sigs.
- ³⁹ Carta del 15 de noviembre, en *Cartas fam.*, p. 104 sigs.
- ⁴⁰ Esta cartita está escrita con una grafía no mejor y quizá un poco peor que la correspondiente a otras mujeres de la condición de Marietta en aquel tiempo. Fue publicada en *Cartas fam.*, p. 114 sig. y por Villari, vol. III,² p. 399 sigs.; *Cartas L.*, 224 sig. En el autógrafo, que se conserva en la B. L. F., Códice Tempi, II, c. 165, la fecha carece de mes y de año por lo que Amico y otros que la publicaron la colocaron en el año de 1524, interpretando así el original que dice "el día 24". Villari (II,⁴ 273) no sabe cómo fecharla y parece inclinarse a colocarla en 1506. Tommasini (II, 1315) afirma que la fecha "puede conjeturarse con toda seguridad", y la coloca sin más ni más el 24 de diciembre de 1503, como hacen también *Cartas fam.* y *Cartas L.*; No tiene ninguna justificación esta

pretensión, porque el 24 de diciembre hacía ya tres días que Maquiavelo estaba de regreso en Florencia! Ya he dicho que éste muy de vez en cuando acierta en algo. La fecha "que se puede conjeturar con toda seguridad" es la del 24 de noviembre de 1503, es decir, 16 días después del nacimiento de su hijito: en efecto, Marietta declara que no había podido escribir hasta entonces por el embarazo: cosa que no hubiera podido decir el 24 de diciembre. Esta fecha trae una nueva modificación a la cronología de los hijos de Nicolás. En efecto, hasta entonces se creía (aunque sin ningún fundamento) que su primer hijo era Bernardo: en cambio en esta carta se ve que antes de Bernardo había nacido una niña ("la niña está enferma", dice el texto): probablemente Primerana, como por lo demás el mismo nombre debía hacer suponer. Por otra parte, la fecha que yo he establecido, que se halla confirmada por varias circunstancias, tales como la peste que había por entonces en Roma y que preocupaba enormemente a la pobre Marietta, concuerda muy bien con la conjetura que ya he expresado en el cap. V, nota 10, de que la fecha del matrimonio de Nicolás debe ser anticipada aproximadamente en un año respecto al tiempo que le asignan los demás biógrafos basándose precisamente en el fundamento del nacimiento de este hijo, que ahora en cambio resulta el segundo.

⁴¹ Esto se deduce de la carta del cardenal a Maquiavelo del 29 de mayo de 1504, publicada en *Cartas fam.*, p. 115.

⁴² Carta del cardenal Soderini a los Diez, Roma, 18 de diciembre de 1503, *Opera P.*, vol. IV, p. 464. En efecto, Maquiavelo se apoya en la autoridad del cardenal en su carta del 12 de diciembre, *Opera P.*, vol. IV, p. 453 sigs. Tommasini (I, 300) cree, ciertamente sin razón, que Maquiavelo difería su regreso a Florencia por el temor de ser enviado a Alemania, después de que Buonaccorsi le había escrito que el *gonfaloniere* lo tenía pensado. Cuando más, lo detenían allí las conversaciones que sostenía con el Cardenal acerca de aquel audaz proyecto que en los próximos capítulos demostraré que lanzó precisamente durante esta delegación. Su última carta desde Roma es del día 16 de diciembre, publicada en *Opera P.*, vol. IV, p. 464; el original autógrafo de la cual se conserva en el Museo Británico, *Egerton Ms.*, 23.

⁴³ Carta de Soderini, 18 de diciembre cit. Maquiavelo llegó a Florencia el 21 de diciembre, como se ve en la nota añadida a la deliberación de su elección, *Opera P.*, vol. IV, p. 299. Por la destinación referente a esta delegación (*Opera P.*, vol. I, p. LXII) se deduce que su salario le fue pagado totalmente el día 22.

NOTAS AL CAPITULO VIII

¹ Las patentes de Maquiavelo para esta comisión a Firenzuola se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. I, p. LXII sig.; cfr. Tommasini, vol. I, p. 301.

² *Opera P.*, vol. V, p. 20.

³ *Opera P.*, vol. V, p. 3 sigs.; allí, en la pág. 2, se encuentran las credenciales

del Rey, para el cardenal de Ruan, etc. A su partida le fueron anticipados 80 florines de oro y el respectivo registro se halla publicado en *Opera P.*, vol. I, p. LXIII.

⁴ Carta del 22 de enero de 1504, en *Opera P.*, vol. V, p. 8 sigs. En el autógrafo se lee *Non de rien douté*.

⁵ Carta de Nicolás Valori a los Diez, 27 de enero, en *Opera P.*, vol. V, p. 11.

⁶ *Cartas fam.*, p. 77 sigs.

⁷ Carta de Maquiavelo a los Diez, 30 de enero de 1503-4, en *Opera P.*, vol. V, p. 20. Las cartas de Valori a los Diez y de los Diez a él se hallan publicadas juntamente con estas pocas de Maquiavelo en *Opera P.*, vol. V, pp. 10-91; allí en la p. 7 se halla la carta de los Diez a Valori, que acreditaba a Maquiavelo y explicaba su misión.

⁸ Carta de Valori, 27 de enero cit.

⁹ Carta cit.

¹⁰ Valori a los Diez, 2 de febrero. *Opera P.*, vol. V, p. 28 sigs.

¹¹ Carta de Maquiavelo a los Diez, 25 de febrero, en *Opera P.*, vol. V, p. 79: "El viernes próximo partiré sin falta". En una carta precedente de Valori a los Diez, del 11 de febrero: "Nicolás Maquiavelo regresará a Italia a pequeñas jornadas".

¹² La instrucción se halla publicada en *Opera P.*, vol. V, p. 92 sigs.; la deliberación y las credenciales respectivas *ibid.* Por esta comisión se le pagaron a Maquiavelo diez florines; el registro respectivo se halla en *Opera P.*, vol. I, p. LXIII.

¹³ *Reforma santa y preciosa para la conservación de la ciudad de Florencia*, Florencia, Francisco de Dino, 24 de febrero de 1496. El librito nunca fue reimpresso. y también esto es un indicio del escaso favor que obtuvo. Como ya ha sido observado, no tienen que ver con la milicia, ni pueden atribuirse a Maquiavelo las *Advertencias* publicadas por G. Canestrini, *Documentos para servir a la historia de la milicia italiana*, etc., A. H. I., primera serie, vol. XV, p. 258 sigs.

¹⁴ Carta del cardenal Soderini a Maquiavelo, 29 de mayo de 1504, publicada en *Cartas fam.*, p. 115. La carta de M. al cardenal se ha perdido. Mi narración de los primeros esfuerzos realizados por Maquiavelo para persuadir acerca de la introducción de la Milicia, se separa un tanto de los demás biógrafos, quienes retrasan aquellas tentativas hasta fines de 1505, tiempo en que ya habían llegado a término.

¹⁵ Maquiavelo escribió de su propio puno y letra una interminable serie de cartas para dirigir esta gran empresa hidráulica. Cfr. Villari, vol. I,⁴ p. 433.

¹⁶ Carta dedicatoria a Alamanno Salviati, 8 de noviembre de 1504, *Opera MC.*, p. 799 (tomo la fecha del texto italiano; el latino lleva la fecha *V idus novembris*, es decir, 9 de noviembre).

¹⁷ Ed. y loc. cit.; allí, en la p. 798, se encuentran breves informaciones acerca del ms. del texto. Más adelante hablaremos de las primeras ediciones.

¹⁸ M. Barbi, *La suerte de Dante en el siglo XVI*, Pisa, tip. Nistri, 1890, p. 297.

¹⁹ Este hijo es, probablemente, Ludovico; es de suponer que haya nacido a principios de octubre, porque el cardenal Soderini habla de él en una carta suya del 26 de aquel mes, publicada en *Cartas fam.*, p. 119 sig.

²⁰ En la cit. carta del cardenal Soderini, del 26 de octubre, se halla el siguiente pasaje, que no ha sido entendido o ha sido descuidado por los biógrafos: "Nos creemos que quien consideráis indiferente sólo lo aparenta, para evitar la ocasión de críticas a quien juzga que el bien público es bien privado". Y sin embargo estas palabras, si se comparan con las de la carta del 29 de mayo, son clarísimas.

²¹ Algunas de las cartas de oficina escritas por Maquiavelo en este tiempo, han sido publicadas por Canestrini, *Escritos inéditos*, pp. 165-193.

²² Carta de Totto Maquiavelo, 15 de marzo de 1504-5, en *Cartas fam.*, p. 122 sig. Allí mismo, p. 123, se halla también una carta del cardenal Soderini, 23 de marzo de 1505 bastante oscura, pero probablemente referente a beneficios eclesiásticos. Una carta inédita de Totto Maquiavelo, Roma, 26 de septiembre de 1504, que había pasado inadvertida a los editores precedentes, fue publicada por G. Lesca, en *Revista Histórica de los Archivos Toscanos*, vol. III, p. 3 sigs.

²³ Carta de Nicolás Valori a Maquiavelo, del 12 de enero de 1504-5, en *Cartas fam.*, p. 121.

²⁴ La instrucción es del 9 de abril de 1905, y se halla publicada en *Opera P.*, vol. V, p. 94 sigs. Esta comisión ante Baglioni es recordada también por Buonaccorsi, *Diario cit.*, p. 101, pero sin nombrar a Maquiavelo: "Envió la Señoría a un hombre . . . Este hombre dedujo en su breve permanencia en Perusa (*sic!*) que se trataba de una inteligencia entre él y la casa de los Orsini, Pandolfo Petrucci, Gonzalo Ferrando, Bartolomé de Alviano, y todos los demás de su clase", etc. Por esta comisión fueron pagados a M. diez florines; la entrega se halla publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXIII.

²⁵ Carta del 11 de abril a los Diez, en *Opera P.*, vol. V, pp. 96-103.

²⁶ La comisión, fechada el 4 de mayo, se halla publicada en *Opera P.*, vol. V, p. 104; en *Opera P.*, vol. I, p. LXIII, se halla la entrega de los veinte florines correspondientes a ella.

²⁷ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 277. A Nápoles fue enviado Roberto (no Donato, como dice Tommasini) Acciaiuoli, "aunque para decidir este envío surgieron grandes dificultades, ya que el *gonfaloniere* se oponía a él, y quería mandar a Nicolás Maquiavelo, que era un hombre de toda su confianza, de quien se sentía seguro". Tommasini (I, 316) publica algunos de los pareceres que se recogieron en la consulta que se verificó a propósito de esta delegación, favorables al envío de Maquiavelo.

²⁸ La breve instrucción girada a Maquiavelo para esta comisión a Siena es del 16 de julio, y se halla publicada en *Opera P.*, vol. V, p. 110.

²⁹ Publicadas, con las de los Diez a él, en *Opera P.*, vol. V, pp. 111-139.

³⁰ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, del 24 de julio, en *Cartas fam.*, p. 124 sig.

³¹ M. llegó al campamento alrededor del 20 de agosto (I. Pitti, *Vida de Antonio Giacomini Tebalducci* cit., pp. 225, 227). Al fracasar la empresa de la toma de Pisa, el comisario Giacomini, al escuchar las calumnias que le levantaban los descontentos, solicitó licencia (I. Pitti, *Vida* cit., p. 237), amenazando con tomársela por sí mismo si no se la daban. Fue en esa ocasión cuando M. le escribió amistosamente una carta publicada por F. Novati, *Una cartita inédita y desconocida de N. M.*, en *El libro y la imprenta*, vol. VI (1912), p. 183, disuadiéndolo de ello "para no dar ningún pie a estos traidores y envidiosos, que son muchos, y no quisiera yo que encontraran ocasión para ladrar de nuevo". Es curioso el pequeño infortunio acaecido al docto Novati, a quien el nombre de Giacomini resulta tan oscuro, que lo llama "un hombre llamado Antonio Tebalducci". Y sin embargo éste nombre debía de decir algo, si no a sus conocimientos históricos, al menos a los de historiador de la literatura, por las dos muy conocidas biografías de Nardi y de Pitti.

³² Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 282 sig.

³³ Guicciardini, op. cit., p. 281. Allí se dice que aquellos grandes ciudadanos temían que Soderini se sirviera de don Miguel, no sólo para tiranizar a la ciudad, sino también "para deshacerse de los ciudadanos que eran enemigos suyos".

³⁴ *Opera P.*, vol. V, p. 142 sig. Allí, junto con otras cartas de Maquiavelo a los Diez, y de los Diez a él, con las patentes y demás, se halla publicado conforme al borrador autógrafo de M., el texto del bando de alistamiento. Se encuentra también, en la p. 147, una carta que le escribió Marcelo Virgilio el 6 de febrero de 1505-6 por comisión del *gonfaloniere*.

³⁵ El día 27 de enero de 1506 se hace una entrega del dinero que había gastado Maquiavelo "en algunos viajes hechos a Mugello"; *Opera P.*, vol. I, p. LXIII.

³⁶ Landucci, *Diario* cit., p. 273.

³⁷ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 282 sig.

³⁸ Landucci, op. y loc. cit.

NOTAS AL CAPITULO IX

¹ Publicada en *Cartas fam.*, p. 127 sig., y más correctamente por Tommasini, vol. I, p. 675. La única edición contemporánea que ha llegado hasta nosotros y el manuscrito autógrafo de Vespucci, que se conserva en la B. N. F., *Magliavecchi*, XXV, 604, leen concordemente en el encabezado de la carta dedicatoria: *Augustinus Mattei N. V. viris florentinis, etc.*; y Tommasini explica que se trataba de los . . . cinco conservadores de los alrededores. Naturalmente, es éste uno de los habituales descubrimientos de aquel investigador. No se ve por qué Vespucci había de dedicar el *Decennale* a los conservadores de los alrededores (como eran comúnmente llamados, no los "Cinco") y mucho menos declarar a Maquiavelo deudor para con ellos de la obra histórica más pequeña que era la que les ofrecía, y de la mayor que estaba preparando. ¡Cuanto más, habría dedicado la obra a los

Diez, de quienes había sido Maquiavelo el secretario y Vespucci el cooperador, y que tenían más relación con la historia de Florencia que los conservadores del condado de los alrededores! Por lo demás, el mismo texto nos demuestra que la pequeña obra estaba dedicada a los florentinos, a quienes se dirige continuamente en discurso directo como lo hace también en los extractos y en los fragmentos citados en la nota siguiente.

² Los editores de las obras de M., y más extensamente los de *Opera P.*, vol. II, pp. 129-281, publicaron muchos fragmentos de cartas públicas oficiales y restos de otras fuentes, editados sobre autógrafos de M. o de otros oficiales de la cancellería; sin embargo, algunos grupos de estos extractos habían sido compilados para el uso de la oficina, no para servir de documentación para la historia, aunque M. los reunió y los conservó junto con los demás materiales de que pensaba servirse; por ejemplo, los fragmentos, por lo general de cartas misivas del cargo (no responsivas como las de los demás fragmentos) compilados de mano de los cooperadores Agustín de Terranova y Biagio Buonaccorsi (ed. cit., pp. 166-188). Se distinguen dos grupos principales entre los fragmentos históricos propiamente dichos: 1) *Extractos de cartas a los Diez di Balìa*, de 1497 a 1499, (*Opera P.*, vol. II, pp. 129-156), que faltan en el Apógrafo Ricci y han sido publicados primero en la edición de Cambi sin indicación de su proveniencia, al grado de que los editores de las *Opera P.*, y el mismo Tommasini, han mostrado cierta perplejidad con respecto a la autenticidad de ellos; hasta que P. Carli, *Un autógrafo poco conocido de Maquiavelo*, en *P. H. L. I.*, vol. L (1907), pp. 354-368, encontró el original y los anotó en el Cód. Riccardiano 3 627, que contiene también parte del segundo grupo. Allí el benemérito investigador publicó las más notables divergencias que se encuentran entre el autógrafo y el texto impreso. Posteriormente Gerber, vol. I, p. 10 sigs., demostró que los fragmentos de este primer grupo no son de mano de M., sino de Adriani. Por consiguiente, no debería yo ocuparme de ellos, si no fuera porque éstos, al igual que otros fragmentos copiados por otros oficiales de la cancellería y publicados por los editores de las obras de M., no hubieran servido manifiestamente a M. para sus primeras obras historiográficas. Hay que considerar también, aunque sólo sea para excluirla, la duda de que Adriani haya copiado un ms. de M. o resumido para él fragmentos más informes compilados por los cooperadores; sé bien que esta colaboración prestada por el primer canciller al segundo parece poco probable y poco verosímil: pero entonces, si tenemos en cuenta algunos recuerdos que el compilador ha intercalado entre estos extractos para una elaboración futura (*Opera P.*, vol. II, pp. 140, 152, 153) hay que concluir, y esto tiene un gran interés biográfico, que también Adriani se preparaba a escribir historia, y precisamente en los mismos años que M.; pero que después, habiendo tenido noticia de la intención de M., haya cedido a su colega la tarea y estos materiales que ya había reunido. De cualquier manera, el mismo hecho de estar redactados por Adriani, demuestra que estos extractos no fueron compilados para la *Historia de Florencia*, como hasta ahora se ha creído, sino que fueron

reunidos por M. para aquellos primeros trabajos historiográficos. II) Fragmentos de 1464 a 1501 (en *Opera P.*, vol. II, pp. 217-281), más concisos que los precedentes pero con frecuencia ingeniosos y jugosos en su extrema concisión; se conservan íntegramente en una copia del apógrafo Ricci y en parte en un fragmento de mano de M. que se ha conservado en el Riccardiano 3 627 (cfr. P. Carli, op. cit.). En ellos el compilador se dirige por lo general a los florentinos en discursos directos como en los *Decennali*, y esta misma particularidad me induciría a colocar este grupo de fragmentos en un tiempo no lejano de los *Decennali* y de aquella vasta obra histórica que desde entonces "forjaba en su taller"; esto se halla confirmado por las indagaciones de Gerber, I, p. 16 sig. También aquí encontramos recuerdos y notas del compilador para una futura elaboración historiográfica. "Háblese aquí de los tratados firmados con Francia" (ed. cit., p. 268); "Acuérdate de decir que ganó la votación el asunto de Pisa . . ." (p. 273), etc. Si quisiéramos hacer caso a Florini en su segunda edición de la Historia, en lo que ha sido seguido después por otros, este segundo grupo no incluiría fragmentos de cartas, sino "de una crónica en latín": la cual conjetura, como observa Carli, op. cit., p. 355, "tendría necesidad de ser demostrada", y no se funda sobre mayor fundamento que el de algunos pequeños títulos en latín y de alguna palabra y frase en la misma lengua, entremezcladas dentro del texto: ¿como si esto no fuera una costumbre de M., especialmente en sus escritos no elaborados! (Cfr. Chiapelli, op. cit., p. 8 sig.). De cualquier manera, estos fragmentos son de Maquiavelo y están escritos por su propia mano durante aquellos años de la cancillería (son de notar las agudas invectivas que ya desde entonces fulminaba contra los soldados mercenarios: *Nulla fides apud mercenarios milites* etc.). Finalmente se encuentran, además de grupos menores de fragmentos (entre los que se cuentan dos de mano de M., correspondientes a noviembre y diciembre de 1494 y a junio-diciembre de 1495: ed. cit., pp. 156-166), los llamados *Fragmentos históricos* de 1494 a 1498 (*Opera P.*, II, pp. 77-127) que muestran una elaboración más avanzada. Los más autorizados investigadores de M., entre los que se cuenta Villari, vol. II^a, p. 489 sigs., se hallaron concordes en considerarlos fragmentos separados de la *Historia de Florencia*, o si acaso, diría yo con más exactitud una primera redacción sumaria de algunas partes del libro IX (es de notar la referencia que hace en la p. 116 "a un cuadernillo que guardo en mi escritorio"). Por consiguiente, sería aquí prematuro y fuera de lugar discurrir acerca de estos *fragmentos*; y no hubiera aludido a ellos si las conclusiones a las que he llegado con respecto a los primeros proyectos y trabajos historiográficos de M. no justificaran la duda, que se ve corroborada en cierta parte por aquel dirigirse a los florentinos en discurso directo al igual que en los *Decennali* (como ya hemos observado en los fragmentos del grupo II), de que también estos *Fragmentos históricos*, al igual que los *Extractos*, pertenezcan a aquel tiempo. Esta duda ha sido expresada ya anteriormente por Gerber, I, p. 13 sig., a quien corresponde el mérito de haber sabido leer por primera vez algo en la dedicatoria de Vespucci, a pesar de que es muy clara. Pero, como espantado por la novedad de la conclusión y como

temiendo ir demasiado lejos en sus conclusiones si afirmaba que M. intentaba ya desde entonces hacerse historiógrafo de la República, habló de "un *Decennale* más extenso, que naturalmente habría de ser en prosa". Pero en cambio, no consideró que tal limitación era más arbitraria que una hipótesis más amplia, que supusiera la intención de M. de continuar la tradición historiográfica de la cancillería, y tampoco tenía en cuenta los extractos *post mortem Cosimi* (grupo II) que sobrepasan en tres decenios el límite de aquel decenio. Por lo demás, tampoco debe de haber convencido la comedida y tímida alusión del docto alemán a todos los que después de él se ocuparon de M., incluso a Villari, el cual tuvo tiempo de ver esta parte de las fatigas de Gerber, ya que fue publicada varios años antes de que saliera a la luz la penúltima edición de su libro.

³ *Cartas fam.*, p. 128 sigs.

⁴ Carta de Maquiavelo a los Diez, 3 de marzo de 1505-6, en *Opera P.*, vol V, p. 148 sig.

⁵ Carta de Vespucci a Maquiavelo, 13 de marzo de 1505-6, *Cartas fam.*, p. 130. — La edición original de este primer *Decennale* (en 4º, 12 cc.) fue anotada, pero no satisfactoriamente descrita por G. Torre, en *El Bibliófilo*, vol. II (1881), p. 76 sig. Habiéndose perdido el ejemplar que obraba en poder de Torre, no se conoce otro alguno. Acerca de la segunda edición, falsificada con la ayuda del tipógrafo Tubini, de la cual trata la carta de Vespucci, se conoce sólo un ejemplar conservado en el M. B. y diligentemente descrito por Gerber, II, p. 69 (facsimil 103). Está en 8º, con 12 cc. Deben hacerse a un lado todas las escrupulosas dudas de Gerber con respecto a la identidad de la edición que se conserva en el M. B. con la falsificación descrita por Vespucci, dado que los tipos son exactamente del número 86R, que son los que usó Antonio Tubini hasta los dos últimos años del siglo xv.

⁶ Carta cit.

⁷ Carta del 5 de marzo de 1505-6, en *Opera P.*, vol. V, p. 150. La última carta que nos ha sido conservada acerca de esta comisión al Casentino es una de los Diez a M., del 14 de marzo de 1506, en la que no se habla todavía de regreso; *Opera P.*, vol. V, p. 152.

⁸ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 141.

⁹ *Cartas fam.*, p. 135 sigs. Otra carta de M. a Juan Ridolfi del 1º de junio de 1504, se puede encontrar en *Cartas fam.*, p. 116 sig.; y su original autógrafo se conserva en la Historical Association de Filadelfia.

¹⁰ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 290.

¹¹ Instrucción de la Señoría a Maquiavelo, 25 de agosto de 1506, en *Opera P.*, vol. V, p. 154 sigs.; *ibid.*, las credenciales etc.

¹² Tomado del *Libro de las partidas y regresos de los oradores*, en *Opera P.*, vol. I, p. LXVI. Allí se encuentran también otros pagos y deliberaciones referentes al salario pagado a Maquiavelo por esta delegación.

¹³ Referido *ad verbum* (textualmente) por Maquiavelo en su carta a los Diez el mismo día, *Opera P.*, vol. V, p. 157 sigs.

¹⁴ Carta cit.

¹⁵ Las cartas de esta delegación se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. V, pp. 155-240; como ya lo ha hecho notar Villari, vol. I^o, p. 513 sig., no son ciertamente de las más importantes de las delegaciones de Maquiavelo. En una carta del 6 de septiembre de 1506 (*Cartas fam.*, p. 143 sigs.) Buonaccorsi escribía a Maquiavelo que el reembolso de cierto dinero se le entregaría por medio de Miguel Angel, que había salido de Florencia para hacer frente, después de las grandes cóleras y los grandes temores, al terrible Julio; después, el 11 de septiembre (*Cartas fam.*, p. 147 sigs.) le escribió que Miguel Angel "había regresado por buenas razones". Cfr. G. Papini, *Vida de Miguel Angel*, etc., Milán, Garzanti, 1949, p. 144.

¹⁶ Carta del 13 de septiembre en *Opera P.*, vol. V, p. 184 sigs. Cfr. Maquiavelo, *Discursos*, I, 27, en que M., negando que "un piadoso respeto" para con el papa y los cardenales hubiera detenido al parricida Juan Pablo, negó también que se le debiera respeto "a quien vive y reina como ellos"; sólo una despreciable vileza impidió a Baglioni el ser "malo con honra o perfectamente bueno".

¹⁷ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 149. No es éste el único pasaje en el que G. casi calca las palabras escritas por Maquiavelo durante sus delegaciones, en las que es posible encontrar analogías bastante más cercanas y probatorias que las *sui generis* citadas por Tommasini, vol. I, p. 187 sigs. Pero Tommasini, desorientado como de costumbre por su poco feliz juicio, se pierde detrás de extrañas conjeturas, valiéndose hasta de Juan Mateo Toscano y de su tardío *Peplus Italiae* para afirmar que Maquiavelo a su muerte pudo haber dejado a Guicciardini sus fragmentos y extractos históricos, o simplemente cedérselos en vida, cuando éste no había comenzado siquiera a escribir la *Historia*. En cambio, la verdad es que todas las cartas de los Diez, y por consiguiente las cartas de M. con ellas, llegaron a manos de Guicciardini, según se deduce de una carta del último secretario de este cargo, Donato Giannotti. Véase R. Ridolfi, *Los archivos de las familias florentinas*, Florencia, Olschki, 1934, vol. I, p. 157. Por consiguiente, Guicciardini siguió, y en ocasiones copió a M. no basándose en sus apuntes de historia, sino en sus cartas originales que encontró en el archivo de los Diez.

¹⁸ Carta a los Diez, 13 de septiembre, *Opera P.*, vol. V, p. 181 sigs.

¹⁹ Carta de Maquiavelo a los Diez, 3 de octubre, en *Opera P.*, vol. V, p. 210 sigs.

²⁰ Carta del 5 de octubre en *Opera P.*, vol. V, p. 215 sig. El original autógrafo de la carta escrita por M. a los Diez, desde Urbino, el 25 de septiembre de 1506, publicada en *Opera P.*, vol. V, p. 199 sigs., se conserva en el M. B. *Egerton Ms. 23*.

²¹ Carta del 11 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 158 sigs.

²² Así se lee en las cartas del 8 de septiembre (*Cartas fam.*, p. 145 sigs.), y del 21 de septiembre (*Cartas fam.*, p. 148 sigs.). La deliberación en favor de la Ordenanza de la que se habla en la carta del 11 de octubre cit. es la del 2 de octubre de 1506 publicada por Canestrini, *Escritos inéditos*, p. 300. El Bernardo que lo favoreció fue Bernardo Nasi, que volvió a ser contado entre los Diez en lugar de Pedro Guicciardini.

²³ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 30 de septiembre. en *Cartas fam.*, p. 150 sig.

²⁴ Buonaccorsi a Maquiavelo, 6 de octubre, en *Cartas fam.*, p. 153 sig. Ha sido publicada de nuevo y más cuidadosamente por Villari, vol. I, p. 652 sig.

²⁵ Carta de Maquiavelo a los Diez, 12 de octubre, en *Opera P.*, vol. V, p. 223 sigs.

²⁶ Maquiavelo a los Diez, 16 de octubre, en *Opera P.*, vol. V, p. 228 sig.

²⁷ Carta de Maquiavelo a los Diez, 19 de octubre, ed. y vol. cit., p. 232 sig.

²⁸ Carta de Maquiavelo a los Diez, 21 de octubre, ed. y vol. cit., p. 233 sig.

²⁹ *Libro de las partidas y regresos* de los embajadores, cit. aquí antes en nota 12.

³⁰ Carta de Carlos degli Albizzi a M. del 24 de noviembre, *Cartas fam.*, p. 160 sig. M. había dado las gracias a Albizzi por aceptar el compadrazgo. Un hijo de pocos meses se le había muerto el 14 de junio de dicho año de 1506 (B. N. F. *Ne-crologio Cirri*, vol. XI, p. 434).

³¹ Publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 339; G. Canestrini, *Documentos* etc., cit., p. 379 sigs., y en otros lugares. En *Cartas fam.*, p. 173, se encuentra una carta de Roberto Acciaiuoli a M.; acerca de ella véase aquí el cap. X, n. 7.

³² Publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 330 sigs.; Villari, vol. I, p. 655 sigs. y en otras. Es seguro que este discurso fue escrito cuando el cargo de los Nueve había sido ya proyectado, pero no establecido; en resumen: constituye un preámbulo a la *Provisión* ("Es necesario darles una ley y un magistrado que la haga observar; y en esta ley hay que disponer", etc.). El otro *Discurso acerca de la ordenanza y milicia florentina*, publicado en *Opera P.*, vol. VI, p. 335 sigs., y que se refiere casi todo al número de los hombres que había que alistar, es anterior, a mi parecer; y a su vez anterior a éste (no posterior como afirma Tommasini, equivocándose respecto a la interpretación de un "yo os he dicho"), es un *Capricho acerca de una ordenanza*, publicado por el mismo Tommasini, vol. I, p. 682.

³³ Deliberación del 12 de enero de 1506-7, publicada en parte por Tommasini, vol. I, p. 367 n.

³⁴ Carta del cardenal Soderini a M., 15 de diciembre de 1506, *Cartas fam.*, p. 161 sig.

³⁵ Carta de Vespucci a M., 28 de diciembre de 1506, *Cartas fam.*, p. 162 sigs. En vez de Vespucci fue elegido canciller de los Nueve, ser Francisco de ser Tommè da San Gimignano; cfr. G. Canestrini, *Documentos* etc., cit., p. CIX.

³⁶ Para este viaje se le hizo entrega de 17 florines (*Opera P.*, vol. I, p. LXVIII sig.). En esta y en otras comisiones semejantes por cuenta de la milicia no se daba a Maquiavelo otra paga que la ordinaria, pero se le reembolsaban todos los gastos.

³⁷ Acerca de este viaje de M. a San Gimignano véase, en medio de muchas flores retóricas, ingenuidades e inexactitudes, los pocos documentos publicados por U. Nomi Pesciolini, *N. M. en San Gimignano*, en *La Bibliofilia*, vol. X (1908), 49 sigs.; cfr. L. Pecori, *Historia de la tierra de San Gimignano*, Florencia, 1853, p. 261.

³⁸ Carta del cardenal Soderini a Maquiavelo, 4 de marzo de 1506-7, p. 165 sig.

Ese mismo día escribía el cardenal al *Gonfaloniere* para felicitarlo y recomendarle precisamente la justicia, es decir la disciplina, de la nueva milicia; Villari, vol. I, p. 524 sig.

NOTAS AL CAPITULO X

¹ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 273.

² Cerretani, *Historia de Florencia*; cfr. Villari, vol. II, p. 66.

³ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 297.

⁴ Las cartas de Casavecchia y de Nasi se hallan publicadas en *Cartas fam.*, respectivamente en las pp. 166 sig.; y 169 sig. Otras dos cartas de los mismos a Maquiavelo, del 22 de septiembre y del 19 de noviembre de 1507, op. cit., p. 170 sigs. En la carta de Casavecchia del 22 de septiembre se halla añadido un párrafo, publicado por Tommasini, I, 356 sig., que comienza: *Maquiavelo querido, tus buenas bebidas*, y continúa alabando el "divino ingenio" de su amigo que le había enviado una "cartita . . . más admirable que consoladora", que por desgracia se halla perdida hoy día.

⁵ Carta del 12 de agosto a los Diez, *Opera P.*, vol. V, p. 243. Allí también los demás documentos relativos a esta comisión. Las *stinche* eran las prisiones de la República Florentina.

⁶ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 302. Fue a propósito de esta delegación cuando Cerretani, que pertenecía a la facción adversa a Soderini, trataba de "títtere" a Maquiavelo; afirmando que el *gonfaloniere* lo había mandado no sólo para vigilar a Vettori, sino también para hacerlo escribir lo que convenía a sus fines. La parte que correspondía al Secretario florentino en esta delegación demuestra cuán falsas eran estas afirmaciones.

⁷ Carta de Roberto Acciaiuoli a M., 4 de diciembre de 1507, en *Cartas fam.*, p. 173 sig.; cfr. Tommasini, vol. I, p. 353 sig., que yerra al considerar que se trataba de la persona de don Miguel, que ya había sido contratado por la deliberación del 27 de febrero de 1506-7. En realidad, M. se había dirigido a Acciaiuoli, embajador en Roma, a fin de que le consiguiera allá un sucesor del demasiado facineroso español. Pero Acciaiuoli le hacía notar justamente que había de ser muy difícil encontrar algún capitán para el caso porque *hoc nomen Bargelli apud strenuos viros odio est et omnes stomachantur* (este nombre del Bargello es odioso para todos los militares, y todos lo desprecian), (¡es decir, que lo despreciaban los capitanes, no los florentinos, como creía el biógrafo!). En seguida preguntaba cuál era la paga, cuáles las habitaciones, etc. Todo esto no lo entendió Tommasini, quien basándose en esta carta pretendía corregir nada menos que a Guicciardini; e igual cosa sucedió a otros.

⁸ Carta de Vettori a los Diez (de mano de Maquiavelo), el 17 de enero de 1507-8, en *Opera P.*, vol. V, p. 258 sigs.

⁹ Carta de Maquiavelo a los Diez, 25 de diciembre de 1507, en *Opera P.*, vol. V, p. 253. Otra carta escrita el día 22 desde Gabella, no ha llegado hasta nosotros y debe de haberse extraviado en el camino porque los Diez no acusaron nunca recibo de ella; quizás en ella se narra la investigación que había hecho M. en Lombardía.

¹⁰ Este y otros pagos y documentos relativos a la comisión en Alemania (elección, deliberación del salario, etc.) se hallan publicados en *Opera P.*, vol. I, p. LXIX sig.

¹¹ Carta de Maquiavelo a los Diez, Bolzano, 17 de enero de 1507-8, en *Opera P.*, vol. V, p. 253 sigs.

¹² Carta de Vettori a los Diez, 17 de enero cit.

¹³ Acerca de Vettori véase L. Passy, *Un amigo de Maquiavelo: Francisco Vettori, su vida y sus obras*, París, Plon, 1914; B. Croce, *Poetas y escritores de principios y fines del Renacimiento*, Bari, Laterza, 1945-52, vol. I, p. 59 sigs. Son allí especialmente dignas de consideración algunas agudas observaciones que hace acerca del materialismo de Vettori, que "lo llevaba a una visión de la vida totalmente utilitaria, económica y materialista", muy lejana del ingenio y del alma de Maquiavelo. En la correspondencia entre estos dos amigos a mí siempre me parece oír algo disonante; entre otras cosas, porque Vettori era, como elegantemente escribe Guicciardini acerca del cardenal Soderini, "muy concentrado en sí mismo": el cual egoísmo vuelve aún más singular y estéril para M. esta *dissimilium societas* (sociedad de miembros desemejantes). Como es sabido, Vettori narró esta delegación en su *Viaje a Alemania*, París, Molini, 1837; pero desgraciadamente aquella narración suya, salpicada de cuentecillos y de episodios que no bastan para volverla atractiva, y frecuentemente resultan fuera de lugar, queda interrumpida poco antes de la llegada de Maquiavelo; y no contiene otra cosa relacionada con el nuestro, más que un diálogo entre el embajador y un huésped suyo de Firenzuola (op. cit., p. 2 sigs.) acerca de la Ordenanza.

¹⁴ Carta del 8 de febrero, en *Opera P.*, vol. V, p. 282 sigs.

¹⁵ *Opera P.*, vol. V, p. 334.

¹⁶ Para un análisis de los escritos de Maquiavelo acerca de Alemania y algo de bibliografía véase Villari, vol. 1^a, p. 540 sigs.; aunque se le ha escapado la obra de H. Rosemeier, *N. Machiavelli's erste Legation zum Kaiser Maximilian und seine drei Schriften über Deutschland*, Bückeberg, 1894.

¹⁷ El *Rapporto* (la relación), "hecho este día 17 de junio de 1508", en *Opera P.*, vol. V, pp. 313-322.

¹⁸ El *Ritratto* (*Opera P.*, vol. V, pp. 324-330; *Opera MG.*, pp. 740-743), que es una reelaboración literaria de la relación escrita para la oficina, debió colocarse a mediados de 1512 porque, después de haber recordado en él la jornada de Rávena (11 de abril de 1512) alude a la guerra que ha estallado "últimamente" por obra de los españoles en la Guyenne. En medio de la *Relación* y del *Retrato* se halla un *Discurso acerca de los asuntos de Alemania y del Emperador*, que sin embargo, trata sólo del Emperador, y fue redactado para la oficina en 1509 (allí se

halla citada la *Relación* así: "Por haber escrito a mi llegada, aquí . . .") sin duda alguna cuando fueron enviados a Alemania Juan Victorio Soderini y Pedro Guicciardini.

¹⁸ Carta de César Mauro a Maquiavelo, Colonia, junio de 1508, *Cartas fam.*, p. 174 sig.

²⁰ Carta del 23 de febrero, *Opera P.*, vol. V, p. 289 sigs.

²¹ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 195.

²² Carta del 22 de marzo, en *Opera P.*, vol. V, p. 305 sigs.

²³ Véase antes la nota 13.

²⁴ Carta del 8 de febrero de 1507-8. en *Opera P.*, vol. V, p. 282. Es una adición autógrafa de Vettori al pie de una carta que es toda de Maquiavelo.

²⁵ *Opera P.*, vol. V, p. 324 sigs.

²⁶ Cartas del 30 de mayo y del 8 de junio, en *Opera P.*, vol. V, p. 324 sigs., 332 sigs.

²⁷ Carta de Maquiavelo a los Diez, Bolonia, 14 de junio. *Opera P.*, vol. V, p. 336 sig.; vol. I, p. LXIX.

²⁸ Véanse los documentos publicados en *Opera P.*, vol. I, p. LXX sig.; vol. V, pp. 338-342.

²⁹ *Opera P.*, vol. I, p. LXXI; vol. V, p. 343.

³⁰ Las cartas de M. con los Diez y con los emisarios, del 1º de febrero al 11 de marzo de 1508-9, se hallan en *Opera P.*, vol. V, pp. 344-383. Algunas entregas de dinero hechas a M. para la paga de los infantes, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXII.

³¹ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 21 de febrero de 1508-9, en *Cartas fam.*, p. 179 sigs.; allí Buonaccorsi le recomienda también que escriba a los Nueve; en la carta del día anterior (*Cartas fam.*, p. 177 sigs.) refiere que Nicolás Capponi se queja de que no le escribe Maquiavelo. En efecto, después hizo por ello una pequeña tragedia ante los Diez.

³² Jacobo Pitti, *Vida de Antonio Giacomini Tebalducci*, en A. H. I. primera serie, vol. IV, párr. II, p. 247.

³³ Carta del 15 de febrero de 1508-9, en *Opera P.*, vol. V, p. 347 sig.

³⁴ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 333. En realidad se hallaba Nicolás Capponi en Cascina como comisario general, pero no se preocupaba más que de las provisiones. Maquiavelo, hallándose lleno de trabajo, se preocupaba poco de él. Habiéndose quejado por ello ante los Diez, *pro forma* (por salvar las apariencias), de mala gana, hubo que darle alguna satisfacción. Véase la carta de Buonaccorsi, 20 de febrero. cit., antes nota 31.

³⁵ Carta de los Diez a Maquiavelo, 6 de marzo de 1508-9 en *Opera P.*, vol. V, p. 273.

³⁶ Carta de Maquiavelo a los Diez, Piombino, 15 de marzo de 1509, en *Opera P.*, vol. V, p. 387 sigs. Allí, en la p. 384 sig., se encuentra la comisión.

³⁷ *Opera P.*, vol. V, p. 398 sigs.

³⁸ Carta de Alamano Salviati a M., 29 de abril, en *Opera P.*, vol. V, p. 409.

La correspondencia de M. con los Diez y con los emisarios, del 30 de marzo al 29 de abril, op. cit. pp. 392-410.

³⁹ *Opera P.*, vol. V, p. 411 sig.

⁴⁰ *Opera P.*, vol. V, pp. 413-432.

⁴¹ Publicado por Tommasini, vol. I, p. 685.

⁴² Carta de Agustín Vespucci a Maquiavelo, 8 de junio, *Cartas fam.*, p. 182 sig. Nicolás di Alessandro Maquiavelo escribía dos días después que su gran homónimo una breve y fría recomendación, sin ninguna alusión a la toma de la ciudad: G. Lesca, *Cartas de Maquiavelo* cit., p. 6.

⁴³ Carta de Felipe Casavecchia a Maquiavelo, 17 de junio de 1509, *Cartas fam.*, p. 183 sigs.

NOTAS AL CAPITULO XI

¹ La instrucción se halla en *Opera P.*, vol. V, p. 433 sigs.; la elección y los pagos relativos a esta comisión, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXIII. Ya hacía muchos días que se hablaba de encomendar esta comisión a Maquiavelo; el 3 de noviembre Francisco Guicciardini escribía a su hermano Luis, que se hallaba en Mantua, a donde había ido a visitar a Jacobo Guicciardini, que estaba enfermo: "Aquí no se ha decidido todavía quién ha de ir ante el Emperador, y aunque hay quien preferiría un embajador, yo creo que se decidirán por un canciller, que quizá será Maquiavelo"; Guicciardini, *Cartas*, a cargo de Roberto Palmarocchi (en A. H. I., *Fuentes para la Historia de Italia*), vol. I, Bolonia, Zenichelli, 1938, p. 21.

² "Debe informarse durante esta su permanencia allá el estado y término en que se halla aquella provincia y aquella empresa del Emperador": así se lee en la deliberación de los Diez loc. cit.

³ Las cartas de esta comisión, así como sus respuestas, se hallan publicadas en *Opera P.*, vol. V, pp. 437-465. Por brevedad, se citan solamente aquellas de que se dan fragmentos en el texto.

⁴ Esta descripción hecha por Maquiavelo en su carta del 12 de diciembre, después de su regreso de Mantua, fue imitada por Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 271, como es sabido; y es una prueba más de que este autor se valió de las delegaciones de Maquiavelo para la redacción de su obra maestra (véase cap. IX, n. 17). Sin contar con que esta descripción tiene partes directamente copiadas de la citada carta, es notable que haya sido incluida por G. precisamente en aquel punto del texto en que iba a servirse de esta delegación de Maquiavelo, a pesar de haber recordado a la ciudad de Verona en muchos otros pasajes de su *Historia*.

⁵ Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 20 de noviembre de 1509, en *Cartas fam.*, p. 188; fue reimpresa como inédita por Villari, vol. II², p. 531 sig., junto con otra de Buonaccorsi y una de Francisco del Nero, del 22 de noviembre.

⁶ Carta de M. a los Diez, 29 de noviembre, en *Opera P.*, vol. V, p. 448 sigs.

⁷ Maquiavelo a los Diez, 1^o de diciembre, en *Opera P.*, vol. V, p. 452 sigs.

⁸ Carta a Luis Guicciardini, del 29 de noviembre, en *Cartas fam.*, p. 190 sigs.; *Cartas L.*, p. 24 sig. en ambas ediciones se lee la fecha equivocada del 20 de noviembre. El original autógrafo se conserva en el A. E. F., *Documentación de Strozzi*, primera serie, 137, c. 215.

⁹ Carta al mismo, del 8 de diciembre, en *Cartas fam.*, p. 193 sigs., fragmentada; casi íntegra, en *Cartas L.*, p. 25 sigs., y en *Opera MC.*, p. 877 sigs. El original autógrafo se conserva en el A. E. F., *Documentación de Strozzi*, primera serie, 137, c. 216.

¹⁰ "Con respecto a escribir, todavía lo estoy pensando": carta a Luis Guicciardini del 29 de noviembre cit. La cual carta, entre las que han llegado hasta nosotros, es la primera en la que M. habla de Francisco Guicciardini: "Si vos escribís a vuestro *messer* Francisco, decidle que me recomiende a su pandilla". Francisco se hallaba entonces en Florencia. Para las razones que habían llevado a Mantua a Luis Guicciardini véase la nota 1. Se podría pensar que el "cuentecillo", o uno de los cuentecillos, haya sido el *Capítulo acerca de la Ambición*, dedicado precisamente a Luis Guicciardini; tanto más que en él se hace alusión a ciertos sucesos de la época, con palabras que parecen tomadas de las cartas que escribía a los Diez en aquellos días. El 8 de diciembre escribía desde Verona: "... están haciendo pintar un San Marcos que en vez de libro tiene una espada en la mano..."; y en el capítulo a Luis Guicciardini: *San Marco alle sue spese, e forse invano / Tardi conosce come li bisogna / Tener la spada e non il libro in mano/*. (San Marcos a su costa, y quizá en vano / Tarde comprende cómo le es preciso / Tener la espada y no el libro en la mano/). Pero una alusión a "este suceso que ha acaecido en Siena" nos hace colocar dicho capítulo a principios de 1516.

¹¹ *Opera MC.*, p. 811 sigs. (en la p. 798 se encuentra una breve información acerca de las fuentes mss.). El primero que colocó este fragmento en 1509 fue Villari, quien precisamente hizo notar cómo había quedado trunco a causa de la rebelión de Vicenza contra el Emperador, que acaeció cuando M. estaba en Mantua. Esta opinión fue seguida después por Toffanin, p. 381. No es muy plausible la explicación de que M. se pusiera a escribir en 1509, en el decenio de su ascenso a la cancillería, pareciendo más plausible la otra de que aquel M. "enloquecido por el dolor" haga referencia a los males de Italia según se acostumbraba en los cantares del pueblo; ¡a pesar de que no me resulta fácil imaginarme a un florentino, a un Maquiavelo, en este estado de ánimo después de la derrota de los venecianos y de la toma de Pisa! Pero también debe tenerse en cuenta la hipótesis de que se haya puesto a escribir en 1514 y de que la interrupción de la narración en 1509 haya sido puramente accidental, a causa de las razones que he dicho en el texto.

¹² Pitti, *Vida de Antonio Giacomini Tebalducci* cit., p. 107. Según Nardi, *Vida de Antonio Giacomini Tebalducci*, Florencia, 1597, Giacomini en 1509 habrá tenido por el contrario 56 años. Lo cual no varía mayormente las cosas.

- ¹³ Maquiavelo, *Segundo Decennale*, v. 9; *Opera MC.*, p. 811.
- ¹⁴ Carta del 8 de diciembre cit., a Luis Guicciardini.
- ¹⁵ *Opera P.*, vol. V, p. 453 sig.
- ¹⁶ *Opera P.*, vol. V, p. 462.
- ¹⁷ Esta fecha resulta por la paga del salario, *Opera P.*, vol I, p. LXXIII.
- ¹⁸ Carta de Buonaccorsi a M., 27 de diciembre, *Cartas fam.*, p. 196 sigs.
- ¹⁹ D. Marzi, *La cancellería de la República Florentina* cit., p. 304.
- ²⁰ El hijo nacido de padre a *specchio* no podía ni siquiera fungir como notario; en tanto que los cancilleres y sus cooperadores eran notarios por el derecho. Lo curioso es que la rúbrica de los estatutos en que se dispone esta prohibición es citada por el mismo Tommasini, vol. I, p. 481 n. Véase cap. I, n. 4.
- ²¹ Lo dice el mismo Buonaccorsi, adelantándose a defenderse en la carta citada: "No salgáis, y suponed que esta vez he acertado en mis temores".
- ²² La carta de Francisco del Nero a M. Florencia, 22 de noviembre de 1509, en *Cartas fam.*, p. 190 sig., versa toda sobre este litigio. Respecto a la importancia que daba M. a dicho pleito, véase la carta a Luis Guicciardini cit. "He recibido la vuestra del día 25, la cual me ha causado más disgusto que si hubiera perdido el pleito . . ."
- ²³ Véase el doc. citado por Tommasini, vol. I, p. 476.
- ²⁴ La decisión, dada después del 21 de junio de 1508, fue redactada por *ser* Nicolás de *ser* Francisco Cardí. Véase la adición publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LVIII.
- ²⁵ *Opera P.*, vol. I, p. LXXV; vol. VI, p. I.
- ²⁶ *Opera P.*, vol. I, p. LXXV sig.
- ²⁷ La instrucción de los Diez no ha llegado hasta nosotros; la de Soderini está publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 2 sigs. Sin embargo, en ese lugar, en vez de la fecha del 2 de junio, que indudablemente está equivocada, debe leerse 20 de junio; la cual fecha se lee en las credenciales (*ibid.*, p. 4) y en la elección de los Diez, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXVI; *ibid.*, los relativos pagos.
- ²⁸ Carta del cardenal Soderini a Maquiavelo, 28 de junio de 1510, *Cartas fam.*, p. 199 sig.
- ²⁹ Carta de Maquiavelo a los Diez, Lyon, 7 de julio en *Opera P.*, vol. VI, p. 8 sig.
- ³⁰ Carta de Maquiavelo a los Diez, Blois, 18 de julio, en *Opera P.*, vol. VI, p. 15 sigs.
- ³¹ Carta del 21 de julio, en *Opera P.*, vol. VI, p. 19 sigs.
- ³² Carta cit. Este nuncio del papa ya había sido alabado a Maquiavelo por el cardenal Soderini en su carta cit.
- ³³ Maquiavelo a los Diez, 3 de agosto, en *Opera P.*, vol. VI, p. 42 sigs.; cfr. la carta del cardenal Soderini cit.
- ³⁴ Carta de Maquiavelo a los Diez, 9 de agosto, en *Opera P.*, vol. VI, p. 55 sigs.
- ³⁵ Carta del 13 de agosto, *Opera P.*, vol. VI, p. 66 sigs.
- ³⁶ Carta a los Diez, del 18 de agosto, *Opera P.*, vol. VI, p. 69 sigs.

³⁷ Carta a los Diez, 24 de agosto, *Opera P.*, vol. VI, p. 79 sig. Para noticias acerca de la *coqueluche*, véase Tommasini, vol. I, p. 508 sig.

³⁸ Carta del 18 de agosto cit.

³⁹ Le escribía acerca de ello Roberto Acciaiuoli, después de haber tomado su lugar ante la corte de Francia, en su carta del 7 de octubre de 1510, *Cartas fam.*, p. 208 sig.

⁴⁰ Carta de Vettori a Maquiavelo, 3 de agosto de 1510, en *Cartas fam.*, p. 200 sigs. Otras cartas dirigidas a M.: por Buonaccorsi 22 de agosto, en *Cartas fam.*, p. 203; por Juliano della Valle, del 25 de agosto, en *Cartas fam.*, p. 204 sigs.

⁴¹ B. N. F., *Necrologio Cirri*, vol. XI, p. 434.

⁴² Carta de Buonaccorsi a Maquiavelo, 29 de agosto, *Cartas fam.*, p. 206 sig.

⁴³ Carta de M. a los Diez, 27 de agosto, en *Opera P.*, vol. VI, p. 85 sig.

⁴⁴ Carta del 30-31 de agosto a los Diez, *Opera P.*, vol. VI, p. 100 sigs.

⁴⁵ Carta de Antonio della Valle a M., 30 de agosto, *Opera P.*, vol. VI, p. 97 sigs.

⁴⁶ Carta de los Diez a M., 2 de septiembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 107 sigs.

⁴⁷ Villari, vol. I, p. 457 sig. Russo, p. 256 (cfr. p. 119), escribe: "La estimación de M. es para los papas guerreros y audaces, para Alejandro VI y para Julio II". Comprendo bien lo que ha querido decir; pero tomando al pie de la letra estas palabras, y reflexionando en lo que el Secretario florentino ha escrito en sus obras acerca de aquellos papas, a nadie le parecerá que haya tenido estimación para ellos.

⁴⁸ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. I, p. 54.

⁴⁹ Carta de M. a los Diez, 2 de septiembre, *Opera P.*, vol. VI, p. 104 sig.

⁵⁰ Véanse los pagos citados. Son un poco posteriores a esta tercera delegación en Francia sus *Retratos de las cosas de Francia* (en *Opera MC.*, p. 731 sigs.); sobre los cuales, Tommasini, vol. I, p. 509 sigs.; Gerber, I, 81; V. Osimo, *Para . . . la cronología de los Retratos de las cosas de Francia*, en *P. H. L. I.*, vol. LII (1908), pp. 270 sig.

NOTAS AL CAPITULO XII

¹ La deliberación de los Diez se halla publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXXVII.

² Véanse los respectivos pagos en *Opera P.*, vol. I, p. LXXVII; las patentes para el dominio y para Siena, en *Opera P.*, vol. VI, p. 124 sig. Cfr. Tommasini, vol. I, p. 526 n.

³ La deliberación de los Diez, las patentes y los pagos de los que se derivan las fechas de casi todas las comisiones se hallan publicados en *Opera P.*, vol. I, p. LXXVII sig. Para la comisión a Pisa con Juliano da San Gallo, cfr. Tommasini, vol. I, p. 526 sigs.

⁴ Guicciardini, *Historia de Florencia*, ed. cit., p. 323.

⁵ *Vidas de los hombres ilustres de la casa Strozzi* (escritas por Lorenzo Strozzi), Florencia, tip. Landi., 1892, p. 96. Lorenzo Strozzi era hermano de Felipe, y esto da autoridad a su narración. Todos los historiadores florentinos escriben ampliamente acerca de este acontecimiento, pero ningún otro refiere la hablilla de que la acusación hubiera sido escrita por Maquiavelo. Tommasini (I, 528) afirma que, fuera o no cierta, esta voz demostró con toda certeza el odio que los nobles profesaban al Secretario. Yo no lo afirmaría, ya que Felipe Strozzi continuó siendo su amigo hasta la muerte.

⁶ Patentes y pagos, instrucciones y cartas referentes a esta comisión, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXIX vol. VI, p. 125 sigs. G. Rossi, *El derecho del puerto de la ciudad de Munich y N. M.*, en A. H. I., quinta serie, vol. IV (1889), p. 190 sigs., publica junto con alguna noticia útil, el acta estipulada en Munich el 27 de mayo de 1511, "hallándose presente a dicha estipulación el señor Nicolás Maquiavelo, embajador de la citada comunidad (de Florencia)". Cfr. N. Orenge, *Munich, el derecho de puerto y la misión de M.*, en *Rivista d'Italia*, XXIX (1926), párr. II p. 341 sigs.

⁷ Villari, vol. I, p. 597.

⁸ La deliberación de los Diez se encuentra en *Opera P.*, vol. I, p. LXXIX sigs.

⁹ La deliberación y pagos relativos a esta delegación se encuentran en *Opera P.*, vol. I, p. LXXX; la instrucción, en *Opera P.*, vol. VI, pp. 132-138; *ibid.*, siguen las credenciales, etc.

¹⁰ Carta de Maquiavelo a los Diez, Borgo San Donnino, 12 de septiembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 140 sigs. Respecto al conciliábulo de Pisa y a la parte que en él tuvo M., con sus comisiones y en la cancillería, véanse también los documentos reunidos por A. Renaudet, *El concilio galicano de Pisa-Milán: documentos florentinos (1510-1512)*, ("Biblioteca del Instituto francés de Florencia"). París, Champion, 1922.

¹¹ Carta de M. a los Diez, Milán, 15 de septiembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 155.

¹² Carta de Roberto Acciaiuoli a los Diez, Blois, 24 de septiembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 164.

¹³ Desde Blois, 24 de septiembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 169.

¹⁴ Carta de los Diez a Maquiavelo (4 de octubre), en *Opera P.*, vol. VI, p. 175; erróneamente el editor la considera como dirigida a Acciaiuoli.

¹⁵ Las credenciales fechadas el 2 de noviembre, se hallan publicadas con otras cartas complementarias de ellas en *Opera P.*, vol. VI, p. 176 sig.; los pagos relativos a esta comisión, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXI sig.

¹⁶ Carta de los Diez a Maquiavelo, en *Opera P.*, vol. VI, p. 177.

¹⁷ Carta de Maquiavelo a los Diez, Pisa, 6 de noviembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 177 sigs. Allí mismo, en una nota, se habla acerca de la relación de los emisarios Rosso Ridolfi y Antonio Portinari de la sesión del conciliábulo; los cuales, para mayores informes, se remitían a la prudencia de Maquiavelo.

¹⁸ Maquiavelo, *Discursos*, libro I, cap. 56. Acerca de este rayo hablan Landucci, Cambi y otros. Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 23 sig., escribe que el rayo caído en Palacio no había dañado más que un cubilete grande de plata en el despacho del *gonfaloniere*, y que otro, que había caído sobre la Puerta que da a Prato, había destruido en ella las flores de lis de oro de Francia.

¹⁹ Redactado por Francisco Ottaviani, 22 de noviembre de 1511; publicado varias veces, la primera de las cuales en *Cartas a N. M.*, etc., Cosmópolis, 1769, p. 427 sig. En el testamento de Soderini se encontraba un legado de 15 florines para M.; cfr. Tommasini, vol I, p. 568.

²⁰ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 402.

²¹ Landucci, *Diario* cit., p. 313.

²² *Opera P.*, vol. VI, p. 352 sigs. Algunas cartas escritas por Maquiavelo para la oficina, en *Escritos inéditos* cit., pp. 377-393.

²³ Carta de M. a los Diez, Poggibonsi, 5 de junio, en *Opera P.*, vol. IV, p. 193 sig. Allí, en nota, se halla un extracto de las *Historias sesenses*, en que se habla de esta comisión de M.

²⁴ Véanse los documentos relativos a estas varias comisiones militares de M., en *Opera P.*, vol. VI, pp. 188-193, 194.

²⁵ Véanse los documentos relativos a esta comisión en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXII; vol. VI, pp. 195-201.

²⁶ *Opera P.*, vol. VI, pp. 201-203.

²⁷ Cartas enviadas y recibidas y otros documentos, en *Opera P.*, vol. VI, p. 204-210.

²⁸ *Cartas fam.*, p. 212.

²⁹ Carta "a una Madonna" (después del 16 de septiembre de 1511), en *Cartas fam.* pp. 212-219. Esta carta, de la que se posee un ejemplar autógrafo, fue publicado allí por Alvisi como dirigida a Alfonsina Orsini de Médicis; se ha conjeturado que la destinataria fuera la condesita de Médicis Ridolfi o Clarice Médicis Strozzi, pero ciertas expresiones del texto demuestran que ciertamente no fue escrita ni a una Médicis ni a una florentina. Catalina Sforza, en la que también se ha pensado, había muerto para entonces.

³⁰ Maquiavelo mismo escribió en la carta "a una Dama" cit., Dios sabe con qué estado de ánimo, acerca "de la vileza que habían demostrado en Prato nuestros soldados"; y todos los historiadores imputan la ineficaz defensa de aquella tierra a los batallones de Maquiavelo, comenzando por Guicciardini (*Historia de Italia*, ed. cit., vol. III, pp. 17-19, 21), quien se oponía mucho a dicha instrucción; pero, haciendo honor a la verdad, sólo 1 000 de los 3 000 (otro ha escrito 4 000) defensores de Prato eran de sus batallones; véase Cambi, *Historia* cit., p. 323.

³¹ Carta "a una Dama" cit.

³² F. Vettori, *Sumario de la Historia de Italia de 1511 a 1527*, en A. H. I., primera serie, vol. VI (1848), p. 292.

³³ Pitti, *Historia de Florencia* cit., p. 103.

³⁴ Op. cit., p. 104 sig.; Nardi, *Historia de Flo.*, Florencia, Le Monnier, 1858, vol. II, p. 2 sigs.

³⁵ Vettori, op. cit. p. 293.

³⁶ Carta "a una Dama" cit. Ni en las historias, ni en las crónicas, ni en los documentos de aquel tiempo encontramos rastros de ningún encargo, aun pequeño, dado a Maquiavelo durante el mando de Ridolfi. En los registros de la Señoría y de los Diez no se encuentran cartas de su mano posteriores a agosto. Nardi, en cambio, habla de una pequeña comisión encomendada a Buonaccorsi.

³⁷ Carta "a una Dama" cit.

³⁸ *Opera P.*, vol. VI, p. 379; *Opera MC.*, p. 791 sigs. Quizá este escrito es posterior al 1 de noviembre, fecha en que se tuvo noticia en Florencia de la ira de Julio II contra los Médicis; antes no había sido posible, ni siquiera por hipótesis, que "el orden antiguo resurgiera con Pedro Soderini".

³⁹ *Opera U.*, p. 1146. El original autógrafo de estos recuerdos de M., al cardenal de Médicis, que se había perdido de vista a los biógrafos y a los editores de M., se conserva, acéfala, en A. E. F., *Documentación de Strozzi*, segunda serie 86, c. 35.

⁴⁰ La deliberación se halla publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXIII sig.

NOTAS AL CAPITULO XIII

¹ Estas palabras se hallan escritas de mano de Maquiavelo sobre el autógrafo del discurso *Acerca de la preparación del estado de Florencia para las armas* (B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, I, 78), citado antes (cap. IX, n. 32), en una anotación que hizo al reordenar sus papeles en el tiempo de sus desventuras.

² La deliberación de la Señoría se halla publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXIV. La multa fue, como se ve bien claro allí, de mil florines, no de mil liras, como más benignamente sentenció Villari, vol. I, p. 641, y como, basándose en él, repitió Toffanin, op. cit., p. 382.

³ Deliberación en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXIV.

⁴ Las deliberaciones respectivas, en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXIV sigs.

⁵ "Fantasías escritas en Raugia a Soderini" escribió quizá el mismo M. sobre su manuscrito, del cual no nos queda más que el apógrafo Ricci. La mejor edición, y la única completa, es la que se nos da en *Opera MC.*, p. 878 sigs. Esta carta de Maquiavelo, importantísima aun por las razones aludidas en el texto, fue totalmente descuidada por Villari en la narración biográfica, y después se desentiende de ella en una nota (III,¹ p. 122; II,⁴ p. 346) diciendo que se halla escrita "en una especie de jerga poco inteligible": Tommasini (I, 631 sig., II, 66 sig.) parece haber dudado al principio de su autenticidad y le dedica un comentario inadecuado y falaz. La carta de Soderini a Maquiavelo no ha llegado hasta nosotros.

⁶ Es decir, que dio a M. la ocasión de escribir a Soderini, aunque éste le había recomendado en su carta que no lo hiciera.

⁷ *Opera MC.*, después de *viendo* pone una coma que, a mi parecer, da al texto una ironía involuntaria. M. quería decir "no la maldeciría ni siquiera viendo", etc.

⁸ Nardi, *Historia de Florencia*, ed. cit., vol. II, p. 14.

⁹ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. III, p. 39.

¹⁰ Nardi, op. y ed. cit., vol. II, p. 19 sigs.

¹¹ Véase la famosa y suavizada *Narración del caso de Pedro Pablo Boscoli*, etc., escrita por Lucas della Robbia, en A. H. I., primera serie, vol. I (1842), pp. 283-309.

¹² Un extracto de este bando fue publicado por Villari, vol I,⁴ p. 648.

¹³ Ya se hablaba ampliamente acerca de la amistad con Valori en los capítulos VI y VIII; M. dedicó a Folchi su capítulo *Acercas de la Ingratitud en Opera MC.*, p. 841 sig.

¹⁴ Parece que no podía aludir más que a esto M. en su carta a Vettori del 13 de marzo, después de su liberación de la cárcel, en *Cartas fam.*, p. 224, con las palabras: "Espero no volver a incurrir más en ello, porque seré más precavido", etc.; en efecto, habiendo sido reconocido como inocente de la conjuración, no se ve en qué otra cosa pudiera haber sido incauto si no es en hablar mal de los Médicis.

¹⁵ Carta de Francisco Vettori a M., 15 de marzo de 1513, en *Cartas fam.*, p. 225 sgs.

¹⁶ *Narración*, etc., cit. La hora de la ejecución fue poco después de las diez horas según la antigua computación florentina, que correspondía, en aquel tiempo, a las tres y media de la mañana aproximadamente. El avemaría de la aurora era a las cuatro y tres cuartos aproximadamente: por consiguiente, es exacta la expresión de M. "cerca de la aurora".

¹⁷ Sin la pretensión, ni la necesidad, de dar un texto crítico, he dado uno compuesto siguiendo la lección del código Vaticano 5 225 (seguida por Villari, III,² 429; cfr. Tommasini, II, 967 sig.) corregida con el moderno apógrafo de la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, VI, 85, in. 5 (*Opera MC.*, p. 871 sig.). No creo que haga falta tener que gastar palabras para excusar a Maquiavelo (y, aunque hiciera falta, no sería asunto mío el excusarlo) por la conclusión de este soneto (otra lección trae *en mala hora*) que, habiendo sido considerada cínica y perversa, tanto horror causó a ciertos historiadores del *Risorgimento* (Resurgimiento) tiranicida y moralizante. Villari al principio quiso poner en duda la autenticidad de ella; y sólo frente al testimonio de quien vio el autógrafo y a las observaciones de Tommasini, se persuadió de mala gana (I, 650-654), aunque sin persuadirse de que realmente lo hubiera mandado M. junto con los otros a Juliano; en su opinión "los tiró sobre el papel en un momento de mal humor . . . , y después se olvidó de ellos no pensando que después de muchos siglos serían encontrados y él sería llamado a dar cuenta de todas sus palabras", etc. ¡Basta! Ciertamente que tal conclusión parecerá odiosa a quien haya leído entonces

la delicada descripción de los últimos momentos de Boscoli; pero es necesario ponerse en el lugar del despreocupado Maquiavelo, que, sin culpa y sin saber de qué se le acusaba, se encontraba encarcelado, torturado y a punto de perder la vida por los propósitos homicidas y —delito bastante más grave a sus ojos!— por la imprudencia de aquellos inexpertos. E. Pistelli (*Héroes, Hombres y Muchachos*, Florencia, Sanzoni, 1927, p. 157), bromeando respetuosamente con Villari por su turbación y disgusto ante el cinismo de M., "que era capaz de reír mientras caía bajo el hacha la rubia cabeza de Pedro Pablo Boscoli" (la cual, sin embargo, aunque es menos poético, no era rubia, sino albina y con los ojos rojizos), nos lo muestra primero "tan mortificado, que parece que quiere pedir excusas por haber escrito tres volúmenes acerca de un bribón de semejante calaña. Después se rehace y trata de rectificarse", hasta llegar a decir que las palabras más crudas "le fueron impuestas más que otra cosa por la misma rima".

¹⁸ *Opera MC.*, p. 871.

¹⁹ Carta de Maquiavelo a Vettori, 18 de marzo de 1512-13, publicada en *Cartas fam.*, p. 226 sig. y más correctamente en *Opera MC.*, p. 888 sig. En los *Recuerdos* de Cerretani cit. por Tommasini, vol. II, p. 468 n., se dice en cambio que "habiéndole dado el tormento a Nicolás Maquiavelo y luego de retenerlo algunos días, fue confinado en las *Stinche* (cárceles) para siempre". Si esto fuera verdad, se comprendería el agradecimiento de M. para con Juliano por la gracia recibida; en tanto que, si hubiera sido reconocido totalmente inocente junto con los demás, la gracia se hubiera reducido a muy poco. Pero la noticia de Cerretani parece verse desmentida por el mismo Juliano en su carta a Bibbiena, del 7 de marzo de 1513, publicada por G. L. Moncallero. *El Cardenal Bernardo Dovizi de Bibbiena*, etc., Florencia, Leo S. Olschki, 1953, p. 333; allí, después de Valori y Folchi relegados en la Torre de Volterra se nombran algunos otros "confinados durante varios años en el territorio"; y no se lee entre ellos el nombre de Maquiavelo, el cual, por consiguiente debe incluirse entre "los demás que no fueron hallados culpables . . ., y fueron puestos en libertad". Por otra parte, M. protestó siempre de su inocencia; entre otras veces, en una carta a su sobrino Vernaccia, del 26 de junio de 1513 (*Cartas fam.*, p. 245 sigs.), escribe: "Me ha sido quitado el cargo y he estado a punto de perder la vida, la cual me ha sido salvada por Dios y por mi inocencia".

²⁰ Landucci, *Diario* cit., p. 337.

²¹ *Opera MC.*, p. 885 sig.: edición basada en el Cód. Riccardi 2 731, del cual fue tomada también, con mucho menor escrúpulo, la edición original de Torrentini editada bajo el cuidado de Lasca. *Todos los triunfos*, etc., Florencia, 1559. El prejuicio que hace gravitar alrededor de Lorenzo de Médicis todos los cantos carnavalescos, ha inducido generalmente a asignar a los de M. en su edad juvenil. Tommasini, en cambio, distinguiendo más juiciosamente, colocó éste de los *Espíritus bienaventurados* en 1524, conjeturando que el "nuevo pastor" fuera Clemente VII; pero se sabe que para la elección de este pontífice, al contrario de

la de León, "se hicieron muchas fiestas, pero con poca alegría", y no se hicieron carros triunfales fuera de tiempo; por otra parte, el carnaval de 1525 se hallaba demasiado lejano de la elección de Clemente. Pero la razón que más me induce a colocar este canto en las fiestas que siguieron a la elección de León es la alusión a la paz, unida a la citada noticia de Landucci; sin contar con que el manifiesto deseo de Nicolás de obtener el perdón y la confianza de los Médicis hace muy verosímil esta participación suya en la "universal alegría de toda la ciudad".

²² Carta citada en la nota 14.

²³ Carta de Vettori a M., 15 de marzo, citada en la nota 15.

²⁴ Carta citada en la nota 19.

²⁵ *Opera MC.*, p. 871 sig. Villari (cit. en la nota 17), escribe: "Ahora bien, nadie querrá creer que Maquiavelo haya enviado realmente un regalo de tordos a Juliano de Médicis". Yo, por ejemplo, lo creo; quien no lo crea, demuestra que conoce muy poco la vida florentina de aquel tiempo.

²⁶ Cuando más, darían cierto indicio de ello su insistencia en mandarle sonetos y su propósito de dedicarle el libro del *Príncipe*. Cfr. en la nota 19.

²⁷ Esta carta de Vettori, que falta en *Cartas fam.*, fué publicada por Tommasini, vol. II, p. 969 sig.; la respuesta de M. (9 de abril de 1513, en *Cartas fam.*, p. 228 sigs.; *Opera MC.*, p. 881 sig.) comienza: *Magnifice domine orator*, et io che del color mi fui accorto dissi: "¿Come verro se tu paventi che suoli al mio dubbiare esser conforto?" (Magnífico señor embajador: y cuando me hube del tiempo percatado, me he dicho: "¿Y cómo iré si tiene miedo el que siempre en mis dudas me ha animado?"). Acerca de la correspondencia con Vettori, contrariamente a mi costumbre y a mi propósito, citaré por mera información bibliográfica el pequeño volumen de A. Moretti, *Correspondencia de N. M. con F. V. de 1513 a 1515*, Florencia, Le Monnier, 1948; a pesar de que no he hallado en él nada que me haya sido útil.

²⁸ Carta del 9 de abril cit. en la nota precedente.

²⁹ Carta de M. a Vettori, 9 de abril cit.

³⁰ Carta de M. a Vettori, 16 de abril, publicada en *Cartas fam.*, p. 232 sigs., y más correctamente en *Opera M.*, p. 882 sig. Sin embargo, en la cita que hace del soneto de Petrarca *Cesare poi che il traditor d'Egitto*, hecho, como solía, de memoria, M. ha escrito "via da sfogare il mio acerbo pianto".

³¹ Cartas del 9 y del 16 de abril varias veces citadas.

³² Carta de Vettori a M., 19 de abril, en *Cartas fam.*, p. 230 sigs.

³³ Carta del 16 de abril cit.

³⁴ Carta de Vettori a M., 19 de abril cit.

³⁵ Carta de Vettori a M., 21 de abril, en *Cartas fam.*, p. 235 sig.

³⁶ Una deliberación de la Señoría, publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXV, da permiso a M. de entrar en Palacio *pro nonnullis Communi Florentine et sibi necessariis* (para tratar ciertos asuntos necesarios al Común de Florencia y a él mismo) desde el 21 de marzo hasta el 21 de abril; tuvo que regresar después en

julio, cuando finalmente se reconoció un error de 79 florines que se le habían cargado (*Opera P.*, vol. I, p. 83).

³⁷ Carta del 29 de abril de 1513, publicada en *Cartas fam.*, p. 255 sigs., sin fecha y carente del fin, que fue publicada por Tommasini, vol. II, p. 86 n. La carta se dice dada en Florencia, a donde sin duda había ido de paso, pero en el texto repite dos veces el escritor que se había "retirado a su casa de campo". Esto sucedió ciertamente después de la carta del 16 de abril, en la que había discurrido largamente acerca de la vida de la ciudad. Quizá fue después de la descorazonadora respuesta que le envió su amigo el día 19, y que llegó a Florencia el 22 o el 23, fue cuando se calmó y decidió retirarse a su casa de campo.

³⁸ Carta del 9 de abril cit.

³⁹ Carta de Vettori a M., 7 de junio de 1513, en *Cartas fam.*, p. 246 sigs. Esta carta fue ocasionada por otra que había mandado M. el 20 de junio, *Cartas fam.*, p. 241 sigs.

⁴⁰ Carta de M. a Vettori del 29 de abril cit., en la parte omitida en *Cartas fam.*, y publicada por Tommasini, loc. cit.

NOTAS AL CAPITULO XIV

¹ E. Repetti, *Diccionario geográfico físico e histórico de la Toscana*, Florencia, 1841, vol. IV, p. 98 sigs. No es aquí el lugar para citar las discusiones acerca de la identidad de la casa campestre de Maquiavelo, ociosas y ajenas. Las partidas del registro del año 1498, en el que se hallan descritas con muchos detalles las propiedades de Bernardo Maquiavelo en *Opera P.*, vol. I, p. LV sigs., junto con una adición de 1511 en que la propiedad ha pasado a manos de su hijo Nicolás. Es de notar que, aunque se trata de los mismos terrenos, en el testamento hecho por Nicolás el 27 de noviembre de 1522 figuran dos tierras, la de Montepulciano y la de Fontanella, que no aparecen en el catastro de 1498. Se puede suponer que dichos terrenos comenzaron a tener cultivo, no se sabe cuándo, por iniciativa de Nicolás. Los bienes del Albergaccio con todos sus alrededores y pertenencias llegaron por parte de las señoras a manos de los Ricci, y de éstos a los Serristori; y al senador Humberto Serristori se debe el hecho de que la casa del Secretario florentino, que había quedado en un piadoso abandono, haya sido dignamente restaurada, para dar cabida a los libros y recuerdos de Maquiavelo. La obra paterna es continuada ahora amorosamente por la condesa Sofia Serristori, a quien aquí doy las gracias por las múltiples cortesías de que me ha hecho objeto.

² Carta de Maquiavelo a Vettori, 20 de junio de 1513, en *Cartas fam.*, p. 241 sigs. Esta carta solicita una respuesta a la del 29 de abril, y está fechada en Florencia, a donde se había dirigido M. de viaje; a ella respondió Vettori con una del 27 de junio, publicada en *Cartas fam.*, p. 246 sigs.

³ Carta de Vettori a Maquiavelo, 12 de julio, en *Cartas fam.*, p. 250 sigs. La

respuesta de Maquiavelo a esta carta se ha perdido, pero su contenido se puede reconstruir en parte por una de Vettori del 5 de agosto, *Cartas fam.*, p. 267 sigs.

⁴ Carta de Maquiavelo a Vettori, 10 de agosto, en la que da contestación a la del 5 citada en la nota precedente, en *Cartas fam.*, p. 271 sigs.

⁵ Carta de Vettori a Maquiavelo, 20 de agosto de 1513, en *Cartas fam.*, p. 280 sigs.

⁶ Carta de Maquiavelo a Vettori, del 26 de agosto de 1513, en *Cartas fam.*, p. 292 sigs. El día anterior le había escrito otra para recomendar a Donato del Corno, que tenía tantos deseos de sentarse durante dos meses entre los Señores, que estaba dispuesto a pagar cien ducados por darse ese gusto. En la carta del 26 es notable, entre otros, este pasaje: "Somos gobernados por príncipes tales, que ya sea por naturaleza o por accidente, tienen estas cualidades. Tenemos un papa prudente, y por consiguiente grave y circunspecto; un emperador inestable y voluble; un rey de Francia orgulloso y tímido; un rey de España tacaño y avaro; un rey de Inglaterra rico, feroz y ávido de gloria; unos suizos bestiales, victoriosos e insolentes; y nosotros los italianos somos pobres, ambiciosos y viles: a los demás reyes no los conozco. De manera que, considerando estas cualidades frente a los sucesos que acontecen actualmente, yo creo que tenía razón el religioso cuando decía *Pax, pax, et non erit pax*" (Paz, paz, pero no habrá paz).

⁷ *Discursos acerca de la primera Década de Tito Livio*. Introducción al libro I. En esta cita he seguido en parte la lección del códice barberiniano. La primera copia autógrafa en lugar de *pisado*, dice *triturado*. Todo el primer párrafo de la introducción falta, como es sabido, en la *editio princeps* de Blado.

⁸ *Discursos*. Roma, Blado, 1531, c. I; *Opera MC.*, p. 56. Es digno de recordarse el detalle de que su famoso fundamento: "el mundo ha sido siempre habitado por hombres que han tenido las mismas pasiones" se encuentra ya en el discurso *Acerca del modo de tratar*, etc., escrito en 1503; véase aquí en el cap. V.

⁹ L. Olschki, *Machiavelli, the Scientist*, Berkeley Cal., Gillick Press, 1945. Cfr., aquí atrás, cap. V, al fin.

¹⁰ Véase aquí atrás, cap. I. El hecho de que los *Discursos* hayan sido comenzados y desarrollados bastante tiempo antes de que comenzara el *Príncipe*, se deduce, como es sabido, de la frase: "Dejaré a un lado mis razonamientos acerca de las repúblicas porque ya otras veces lo he hecho largamente" (*Príncipe*, cap. II). En cambio las citas del *Príncipe* contenidas en los *Discursos* comienzan después del principio del segundo libro. Quedaría en pie la duda de si los *Discursos* fueron comenzados antes de 1513, pero esto resulta poco probable por varias razones: entre otras porque entre las alusiones a cosas sucedidas durante o poco antes de la composición, no hay ninguna que se refiera a hechos anteriores a dicho año 1513.

Adición: Ya había entregado a la imprenta las últimas cuartillas de este volumen, cuando he tenido noticia del recentísimo y valioso trabajo del F. Gilbert, *The composition and structure of Machiavelli's "Discorsi"*, en *Journal of the History*

of *Ideas*, vol. XIV (1953), pp. 135-156. Se aventura allí una hipótesis fundada en condiciones estructurales, pero sobre todo influenciada por el conocido pasaje de Nerli, al que sería excesivo dar crédito en sus más mínimos detalles, y al que por otra parte, ha encontrado en la nota 17 del cap. XVI una explicación que me parece razonable. La hipótesis dice que la obra acerca de los gobiernos republicanos citada por Maquiavelo en el *Príncipe* puede ser diversa de los *Discursos*, en los que podía haberla utilizado en 1516 y 1517. Debo confesar que esta conjetura se me había presentado a la mente desde la primera vez que consideré la cuestión, pero con la misma rapidez la excluí por razones que el espacio no me permite considerar aquí y que por lo demás parecerían obvias. Solamente diré aquí que, mientras M. llama al *Príncipe* en los *Discursos* "el tratado del Príncipe" o "el tratado de los principados", acerca de las repúblicas no escribe en el *Príncipe* que haya escrito un tratado, sino solamente que ha estado "discurriendo largamente": la cual expresión se adapta bien a los *Discursos*, que no son un tratado. Y una cita no quedaría justificada ni siquiera tratándose de aquel tratado, si solamente lo hubiera dejado comenzado. Después, poniendo nuestra atención en el proceso genético, un tratado compacto como es el *de principatibus*, bien pudo salir de un volumen de comentarios como son los *Discursos*, pero no el presunto compacto tratado *de republicis* (del que haría falta no digo el texto, pero siquiera la sombra de un testimonio) diluirse y extenderse en un volumen de comentarios.

¹¹ *Discursos*, etc. Introducción al libro I (también estas palabras faltan a la edición de Blado: cfr. aquí arriba la nota 7); *Opera MC.*, p. 56.

¹² *Discursos*, libro XVII; ed. de Blado cit., c. 21; *Opera MC.*, p. 85 sig.; Toffanin, p. 397.

¹³ *Príncipe*, cap. XVIII; *Opera MC.*, p. 34.

¹⁴ *Príncipe*, cap. XXVI; he seguido aquí el texto crítico dado en *Opera MC.*, p. 51.

¹⁵ Toffanin, p. 386.

¹⁶ Esta carta fue publicada en *Cartas fam.*, p. 300 sigs., con grandes lagunas, e íntegramente por Villari, vol. II, p. 566 sigs. El original autógrafo se conserva en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, V, 26.

¹⁷ Por desgracia, no se conoce el autógrafo de esta célebre carta. En el Cód. Barberini LVIII, 47, lleva la fecha del 10 de octubre, evidentemente equivocada, como lo demuestran las precisas citas que se hallan en la carta del mismo Maquiavelo fechada el 19 de diciembre y en la de Vettori del 24 de diciembre que menciono más adelante: este error se deriva quizá de una corrección conjetural sugerida al copista por una corrupción que yo por primera vez corrijo en la nota siguiente. En cambio el apógrafo Ricci lleva la fecha correcta del 10 de diciembre.

¹⁸ Los códices y todas las ediciones, incluso el texto crítico presentado en *Opera M.C.*, p. 884 sigs., leen "todo septiembre", pero esta lección es manifiestamente errónea (cosa de la que nadie se había dado cuenta hasta ahora), porque el paso

de los tordos comienza en octubre, no termina en septiembre; y ya que M. no podía decir que había "estado cazando tordos hasta hace muy poco" si los hubiera estado cazando sólo, como tiene en el contexto, hasta "todo el mes de septiembre"; por consiguiente, mi corrección es segura.

¹⁹ Es una de las habituales invenciones de Tommasini, tan abundante en información como escaso en buen juicio (vol. II, p. 102 sigs.; cfr., *Informe de la R. Academia de los Linceos*, vol. IV., 1900, p. 322), fuertemente contradicho con elementos de carácter histórico por F. Chabod, *Acercas de la composición de "el Príncipe" de N. M.*, en *Archivum Romanicum*, vol. IV (1927), p. 330 sigs.; y por M. Casella (cfr., *Opera MC.*, pp. LXVII, 2, y sobre todo la noticia crítica que antepuso a su edición del *Príncipe* y de otras pequeñas obras de Maquiavelo, Roma, Milán, 1930). El mismo Casella niega prudentemente la suposición de Meinecke (1923) referente a aumentos sucesivos cronológicamente distintos por los que la obra hubiera pasado. La primera edición del *Príncipe* es, como es sabido, la de Roma, Blado, 1532; para ella y para la de Giunti, véase Gerber, II, 23-30.

²⁰ Carta de Maquiavelo a Vettori del 19 de diciembre en *Cartas fam.*, p. 311, cit. en la nota 6. En esta carta informa burlescamente acerca de la famosa predicación de fray Francisco de Montepulciano y concluye cínicamente: "Estas cosas me aterrorizaron ayer de tal manera, que aunque tenía propuesto ir esta mañana a casa de la Riccia, no fui; pero yo no sé si hubiera hecho lo mismo en caso de que se tratara del Riccio, y lo hubiera visto".

²¹ Esta carta de Vettori a Maquiavelo, del 24 de diciembre de 1513, mutilada en *Cartas fam.*, p. 315 sigs., está publicada íntegramente por Villari, vol. II, p. 570 sigs.

²² Cfr. el magnífico estudio, realizado casi exclusivamente sobre el *Príncipe*, de F. Chiappelli, *Estudios acerca del lenguaje de M.*, Florencia, Le Monnier, 1952.

²³ Carta de Maquiavelo a Vettori, 5 de enero de 1513/4, publicada en *Cartas fam.*, p. 320 sigs., con algunas lagunas, íntegra o casi, en *Opera MC.*, p. 888 sig., *Cartas L.*, p. 97 sigs.

²⁴ Carta de Vettori a Maquiavelo, 18 de enero de 1513/4; también ésta se halla mutilada en *Cartas fam.*, p. 323 sigs., e íntegra en Villari, vol. II, p. 573.

²⁵ Carta del 18 de enero cit.

²⁶ Carta del 4 febrero de 1513/4, publicada en *Cartas fam.*, p. 329 sigs., con los habituales cortes públicos, e íntegramente en *Opera MC.*, p. 889 sigs. Comienza: "Yo regresé ayer de mi casa de campo . . ." La cual carta responde a la de Vettori fechada el 18 de enero.

NOTAS AL CAPITULO XV

¹ Carta de Maquiavelo a Vettori, 4 de febrero de 1513/4, en *Cartas fam.*, p. 329 sigs.

² Carta del 23 de noviembre de 1513, en *Cartas fam.*, p. 300. En el párrafo que he transcrito, corregido conforme al autógrafo, *Cartas fam.*, en lugar de *a motteggiare* (a bromear), dice *amoreggiare* (galantear).

³ Carta del 10 de diciembre de 1513 cit., cap. XIV, n. 16.

⁴ Carta del 24 de diciembre cit., cap. XIV, n. 20: "Si acudía a visitar alguna vez al cardenal Soderini, no creo que se os tome a mal. Pedro permanece firme en sus convicciones, y no creo siquiera que se alegre de que vos lo visitéis, e igualmente, si no lo visitáis, no creo que os tache de ingratitud; porque me he puesto a recordar, y no encuentro que él o los suyos os hayan hecho algún beneficio que os tenga obligado para con ellos más de lo común. El cargo no lo recibisteis de ellos, ya que comenzasteis a ser utilizado tres años antes de que él fuera *gonfaloniere*; y además, en lo que os utilizó lo habéis servido con fidelidad, sin recibir más pago que el ordinario".

⁵ Carta de M. a Vettori, 5 de enero de 1513/4, cit. en el cap. XIV, n. 22; este aforismo, que debió de ser familiar a M., fue insertado por él en la *Vida de Castruccio*; cfr. *Opera MC.*, p. 672. Véase F. P. Luiso, *Los dichos memorables atribuidos a Castruccio Castracani por N. Maquiavelo*, en *C. C. de los Antelminelli: Miscelánea de Estudios históricos y literarios*, Florencia, 1934, pp. 232 sig., 257.

⁶ Carta del 4 de febrero cit.

⁷ Carta de Maquiavelo a Vettori, 25 de febrero, fragmentada en *Cartas fam.*, p. 337 sigs., íntegra, en *Opera MC.*, p. 891 sigs.; púdicamente omitida en *Cartas L.*

⁸ Carta de Maquiavelo a Vettori, 16 de abril de 1514, en *Cartas fam.*, p. 341 s.

⁹ *Opera U.*, p. 1 146.

¹⁰ Carta de Maquiavelo a Vettori, 10 de junio, en *Cartas fam.*, p. 355 sig.; *Opera MC.*, p. 822 sig.: "Yo no he hecho el viaje proyectado porque me detenían las razones que ahora me declaráis, y que yo ya entendía desde antes por mí mismo".

¹¹ Tanto la carta de Maquiavelo, como la respuesta de Vettori, se han perdido, y debieron de ser escritas entre el 16 de mayo y el 10 de junio, fecha de la carta de M. que nos da noticia de ellas.

¹² Carta del 10 de junio cit.: "Yo he recibido dos cartas vuestras estando en mi casa de campo, donde me hallo junto con mi familia . . ." Acerca de la respuesta a estas cartas, de las que escribía Maquiavelo que las había dejado en la casa de campo cuando había ido a Florencia, de donde quería mandarlas, tengo muchas dudas. Sant'Andrea se hallaba a lo largo de la ruta postal romana y muy cercano a la posta donde se cambiaban los caballos, y por consiguiente, M. no tenía necesidad de esperar hasta un viaje a la ciudad para enviar cartas a Roma; pero dudo aún más porque, habiendo prometido en esta del 10 de junio mandarla en otra ocasión, nunca la mandó; como se ve por la carta de Vettori fechada el 27 de julio (*Cartas fam.*, p. 357): por consiguiente no escribió nunca aquella carta, o bien era tan apasionada que no quiso enviarla; lo cual da el mismo resultado.

¹³ Carta de Vettori a Maquiavelo del 27 de julio, en *Cartas fam.*, p. 357; Villari, vol. II, p. 579; *Opera MC.*, p. 892 sig.

¹⁴ Carta de Maquiavelo a Vettori, 3 de agosto de 1514, en *Cartas fam.*, p. 360 sig. *Opera MC.*, p. 893 sig.

¹⁵ Varios meses antes, en su carta del 18 de enero de 1514 cit., Vettori le había escrito: "Alguna vez os he visto enamorado y he comprendido cuán grande pasión ponéis en ello".

¹⁶ Este soneto fue mandado después por Maquiavelo a su amigo con su carta del 31 de enero de 1515 (*Cartas fam.*, p. 391 sigs.; más completa y correctamente editada en *Opera MC.*, p. 894 sigs.).

¹⁷ Cfr. aquí atrás, cap. XIV, n. 18.

¹⁸ En efecto, la carta escrita por Vettori a M. el 15 de diciembre, cit. luego comienza: "Después de un prolongado silencio, en los dos días pasados he recibido tres cartas vuestras . . ."

¹⁹ Carta de Vettori a Maquiavelo, 3 de diciembre de 1514, en *Cartas fam.*, p. 361 sigs.; cfr. Villari, vol. II, p. 579 sig.

²⁰ Carta de Maquiavelo a Vettori, *ex Percussina*, 4 de diciembre de 1514, en *Cartas fam.*, p. 364 sig.

²¹ Carta de Maquiavelo a Vettori, 10 de diciembre de 1514, en *Cartas fam.*, p. 367 sigs. Esta carta, que designaré aquí con una *A*, se halla editada con la fecha del 20 de diciembre, que se encuentra también en la copia (no "borrador" como se llegó a decir) de la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, VI, 57 y en otras. Pero ciertamente hubo un error en un principio, ya que el 15 de diciembre Vettori le escribía que ya la había recibido; la fecha de la cual respuesta no puede, en cambio, hallar confirmación en otra carta escrita por M. el 20 de diciembre (*Cartas fam.*, p. 385), que designaré con una *C*. Por otra parte, no es verosímil que M., con el gran interés que tenía en la ayuda del Papa, haya esperado hasta el día 20 para responder a las preguntas papales; y se ve que la carta *C* no fue escrita el mismo día que *A*, sino a cierta distancia de tiempo. Hay además una tercera carta de M. publicada con la fecha del 20 de diciembre (*Cartas fam.*, p. 381), que designaré con una *B*, y es un apéndice a la del 10 de diciembre (*A*) y se ve claramente por el texto que no pudo ser escrita el mismo día, sino después de serias reflexiones. En su carta del 15 de diciembre Vettori escribe que ha recibido tres cartas de M. en dos días; y éstas son la latina de recomendación de Tafani, una en que responde a las preguntas del Papa (esto es, *A*) y finalmente aquélla en que M. solicitaba el estambre azul, que hoy se ha perdido. La "adjunta" de que se habla en *C*, es *B*.

²² Carta de Vettori a Maquiavelo, 15 de diciembre de 1514, en *Cartas fam.*, p. 365 sig.; Villari, vol. II, p. 581.

²³ Cfr. aquí arriba, nota 21 (carta *B*).

²⁴ Cfr. aquí arriba, nota 21 (carta *C*).

²⁵ Carta de Vettori a Maquiavelo, 30 de diciembre de 1514, en *Cartas fam.*, p. 387 sig.; Villari, vol. II, p. 583.

²⁶ Carta de Vettori a Maquiavelo, 15 de diciembre cit.

²⁷ La resolución papal definitiva fue comunicada a Juliano el 28 de febrero de 1515; cfr. C. Guasti, *Los Manuscritos de Torri*, etc., Florencia, 1878, p. 67 sig. Pero M. fue informado de ello y escribió a Vettori hasta el 31 de enero.

²⁸ Carta de Maquiavelo a Vettori, 31 de enero 1514/15, editada en *Cartas fam.*, p. 391 sigs. con una amplia laguna; íntegra en *Opera MC.*, p. 894 sigs.

²⁹ C. Guasti, op. cit. p. 67.

³⁰ Sin embargo, hay que notar que Vettori regresó a Florencia el 15 de mayo de 1515 (véanse los documentos publicados por Reumont para complementar la obra de F. Vettori, *Sumario de la historia de Italia de 1511 a 1527* cit., p. 280); de manera que no hubo ocasión para una correspondencia epistolar entre M. y Vettori.

³¹ Las cartas de Maquiavelo a Vernaccia anteriores a la época a que hemos llegado son; una de 26 de junio de 1513, otra de 4 de agosto de 1513 y otra de 20 de abril de 1514.

³² *Cartas fam.*, p. 395; *Opera MC.*, p. 896.

³³ *Cartas fam.*, p. 396; *Opera MC.*, p. 896.

³⁴ Carta de Maquiavelo a Vettori, 20 de diciembre de 1514 (es la carta citada en la nota 21, bajo la letra C).

³⁵ G. Pieraccini, *La stirpe de los Médicis de Caffagiolo* cit., vol. I, p. 256. Y Giovio (*Illustrium virorum vitate*. [Vidas de varones ilustres], Florencia, 1551, p. 95) refiere que entonces era voz universal la de que Lorenzo quería conquistar Lucca y Siena, ampliar los confines de su estado desde el Adriático hasta el Mediterráneo, y ser nombrado rey de Toscana.

³⁶ Publicado en *Cartas fam.*, p. 298 sig. El original autógrafo, que durante largo tiempo se había perdido de vista a los biógrafos y editores de M., se conserva en A. E. F., *Documentación de Strozzi*, segunda serie, 86, c. 32. Parece que se trata de un fragmento, o más probablemente de un *post scriptum* añadido a una carta dirigida a Vettori. Alvisi lo coloca en agosto de 1513; ¡demasiado pronto para contener un juicio tan circunstanciado acerca de las costumbres y del gobierno de Lorenzo, que había comenzado apenas a mediados de agosto! Y además M. se encontraba ya por entonces en su casa de campo, dedicado a sus *Discursos* y al *Príncipe*, sin contar con que del 26 de agosto al 10 de diciembre, como se ha dicho, quedó interrumpida su correspondencia con Vettori. Yo lo colocaría más bien durante la permanencia que M. hizo en la ciudad desde febrero hasta marzo de 1514. Alvisi, en *Cartas fam.*, asegura que lo ha tomado del apógrafo Ricci, donde en realidad no se encuentra, como lo hizo notar Lesca en *Cartas L.*, p. 254. Quizá este hecho indujo a Villari y a Tommasini a alguna duda y los hizo descuidar este importante documento, cuya autenticidad estoy ahora en condiciones de asegurar basándome en el autógrafo cit. La lección ofrecida en *Cartas fam.*, forzosamente calcada en *Cartas L.*, además de pequeñas inexactitudes de poca monta, tiene (p. 299, antepenúltima línea) *lo probamos*; en tanto que el autógrafo dice *lo observamos*.

³⁷ Dedicatoria al *Príncipe* (sigo la lección de *Opera MC.*).

³⁸ *Cartas fam.*, p. XIV.

³⁹ También A. Verdi, *Los últimos años de Lorenzo, duque de Urbino*. Este, Pietrogrande, 1905, p. 34, coloca la dedicatoria del *Príncipe a Lorenzo* "hacia fines de 1516". Villari, vol. II, p. 255, la coloca sin más, después de la reconquista de Urbino (septiembre de 1517). Pero está claro que la dedicatoria es anterior a la investidura del ducado (8 de octubre de 1516), porque en la dedicatoria no se da el título de duque a Lorenzo, a quien se le da además el tratamiento de "munificencia" en lugar de "excelencia"; y no han caído en esto los biógrafos y los críticos que me han precedido. También parece extraño el hecho de que, dedicando el libro a Lorenzo, haya podido M. no aludir a la reciente conquista hecha por aquél de la ciudad de Urbino, cuando la narración versa sobre la conquista que de ella había hecho Borgia. Por otra parte, es probable que la dedicatoria sea posterior a la elección de Lorenzo como capitán general de los florentinos. En dicha ocasión se puede presumir que haya sido impresa aquella colección de composiciones poéticas titulada *Lauretum* (G. Sanesi, *La vida y las obras de Donato Giannotti*, Pistoia, Bracali, 1899, p. 13, la atribuye por esta razón a la segunda mitad de 1515, y Bandini, a 1516); en la cual colección se encuentran poemas, no sólo de viejos humanistas como Ugolino Verino, sino también de jóvenes, como Luis Alamanni y Donato Giannotti; y también de aquel Dazzi de quien él se burló en su soneto a Juliano. No se encuentra allí ninguno de Maquiavelo, y yo me pregunto si él, que tanto ansiaba gozar del favor de aquellos "señores Médicis", no le haya dedicado el *Príncipe* precisamente en aquella ocasión, mientras que todos los demás le ofrecían disticos. También en 1514 fue ofrecido un *Lauretum* a Lorenzo; pero no puede tratarse de la colección que poseemos impresa, y debe tratarse de una primera colección ms., que quizá sugirió la idea para el homenaje posterior y más extenso.

⁴⁰ *Cartas fam.*, p. 396 sig.; *Opera MC.*, p. 897.

⁴¹ Carta de Maquiavelo a Pablo Vettori, 10 de octubre de 1516, en *Cartas fam.*, p. 397 sig.; *Opera MC.*, p. 897.

⁴² Cfr. Tommasini, vol. II, p. 1 372.

⁴³ *Cartas fam.*, p. 398 sig.; *Opera MC.*, p. 897 sig. En la misma carta: "Bernardo y Luis ya se están haciendo hombres, y espero, a tu regreso, colocar a alguno de ellos por tu medio".

NOTAS AL CAPITULO XVI

¹ La única fuente para el texto de este pequeño poema es la de Giunti de 1549 (cfr. Gerber, II, 79), en la que ya tiene el título ennoblecido de *Asno de oro*, por sugestión de los de Apuleyo y de Firenzuola. Los documentos contemporáneos citados más adelante, en los que el poemita es mencionado, y su mismo contenido, demuestran que la dorada añadidura es indebida. Lamento empobrecer así a la Academia de los Xilógrafos, que según dice Leopardi poseía tres asnos de oro; cuando en realidad uno de ellos, éste, es un asno como todos los demás. No puedo asentir

con la tesis de L. F. Benedetto (*Las pequeñas obras satíricas de N. M.*, etc., Turín, Utet, 1920) según el cual el *Asno* habría sido comenzado en 1512, ya que me disuaden de ello, entre otras cosas, "sus fatigas sin ningún descanso", etc.

² Cfr. la carta que el buen Biagio Buonaccorsi, que evidentemente siguió siendo amigo de Maquiavelo en su desventura, colocó delante de una transcripción que hizo del *Príncipe*, en *Opera U.*, p. 397.

³ Cap. I, vv. 113-114:

Ch'un dei più destri giuochi che far sappi
è trarre un paio di calci e due corregge.

(Porque entre mis jugadas favoritas
se cuenta el propinar un par de coces).

⁴ Cap. I, v. 103 sigs. En estas citas del *Asno* sigo la lección de *Opera MC.*, p. 817 sigs.

⁵ Cap. III, v. 76 sigs.

⁶ Cap. V, v. 76 sigs.

⁷ Carta de Juliano Brancacci a Francisco Vettori, 3 de marzo de 1518; de él fueron publicados extensos fragmentos, tomados del Cód. Riccardi 2 240, por Tomasini, vol. II, p. 324. Brancacci refiere que Maquiavelo había dicho a propósito de ciertos mercaderes: "A éstos les sucederá exactamente como a mí en el *Asno*: que serán condenados a pagar los gastos. Yo voy en su nombre a Génova a hablar con el Dux con respecto al caso de Davit, para demostrarle que se trata más bien de un robo que de una quiebra, puesto que primero se deshizo de todos sus paños y mercaderías y después se escapó. — Nicolás degli Agli y yo le respondimos que decía verdad, de manera que tenía autorización para que cayeran sobre los acreedores de Davit todo el peso de las coces del *Asno* . . ."

⁸ Publicada en *Cartas fam.*, p. 401 sigs.; y más correctamente, en *Opera MC.*, p. 898 sig. (en el fragmento reproducido, entre otras cosas, pone *Flandes*, donde en otra edición se leía *Francia*).

⁹ Así dice Guido Mazzoni en su hermosa Introducción a las *Opera MC.*, p. LVIII.

¹⁰ L. Passerini, *Acerca de los Orti Oricellari*, Florencia, 1854; cfr. A. Della Torre, *Historia de la Academia Platónica de Florencia*, Florencia, 1902 (Publicaciones del R. Instituto de Estudios Superiores), pp. 30 sigs., 833 sigs.; Villari, vol. II, pp. 276-281; F. Gilbert, *Bernardo Rucellai and the Orti Oricellari etc.*, en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. XII (1949), pp. 101-131. Se ha disputado acerca de la fecha en que hayan comenzado las reuniones de los Orti Oricellari; a nosotros más bien nos interesa saber cuándo haya comenzado a frecuentarlas M., lo cual sucedió bastante más tarde, y aún más tarde de lo que algunos han afirmado. En efecto, en las cartas de M. no se encuentra ninguna alusión, no

digo a los Orti, pero ni siquiera a sus amigos que los frecuentaban, antes de la citada carta a Alamanni; y no hubiera distribuido ociosamente su tiempo entre la casa de la Riccia y el almacén de Donato del Corno si hubiera tenido algo mejor. Las mismas largas permanencias que hacía en su casa de campo durante los años de 1513-16, volvían muy difícil tal costumbre. Es necesario guiarse por conjeturas y a base de deducciones. Yo creería que M. haya comenzado a frecuentar los Orti en la buena estación de 1517, o cuando muy pronto en 1516: año en que finge que tuvo lugar en los Orti el diálogo entre Fabricio Colonna, Buondelmonti, Rucellai y Alamanni (si bien no se debe hacer mucho caso de estas ficciones literarias).

¹¹ Ariosto se hallaba en Roma durante la delegación romana de Maquiavelo, del 28 de octubre al 10 de diciembre. Se detuvo varias veces en Florencia, pero en 1510, cuando se libró de la gran ira de Julio. M. se hallaba en Francia; en 1513 Ariosto llegó a las riberas del Arno, al día siguiente de que M. había sido librado de la cárcel. Véase M. Catalano, *Vida de Ludovico Ariosto*, Florencia, Olschki, 1930-1. vol. I, pp. 202 sigs., 353; vol. II, p. 392 sig.

¹² Véase la nota 7.

¹³ Carta de Mariotto de' Bardi, Francisco Lenzi, Carlos Strozzi y Antonio Martinnelli a M. en Génova, 8 de abril de 1518, publicada en apéndice por Villari, vol. III, p. 403 sig.

¹⁴ Maquiavelo, *Arte de la Guerra*, Dedicatoria; I. Nardi, *Historia de Florencia*, ed. cit., vol. II, p. 72.

¹⁵ Nardi, op. y loc. cit. Con respecto a la conjetura que he expresado acerca de "pequeños servicios a las ambiciones literarias de Lorenzo Strozzi", recordaré que de la *Descripción de la peste* y de la *Comedia en versos* escrita por Strozzi existen copias autógrafas de M., el cual debajo de la de la Comedia escribió su famoso y hermético: *Ego Barlachia recensui*. Yo lo he revisado en Barlaquia (este es también el título de una ágil nota de F. Pintor en *P. H. L. I.*, vol. XXXIX, 1902, p. 103 sigs.); Cfr. Tommasini, vol. II, p. 406. Recordaré además que también Gianotti se dedicó a escribir tramas para Strozzi y a revisar sus escritos, recibiendo también él, según parece, favores y alguna paga; cfr. Ridolfi, *Opúsculos*, p. 97 sig.

¹⁶ Esto se deduce de algunos pasajes, respectivamente, del lib. I, cap. 23; lib. III, cap. 27; lib. II, cap. 10. Como es sabido, los *Discursos* fueron impresos póstumos en Roma por Blado en 1531, sobre el autógrafo que se hallaba entonces en manos del cardenal Nicolás Ridolfi, gran coleccionista no sólo de antiguos códices griegos y latinos, sino también de obras autógrafas de escritores contemporáneos; véase R. Ridolfi, *La biblioteca del cardenal N. R.*, en *La Bibliofilia*, vol. XXXI (1929). Para el texto véase la bellísima nota crítica de G. Mazzoni, *Acercas del texto de los "discorsi" de M.*, en *Informe Ac. Nac. Linceos*, Clase de Ciencias Morales, serie VI, vol. IX (1933), pp. 41-82; para las ediciones, Gerber, II, p. 7 sigs.

¹⁷ Nerli, *Comentarios* etc., Augsburg, 1728, p. 138. Así deben entenderse las palabras del historiador "a instancias de ellos compuso Maquiavelo su libro de los *Discursos* sobre Tito Livio y también el libro de aquellos tratados y razonamien-

tos acerca de la Milicia": o Nerli, a pesar de frecuentar los Orti ("Yo era muy amigo de Nicolás y de todos ellos, y muy frecuentemente conversaba con ellos") no se hallaba bien informado acerca de este punto, o le fue infiel la memoria, o bien extendió a la primera por comodidad de expresión lo que sabía acerca de la segunda. En efecto, se ha dicho (cap. XIV) que una parte de los *Discursos* se hallaba ya compuesta cuando, en el verano de 1513, comenzó a escribir el *Príncipe*. Y en aquel tiempo M. todavía no frecuentaba los Orti (véase aquí arriba la nota 10).

¹⁸ Dedicatoria a los *Discursos*; *Opera MC.*, p. 55.

¹⁹ En la cronología de las obras de Maquiavelo la fecha de la *Mandrágora* ha sido hasta ahora una de las más discutidas e inciertas. Para dejar a un lado opiniones menos autorizadas, y algunas de ellas extravagantes (recientemente A. Renaudet, *Machiavel*, París, Gallimard, 1942, p. 109, la coloca después de 1523, y Tiraboschi la colocó en 1498), Tommasini, vol. II, p. 384 sig., la colocó entre fines de 1512, principio de las desgracias de M. a las que hay una inconfundible alusión en el Prólogo, y abril de 1520, fecha de una carta de Roma de Bautista della Palla citada más adelante, que refiere que la comedia ya está preparada y aprendida por los actores, sin duda después de que la hubo leído o presenciado en Florencia. A quien, por ver desarrollarse la acción en 1504 (ya que en la primera escena del primer acto dice Calimaco: "fui enviado a París, donde he permanecido veinte años; y en vista de que desde hace diez comenzaron las guerras en Italia por el paso del rey Carlos . . ."), coloca la comedia en esta fecha, le hace observar Tommasini, muy juiciosamente esta vez, que la fecha de la acción no tiene ninguna importancia. Villari, vol. II, p. 369, concuerda con Tommasini: "ni antes de 1512, ni después de 1520; pero el año exacto no resulta claramente demostrado". Ahora pasaré a demostrarlo, pero entre tanto es necesario subrayar que el *terminus non ante quem* y el *terminus non post quem* propuestos por Tommasini y Villari no pueden ser modificados (omito los trabajos de Medin, de Mondolfo y de otros, que han quedado absorbidos por estos mayores). Por ello es sorprendente que un ingenio docto y agudo como Guido Mazzoni lo haya echado abajo todo en fecha reciente (*Opera MC.*, p. XLVI) para proponer una cronología de las comedias de Maquiavelo, influenciada por prejuicios estéticos, que no podría ser más manifiestamente errónea. Considerando que Maquiavelo, para llegar a un milagro como la *Mandrágora*, debió haberse "ejercitado no poco", afirmó que había pasado primero por la traducción de la *Andria*, por la *Clizia*, imitada y en parte parafraseada de Plauto, y por las *Máscaras*, que se han perdido; y Mazzoni no se preocupaba en absoluto del hecho de que en la *Clizia* ya se halla citada la *Mandrágora*. Después, para evitar la contradicción del Prólogo, imagina que habrá sido añadido más tarde, no obstante que éste se encuentra en todas las ediciones que se imprimieron en vida del autor. Y no considera que la fecha de la acción fue anticipada para justificar con las guerras de Italia la prolongada permanencia de Calimaco en Francia, y para lanzar sobre el pasado gobierno popular algunas sátiras políticas. En resumen: que los críticos se forman en dos partidos opuestos, desiguales en fuerzas y en número. Últimamente

F. D. Colimore, *The Date of Machiavelli's Mandragola* en *Modern Language Notes*, vol. LV (1940), p. 526 sigs., ha intervenido generosamente en favor de la parte más débil con un singular descubrimiento. En el soneto *In questa notte pregando le Muse* (En esta noche rogando a las Musas), escrito a Juliano en la cárcel (véase aquí atrás, cap. XIII), la musa dice a Maquiavelo:

Va' al barlazzo
con quella tua commedia in guazzeroni.

(Manda lejos
esa comedia que es tan desabrida).

Por consiguiente, razona Colimore, la comedia estaba ya escrita y divulgada en aquel tiempo (esto es, entre el 19 de febrero y el 13 de marzo de 1513: aunque él dice, quién sabe por qué, "noviembre de 1512-marzo de 1513"); por consiguiente, tienen razón los que la colocan en 1504, o al menos hay que colocarla entre 1504 y 1512. Bien, pero nuestro autor no se ha dado cuenta de que el autor de "esa comedia que es tan desabrida" es Dazzi, a quien la musa cree que está hablando: por el cual equivoco (¡el de la musa, no el de Colimore!) Maquiavelo finge que se desespera, para burlarse del otro. ¡No está mal la equivocación!

Pero regresando finalmente a terreno sólido, queda aún por determinar en qué año fue escrita la *Mandrágora*, entre 1513 y abril de 1520. Ante todo, está claro que aquellos versos

che gli è stato interciso
mostrar con altre imprese altra virtúe
non sendo premio alle fatiche sue,

(pues le ha sido quitada
toda ocasión de demostrar su ingenio
y de pedir por su fatiga el premio).

nos permiten trasladar el *terminus non ante quem* después de 1513, es decir, después de que sus fatigas habían tenido tal pago y acogida, que le impedían la posibilidad de dar otras pruebas de su ingenio: está clara la alusión al *Príncipe*. Llegamos así a agosto de 1515, o más probablemente a la mitad de 1516. ¿Pero se puede circunscribir aún más la época de la composición de la obra maestra? Sí es posible. A todos se les ha escapado una frase de la tercera escena del tercer acto, escena famosa en que hablan el religioso y la viudita anónima: "¿Creéis vos que el Turco pase este año a Italia?" Ahora bien, dentro de los límites indicados hubo un año en que, a causa de las empresas de Selim, y con más precisión al principio de 1518, el temor de un paso del Turco a Italia fue tan grande, que el Papa ordenó oracio-

nes extraordinarias. "Afirmaron que sus designios se hallaban colocados todos en Italia" (Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. II, p. 197, sig.); y en mayo de dicho año y precisamente en Florencia, como escribe Cambi, (*Historia cit.*, p. 138), se tenían serios temores de que se encaminara hacia los territorios de la cristiandad. Así pues, la frase de la viudita era tanto más interesante cuanto más actual. Es así como, finalmente, queda determinada la fecha de la *Mandragola ad unquem* (al detalle). A propósito de la frase citada observaré, *ad abundantiam*, que en el año de 1504 y siguientes, por la paz firmada entre los turcos y los venecianos y por el carácter del sultán Bayaceto II, "príncipe de ingenio reposado... muy opuesto a las armas" (Guicciardini, op. cit., vol. II, p. 106), fue aquel en que menos temor hubo del paso del turco, precisamente hasta principios de 1518.

²⁰ Sin embargo, este título no es arbitrario como el de otras obras de Maquiavelo. En efecto, en el Prólogo se dice: "La fábula lleva el nombre de *Mandrágora*". Para las primeras ediciones remito a Gerber, op. cit. II, p. 70 sigs.; véase también F. D. Colimore, *Ediciones y traducciones de la Mandrágora*, en *Italica*, vol. XVIII (1941) p. 55 sigs. Añadiré esta nueva información bibliográfica. La primera edición, impresa s.n.t. en Florencia por una pequeña litografía que poseía antiguos caracteres 113R del siglo xv, fue hecha probablemente en 1518 o inmediatamente después; la edición romana, también s. n. t., salió seguramente de las prensas de Calvo en 1524; cfr. F. Barbieri, *Las ediciones romanas de F. M. Calvo en Miscelánea... en memoria de L. Ferrari*. Florencia, Leo S. Olschki, 1952, p. 76.

²¹ La canción que precede al Prólogo en todas las ediciones modernas fue escrita e inserta en la comedia junto con las cancioncillas que preceden a los actos, en 1526. El texto de ellas fue adjunto a una carta de M. a Guicciardini del 3 de enero de 1526. Es útil tener presente este dato porque las palabras adulatorias dirigidas a "aquel que os gobierna" no son en alabanza de Lorenzo de Médicis, sino del mismo Francisco Guicciardini; "quien os lo ha dado" debe entenderse por el papa Clemente VII.

²² Toffanin, p. 408, conjetura que al hablar de empresas más dignas que le eran impedidas, se refería Maquiavelo a sus obras, a sus acciones. Pero éstas le eran impedidas de una manera muy diferente que negándole el premio. Se le negaba el premio a sus otras más dignas y graves obras escritas, el *Príncipe* y los *Discursos*.

²³ Cap. III, v. 99.

²⁴ Leopardi, *Zibaldone*. VII, 329, 3.

²⁵ Cap. III, v. 85 sig.

²⁶ *Mandrágora*. Prólogo. Quien afirmó esto es Gaspari en su *Historia de la literatura italiana*.

²⁷ *Mandrágora*, II, 3; *Opera M.C.*, p. 702.

²⁸ La carta de Della Palla citada aquí arriba en la nota 19 hace pensar en una lectura o en una representación privada reducida a unos cuantos amigos de los Orti; en efecto, Della Palla, que frecuentaba aquellas reuniones, no habría podido hablar de la comedia al Papa sin conocerla. Por otra parte, Giovio, a quien en esto

me parece que sí se le puede dar crédito, afirma en sus *Elogia clarorum virorum*, Venecia, Tramezzino, 1546, c. 55, que León X, habiendo tenido noticia del gran favor que había alcanzado la *Mandrágora* en Florencia, quiso que fuera representada en Roma con los mismos escenarios y los mismos actores. Por ello no parece dudoso que haya habido una representación en Florencia antes de Roma, de la que hablaron el Papa y Della Palla, como escribió éste el 26 de abril de 1520.

²⁹ Cambi, *Historia* cit., vol. XXII, p. 145. Respecto a los sentimientos de M. por la muerte de Lorenzo, no sé cómo haya podido decir A. Renaudet, op. cit., p. 290, que M. se hallaba "attristé per la disparition de deux jeunes Medicis auxquels il avait en vain offert l'occasion d'une oeuvre héroïque" (entristecido por la desaparición de los dos jóvenes Médicis a quienes había ofrecido en vano la ocasión de realizar una heroica empresa).

³⁰ La fecha exacta de esta muerte fue ignorada por el mismo genealogista L. Passerini, *Genealogía e historia de la familia Rucellai*, Florencia, 1861, p. 145, quien la colocó "alrededor de 1520"; es mérito del informadísimo Tommasini el haberla exhumado (perdónese el juego) del *Libro de los Muertos* del A. E. F., por el que se sabe que Cosme Rucellai fue sepultado en S. M. Novella el 2 de noviembre de 1519. No se entiende bien en medio de las nieblas de Passerini si las reuniones continuaron en tiempo de Juan y de Palla, pero lo afirma Bandini y nos lo demuestran los hechos.

³¹ No pretendo afirmar que la *Serenata* no haya podido serle sugerida por otro amor a M.; sólo quiero decir que nada se opone a creer que haya sido inspirado por éste, ni siquiera el verso

non è la sua età vecchia e matura,

(y no porque su edad ya sea madura),

que es muy compatible con los cuarenta y tres años de Maquiavelo. Es extravagante la conjetura de Tommasini (II, 1 074) de que ésta fuera la serenata que Maquiavelo se ofrecía a cantar debajo de las ventanas de la amada de Vettori. ¡Caramba, una serenata en octavas, con 33 octavas, que suman 264 versos! ¿Quería acaso hacerla dormir o pescar una pulmonía, puesto que estaba en diciembre? Probablemente corresponde también a este enamoramiento, y por consiguiente también a este tiempo, el soneto *Se sanza a voi pensar solo un momento* (Ya no podré olvidaros ni un momento) (*Opera MC.*, p. 869); en efecto, fue escrito en la casa de campo "*e questi boschi pur creduto l'hanno*" (y también lo han creído aquestos bosques) y allí era precisamente donde vivía la amiga de Nicolás.

³² En 1577 Juliano de Ricci, sobrino de Maquiavelo lo transcribió en sus apógrafos, aunque protestando que no había visto "ni el original ni el borrador" de él; pero creía que "indudablemente" se lo podía atribuir, tanto por el testimonio de los contemporáneos, como por el del primogénito de Nicolás, Bernardo, el

cual afirmaba "que recordaba haber oído a su padre hablar de él y se lo había visto entre las manos varias veces" (Tommasini, I, 663). Ya el mismo Juliano de Ricci hacía notar la diversidad del estilo, que sin embargo, podría explicarse por el carácter más literario del escrito. Entre las razones que militan en favor de una atribución a Maquiavelo, además de su aguda originalidad, muy propia de él, se encuentra la de la inicial del nombre N (icolás), y la otra de poco peso, de haber sido escrita en su casa de campo, más aún, "en este mi negocio de la vendimia". La atribución a Maquiavelo fue apoyada por Bottari, quien al publicar el escrito en 1730, se le asignó con una perifrasis; fue negada por Polidori en su edición; negada y después puesta grandemente en duda por Tommasini (I, 100; II, 349-362); pero confirmada por Villari (II, 399 sigs.), después con la erudición y sutileza que le eran características, por Raina, *La fecha del "Diálogo acerca de nuestro idioma" de N. M.*, en *Informe de la R. Ac. de los Linceos*, clase de Ciencias Morales, serie V, vol. II, 1893, pp. 203-222; allí, con respecto a la atribución, el A. afirma que el *Diálogo* es "de un carácter tan sobresaliente, que nos revela una mente tan poderosa y original, que el pensamiento nos haría volar al nombre de Maquiavelo, aunque no nos viéramos absolutamente obligados a permanecer en Florencia"; respecto a la cronología, lo coloca en el otoño de 1514, ciertamente no más tarde de 1516, ni antes de 1514. Puesto que no tengo gran cosa que decir de nuevo acerca de esta materia, me bastará remitir, aun para la bibliografía, a las obras citadas. Cuando más, debo observar que la "tan gran facilidad y tranquilidad" en que se hallaba Florencia cuando él escribía, según dice el autor del *Diálogo*, puede referirse muy bien al pontificado de León X; pero en cambio el pasaje acerca de la corte de Roma que dice "me admiro de que tú desees que se haga esto, en donde no se hace ninguna cosa laudable o buena; porque donde las costumbres son perversas, es natural que el habla sea perversa"; este pasaje no sé yo si lo pudo haber escrito cuando vivía y reinaba León. Se ocurre así pensar en el pontificado de Adriano (1522-1523) que se adaptaría bien también para el pasaje referente a la felicidad de Florencia: y aunque no ignoro, al igual que Raina, las razones que se oponen a esta prolongación manteniendo la atribución a M., sin embargo, no me parecen más fuertes que las que se oponen a colocar el *Diálogo* en tiempos del papa León.

³³ *Opera MC.*, pp. 773-776; cfr. F. Chiapelli, op. cit., p. 7 sig.

³⁴ La primera edición que lleva el nombre de M., es, como es sabido, la de Giunti de 1549. En 1545 había aparecido con los tipos de Blado en una pequeña colección de novelas y de rimas de Juan Brevio, que se la había apropiado. El autógrafo se conserva en la B. N. F., Magl. VII, 335, cc. 1-12, y de ella se derivan la de Giunti y la de Doni, *La segunda librería*, Venecia, 1551, cc. 89-97. El mismo Doni habla del hurto literario de Brevio afirmando que tanto la redacción publicada por éste como la de Giunti eran "falsificaciones" de un texto cuyo original poseía él. ¿Pero quién puede fiarse de Doni? Cfr. Gerber, I, p. 44 sigs.

³⁵ Esto dice G. Mazzoni, en *Opera MC.*, p. XLVIII; cf. p. XLVI.

³⁶ Esto dice Tommasini, vol. II, p. 372.

NOTAS AL CAPITULO XVII

¹ Nardi, *Historia* cit., vol. II, pp. 61-63.

² Carta de Felipe Strozzi a su hermano Lorenzo, 17 de marzo de 1519; fue publicada en apéndice por Tommasini, vol. II, p. 1 081, sin que le pasara por la cabeza la duda de que pudiera hallarse fechada en estilo florentino, duda que al menos había que tener presente, ya que la carta la había escrito, aunque desde Roma, un florentino a otro florentino. En cambio Villari (vol. II, p. 281) considera "inseguro si la indicación del año esté hecha conforme al estilo romano o al florentino". Y sin embargo, al leer la carta, el asunto, importantísimo para todo biógrafo de M., resulta perfectamente claro. Prescindiendo del hecho de que en marzo de 1519 Lorenzo se hallaba todavía vivo y gravemente enfermo, cosas ambas muy desfavorables para una visita de M., para asignar definitivamente la carta al estilo florentino basta considerar que en ella se da la noticia de la aprehensión de Juan Pablo Baglioni, que fue precisamente el 17 de marzo de 1520. Y como Felipe usaba con su hermano el *tú* y no el *vos*, el plural que usó aquí para expresar su complacencia para quien había introducido a M. en casa de los Médicis, muestra claramente que Strozzi no fue el único que lo introdujo; las deducciones de Tommasini a este respecto son extrañas, según acostumbra, y no me parece dudoso que quienes ayudaron a Strozzi fueron sus amigos de los Orti, que eran sus mayores protectores y tenían muy buena acogida en casa del cardenal. La fecha de la visita puede deducirse aproximadamente de la fecha de las cartas de Lorenzo mencionadas en la respuesta de Felipe.

³ Esto podrá ser mejor demostrado más adelante. Basta anticipar aquí únicamente que en una carta del siguiente mes de abril se habla "de algún encargo para escribir" que se dará a M., como de una cosa decidida "hace algún tiempo"; y por consiguiente no parece posible que no se hubiera tratado de ello, pocos días antes, en su visita al cardenal.

⁴ Acerca de la edición original, publicada a cargo del autor, hablaremos más adelante. Frente a esta lección, que es la única aceptable, sólo tienen un interés filológico un autógrafo (B. N. F., *Magl.* VIII, 145 bis, prov. Strozzi) y un apógrafo con anotaciones autógrafas (Bibl. Comunal de Verona); véase Gerber, part I, p. 49 sig., y la concisa y clara nota de recapitulación en *Opera MC.*, p. 264: en esta edición es en la que apoyo las pocas citas que presento.

⁵ A. Burd, *Las fuentes literarias de M. en el "Arte de la Guerra"* en *Memorias de la Ac. de los Linceos*, Clase Ciencias morales, quinta serie, vol. IV, párr. I (1896), pp. 188-261.

⁶ *Opera MC.*, p. 266; cfr. en la p. 366 el famoso fragmento en que se burla de los príncipes italianos "antes de que probaran el sabor de los golpes de las guerras que iban a llegar del otro lado de los montes".

⁷ Villari, vol. II, p. 313.

⁸ Villari, vol. II, p. 306. Para un examen crítico de las doctrinas militares del

"*Arte de la Guerra*" y para noticias bibliográficas referentes a él, véase la Op. cit., vol. II, pp. 304-342; 579-582 (nota dedicada a una exposición de la obra de M. Hobohm, *Machiavellis Renaissance der Kriegskunst*, Berlín, K. Curtius, 1913, altamente crítica y negativa). Véase también la amplia introducción de P. Pieri al *Arte de la Guerra*, Roma, Ediciones Roma (1936); cfr. la recensión de P. Carli en *P. H. L. I.*, vol. CX (1936), pp. 156-160, que incluye en parte el trabajo precedente de P. Pieri, *En torno del Arte de la Guerra de N. M.*, Bolonia. 1927.

⁹ *Opera MC.*, p. 265.

¹⁰ *Opera MC.*, pp. 276, 367.

¹¹ Carta de Bautista della Palla a Maquiavelo, Roma, 26 de abril de 1520, en *Cartas fam.*, p. 407 sigs.

¹² Carta de Felipe de Nerli, Florencia, 1 de agosto de 1520, en *Cartas fam.*, p. 411.

¹³ En torno a la quiebra de Giunigi y a esta comisión publicó un buen número de documentos y registros Tommasini, vol. II, pp. 1 089-1 095. Otros documentos fueron publicados por Villari, vol. III, p. 402 sigs., entre los que se cuenta una carta de uno de aquellos comerciantes, J. B. Bracci, quien reconocía: "Respecto a inspeccionar el estado de Miguel y los libros y demás cosas necesarias, que no pertenecen a vuestra profesión, haría falta o un contador o uno que tenga experiencia de esos asuntos".

¹⁴ Tommasini, op. loc. cit.

¹⁵ Digo esto porque tanto Villari como Tommasini hacen resaltar el *amico mi carissime* (amigo mío queridísimo) que se encuentra dentro del texto y el *amico nostro carissimo* del encabezado, sin considerar que se trataba de fórmulas corrientes debidas al formulario y al canciller, no al cardenal. En el conocido formulario de Landino, y en otros, esta fórmula se encuentra usada de superiores a inferiores. Respecto a la fecha de esta carta del cardenal a M., publicada en *Opera P.*, vol. I, p. LXXXVIII, véase Villari, vol. II, p. 297.

¹⁶ Tommasini, op. loc. cit.

¹⁷ *Opera P.*, vol. VI, pp. 291-297; cfr. Villari, II, p. 294 sigs.

¹⁸ Impresa por primera vez junto con el *Príncipe* en la edición de Blado de 1531 (véase aquí cap. XIV, n. 18) y por Giunta el mismo año (Gerber, I, 101; II, 123 sigs.). Se halla un ms. fechado el 28 de octubre de 1520 (B. N. F., *Palat.*, 537), realizado evidentemente por encargo de Buondelmonti o de Alamanni o de algún otro de los que frecuentaban los Orti, basándose en el autógrafo enviado por el autor a sus dos amigos el 29 de agosto; este manuscrito comprende dos aforismos que los otros no tienen. En cambio, el Laurenziano XLIV, 40 suprime saludablemente 14 aforismos y de otro da una redacción diversa; en contra de la opinión expresada por Casella en *Opera MC.*, prescindiendo de la corrección del texto, me parece que esta gran supresión de aforismos sea una consecuencia directa de la crítica expresada por Buondelmonti a M. en su carta del 6 de septiembre citada en la

nota 22; aunque sigue en pie la duda de que la supresión pudo haber sido hecha, no por el autor mismo, sino por quien le hizo aquellos apuntes.

¹⁹ Esto se lee expresamente en la carta del 6 de septiembre cit. aquí abajo, nota 22. Se comprende que al hablar de génesis he querido, muy circunscritamente, reducirme a los fines que movieron a M. a escribir esta pequeña obra y que estuvieron presentes en su mente cuando la redactaba. Pasando más adelante, Toffanin, op. cit., p. 403, habla de una nueva teoría de la fortuna que M. quiso exponer en la *Vida* como si quisiera corregir la que había expresado en el *Príncipe*. Yo no diría que una nueva teoría, no obstante que la aguja de su pensamiento, siempre oscilante entre los dos polos (en la famosa carta a Vettori, escrita cuando estaba ocupado en aumentar y en pulir el *Príncipe*, había dicho que "la fortuna es la que lo decide todo") se halla orientada en esta *Vida* hacia el polo del pesimismo.

²⁰ N. Tegrini. *Castrucci Antelminelli Castracani Lucensis ducis vita* (Vida de Castruccio Antelminelli Castracani, capitán de Lucca), Módena, Domenico, Rocociola, 20 de abril de 1496: Hain-Copinger-Reichling 15 363.

²¹ Véanse también, para la abundantísima bibliografía, la sobria y clara disertación de Villari (II, 297-303), y la de Tommasini (II, 427-444). Véase también G. Simonetti, *Los biógrafos de Castruccio Castracani*, etc., en *Estudios Históricos de A. Crivellucci y E. Pais*, vol. II (1893), pp. 1-24. E. Fueter, *Historia de la Historiografía moderna*, Trad. de A. Spinelli, Nápoles, Ricciardi, 1943, vol. I, p. 76 sigs.

²² Carta de Zanobi Buondelmonti a M., 6 de septiembre de 1520, en *Cartas fam.*, p. 414 sigs. La observación acerca de los aforismos dice así: "Aquella última parte de los aforismos y de las frases ingeniosas y agudas dichas por el dicho Castruccio, ciertamente sería mejor más breve, porque además de que son demasiados aquellos dichos o agudezas que se le atribuyen, algunos de ellos han sido atribuidos a otros sabios antiguos y modernos; y otra no posee la vivacidad y la grandeza que corresponden a aquel gran hombre". Respecto a las fuentes de estos aforismos y a la suerte que han corrido, desde Campanella hasta Leopardi, véase el doctor y exhaustivo estudio de F. P. Luiso, *Los dichos memorables*, etc., cit., pp. 217-260.

²³ Carta cit. Poseemos otras cartas familiares dirigidas a M. durante su permanencia en Lucca, y especialmente una de su hijo Bernardo, escrita el 30 de julio, que ya se ocupaba de las cosechas y de los problemas de la casa; una de Felipe de Nerli fechada el 1º de agosto, en respuesta a una de M., "la cual, por principio, contiene una mentira, porque me decís que vais a ser breve, y después me la llenáis por las dos caras de lado a lado", que por desgracia se ha perdido.

²⁴ Véanse los documentos publicados en apéndice por Tommasini, antes cit.

²⁵ *Cartas fam.*, p. 418 sig.; Villari, vol. II, p. 344. El autógrafo se conserva en A. E. F., *Documentación de Strozzi*, primera serie, 137, cap. 214.

²⁶ El contrato de M. para escribir la *Historia* fue publicado en *Opera P.*, I, p. LXXIX.

²⁷ Véase el estudio acerca de "El salario de M. por la *Historia* de Florencia", en Ridolfi, *Opúsculos*, pp. 165-173.

²⁸ Publicado por primera vez en un volumen titulado *Obras inéditas de Nicolás Maquiavelo*, Londra (Florencia), 1760, pp. 1-44. Allí lleva el título, que se encuentra también en el Códice de la B. N. F., II., IV., 309, de *Discurso acerca de la reforma del estado de Florencia, a instancias del papa León X*, que indudablemente es espurio y posterior. En el códice contemporáneo, que fue poseído y descrito por Tommasini, vol. II, p. 1 024 sig., tiene en cambio el título de *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medicis* (Discurso acerca de los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Médicis el joven), puesto en lengua vulgar por otra mano con el título de *Discurso para poner en orden los asuntos de Florencia después de la muerte del duque Lorenzo*; ya hemos hecho notar otras veces la costumbre de M. de titular en latín sus obras en lengua vulgar, de manera que éste debe de ser el verdadero título del *Discurso*. Acerca del cual, después de haber remitido al análisis que de él hicieron Villari, vol. II,⁴ pp. 286-292 y Tommasini, vol. II, pp. 200-207, se me presenta a mí la ocasión de observar que mientras los biógrafos consideran que fue escrito inmediatamente después de la muerte de Lorenzo, yo, sin tener suficientes documentos para rechazar en absoluto tal opinión, considero más probable que la comisión de escribirlo le fue dada por el cardenal después de la visita que le hizo M., y quizá después de que la escuela le entregó su paga por el encargo de escribir la historia *et alia faciendum* (y de hacer algunas otras cosas). Después de poner estos antecedentes, es necesario tener en cuenta lo que se deduce del texto, esto es, que el *Discurso* fue escrito mientras el cardenal, "habiendo permanecido estos meses pasados en Florencia" (ed. cit., p. 41), se encontraba en Roma. Ahora bien, el cardenal partió para Roma en octubre de 1519 y regresó a Florencia el 13 de febrero de 1520, recibió la visita de M., alrededor del 10 de marzo, como he dicho aquí arriba, volvió a partir para Roma el 6 de noviembre y regresó a Florencia en febrero de 1521. Por consiguiente es seguro que el *Discurso* no fue escrito antes de terminar 1519 ni después de febrero de 1521, y que en medio de estos términos hay que excluir el período que va de febrero a noviembre de 1520. Queda la duda de si hay que colocarlo entre noviembre de 1519 y febrero de 1520, o bien hacia fines de 1520; yo he preferido la segunda hipótesis por las razones que he dicho, aunque no puedo excluir del todo la primera. A este *Discurso* se refirió concretamente Jacobo Pitti, *Apología de los Capucci*, en A. H. F., primera serie, vol. IV, par. II (1853), p. 325.

²⁹ Flamini, *El siglo XVI* cit., p. 34.

³⁰ *Discurso*, etc., ed. cit., p. 38 sigs.

³¹ Carta de Felipe de Nerli a M., Roma, 17 de noviembre de 1520, en *Cartas fam.*, p. 417 sig.

³² Ariosto, *Sátiras*, VI.

³³ Carta del 15 de abril de 1520, en *Cartas fam.*, p. 406 sig.; carta del 15 de febrero de 1520/21, recientemente publicada por F. Gilbert, *An unpublished Machiavelli Letter*, en *The American Historical Review*, vol. XLVII (1942), p. 292. Antes de que el prof. Gilbert publicara este inédito, no se conocía más que la respuesta de Vernaccia a dicha carta, publicada en *Cartas fam.*, p. 419 sig.

³⁴ Tommasini, vol. II, p. 255 n. La carta con la que Soderini proponía a M. este primer partido se ha perdido; y muy extrañamente ha creído Villari que el "partido de Raugia" era el que el *gonfaloniere* no le proponía en su carta disimulada a la que M. respondía con la *Fantasia* citada en el cap. XIII, n. 5.

³⁵ Carta de Soderini a Maquiavelo, Roma, 13 de abril de 1521, en *Cartas fam.*, p. 419; el autógrafo se halla en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, V, n. 40; véase Ridolfi, op. loc. cit.

NOTAS AL CAPITULO XVIII

¹ El original de la instrucción se conserva en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, V, 164. Editado en *Opera P.*, vol. VI, p. 211 sigs.

² Carta de Francisco Guicciardini a su hermano Luis, 22 de agosto de 1512, en Guicciardini, *Correspondencia* cit., vol. I, p. 90.

³ Fray Hilarión Sacchetti, citado por Sbaraglia en el *Supplementum et castigatio ad Scriptores trium Ordinum S. Francisci a Waddingo . . . descriptos*, Roma, 1806, p. 356. Su instrucción a M., B. N. F., *Docum. de M.*, V, 165; *Opera P.*, vol. VI, p. 213 sigs. Y la instrucción de los Ocho *di Pratica*, cit. antes, comienza: "Nicolás: tú partirás a Carpi y tratarás de estar allá el jueves próximo [16 de mayo], sin falta . . ." Para esta comisión véase p. Z., Lazzeri, *Una embajada de N. M. al Capítulo general de Carpi*, en *Archivum Francisc. Hist.*, vol. XVI (1923), pp. 149-166.

⁴ Instrucción original, de los Cónsules del Arte, 14 de mayo de 1521, en la B. N. F., *Documentación de M.*, V, 25, editada en *Opera P.*, vol. VI, p. 215 sigs. En ella se dice que los Cónsules habían ya escrito al Aquilón acerca de su elección, pero no habían recibido de él respuesta alguna. Evidentemente, se hacía del rogar, como continuó haciéndolo después con M. Este, al escribir a Guicciardini respecto a este asunto, quizás para bromear, le dio a entender que él mismo había hecho dicha elección.

⁵ Acerca de él véase R. Ridolfi, *La vida de J. Savonarola*, pp. 459-460.

⁶ Guicciardini, *Correspondencia* cit., vol. IV, p. 56 sig., *Cartas fam.*, p. 421.

⁷ Carta de Maquiavelo a Guicciardini, 17 de mayo, en *Cartas fam.*, p. 422 sigs.; *Opera MC.*, p. 900 sigs. Guicciardini, *Correspondencia*, vol. IV, p. 67 sigs.

⁸ Se podría pensar que M. aludía a una espina que tenía profundamente clavada en el alma: la de no poder decir en sus *Historias* lo que hubiera querido respecto a

los Médicis, y de tener que esconderlo y disimularlo artificiosamente. Pero cuando escribió esta carta, aún no había llegado en su redacción a algún lugar en que aquella espina se le hiciera sentir.

⁹ Los originales autógrafos se conservan en la B. N. F., *Documentación de M.*, V, 110, 111. Las cartas fueron publicadas en *Cartas fam.*, pp. 426-429, y recientemente por Palmarocchi en Guicciardini, *Correspondencia*, vol. IV, p. 59-61. Sin embargo, hay que observar que Palmarocchi ha ordenado mal estas cartas y sus respuestas; las cuales deben seguir cronológicamente este orden: nn. 72, 74, 73, 76.

¹⁰ Palmarocchi lee, de una manera muy extraña en el autógrafo que está clarísimo: “;Os envío por las postas a *uno que parece ballestero!*” y más arriba, en donde el autógrafo tiene “no obstante que estoy acostumbrado a hacerlo aun contra la opinión del ducado”, aguda respuesta del abogado Guicciardini a Maquiavelo que le pedía un consejo, Palmarocchi lee, con perjuicio del sentido mismo: “no obstante que estoy acostumbrado a hacerlo *sin que me lo digáis*”; y poco más abajo, en vez de *piego* (sobre), lee *pezzo* (pedazo).

¹¹ Carta de Maquiavelo, 18 de mayo, en *Cartas fam.*, p. 429 (incompleta); *Opera MC.*, p. 902 sig.; Guicciardini, *Correspondencia* cit., vol. IV, p. 61 sig.

¹² Las palabras *me viene a la mente*, que en la edición Palmarocchi siguen entre paréntesis cuadrados, se hallan tachadas en el original.

¹³ Guicciardini, *Correspondencia*, vol. IV, p. 60 sig.

¹⁴ Guicciardini, *Correspondencia*, vol. IV, p. 63 *Cartas fam.*, p. 432; *Opera MC.*, 903 sig.

¹⁵ Carta del 1º de mayo cit.

¹⁶ Carta del 18 de mayo cit.

¹⁷ Borrador autógrafo de la carta de Maquiavelo al cardenal Julio de Médicis, s. f. pero, como claramente se deduce del texto, escrita el lunes en la tarde (20 de mayo) desde Módná; conservada en la B.N.F., *Documentación de M.*, I, 51; editada en *Opera P.*, vol. VI, 216 sigs.

¹⁸ Carta al cardenal de Médicis cit.

¹⁹ Carta al cardenal de Médicis cit.

NOTAS AL CAPITULO XIX

¹ *Historia de Florencia*, Proemio.

² Para el análisis y la crítica de la *Historia*; cfr. Villari, II^a, pp. 419-497, y sobre todo E. Fueter, op. & ed. cit. vol. I, pp. 79-83; estoy de acuerdo con él cuando escribe, al contrario de los demás, que M. despreció sistemáticamente la verdad, pero que no se preocupó demasiado de ella cada vez que la poseía, más bien que sus preconceptos políticos, lo atraía; estoy en desacuerdo con él cuando afirma que mezcló hábilmente la verdad con la mentira a fin de que pareciera verdad también la mentira (p. 78). Es digno del gran historiador de la historiografía el haber puesto

de relieve las cualidades que sólo M. poseyó en su tiempo: "la perspectiva amplia y el don de reconocer los grandes nexos históricos y de encuadrar cada uno de los sucesos dentro del desarrollo general" (p. 81). Para el texto véase la magistral introducción de Carli a su edición crítica cit.; cfr. la nota de Casella en *Opera MC.*, p. 376, y las observaciones relativas de Carli en su *Reseña maquiaveliana*, en *P. H. L. I.*, vol. CII (1933), p. 282 sig. Para las ediciones de las *Historias*, Gerber, II, p. 35 sigs.

³ B. L. F., *Med. Pal.*, 230; cfr. Tommasini, vol. II, p. 454 n. La lección más común del terceto transcrito en el texto, tal como se lee en muchos códices y libros impresos de la segunda mitad del siglo xv y principios del xvi, es la siguiente:

Tu che con questo libro ti trastulli
Guarda colla lucerna non s'azzuffi
Rendimel presto e guardal da' fanciulli.

Las *Décadas* de Biondo fueron adquiridas por el padre de Nicolás el 26 de agosto de 1485. Véase el *Libro de Recuerdos* cit., p. 207.

⁴ Terminada de imprimir el 16 de agosto de 1521, por los herederos de Felipe de Giunta; Gerber, II, 44. M. envió inmediatamente un ejemplar, acompañado de una carta de su propio puño, al card. Juan Salviati, hijo de Jacobo y de una hija de Lorenzo el Magnífico, que se conquistó gran renombre en la historia de Florencia y en la de la Iglesia. El cardenal le respondió al terminar la lectura del libro, con fecha 16 de septiembre de 1521 con una larga y muy cariñosa carta, agradeciéndole después de alabarlo, el haber sido el primero a quien se lo había enviado en Roma: "y quedo así muy obligado con vos por habérmelo mandado, ya que así soy el primero en Roma que veo tan hermosa obra, realmente adecuada y digna de vuestro ingenio, experiencia y prudencia. Y yo os animo a discurrir y escribir continuamente alguna obra para que adornéis nuestra patria con vuestro ingenio". La carta fue publicada por Tommasini, vol. II, p. 1 088.

⁵ R. Ridolfi, *Opúsculos*, p. 62.

⁶ El trabajo biográfico más completo y puesto al día hasta ahora acerca de este escritor político es mi "Sumario de la vida de Donato Giannotti", en Ridolfi, *Opúsculos*, pp. 55-164.

⁷ Carta de Donato Giannotti a Marco Antonio Michieli, 30 de junio de 1533, publicada por L. A. Ferrai, *Cartas inéditas de Donato Giannotti*, en *Actas del R. Instituto véneto de Ciencias, Letras y Artes*, serie VI, vol. III (1884-1885), p. 1 570 sigs. Sin embargo, el editor, famoso por su módica agudeza, vio en esta narración "una prueba . . . que hay que añadir a las acusaciones de los enemigos de Donato Giannotti que dijeron que seguía con facilidad a los grandes y a los poderosos, y que por eso mismo exageraba con facilidad su intimidación con hombres de alto linaje y de ilustre fama", sin pensar que el pobre Maquiavelo, cuando escribía las *Historias* que le pagaban en florines pequeños, no era ni poderoso ni grande en el concepto

de sus conciudadanos, ni de ilustre fama: era pobre, era infeliz, y mal visto por muchos, y no faltaba quien lo llamara haragán de casas o de almacenes: y ni siquiera en la época en que se escribió esta carta, seis años después de su muerte, había mejorado su fama. Por otra parte, Giannotti, cuando lo frecuentaba, no era ni un panadero ni un carnicero, sino un maestro de literatura griega en la escuela pública de Pisa; cuando escribía estas palabras ya había estado en el cargo que había tenido Maquiavelo. Además, existen otros testimonios de la amistad de Maquiavelo con Giannotti, entre los cuales el más singular es que éste poseía realmente el autógrafo de las *Historias* y quizás algunas otras cosas de Maquiavelo. En una carta refiere una agudeza de Nicolás, que no hallándose narrada por otros, debió de oírse, como afirma, de la boca de él mismo. Véase R. Ridolfi, *Opúsculos*, pp. 62-65, de donde he resumido la materia para esta notita.

⁸ Carta a Francisco Vettori, 25 de diciembre de 1521; cuyo autógrafo se conserva en la colección de Mr. O. R. Barrett en Chicago. Una traducción inglesa de ella fue publicada por F. Gilbert, *An Unpublished Machiavelli Letter* cit., p. 290 sig. Vettori se hallaba por entonces en el puesto más importante de la República, y Maquiavelo había ido a la ciudad quizá para gozar de las fiestas de Navidad y durante algunas horas del puesto de su amigo, que sin embargo de ser *gonfaloniere*, siempre había sido muy parco con él en sus beneficios. Y el hecho de que haya estado en Florencia durante poco tiempo lo demuestra la firma "Nicolás Maquiavelo, en la ciudad".

⁹ Berni, *Orlando enamorado* reconstruido, lib. III, canto 7.

¹⁰ El original autógrafo se conserva en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*, I, 79. Comienza: "Considerando nuestros magníficos y excelsos Señores (*sigue tachado*: por orden, recuerdo y consejo del excelentísimo monseñor) cómo ninguna ley y ninguna orden es más laudable ante los hombres o (*corregido encima* ni) ante Dios que la que se encamina a formar una república verdadera, unida y santa . . ." Villari (II⁴, 354), después de haber transcrito correctamente las primeras palabras de este *incipit* (comienzo), se desvía de una manera extraña. No menos extrañamente Tommasini (II. 449n), ha opinado que a Maquiavelo no correspondía más que la escritura (no obstante que se trata de un borrador, no de una copia) y se pierde, conforme a su estilo, en una extravagante atribución a cierto Francisco Ricci. Es muy notable, aunque posterior en varios años, el testimonio de Pitti, *Apología de los Cappucci*, en A. H. I. vol. IV, (1843), párr. II, p. 326: "Y todavía se conserva el bando de mano misma de Maquia . . . que comienza: *Considerando nuestros magníficos y excelsos Señores cómo . . .*" y, continuando, transcribe un largo fragmento. Aunque yo no creo que éste haya sido el bando ordenado por el cardenal para que fuera publicado en las calendas de mayo, está claro que Maquiavelo, quizá a petición del cardenal mismo, redactó aquella prueba.

¹¹ Publicado en A. H. I., vol. I (1842), p. 420-432; el juicio acerca del parecer de M. se halla en la p. 429.

¹² Jacobo Pitti, *Historia de Florencia*, en A. H. I., vol. I (1842), p. 124 sig.

¹³ Nardi, *Historia de Florencia*, ed. cit., vol. II, p. 71.

¹⁴ Proceso de Nicolás Martelli "llevado a cabo en Civitavecchia el 17 de junio de 1526", publicado por C. Guasti, *Documentos de la Conjuración levantada contra el cardenal Julio de Médicis en 1522*, el P. H. A. T., vol. III (1859), p. 239 sigs. Podría surgir la duda de que el mencionado por Buondelmonti a Martelli fuera el otro Nicolás, di Alessandro: pero esta duda se desvanece si consideramos que el nuestro, no el otro Nicolás, era amigo de Buondelmonti, y que éste, para un asunto de tal naturaleza y de tal peligro, se fiaría más bien de quien se hallaba unido a él por una gran familiaridad y por deudas de gratitud; por otra parte, también hay que considerar que era el nuestro, no el otro Nicolás, el que frecuentaba los Orti, de los cuales Buondelmonti había sacado a sus principales conjurados: pero lo que quita toda duda es el dato de que el Nicolás denunciado por Martelli era pobre, y Nicolás di Alessandro era rico. Todos los historiadores, antiguos y modernos, afirman que M. salió del proceso sin sombra alguna de sospecha, excepto, como escribe Nardi (vol. II, p. 72) por el trato y estrecha amistad que tenía con ellos en los Orti: "En tanto que tampoco Nicolás salió libre de imputaciones con respecto a los proyectos y acciones de estos jóvenes". Pero Nerli, *Comentarios* cit., p. 138, observa sabiamente que "no consideraron bien, al tramar su conjuración, lo que había escrito Maquiavelo en el libro de sus *Discursos*: porque si lo hubieran considerado bien, o no lo hubieran hecho, o si lo hacían, al menos hubieran procedido con mayor cautela".

¹⁵ B. N. F., cód. Magl. VII. 59, c. 74r. La lección del cód. VII. 271, c. 115r, tiene en cambio:

La notte che morì Pier Soderini
l' anima andò de l'Inferno alla bocca;
gridò Pluton: Ch'Inferno? anima sciocca,
va' su nel Limbo fra gli altri bambini.*

¹⁶ Entre los que negaron fe a la autenticidad del epigrama se cuenta Passerini (Maquiavelo, *Opera P.*, p. XXVII; P. Litta, *Familia Soderini*). En cambio, Villari, vol. I^a, p. 650 sig., la admite y la justifica como una broma, "de mal gusto, si se quiere". Yo no le veo ni siquiera el mal gusto, sino sólo la broma, en la que el sabor se debe a una sal más bien común (cfr. Tommasini, vol. I, p. 38n; C. Cantu, *Historia de los Italianos*, vol. III, p. 83), pero agradable en este epigrama de Maquiavelo.

¹⁷ Las palabras de Ricci son citadas por Villari, loc. cit.

¹⁸ Carta de Roberto Pucci a Maquiavelo "en casa", 8 de junio de 1522, en *Cartas fam.*, p. 434. Roberto Pucci se hallaba entonces en el cargo supremo de *gonfaloniere*, y cuando escribió esta carta tan amistosa a M., Totto ya estaba expirando.

* La única diferencia está en la última línea.

Los biógrafos ignoran el contenido biográfico de esta carta; y así G. Lesca, *Cartas inéditas de Maquiavelo* cit., pudo conjeturar que Totto haya muerto lejos de Florencia.

¹⁹ *Instrucción a Rafael Girolami cuando el 23 de octubre partió para España ante el Emperador.* Passerini y Milanesi, al reimprimirla en *Opera P.*, vol. VI, p. 375, corrigieron el nombre del destinatario en Rafael de Médicis, advirtiendo que Rafael Girolami fue enviado ante Carlos V sólo en 1529. Pero dicha enmienda está equivocada, porque Rafael Girolami fue también como embajador a España en octubre de 1522, y con él, véase la coincidencia, también Rafael de Médicis; pero no puede haber lugar a la duda de que esta instrucción estuviera dirigida a este otro Rafael, que ya había sido enviado en otra ocasión a España delante del Emperador en octubre de 1519, y que por consiguiente no tenía necesidad de instrucciones. Ni podría insinuarse tampoco que el escrito se refiriera a esta primera embajada de Médicis, que fue también a fines de octubre, y que contiene ciertas alusiones históricas que no se adaptan a 1519. El mérito de haber restablecido la verdad es de Tommasini, vol. II, p. 245 sig. La instrucción es importante porque es una auténtica glosa de M. mismo a sus delegaciones, y nos da la clave para entender muchas cosas de su correspondencia. En particular, nos enseña un artificio que él ha usado con mucha abundancia: "Y dado que poner este juicio en vuestra propia boca sería odioso, se usa por ello este término en las cartas . . . : Y así cuando han considerado todo lo que está escrito, los hombres prudentes que se encuentran aquí, juzgan el efecto que se puede seguir y . . ." Si no me equivoco, la génesis de esta importante instrucción se puede conjeturar fácilmente. Un sirviente de Rafael Girolami había herido a cierto hermano suyo, que era, según parece, un trabajador de Maquiavelo. El 14 de octubre de 1522, éste escribía desde su casa de campo a su cuñado Francisco del Nero a fin de que persuadiera a Girolami a hacerle cierto favor. Está claro que el favor fue concedido y que Girolami, al escribir acerca de ello a M. o al hablarle de ello en la ciudad a donde Nicolás tenía que ir el día 15 o 16, le habló de su próximo viaje a España, le pidió la instrucción y muy pronto fue servido, apenas siete u ocho días después. La antes dicha cartita, publicada por A. Boselli, en *La Bibliofilia*, vol. XXVII (1925), pp. 215-218, nos muestra a M. muy ocupado en consolarse con su querido pasatiempo de la pajarera: "Quisiera también conseguir treinta tordos y tengo temor de que no me sea posible". La carta citada, y otra publicada por F. Novati, *Una cartita inédita y desconocida de N. M.*, aquí arriba citada y resumida, que evidentemente no fue conocida por Lesca, no figuran en *Cartas L.*

²⁰ Publicado por primera vez en apéndice a la colección de las *Cartas de Nicolás Maquiavelo*, etc. Cosmopolis, 1769.

²¹ C. Guasti, op. cit., p. 145 sig.

²² Como he observado más arriba, en estos años se halla un vacío en el epistolario de Maquiavelo. Del 26 de septiembre de 1523 se conserva una curiosa y oscura cartita suya dirigida a Francisco del Nero, que era, como se ha dicho,

proveedor de la Escuela pública, parece que para solicitar el pago del salario que se le debía por las *Historias*. Está escrita, como casi todas las cartas de estos años, "desde la casa de campo", y por consiguiente, concluye apropiadamente, pero también melancólicamente por cierto. "Y os recomendaré a mis pollos" (*Cartas fam.*, p. 435).

²³ A. Nifo, *De regnandi peritia* (Sobre la habilidad en el gobierno), Nápoles, Caterina di Silvestro, 26 de marzo de 1523 (Gerber, III, p. 7 sigs.); Villari, vol. II⁴, p. 169 sigs.; Tommasini, vol. II, p. 137. No hemos podido saber si M. tuvo noticia del plagio antes de la impresión (aunque, con buena paz del complicado Tommasini, me parece poco probable), ni cuándo tuvo noticia de la impresión, ni cuándo se quejó de ella; pero en cambio, que haya podido complacerse de verse plagiado y despojado de ese modo, naturalmente sin la menor sombra de una cita, también me parece del más puro estilo de Tommasini.

²⁴ *Cartas fam.*, p. 435. El fragmento presentado aquí es la única parte de esta carta que nos ha conservado el apógrafo de Julián de Ricci: el cual se limitó a resumir lo precedente, como cosa que a él le parecía de poca importancia. Para la cacería de los papafigos. Nicolás se había hecho una red en su propiedad del *Poggio*, que está mencionada con claridad en su segundo testamento: "machia becaficorum".

²⁵ Esto se deduce fácilmente de la elaboración del texto según resulta de las correcciones hechas sobre el primer borrador de las *Historias* (conservado en la B. N. F., *Documentación de M.* I, 82) y del cotejo del texto de este borrador con el texto definitivo. La observación fue hecha ya por Villari, vol. III, p. 288 sigs., y aclarada con algunos ejemplos. Otros cotejos entre los dos textos, pero seleccionados con otros criterios, en Tommasini, vol. II, p. 128 sigs. Pero dicho cotejo puede llevarse a cabo sobre la monumental y excelente edición crítica de la *Historia de Florencia* realizada por Carli, que en apéndice (vol. II, pp. 225-304) publicó el texto de aquellos preciosos autógrafos con todo su aparato filológico.

NOTAS AL CAPITULO XX

¹ Tommasini, vol. II, p. 414 n., ha hecho algunas investigaciones acerca de éste. Jacobo di Filippo Falconetti, llamado el Fornaciaio (Panadero), era uno de los colegas de la Señoría cuando fue cesado de su cargo y confinado durante cinco años: confinación que, sin embargo, le resultó agradable, porque se le designó aquella casa que tenía en el pueblo de Santa María in Verzaia, fuera de la puerta de San Frediano, donde tenía su famoso jardín, un terreno y un gran horno de pan, que debía de producirle abundantes ganancias. Fue dispensado el 13 de enero de 1524/5; la cual fecha, junto con una carta de Nerli, que citaremos más adelante, nos permite establecer la razón y la fecha de la fiesta.

² J. B. Busini, *Cartas a Benito Varchi* cit., p. 84.

³ Esta carta de Vettori a Del Nero fue publicada por Tommasini, vol. II, p. 1 148. La fecha es de 5 de febrero de 1523, que se reduce a 1524 en estilo común. Acerca de esta solemne embajada "de obediencia" hablan los historiadores de Florencia. Cuenta el mismo Vettori en su *Sumario de la Historia de 1511 a 1527* cit., p. 349, que un día el Papa, mandando llamar a estos embajadores, y además a Jacobo Salviati y a Piero Ridolfi, les preguntó cómo debía hacer para gobernar la ciudad. Diez de ellos le aconsejaron que enviara a Hipólito a Florencia, bajo la guía del cardenal de Cortona; y tres, Roberto Acciaiuoli, Francisco Vettori y Lorenzo Strozzi, hablaron en contra de esta proposición y aconsejaron al papa que dejara que la ciudad fuera gobernada por los ciudadanos mismos.

⁴ La carta es de Roma, a donde la Bárbara, viuda entonces de Tomás Raffacani (¿quizá sobrino del poeta de los cantos de carnaval?) se había trasladado. Es del 5 de julio de 1544, y fue publicada en parte por mí en *Revista histórica de los archivos toscanos*, vol. I (1929), p. 202 sig.: "Y me veo obligado a molestar de nuevo a V. S. con respecto a aquel asunto de Prato; porque una vez más vuestros Corsini me molestan, y ya sabe V. S. lo que ha sucedido en otras ocasiones... Y ahora nuevamente, según me dice Juan Filippi, a quien llaman el bailarín, que vive en una pobre casita de mi Tomás, dichos Corsini me molestan. Por ello yo quiero rogar a V. S. que tenga a bien detenerlos en esto por el amor que tuvisteis a la buena memoria de Nicolás Maquiavelo que fue mío; porque, *messer* Lorenzo, sus ataques casi me echaron de Florencia, y yo os quiero rogar que al menos no traten de echarme de Roma". Es oportuno recordar aquí, aunque sin deducir de ello cosa alguna, que la Marietta que era esposa de Nicolás era una Corsini († 1553). La Bárbara, según parece, era una Salutati; cfr. Tommasini, II, p. 1 048; C. Salutati, *Epistolario* al cuidado de F. Novati (A. H. I.), Roma, 1891-1911, vol. IV, p. 621 n. Las rimas recordadas por Tommasini, loc. cit., si realmente son suyas, no alcanzan ciertamente a distinguirla entre las poetisas de sus tiempos, pero sí entre la turba anónima de las damas. Era otro punto más que tenía sobre Marietta.

⁵ Vasari, *Vida de Bastiano*, llamado *Aristóteles de San Gallo*.

⁶ Véase la primera nota de este capítulo.

⁷ Esta intención me parece evidente, ya que todos conocían sus amores otoñales con la Bárbara: de otra manera parecería imposible que un hombre de su agudeza fuera a excitar involuntariamente aquel avispero. Otro argumento, aunque muy débil, en apoyo de esta hipótesis, podría ser el hecho de no haber hecho representar el *Andria*, que en aquel tiempo debía tener ya escrita, o aquella imitación de la *Aulularia* que se dice compuso; el manuscrito de la cual, que poseyó al principio Bernardino di Giordano (el que hospedó en su casa la representación de la *Mandrágora*), pudo haber pasado después a las manos de Gelli, quien parece que la saqueó en su *Sporta*:

Il Gello

*che fece anch'egli una commedia nuova
ch'avea prima composto il Machiavello;*

(Fue Gello

*quien dijo que era una comedia nueva
la que antes ya había escrito Maquiavelo);*

en frase de Lasca. Ya he hecho notar (cap. XVI, nota 19) que G. Mazzoni afirmó, en contra de los documentos y del texto mismo de la *Clizia*, que ésta era anterior a *Mandrágora*, la que él a su vez anticipa hasta 1504, ¡fundándose, con los resultados que todos pueden ver, en criterios estéticos!— La primera edición de la *Clizia* fue impresa diez años después de la muerte de Maquiavelo, en 1537; para ésta, y para las otras ediciones, Gerber, II, 77.

⁸ Maquiavelo, *Opera MC.*, p. 870. Otros versos suyos "a instancias de la Bárbara", allí mismo, p. 869.

⁹ Es la canción que precede al acto tercero. *Opera MC.*, p. 672.

¹⁰ Esta hipótesis fue enunciada y defendida por primera vez en el conocido estudio de G. Tambara, *En torno a la Clizia de N. Maquiavelo*, Rovigo, 1895.

¹¹ Giannotti, *Acerca de la República Florentina*, en *Obras políticas y literarias*, Florencia, Le Monnier, 1850, vol. I, p. 228. Giannotti recuerda esta representación de la comedia para censurar la incorrección de los jóvenes que estuvieron presentes a ella.

¹² Giannotti, op. y loc. cit.

¹³ Vasari, op cit.

¹⁴ *Le gloriose pompe e i fieri ludi*, es el primer verso de las *Estancias para el torneo* de Policiano.

¹⁵ Carta de Felipe de Nerli, 22 de febrero de 1525, publicada en *Cartas fam.*, p. 436 sig. Comienza: "El Fornaciaio y vos, y vos y el Fornaciaio, os habéis portado de tal manera, que no sólo por toda la Toscana, sino también por toda la Lombardía ha corrido y sigue corriendo la fama de vuestras magnificencias. ¡Seguid vos tranquilo y no os desesperéis! Yo conozco un hermoso huerto que está preparado para levantar en él el escenario para vuestra comedia..." La fecha de esta carta está en estilo común; véase a este respecto la siguiente nota acerca de otra carta de Nerli, con la que ésta se halla unida no solamente por la materia, sino por una clara referencia.

¹⁶ Carta de Felipe de Nerli a Francisco del Nero, 1.º de marzo de 1525, en Villari, vol. III, p. 434. La fecha de esta carta, y la representación de la *Clizia* junto con ella, fueron colocadas por Villari y por todos los historiadores de la literatura en 1526, creyendo que Nerli había usado el estilo florentino. Pero yo he demostrado definitiva e irrefutablemente que el estilo utilizado fue el común basándome en deducciones de la biografía de Giannotti, pero también con

argumentos cronológicos más definitivos tomados del copiadore de Nerli; véase Ridolfi, *Opúsculos*, p. 71 sigs. Por otra parte lo confirman *ad abundantiam* (a mayor abundamiento) también los datos biográficos referentes al Fornaciaio a que aludí en la nota I.

¹⁷ Carta de Francisco Vettori a Nicolás Maquiavelo, 8 de marzo de 1525, publicada en *Cartas fam.*, p. 437 sig. La carta está fechada el 8 de marzo de 1524. y aunque Vettori, como todos los florentinos que no residían en una ciudad en que regía otro estilo cronológico, usaba el estilo de su patria, podríamos vernos tentados de referirla al estilo común, colocándola así en la permanencia que tuvo en Roma con ocasión de la solemne embajada de la que ya he hablado. Pero tal hipótesis debe quedar definitivamente descartada por consideraciones que resultan del epistolario de Vettori; por lo demás aparece manifiesto por varios motivos que la redacción de la *Historia* no podía haber llegado hasta la muerte de Lorenzo y en marzo de 1524.

¹⁸ Carta del 11 de marzo de 1524/25 publicada por Tommasini, vol. II, p. 1 149; acerca de la fecha de la carta véase la nota precedente.

¹⁹ Véase el Cap. XIX, n. 4.

²⁰ Desjardins, *Negociaciones diplomáticas* cit., vol. II, p. 840.

²¹ A. E. F., *Documentación de Strozzi*, primera serie, 157, cc. 105-108.

²² Véase, entre otros, el juicio de Busini, *Cartas a Varchi* cit., p. 89 sig., y también el pequeño suceso que ahí se narra; pero sobre todo léase la severa y hermosa carta escrita por Jacobo a su hijo, especialmente oportuna para demostrarnos qué carácter poseía y qué autoridad tenía sobre el cardenal. Bástenos referir aquí una parte: "Monseñor: yo he sabido que tenéis una servidumbre muy grosera, y que vuestros servidores no hablan más que de miserias, de sodomías y de toda clase de torpezas, *publice* y delante de quien sea. Por ello os recuerdo que vais a una población en la que se abomina de tales cosas y son de grandísimo escándalo, y que os consideran mucho mejor de lo que en realidad sois. Por ello os ruego y exijo que, por el honor de Dios y la salud de su alma, limitéis vuestro comportamiento y el de vuestra servidumbre de manera que al menos no den mal ejemplo: y os he de advertir que los asuntos de la Iglesia han llegado a un término tal que, si los sacerdotes y los prelados de ella hacen todo el bien que puedan y logren, con muchísimo trabajo lograrán salvar a la Iglesia; ¿pero qué será si observan esta conducta? Yo os ruego, y os mando por la autoridad que tiene un padre sobre sus hijos que V. S. ponga su atención en ésta y en todas las demás cosas en que está empeñado el honor de Dios . . ." (A. E. F., *Documentación Strozzi*, primera serie, 157, cc. 245-246). Está claro que quien escribía estas cosas no podía haber propuesto nunca a su hijo, como hizo precisamente en aquellos días, que tomara como secretario a Maquiavelo si sus costumbres hubieran sido reprensibles.

²³ Desjardins, op. y loc. cit.

²⁴ A. E. F., *Documentación Strozzi*, primera serie, 157, c. 245.

²⁵ No hay cosa más cierta y manifiesta que la presentación de la *Historia* a Clemente VII por Maquiavelo en aquel viaje que hizo en mayo de 1525. Como nos lo aseguran las ya citadas cartas de Vettori, él no esperaba para moverse más que alguna señal desde Roma; y cuando finalmente se movió en mayo, nadie puede pensar que haya ido allá sin el libro. Tommasini, creyendo que la carta suspensiva de Sadoletto fechada el 6 de julio de 1525, citada más adelante, en vez de referirse a las Ordenanzas de la Romaña, se refería a la *Historia*, fantasea que Maquiavelo haya ido a Roma, no para llevar el libro, sino llamado por el papa *proprio motu* (por propia iniciativa) para tratar de los asuntos de la Romaña. Conjetura demasiado ligera e inverosímil; pero que, no bastándole, parece que Tommasini se imaginó que, al partir para allá, haya abandonado el libro en Florencia o en San Casciano! Según él, se lo debe de haber llevado más tarde, para reparar su olvido, en algún otro viaje que haya hecho a Roma, del cual nadie tiene noticia y al que no se le puede encontrar colocación; los términos de ésta "se hallan colocados en medio de la carta del 6 de julio que le escribió el card. Sadoletto . . . y por otra carta de Francisco del Nero a Maquiavelo del 27 de julio". ¡Es decir que, según Tommasini, pudo haber hecho ese viaje a Roma mientras estaba en Faenza esperando la respuesta del papa!

²⁶ Véase la partida sacada del *Registro de los gastos privados de Clemente VII desde 1523 hasta 1526*, conservado en el A. E. R. y citado por Tommasini, vol. II, p. 769.

²⁷ Respecto a la extravagante opinión de Tommasini (vol. II, p. 378) de que M. no fue a Roma espontáneamente para llevar el libro, como desde hacía tanto tiempo se proponía hacerlo, sino llamado por el papa "como teórico de la guerra", véase aquí arriba la nota 25.

²⁸ El Breve ha sido publicado por Tommasini, vol. II, p. 1 150.

²⁹ Guicciardini, *Obras inéditas* cit., vol. VIII, p. 263.

³⁰ Carta de Francisco del Nero a Maquiavelo, 27 de julio de 1525, en *Cartas fam.*, p. 439 sig.: "Felipe Strozzi me escribe que ya ha hablado a la Santidad de nuestro Señor acerca del argumento de vuestra provisión, y lo encuentra magníficamente dispuesto . . ."

³¹ Guicciardini, *Obras inéditas* cit., vol. VIII, pp. 266-269. Y concluía: "Si se decide a llevarla a cabo, yo me dedicaré a ella por entero con la mente y con la acción; mucha necesidad tendrá su Santidad de una persona que esté bien decidida a ello, si es que quiere emprenderla; y que, o no la emprenda, o que en caso de emprenderla, la acometa con ánimo dispuesto a favorecerla en todo lo que hiciere falta, a vencer todas las dificultades, y a tener más aprecio de ésta que de todas las demás cosas". Así se lee en el autógrafo; la ed. cit. da a la carta la fecha del 19 de junio y, en lugar de *obstinato* (dispuesto), lee *destinato*.

³² Guicciardini, *Obras inéditas* cit., vol. VIII, pp. 270-274.

³³ De esta carta se tiene noticia por una de Sadoletto a Maquiavelo del 6 de julio de 1525 publicada en *Cartas fam.*, p. 438 (allí y en las otras ediciones la

fecha es del 8 de julio, pero el apógrafo Ricci, del cual se derivan todas, directa o indirectamente, tiene *6 de julio*), sobre la cual volveré más adelante.

³⁴ Es el primero de dos sonetos acerca de Clemente (Berni, *Poesías y Prosas*, a cargo de E. Chiorboli, Florencia, Olschki, 1934, p. 76), que es precisamente de 1525 y que comienza:

*Un papato composto di rispetti,
di considerazioni e di discorsi,
di pur, di poi, di ma, di se, di forsi,
di pur assai parole senza effetti . . .*

*(Un papado compuesto de respectos,
de discursos, de consideraciones,
de aun, de si, de más, de "mil perdones",
y de muchas palabras sin efectos . . .).*

³⁵ *Obras inéditas* cit., vol. VIII, p. 281.

³⁶ *Obras inéditas* cit., vol. VIII, p. 283.

³⁷ Carta de Sadoleto a Maquiavelo, 6 de julio cit. (para la fecha cfr. antes cit., nota 33).

³⁸ *Obras inéditas* cit., vol. VIII, p. 287.

³⁹ Tommasini, vol. II, p. 791; el cual, con una de aquellas curiosas confusiones suyas, considerando que este proyecto había sido sugerido al Papa por Jacobo Salviati, afirma que Guicciardini se excusó también con él por haberlo hecho fracasar, y trae ciertas palabras escritas por éste en una carta del 11 de diciembre con una intención totalmente diversa.

⁴⁰ Maquiavelo, escribiendo el 3 de agosto a Guicciardini, le ruega que saludé a su esposa y que le diga que no ha faltado, apenas ha regresado a Florencia, a los encargos recibidos de ella de saludos y recomendaciones.

⁴¹ Carta de Guicciardini a M., 7 de agosto de 1525, publicada en *Cartas fam.*, p. 444 sig.: "Si vos honráis los encabezados de mis cartas con el *ilustre*, yo honraré los de las vuestras con el *magnífico*; y así con estos títulos recíprocos nos restituiremos el gusto el uno al otro, el cual se convertirá en luto cuando al fin nos encontremos todos, yo digo que todos, con las manos llenas de moscas".

⁴² Publicada en *Cartas fam.*, p. 440. En la cual carta son dignas de notar las siguientes palabras: "He escrito a Roma según era necesario; pero no he tenido de allá otra contestación al respecto" (en relación a la Ordenanza de Maquiavelo).

⁴³ Carta del 3 de agosto de 1525, en *Cartas fam.*, p. 441 sig.

⁴⁴ Carta del 3 de agosto cit.

⁴⁵ Guicciardini, *Obras inéditas*, vol. X, p. 100 sigs.

⁴⁶ Carta de Felipe de Nerli a Maquiavelo, Módena, 6 de septiembre de 1525, en *Cartas fam.*, p. 455 sigs.

⁴⁷ Véase antes la nota 30.

⁴⁸ Así se halla resumida esta delegación en un documento que yo he sido el primero en publicar (Ridolfi, *Opúsculos*, p. 171).

⁴⁹ Para la diferencia de valor entre el ducado de oro y el florín "de estudio", remito una vez más a Ridolfi, *Opúsculos*, p. 167 sigs.

⁵⁰ Instrucciones, patentes, y otros papeles relativos a esta comisión, se conservan en la B. N. F., *Documentación de M.*, V, 47-49; VI, 85. Estos documentos fueron publicados en parte en *Opera P.*, vol. VI, pp. 220-224.

⁵¹ Cartas de Maquiavelo a Guicciardini, 17 de agosto de 1525, en *Cartas fam.*, p. 452. La receta de estas pildoras (respecto a las cuales M. escribe "nunca he tomado más de dos juntas, y cso una vez por semana, cuando siento fuerte dolor, sea del estómago o de la cabeza"), anotada al fin de la carta, es la siguiente:

áloe pático	1½ d
carmen deos (sic)	1 ..
azafrán	½ ..
mirra escogida	½ ..
bretónica	½ ..
pimpinela	½ ..
bol Arménico	½ ..

Respecto a los componentes de esta receta, véase particularmente Tommasini, vol. I, p. 644 n. El sugiere que se lea, en vez de *Carmen deos*, *Camedios*; en cambio Villari (II⁴, 527), sugiere *Cardam [omum]* Dios [coridis].

⁵² Carta del obispo Ludovico Canossa a Francisco Vettori, del 15 de septiembre de 1525, en Villari, vol. III, p. 432 sig.

⁵³ Esta fecha se deduce por la carta citada del obispo Canossa a Vettori, en la que se lee "me ha dicho que quiere partir mañana en la mañana hacia donde estáis vos".

⁵⁴ Carta de Nicolás Maquiavelo a Guicciardini, del día 17 de agosto de 1525, antes citada.

⁵⁵ Esta carta de Maquiavelo, publicada en *Cartas fam.*, p. 458 sigs., se halla sin fecha; pero siendo una respuesta a la de Guicciardini escrita el día 13, y debiéndose descartar el 13 de septiembre, día en que todavía se hallaba M. en Venecia, hay fundadas razones para creer que haya sido el 13 de octubre; lo que haría colocar ésta de M. entre el 16 y el 20 de octubre.

⁵⁶ Guicciardini, *Historia de Italia*, ed. cit., vol. III, p. 424.

⁵⁷ Toffanin, p. 412.

⁵⁸ También esta carta, publicada en *Cartas fam.*, p. 461 sigs., se halla sin fecha, pero se puede fechar por la noticia recibida de Morone, de la que se tuvo aviso seguro en Florencia el 21 de octubre. La carta debe de haber sido escrita pocos días después.

NOTAS AL CAPITULO XXI

¹ Francisco Berni, *Poesías y Prosas* cit., p. 84 sig.

² Carta de Maquiavelo a Guicciardini, 19 de diciembre de 1525, en *Cartas fam.*, p. 466 sigs.

³ *Par.*, VI, 133 sig. Aparece aquí palmariamente que una vez más M. citaba a Dante de memoria, ya que substituyó de su propia invención el verso 134, que evidentemente se le había escapado del todo, y escribió *della qual cosa al tutto fu cagione / Romeo, persona umile e peregrina* (cosa de la que fue toda la causa / Romeo, persona humilde y peregrina) en vez de *Ramondo Berlinghieri e ciò gli fece / Romeo*, etc. (Raimundo Berlinghieri aquesto hizo / Romeo, etc.).

⁴ Carta de Guicciardini a M., 26 de diciembre, en *Cartas fam.*, p. 468 sigs.

⁵ Al releerlo, se nos ocurre pensar que tampoco le gustaba a Guicciardini, a quien no le debía agrandar mucho, entre otras cosas, oír al autor decir de sí mismo a los espectadores de la Romaña:

in ogni parte
del mondo ove il sì suona
non istima persona
ancor che facci el sergieri a colui
che può portar miglior mantel di lui.

(en cualquier parte
del mundo en que el sí suena
no estimo gente buena
a quien se afana siempre en complacer
al señor que lo va a favorecer).

Parecía que en dicho Prólogo se veían aludidos tanto el Presidente, como M. Pero debió de consolarse Guicciardini cuando su amigo le envió, junto con las cuatro cancioncillas que se habían de cantar entre los actos, la inicial *Ya que la vida es breve*, que debía, si no substituir el Prólogo, al menos suavizarlo; y no faltaba en ella el incienso para el numen del lugar. Cfr. aquí atrás cap. XVI, n. 21.

⁶ Ya en la carta que he colocado alrededor del 20 de octubre (*Cartas fam.*, p. 458 sigs.; cfr. en el cap. XX, n. 55) M. escribía a Guicciardini acerca de la representación de la comedia: "Mientras que vos nos solicitáis ésta, nosotros hemos pasado las noches sin dormir porque Ludovico Alamanni y yo hemos estado cenando estas noches con Bárbara y hablando de la comedia, y ella se ha ofrecido a acudir junto con sus cantores para formar el coro entre los actos; y yo por mi parte, a escribir las cancioncillas alusivas a dichos actos".

⁷ Carta de Guicciardini a M., 26 de diciembre, en *Cartas fam.*, p. 468 sig.

⁸ Cesena, a petición de Jerónimo Soncino, entre diciembre de 1525 y enero de

1526. Es una edición descrita por Allacci, 896; Gerber, II, 72. Se ve que Soncino era el impresor de los bandos del Presidente por los que se imprimieron alrededor de este tiempo. Algunos de ellos se conservan en el Archivo Guicciardini; cfr. R. Ridolfi, *Los Archivos de las familias florentinas* cit., p. 191.

⁹ En efecto, las ediciones antiguas de la *Mandrágora* presentan el Prólogo, pero no las canciones que van entre los actos, las cuales permanecieron largo tiempo inéditas entre los papeles de Guicciardini; ya que el Presidente no tuvo oportunidad de insertarlas en la edición que encomendó a Soncino. Pero, quizá entre 1572 y 1573, los herederos de Francisco Guicciardini donaron las cartas en que se hallaban las canciones, junto con otras dieciocho cartas autógrafas de M., a Julián de Ricci. Este, descendiente *ex filia* del Secretario florentino, las transcribió en su conocido Apógrafo; y fue una suerte, porque por desgracia los originales se han perdido. Según se deduce del texto, en la carta del 3 de enero de 1525/26 se hallaban adjuntas únicamente las palabras de las canciones; la música pensaba M. llevarla consigo cuando se encaminara a Faenza, a donde después no fue; y quizá nunca fue escrita. Si es que fue escrita, Tommasini, vol. I, p. 101 sig., considera que M. la haya compuesto por sí mismo; teniendo por todo fundamento de esta opinión la visita que hizo el Secretario florentino, al pasar de regreso de Costanza, al célebre maestro Ysaach, que había conocido en Florencia, y la recomendación que hizo a su hijo Guido, en una carta que será citada más adelante, de que aprendiera la música. Estos indicios por sí solos bastan para demostrarnos que Nicolás conocía y amaba la música; pero no me atrevería a afirmar sin ningún otro fundamento, que también compusiera.

¹⁰ Carta de M. a Guicciardini, 3 de enero de 1526, en *Cartas fam.*, p. 470.

¹¹ Carta de M. a Guicciardini, del 3 de enero de 1526 cit.

¹² Guicciardini, *Obras inéditas*, vol. VIII, p. 355. Las noticias que preceden y siguen en el texto acerca de este otro encargo dado a Guicciardini, están tomadas de otras cartas contenidas en el vol. cit., y del importante trabajo de P. Guicciardini, *Escritos inéditos de Francisco Guicciardini acerca de la política de Clemente VII después de la batalla de Pavía*, Florencia, Leo S. Olschki, 1940. El reconocimiento que el autor ha tenido a bien tributarme en su introducción por el descubrimiento que hice de estos preciosos escritos y de otros inéditos de G., quiero corresponder devolviéndoselo aquí, aunque tardíamente, con el que yo le debo por haber contribuido de tantas maneras al progreso de los estudios referentes a su gran antepasado.

¹³ Carta de Guicciardini a Colombo, *Obras inéditas*, vol. VIII, p. 375. Por ello se comprende muy bien que Guicciardini pudiera escribir a Maquiavelo, como lo hizo el 26 de diciembre, acerca de la invitación y de la comedia sin ninguna doblez; ya que apenas dos días antes había comunicado por escrito a Colombo su descontento por haber inclinado al Papa a tomar tal acuerdo: ya que, habiendo sido tomado éste, no habría necesidad de él en Roma.

¹⁴ Carta de Juan Manetti (no Mannelli, como dice Villuri, II⁴, p. 532 n.) a Ma-

quiavelo, Venecia, 28 de febrero de 1526, en *Cartas fam.*, p. 473 sigs. El original de esta carta se conserva en la B. N. F., *Documentación de M.*, V, 19. Manetti fue el que hizo de apuntador en la representación de la *Mandrágora*, que fue la que dio materia a su carta; en ésta pedía también a Maquiavelo "algún soneto o párrafo en alabanza de una dama". No sé yo si lo contentó el Secretario florentino, parece poco probable que le haya enviado versos escritos expresamente para el caso, aunque no sería la primera vez que se escribieran rimas de este género no inspiradas precisamente bajo el estímulo del amor. En este caso el estímulo lo deben haber dado tres pares de botargas que Manetti envió al goloso poeta.

¹⁵ Sanuto, *Diario*, vol. XXXII, coll. 458, 466. La primera representación, interrumpida por la gran multitud, fue llevada a cabo el 13 de febrero de 1521-22: la segunda el 16 de febrero.

¹⁶ Carta de Donato Giannotti a Marco Antonio Michieli cit.; cfr. Ridolfi, *Opúsculos*, p. 62 sig.

¹⁷ Acerca de los fragmentos y de los extractos compilados por M. en tiempo del primer *Decennale* he hablado quizá hasta excesivamente en su lugar (véase el cap. IX, 2). Los fragmentos colocados en una redacción ya más avanzada, si bien todavía sumaria, podrían ser aquellos *Fragmentos históricos* (en *Opera P.*, pp. 77-127), que son quizá esbozos de algunas partes del libro IX de las *Historias*, de los cuales también he hablado en la nota que acabo de citar, al final. Las palabras escritas por M. en su carta a Guicciardini: "comienzo ahora a escribir de nuevo y me desahogo acusando a los príncipes . . ." (cap. XX, n. 58) deben referirse a esta reelaboración de los fragmentos o a alguna parte fragmentaria del libro IX, que, sin embargo, no ha llegado hasta nosotros, si se exceptúan los fragmentos conocidos bajo el título de *Carácter de los hombres de Florencia*. Sin embargo, hay que observar que éstos (en *Opera MC.*, pp. 729 sigs.), que ya son estilísticamente perfectos. Es cierto que Gerber, I, p. 19, pasando al extremo opuesto, coloca entre los que él llama trabajos preparatorios para el "Decenal en prosa", no sólo los *Fragmentos históricos* sino también el *Carácter de algunos hombres de Florencia*. Sin embargo, hay que observar que este último fue escrito sin duda alguna después de 1508, y entonces, probablemente, los proyectos de escribir la historia ya habían sido dejados a un lado; por lo demás, el método para fechar utilizado por el docto alemán, que entre otras cosas no puede aplicarse a los *Fragmentos*, de los que no se conoce el autógrafo, no tiene nada de infalible.

¹⁸ *Opera P.*, vol. II, p. 138.

¹⁹ Carta de Maquiavelo a Guicciardini, 15 de marzo de 1525/26 en *Cartas fam.*, p. 476 sigs.

²⁰ Hoy está perdida. Se tiene noticia de ella por la respuesta de Strozzi, 31 de marzo de 1526, publicada en *Cartas fam.*, p. 482 sigs.

²¹ Carta de Felipe Strozzi a Maquiavelo, 31 de marzo de 1526, cit.

²² Carta cit.

²³ *Opera MC.*, p. 872. Son totalmente extrañas e infundadas las conjeturas de

Tommasini en torno a este epigrama, comenzando por la que imagina a Clemente VII representado en la figura de Argos.

²⁴ Carta de Maquiavelo a Guicciardini, 4 de abril de 1526, en *Cartas fam.*, p. 285 sigs.

²⁵ La relación se halla publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 364 sigs. Para un juicio moderno, véase el citado por Villari, II, p. 536 n. Poco posterior debe ser el documento que se conserva en la B. N. F., *Documentación de M.*, I, 66.

²⁶ Carta de Francisco Guicciardini a su hermano Luis, 27 de abril de 1526, en Tommasini, vol. II, p. 1 157 sig.: "Maquiavelo ha partido con la orden de que se haga la provisión y se coloquen los oficiales, y se comiencen a levantar las fortificaciones de la manera que él os indicará . . . Y él mismo ha sido quien la ha promovido, de manera que estáis obligados a tratarlo bien durante esta permanencia suya, y en todo lo que le pueda hacer falta, ya que ha pagado muy bien el escote. . ."

²⁷ Carta a Guicciardini, 17 de mayo, en *Cartas fam.*, p. 487.

²⁸ "Por un hijo mío", escribe Maquiavelo en la cit. carta a Guicciardini del 17 de mayo; y Villari no se muestra más preciso. Pero este hijo no podía ser otro que Bernardo, ya que Ludovico se hallaba por entonces en Oriente, Guido y Piero eran todavía niños. — La provisión que instituye el cargo de los Cinco Procuradores fue escrita por M. mismo, y publicada conforme al autógrafo en *Opera P.*, vol. VI, p. 360.

²⁹ No se ha podido encontrar alguna partida de pago hecho a Maquiavelo por los servicios prestados en este cargo.

³⁰ *Cartas fam.*, p. 490-494.

³¹ Carta de Maquiavelo a Guicciardini, 17 de mayo de 1526 cit. La respuesta de Guicciardini, fechada el 22 de mayo, *Cartas fam.*, p. 489, aseguraba a Maquiavelo el ánimo inmutable del Papa con respecto al magistrado de los Procuradores de las murallas, y estaba de acuerdo con él *de rebus universalibus* (en todos los detalles).

³² A. E. F., *Documentación Strozzi*, primera serie, 137, c. 212: *Opera U.*, p. 1 214 sig.; la carta es una copia sin encabezado, y no se conoce tampoco quién es el destinatario, pero hay buenas razones para creer que esté dirigida a Bartolomé Cavalcanti, al cual está dirigida la otra de Maquiavelo que sigue en la misma página (ésta, que a su vez está mutilada hacia el final, ha sido editada por Tommasini, vol. II, p. 1 251): en efecto, es probable que Cavalcanti haya copiado o hecho copiar de corrido, para pasárselas a sus amigos, dos o más de las cartas que le había escrito M. Además, volviendo a ésta del 13 de julio, se ve que está dirigida a un letrado, según se deduce de las palabras: "Y ésta me sirve para contestar a una que ha recibido de vos en elevado lenguaje, la cual fue leída al Lugarteniente . . ." etc. — Villari no solamente hace ir a Maquiavelo al campamento tan tardíamente, que las cartas de Vettori del 5 y del 7 de agosto lo habrían alcanzado en el camino, según él, sino que también lo hace regresar a Florencia inmediatamente después de su comisión a Cremona, es decir, a mediados de septiembre, siendo que en rea-

lidad no regresó sino en los últimos días de octubre después de haberse detenido en el campamento alrededor de cuatro meses continuos. — Como ya he enunciado en el texto, no está claro ni que M. haya recibido el mando, ni cuáles hayan sido sus funciones en el campamento de los aliados. En una carta de Roberto Acciaiuoli a Guicciardini, Amboise, 7 de agosto de 1526, publicada en apéndice por Villari, vol. III, p. 452, se lee: "Yo felicito en mi interior a Maquiavelo por haber dado órdenes de que se imponga disciplina a la infantería, lo cual quisiera Dios que fuera ejecutado como él proyecta; pero temo que sea como la República de Platón, que nunca fue posible encontrar quien la pusiera por obra, o que organizara una según disponía él. Y sin embargo, me gustaría que más bien regresara a Florencia y cumpliera con su encargo de fortificar las murallas, porque corren tiempos en que vamos a tener necesidad de ellas . . ."

³³ Bandello, *Historietas*, I, 46. El gracioso hecho es narrado en el Prólogo de esta narración dedicada y enviada inmediatamente después por su autor a Juan de Médicis, que es la misma narrada en la mesa aquel día por Nicolás; y no se ve razón para poner en duda su autenticidad, no obstante que L. di Francia, *Tras el descubrimiento del verdadero Bandello*, en P. H. L. I., vols. LXXVIII, pp. 290-324, LXXX, pp. 1-94, LXXXI, pp. 1-75, demuestra con algunos sólidos ejemplos que no se puede tener demasiada fe en la veracidad de este narrador. No obstante, en este caso parece bastante más fácil poner en duda la autenticidad de la narración atribuida a Maquiavelo, que la del episodio. Cfr. V. Osimo, *Maquiavelo y Bandello*, en P. H. L. I., vol. LIV (1909), p. 86 sig. Nótese que Ludovico Domenichi, en su *Nobleza de las mujeres*, impresa en Venecia por Giolito en 1549, es decir, cinco años antes de la primera edición de las narraciones de Bandello (Lucca, Busdrago, 1554), escribe: "solía decir el señor Juan de Médicis . . . que entre él y Nicolás Maquiavelo existía precisamente esta diferencia, que Nicolás sabía escribir bien y él obrar bien". — Es difícil decir si estos experimentos militares de M. tenían alguna relación con la comisión que había recibido de "imponer disciplina a la infantería". Véase aquí arriba la nota 32.

³⁴ Carta de Jacobo Fornaciaio a Maquiavelo, 5 de agosto de 1526, en *Cartas fam.*, p. 495 sig.; Villari², vol. III, p. 445. — Por la carta de Vettori a Maquiavelo, 5 de agosto, en Tommasini, vol. II, p. 1 242, se puede deducir que Bárbara era la depositaria de la clave usada por M. para escribir a sus amigos de Florencia.

³⁵ Carta de Vettori a Maquiavelo, 5 de agosto de 1526, publicada íntegra por Tommasini, vol. II, p. 1 242 sigs. (y antes incompleta en *Cartas fam.*, p. 496 sigs.): y cartas de Vettori a Maquiavelo del 7 y del 24 de agosto, en *Cartas fam.*, p. 499 sigs., 508 sigs.

³⁶ Carta de Vettori a Maquiavelo, 24 de agosto cit. En una carta escrita el 17 de agosto, que hoy está perdida, Maquiavelo había discurrido acerca de tres maneras de continuar la guerra; una de las cuales era precisamente la de llevar la guerra al reino de Nápoles. En su respuesta, Vettori discurre a su vez acerca de las proposiciones de M. Después, en una carta del 26 de septiembre de Felipe

Strozzi a Vettori (Tommasini, II, 1 245) se lee: "este día llevé a nuestro señor las cartas de Maquiavelo y las leyó todas con toda tranquilidad, pero al fin concluyó que la resolución que éste proponía no le agradaba: era ésta la de atacar al Reino". En cambio, aprobaba el tercero de los recursos propuestos: es decir, atacar a Milán a dos fuegos.

³⁷ Conservamos dos cartas de él a Maquiavelo, del 11 de agosto y del 18 de septiembre de 1526, *Cartas fam.*, pp. 506 sigs., 511 sigs.; y una de M. a él, publicada en apéndice por Tommasini, vol II, p. 1 251 sigs. Esta última, que se halla mutilada al fin, no tiene fecha, pero se puede fechar fácilmente por alusiones contenidas en el texto, alrededor del 6 de octubre de 1526. Otra carta escrita probablemente por M. a Cavalcanti es la acéfala del 13 de julio de 1526 de que he hablado aquí arriba en la nota 32.

³⁸ Guicciardini, *Obras inéditas*, vol. IV, p. 361.

³⁹ La instrucción de Guicciardini a Maquiavelo se halla publicada sin fecha (pero está claro que fue escrita el 9 de septiembre) en *Opera P.*, vol VI, p. 224 s.

⁴⁰ Villari, vol. II, p. 544, afirma que después de esta comisión a Cremona regresó M. a Florencia, donde, después de haber referido todo de viva voz, "expuso también en una relación escrita el verdadero estado de las cosas". La realidad, en cambio, fue que permaneció todavía en el campamento, casi durante un mes y medio; y la "relación escrita", no es sino la carta que mandó a Cavalcanti citada aquí arriba en las notas 32 y 37, que Villari había encontrado en las antiguas ediciones en una versión mutilada e incorrecta; y aun cuando la vio después en una edición más completa, se obstinó en afirmar que era "una relación escrita en su despacho" (op. y ed. cit., p. 545 n.), ¡como si una relación de oficina pudiera comenzar con un "Bartolomé carísimo" y contener algunos chistes! —Es oportuno citar aquí el autógrafa de Maquiavelo de un proyecto que le había sido ordenado para el asalto de Cremona el 13 de septiembre, publicado por Tommasini, vol. II, p. 1 247 sig.

NOTAS AL CAPITULO XXII

¹ Se conserva en copia en el A. E. F., *Documentación Strozzi*, primera serie, 137, c. 212 (véase el capítulo precedente, notas 32, 37 y 40); publicada antes como carta "a un amigo" (*Opera U.*, p. 1 219 sigs.), publicada de nuevo por Tommasini, vol. II, p. 1 251, más completa y con la indicación de su verdadero destinatario. La carta, de la que no se conoce más que la citada copia mutilada al final, se halla sin fecha, pero puede ser fechada fácilmente, por alusiones contenidas en el texto, entre el 6 y el 8 de octubre de 1526.

² Esto se deduce de la carta de Jacobo Salviati a M., 5 de noviembre de 1526, publicada en *Cartas fam.*, p. 517 sig.

³ Carta de Guicciardini a Maquiavelo, 12 de noviembre de 1526, en *Cartas fam.*, p. 518 sig.; véase la de Jacobo Salviati citada en la nota precedente.

⁴ Carta de Guicciardini a Maquiavelo del 30 de octubre de 1526, en *Cartas fam.*, p. 513 sigs.

⁵ Carta de Maquiavelo a Guicciardini, Florencia, 5 de noviembre de 1526 (otra del mismo al mismo, escrita desde Módena, se halla hoy perdida), publicada en *Cartas fam.*, p. 515 sigs.; el principio de la cual debe ser corregido así: "Señor Lugarteniente. Desde Módena se os escribió una carta . . ." Se puede ver una muestra de las terribles reprimendas dadas por Guicciardini a Nerli, en sus *Obras inéditas*, vol. IV, p. 187 sigs.

⁶ Carta de Guicciardini a Maquiavelo, del 12 de noviembre cit.

⁷ La instrucción original, dada el 30 de noviembre de 1526, fue publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 226 sig.; cfr. Tommasini, vol. II, p. 866 n.

⁸ Carta de Maquiavelo a los Ocho *di Pratica*, Módena, 2 de diciembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 228 sigs.; cfr. Guicciardini, *Obras inéditas*, vol. V, p. 9 sigs.

⁹ Carta de Maquiavelo a los Ocho, Módena, 3 de diciembre, en *Opera P.*, vol. VI, p. 230 sig. Pero el 5 de diciembre Felipe de Nerli escribía al cardenal de Cortona: "Nicolás Maquiavelo partió esta mañana y hará el viaje en jornadas": noticia confirmada en otras cartas del mismo a Guicciardini; cfr. los extractos publicados por Tommasini, vol. II, p. 857 n.

¹⁰ En el registro la última carta de mano de Maquiavelo lleva la fecha del 26 de enero. Cfr. Villari², vol. III, p. 445 n.

¹¹ Carta a los Ocho *di Pratica*, Parma, 7 de febrero en *Opera P.*, vol. VI, p. 233 sig. Salió de Módena la mañana del día 6, dos horas antes de que amaneciera, con una escolta armada que le dio el gobernador Felipe de Nerli, quien dio noticia de su paso a Jacobo Salviati. El mismo Nerli, y ese mismo día, dio aviso también a Guicciardini, quien le había escrito para que aconsejara a Maquiavelo que se apresurara. Véanse los extractos del copiadador de Nerli, referidos, pero no comentados por Tommasini, vol. II, p. 857 n.

¹² La carta de Guicciardini al cardenal de Cortona, del 5 de febrero, comienza: "Esta mañana recibí las letras de V. S. reverendísima del día 31, y he tenido sumo placer en saber que Maquiavelo viene hacia acá, porque además de que me informará totalmente acerca de la manera y calidad de los refuerzos que se pueden esperar aquí, yo me serviré de su venida para mandar decir al duque y al marqués todo lo que hace al caso" etc. No debe sorprender a nadie el hecho de que se anunciara una decisión de los Ocho mucho antes de que fuera tomada, porque los asuntos eran tratados en el Palacio de los Señores después de que habían sido deliberados por el cardenal en el de los Médicis. La instrucción referente a esta comisión, fechada el 3 de febrero, fue publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 232 sig.

¹³ Véase aquí arriba la nota 11.

¹⁴ Carta a los Ocho del 7 de febrero, cit.

¹⁵ Carta de Guicciardini al cardenal de Cortona, 7 y 8 de febrero, en *Obras inéditas*, p. 215 sigs.; carta de Maquiavelo a los Ocho, del 7 de febrero, citada aquí arriba, nota 11. Sanudo, *Diarios*, vol. XLIV, col. 71, registra: "Messer Nicolás Ma-

quiavelo ha llegado hoy aquí, mandado expresamente desde Florencia para conferenciar con el señor duque acerca de los asuntos de la guerra, y esta tarde han hablado juntos por largo tiempo”.

¹⁶ *Opera P.*, vol. VI, p. 235 sig. Tommasini (II, 874) en vez de *in costà* quiere leer *in costa* “conforme al autógrafo”, ¡como si Maquiavelo y los demás escritores de su tiempo emplearan los acentos tal como se usan actualmente! ¡Tal es la preparación de estos grandes y famosos biógrafos!

¹⁷ *Opera P.*, vol. VI, p. 238 sig. Ese mismo día Guicciardini escribía a Roma al Datario, que es como decir al Papa, expresando su satisfacción, siendo hombre que nunca quedaba satisfecho de nadie, respecto a los servicios de Maquiavelo: “Maquiavelo se encuentra todavía aquí, y en las cartas que ha escrito ha prestado muy buenos servicios; no sé qué es lo que hará al regresar; pero si algo vale mi amistad, V. S. no quedará defraudado con lo que él escribe”. Las últimas cartas escritas por M. a los Ocho desde Parma parecen ser las del 16 y del 18 de febrero, publicadas en *Opera P.*, vol. VI, pp. 239-242. En efecto, en su primera carta desde Bolonia, del 4 de marzo, tuvo que pedir excusas por haber pasado tan largo tiempo sin escribir, remitiéndose a las cartas que escribía todos los días el Lugarteniente.

¹⁸ L. Staffetti, *El cardenal Inocencio Cybo* etc., Florencia, Sucesores Le Monnier, 1894.

¹⁹ Carta de Maquiavelo a los Ocho, Bolonia, 18 de marzo, en *Opera P.*, vol. VI, 248 sigs. Escribió otras cartas a los Ocho desde Bolonia el 4, el 5 y el 12 de marzo; publicadas *ibid.*, pp. 242-247; y después los días 23, 24, 27, 29 y 30 de marzo, pp. 250-256.

²⁰ Carta de Maquiavelo a los Ocho, Imola, 2 de abril: “Apenas los enemigos salieron de San Juan, el señor lugarteniente me envió aquí para ordenar los alojamientos de la gente que tenía que venir” (*Opera P.*, vol. VI, p. 256 sigs.). Por ello no comprendo cómo C. Ricci, *Los españoles y los venecianos en la Romaña* (cit. por Staffetti, op. cit.), puede afirmar que Guicciardini fue a Imola en tanto que M. permaneció en Bolonia con Cybo.

²¹ Carta a los Ocho del 2 de abril cit.

²² Los biógrafos y los genealogistas no saben nada acerca de este último hijo de Maquiavelo. Ciertamente nació después de la muerte del tío cuyo nombre llevaba (1522), más aún, probablemente a principios de 1526 o fines del 25, puesto que el niño se hallaba todavía al cuidado de la nodriza, aunque estaba a punto de ser entregado de nuevo a su madre. Debe de haber muerto poco después; también otros hijos de Nicolás murieron en la primera infancia: uno el 14 de junio de 1506, otro el 15 de febrero de 1510 (véase el cap. IX, n. 30; el cap. XI, n. 41). Y para no callar ni al más ínfimo detalle de estas minucias domésticas de la familia de Nicolás añadiré que en esos días, a principios de marzo de 1527: “Nicolás Maquiavelo tiene enferma a la sirvienta” y se sospecha que sea de mal contagioso, según lo registra una noticia de los oficiales del contagio, *ad annum* (en su informe anual).

²³ Se encontrarán noticias muy detalladas acerca de Ludovico y de las condenas que sufrió, todas por violencias y por riñas, en C. Amico, op. cit., p. 614. La primera es del 11 de mayo de 1525, por haber apaleado a un notario; la segunda, por herimiento el 16 de junio del mismo año; la tercera, por riña a causa de una meretriz. Conservamos una carta suya dirigida a su padre el 14 de agosto de 1525 desde Adrianópolis, iracunda y llena de amenazas y de intenciones de venganza, así como otra fechada en Ancona el 22 de mayo de 1527, que debió de llegar a manos de su padre poco antes de su muerte. Murió combatiendo en el asedio de Florencia, en pro de la libertad de la República: al menos en esto no fue indigno de su padre.

²⁴ Guido vistió el hábito eclesiástico; al cual quizá ya lo tenía destinado su padre, si es que se quieren interpretar en ese sentido las palabras de él "la cual te será muy útil" referentes a la gran amistad que había trabado recientemente con el cardenal Cybo. Cultivó las letras, y de él poseemos una comedia original, otra traducida de Terencio y varios escritos, todos inéditos y mediocres. Respecto a él y a Piero (1514-1564) véanse las noticias más detalladas dadas por Amico (op. cit., pp. 612 sig., 614 sig.), quien también publicó de Piero (p. 667 sig.) un *Discurso* al duque Cosme acerca de la manera de arrojarse de Toscana a los franceses y españoles y de establecer una armada toscana. Caminaba por las huellas de su padre.

²⁵ La carta fue publicada en *Cartas fam.*, p. 519 sigs.

²⁶ Publicada en *Cartas fam.*, p. 521 sigs.

²⁷ Desde Forli escribió Guicciardini al cardenal Cybo el 8 de abril, y M. quiso ser recordado a su nuevo fautor: "Maquiavelo es un buen servidor de V. S. ilustrísima y a ella se encomienda y besa la mano"; Staffetti, op. cit., p. 68.

²⁸ *Opera P.*, vol. VI, p. 261 sig.

²⁹ Carta de M. a Vettori, 14 de abril de 1527, en *Cartas fam.*, p. 523 sig.

³⁰ Es de notar que Guicciardini, imposible de contentar, fácil para lanzar inectivas y reprimendas a todos, fueran el Papa, los cardenales, o los gobernadores, no tuvo para Maquiavelo en estos últimos tiempos más que alabanzas. Véase también aquí arriba el pasaje citado en la nota 17; en el cual, cosa que en él es extraordinaria, habla de amistad entre él y Maquiavelo. Esto no quiere decir que de pronto se haya vuelto partidario de las teorías de éste. Diez años más tarde, al narrar en la *Historia de Italia* el asalto de Roma llevado a cabo por Borbón, escribirá el siguiente pasaje que resume y confirma el espíritu de sus famosas *Consideraciones* acerca de los *Discursos* de Maquiavelo, escritas en 1530 (Guicciardini, *Las cosas de Florencia*, publicadas por primera vez por R. Ridolfi, Florencia, Olschki, 1945, p. XXIII sig.): "Por la cual [poca resistencia sostenida por los defensores], como muchas otras veces, quedó demostrado a aquellos que no han comprendido las cosas presentes por los ejemplos antiguos, cuán diferente es la capacidad de lucha de los ejercitados en la guerra de la de los ejércitos nuevos formados de una multitud improvisada con gente del pueblo". En realidad cada uno

de ellos hablaba un lenguaje diverso, teniendo razón desde su punto de vista, ya que el uno hablaba acerca de la realidad actual, y el otro absolutamente; el uno para el presente, y el otro para el futuro (ed. cit., vol. IV, p. 123). Además, en el caso particular, en el que la intención polémica contra Maquiavelo me parece evidente, el ejemplo quedaba fuera de propósito y no justificaba aquella provocación, ya que los defensores de Roma habían sido "reunidos tumultuariamente en los establos de los cardenales y de los prelados y en los talleres de los artesanos, así como en las hosterías"; y es el mismo Guicciardini el que lo dice; ¡y no era ésta la milicia que apoyaba Maquiavelo!

²¹ Carta de Guicciardini a los Ocho, Forli, 16 de abril, *Obras inéditas* cit., vol. V, p. 409 sigs.

²² Carta de Maquiavelo a Vettori, Forli, 16 de abril de 1525, publicada en *Cartas fam.*, p. 524 sig. La última que escribió a los Ocho desde Forli es del 13 de abril, publicada en *Opera P.*, vol. VI, p. 262 sigs.; en la cual se dedicó a dar ánimos a sus conciudadanos con estas palabras entre otras: "Se dice que es necesario que los hombres hagan de la necesidad virtud; pero si a la virtud le añadimos la necesidad, es necesario que la virtud crezca tanto, que llegue a ser insuperable. VV. SS. y esta ciudad con su sola virtud han defendido y puesto a salvo hasta el presente a la Lombardía y la Romaña; es imposible que ahora, al añadirse a la virtud la necesidad, no logre salvarse a sí misma". —Respecto a aquella dichosa expresión "amar más que a su alma" (¡que se refiere aquí no sólo a su patria, sino también a la persona de Guicciardini!) se han escrito y dicho demasiadas cosas, como si se tratara de una expresión proverbial.

NOTAS AL CAPITULO XXIII

¹ Véase el cap. I, n. 35. Como ya he dicho, no hay seguridad de que la persona retratada en este busto, en el que junto con notables semejanzas encontramos alguna desemejanza, sea precisamente M. Se podría objetar también que en este retrato hecho, como se supone, algunos meses antes de su muerte, el rostro aparece bastante más viejo que el del busto Loeser, que se deriva, según dice la tradición, de la mascarilla mortuoria, y que por consiguiente es posterior. Pero esta objeción no parece sólida, ya que, aun admitiendo que el busto Loeser se derive realmente de la mascarilla, es bien sabido que después de la muerte los rasgos faciales se distienden por efecto del relajamiento de la musculatura mímica. Sin contar con que en estos retratos póstumos hay que tener en cuenta también la obra del artista que los haya ejecutado, guiado quizá por las sugerencias que le hacían los familiares del difunto.

² *Opera MC.*, p. 778 sigs. Allí la *Exhortación*, que fue llamada al principio con menos propiedad *Discurso moral*, está presentada por primera vez conforme a la lección del autógrafo, que se conserva en la B. N. F., *Documentación de Maquiavelo*.

velo, I, 76. Su grafía parecería indicar que la composición es de los últimos años de la vida de M. No obstante la luz que, especialmente desde los días de De Sanctis a esta parte, ha venido rechazando los entenebrecidos prejuicios que rodeaban la figura del gran Secretario, son todavía tan poderosos, que no sólo Villari (II,⁴ 414) ha podido ver en la *Exhortación* "cierta velada ironía", ¡sino que hasta Croce la llama "una carcajada burlesca"! Véase en cambio Alde-
risio, p. 199, a quien sin embargo, ni siquiera le era necesario haber recurrido al juicio verbal de los investigadores que cita en una nota, ya que es evidentísima la sinceridad de dicha prosa.

³ Carta de Maquiavelo a *Vettori*, del día 18 de abril de 1527, en *Cartas fam.*, p. 527 sig.

⁴ Esta carta de Guido Maquiavelo fue publicada en *Cartas fam.*, p. 526 sig.; y reimpresa por Villari, vol. III,² p. 477 sig.

⁵ Para estimular a los ciudadanos a introducir provisiones en la ciudad, la Señoría había dispuesto que los víveres y la leña podían entrar sin pagar impuesto, y el vino y el aceite pagando la mitad; Cambi, *Historia* cit., vol. XXII, p. 303.

⁶ Carta de Guido Maquiavelo cit.

⁷ Carta de Guido Maquiavelo cit.

⁸ Al margen de la instrucción citada en el cap. XXII, n. 12, está anotado: "Partió dicho día (3 de febrero) a las 24 horas, y regresó el día 22 de abril, con lo que suman 80 días". Respecto al regreso de Guicciardini véanse sus *Obras inéditas*, vol. V, p. 417 sig.

⁹ Carta del 24 de abril, *Obras inéditas*, vol. V, p. 417 sig.

¹⁰ *Obras inéditas*, vol. V, p. 427 sig. Escribía al Datario que diera a leer estas cosas al Papa, pero también el otro lugarteniente decía sus propias opiniones al Papa; véase, por ejemplo, su última carta desde Brisighella del 19 de abril (Guicciardini, *Obras inéditas*, vol. V, p. 415 sig.), en donde la reprimenda ciertamente no queda suavizada con la reticencia: "diría palabras más graves si la reverencia no me lo impidiera".

¹¹ Varchi, *Historia de Florencia*, a cargo de R. Arbib, Florencia, 1838-41, vol. I, p. 106.

¹² F. Vettori, *Sumario de la Historia de Italia* cit., p. 378.

¹³ *Opera P.*, vol. VI, p. 265 sig. Francisco Bandini firmó (¡por lo menos esta vez!) debajo de Maquiavelo. Es probable que se encontraran también con Maquiavelo otros florentinos que, después de la partida de los Médicis de Florencia y el cambio de gobierno, dejaban el ejército del papa Médicis. Por la carta se deduce que Maquiavelo había decidido partir al día siguiente y dos días después, para Livorno (Liorna), con las galeras que llevaban a la marquesa de Mantua, o con algún bergantín de Doria, si partía antes que las galeras.

¹⁴ Es muy extraño el *lapsus* (por no llamarlo de otra manera) de Tommasini, el cual, después de haber conjeturado (II, 895 sig.) que Guicciardini había mandado

a Maquiavelo ante Doria para inducirlo a poner a disposición de Felipe y de Clarice Strozzi una galera, a lo que recibió una respuesta negativa con aquella carta de Maquiavelo fechada el 22 de mayo y después de haber dicho (II, 897) que Clarice había pasado por mar de Civitavecchia a Pisa a donde llegó el 11 de mayo —lo que es cierto—, conjetura (II, 899): “¿Parece que (Maquiavelo) haya regresado de Civitavecchia junto con Strozzi. Quizá acompañó a Florencia a Clarice!” En otras palabras, que Maquiavelo había ido a solicitar, alrededor del 20 de mayo, una galera para llevar a Clarice a Liorna, a donde en realidad ya había llegado desde el día 11; y el mismo Maquiavelo acompañó a Clarice a Liorna y después a Florencia, siendo así que el 22 todavía estaba en Civitavecchia!

¹⁵ Busini, op. cit. p. 85: “Dice *messer* Piero Carnesecchi, que vino con él desde Roma junto con una hermana suya, que lo oyó suspirar muchas veces, después de que supo que la ciudad era nuevamente libre. Yo creo que se dolía de su fortuna, porque en realidad él amaba la libertad, y extraordinariamente; pero se quejaba de haber trabado relaciones con el papa Clemente”.

¹⁶ *Mandrágora*, acto II, escena III.

¹⁷ Busini, op. cit., p. 84: “Trató con grande instancia de regresar a su lugar con los Diez; Zanobi y Luis hicieron todo lo posible en su favor”.

¹⁸ Tarugi era primer secretario de los Ocho *di Pratica* hasta el 8 de junio de 1525, y la instrucción para la segunda misión de M. ante Guicciardini fue firmada por él (Marzi, op. cit., p. 317; Tommasini, II, 906. La deliberación referente a la elección de Tarugi, en Villari, vol. III, p. 479).

¹⁹ Varchi, *Historia de Florencia*, ed. cit., vol. I, p. 171; cfr., p. 158.

²⁰ Busini, op. cit., p. 84.

²¹ Busini, op. cit., p. 9. “Pero yo oí decir a Maquiavelo que él daba lo que ya no era suyo: burlándose así de su simpleza”. Quizá más que al tardío y explícito consentimiento del Papa, las palabras de Busini se refieren a la ambigua expresión que se lee en la carta de Guicciardini a los Ocho *di Pratica* (*Obras inéditas*, IX, 14): “Su Santidad me ha mandado decir que escribiera a V. S. de su parte, diciéndole que en el citado asunto tomaran el partido . . .”

²² Por lo que se puede conjeturar hoy día, M., que sufría quizá de apendicitis crónica o de úlcera gástrica (hacia ya algunos años que no podía cabalgar, sobre todo rápidamente “por cierta enfermedad que sufría”), murió de peritonitis aguda, determinada probablemente por una ingestión de sus famosas píldoras (véase el cap. XX, n. 51), que haya tomado para curarse durante un ataque del mal. G. Pieri, en *Policlinico* (Secc. Práctica), XXXVII (1930), p. 704 sig., se inclina al diagnóstico de apendicitis. Cita también una comunicación del Dr. Baccarani respecto a algunos experimentos clínicos hechos con las píldoras de Maquiavelo, pero aunque el medicamento resultó inocuo, no podía suceder lo mismo, especialmente cuando fuera tomado en dosis más grandes de las acostumbradas, en un paciente atacado de apendicitis.

²³ Busini, op. cit., p. 84 sig. Se llegó a perder el recuerdo de este “tan

celebrado sueño", que fue conocido por algunos contemporáneos, al grado de que Giovio alude a él en sus *Elogia* para demostrarnos que M. hizo mofa de la Divinidad en su mismo lecho de muerte; parecería que en su tiempo no se encontró razón ni ocasión para recogerlo por escrito. Pero indudablemente debió encontrar algún recuerdo escrito de él el padre jesuita Esteban Binet (1569-1639), quien lo refirió como aquí lo acabamos de narrar. Villari, vol. III,⁴ p. 562, a quien recientemente ha seguido también Alderisio, p. 219, por aquella manía que ya ha censurado Balbo "de defender todo y a todos", queriendo purificar al gran escritor de esta que a él le parecía una mancha excesiva, rechazó la narración como tardía y no confirmada por los contemporáneos; como si Busini y Giovio, contemporáneos, no confirmaran concordemente el sueño y lo que éste contenía, no dejando duda alguna al respecto. Y el afirmar que la narración "tardía" fue construida con materiales tomados de la *Mandrágora* (acto IV, esc. 1) y de los *Discursos* (pero, si no fue éste, ¿cuál es el sueño gracioso y "burlesco" que narró cuando estaba a punto de morir?) no parece más razonable que la conjetura de que cuando más, Maquiavelo haya desarrollado, en esta ocasión, los conceptos mencionados en los citados escritos y que quizá eran habituales en él en sus conversaciones en broma.

²⁴ Carta de Piero Maquiavelo, hijo de Nicolás, que entonces tenía trece años, a su tío materno Francisco Nelli, abogado residente en Pisa. Y no puedo menos que mencionar el ridículo equívoco de Tommasini, el cual creyó poder identificar a este fray Mateo con un Mateo Canigiani decapitado por homicidio en 1529 (Varchi, op. y ed. cit., vol. II, p. 260) y mencionado por Busini (op. cit., p. 36) como "un gran bobo". Sin embargo, éste nunca fue religioso (y aunque Busini lo citó después de un religioso, era fácil de comprender que no lo era, ya que los religiosos no tienen, como se lee en dicho texto, casas de campo ni ninguna otra clase de posesiones); y aunque lo hubiera sido, es de creerse que en Florencia habría docenas de fray Mateos. Lo más curioso es que otros biógrafos siguieron a Tommasini en este equívoco apenas creíble. Y además, el mismo Tommasini se decidió (aunque ya demasiadas veces hemos visto qué valor se puede conceder a su juicio) a sostener que la carta de Piero es falsa. Las razones intrínsecas que él aduce son inconsistentes, y además de la de fray Mateo, cuyo valor ya hemos examinado, demuestran una escasa familiaridad con la vida y las costumbres del tiempo: más aún, me atrevo a afirmar que aunque el documento hubiera llegado hasta nosotros en una copia tardía, yo lo hubiera considerado auténtico por los modismos, las expresiones, la sinceridad, y por ciertos detalles que sólo los familiares de Maquiavelo estuvieron en condiciones de conocer y la curiosidad de los historiadores modernos de comprobar. Las razones extrínsecas, es decir, la escritura temblorosa e insegura y demasiado diversa de los autógrafos escritos por Piero en su edad madura, no demuestran más que la edad infantil de quien escribió la carta. Y por lo demás, yo no creo en los documentos falsificados si no veo una razón adecuada para ellos. Si fuera una falsificación, hubiera sido hecha en

ese tiempo, o poco después; ¿y quién podía tener entonces interés en falsificar del todo aquella carta? ¿Quizá los sobrinos de Maquiavelo para tener un documento de la cristiana muerte de su padre o antepasado? Pero aun admitiendo que este documento fuera necesario, ¿había que recurrir acaso a un testimonio de esta clase? Si se pudiera probar la falsificación, sería más verosímil que alguien, en tiempos posteriores, haya querido hacer una especie de copia simulada, por razones de lucro o afectivas. En realidad, no faltan ejemplos de esta clase de copias ni siquiera en el siglo xvi, como en el caso de la famosa carta de Savonarola a su padre, que se conserva en el Archivo Gondi (Savonarola, *Cartas*, a cargo de R. Ridolfi, Florencia, Olschki, p. 1933, p. XXII). Pero en este caso el documento, diplomáticamente falso, históricamente es auténtico. Hay que añadir que la extraña opinión de Tommasini no fue seguida por ningún historiador de valía; y, aunque no la han rechazado expresamente, como me parece que acabo de hacer, fue dejada a un lado. Villari, en su primera edición, no teniendo dudas acerca de la autenticidad de la carta, quiso, en cambio, encontrar falsa la narración de las poco reverentes bromas pronunciadas en su lecho de muerte, pareciéndole contradictorio en la narración lo que, cuando más, es contradictorio en el contrastado carácter de M.; en la siguiente edición, se ciñó a la afirmación de Tommasini.

²⁵ A. E. F., *Libro de los Muertos (Médicos y Farmacéuticos)*, 249, c. 128: "Nicolás de . . . Maquiavelo, el día 22 [de junio] sepultado en Santa Croce".

NOTAS AL CAPITULO XXIV

¹ G. Capponi, op. cit., vol. III, p. 191.

² El privilegio de Blado para imprimir la *Historia*, el *Príncipe* y los *Discursos*, fue concedido por Clemente VII con un breve fechado el 22 de agosto de 1531 impreso al frente de la *editio princeps* de la *Historia de Florencia*. Y con otro breve, del 20 de diciembre del mismo año, "considerando que es justo que los libros del citado Nicolás se editen en su patria", y que Blado ya había podido vender la mayor parte de las copias que él había impreso (de manera que la venta había sido rapidísima), concedía a Giunti el permiso de imprimir libremente, con el consentimiento de los herederos de Maquiavelo, *Historiarum et de Principe et Discursus libros*. Después de la prohibición de Pablo IV (1559) y del Concilio (1569), ya en 1572 se hallaban en curso ciertas peticiones a fin de que las obras de M. fueran permitidas con las expurgaciones a que ya estamos acostumbrados, y Juliano de Ricci en su Apógrafo podía escribir alegremente acerca de su autor: "y ahora por benignidad de los superiores regresará al mundo".

³ Acerca del maquiavelismo trató Tommasini, como es sabido, con bastante amplitud, vol. I, pp. 3-75; vol. II, pp. 749 sigs., 953 sigs. Véase también F. Meinecke, *Die Idee Staatrason in der neueren Geschichte*, Munich-Berlin, 1925.

⁴ E. Pistelli, *Perfiles y caracteres*, Florencia, Sansoni, 1921, p. 67 sig.

⁵ G. Capponi, op. cit., vol. III, p. 190.

⁶ Véase también P. Carli en P. H. L. I., vol. XLIX (1932), pp. 133-146 (importante recensión del volumen de Alderisio). Acerca de las antinomias y los dualismos de Maquiavelo se ha insistido mucho también en estos últimos tiempos, pero más en los de la doctrina que en los del hombre, y quien más ha insistido en ello ha sido A. Renaudet, op. cit., el cual, por ejemplo, recapitulando, puede hacer notar "el dualismo de una inteligencia duramente positiva y de una imaginación de visionario y de poeta" (p. 175). Y en esto no me parece muy lejano de la verdad (a pesar de que tal posición haya parecido "tradicional" a G. Sasso, *Recientes estudios acerca de M.*, en *Reseña de Filosofía*, vol. I, 1952, p. 140 sig., en una acepción que ni quien esto escribe ni la lengua [italiana] castellana están dispuestos a dar al vocablo: juicios "tradicionales" pueden ser también "agudos", y frecuentemente lo son); pero no hay que confundir ésta y otras antítesis propias de M. con ciertas presuntas antinomias entre su pensamiento y su doctrina; tales como aquella, muy usada por el ilustre historiador francés que acabo de citar, de la "hipótesis del principado" expuesta en el *Príncipe* y de la "hipótesis de la república" expuesta en los *Discursos*. Aquí, si ponemos nuestra atención en la génesis de las dos obras, no hay antítesis. Pero si Renaudet y otros han visto dualismos y antinomias que no existen, en cambio no se pueden negar sin negar las palabras del mismo M. que los confiesan, no menos que los contrastes que gobiernan la índole del florentino, impetuosa y apasionada, que indudablemente tuvieron que revelarse, al igual que su temperamento de artista y de poeta, en la obra del escritor político.

⁷ Si no me equivoco, el primero que utilizó esta expresión fue Macaulay, en su famoso ensayo (*Essays*, Londres, 1864, vol. I, p. 30). *El enigma de M.*, es el título de un discurso hecho por H. Hauvette ante el Instituto de Francia, el 23 de noviembre de 1934.

⁸ *Historia de Florencia*, lib. VIII (*Opera MC.*, p. 621); no sé si Macaulay (op. y loc. cit.) tenía presente este pasaje cuando escribió acerca de M. "two characters altogether dissimilar are united in him" (dos personalidades totalmente distintas se encuentran unidas en él). Villari, no sé por qué, consideraba insoportable la idea de dos naturalezas contrastantes reunidas en M.

⁹ E. Garin, *La Filosofía* ("Historia de los géneros literarios italianos"), Milán, Vallardi, 1947, p. 176 sigs.

¹⁰ F. Ercole, *La Política de Maquiavelo*, Roma. Anónima Romana Editorial, 1926, p. 61.

¹¹ F. Alderisio, p. 89 sigs., y en especial p. 100 sig.; cuyas conclusiones deben ser templadas con los juicios expresados por Carli en su óptima recensión cit. de este libro.

¹² B. Croce, *Ética y Política* cit., 252. También L. Russo, p. 7, escribe que M. se hace sordo al problema moral.

¹³ G. Gentile, *Economía y Ética*, cit. por Alderisio, p. 109 n.

¹⁴ Acerca de esta materia es fundamental el estudio de Alderisio, pp. 173-201; el cual, sin embargo, tiene expresiones apologéticas que en realidad pasan demasiado adelante, al grado que en parte justifican el sarcasmo de Russo, p. 202.

¹⁵ B. Croce, *Ética y Política* cit., p. 227.

¹⁶ Además de los conocidos pasajes de su correspondencia desde Carpi con Guicciardini, citaré otros ejemplos tomados de cartas de M. y de sus corresponsales: M. a Vettori: "La predicación no la oí, porque yo no acostumbro esta clase de prácticas". F. Vettori a M.: "Los días de fiesta oigo misa, y no hago como vos que a veces os olvidáis de ella". (*Cartas fam.*, p. 303; *cfr.*, p. 455, etc.).

¹⁷ G. Capponi, op. cit., p. 190.

¹⁸ Véase el cap. XXIII, n. 2.

¹⁹ Lamento no poder asentir con Russo, p. 202 sig., ya que después de considerar bien todo, las famosas palabras "acerca de un hombre tan grande se debe hablar con reverencia" no me parecen sólo "una frase ambiguamente ceremoniosa". Más que la edad más madura (puesto que la carta de Carpi es posterior), esta frase se la sugería la cátedra desde la que hablaba, la cual lo hacía cambiar de lenguaje. Es seguro que M. no tenía ninguna simpatía para con Savonarola; cierta oculta reverencia, no lo sé. Era tal la índole de M., que no se puede dar demasiada importancia a ciertas expresiones y desahogos que aparecen en sus cartas familiares.

²⁰ *Opera MC.*, p. 265.

²¹ Alderisio, p. 102.

²² *Discursos*, I, 12.

²³ Módena, Tip. del Comercio, 1869.

²⁴ Véase aquí atrás el cap. X.

ILUSTRACIONES

INCLUIDAS EN EL TEXTO

	<i>Páginas</i>
Nicolás Maquiavelo, según Santi di Tito.	21
Ludovico "el Moro", detalle de la "Pala Sforzesca".	37
Retrato de Luis XII de Francia, de autor desconocido.	53
Detalle del retrato de César Borgia pintado por Giorgione . .	65
El papa Alejandro VI, detalle de la luneta "Cristo Resucitado", obra de Pinturicchio y sus discípulos.	81
Retrato de Julio II, obra de Rafael, en la Galería de los Oficios, Florencia.	89
Gonzalo de Córdoba, "El Gran Capitán".	105
El emperador Maximiliano, según Alberto Durerro.	121
Retrato de Piero Soderini (de autor anónimo)	137
El rey de Aragón, Fernando "el Católico".	147
Grabado popular en pro del regreso de los Médicis	157
Detalle del mausoleo de Juliano de Médicis, duque de Nemours, obra de Miguel Angel, en la Capilla de los Médicis, iglesia de San Lorenzo, Florencia.	167
Retrato de Juliano de Médicis, por Alejandro Allori.	179
Felipe de Nerli y Francisco Vettori	183
Página autógrafa de Maquiavelo sobre el gobierno de Lorenzo de Médicis	195
Portada de la primera edición de los <i>Discursos</i> de Maquiavelo	203
Página autógrafa del <i>Belfagor</i> de Maquiavelo	209
Página autógrafa del <i>Arte de la Guerra</i> de Maquiavelo	216
Notas autógrafas al <i>Arte de la Guerra</i> de Maquiavelo	217
Francisco Guicciardini	231
Donato Giannotti, retrato, quizás imaginario, de autor anónimo.	239

	<i>Páginas</i>
Página autógrafa de las <i>Historias Florentinas</i> de Maquiavelo, folio primero del libro cuarto.	245
Página del códice de la comedia <i>Clizia</i> regalado por Maquiavelo a Lorenzo Ridolfi	255
Clemente VII, por Fray Sebastián del Piombo.	271
Retrato de Juan de Médicis, por Gian Paolo Olmo, atribuido antaño a Tiziano.	277
Retrato del cardenal Inocencio Cybo, de autor desconocido.	287
Carta de Pedro Maquiavelo a su tío Francisco Nelli, en la que le comunica la muerte de su padre.	299

FUERA DE TEXTO

	<i>Láminas</i>
Busto de Maquiavelo en terracota policromada (escuela florentina del s. xvi)	I
Retrato de Catalina Sforza, por Marco Palmezzani, en la Pinacoteca Municipal de Forli, Emilia (Italia).	II
Retrato de Vitellozo Vitelli, por Luca Signorelli. Colección Berenson, Settignano, Florencia.	III
Supuesto busto de Maquiavelo, de autor anónimo, en el Museo Nacional, Florencia (s. xv).	IV
Retrato de Gastón de Foix, de autor desconocido (s. xvi) en la Galería de los Oficios, Florencia.	V
Retrato de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, de autor desconocido (s. xvi), en el Palacio Riccardi, Florencia.	VI
Lorenzo de Médicis (detalle), por Miguel Angel, en la Capilla de los Médicis, Florencia.	VII
Retrato de León X, por Rafael.	VIII
Edición francesa de <i>El Príncipe</i> de Maquiavelo	IX
Edición holandesa de los <i>Discursos</i> de Maquiavelo	X
Retrato de Clemente VII, por Sebastián del Piombo, en el Museo Nacional, Nápoles.	XI
Retrato de Maquiavelo, de autor desconocido (s. xvi), en la Galería Doria, Roma.	XII
Martirio de Savonarola	XIII
Retrato de Francisco I de Francia por Jean Clouet, en el Louvre, París.	XIV
Retrato de Carlos I de España y V de Alemania, por Tiziano, en el Museo Nacional, Nápoles.	XV
Busto de Maquiavelo en terracota, de autor desconocido (s. xvi), Florencia.	XVI

INDICE

	<i>Páginas</i>
Prefacio editorial	5
Prólogo del autor	7
Las primeras lecciones y las primeras experiencias	9
Nicolás Maquiavelo, secretario.	25
Las primeras delegaciones	32
La primera delegación en Francia	45
Entre las rebeliones de los súbditos y las campañas de Valentino	57
La delegación ante Valentino	67
Su primera delegación en Roma	80
Su segunda delegación a Francia. El primer <i>Decennale</i> . La milicia.	94
Maquiavelo y la historia de Florencia. Su segunda delegación ante Julio II.	109
La delegación a Alemania. Guerra y reconquista de Pisa. . .	119
Comisión a Mantua y a Verona. Tercera delegación a Francia.	132
La hora duodécima	145
"Doloroso Maquiavelo"	160
Sus "ocios" en Sant'Andrea: los <i>Discursos</i> y <i>El príncipe</i> . . .	174
Amores y dolores	185
Los "ocios" literarios: el <i>Asno</i> , la <i>Mandrágora</i> , <i>Belfagor</i> . . .	197
La <i>Vida de Castruccio</i> y el <i>Arte de la Guerra</i> . Historias pagadas con florines pequeños.	212
La delegación ante la "República de las Sandalias"	225
Nicolás Maquiavelo, historiador.	235

Nicolás Maquiavelo, historjador y cómico.	250
Nicolás Maquiavelo, historiador, cómico y trágico.	265
“Sesenta años”	280
El final	292
El profeta desarmado	302
Siglas y citas abreviadas	307
Notas	309

Este volumen de la Editorial Renacimiento, S. A.
(Avenida de la Universidad, 767, México, D. F.)
ha sido confeccionado tipográficamente en
máquina *fotosetter* por *Litho-Formas*, S. A.
(Pino, 343, B. 72) e impreso por *Litó-
grafos Unidos*, S. A. (Marcos Carrillo,
159, Col. Asturias), en tirada de
5 000 ejemplares. Acabóse de
imprimir el día 14 de junio
de 1961.

Precio en México: \$